

TRES COLORES EN

CARINHALL

CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ

Lectulandia

Carinhall, 1945. El Tercer Reich se está desmoronando y entre sus ruinas tres mujeres luchan por sobrevivir.

Tres colores en Carinhall es una novela histórica ambientada en los días finales de la Segunda Guerra Mundial. Luis y Teresa, un matrimonio español, es obligado por la autoridad franquista a viajar a Alemania y establecerse en Carinhall, mansión en la que Goering, lugarteniente de Hitler, almacena obras de arte, en su mayor parte robadas. Nicolette, una joven francesa agente de la Resistencia, necesita conseguir unos documentos que están en la casa, y para ello busca a alguien que pueda ayudarla desde el dentro. Erika, una ambiciosa mujer alemana, esposa de un oficial del Tercer Reich, pretende convencer a su marido de que deben escapar de Carinhall antes de que entren los aliados. La única posibilidad de huir es la desertión. El libro narra de manera paralela estas tres historias; sin embargo, llegará un momento en que se entrecruzarán y el destino de unos personajes dependerá de las decisiones de los demás.

El lector se sentirá atrapado por la historia, su desarrollo y el vínculo que se establecerá entre los protagonistas, para algunos de los cuales será cada vez más claro y peligroso.

Lectulandia

Carlos Díaz Domínguez

Tres colores en Carinhall

ePub r1.0

Titivillus 20.08.16

Título original: *Tres colores en Carinhall*
Carlos Díaz Domínguez, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Preludio en Francia

La marea subía, implacable. Todos bajaron corriendo la desconchada escalera de piedra. No importaba, ninguno se iba a caer. El mayor no llegaría a los dieciocho años y a esa edad la elasticidad de los cuerpos y la agilidad de las mentes parecen impedir el más mínimo tropezón. Dos hombres, sentados en la ladera de la montaña que cerraba el estuario, miraban al grupo con satisfacción y alegría. Les gustaba entretenerse viendo cómo se divertían los jóvenes. El mayor, Grégoire, era un hombre que iba camino de los setenta años, aunque su aspecto era más avejentado de lo que correspondía a su edad, quizá por las secuelas que en su cuerpo dejó la Gran Guerra y, en concreto, la batalla del Marne, en la que perdió su brazo izquierdo. Estaba sentado y observaba con satisfacción a su hijo, Pierre, que no perdía detalle del grupo. Los chicos sabían cuál era la hora del comienzo y se encontraban preparados en la caída interior del dique. Solo era cuestión de esperar unos minutos.

La pandilla de jóvenes la componían cinco muchachos y una chica. Ella era la que había tirado de todos los chicos y la que les había indicado en qué lugar de la presa artificial en la que se encontraban tenían que situarse. Desde la posición que ocupaban los dos hombres veían cómo, poco a poco, pero inexorablemente, el mar subía de nivel. Sabían que debía quedar tan solo una cuarta para que el agua alcanzase la cima de la defensa de hormigón y rebosara hacia donde se encontraban todos. Las caras de los chicos eran la viva expresión de la inquietud; y sus sonrisas nerviosas reflejaban la tensión previa. Estaban oyendo al mar y sabían que, en unos instantes, iban a sentir su frescor y su fuerza.

—¡Cuidado! —advirtió la chica—. ¡Ya está aquí!

Pierre contemplaba la escena y su padre lo miraba de reojo. A Grégoire le encantaba verlos jugar con las mareas, como cuando él era un chaval y, aunque entonces no se había construido ese muro, junto a sus amigos ideaban mil maneras de sacar partido a ese movimiento, esa doble oscilación diaria del nivel del mar, que en Dinard, en la costa bretona, es muy notable.

La chica, que a pesar de ser la más joven lideraba el grupo, les pidió que extendieran los brazos en cruz y que engarzaran sus manos formando una cadena humana. El rumor era creciente y ya debían de quedar tan solo unos segundos para que el agua empezara a caer al otro lado de la pared del dique. Todos los chavales la miraban, esperando sus órdenes, dispuestos a obedecerla y seguirla en lo que fuera que estaba tramando. El agua comenzó a caer sobre el grupo, sin que su fuerza pudiera acallar las carcajadas de los dos hermanos y los cuatro amigos que se les habían unido. Los mechones pelirrojos de la única chica que jugaba en Dinard como si fuera un chico se pegaban a su cabeza y la cascada la cubría como una gruesa cortina transparente. A pesar de la potencia del agua, el grupo no se separaba y todos seguían unidos por sus manos, con las piernas bien abiertas para aumentar su estabilidad y no perder el equilibrio. Los litros por segundo que caían los habían

empapado por completo y el nivel del agua les cubría ya hasta las rodillas.

Los dos hombres habían hecho un paréntesis en la conversación que mantenían. Preferían compartir la irrefrenable alegría de la juventud que seguir hablando de los últimos acontecimientos que estaban acaeciendo en su entorno.

—¿Has visto que quizás organicemos el campeonato del mundo de fútbol dentro de dos años? —preguntó Pierre con voz enfática a su padre—. Lo he leído en *Le Miroir des Sports*. Creo que los argentinos se han quejado porque decían que tocaba volver otra vez a Sudamérica.

—Ya lo vi en *Le Monde* —respondió Grégoire, atusándose el bigote encanecido.

Tal y como estaban desarrollándose los sucesos tanto al sur como al este de Francia, en su cabeza no parecía que hubiera mucho hueco para pensar en deportes.

El viejo apuraba el Gitanes. Las secuelas físicas de la guerra no le habían impedido seguir fumando y era capaz de armar un cigarrillo con destreza y rapidez. Para él, aquellas tardes junto al mar con su hijo y sus nietos suponían uno de los últimos regalos que le estaba deparando la vida. Sin embargo, no podía apartar de su mente las ideas que se le habían metido en la cabeza desde que les llegó la noticia.

—¿Te has enterado de lo de Madrid? —indagó Grégoire a su hijo, pelirrojo como su nieta Nicolette, extremadamente delgado y con un cuello en el que se le marcaban todas las venas.

Pierre asintió levemente como si le diera miedo contestar a la pregunta que le había formulado su padre. Pocas personas en Francia desconocían los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en la capital española durante ese verano del año 1936.

—¿Hablas sobre lo de las dos muertes, la de un teniente y la de Calvo Sotelo? —Sabía que era eso a lo que se refería su padre. Después, con preocupación, quiso conocer la respetable opinión de su padre—. ¿Qué crees que va a pasar?

—No lo sé, hijo, pero no me gusta lo que se oye. Estamos rodeados por una serie de movimientos ideológicos diferentes, tanto por el sur como por el este. —Después de aspirar una calada, continuó hablando con gesto grave—. La República española no termina de asentarse. Nada garantiza su seguridad, y continuamente nos llegan noticias de altercados. Si Alcalá Zamora era débil, parece que Azaña lo va a superar; y su República más aún. Me encantaría pensar algo distinto, pero no me gusta nada la sospecha de que en el país con el que compartimos nuestra frontera más extensa se puede declarar una guerra, por mucho que los Pirineos se puedan convertir en una natural Línea Maginot.

—¿Una guerra? —preguntó Pierre mientras le clavaba con inquietud la mirada, extrañado por la afirmación tan tajante que acababa de realizar su padre.

—¿Por qué no? Ahí abajo parece que no saben vivir sin estar enfrentados los unos con los otros. Mira como tuvo que salir el Rey que tenían: en tren y barco, solo, abandonado, como un perro sin casa, «para evitar derramamiento de sangre», dicen que manifestó, el pobre. Nosotros, los franceses, quizá no alcancemos a entender la

utilidad de una monarquía, y más en un día como hoy, nuestro Día Nacional. Afortunadamente ya se nos ha olvidado lo que era y lo que representaba, pero tenemos muy claro que en ese momento Alfonso XIII era el Jefe del Estado español y merecía mayor respeto.

Volvió la vista hacia donde se encontraba el grupo de muchachos. El agua ya les llegaba a la altura del pecho y la cascada iba perdiendo su fuerza. La marea se estaba acercando a la pleamar y la velocidad de ascensión del nivel del mar había disminuido. Los chicos, a un gesto de Nicolette, se soltaron las manos y empezaron a chapotear.

—Papá, a mí quienes me preocupan no son los del sur, sino los del este, los alemanes.

Los ojos cansados y venosos del hombre eran ahora los que esquivaban la mirada del hijo. Sin perder de vista a sus nietos y sus amigos, los entornó, y Pierre notó cómo estaba intentando rescatar algún recuerdo, alguna vivencia acumulada en su larga vida.

—Yo creo que todos sabíamos que las resoluciones del Tratado de Versalles podían ser la génesis de un nuevo conflicto. No hay pueblo que soporte una humillación como aquella y permanezca de brazos cruzados para toda la eternidad. Muchos creíamos que cuanto más severos fueran los castigos que se les impusieran, mayores serían los problemas que acabaríamos teniendo con los alemanes en un futuro. Y parece que ese futuro está próximo. Hijo, dices que te preocupa, ¿a quién no? Te hablaba de la situación de una España dividida, pero es mucho más grave la unión que manifiesta Alemania. Parece que todos piensan igual y están depositando sobre ese Hitler un poder que le va a acabar dando una fuerza que solo Dios sabe dónde tendrá su límite.

—Ni quién se lo pondrá —intervino Pierre.

—Sí, efectivamente, ni quién se lo pondrá.

—¿Nosotros? —aventuró a preguntar, con cautela.

—¿Quién?, ¿los franceses? ¡Como no sea apelando a Pétain!, a *monsieur Le Maréchal* —Grégoire esbozó una irónica sonrisa de escepticismo que un fuerte acceso de tos le borró. El hombre tenía problemas pulmonares que el tabaco solo contribuía a agravar.

Al padre le vino a la memoria el día en que Hitler llegó al poder, hacía de aquello ya más de tres años. Pensó que los franceses nada tenían que hacer frente al rearme del ejército alemán.

Al grupo de jóvenes se le habían unido otros cinco o seis muchachos, todos varones. Uno de ellos era un vecino de Montmartre, Thierry Girbes, un chaval que no paraba de merodear la casa de Pierre, que no tenía claro si buscaba la amistad de su hijo François o las miradas de Nicolette. En unas horas, el mar iniciaría su descenso y

aquel lugar que se había convertido durante un rato en un plácido estanque salado donde poder zambullirse en un baño sin mancharse de arena volvería a secarse.

Nicolette nadó hacia las escaleras, dejando a todos los muchachos jugando en el agua, y las subió apresuradamente.

Los hombres interrumpieron la conversación al ver que corría hasta ellos, jadeante. Cuando se encontró a un par de metros, se paró, puso las manos como si fueran dos pistolas y, mirándolos de medio lado, les insinuó:

—¿A que me parezco a la Baker? Solo me falta la falda de plátanos.

Los dos hombres no pudieron reprimir una carcajada al verla en esa postura, imitando a la célebre vedete americana afincada en París.

—De mayor voy a ser artista.

—¿Pero no habías dicho que ibas a ser escritora?

Las ocurrencias de su nieta Nicolette suponían para su abuelo una de las mayores alegrías que le había regalado la existencia.

Su cara rebosaba vigor y alegría. Siempre llevaba el pelo muy corto, desde lejos cualquiera hubiera pensado que era un chico ya que la pubertad la estaba regalando un tipo estilizado de pechos breves. Su rostro era pequeño y redondeado, y en él destacaban unos ojos ligeramente saltones y una boca amplia. Su piel era muy blanca y el sol siempre le provocaba alguna pequeña quemadura. Nicolette tenía el nervio en el cuerpo y no era capaz de parar quieta ni dormida. No era guapa, pero ni un solo hombre sobre la tierra podía afirmar que fuese fea.

Sonreían. Su padre y su abuelo sabían que disfrutaba con todo lo relacionado con la naturaleza, con la aventura, con todo lo que combinara emoción con un poco de riesgo. Sabían también que era imaginativa y soñadora.

—Papa, quiero que volvamos aquí esta noche.

—¡Qué dices!, sabes que de noche puede ser muy peligroso. No sé por qué os dejo a ti y a tu hermano venir aquí de día. Si se enterara vuestra madre me acabaría tirando al mar a mí también —aventuró riendo.

Pierre sabía lo feliz que se sentía su hija durante los veranos, haciendo todo aquello que no podía hacer donde vivían. París sería la ciudad más maravillosa del mundo, pero no tenía mar. Los veranos en casa del abuelo Grégoire eran el anhelo más codiciado que tenían durante los largos inviernos.

Suplicó con la mirada.

—Por más que insistas no vamos a volver aquí de noche.

—Pero papá, la siguiente pleamar será antes de la una, lo he leído en el cartel — todos los días, un empleado del puerto escribía con tiza las horas de bajamar y pleamar.

—Nicolette, te he dicho que no —afirmó con la mayor rotundidad de que fue capaz ante el ruego de su hija.

—Papá, por favor —y diciendo esto se sentó en sus muslos, empapándole los pantalones, y le pasó el brazo por el cuello para darle un beso en la mejilla que le dejó

toda la cara mojada—. ¿Vas a negarle a tu Nicole ese capricho?

Grégoire sonrió, pero más aún su padre. Su nieta, su única nieta, era un torbellino de la naturaleza, un ser capaz de sacar lo que quisiera de quien quisiera y en el momento que quisiera.

—Bueno, ya veremos, baja con tu hermano y sigue jugando con todos los amigos.

—¡Bien! —exclamó la chica al apuntarse un nuevo tanto—. Papá, eres el mejor del mundo —aseguró mientras se daba la vuelta y volvía corriendo a la piscina.

No esperó a llegar hasta las escaleras, se lanzó desde el borde de cabeza hacia el agua, mostrando una seguridad que revelaba que aquella no era la primera vez que realizaba un salto como ese.

—Tienes que ponerle algún límite. Consigue todo lo que se propone y no sabes decirle que no —ríe aconsejó Grégoire, que veía cómo su hijo accedía a todo lo que pedía su nieta—. Nicole me da miedo.

—¿Miedo? —replicó Pierre, sorprendido.

—¿Sabes qué leía el otro día? *El capital* —contestó él mismo a la cuestión que acababa de plantear—. ¿Lo conoces?

—Por supuesto que lo conozco, pero Nicole no lo tiene. Se lo habrá dejado alguien.

—Eso deberías saberlo tú. A mí me parece bien que lea de todo, pero ese libro no es el más apropiado para una niña que todavía no tiene catorce años.

—Pero los cumple a la vuelta del verano —dijo Pierre, aunque sabía que su padre llevaba razón.

Pierre miraba a su hija dentro del agua, vestida, porque se negaba a llevar los bañadores de las mujeres que le parecían prendas antiguas, y prefería bañarse con unos pantalones y con una de las camisetas de su hermano. Nicolette, a la que todo el mundo llamaba Nicole, era quien organizaba los juegos de sus amigos, la que respondía al cómo, al cuándo, al dónde, al con quién había que hacer cada cosa, la que mandaba. Su hermano François, pese a ser dos años mayor, la obedecía, se dejaba arrastrar por la aplastante personalidad de *crevette*, como la llamaba desde que nació.

—¿Y cuándo has visto ese libro?

El hombre se quedó pensativo durante unos instantes y no se atrevió a confesarle que se lo había contado su nuera, la mujer de Pierre.

—Lo sé. Es suficiente, y me da miedo. Son lecturas que solo sirven para meter pájaros en la cabeza, y no están las cosas como para que nuestra juventud se descentre y mire al lugar equivocado.

—¿Y cuál es el lugar equivocado?

—Tenemos demasiados problemas muy cerca de nosotros y no debería estar mirando tan lejos. Esas doctrinas solo sirven para los soviéticos. Te repito que me asusta todo lo que nos rodea y no sé si temer más a los del sur o a los del este.

—Mira —respondió Pierre a su padre—, ahí no tengo ninguna duda. Lo que pueda pasar en España es un problema de ellos, y ellos tendrán que solucionarlo.

Desde hace más de cien años no hemos tenido nada que ver con esa gente. Los españoles no me preocupan, pero los que sí me inquietan son los nazis.

Grégoire coincidía con el breve análisis que hacía su hijo. Los nazis, cada vez más exaltados, cada vez más rearmados y más fuertes, cada vez más violentos y más envalentonados. Además ese año tendrían una gran propaganda mundial gracias a los Juegos Olímpicos de Berlín.

Sin saber muy bien la razón, el viejo tuvo una extraña asociación de ideas y recordaba cuando, hacía un rato, el mar iba subiendo de nivel por la acción precisa y conocida de la marea. Le venía a su mente el momento en el cual el agua coronaba la presa y caía con violencia al lado donde estaban los chicos esperando su furia y su descaro. La predecible marea. ¿Solo la marea era algo previsible o habría otros acontecimientos que también lo pudieran ser? ¿No podría ser cierto que un augur también estuviera escribiendo, al igual que hacía el empleado del puerto con el horario de mareas, un mensaje que nadie quisiera leer?

Preludio en Alemania

—Erika, dime la verdad, ¿estoy guapa?

—Lo estás —aseguró a Ursula su hermana—. Nunca he visto a una mujer más hermosa que tú.

Ambas se fundieron en un abrazo.

Ese 14 de julio era un día muy especial para Ursula. Era su gran día y nada podía fallar. Sus padres lo estaban preparando desde hacía muchas semanas, pero ella, por su parte, llevaba meses con los preparativos y había cuidado todos los detalles. Le habían comprado para la ocasión un vestido blanco de verano, largo y adornado con pequeños lazos azul celeste que le daban un cierto aire infantil. Ursula tenía el pelo rubio y su melena a capas realzaba su cara angelical. Estaba resplandeciente. Ese día se iba a celebrar la esperada presentación de las dos familias, la suya y la de su novio, el prometedor oficial de la Luftwaffe, el piloto Günther von Houten. Estaba feliz, por sí misma, pero sobre todo por su padre, el infatigable industrial Erhard Knochen.

Los Knochen formaban una de las familias influyentes del próspero tejido industrial de la Alemania de finales de los años veinte y principios de los treinta. Vivían en Berlín desde que concluyó la Gran Guerra, en la que participó Erhard, con un papel destacado en la batalla del Somme. El patriarca era un hombre enjuto que no mediría más del metro sesenta, con una notable alopecia que recorría toda su cabeza. No sin grandes sacrificios, desde muy pronto había dado muestras de su sagacidad empresarial al convertirse en un pionero en el negocio del acero. Era uno de los empresarios más boyantes del norte de la capital. Afiliado a la NSDAP desde sus comienzos, Erhard era un fiel admirador de la figura de Hitler y no se perdía ninguno de sus discursos si sus obligaciones le permitían asistir, y mostraba por su Führer una admiración fanática. En su casa solo se escuchaba a Wagner, a Schiller y a Beethoven, no fumaba, era suscriptor del *Der Stürmer* —periódico antisemita—, colaboraba con generosas y ostentosas aportaciones a la *Fördernde Mitglieder SS* —la entidad ligada a la SS que agrupaba a todos los financiadores del Reich—, tenía un pastor alemán y se jactaba de haber expulsado airadamente de su fábrica a todos los judíos que trabajaban en ella.

La naturaleza o, según creía él Marlene, su mujer, le habían negado los varones que siempre quiso tener y se tuvo que conformar con dos hijas: Erika, la mayor, y Ursula. La pequeña era la más guapa de las dos, la que contaba con la mejor formación, sobre todo la musical, la más preparada para conseguir al mejor pretendiente, que tendría que ser el joven que apuntara más alto en un Régimen que ya era una realidad. A la mayor aún no había sido capaz de encontrarle un novio, por más gestiones que había realizado. Su carácter dominante, fiel calco del de su madre, chocaba frontalmente con las dotes de mando que, a su juicio, tenían que caracterizar a todo joven oficial del Reich. Por eso, todos los esfuerzos realizados hasta el momento habían resultado vanos. Nacida casi con el comienzo de la Gran Guerra,

ahora, a los veintidós años, empezaba a tener una edad preocupante porque el tiempo corría en su contra. Su Führer estaba gestando el nuevo orden y todos sabían que vivían en tiempos de preparación para que, a su señal, toda Alemania se volviera a poner en pie. El lema *Deutschland Erwache* había calado en todas las capas de la población y con mayor profundidad en las más favorecidas, aquellas que podían sacar mejor partido de la situación. Ese momento iba a llegar, y deseaba que fuera pronto, pero entonces sería mucho más difícil encontrar el hombre adecuado para Erika, porque los mejores estarían dictando al mundo las bases por las que tendría que regirse.

Con Ursula, cuatro años más joven que su hermana mayor, las cosas habían sido diferentes. Su carácter modoso y tímido había encandilado a los hombres que se le habían acercado en busca de una mujer que tuviera la formación adecuada para educar a unos hijos, los máximos que pudiera concederles la naturaleza, en la nueva doctrina. Con ella, Erhard había tenido oportunidad de seleccionar. Había que elegir bien porque, a falta de hijo varón que pudiera asumir el protagonismo y la responsabilidad de servir al Reich, tenía que confiar en que sería su futuro yerno el que le ayudaría a seguir el camino hacia los altos círculos del Reich. Allí donde pudiera codearse con los Gauleiter, con los Generaloberst, y, por qué no, con los Mariscales de Campo. Y, puestos a soñar, ¿por qué no podría sentarse a tomar un café árabe traído directamente desde Estambul con el mismísimo Führer? Contra más altas fueran sus miras, tendría mayores probabilidades de conseguir numerosos contratos y lucrativos pedidos. Erhard sabía de qué manera había que pensar y actuar para obtener los beneficios sociales y económicos que pretendía alcanzar.

La mansión de los Knochen se ubicaba en Georgenstrasse, a muy pocos metros de las aguas del Spree, al norte de la avenida más importante de Berlín, la Unter den Linden, donde acudía toda la familia a presenciar los magnos desfiles nocturnos del Partido. La visión del baile arrítmico de las llamas de las antorchas que portaban los participantes ejercía sobre Erhard un efecto casi afrodisíaco. Marlene sabía cuáles eran las consecuencias de la asistencia a esos desfiles.

Vivían en un palacete de dos plantas en el que el salón ocupaba el lugar preeminente de la vivienda. Justo en su centro se encontraba el piano que Ursula tocaba con dedicación y sacrificio desde que contaba cinco años de edad. Una amplia escalera, adornada por una barandilla de caoba ricamente trabajada por unos ebanistas llegados desde Dessau, conducía hacia las habitaciones de la breve familia a ojos del Régimen. Marlene no había vuelto a engendrar después del complicado parto de Ursula, lo que ponía a los Knochen en el punto de mira de las familias más afines al Reich con las que se relacionaban.

A la fiesta de pedida habían acudido varios militares, aunque no del rango al que le gustaría a Erhard acceder, con sus esposas e hijos, que charlaban en la estancia. Pero media hora después del inicio de la recepción, y después de las presentaciones, las gráciles manos de Ursula se desplazaban sobre las teclas del piano con la maestría

de alguien que había nacido para la música. Acompañaba la melodía con movimientos acompasados de su cuerpo, y por la expresión de su cara se podía adivinar que estaba totalmente concentrada en la ejecución de la partitura.

El salón de la casa respiraba en exceso un aire prusiano. Quizá por no tener esas raíces, el señor Knochen se había empeñado en parecer que sí las tenía. El entorno que había creado en su hogar era artificioso y resultaba algo ridículo. Los muebles recargaban las estancias, y los objetos de adorno, ya fueran candelabros, relojes, porcelanas, o marcos de plata labrados eran muestras del poder económico de la familia, pero no de buen gusto.

Mientras los invitados oían de fondo la música que interpretaba Ursula, su padre pensaba en la magnífica ocasión que tenía ante sí para establecer contactos. Contemplaba cómo tocaba su hija, a la vez que miraba de reojo las insignias y las condecoraciones de sus invitados, los anillos, y se decía a sí mismo que debería estar acompañado de personas más influyentes que esas. El enlace con el Leutnant Günther von Houten iba a suponer una magnífica jugada de la que toda su familia, en especial él, se iba a ver favorecida.

Las sillas, tapizadas en seda de tonos verdes salpicada por flores granates, se habían dispuesto en dos semicírculos concéntricos al lado derecho de la pianista. En el interior se habían sentado las damas y en el exterior todos los caballeros, acordemente vestidos de uniforme, excepto el anfitrión. Los adolescentes de ambos sexos se habían quedado de pie, delante de los tres sirvientes que, uniformados con largas chaquetas grises, permanecían atentos al menor signo de necesidad de cualquier invitado.

Y entre todos los ojos que estaban clavados en las manos de la pianista, destacaban los de su hermana. Erika tenía unos ojos azules que le ocupaban media cara y que ella, con un ligero realce de pestañas y un pequeño toque de maquillaje, que le traía su padre cada vez que viajaba a París, se encargaba de que casi le ocuparan la cara entera, y su mirada había heredado toda la inteligencia y ambición de su padre. Su boca, aunque al ver su rostro en conjunto no lo pareciera, era pequeña, y sus labios finos ocultaban unos dientes blancos y alineados, pero algo menudos para considerarlos bonitos. Su cuello era largo y su piel no delataba la presencia de arterias ni músculos, era liso, esbelto, casi perfecto y siempre lo adornaba con hermosas y brillantes gargantillas. Su busto tenía las medidas justas y ella, especialmente en las reuniones a las que sabía que acudirían jóvenes oficiales, se encargaba de que sus pechos estuvieran a la altura adecuada y procuraba que quedara a la vista un pequeño canal que para su placer sería objeto de miradas furtivas. Su atrayente presencia provocaba en los hombres una especie de miedo que impedía que la trataran como lo que era, una joven casadera.

Erika siempre soñó con ser la esposa de un aviador. Había oído en boca de otras muchachas que los aviadores podían llegar a tener hasta diecisiete uniformes distintos. Su estética le apasionaba, pero el saber que eran capaces de dominar esas

máquinas prodigiosas era algo que volvía loca a la joven, aunque ella pensaba que ya no tanto. Además, Erika compartía con sus admirados pilotos las altas miras.

Esa noche había elegido un vestido color crema, demasiado escotado para el gusto de su madre, que no se sintió capaz de sugerirle que se pusiera otro. En su salón había un buen número de miembros de un colectivo que le resultaba enormemente interesante, y no era cuestión de pasar desapercibida. Mientras su hermana les regalaba un baile de octavas en una sesión brillante, Erika miraba a los jóvenes oficiales que se encontraban a escasos metros de ella, e intentaba ver en alguno de ellos a aquel que sería merecedor de sus atenciones más especiales. Había tres jóvenes, un Untersturmführer de la SS, un Leutnant de la Wehrmacht y un Stabsbootsman, aunque los marinos no entraban en el esquema ideal de Erika, ya que pasaban demasiado tiempo fuera de casa.

Además, no se le escapaba que la visión militar del Tercer Reich dirigía sus esfuerzos hacia un enfoque más continental, sirviéndose de la Kriegsmarine más como apoyo logístico, sin parangón con otras armas. Estaba claro que los marineros no serán los que dirigirán el futuro de Alemania.

Esos jóvenes oficiales eran los tres solteros de la reunión y tenían la edad perfecta para merecer su interés. Aunque también estaba Günther von Houten, el prometido de su hermana. La historia de Günther era, a juzgar por las confidencias que le contaba Ursula por la noche en la habitación que ambas compartían, apasionante. Su padre había sido militar en la Gran Guerra, y fue uno de los que participó en la humillante firma de capitulación en Versalles. Después de ese vergonzante episodio, se esmeró en educar a su hijo en la idea de la venganza, enseñándole cuáles eran sus obligaciones, quizá por ello, el pequeño Günther tenía especial empeño en demostrar al Reich su valía.

Ursula acabó su concierto de piano y fue felicitada por los asistentes, que, poco a poco, se fueron distribuyendo por el salón, formando corrillos. Los hombres tomaban una copa de coñac francés mientras las sirvientas, vestidas con el uniforme reglamentario negro con delantal y cofia blancos, servían café e infusiones a las mujeres. Una de ellas se acercó a uno de los grupos preguntando qué iban a querer.

—Café —contestó una señora sin mirar a la criada que se lo acababa de preguntar.

—Yo tomaré un té —pidió una mujer próxima a los sesenta años.

—¿Un té, querida? ¿Desde cuándo tomas bebidas inglesas? —Quiso averiguar otra contertulia, con sorna malintencionada.

—Perdona, pero el té no es una bebida inglesa —apostilló con la sonrisa más falsa que cabía en su repertorio—. Lo que no voy a consentir es que los de las islas quieran monopolizar esta bebida, que me encanta, *querida*.

—¿Y cuándo os vais a casar? —quiso indagar otra mujer, profesora de costura en una *Deutsches Frauenwerk*, a Ursula, que estaba desbordante de felicidad.

—No lo sabemos todavía, Günther está trabajando con los Ciento nueve. Pero

espero que sea pronto.

—¡Los Ciento nueve!, me han dicho que los Messerschmitt son unas máquinas increíbles. ¿Es verdad que pueden llegar a alcanzar los quinientos kilómetros por hora?

—No lo sé —contestó casi ruborizándose—, Günther nunca entra en detalles cuando habla conmigo.

—Marlene —preguntó otra de las mujeres invitada por los Knochen, a la cual le colgaban unos pendientes excesivamente largos para su edad, que espejeaban como si fueran de diamante—, ¿habéis pensado qué vais a hacer con Erika? ¿Cuántos años tiene ya?

—Cumplirá veintidós, *Frau* Keppler. Estoy segura de que cualquier día nos da una sorpresa. Condiciones no le faltan. Preparación tampoco. Ya lo verá —contestó su madre.

En otra parte de la casa un grupo de militares comentaba la situación política con el anfitrión.

—La verdad, Erhard, tener un miembro de la familia cerca de los círculos de confianza del Reichsmarschall seguro que lo llenará de satisfacción.

—Ya lo creo —presumió con orgullo el padre de Erika, que había elegido para complementar su traje de etiqueta una pajarita blanca—. Günther es un magnífico oficial, muy preparado, y estoy seguro de que nuestro Mariscal del Reich pronto le confiará tareas de mayor responsabilidad, que no han de faltar. Caballeros —planteó abiertamente Erhard a los tres hombres que lo rodeaban sentados próximos al piano en el inicio de una nueva sesión de sublimación del Régimen—, ¿por dónde empezarían ustedes?

Un Standartenführer de la SS que se encontraba a su izquierda miró su copa y, después de un ligero sorbo, contestó el primero.

—Desde luego habría que mirar al Este. Polonia, Hungría, Rumania, son países sin una idea clara del porvenir, cercanos a los bolcheviques e infestados de judíos vagos e indeseables, al margen de nuestras regiones naturales, como Austria o los Sudetes. Es ahí donde nuestro Führer debería poner su punto de mira. Nuestra Alemania necesita espacio, tenemos que exigir nuestro *Lebensraum*. Me imagino que todos ustedes habrán leído *Volk ohne Raum*, de Grimm. Nosotros no tenemos colonias como los franceses, los ingleses, e incluso los belgas o los holandeses.

—¿No le preocupa Francia, *Herr* Vetter? —terció un Oberst de la Luftwaffe que lucía uno de los numerosos uniformes de paseo con que contaba el ejército del aire.

—Mire, Wirths, me preocupan los países que le he dicho, me preocupa Francia y, por supuesto, la República española, que no para de llevar a ese país al desastre. No sé si se han enterado de los sucesos del domingo por la noche cuando las tropas del gobierno sacaron de su casa al líder de la oposición y lo acribillaron a tiros por la espalda. En España lo que falta es disciplina y sobra libertinaje. La Segunda República ha resultado ser una situación de interregno. Ellos no han tenido la suerte

que hemos tenido en Alemania de contar con un verdadero líder, un auténtico regalo de Dios. Todo me preocupa —prosiguió el Standartenführer después de ajustarse el monóculo que llevaba en el ojo derecho—, *Herr Wirths*, en especial aquellos lugares de tibieza ideológica, y creo que vamos a tener que multiplicarnos para estar presentes en todos los frentes.

—Permita que le diga —repuso Vetter— que eso es justo lo que no necesitamos, multiplicarnos. Actualmente, contamos con una gran cantidad de jóvenes capaces de cubrir todos los frentes con diligencia y patriotismo. Gracias a nuestro Führer, estamos preparados para actuar en toda Europa.

—Estoy de acuerdo —aprobó Erhard—. Y eso tiene que quedar claro en agosto. Los Juegos Olímpicos nos han venido como anillo al dedo. Todo el mundo va a saber de nosotros y de nuestra capacidad organizativa.

—Espero que los resultados sean mejores que los de Garmisch —intervino Theobald Hausweiler, un Oberstleutnant de la Wehrmacht, el ejército de tierra del Reich, después de exhalar una fumarada de su pipa—. Fui siguiendo las pruebas a través de las páginas del *Völkische Beobachter* y, francamente, esperaba un dominio mucho mayor de los nuestros.

—Sí —comentó Vetter de nuevo—, ha llegado a mis oídos que el Führer no quedó nada contento con la evolución de nuestra delegación.

—No podemos comparar el rendimiento de un nórdico sobre el hielo con el de un germánico. —Erhard intentó excusar los resultados de los deportistas alemanes, por debajo de lo esperado.

—No estoy de acuerdo con usted, un alemán debe ser capaz de ganar en todos los campos.

—Y si no —intervino de nuevo el imaginativo Wirths—, ¿por qué no hacemos alemanes a los nórdicos?

Todos soltaron una carcajada.

En otro lugar del salón, los tres solteros de la reunión departían con Günther:

—¿Cuándo os vais a casar Ursula y tú? —preguntaba el alférez de la SS.

—No lo sé. Estoy pendiente de las próximas misiones que me pueda asignar Goering.

—Pero tú, ¿hablas con el Reichsmarschall en persona? —inquirió muy sorprendido el marino.

—¿Qué te creías? Pertenezco al grupo de pilotos de su máxima confianza. El uno de agosto nos vais a poder ver evolucionar sobre el Estadio Olímpico. Vamos a hacer una demostración en formación. Goering quiere que todos conozcan a su Luftwaffe y que los alemanes se sientan orgullosos de tener la fuerza aérea más poderosa del mundo.

—Pero ¿qué es eso de una evolución sobre el Estadio Olímpico?

—Se van a formar una serie de figuras en el cielo. Entre varios pilotos elegidos formaremos nuestra cruz gamada. Será el mejor momento de los juegos —pronosticó

con orgullo.

—No, Günther, el mejor momento, mejor no, quiero decir... —dudó el joven de la Wehrmacht, que parecía no acertar con la palabra adecuada—, el más impactante será cuando gane algún negro americano. ¿Os lo imagináis? ¿Qué hará nuestro Führer?

—Pero ¿tú crees que tienen posibilidades?

—¡Por supuesto que las tienen! —exclamó el militar de la Kriegsmarine—. Ese sí que sería el mejor momento de los juegos.

—No —contradijo el alférez de la Wehrmacht—, el mejor momento sería si tú, Günther, subieras a todos esos a uno de tus aviones y los tiraras. Seguro que alguno ganaría el récord mundial de velocidad. ¡Eso sí que sería impactante! —Parafraseó a su amigo.

Todos los jóvenes oficiales echaron una sonora risotada, incluido el propio Günther, que se imaginaba la escena y se veía protagonista de aquel hecho insólito propuesto por uno de sus compañeros.

En el círculo de las mujeres el tema de conversación no era tan militar sino social.

—¿Y qué me decís de Magda Goebbels? El año pasado nació su primer varón —contó Zelma, la mujer del Oberst de la Luftwaffe.

—Querrás decir —puntualizó Frederika, la mujer de uno de los militares que en ese instante estaban hablando con el anfitrión— que ha tenido el primer hijo con Joseph, porque lo que tuvo en su anterior matrimonio también fue un varón.

—Sí, cierto —corroboró Alberta, la mayor del grupo, a la que el comentario había pillado con un buche de té dentro de su boca—, se llama Harald.

—Está visto que no te pierdes ni un número del *Völkische Frauenzeitung*.

—Pues no. No me pierdo ni uno —confirmó la aludida y, para que no hubiera dudas de que estaba al corriente de la vida social de las mujeres alemanas, remató la aseveración—, y cada quince días, el *NS-Frauenwarte*. Lo que no me explico es la manía que tiene de poner a todos un nombre con la misma inicial.

—¿Que no te lo explicas? —preguntó Zelma—, pues piensa en el apellido de nuestro Führer.

—¡Es verdad! —exclamó Marlene, cayendo en la cuenta en ese momento—. Las chicas se llaman Helga y Hilde y el chico...

—Helmuth —apuntó Zelma.

—A juzgar por lo que cuentan las malas lenguas de las relaciones que tiene el doctor con las actrices de la UFA, si Magda tiene otro hijo, que lo tendrá, debería bautizarlo con el nombre de Hirsch.

Al igual que los hombres antes, también todas las mujeres rieron con la ocurrencia de la motejadora Alberta.

—No habléis de hijos —indicó Alberta, la mujer del grupo que poseía el sentido

del humor más ácido, bajando la voz—, que se cuenta que Goering va a ser el primer hombre del mundo que en vez de hijos va a tener nietos.

—No digas eso, que Emmy no es tan mayor.

—¡Cómo que no es tan mayor!, si cuando se casaron el año pasado ella tenía cuarenta y un años, y todavía siguen sin tener novedad. ¿Qué quieres?

—Pues a mí me cae bien —concluyó la madre de Erika y Ursula—. Hace unos años la vimos actuando en Weimar y me pareció una buena actriz.

El resto de mujeres aprovecharon para dar un sorbo de sus tazas, mientras se cruzaron miradas de desaprobación.

Erika se había pasado la velada brujuleando de círculo en círculo, esperando el momento más propicio para actuar. Se había tomado su tiempo para idear su plan y había decidido que no entraría en acción hasta que el hombre que le interesaba no fuera ya por la tercera copa. Ese momento había llegado ya. Como si fuera una felina que hubiera salido de cacería, miró desde la distancia a su presa y le hizo una seña para que se dirigiera hacia donde ella encaminó sus pasos, la biblioteca, una pieza que en ese momento se encontraba vacía. Estaba contigua al salón, donde permanecía todo el mundo hablando, riendo, fumando y ajeno a los precisos movimientos de la mayor de las hermanas Knochen; era el lugar perfecto para las intenciones de la calculadora Erika.

Así fue cómo Günther abandonó el grupo en el que se encontraba y cruzó la gran puerta doble que comunicaba ambas estancias. En el salón de la casa la iluminación era muy fuerte, mientras que en la biblioteca solamente había dos puntos de luz iluminando tenuemente sendos cuadros de escenas de caza, por lo que el piloto tuvo la sensación de estar a oscuras por unos instantes.

En una esquina se encontraba Erika, junto a un globo terráqueo en el que su padre guardaba sus mejores botellas. Se había situado justamente ahí para distinguir bien la puerta de entrada y para asegurarse de que una visita inoportuna solo pudiera vislumbrar al joven oficial de espaldas.

—¿Querías algo, Erika?

—Mira, te quería enseñar mi último cuadro...

Lo cogió de la mano y le mostró, a pesar de la tenue luz de la estancia, una pintura que había tenido que ser realzada por un grueso marco dorado, para darle el empaque que no era capaz de ofrecer el lienzo. Pintar no era una de las virtudes de la mayor de las Knochen.

—Y quería saber si eres feliz.

Günther se extrañó por la pregunta, pero respondió lo que en ese momento le dictaba su cabeza.

—Mucho, Erika, Ursula es una mujer sensacional, cariñosa y afable, y será una magnífica madre para mis hijos.

—Me alegra que pienses así, Günther. Pero ¿la quieres?

—Por supuesto, estamos muy enamorados.

Erika tenía que actuar ya, no podía dilatarse porque no sabía con cuánto tiempo iba a contar para materializar su calculado plan.

—A ti te interesa una mujer que sea como tú, ambiciosa y que quiera comerse el mundo. ¿De verdad crees que mi hermana será la compañera apropiada, la mujer que necesita un general alemán?

—Yo no soy un Generaloberst.

—Pero lo serás. Y para eso necesitas a la mujer adecuada.

—Te repito que estamos muy enamorados y que seremos muy felices.

—Günther, tú necesitas una Knochen, eso es evidente, lo que me pregunto es si has elegido la que precisas de verdad.

—Pero ¿qué quieres decir? —preguntó desconcertado.

Erika no le respondió con palabras sino acercándose a su boca y juntando sus labios, a los que había dado una ligera capa de brillo, con los de un Günther que vivía unos instantes de perplejidad. La joven se separó unos centímetros para contemplar su cara y disfrutar con el momento. Tenía al que no quería que fuera su futuro cuñado al borde del precipicio, ahora solo necesitaba el valor de empujarlo levemente para luego recrearse en verlo caer por sí solo. Esbozó una sonrisa triunfadora y volvió a acercar no ya unos labios, sino una boca por la que asomaba una lengua sonrosada que a Günther le pareció especialmente atrayente. El joven oficial cayó en la trampa de Erika, y sintió que su brazo izquierdo tenía autonomía propia cuando le estrechó la firme cintura a la hermana de su prometida. Erika odiaba el olor del alcohol, pero sabía que, al igual que en toda batalla se producen bajas, en todo combate siempre se pierde, aunque sea un poco, y se mostró indiferente ante esa circunstancia, más aún, pareció que aquello la excitaba y así, mientras permanecían unidos por su boca, movía la cabeza sin cesar, como buscando el mejor ángulo de ensamblaje y, a la vez, empezó a emitir unos casi inaudibles gemidos de placer, jadeos tan falsos como cierta era toda la maniobra que había ideado hasta en el más mínimo detalle y que estaba resultando tal y como había ideado.

El plan estaba terminando. Volvió a separarse y le sonrió. Sabía que la risa aquietaba a los hombres y les daba confianza en ellos mismos. Tuvo que esperar unos instantes porque Günther había cerrado los ojos. Cuando los abrió el joven se encontró con la incontenible belleza de Erika débilmente iluminada por la lejana luz de los cuadros. La mujer tomó con su mano derecha la mano izquierda del oficial y la llevó hacia sus pechos. Günther, guiado por la mano de Erika, inició un movimiento circular que provocó que los pezones de la chica se erizaran; él lo notó a través de la tela de su vestido. Fue en ese momento cuando Erika bajó su mano izquierda hacia la cintura del joven hasta notar bajo su pantalón lo que buscaba. Sin dejar de mover ninguna de sus manos, y volviéndole a sonreír, se acercó a sus labios y le dio un beso a boca cerrada, muy breve.

—No te confundas, Günther, no te confundas.

Cuando su hermana entró en la biblioteca, la pareja, la nueva pareja, ya se había

separado y Erika fingió que le enseñaba a Günther unos ejemplares que su padre había adquirido recientemente.

—¡Ah, Ursula! Estaba enseñándole la última compra de papá.

—¿Las enciclopedias? —preguntó inocentemente la hermana pequeña.

—Sí, creo que ha sido una magnífica compra —la escasa iluminación fue la principal aliada con que contaba Erika para que su hermana no pudiera apreciar el rubor dibujado en la cara de su novio, quien, a esas alturas de la tarde, se empezaba a hacer preguntas—. Son unos ejemplares muy bien terminados —fue lo único que acertó a decir el joven oficial.

—Me han convencido para que toque otra pieza.

—¡Fantástico! —exclamó Erika mientras se encaminaba con su hermana al salón, dejando a un lado a Günther.

Lo que tenía que hacer ya estaba hecho. El anzuelo había sido lanzado con maestría y el pez lo había mordido a conciencia clavándoselo en el centro del paladar.

Cuando llegaron a la estancia más importante de la casa se encontraron con Erhard que, de pie, empezaba a lanzar una propuesta a todos los presentes.

—Señoras y señores, creo que, antes de escuchar la amable interpretación de mi hija Ursula, deberíamos rendir tributo a nuestro Führer entonando todos juntos nuestra música de hermanamiento.

En ese momento, todos los presentes sin excepción se pusieron en pie y, levantando su brazo derecho con la palma de la mano extendida hacia abajo, comenzaron a cantar.

Las notas de la canción despuntaron en el ambiente iluminando la cara de todos los presentes, en especial la de los adolescentes, todos ellos pertenecientes a la *Hitler-Jugend* en el caso de los varones, y a la *Mädelbund* las mujeres:

*... la calle libre
para los batallones marrones,
la calle libre
para los hombres de las Secciones de Asalto.
Ya miran a la Cruz Gamada,
llenos de esperanza, millones.
Amanece el día,
de pan y libertad.*

Al terminar, y después de corear con fuerza un *Ein Volk, ein Reich, ein Führer!* cerrado por los aplausos de todos, Ursula se sentó al piano y comenzó a tocar.

La fiesta de pedida de la menor de los Knochen seguía su camino tal y como habían organizado sus padres. Tenían razones para sentirse orgullosos. Esa tarde una de sus hijas había quedado comprometida con uno de los militares con más futuro del ejército más importante del mundo.

Preludio en España

Aquel martes, 14 de julio, la tarde ofrecía un cielo limpio de nubes y un sol dispuesto a recordar a todos en qué estación se encontraban. Teresa caminaba desde su casa, en la Cava Baja, hacia el paseo del Prado. Podría haber cogido el metro en Sol hasta la estación de Banco de España, pero prefería caminar. Así se ahorraría el coste del billete, algo que, para alguien como ella, que estaba empezando a administrar desde hacía medio año su nuevo hogar conyugal, siempre venía bien. Los inconvenientes, aparte del pegajoso calor que irradiaba el adoquinado, eran los hombres y lo que le decían por la calle. Aunque procuraba vestir lo más discreta posible, el verano provocaba que los brazos se destaparan, que las faldas se acortaran y que la intimidad de las mujeres quedara menos protegida. Para Teresa esto era una verdadera contrariedad. De niña llegó a pensar que el piropo era algo que provocaba la mujer con su manera de andar, de mirar o de vestir. Ella se había jurado a sí misma que jamás sería el centro de ese tipo de adulaciones, pero aquellas especulaciones correspondían a la época en la que las curvas todavía no habían hecho su aparición. Desde hacía un tiempo, la situación era radicalmente distinta.

Teresa cumplió los veintiún años el mismo día de su boda. Pasaría escasamente del metro setenta centímetros de estatura, lo que la convertía en la más alta de todas las mujeres con las que se relacionaba, de las de su familia y de las que servían e iban a comprar por las mañanas a los mercados de San Miguel o de La Cebada. Su pelo negro azabache tenía un brillo natural que ella, inconscientemente, realzaba al llevarlo muy largo. Unas veces lo llevaba recogido en un moño, pero otras, las más, dejaba que la melena le cayera muy por debajo de los hombros provocando un sugerente baile de cabellos al caminar. Su cara tenía unas facciones armónicas: una boca en la que destacaban unos labios carnosos, atrayentes, que mudamente pedían a gritos que se les besara; una nariz algo respingona; unos pómulos marcados y unos ojos negros enormes, realzados por unas pestañas que eran la envidia de todas las mujeres. El cuello, estilizado y fino, porque la ayudaba a parecer aún más alta. Los hombros eran estrechos; los pechos, grandes, iguales, muy firmes; la cintura entallada y las piernas muy delicadas. A pesar de ser cocinera, las manos de Teresa parecían las de una pianista. Todo en ella era natural y poseía una belleza arrobadora.

Caminaba todo lo feliz que le podían permitir las últimas noticias oídas. Ella, como siempre decía, no entendía de política, pero el asesinato de Calvo Sotelo tan solo unas horas después del cometido al teniente Castillo, de la Guardia de Asalto, había llenado cada rincón de Madrid de improvisados mentideros, desde la casa de los Núñez de Albares, en la calle Narváez, donde servía como cocinera, a todas las tiendas donde compraba. No se hablaba en Madrid de otra cosa que no fuera de vergüenza, de correcto merecimiento, de venganza, de consecuencia lógica, del número de los que estarían por caer, de qué pasaría ahora, de quién sería el siguiente, de qué haría el gobierno, de qué diría la Iglesia, de las dudas sobre el comportamiento

del ejército. Se encontraba extremadamente incómoda viviendo todos esos acontecimientos.

Caminaba a buen paso, abanicándose cada tanto para intentar paliar las altas temperaturas reinantes en aquella tarde.

—¿Adónde vas con el abanico, guapa? —preguntó un chamarilero de la calle Atocha con el que se cruzó y que se tapaba los desgastados pantalones marrones de pana con un mandil ceniciento—, que si me dejas voy yo a tu lado soplándote.

Aunque lo escuchó perfectamente, no hizo caso de lo que dijo el hombre y continuó su camino hacia el trabajo de su marido.

Luis, con el que se había casado a primeros de año, estudiaba Filosofía y Letras en la universidad madrileña y, a la vez, trabajaba por las tardes en el Museo del Prado, y durante los períodos no lectivos, a jornada completa. Había llegado a oídos de su director, don Ramón Pérez de Ayala, la gran capacidad que demostraba ese estudiante para entender las pinturas, para reconocer los colores, para distinguir las escuelas con solo ver un trozo de la tela. Luis Molero era un magnífico conocedor de los lienzos de todos los maestros europeos y dominaba los cuadros del Museo del Prado a la perfección. Don Ramón había accedido a que la institución le costeara un viaje a París durante el cual podría cotejar sus conocimientos con los de sus colegas franceses; además podría profundizar en la pintura del siglo XIX, más escasa en la pinacoteca madrileña. Luis también podía poner en práctica sus amplios conocimientos de francés, ya que el museo necesitaba a alguien que mantuviera correspondencia con otros museos europeos y americanos.

Gracias a sus conocimientos y virtudes, Luis Molero fue perfilándose como un magnífico secretario técnico para el director del Museo. Aunque no tenía la plaza, se podía considerar que era uno de los restauradores más valiosos del Prado.

—Buenas tardes, señora —saludó a Teresa uno de los vigilantes de la puerta sur, la que daba al Jardín Botánico.

Toda la plantilla conocía perfectamente a la mujer del cojo, como llamaban a Luis.

—Buenas tardes —contestó Teresa mientras cruzaba el vestíbulo camino de las oficinas.

Tenía la costumbre de ir a buscarlo a su trabajo la mayoría de las tardes y aquella, desoyendo las recomendaciones de los señores de Núñez de Albares, que le habían dicho que procurara no salir a la calle, no había sido una excepción. El paseo que daban de vuelta hasta su casa era algo que Teresa no quería perderse por nada del mundo. Caminar por la calle del brazo de su reciente marido compensaba cualquier hipotético peligro.

Llamó a la puerta de la oficina desde donde se oyó un «pasen» que hizo que franqueara la entrada. Junto a un ventanal por el que se colaba el fuerte sol de la tarde, había cuatro mesas que ocupaban los compañeros de Luis, que a pesar de unos grandes ventiladores colgados en el techo que giraban sus aspas perezosamente,

daban muestras de pasar calor. Al fondo, estaba la puerta del despacho del director del Museo, el que ocupaba desde hacía cinco años don Ramón, cuando la República relevó al pintor Fernando Álvarez de Sotomayor.

Luis se levantó de su silla y, arrastrando ligeramente su pierna izquierda, se acercó a su mujer para darle dos besos. Al margen de su cojera, el marido de Teresa era un joven bien parecido, algo más alto que su mujer. Era tres años mayor que ella y su aspecto siempre era muy pulcro, ya que cuidaba mucho su peinado y el vestir. Teresa se enamoró de él por sus modales refinados, por su conversación, por su cultura, y por la tranquilidad y seguridad que le infundía su presencia.

—¿Por qué has venido? Ha sido un dislate. Te dije que no salieras de casa —la reprendió en voz baja.

—¿Es que no quieres que venga a buscarte tu mujercita? —le respondió sonriente.

—Claro que quiero, pero las cosas no están para ir paseando por la calle —la alertó con el mismo tono de voz, siendo consciente de que sus tres compañeros estaban siguiendo la conversación.

—Su marido tiene razón —apuntó Gustavo Barrero, un hombre que se adivinaba bajito a pesar de estar sentado—, hasta se rumorea que pueda haber toque de queda.

—¿Toque de queda? ¿Qué es eso? —preguntó Teresa, estremecida. Aunque no supiera el significado, no la gustaron aquellas palabras.

—Que no se puede andar por la calle de noche —le aclaró su marido—. Bueno, ni andar ni circular en coche. Vamos, no poder salir de casa. Eso es lo que significa. ¿Me esperas un momento? Acabo una carta para don Ramón y nos vamos.

Teresa se quedó sentada en uno de los bancos de madera de la entrada de las oficinas y esperó unos minutos a que saliera su marido. Aunque no sabría definirlo, notó que esa tarde había algo raro en el ambiente. Conocía perfectamente a los compañeros de Luis y esa tarde algo era diferente. Los dos hombres del fondo permanecían mirando sus papeles sin levantar la vista de la mesa, cuando normalmente uno de ellos, un joven con gafas redondas, bigote delgado y pómulos abultados, aprovechaba para lanzarle unas miradas algo incómodas. Pero aquella tarde se sentía como una mujer invisible, como nunca antes se había sentido.

Con la preocupación dibujada en su rostro, Luis cerró la puerta, cogió del brazo a su mujer y se encaminaron hacia la salida. La cojera que le causó una mielitis vírica que padeció en sus primeros años de vida le obligaba a caminar con andares pausados y lentos. Teresa ya se había acostumbrado a la cadencia del balanceo y se amoldaba a él como si estuviera cruzando un canal en un barco sobre un mar de fondo, o como si interpretaran una particular pieza de baile.

Al cruzar el paseo del Prado vieron un brillante Peugeot 601 que circulaba hacia la estación de Atocha. En su interior varios hombres vestidos con camisas azules sacaban sus brazos derechos por las ventanillas mostrando las palmas de las manos estiradas al frente, dando vivas a España. Su actitud era respondida por algunos

transeúntes que les mostraban el puño cerrado.

—¡Facciosos! —gritó colérica una señora mayor, encorvada por la edad o tal vez por alguna enfermedad.

Luis y Teresa esperaron a que pasara ese vehículo para cruzar.

—¿De verdad la situación está tan mal?

—Peor —remarcó Luis con pesar mientras subían la pequeña cuesta en que se convertía la calle Moratín—. El teniente José Castillo era un oficial de las Tropas de Asalto, un representante del gobierno en definitiva. Y José Calvo Sotelo era el líder del Bloque Nacional. Esta mañana nos ha contado uno, en el Museo, que se decía que las Tropas de Asalto también habían ido a buscar a José María Gil Robles, el de la CEDA, pero que no lo han encontrado en su casa por hallarse en Biarritz. Parece que el estar de vacaciones le ha salvado la vida. ¿Te das cuenta de lo que significan esos cadáveres? Los falangistas contra Castillo y el gobierno contra Calvo Sotelo.

Teresa no dijo nada y siguió atenta a sus palabras. Le gustaba escuchar a Luis cuando le explicaba las cosas. Era claro y preciso en la forma de transmitir sus ideas.

Al notar que estaba preocupando a Teresa, Luis restó importancia a lo que estaba diciendo y propuso un plan a su mujer. Con suerte los dos se distraerían.

—¿Te apetecería ir al cine?

—No. No tengo muchas ganas de cine.

—Si quieres vemos la cartelera, he leído que en el Ópera ponen *La simpática huerfanita*.

—No, Luis, no me apetece ir al cine esta tarde, además, tenemos que ahorrar, y las dos pesetas de las entradas no sabemos si las podremos necesitar mañana.

—¡Mujer, no digas eso! ¿Y a bailar?, ¿quieres que vayamos a Tarzán?

Teresa se acercó a Luis y le dio un beso en la mejilla. Sabía que él tenía las mismas ganas de diversión que ella y agradecía el esfuerzo que estaba realizando.

—No te habrás dado cuenta de lo que ha pasado hoy en la oficina.

—¿Qué ha pasado? —Ella ya había percibido algo. La actitud esquiva del hombre de las gafas le había dado una señal.

—Que Eduardo Pérez y Enrique García se han pegado.

—¿Que se han pegado? —preguntó sorprendida.

—Ha sido horroroso. A primera hora. Uno ha llegado diciendo que a Calvo Sotelo le estaba bien empleado y el otro le ha respondido que más asesino era él por decir eso. Tenías que haberlos visto. Horroroso —repitió Luis, que miraba a su mujer como si fuera una extraña—. Ha tenido que salir el mismo don Ramón para ayudarnos a separarlos.

Estaban a punto de coronar la calle Moratín.

—Las muertes de Castillo y Calvo Sotelo pueden dar lugar a alguna venganza, a una salvajada de alguien, y de ahí, a otra y a otra. ¿Dónde podemos acabar? ¿Cuál puede ser el fin?

—¿Y cuál puede ser el fin, Luis?

—No quiero ni imaginarlo, ni pronunciar la palabra.

La pareja acababa de llegar a la plaza de Antón Martín y atajaron hacia su casa por la calle de la Magdalena. Al cruzar la de Atocha fue cuando pasó un Fiat Balilla ocupado por dos hombres de mediana edad. El acompañante del conductor sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—Morena, ¿no había otro dónde elegir?

Teresa miró de reojo al coche, que en ningún momento aminoró la velocidad, y reprochó en silencio su actitud.

—No te preocupes, Teresa —reconoció Luis con cara de resignación—, es lógico. Ellos dicen lo que piensan. El resto de la gente lo calla.

—Eso es una tontería. Hay que ser muy idiota para opinar así. Lo que no quiero es que tú lo creas.

Continuaron su paseo y al llegar a la plaza de Tirso de Molina vieron a un grupo de personas que formaban un tumulto. Al darse cuenta de que podía haber peligro apretaron el paso para alejarse del lugar, mientras giraban la cabeza en un intento de averiguar lo que sucedía. La respuesta se la dio el portero de una finca muy grande que estaba casi en la esquina de la calle Conde de Romanones:

—Dos falangistas, que les acaban de dar una paliza. No hay derecho, eran dos críos —puntualizó el hombre con pesar—. Este Casares Quiroga nos va a llevar a la ruina.

Después de atravesar la pequeña calle de San Bruno llegaron al 16 de la Cava Baja, su casa, aunque Teresa siempre pensaba que vivían en la calle del Almendro, que era hacia donde daban sus balcones. Cuando fueron a entrar tuvieron que dejar salir a doña Pura, la vecina del primero. Salía de su casa con un velo calado negro en la cabeza; iba a misa.

—Doña Pura, tenga cuidado —le recomendó Luis señalando con la cabeza el velo.

La mujer se paró y, antes de hablar, miró alternativamente al matrimonio con expresión desafiante, como si estuviera ante un pelotón de fusilamiento y quisiera mantener su dignidad hasta el último instante.

—Yo no tengo que tener ningún cuidado. He ido a misa desde que nací y seguiré yendo hasta el día en que me muera. Y si un día queman mi iglesia, será conmigo dentro. ¡La República! —bufó con una sonrisa irónica—, esto es lo que ha traído el pueblo, la pérdida de la fe.

Los miró de arriba abajo y clavó los ojos en el ejemplar del diario *Ahora* que llevaba Luis enrollado, en cuya portada venían retratados los dos asesinados, el teniente Castillo y José Calvo Sotelo.

—Y puestos a tener cuidado, ustedes también tengan cuidado con eso —señaló amenazante con la barbilla al periódico—, y buenas tardes.

Le devolvieron el saludo, pero al verla marchar hacia la plaza de la Cebada no pudieron decirle nada más.

—¿Sabías que el hijo de doña Pura es de Acción Católica? —comentó Teresa una vez que la mujer ya no podía oírlos.

—No, no lo sabía —respondió Luis—, pero no me extraña. Ella y don Evaristo son muy de derechas. Ya la has visto, de misa diaria.

Subieron despacio, como siempre, los tres pisos y Teresa sacó la llave. Les estaba esperando Mateo, el padre de Luis. Se encontraba junto a la Philips envuelto en una nube de humo producida por el picado de Ideales. Se sentía muy orgulloso de fumar tabaco comprado en el estanco y no a los recogedores de colillas.

—Me alegro de que hayáis llegado a casa. La radio no dice nada de interés, pero los rumores de la gente hablan de que va a haber venganza. Y no me extrañaría nada. Estos fascistas no van a parar hasta conseguir que aquí acabemos todos a tiros. No soportan lo que está haciendo nuestra República y están dispuestos a acabar con ella como sea.

—Papá, pero nuestra —silabeó despacio esa última palabra— República está haciendo las cosas muy mal.

Teresa lo miró, pero no dijo nada.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Si lo de Castillo ha sido un crimen, jamás Indalecio Prieto tenía que haber ordenado matar a un diputado en represalia. Jamás. A mí no me gustaba Calvo Sotelo, pero por muy fascista que fuera no se puede sacar a nadie de su casa y pegarle dos tiros, que es lo que parece que han hecho con él. A partir de ahora, puede pasar de todo.

Sin decir palabra, Teresa fue hacia su alcoba donde había ido Luis previamente y se quitó el vestido malva que llevaba. Encima de la combinación beis se puso una bata de flores verdes que le había comprado Luis frente al Pilar, cuando estuvieron en Zaragoza en el viaje de bodas y, en voz baja, se dirigió a su marido.

—¿Has oído lo que dice tu padre?

—Sí.

—Y tú, ¿qué dices?

—Yo no digo nada. —Mientras hablaba con su mujer aprovechaba para ponerse el pijama—. Yo lo que veo es que en la oficina unos piensan igual que mi padre y otros justo lo contrario. Yo no digo nada.

El silencio, como si fuera un tercer tertuliano, hizo una súbita aparición.

—Luis, te veo preocupado. Algo te pasa que me quieres ocultar.

Luis miró a los ojos de su mujer durante unos instantes y luego se sentó en una de las esquinas de la cama, encima de la colcha fina de color marrón que la cubría. No pudo mantener la mirada y prefirió buscar cobijo en las líneas de unión de las baldosas almagradas del suelo.

—Esta tarde me ha llamado don Ramón. Me ha dicho que tenía pensado mandarme a Londres porque habían recibido una invitación de la National Gallery. Aunque no sepa inglés no pasa nada porque allí hay mucha gente que habla francés, incluso alguno, español.

—¡Pero eso es una magnífica noticia! —Teresa mostró su alegría mientras se sentaba a su lado y lo estrechaba con su brazo derecho—. ¿Y cuándo te irías?

—Ese es el problema, Teresa, que no voy a ir. Le han dicho desde el ministerio que, después de lo del sábado y lo del domingo por la noche, se anulen todos los viajes, se suspendan todas las reuniones, y que todo el mundo esté, pero en sus casas. El gobierno teme que pueda haber un golpe de Estado.

Teresa, como la mayoría de las mujeres, sin más estudios que los primarios, carecía de los elementos de juicio adecuados como para poder realizar un análisis político de la situación, pero la naturaleza la había compensado con un sentido de la perspicacia capaz de leer en el rostro de su marido su acuciante preocupación.

—Luis —Teresa bajó deliberadamente el tono de voz para que no la pudiera escuchar su suegro desde el salón—, ¿no crees que la gente está muy nerviosa?

—Puede ser, creo que estamos viviendo la peor época que tú y yo hemos conocido. En la oficina se reciben todos los días varios diarios y hoy he echado un vistazo a las portadas del *ABC* o el *Ahora* y la verdad es que no hay ninguna noticia buena.

La cena discurrió en silencio. Teresa había preparado un caldo con fideos y unos trozos de carne de la que había sobrado al mediodía en casa de sus señores. Después se tomaron unas rodajas de chorizo que le habían traído de Calzada de Valdunciel unos primos cuando pasaron por Madrid hacía unas semanas. Los tres miembros de la familia cenaron sin que de sus labios saliera ni siquiera el más mínimo comentario acerca de las palabras gangosas y metálicas que emitía la radio del salón.

PRIMERA PARTE

1940

Noviembre

La tarde caía lentamente sobre la capital. Todavía quedaban varias horas para el toque de queda y cada transeúnte aprovechaba aquellos efímeros momentos de libertad.

Estaba muy nerviosa. Miró el reloj, calculó que le podría quedar poco menos de una hora para actuar y decidió que tenía que consumir el tiempo haciendo algo. La inacción no era buena compañera. No encontró nada mejor que hacer que empezar a disfrazarse. Sacó la caja de las pinturas y comenzó por los ojos. Con el lápiz delineó sutilmente el contorno. Después continuó con las pestañas, ondulándolas hacia el cielo con el cepillo impregnado de rímel. Siguió por la cara y optó por cubrir sus pómulos con una ligera pátina de color rojo para ocultar el excesivo candor de su tez. Y para los labios, lo que entendía que era más importante para atraer a un hombre, se decantó por el carmesí. Cuanto más cargado, mejor. «Como uno de los colores de mi bandera», pensó Nicolette. Se miró en el espejo y aprobó su trabajo. Después, se quitó la bata, quedándose en ropa interior. Lo primero que se puso fueron unas medias caladas negras que sujetó con una liga también negra a la altura del muslo. Se esmeró para que quedaran suficientemente estiradas, sin pliegues. Siguió con la falda bermellón abierta por uno de los laterales, por el derecho. Intentó no olvidar ese detalle. Cogió dos pañuelos y los metió dentro del sujetador para intentar dar mayor volumen a sus pequeños pechos. La camiseta roja bien escotada y ceñida le quedaba como un guante. Se volvió a mirar al espejo y se encontró muy satisfecha con el resultado. Pensó en su abuelo, «que en gloria esté», deseó, y en lo que pensaría si la pudiera ver. Quiso creer que se encontraría muy satisfecho con la aportación de su nieta, aunque bien podía ser un simple intento de justificarse. Quedaba el último detalle. La boina se la colocó ligeramente ladeada entendiendo que quedaba mejor también hacia la derecha, como la abertura de la falda. Miró la hora. Las siete. Era el momento.

Salió al patio donde la esperaba Thierry. Después de medio ganarse la amistad de François, el muchacho consiguió que Nicolette lo aceptara en su corazón, aunque el carácter decidido e independiente de la chica le había hecho dudar constantemente. Pero de tanto intentarlo acabó por alcanzar su objetivo. Una noche del verano del año 1936, concretamente el 14 de julio, horas después de haber estado disfrutando con la subida de la marea, consiguió juntar sus labios con los de Nicolette. Aunque fuera un momento y estuvieran en un callejón mal iluminado, allí la tomó de los brazos y con la suavidad que imaginaba se hacían esas cosas se acercó a su cara y, con miedo pero con deseo, posó su adolescente boca en la de la chica de la que estaba febrilmente enamorado. Ella se dejó hacer, y él aprovechó para pasear sus pulgares sobre los pezones de la muchacha. Era la primera vez que tocaba unos. Era la primera vez que alguien se los tocaba.

—Estás preciosa.

Como si fueran dos chiquillos la cogió por las manos y, manteniendo la distancia, le preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Por favor, Thierry, no me preguntes cada vez que hacemos esto lo mismo, ni me digas que estoy preciosa, lo odio. Y claro que tengo miedo, el mismo de siempre. ¿Y tú?

No respondió con vocablos sino con un leve movimiento de hombros. La situación no era nueva, pero no podían acostumbrarse a lo que habían empezado a hacer, ¿hacía cuánto? El muchacho pensó en el día en que se lo propusieron y en cómo se entrenó. Él nunca había matado a nadie y nadie le tenía que concienciar de que la obligación de todo buen francés era expulsar a los invasores a cualquier precio. Voluntariamente eligió la vía activa. No estaba dispuesto a sentarse a esperar a que otros hicieran el trabajo. Por eso dio un «sí», aunque deseaba que todo esto no estuviera sucediendo. Lo peor fue la primera vez, no con ellos, sino con las cabras y los corderos. Cuando sostuvo la daga, la miró, y se preguntó cómo algo tan sumamente mortífero podía pesar tan poco. En la granja de Hédé, cerca de Dinard, la utilizó por primera vez. Le señalaron cuál era el elegido y recordaba con precisión cómo se acercó por detrás y, con bastante acierto para ser un principiante, agarró firmemente la cabeza de aquel pobre animal con la mano izquierda e introdujo con decisión la daga por su oído, adelantando así su final, que habría sido días después en el matadero. Con la práctica había ganado en rapidez y precisión. Había interiorizado que un rápido movimiento de muñeca, como si estuviera dando gas a una motocicleta, era especialmente letal.

Pero esa tarde no serían corderos, ni ovejas, ni cabras. Nicolette le sonrió e intentó tranquilizarlo.

—¿Quieres que volvamos a repetir toda la secuencia?

—No, de verdad, por mí, cuanto antes acabemos, mejor.

—No tengas prisa, Thierry —le advirtió Nicolette—. Hay que elegir bien, y eso no tiene por qué ser fácil siempre. Yo también quiero que pase lo antes posible, te lo puedo asegurar.

Thierry asintió a las palabras de su chica. El compañero de juegos de verano durante la adolescencia se había convertido, a sus diecinueve años, en un hombre fuerte y frío, que había desarrollado una madurez impropia para su edad.

—¿Has hablado con mi hermano?

—Sí, François estará en la furgoneta atento a mi señal.

No se dieron un beso porque ella no quería que se desdibujara el carmín que se había aplicado con tanto celo. Sabía que la mejor manera de que todo sucediera en muy poco tiempo era causando la mejor primera impresión. En ningún caso tenía que fallar en esos momentos iniciales.

Se despidieron con la mirada y cada uno fue a ocupar el lugar que le correspondía

en la misión.

La puesta del sol había enfriado el ambiente y Nicolette, tal y como iba vestida, se sentía muy destemplada, por lo que ansió que llegara pronto la persona adecuada; una razón más para desearlo.

La rue Montorgueil estaba situada en el distrito número 2, perpendicular a la rue Étienne Marcel y paralela a la rue Saint Denis. Era una de las zonas más apropiadas de París para que los hombres solos encontraran compañía femenina. Por sus aceras discurrían personas de todas las edades, desde chicos casi adolescentes, hasta viejos buscando una mujer con quien sentirse algo más jóvenes. Nicolette distinguía dos grandes colectivos: los alemanes y el resto. Con el segundo grupo no quería nada, su atención se centraba en el primero. Exclusivamente. Al pequeño equipo de activistas solo le interesaban los soldados ocupantes, esos que siempre salían de paseo con su uniforme en perfecto estado de revista, dispuestos a conocer cómo eran las francesas en la cama para luego contarlo cuando volvieran de permiso a su país. Nicolette pensaba que la mejor manera de colonizar una tierra, mucho más allá que arrebatar el orgullo oficial haciendo ondear la bandera del ocupante en los edificios más emblemáticos, era la humillación que significaba doblegar a las mujeres de los vencidos como forma de arrancar lo más íntimo del pueblo conquistado.

La idea de la célula comunista a la que pertenecía era aprovechar precisamente esa fuerza del contrario para utilizarla en su propio beneficio. Con maña. Con inteligencia. La acera era lo suficientemente estrecha como para que no entrara más que una pareja. Por ello, cuando caminaban más de dos, la chica tenía que situarse en el umbral del portal y esperar a que pasaran.

Lo que peor llevaba era la espera. De temperamento impetuoso e inquieto, Nicolette tenía que buscar una paciencia que la naturaleza le había negado. Pero sabía que no podía hacer otra cosa, no tenía que exteriorizar nerviosismo, sino que tenía que actuar como las verdaderas, como las que sabían hacer muy bien lo que se suponía que ella tenía que imitar: pasear, mirar hacia ningún lugar, oír, poner cara de distraída... «Ellas sí que saben», pensó.

El cuarto de hora que transcurrió hasta que lo vio se le hizo eterno. Hasta ese momento había tenido que desechar la propuesta de algún francés, incluso esquivar a varios grupos de alemanes, pero, por fin, se acercó un soldado solo. Era un muchacho que no tendría todavía los veinte años y en su cara se mantenía una expresión adolescente. Llevaba el uniforme de Gefreiter, Nicolette había aprendido a distinguir a la tropa como parte del entrenamiento al que había sido sometida.

Nicolette miró a su alrededor y, para su tranquilidad, comprobó que no había nadie en las proximidades: «Suerte», pensó, y esperó a que el joven estuviera cerca para poder salirle al paso y pararlo. No sabía si el militar estaba buscando compañía, o simplemente pasaba por allí, pero eso ahora no le importaba. Lo paró poniéndole la

mano derecha en el hombro izquierdo y se dirigió a él en alemán:

—Guapo, ¿adónde vas tan solo?

El chico esbozó una sonrisa y le contestó con una palabra que Nicolette no entendió. Le dio igual, estaba preparada para ello ya que el alemán que había aprendido no llegaría a las cien palabras, y todavía no era capaz de entender todo lo que le decían.

—¿Te gusto? —preguntó, a la vez que acariciaba la cara del imberbe soldado solo salpicada de un tenue bozo rubio, como el color de su pelo.

Nicolette entendió que el chico estaba dominado por una fuerte timidez, y aunque estaba en la rue Montorgueil para lo mismo que casi todos los que iban allí, no se atrevía a expresarlo abiertamente.

—¡Ven! —le propuso.

Era una de las palabras alemanas que más le gustaba porque solía ser la última que pronunciaba en ese, para ella, apestoso idioma; la lengua de los invasores. El resto de la celada se tenía que llevar a cabo sin palabras.

Nicolette abrió el portal y, antes de entrar en él, dirigió una mirada furtiva a la persona que estaba en el interior de la Renault Celtaquat ADV1 aparcada al otro lado de la calle, que estaba muy atento a toda la escena. La pareja pasó a un pequeño patio abierto que daba a un par de puertas en el bajo y una escalera que llevaba al piso superior. Nicolette llevaba al alemán de la mano y este la seguía pensando que esa tarde iba a conocer a una mujer francesa. Al soldado la chica le parecía guapísima y, además, tan decidida como le habían contado que eran las mujeres galas. Ella se volvió y lo situó de espaldas a las dos puertas de la planta baja. Notó sus nervios, así que se aproximó a él, le acarició la cara suavemente con sus dos manos y acercó su boca a los labios rojizos del soldado. Le dio un beso breve y luego le preguntó en francés:

—¿Te ha gustado?

El alemán no entendió lo que la chica había preguntado, pero sonrió ante las suaves y penetrantes palabras de la joven, que volvió a intentar sosegarlo con la mirada.

—Estoy segura, soldadito, de que esta tarde no la vas a olvidar —volvió a decir en un francés que sabía con seguridad que no entendería.

Nicolette rozó levemente su muslo con la entrepierna del militar, y al comprobar su estado más íntimo entendió que el soldado había relajado su atención al entorno. Había llegado el momento de entrar en la segunda fase de la acción.

Sin dejar de mover la pierna acompasadamente, se acercó de nuevo a su cara y lo volvió a besar; ese iba a ser el último beso que le iba a dar. El joven estaba excitado y buscaba la boca de Nicolette con urgencia, con necesidad. Sus manos la oprimían con firmeza y la chica notaba que casi le costaba respirar de lo próximos que se encontraban los cuerpos.

Le costó un pequeño esfuerzo separarse del chico, pero necesitaba hacerlo para

facilitar que su novio entrara en acción. Justo entonces, la mano izquierda de Thierry —que había salido sigilosamente de una de las puertas que daban al patio— sujetó firmemente la boca del soldado, mientras con la otra hundió la daga con fuerza en el interior de la oreja derecha del alemán. El chico no tuvo tiempo de reaccionar. Junto al movimiento oscilante de unos ojos perdidos, su boca, tapada por la mano de Thierry, emitió un sonido imperceptible. Nicolette le sujetaba fuertemente las manos a la cintura mientras su novio giraba con fuerza la daga efectuando bruscos movimientos en ambos sentidos. «Dar gas a la moto», llamaba a ese movimiento mortal.

Los dos notaron cómo se relajaban los músculos del alemán y sus rodillas cedían al peso de su propio cuerpo. Dos o tres segundos después, en el centro del patio, caía inerte el cuerpo del Gefreiter. Nicolette y Thierry se miraron con seriedad. No tenían nada que decirse, todo había salido bien. Un nuevo trabajo limpio y certero.

La chica se limpió los labios con uno de los pañuelos que habían dado volumen a sus pechos y se quitó la boina. Se dio cuenta de que estaba sudando a pesar del frío que hacía, pero no había tiempo que perder. Thierry cogió el cuerpo por las piernas y ella por los brazos y lo metieron en uno de los cuartos que había en el patio, el mismo en el que instantes antes el novio de Nicolette se había escondido, y encendieron la luz. Cerraron la puerta y comenzaron a quitarle la ropa. Lo tenían perfectamente estudiado. Empezaron por desanudar los cordones de las botas, de ello se encargó Thierry a la vez que Nicolette le quitaba la *Feldbluse*, pero al moverlo se manchó con la sangre que emanaba de la boca del soldado, lo que le provocó unas fuertes arcadas. Acabó vomitando en una esquina del patio, aunque se recuperó rápido para ayudar a su novio a acabar con aquello.

En unos minutos el militar estaba totalmente desnudo y su ropa apilada formando un montón amorfo en una de las esquinas de la habitación anexa al garaje. Thierry se lavó las manos bajo un grifo que había en uno de los laterales del patio, y se acercó a su chica:

—¿Qué tal?

—Ya está. Vamos. Sigue con lo que tienes que hacer.

A Thierry le sorprendía la suma frialdad con que trabajaba Nicolette. Suponía que la chica tendría que estar nerviosa o agitada, diferente en cualquier caso, y lo que se encontraba era con una mujer impasible que realizaba todo el proceso siguiendo un patrón de comportamiento previamente establecido, y sin inmutarse ni exteriorizar ningún tipo de sentimiento.

Thierry se puso un gabán sobre su chaqueta de pana y salió al patio, abriendo los pasadores de las dos grandes puertas de madera que permitían la comunicación con la calle.

François, el hermano de Nicolette, había estado atento a la apertura de los portones para arrancar la Celtaquat que estaba aparcada a escasos metros. Efectuó una pequeña maniobra e introdujo el vehículo, reculando, dentro del patio. Una vez

que hubo entrado completamente, Thierry cerró las puertas.

François se bajó y se dirigió hacia la habitación donde estaba su hermana. Al abrir la puerta contempló la escena a la que no se terminaba de acostumbrar. La expresión de Nicolette ahorra preguntas. A una indicación de la chica, y ayudados por Thierry, introdujeron el cuerpo desnudo en la parte trasera de la furgoneta después de fijarse en que no llevara ninguna medalla ni nada que pudiera identificarlo.

En unos segundos el vehículo saldría del patio, pero primero lo hizo Thierry, que quería comprobar que no pasara ningún coche. Vio a un grupo de tres soldados de la Luftwaffe que tenían la cara enrojecida por el efecto del alcohol, pero procuró actuar con normalidad y les pidió en alemán que se pararan un momento para que pudiera salir la Renault. Los tres chicos, rubios con el pelo muy corto, recordaron que les habían ordenado ser respetuosos con la población civil y esperaron pacientes a que el vehículo, con la leyenda *Faroux frères - Viandes du Charolais* pintada en uno de los laterales, partiera rumbo a Les Halles. Al grupo no se le había ocurrido otro lugar donde hacer desaparecer un cuerpo, el Partido contaba con una célula formada por cuatro carniceros dentro del mercado.

Mientras, Nicolette subió a una de las habitaciones superiores de la casa y, paciente, preparó la chimenea con unas bolas de papel que formaba con hojas de los diarios *Je Suis Partout* y *Le Petit Parisien* y se dio cuenta de que no sabía si le gustaba más ver arder la ropa del nazi o las hojas de los periódicos colaboracionistas. Como siempre, lamentó una vez más que los *boches* calzaran unas *Marschstiefel* de cuero tan robustas y tan resistentes al calor de las llamas.

El Mercedes 260 D circulaba en silencio. Ninguno de los cuatro oficiales tenía ganas de hablar. Siempre que se dirigían a una nueva misión el mutismo se apoderaba de todo el grupo. Además, ellos eran los jefes, los que iban a estar al mando de la acción. Ahora llegarían al aeródromo donde les estarían esperando todos sus hombres. Por un lado, estaban los pilotos, por otro los observadores, los operadores de radio, los artilleros y los que pulsarían el botón más incómodo. En definitiva, todos los que se irían al aire con ellos en esa noche tan fría. Atrás habían quedado las lejanas primeras incursiones de los meses de junio y julio, aquellas en las que parecía que la acción iba a durar muy pocas semanas. Desde el día en que cayó la primera bomba sobre Inglaterra hasta esa noche ya llevaban varios meses sin conseguir rendir a la isla.

Günther viajaba junto al conductor, un hombre ya maduro que le había saludado militarmente como le correspondía por su empleo, nada más y nada menos que todo un Hauptmann, el jefe de la escuadrilla. El de esa noche era uno distinto al de otras ocasiones —no se había quedado con su nombre—, quizás el anterior estuviera de permiso, o hubiera sido destinado a otro emplazamiento. También era probable que estuviera herido, o muerto, incluso. La muerte formaba parte de la vida diaria del piloto. Ya eran muchos los compañeros retirados de la acción. El blindaje parcial de la cabina reducía el riesgo de que las balas enemigas pudieran matar al piloto, pero si el enemigo hacía blanco, la vida de los que iban a bordo estaba algo más que comprometida. Algunos decían que no se lanzarían en paracaídas.

Daba igual, «aunque saltes, ¿dónde te caerías?», pensaba Günther. Sabía que el océano Atlántico se abría debajo de ellos como una mortaja negra que todas las noches les estaba esperando. A varios miles de metros de altitud Günther dudaba si el paracaídas ejercería su función. Teóricamente lo habían probado y se abría con normalidad, pero ¿qué era lo que les esperaba al final...?, ¿agua?, ¿tierra? Si era lo primero, la muerte estaba asegurada por ahogamiento o hipotermia. Y si era en tierra donde caían, podía existir la posibilidad de salvarse, pero solo en un primer momento, porque infiltrarse entre la población civil era ilusorio, sin la ropa adecuada, sin más conocimientos de inglés que unas pocas palabras sueltas mal aprendidas. Vendría la detención. La tortura, tal vez. El fusilamiento, en el peor de los casos, o quizás en el mejor. El código de honor de la aviación impedía que se ejecutara al que hubiera saltado de su aparato, pero no podían saber si los ingleses lo respetarían. Mejor no tener que saberlo.

Günther tenía muy clara la solución que tomaría si llegaba ese momento. Con disimulo y sin que le viera el conductor, buscó en su pecho la pequeña cápsula de plata que colgaba de la cadena que rodeaba su venoso cuello. La sacó y la sostuvo durante unos segundos entre sus dedos, pensó en los quince segundos que le habían

dicho que tardaba en conseguir que todo terminara. Casi la acarició. No albergaba duda alguna sobre cuál sería su invariable decisión si llegaba el momento. La volvió a guardar bajo el forro de lana, de los tres que llevaba era el que se encontraba en contacto con su intimidad, y volvió a abotonarse la cazadora de cuero con cuello de piel.

Acunado por el adormecedor movimiento del vehículo que cruzaba durante la noche campos y pequeñas poblaciones como si fuera un fantasma invisible, el joven piloto más que pensar casi soñaba. Recordaba los lejanos meses en España, la despedida de Erika, el adiós que le dio Ursula, que lloraba casi tanto como su hermana. También recordó su incorporación a la base de Tablada, en la inolvidable Sevilla, cuando volvía del primer puente aéreo, el *Feuerzauben*, que partió desde Tetuán con militares africanos destinados al apoyo del Alzamiento Nacional, y que estaban bajo las órdenes del general Hugo Sperrle, de la recién nacida Legión Cóndor. Ahí no tuvo más remedio que acordarse de Carmen, de Mari Carmen como le gustaba a ella que la llamara, y cuyo nombre nunca fue capaz de pronunciar correctamente. Al escucharlo, ella siempre se reía y se burlaba de la manera que tenía de articular la *r*. Le vinieron a la memoria los paseos por la plaza de España, él, con su flamante uniforme de la Luftwaffe, la fuerza aérea del mejor ejército del mundo, tan llamativo en aquel lugar donde la gente le paraba por la calle para darle las gracias por lo que estaban haciendo para salvar a España. La mayoría de las palabras que le decían no las entendía, pero su facilidad para los idiomas, ayudado por los profundos conocimientos que tenía de francés y de italiano, le sirvieron rápidamente para comprender, por lo menos, la idea de lo que escuchaba.

—¿Tienes novia en Alemania? —le preguntó un día Mari Carmen, que era hija de uno de los oficiales españoles que también tenían su base en el aeródromo sevillano.

—Tú no pensar en novios o novias —le contestó chapurrando un español muy elemental—. En guerra no pensar en novios. Mañana es un día distinto. ¿Se dice así?

Carmen lo llevaba bien cogido del brazo y disfrutaba cada vez que se cruzaban con alguien conocido, asintiendo con la cabeza al saludo que recibía de los caballeros cuando estos levantaban su sombrero. A veces —y siempre en compañía de sus padres y de sus dos hermanas menores que se pasaban toda la comida cuchicheando al oído y sonriendo, tapándose la boca mientras lo miraban— almorzaban en el Pasaje del Duque, uno de los mejores restaurantes de la capital hispalense.

—En Dalmas —sugería doña Mercedes, la madre de Mari Carmen, mirando a su hija, a Günther y después a su marido— venden anillos de pedida preciosos. Allí me lo compró tu padre.

—Mi mujer no sale de Campana —intentó justificar el padre de Mari Carmen, con una mueca de disculpa.

Günther miraba, sonreía y seguía comiendo.

Pero el momento más emotivo fue cuando, en la primavera del año 1937, del brazo de Mari Carmen, que se había puesto un vestido negro de raso, que realzaba

espléndidamente su figura, unos zapatos negros de tacón alto, y una peineta y mantilla que le hacían parecer una mujer altísima e inusitadamente atractiva, asistió a una procesión. Günther nunca había sido testigo de un acto religioso de esas características. El emotivo silencio de una calle repleta de una gente que mostraba su respeto por «los pasos» cargados con velas que se acercaban hacia donde se encontraban. Jamás pudo entender la letra de aquellas canciones sin música que interpretaban hombres que se quedaban roncos ante la imagen de la Virgen. Mari Carmen lloraba y él no sabía el porqué, pero en más de una ocasión también se emocionó y notó que en su garganta se hacía un nudo. Nunca hubiera sido capaz de explicar, ni ante un Tribunal Militar, la razón por la que se enterneció al ver pasar la imagen de la Virgen de los Gitanos. Y esa era una buena paradoja: un oficial alemán conmovido ante una figura venerada por ese colectivo tan odiado y perseguido por los nazis.

Carmen también le enseñó el lenguaje del abanico y el donaire que mostraba al manejarlo con soltura y picardía, mientras pasaba de darse pequeños golpes sobre el corazón a posarlo sobre sus labios rojos y carnosos. Jamás había visto a una mujer desenvolverse así con un hombre y mostrarle los caminos de la seducción. Y los besos. Los besos de Carmen los recordaba apasionados como los de ninguna otra mujer. Por supuesto, mucho mejores que los de Erika y nada que ver con los tímidos de su hermana. «¿Cómo pude llegar a comprometerme con Ursula?», pensó Günther. De Mari Carmen no consiguió nada más, solo alguna breve exploración por debajo de sus faldas ajustadas, tan incómodas para la ocasión, o algún jugueteo con sus pezones, fuertes y duros, eso sí, siempre por encima del sujetador. En alguna ocasión intentó algo más, pero se llevó una pequeña palmada reprobatoria en la mano, no muy fuerte. Era un juego cuyas reglas no entendía, pero en el que le encantaba participar.

Los besos de Mari Carmen lo acompañaron en todas las incursiones sobre el aeródromo «rojo» de Getafe, a bordo de aquellas primeras versiones de los Messerschmitt 109. Su recuerdo era mucho más intenso que el de una Erika que se encontraba demasiado distante. Sus enormes ojos realzados por unas kilométricas pestañas le daban más fuerza para enfrentarse a los Tupolev que todas las horas de instrucción militar juntas.

Luego vino la vuelta a casa para probar los nuevos modelos, las nuevas versiones del Ju 87, los Stukas, que tanto efecto causaban sobre el enemigo gracias a la sirena que accionaban cuando descendían en picado para bombardear su objetivo, aunque la brusquedad del descenso causaba fuertes dolores lumbares a sus pilotos. También estaban los nuevos modelos de los Dornier Do17, y el que consideraba su preferido, el Messerschmitt Bf 110. Recordaba especialmente el 6 de junio de 1939 en Berlín, el día de aquel desfile en el que miembros de las juventudes hitlerianas portaron unas pancartas ovaladas en las que podían leerse los nombres de los soldados que perdieron la vida en España, en aquella guerra en la que participó sin entender nunca

los motivos.

El vehículo llegó al control de la base de Audembert, una de las tres que tenía la Luftwaffe en el llamado Pas de Calais. Todos los ocupantes del vehículo tuvieron que mostrar su *Soldbuch*, que fue revisado por el oficial que se encontraba de servicio. Una vez que constató que todo estaba en orden, el militar les devolvió la documentación y les franqueó el paso al recinto. Hasta ese momento, los guardias de la entrada habían mantenido sus MP 40 encañonando al vehículo.

El movimiento en la base era desenfrenado. Había pocas luces, la mayoría eran de color rojo y estaban encendidas para señalar los locales principales. Aunque también se podían distinguir los equipos de abastecimiento de combustible de los aviones; los vehículos de suministros de explosivos cargados con bombas, las toneladas de trinitrotolueno que minutos después caerían sobre territorio enemigo y que eran trasladadas desde los almacenes a las bodegas de los Junkers Ju 88, que podían acarrear casi dos toneladas de carga letal. Desde los hangares se distinguía la salida a la pista de los Stukas dispuestos para que los equipos auxiliares les colocaran las dos bombas que parecían esconderse bajo sus alas que, aunque invertidas, recordaban a las de una gaviota.

Günther se dirigió hacia uno de los barracones donde debían estar sus pilotos ya preparados y aclimatados a la oscuridad. A diferencia de otros cuerpos, como el de infantería, donde antes de entrar *en* la lucha se suministraba alcohol a discreción, los pilotos jamás tomaban ni una gota antes de iniciar una misión. Su vida dependía de sus reflejos, por lo que se castigaba con severidad la ingestión de la más mínima cantidad.

Los cuatro oficiales entraron en el despacho del Oberst. Después de cuadrarse, con saludo y taconazo incluidos, el coronel les mostró el mapa con el plan de vuelo. Eso siempre constituía la sorpresa de cada misión. La pregunta «¿adónde volaremos hoy?», les acompañaba en los momentos previos a la entrada en acción. Era una información que se consideraba alto secreto y que provenía directamente del comandante de la Luftflotte III —fuerza aérea que cubría la Alemania meridional y toda la Francia ocupada—, el general Hugo Sperrle, después del despacho que habría mantenido, se suponía, con el Reichsmarschall y con el general en jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, Hans Jeschonnek, del cual se decía que nunca dejaba de exhibir orgulloso su Cruz de Hierro.

—Birmingham. Se ha decidido incrementar las acciones contra esa ciudad. Miremos el plano —indicó el coronel.

La odiaba, porque su centro se encontraba a ciento sesenta kilómetros al noroeste de Londres, lo que suponía sobrevolar durante más minutos aquel maldito cielo desde donde les llegaban toda clase de hostilidades, desde los disparos de la artillería antiaérea a los cazas ingleses, los Hurricane y, especialmente, los Supermarine

Spitfire, aviones de movimientos tan rápidos y bruscos que parecían de goma, se cruzaban a tal velocidad que era imposible darles.

Mientras el Oberst iba asignando a cada uno de ellos su misión concreta, Günther y los otros oficiales le seguían con el interés vital que se tiene cuando la que te están ordenando puede ser tu última misión. Por estadística, aunque Günther no quería recurrir a ellas porque le parecían horribles creaciones matemáticas, sabía que en la próxima misión, quizás al día siguiente, alguno de los presentes podría faltar. La pregunta era: ¿quién sería de todos los que se congregaban en torno al plano desplegado sobre la mesa? «¿Cuántos habrán muerto desde junio?», pensó. La conquista de los cielos de la isla se les había atragantado. No tenía nada que ver con Polonia, ni con Holanda, ni con Bélgica, ni con Noruega. Lo que pensaban que iba a durar un par de meses —el tiempo que se estimaba necesario para eliminar a la RAF y poder iniciar el desembarco, la llamada operación León Marino—, llevaba camino de convertirse en un imposible.

—*Heil Hitler!* —Fueron las últimas palabras del Oberst, quizá para que sus aviadores no olvidaran por quién iban a morir.

Cuando terminaron de recibir las instrucciones, y después del consabido y peculiar deseo «*Hals und Beinbruch*», cada oficial se dirigió hacia los hangares donde se encontraban descansando los pilotos. Günther temía cruzarse con sus miradas. No soportaba la idea de que algunos de ellos no estuvieran en la siguiente revista.

El frío de la noche era muy intenso. Alguien le ofreció un termo con café. Tomó una pajita y dio un sorbo. Estarían a muy pocos grados sobre cero. Arriba, cada mil metros de altitud se convertirían en seis grados menos. Observaba a sus hombres fumar y pensó en lo que había oído de que, a muchos reos, antes de ser ejecutados, se les concedía ese último deseo. En la oscuridad de la sala solo se apreciaban los puntos rojos de los cigarrillos encendidos que brillaban con fuerza cada vez que el fumador aspiraba. Esta vez pensó en Erika.

El SS-Sturmbannführer Jesko Puttkammer llevaba destinado en París desde los primeros días de la ocupación. Su despacho se encontraba ubicado en el mismo Cuartel General de la Gestapo en la ciudad, en el setenta y dos de la avenue Foch, la gran vía que parte de la place de l'Étoile, en cuyo centro se levanta el Arco del Triunfo, hacia el oeste. El parecido clima con la capital del Reich, la corta distancia que tuvo que recorrer desde su cargo anterior en el Reichsführung SS, en el berlinés hotel Prinz Albrecht y el hecho de que su familia también se hubiera trasladado con él, eran razones que concurrían para que Jesko no tuviera sensación de estar viviendo en un país extranjero. Incluso la lengua tampoco constituía un problema porque en su casa le enseñaron francés, idioma que también practicó en la escuela de Bonn, su ciudad natal, y en el que se manejaba con comodidad. Daba el aspecto de ser un hombre pulcro, siempre impecablemente vestido aunque no podía evitar que por sus hombros cayera una continua e incómoda mollina de caspa procedente de su, para la edad, abundante pelo, aunque semanalmente lo recortaba a la manera reglamentaria.

Sobre su mesa, junto a circulares, cuadrantes de servicios, cartas y algún ejemplar del *Signal*!, acababa de caer un nuevo expediente. Un nuevo presunto desertor. Extrajo las gafas de leer de la funda de piel de cocodrilo que le había regalado Mireille, una joven de apenas veinte años que servía en el restaurante Inédy, situado en el distrito 16, muy próximo a su despacho y dirigido por la señora Ott. La dueña era una mujer encantadora que, al margen de proporcionarle compañía femenina para las largas noches de servicio, y exquisitas degustaciones de auténtico *foie-gras truffé du Périgord*, también le facilitaba información muy útil para todos los que trabajaban en la avenue Foch. Apagó su Milde Sorte que había apurado hasta el final, como hacía siempre, estrujándolo en el cenicero.

Leyó atentamente el informe que habían redactado sus colaboradores:

Nikolaus Laucher, Gefreiter de la Wehrmacht, según las ordenanzas ha sido declarado desertor al ausentarse en el recuento del pasado día 14 de noviembre. Se realizaron las correspondientes rutinas de comprobación de su posible ingreso en alguno de los centros médicos sin haber encontrado respuesta a la solicitud cursada.

Era el quinto expediente de esas características que caía en sus manos en lo que llevaba de mes. Se levantó y dirigió sus pasos hacia el armario donde archivaba los legajos de los otros cuatro presuntos desertores. Los extendió sobre la mesa. Sacó un papel y empezó a establecer los lazos comunes que podrían definir a los cinco

jóvenes. De entrada, le parecía extraña la deserción. Ese delito, condenado sumariamente con la horca, era poco común entre las tropas alemanas destacadas en Francia, un lugar muy tranquilo y donde la oposición civil apenas había dado signos de existencia y menos aún de resistencia. Continuó con el análisis del momento en el que se declaraba la ausencia de los soldados. Todos habían sido echados en falta en el recuento de la noche, así que tenían que haber desaparecido por la tarde, al salir de paseo. Se comenzó a hacer preguntas: «¿Qué podían hacer unos soldados alemanes en París?, ¿dónde irían?, ¿tendrían contactos que les pudiesen ocultar?». Se estudiaban los antecedentes familiares de todos los soldados del Reich, así como sus relaciones personales, por lo que el riesgo de que tuvieran contactos en Francia que les facilitaran un escondrijo seguro se le antojaba inverosímil. «¿Qué podría esperar un desertor en un país ocupado como era Francia?, ¿cuánto tiempo tendría que estar escondido?». La guerra estaba evolucionando como el Führer había pronosticado, y nadie podía pensar que algo se fuera a salir de los patrones que de manera tan perfecta, «fruto de su mente conspicua», pensó, había diseñado.

Jesko siguió analizando los expedientes. Todos habían desaparecido cuando estaban solos. Dato que no aclaraba nada, porque, aunque muchos desertores se fugaban aprovechando algún momento de soledad, muchos otros lo hacían en pequeños grupos de dos o tres cobardes guiados por un líder. Los expedientes decían que todos habían desertado estando solos. Se dio cuenta de que en los informes había algo que parecía haber pasado desapercibido: los soldados se habían dejado sus objetos personales. Siguiendo el protocolo se había realizado una requisa de sus pertenencias y se había confeccionado el correspondiente estadillo de todo aquello que tenían en su acuartelamiento: cartas de las familias o novias, fotos de chicas, útiles de aseo, pequeños objetos personales, preservativos, incluso dinero. Puttkammer se seguía haciendo algunas preguntas para las que no encontraba respuesta convincente: «¿Puede haber alguien que piense fugarse y no se lleve la mayor cantidad de dinero posible?», incluso «¿por qué no pidió préstamos a unos compañeros a los que él cree que jamás volverá a ver?». El SS-Sturmbannführer intentaba averiguar qué pensaban los jóvenes desaparecidos; «para vencer al enemigo, tienes que pensar como él», era uno de sus aforismos. Y tenía claro que si un día él decidía salir por la puerta para no regresar jamás, nunca dejaría lo que los cinco jóvenes habían abandonado en sus taquillas.

Sabía que el cargo que ocupaba en las Schutzstaffeln, la SS, no había sido fruto de la casualidad ni de la gran amistad que le unía con Himmler cuando este fue Gauleiter de Baviera. No, sabía que le habían destinado a un lugar tan importante y emblemático como era París porque nunca se conformaba con las primeras impresiones, porque era un experto en asociar hechos, en relacionar personas y situaciones. Era un especialista en ir más allá, incluso cuando los demás se habían conformado con las primeras explicaciones. «Deserciones», habían calificado a aquellas cinco bajas. No, lo que pudo ser un hecho aislado cuando eran una o dos se

había convertido forzosamente en una maniobra real llevada a cabo por alguna organización.

El gran problema no lo tuvo Jesko con la deducción a la que había llegado, la verdadera dificultad aparecía ahora, cuando intentaba hacerse la gran pregunta. ¿Quién los ha podido matar? No dudaba de que había sido la misma persona o el mismo grupo de personas, con los mismos medios y por el mismo móvil, y este no podía ser otro que obstaculizar la ocupación alemana y minar la moral de sus bravos soldados. «Disidentes, judíos o comunistas, ¡qué más daba!, indeseables en definitiva», deducía. Si hubiera sido uno solo, podría haber pensado en otros motivos tales como el alcohol, alguna pelea que hubiera ido a más, dinero, quizás una mujer, pero no, cinco muertes aisladas entre sí eran muchas muertes, y no estaba dispuesto a que le pasaran, dentro de dos, de cinco o de ocho días, un nuevo expediente con la desertión de otro miembro del ejército que estaba estableciendo el Nuevo Orden en toda Europa. Para ello necesitaba contar con el mayor número posible de efectivos. Aunque en las profundidades de su yo más íntimo desearía que fueran deserciones reales y que sonara el teléfono anunciándole la detención de uno, de dos o incluso de los cinco perseguidos. La cara y las lágrimas implorantes del soldado que pide clemencia sabiendo cuál va a ser su fatalidad, el áspero y firme tacto de las cuerdas con las que se cumplen las sentencias, las palabras balbuceantes del reo instantes antes de que se le abra el mundo bajo sus pies, el extremo placer que supone ir cerrando lentamente el nudo alrededor del convulso cuello, los temblores últimos del condenado, la masturbación posterior en el cuarto de baño. «No, hay funciones... — pensaba, excitado— que nunca delegaré».

La Cava Baja había tenido suerte. De todos los bombardeos que se cernieron sobre la capital durante la Guerra Civil, la calle donde vivía Teresa no había sufrido grandes desperfectos. Hubo otras que no tuvieron esa fortuna y, en algunas de ellas, muchos edificios se habían reducido a escombros, mientras que otros inmuebles se mantenían en pie gracias a un apuntalamiento endeble. El único suceso que tuvieron que lamentar, irrelevante en comparación con el resto, fue la rotura de un cristal fruto de la pedrada que recibió de una de las muchas patrullas que vigilaban que la oscuridad en las viviendas, durante las noches de bombardeo, fuera absoluta. «¡La luz, hijos de puta!», eran las palabras que todavía resonaban en la cabeza de Teresa instantes después de que los cristales saltaran hechos añicos, cuando aquellos hombres les recordaron la obligación de mantenerse totalmente a oscuras. La suerte fue que a ninguno de los tres les alcanzó ninguna esquirla.

Salió de su vivienda, situada en el tercer y último piso, y fue bajando los peldaños de madera de su escalera, que la acompañaban con un suave crujido a medida que los iba pisando. Al pasar por el rellano del primero coincidió con una cara conocida. Doña Pura, como la llamaban todos en el edificio, era una mujer que, por el cargo de su marido, era de obligado respeto. Vestía un buen abrigo negro, hasta el suelo, y se dejaba acompañar de la criada, que llevaba un chaquetón raído beis sobre su fino uniforme a cuadros blancos y azules. Doña Pura, al igual que su marido, había permanecido callada y encerrada en su casa durante toda la contienda, quizá llorando la muerte de su hijo en la misma tarde del 18 de julio de 1936 cuando se encontraba en el interior de la iglesia de San Andrés. Estaba allí para defenderla de un ataque de un grupo de exaltados que quería profanar las imágenes religiosas. Casi no se la vio en la calle y, por lógica, nunca alardeó de sus creencias políticas o religiosas, conocidas, por cierto, en todo el vecindario.

—¡Qué, Teresa!, ¿a comprar?

—Pues sí, doña Pura, iré a ver cómo está hoy el mercado y después me acercaré a comprar unas zapatillas para Luis a Casa Vega, que las tiene el pobre medio rotas.

—Me imagino que como todos los días, mal. Esta guerra nos está matando otra vez. ¡Con todo lo que hemos sufrido los que estuvimos en Madrid!, ahora nos vuelve a tocar, aunque de otra manera, pero lo cierto es que estamos sufriendo otra vez. ¿No le parece a usted?

—Si usted lo dice...

—Claro, bonita. Lo que tendrían que hacer los ingleses sería rendirse ya y dejarnos a todos en paz. Estamos hartos ya de tanta guerra en todos los sitios. Si sabemos quién va a ganar, pues ya está, fin, y se acabaron las muertes, las calamidades, y sobre todo, los ateos.

Teresa levantó las cejas a la vez que acompañaba su gesto con una leve elevación de hombros.

Doña Pura y la criada, una delgada palentina huérfana que estaba a su servicio desde el año anterior, se unieron a Teresa, y las tres mujeres continuaron bajando las escaleras. Doña Pura proseguía con su monólogo:

—Menos mal que nuestro Caudillo ha sabido decir que no a Hitler. Me imagino lo que hubiera pasado si nos vuelven a dar armas. Yo creo que la gente se acabaría matando entre sí. —La mujer iba agarrada al pasamanos, mientras que la criada cruzaba con Teresa, sin que la viera su señora, unas miradas furtivas de resignación—. Sí. Franco es lo mejor que nos ha podido pasar en la historia de España. Ha sido una bendición del cielo, un regalo de Dios.

El grupo había llegado al portal. Tanto la criada, que llevaba dos bolsas de rafia vacías en la mano, como Teresa, dejaron que fuera doña Pura la primera que saliera a la calle.

—Bueno, nosotras vamos a ir antes a la iglesia; quiero pedir por mi hijo y por mi hermano. ¿Sabía usted que a Ángel me lo mataron en Brunete?

—Sí, doña Pura, ya me había contado lo de su hermano. Lo siento mucho. —La paciencia de Teresa con la mujer era infinita y tenía asumido que contradecirla no le habría reportado ningún beneficio.

—Ángel era un hombre ejemplar, y ahí lo tiene usted, con tres hijos huérfanos y una mujer destrozada.

—Pero, doña Pura, sus sobrinos ya son mayores, ¿no?

—Dos de ellos ya están casados, pero eso ¿qué tiene que ver? Siguen estando huérfanos, ¿no?

—Sí, también es verdad —asintió.

—Por cierto, Teresa, ¿qué tal su padre, vamos, el padre de su marido?

—¡Qué quiere que la diga, doña Pura! Allí está el hombre.

Sigue en Porlier. Lo iré a ver esta semana, a ver si le puedo llevar algo.

—Con lo buen hombre que era, que es, quiero decir. Yo siempre se lo decía. —Y levantó la mano como si estuviera lanzando una bendición o dictando una sentencia—. Mateo, no se meta usted en líos, que esa gente no es de fiar, y ahí lo tiene, por no hacerme caso.

Teresa estaba acostumbrada a todo tipo de moralinas y de sermones. La gente tenía muy buen concepto de su suegro y la opinión general en el barrio era que se trataba de un hombre muy especial, distinto de los obreros agitadores, de los milicianos armados, de los que presumían de haber quemado iglesias o fusilado imágenes religiosas. Para unos encarnaba la cabalidad y el juicio, los principios y la moral; para otros era una clara muestra de la falta de personalidad y de las consecuencias de dejarse llevar por las malas compañías.

Se despidieron y Teresa encaminó sus pasos hacia el mercado de San Miguel. Su casa equidistaba de los mercados de San Miguel y de La Cebada pero prefería ir al

primero porque, a pesar de ser más pequeño, estaba algo mejor surtido y el género era menos escaso que en el de La Cebada.

En su camino se cruzó con una fila de niños que, vestidos con mandilones índigos llenos de lamparones, caminaban cogidos de la mano. La comitiva la abrían y la cerraban dos parejas de monjas en animada conversación. Teresa pensó que debían ser niños errantes que habían encontrado en el Auxilio Social un cobijo donde guarecerse del frío, un mendrugo que comer y un vaso de leche que beber.

Continuó por la calle de la Pasa hasta llegar a la puerta del mercado. Después de subir los escalones, esquivando al mendigo que se sentaba en ellos y que imploraba una limosna por el amor de Dios, así como al ciego que intentaba vender algún cupón a diez céntimos, entró en el recinto. Como todos los días, se encontraba lleno de gente que hacía colas ante puestos desabastecidos, eso los que habían abierto. Se dirigió hacia la derecha, donde se encontraban los puestos de verduras, y pidió la vez en el de Damián: FRUTAS HERMANOS BARRAGÁN, rezaba el cartel que ocupaba todo el frontal:

—¿Quién es la última? —preguntó en voz alta.

Cuando le llegó su turno y la mujer que la precedía se despidió del vendedor, Teresa le dio los buenos días.

—¡Vaya!, ya ha venido lo más bonito de Madrid.

Damián era un joven con el pelo rubio rizado, moteado de pecas, que se movía con energía, la misma que debió de tener para haber sido padre de un niño que nació a los siete meses de la boda, prematuro, según él contaba, de cuatro kilos y medio.

—¿Qué pasa, Damián?, ¿hoy no está tu mujer? —El joven se ruborizó y sin dilación le preguntó lo que deseaba.

El puesto se encontraba como si acabara de pasar una compañía de infantería hambrienta. Las estanterías parecían abandonadas y la mitad de las banastas de madera se encontraban vacías. Solo se podían contar cinco o seis clases de productos distintos. Teresa lo miró con expresión de desolación.

—Seguimos igual, Damián. Poco tenemos hoy.

—Teresa, Legazpi estaba casi vacío. Llega muy poco género a Madrid. Somos muchos y se conoce que nos lo comemos todo.

—Sobre todo cuando hay muy poco.

—Señora, no se queje —interrumpió una mujer muy mal vestida y con el pelo lleno de rulos bajo una malla rosácea, que estaba detrás de Teresa—, que aquí, en guerra, lo pasamos muy mal. Los rojos nos hicieron pasar mucha hambre, ¡menos mal que los nacionales nos tiraban pan blanco!

Teresa no le contestó y se limitó a pedir a Damián dos kilos de boniatos, medio de guisantes y otro medio de lentejas.

—Solo te puedo dar la mitad de lo que me pides. Si quieres, tengo hierbabuena para las lombrices. ¿Has traído los cupones?

Sabía que cualquier pregunta podía ser mal interpretada por alguna persona de la

fila, así que decidió no entretenerse y sacó de la bolsa de rafia que llevaba la cartilla expedida por la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes.

—¿Vas a querer unas manzanas? —preguntó el dependiente, señalando un cestillo que no contendría más que unas diez, la mayoría picadas.

—No, hoy no, todavía nos quedan —fue la respuesta que dio, aunque realmente estaba pensando que no tenía dinero para mucho más, y, por supuesto, en casa no quedaba fruta.

Después siguió hacia la pollería, donde le pusieron sobre un papel de periódico media docena de patas de pollo, dos alitas y un despojo. Hacía cuatro días se llevó dos huevos y todavía no tocaba comprar más.

Al salir del mercado camino de la calle Toledo, mientras esperaba a que pasara a un carro grisáceo cargado de muebles que iba tirado por un mulo, pensó en lo bien que les vendría el trabajo que le iban a ofrecer en las cocinas del Lhardy. Ella había tenido la suerte de aprender a guisar con su madre y su abuela, ambas fallecidas hacía cinco años. A través de un compañero de su marido conoció a un hombre que trabajaba en la cocina y le dijo que necesitaban una buena ayudante. Teresa pensó en la privación de la pensión de Mateo, en el escaso sueldo de Luis en el Museo y en cómo el dinero que entraba en la casa no daba ni para poder comer todos los días. «Sí, ese trabajo lo necesito», pensó Teresa.

La mañana había amanecido desapacible. Una ligera neblina espesaba una atmósfera que otorgaba a las calles de Berlín un tono casi azulado, igual que si fuera un sueño. Un hombre que habría superado los cincuenta años y que iba impecablemente peinado hacia atrás, cabeceaba en el asiento trasero del Hispano Suiza K6 de puertas de madera que lo llevaba a la residencia de Goering en Berlín, en la Leipziger Platz. Cansado de tener que esperar a que llegara cada vez que lo llamaba porque precisaba de algún asesoramiento profesional, el Reichsmarschall le había puesto un despacho en su residencia oficial. Hofer era para Goering como una prolongación de sus ojos y un complemento a sus conocimientos. Quizás habría que precisar que mejoraba sobre todo su mirada, especialmente en todo lo relacionado con el arte. Hofer pensaba que su jefe, más que entender de arte, entendía de competencia, de lucha, aunque esta vez fuera en apariencia pacífica y se tratara más de ver quién se hacía con las piezas máspreciadas. Entre Goering y Hitler existía una muda rivalidad que se extendía a sus hombres de confianza, que suplían las carencias en conocimiento artístico que tenían sus superiores. Pero Hofer jugaba con desventaja, Hans Posse, director de la Gemäldegalerie de Dresden y el encargado de adquirir arte para Hitler, contaba con recursos ilimitados, mientras que él se tenía que atener a unas formas que el propio Führer no respetaba.

Tras bordear el Tiergarten por el sur, y después de rebasar la última cuadrilla de obreros que estaban reparando los agujeros producidos por los bombardeos ingleses de la noche anterior, que aunque escasos habían resultado incómodamente eficaces, llegaron a las escalinatas del edificio, donde uno de los soldados les franqueó el paso. A Hofer no lo saludaban militarmente, pero todos sabían que era uno de los hombres con mayor poder de todos los que entraban en la mansión.

Según le habían informado el día anterior, Goering acababa de regresar de uno de sus numerosos viajes al canal de la Mancha —más bien del Ritz parisino— durante el cual había asistido a una nueva muestra de incapacidad de la Luftwaffe para hacerse con la situación. Corrían rumores de que Hitler se encontraba sumamente insatisfecho por la baja eficacia demostrada por la aviación, muy lejos de lo esperable. Se contaba no por semanas sino por meses el tiempo que llevaba el Führer esperando para poder dictar la orden de invasión de las islas Británicas. Gracias a su posición y sus contactos, Hofer estaba al corriente de las operaciones militares, incluso de aquellas calificadas como de «máximo secreto». Por eso sabía de que la estrategia que se había marcado el Alto Mando alemán consistía en acabar con la aviación inglesa para que la Kriegsmarine pudiera desembarcar en la isla y plantar la bandera con la esvástica en lo más alto del Big Ben, no tanto como símbolo del poderío del Reich sino como humillación a los británicos.

Pero ese momento se estaba retrasando, algo que no parecía alterar el tranquilo carácter, por lo menos en apariencia, de su jefe. Probablemente tendría razones para no ponerse nervioso, como por ejemplo la gran ampliación del perímetro fronterizo del Reich que había tenido lugar durante el último año y que implicaba el sometimiento de gran parte de la población europea. Pero a Hofer no parecía importarle demasiado. Lo que a él realmente le interesaba, y constituía su auténtica misión, era la adquisición de obras de arte para el Reichsmarschall. Esa era su labor. Otras quedarían en manos de los especialistas militares. Obras de arte de todo tipo, incluso las que habían sido calificadas como «degeneradas», ya que aunque en un edificio oficial o en la casa de un mandatario nunca se exhibiría un Cézanne, un Munch o un Braque, sí servirían para comerciar con ellos. Los lienzos no se trataban igual que los libros. Los segundos sí se podían lanzar a una hoguera, los primeros, por su intrínseco valor venal, no. El Tercer Reich entendía muy bien los negocios.

Al llegar a su despacho aceptó la taza de café que le ofreció su secretaria —una mujer de cuarenta años, delicadamente atractiva, vestida con uniforme gris de traje de chaqueta, de grandes solapas y falda por debajo de la rodilla—, se quitó el gabán que lo cubría casi hasta los pies, así como el sombrero. Como siempre, llevaba chaqueta, esta vez una marrón de espiga adornada con un pañuelo color crema que asomaba, tímido, del bolsillo superior izquierdo. Se sentó a su mesa y comenzó por abrir toda la correspondencia que le aguardaba. Su dirección en Berlín, en la mansión de Goering, era el destino de numerosos remites de todo tipo de marchantes europeos, en especial de aquellos de los países dominados. Una de las cartas venía de La Haya, de Sophialaan 11, donde tenía establecida su oficina uno de sus nuevos amigos, el señor Mühlmann. Le ofrecía varios lotes de cuadros, entre ellos un Rembrandt y dos Rubens. Ponía un precio, a su entender muy alto, aunque suponía que su jefe no pondría ninguna objeción. «Un buen Plan Cuatrienal da para mucho», pensó. Aun así, intentaría aprovechar la transacción y redondearla con alguna tabla más.

Llevaría despachando correspondencia poco más de media hora cuando entró su secretaria para anunciarle que la noche anterior habían llegado unas cajas con nuevas pinturas. Se levantó y se dirigió hacia una de las salas de la planta baja donde unos portones comunicaban con las puertas laterales del edificio. Allí lo estaban esperando dos hombres vestidos con un mono marrón. Eran jóvenes, no mayores de treinta o treinta y cinco años. Hofer se preguntó qué les sucedería para no haber sido llamados a filas. Cuando se acercó y se fijó en el estado del ojo de uno de ellos y en la falta de varios dedos en la mano del otro, halló la respuesta. El que parecía mayor le entregó una nota junto a una carpeta desgastada de color azul. Después de examinarla, Hofer levantó la vista de los papeles e indicó con una seña que procedieran a abrir la caja de madera. Uno de los hombres cogió un escoplo y lo introdujo por una junta haciendo palanca. Tras el crujido inicial provocado por el martillazo que dio en la base de madera de la herramienta, la plancha vertical cedió y cayó al suelo haciendo un ruido sordo que tuvo su eco en las paredes de la pequeña nave. La luz era buena y pudo

enfrentarse allí mismo al primer temor que siempre le asaltaba: el estado de conservación y del embalaje de los cuadros. No entendía cómo personas familiarizadas con el arte, al menos en teoría, podían tener tan poco miramiento a la hora de almacenar verdaderas obras maestras.

Comenzó a separar los lienzos y, sin detenerse en averiguar qué pinturas eran esas, reparó en que uno de los cuadros más pequeños había viajado pegado a otro más grande y le había causado una pequeña raja.

—¿Dónde se han embalado estos cuadros? —Quiso averiguar, sensiblemente alterado.

—No lo sé, señor, supongo que en origen. A mí me los han entregado en la frontera de Kietz, perdón, en Kietz —el operario se había dado cuenta de que no era correcto hablar de fronteras dentro de los dominios del Reich. Kietz fue una ciudad fronteriza con Polonia, pero ahora todo era un único espacio—, y desde allí hemos venido sin hacer ninguna parada. Bueno, sin contar los controles.

Hofer miró al hombre y asintió mientras iba bajando la cabeza.

—Está bien. Bájelos al almacén. A finales de esta semana haremos otro envío. Sáquelos de esa caja y déjelos sobre los bastidores.

—Muy bien, señor.

Después de caminar dos o tres pasos, se volvió y lanzó una orden que casi se podría entender como una ferviente súplica.

—¡Con mucho cuidado!

Mientras retornaba a su despacho volvió a rondarle una idea que le acompañaba desde el verano anterior. Esa situación no podía continuar así. La cifra de cuadros cada vez era mayor y las medidas de conservación eran ridículas si se tomaba como referencia el valor de las telas. Se estaban recibiendo lienzos y tablas desde múltiples orígenes y cada vez era más frecuente encontrarse con raspaduras, roces, marcas, cuando no, como era el caso, cortes e incluso gibas. Por otro lado, y al margen del problema del transporte, estaba el de la conservación. Hofer tenía una magnífica red de buscadores de piezas por toda Europa, pero no contaba con la suficiente infraestructura de personas especializadas en conseguir que el arte no envejeciera prematuramente, no se deteriorara, ni perdiera valor artístico o económico. Ya no era un asunto de mantener o revalorizar un bien, sino de preservar un legado «incluso en medio de una guerra», consideró.

Tenía que solucionar ese problema y volvió a pensar en lo que le contó una persona que colaboraba en la embajada española en Berlín. Le habló del celo con el que trabajaron los empleados del Museo del Prado para salvar los cuadros de los bombardeos a los que la ciudad de Madrid se vio sometida durante los primeros meses de la guerra, de los conservadores, restauradores, y algún archivero paleógrafo, que no se separaron de los lienzos durante los traslados, ni siquiera en los momentos demás confusión y peligro. Aquel movimiento de obras de arte había sido el primero de toda la historia. Tenía que aprender de ellos. Recordó incluso haber leído en los

periódicos suizos *Le Journal de Genève* y *Le Temps* cómo se hablaba extensamente de la calidad de los embalajes y del cuidado meticuloso con que fueron ejecutados todos los traslados.

No dejaba de ser una situación paradójica, un alemán interesado en conocer a quienes protegieron los cuadros de las incursiones de la aviación alemana. «Una contradicción más de la guerra», supuso. Desde que estuvo en el Museo de Arte e Historia de Ginebra asistiendo a la exposición de los cuadros españoles que había evacuado la República, deseó contar entre sus empleados con alguien que hubiera participado en aquellos traslados, según tenía entendido, tan sumamente dificultosos.

Miraba a todas las mujeres, ya que la mayoría de las personas que guardaban la silenciosa fila —en la «Nueva España» estaba prohibida la palabra «cola»— eran féminas, casi todas vestidas de negro, el color de la posguerra, y leía en sus rostros la expresión del miedo. El tener a alguien en prisión, por alguna condena política, convertía a todos los miembros de esa familia en presuntos, y a veces no tan presuntos, culpables. Incluso estaba tipificado como delito. En los dos bandos muchos habían sido pasados por las armas por el mero hecho de tener un hijo o un padre afiliado a un sindicato, a una asociación política, a un partido o a una congregación religiosa. La guerra había terminado el año anterior y los ganadores tenían que remarcar que, sobre todo en Madrid, había que seguir manteniendo la impronta de la victoria. A Franco le había costado mucho trabajo, tiempo y vidas atravesar las líneas de la Ciudad Universitaria como para no recordárselo a todos los madrileños de forma continua y, en especial, a los que tenían familiares presos.

Mateo Molero estaba preso en Porlier. La que había sido una de las cárceles de la República se había convertido al terminar la guerra en la más importante de la capital. Cuadruplicando el número de reclusos que la poblaban durante el período anterior. En Porlier se agolpaban más de cuatro mil presos, y solamente se le acercaban en número las de Ventas y Santa Rita. Entre la treintena de penitenciarías de Madrid, incluyendo las pequeñas de Duque de Sexto o Conde Toreno, el número de reclusos podía alcanzar los cincuenta mil. Doscientos mil en todo el país.

Cuando estalló la guerra, el 18 de julio de 1936, Mateo todavía no se había jubilado en el taller de artes gráficas del paseo de las Delicias, donde trabajaba como cajista. Luis había nacido cuando su padre contaba cuarenta y tres años de edad, ya que con anterioridad había estado casado con una pacense que no le dio familia por morir de forma prematura de tuberculosis. Era un hombre que había conocido la viudez dos veces en su vida.

No supo muy bien si por iniciativa propia o por un sentimiento de solidaridad con sus compañeros, lo cierto es que participó en el proceso de socialización del negocio, algo que, don Ezequiel Rodríguez, propietario de la imprenta, nunca olvidó.

—¡Vamos, deprisa! —bramó uno de los guardias cuando abrió las puertas metálicas de entrada al recinto del que salía un nauseabundo hedor a zotal—. Todas las personas de la fila llevaban en una mano su identificación personal y en la otra una bolsa con lo que querían entregar a sus familiares presos. En ocasiones era comida: embutidos, queso, pan negro o dulces caseros, aunque estas viandas no siempre llegaban al estómago del recluso. Había que intentar complementar los cien gramos de pan y la lata de sardinas diaria, que era la ración que recibía un encarcelado. Otras veces la bolsa contenía objetos de primera necesidad, como jabón

y ropa de abrigo, u objetos personales: cartas, sobre todo cartas, por supuesto, en sobre abierto.

Teresa siempre llevaba cartas escritas por Luis, ya que solo estaba permitido recibir correspondencia de familiares de primer grado. Sabía que tenían que pasar la correspondiente censura, que jamás llegaba a manos de un preso una carta que no llevara el correspondiente sello en tinta morada donde rezaba la leyenda «Censurada».

Las mujeres entraban por turno al interior y se congregaban en el patio de adoquines cuadrados y ladrillos carcomidos. Cuando le tocaba a Teresa, no podía evitar tener que aguantar los comentarios, las gracias de los carceleros y sus fanfarronas proposiciones a pesar de que procuraba llevar la ropa más oscura y desarreglada que tenía. Su reacción era siempre la misma: clavaba los ojos en el suelo sin que de su boca saliera ninguna palabra. Pensaba que no merecía la pena encararse con esas personas. Solo había ido a llevarle una caja con unos calcetines gordos, una bufanda, dos latas de caballa, un buen paquete de *torráos*, que según había oído alimentaban mucho, y una carta de su hijo. Mientras aguardaba su turno, vio cómo entraba un sacerdote que vestía una sotana impecable, brillante, tocado con una teja. Uno de los guardias de la entrada sojuzgó a dos mujeres para facilitar el paso al religioso. Este contestó al funcionario con un leve asentimiento.

Por fin, y tras media hora de espera, llegó a una mesa donde un guardia le preguntó secamente el número y nombre del condenado. Nunca podía evitar sentirse humillada al dar la respuesta.

Al salir, y de camino a su casa por Torrijos, solo le cabían ganas de llorar por lo que consideraba una injusticia. Era su suegro, pero le quería como a un padre. Quizá porque ella no llegó a conocer al suyo, o porque Mateo se había hecho acreedor de ese cariño, incluso podía ser porque, desde que se casaron, la familia la habían constituido ellos tres. Los hijos no habían llegado y el cariño lo había repartido entre su marido, su Luis, y su padre. No había tenido a nadie más a quien dárselo.

Había que ahorrar, en lo imaginable y en lo inimaginable, y una de las vías de arañar unos céntimos era moverse por Madrid andando, evitando el transporte público. Así, después de bajar por la calle Coya, llegar a Colón, y doblar a la izquierda por la Casa de la Moneda para alcanzar el paseo de Recoletos, llegó a su casa cuando empezó a oscurecer.

Al abrir el portal vio que bajaba don Evaristo Núñez, el Jefe de Casa quien, cortésmente, le dio las gracias por sujetar el portón. Llevaba a doña Pura, su mujer, colgada del brazo y con el pelo cubierto por una mantilla negra.

—Buenas noches, Teresa —deseó el hombre a modo de saludo.

—Buenas noches, don Evaristo. Buenas noches, doña Pura —Teresa devolvió el saludo a los dos.

—¿Qué tal está su suegro? —preguntó el hombre regordete que al terminar la guerra se dejó bigote, plateado por la edad, y que aprovechaba todas las ocasiones

para atusárselo como si quisiera que aquel conjunto de pelos formara un rasgo distinguido de su personalidad.

—Bien, bueno, allí sigue —pareció dudar en la respuesta.

—Teresa, el padre de su marido era un buen hombre, no entendemos cómo se pudo meter en aquellos líos del taller.

Teresa no quería responder a don Evaristo porque sabía que, al igual que sucedía con su mujer, había que medir muy bien las palabras al dirigirse a ellos, por lo que contestó enarcando las cejas.

—Les dejo, no vayan a llegar tarde a misa.

—Adiós, Teresa.

—Buenas noches —concluyó, pudiendo oír cómo, una vez que el matrimonio se alejó, ella le recriminaba sobre qué necesidad había para hablar con «la mujer del cojo», como la llamaban todos en el barrio.

Subió a su piso y al entrar comprobó que Luis ya había llegado. Estaba sentado al lado de la mesa camilla del salón leyendo un libro de pintura.

—Teresa, buenas noches. ¿Qué tal te ha ido?

—Como siempre —contestó lacónica—, allí no hay muchas novedades. Le he llevado lo que preparamos ayer y espero que se lo den. Tú, ¿qué tal?

—Mira, don Fernando me ha prestado este libro para que vea unos cuadros de Rembrandt que no conocía.

—Eso está muy bien. Yo vengo de la cárcel, de llevar cosas a tu padre, y tú con don Fernando Álvarez de Sotomayor llevándote de maravilla —le recriminó su mujer.

—Teresa, nuestra relación es profesional.

—Sí, Luis, pero por muy profesional que sea, él es de ellos. Era el director del Museo antes de la República, en 1931, y poco han tardado los de Educación Nacional en volver a ponerlo.

—Sí, pero ese es mi trabajo, Teresa, no puedo hacer mucho más.

—Sí, tu trabajo y nuestra contradicción. Pero no te lo reprocho —prosiguió la mujer mientras empezaba a quitarse el abrigo—, nos tendremos que habituar a convivir con ellos. Mucho decía La Pasionaria aquello de «No pasarán» y mira, aquí están y creo que sin ninguna intención de irse. ¿Qué quieres cenar? —Teresa entendió que no tenía mucho sentido continuar con la filípica.

Aunque un poco más tarde de lo que debía, Luis se levantó de su silla y se acercó con su paso torpe a darle un beso en la mejilla.

—Lo que tú quieras. Ahora voy a la cocina y me fumo un cigarrillo mientras haces la cena.

El proceso de depuración había pasado de largo por el expediente de Luis Molero. El restituido director del Museo del Prado, Fernando Álvarez de Sotomayor, tenía magníficas referencias de él por su separación de los movimientos de izquierdas de la ciudad. Luis Molero fue uno de los que participó en el regreso de los cuadros desde la

Sociedad de Naciones de Ginebra hasta la Estación del Norte, y se interesó y defendió las pinturas como si realmente fueran suyas y no del Estado. Ahí el destino jugó una original pirueta. Fue un Estado el que las envió fuera del país para defenderlas de otro Estado que fue el que, a la postre, las retornó. Don Fernando sabía que no contaba con muchas personas tan especializadas como él, y había demostrado su valía al, con una sagacidad impropia en una persona de su edad, distinguir un original de una falsificación. Por ello, no dudó en mantener su criterio cuando le aconsejaron que, «por principios», nadie de la República debía continuar en el Prado. Afortunadamente para Luis, don Fernando creía en la valía profesional más que en las ideas equivocadamente entusiastas.

La cena discurrió como una más, con la monotonía de los días, con el tedio de las noches.

François había adquirido la costumbre de dar inacabables rodeos para ir a cualquier lugar. Se disciplinó para interiorizar las normas de autoprotección que le habían inculcado, sobre todo las más simples, que casi siempre eran las más efectivas. No repetía horarios, rutas, o compañía; había que huir de los hábitos. Parecía que esas eran las primeras letras que tenían que aprender las personas que podían ser vigiladas. Por eso, para la convocatoria que había recibido, salió de su casa con más de una hora de adelanto para cubrir un trayecto de quince minutos siempre que se hiciera en línea recta. Antes de ponerse a mirar a su espalda, tomaría una línea de metro y realizaría, al menos, dos transbordos. Después, saldría a la calle y esperaría, convenientemente camuflado, durante un buen rato hasta comprobar que nadie lo había seguido. En esa época del año, el Partido convocaba todas las reuniones por la tarde, a partir del anochecer, teniendo en cuenta que el último metro partía tres cuartos de hora antes de la medianoche, momento en el que daba comienzo el toque de queda. La oscuridad siempre es una buena aliada para quien quiere pasar desapercibido.

Se detuvo en un portal de la rue Martel, una pequeña calle situada al oeste del bulevar de Strasbourg, y llamó con los nudillos. Dos toques espaciados entre ellos y tres toques seguidos, la señal. A continuación, la puerta se abrió y, sin mediar palabra, François entró en el edificio que se encontraba totalmente a oscuras. Cuando cerraron la puerta a sus espaldas, encendieron la luz de la entrada y pudo ver la cara de Louis, que le sonreía y le daba las buenas noches.

—François, ¿a qué hora has salido de tu casa?

—A la adecuada, Louis.

Le pidió que lo acompañara.

Los dos hombres subieron por las escaleras hasta llegar al segundo piso, donde llamaron a la puerta del mismo modo. Bernard les abrió. François, solo con mirarle, pudo advertir su gesto de satisfacción. Le dio un abrazo, algo insólito en Bernard.

—François. ¡Enhorabuena! Todo el mundo está muy contento con vosotros. Dicen que sois increíbles.

—Hacemos lo que podemos, Bernard, lo que podemos, que tampoco creo sea mucho.

—Sabes que los buenos franceses no podemos hacer mucho más que esto. Pasa, por favor —hizo un gesto con la mano para que entrara al pequeño salón de la casa. Las ventanas estaban cerradas y solamente había una pequeña luz en una lamparita que iluminaba débilmente una mesa redonda donde descansaban unos folios.

Los tres hombres se sentaron a la mesa.

—¿Cómo está tu hermana?

—Bien.

—Se está portando como no era de esperar en una mujer tan joven. Está causando admiración. Todo el mundo en Londres pregunta quién es esa mujer.

—Bueno, cumple con su obligación de ciudadana francesa.

A pesar de sus veinte años, François era todo un modelo de criterio, tal vez por las circunstancias en las que se habían desarrollado su adolescencia y su juventud. De gesto serio y circunspecto, parecía un joven decrepito. Activista del Partido Comunista Francés desde el año 1936, cuando comenzó la guerra en España quiso alistarse en las Brigadas Internacionales, pero sus padres consiguieron quitarle la idea de la cabeza al hacerle ver que su juventud sería más un obstáculo que un refuerzo para su causa. Contaba entonces con dieciséis años y estaba dispuesto a falsificar su edad para ser admitido en el banderín de enganche. Cuando los alemanes entraron en París le faltó tiempo para comenzar a montar una célula comunista, que según la teoría tenía que constar de un número muy reducido de personas y con un nivel de acceso a la información restringido.

Si la primera persona que reclutó fue a su hermana, con quien compartía debates doctrinales desde hacía varios años, la segunda fue a su amigo Thierry, el enamorado y aventurero Thierry, que siempre había confiado en él y del que sabía que daría la vida por su amigo y, por supuesto, por Nicolette. Ninguno de los padres sabía las actividades de sus hijos.

Se recostó sobre la silla, encogió las rodillas y miró a François como si no lo conociera. Bernard Delluc llegaba al metro noventa, tenía el pelo negro rizado y la tez morena, tanto, que parecería un mulato si no fuera porque sus labios eran finos y alargados. En su voz se marcaba el acento de Normandía, donde había vivido sus primeros quince años de vida.

—Me han dicho que os tengo que comunicar algo.

François observó a Bernard Delluc, uno de los jefes de los comunistas parisinos en la clandestinidad, y hubiera querido adivinarle los pensamientos. Sabía que una forma de sobrevivir para cualquier persona que estuviera al margen de la ley era intentar adivinarlo todo: las rutas del contrario, sus movimientos, opiniones, incluso sus ideas. Y en ese estado de alerta se encontraba con sus camaradas.

—Efectivamente, todos están muy contentos con vosotros, pero el único problema es que los alemanes no están, vamos a decir, «a disgusto», con vosotros.

—¿Qué quieres decir, Bernard? —inquirió François.

—El problema —intervino Louis, un muchacho que por el pelo algo alborotado que lucía y por las gafas redondas que parecían siempre a punto de caer, daba una cierta imagen de despistado— es que los alemanes no saben que existís. Creemos que deben de pensar que esos militares cabrones han desertado y eso mina muy poco la moral de un ejército tan organizado como el suyo. Son tratados como casos aislados y no los relacionan con la hostilidad con la que pueden ser recibidos en el territorio ocupado.

—Está muy bien, gracias a vosotros ya hay cinco nazis menos. Pero al Partido le

parece insuficiente, no vale con que esos chicos mueran, sino que los alemanes tienen que enterarse de lo que hacéis —recalcó Bernard acompañado de un movimiento de muñeca.

—Pero ¿vosotros sabéis lo que estáis diciendo? —François les miraba incrédulo, como si le estuvieran hablando en una lengua distinta.

—Sí, Françoise, sabe lo que se está diciendo. Se os está pidiendo que matéis y que hagáis una exhibición pública del cadáver —concretó Delluc.

Se produjo un silencio en la habitación. François se movió incómodo en la silla, desconcertado por lo que acababa de escuchar. No se trata solamente de matar a soldados alemanes, sino que había que mostrar sus cuerpos, pero se preguntaba alarmado cómo conseguirían mantener el anonimato. ¿Cómo se logra eso? Le habría gustado que alguien se lo explicara. Pidió detalles.

—Poco más te puedo decir. Muchos, entre ellos yo, intuyen que los alemanes creen que la ocupación de Francia ha sido totalmente pacífica, que no han encontrado oposición. El gobierno se metió en el vagón de Compiègne ese maldito 21 de junio y firmó la rendición con la misma sumisión con que los corderos entran en el matadero. Fue un armisticio sin condiciones, gratuito, sin pedir nada a cambio. Por tanto, los nazis tienen que creer que el pueblo francés no ve con tan malos ojos su presencia. Y eso es lo que tenemos que cambiar. Tenemos que procurar que nuestras acciones tengan repercusión pública; operaciones con megáfono, no con sordina. ¿Entiendes? No solamente a vosotros se os va a pedir ese esfuerzo adicional.

—François, ni ello estamos todos —apostilló Louis.

—Mira, Louis —a François le parecía que sus refrendos eran frases vacías de contenido—, ya sé que en esto estamos todos. Lo que pasa es que a mí no me vale que me digáis solo eso. Necesito que se me explique el procedimiento. ¿Queréis que matemos a un nazi y lo colguemos de la Torre Eiffel para que lo vea todo el mundo?

Bernard y Louis se miraron como si les hubieran leído el pensamiento, como si la telepatía fuera una propiedad que los uniera a los tres.

—Bueno —Bernard parecía dudar de sus propias palabras, le había dejado descolocado el hecho de que François casi adivinara sus planes—, no estábamos pensando en la Torre Eiffel, pero te íbamos a plantear otra alternativa.

La noche no tenía luna. El Hauptmann Günther von Houten había dejado a Alexandra en su casa de París y se dirigía en un vehículo militar, un Hansa-Lloyd-Merkur, al aeródromo de Audembert. Siempre que iba a una misión Günther se mostraba muy reservado. Les pasaba a todos. Algún compañero se refugiaba en el trago de una bebida caliente, otros miraban fijamente alguna foto de la cartera, y había quien rezaba con el *Evangelium* en la mano.

En el vehículo viajaban once pilotos y, con seguridad, uno o dos no les acompañarían en el regreso, puede que alguno más. Después, lo de siempre: las escenas de incredulidad, de negación, de aceptación por parte de la viuda, los hijos sin padre como fantasmas de la guerra. Se preguntaba hasta dónde llegaría el orgullo de un hijo por la muerte de su padre en el campo de batalla, o en los infinitos cielos negros de una noche de combate.

El conductor, como era habitual, llevaba las luces muy tenues, lo que era propio de los vehículos militares. Dos pequeños hilos refulgentes se convertían en la oscuridad de la noche en la única guía para el grupo. Para evitar los deslumbramientos, el salpicadero carecía de iluminación. Por fin llegaron a la base desde donde iban a emprender una acción, una más, sobre la isla maldita, la que todavía no había caído, la que se mantenía como único superviviente del antiguo sistema de países, la única exponente de las «democracias decadentes» europeas que todavía no se encontraba bajo la protección alemana.

En el año 1940, las fuerzas del Reich controlaban todo el occidente y norte de Francia, los Países Bajos, Noruega, Dinamarca, Polonia... De Italia se encargaba el ejército fascista de Mussolini. España no era problema, Franco había derrotado a la República. Pero faltaban las islas Británicas. El Führer estaba empezando a obsesionarse con su conquista, y miraba a Goering y sus aviones como la mejor manera de minar tanto unos medios, que entendía escasos, como la moral enemiga, por supuesto inferior a la de los alemanes. El problema era que había infravalorado tanto lo primero, como, sobre todo, lo segundo, y es que el pueblo inglés mostraba un ardimiento fuerte, muy fuerte.

Por eso, Günther tenía el firme convencimiento de participar en una misión fundamental para el transcurso de la guerra, y tenía la esperanza de que no quedaran muchas noches como esa. Seguro que todos los pilotos albergaban la misma idea.

Después de pasar todos los controles de seguridad requeridos para acceder a la base, el vehículo se estacionó en la puerta de uno de los hangares donde el grupo iba a recibir las instrucciones para la misión de esa noche. Todos los aviones que realizaban incursiones en las islas estaban equipados con el sistema *Knickebein* que les garantizaba, después de marcar el rumbo adecuado, la recepción de una señal que

les avisaba de cualquier desviación de rumbo por mínima que fuera. Cuando la señal disminuía en intensidad los aviones liberaban las bombas de los enganches.

Por la información que les estaban proporcionando —se imaginaba que la obtendrían de los numerosos espías que la Abwehr había diseminado por toda la isla—, la «Batalla de Inglaterra», como la había denominado el orondo Churchill, tendría un vencedor indiscutible. Solo era cuestión de tiempo, quizás algo más del esperado.

Aceleraba, aceleraba. El traqueteo aumentaba. Por mucho que hubieran mejorado la suspensión del tren delantero retráctil de su Messerschmitt Bf 109E-3, la trepidación todavía seguía siendo muy incómoda. Daba la sensación de que un grupo de personas estaba zarandeando al avión desde el exterior. Aceleró. Esperó unos instantes y, cuando el anemómetro se lo indicó, comenzó a traer la palanca hacia sí. El timón de profundidad varió el ángulo y el caza se levantó de la pista como si un gigante lo atrajera hacia él. Aquellas dos toneladas y media se alzaban soberanas en el cielo que antes fuera francés y, muy pocos minutos después, sobre el negro mar que le separaba de su destino. El avión desapareció en la oscuridad de la noche cerrada como si entrara en un túnel sin paredes ni techo ni suelo. No había una sola vez que Günther volara que no pensara que su avión se iba a destrozarse en pedazos.

Se puso en contacto por radio con los demás miembros de su escuadrón, que poco a poco se fueron uniendo en formación. En unos instantes, a su izquierda se situó uno de sus Oberleutnant, mientras que a su derecha lo hizo un Leutnant seguido de un Stabsfeldwebel. Todos, por parejas, guardándose la cola unos a otros, el ángulo más vulnerable de un caza, ya que la mayoría de los bombarderos llevaban un artillero cubriendo ese ángulo. Tras ellos iba una formación en línea de bombarderos, tanto Junkers 87, más conocidos como Stukas, como Heinkel He 111 y algunos Junkers 88, todos pertenecientes al Geschwader 53. «Primero los artistas, después los científicos», según pensaba Günther que era la labor de los pilotos de caza y de los pilotos de bombarderos respectivamente.

No llevarían más de quince minutos de vuelo cuando aparecieron en el cielo los aviones enemigos. Él mismo fue el primero en comunicarlo por radio. Inmediatamente, la formación de cazas se abrió para dejar el campo libre a la artillería de los bombarderos. Estos, armados con potentes ametralladoras, comenzaron a abrir fuego, provocando la pronta dispersión de los cazas de la Royal Air Force. Comenzaba la explosión de los sentidos. El tacto frío de la palanca de mando, el estrepitoso rugir de los motores, el gusto agrio del miedo en la boca pastosa, el olor a pólvora que flotaba en la atmósfera, y los esfuerzos de la vista para distinguir cada ángulo, cada perspectiva, para combinar todas las máquinas como si formaran una unidad colosal que se enfrentaba al enemigo.

A lo lejos, el efecto del fuego inglés se asimilaba a la chispa de las cerillas antes de prender. El tableteo de sus armas, aunque no fuera audible por la distancia, Günther lo escuchaba como si estuviera restallando en sus oídos.

Por la radio se escuchaba un torrente de comunicaciones. Se oían advertencias,

indicaciones, se manifestaban temores y se pronunciaban súplicas. La estela del humo negro se añadía a la noche como la funesta comprobación de que aquello era un encuentro a vida o muerte. En cada cruce, como si fueran jinetes de la Edad Media, solo habría un superviviente.

Günther, formando pareja con su teniente, se situó a la izquierda del grupo de bombarderos y se dispuso a cubrir ese flanco. Mandó a otro Leutnant que, con su punto, un joven oficial todavía muy inexperto, les protegieran su cola. Advirtió que un grupo de cazas enemigos se habían situado a su izquierda y pretendían abrir fuego a la formación. Mandó descender e iniciar un tonel envolvente para intentar situarse tras su cola. La escuadrilla inglesa entendió el movimiento y descendió también, tratando de neutralizar a los bombarderos desde abajo. Antes de que los cuatro aviones a las órdenes de Günther pudieran alcanzar a los ingleses, estos ya habían hecho blanco en dos Heinkel 111. Uno de ellos estalló al alcanzar los disparos una de las bombas SC con las que cargaba. El cielo se pintó de amarillo y rojo y la onda expansiva hizo que el Messerschmitt 109 del Hauptmann Von Houten se desestabilizara durante unos instantes. El piloto aliado había tenido su premio, pero Günther también quería cobrar el suyo. En ese momento se encontraba justo detrás de uno de los cazas que, por la línea recta que llevaba su trayectoria, no había advertido su presencia. Con su brazo derecho estabilizó la aeronave y, cuando estuvo muy cerca de su timón, accionó sin piedad el gatillo. Una estela de pólvora se dibujó sobre el océano Atlántico a miles de metros de altitud. Parte de la chapa del avión aliado saltó en pedazos, pero Günther quiso rematar el avión, que ya había perdido su capacidad de gobierno. Solo dejó de disparar cuando vio que el piloto saltaba por la carlinga.

Hofer estaba contento. El Hispano Suiza, esta vez conducido por él mismo, volvía del norte. Aquella mañana acababa de conseguir la autorización de Goering para traerse de España a la persona, o personas, que a su juicio pudieran aportar más para ayudar a mantener y mejorar su colección pictórica. El Reichsmarschall tenía una gran confianza depositada en él, y Hofer sabía que cualquier proyecto que le planteara para favorecer que su colección fuera cada vez más extensa y más valiosa iba a contar con su beneplácito. Goering estaba empeñado en conseguir una colección privada mayor que la de Hitler.

Durante el despacho matinal que solía mantener con él tres o cuatro veces a la semana siempre que ambos se encontraban en Alemania, había tratado el asunto en una atmósfera cargada por el fuerte olor del perfume que se había echado el militar —el cuarto de baño del mariscal del Reich parecía un expositor de muestras de colonias y lociones—. Hofer se atrevió a confesarle algo.

—Señor, no estoy satisfecho con el estado de algunas obras.

—¿Qué quiere decir? —indagó Goering.

—Estamos recibiendo pinturas que, entre las condiciones iniciales de las telas y las maniobras de embalaje, transporte y desembalaje, se están deteriorando más de lo que nos gustaría a todos.

—Pero ¿esos casos son muy representativos?

—¿Perdón?

—Hofer, le pregunto si está sucediendo en muchas ocasiones.

—Señor —movió la cabeza dubitativamente—, creo que tenemos que mejorar la forma en la que estamos realizando las compras.

Goering levantó la cabeza de su mesa de trabajo y miró fijamente a su adquirente.

—Por favor, Hofer, sea más explícito. Le estoy preguntando si se están estropeando muchos cuadros.

Hofer miró a su jefe. Llevaba un traje de chaqueta azul celeste y se preguntó cuál sería el siguiente. Goering se solía cambiar cuatro o cinco veces al día de ropa. No pudo evitar que una ligera expresión de temor se dibujara en su rostro. Sabía que él no tenía la culpa del mal estado en el que llegaban los cuadros, pero ante Goering tenía la obligación de que ninguna de las obras de arte que entraban en la mansión sufriera desperfectos. Aunque el comandante en jefe de la Luftwaffe era de una buena familia —cuando nació, su padre era diplomático en Haití—, durante su infancia no había estado rodeado precisamente de arte hasta que se fue a vivir al castillo de Veldestein, propiedad de Hermann von Epenstein, un médico al que Franziska, su madre —mucho más joven que su padre y además más complaciente con el anfitrión de lo que cabría esperar, infidelidad conocida y asumida por su progenitor—, conoció

durante la estancia del matrimonio Goering en África. La afición de Hermann Goering por los cuadros provenía más de su deseo de sobresalir de los demás, y por su acentuada competencia con el Führer, que por los conocimientos previos que tuviera de arte.

Lo que dijera se lo iba a creer, y era la ocasión para intentar conseguir a alguien que realmente lo ayudara en esa labor. «¿De qué sirve comprar bien en origen si cuando llega la obra esta se encuentra deteriorada?», se preguntaba Hofer.

—De momento, no son muchos, pero espero que, entre todos, seamos capaces de alcanzar la magnífica colección que ese palacio se merece. Me ha llegado algún lienzo con desperfectos de los que me mandó Plietzsch desde Ámsterdam, y también dos o tres de Bonacossi. La gente de Alois Miedl trabaja muy bien, pero en el último envío uno de los cuadros llegó con un corte.

—¿Es ese el de la mujer judía?

—¿Miedl?, sí, su mujer es judía.

Goering marcó una mueca de satisfacción y se colocó el anillo de oro con un rubí tallado en forma de octaedro que lucía en el dedo anular de su mano derecha, «tengo que mandar que me lo ajusten un poco», pensó.

—Por cierto, Hofer, entre los cuadros deteriorados no habrá ninguno de...

El adquiridor sabía muy bien de qué pintor hablaba.

—No, ninguno —ahí había encontrado el verdadero punto de interés de su jefe—. Por eso mismo, señor, no quiero que tengamos que lamentarnos después.

—Bien, bien —parecía que aquella eventualidad lo había terminado de convencer.

En ese momento, Hofer reveló su baza.

—Me han hablado muy bien de cómo trabajaron los españoles.

—¿Los españoles? —preguntó extrañado.

—Sí, señor, los conservadores de Madrid, los del Museo del Prado, tuvieron que desplazar numerosos cuadros y lo hicieron muchas veces. De Madrid los trasladaron a Valencia, luego a Figueras, junto a la frontera, después se los llevaron a Suiza. Según se cuenta, excepto uno de Goya, el resto de los cuadros no sufrieron ni un rasguño.

—Hofer, pero esa gente estaba a las órdenes de los bolcheviques. ¿No ha contado con ese... «detalle»? —Y diciendo esta frase, puso una especial entonación en su última palabra, alardeando de tener una capacidad innata de deducción.

—Lo sé, pero la mayoría de los profesionales del arte creen más en la riqueza de las pinturas que en las razones por las que estas cambian de manos. En Ginebra me llegaron a contar una frase que había dicho Azaña, el último presidente que tuvieron. Era algo como que la República era menos importante que los cuadros porque repúblicas podría haber muchas, pero aquellas pinturas eran irrepetibles.

Goering miró a su hombre sin saber muy bien qué decir al respecto. No conocía esa frase y casi estuvo a punto de pedir que se la repitiera, pero inmediatamente cayó

en la cuenta de que viniendo de un amigo de Rusia, jamás la podría hacer suya ni utilizarla en sus discursos, el Reichsmarschall era muy aficionado a la lectura de libros de historia y en numerosas ocasiones se basaba en frases de figuras relevantes para tomarlas como propias e incluirlas en sus disertaciones.

—Bien —resolvió—, traiga usted a quien necesite. Me da igual que sea español, aunque no creo que venga muy contento aquí. Busque una buena motivación para que acceda. Esa persona va a tener que viajar continuamente y para eso hace falta que sea de la más absoluta confianza. Asegúrese bien de eso, Hofer.

—No se preocupe.

—Hable con Gisela y que ella se encargue de prepararlo todo. A mí no me hable más de este asunto. Limítese a que esa persona o personas hagan bien su trabajo y que ningún cuadro se deteriore. ¿Entendido? —quiso confirmar el Reichsmarschall mientras se acariciaba la papada que le caía debajo del mentón.

Por supuesto que había entendido. Había conseguido lo más importante, que Goering lo respaldara. Ahora necesitaba hablar con la persona adecuada para que le buscaran a su hombre, al mejor en la siempre delicada tarea de trasladar una obra de arte y que esta no sufriera daños. «El problema —pensó— es que no es una sola, son muchas. Intuyo que cada vez serán más».

Aunque gran parte de Europa estaba en guerra y las comunicaciones dentro del territorio eran dificultosas, no todo iba igual de lento. Las carreteras estaban cortadas, deterioradas o, sencillamente, desaparecidas. Los aeródromos formaban a veces superficies desniveladas, los puertos, cobijos inseguros. Cualquier desplazamiento, cualquier movimiento era complicado. Pero había mensajes que corrían con inusitada velocidad, como los comunicados desde Berlín. Cuando desde la Cancillería, o desde Leipziger Platz, o del Reichsbank, o de la fortaleza alpina de Obersalzberg, salía una misiva tardaba horas hasta llegar a su destinatario, ya estuviera en la desembocadura del Río de la Plata, en el fondo de los inexplorados fiordos noruegos o en algún punto de las frías profundidades del océano Atlántico; pero si la dirección del envío era el número cuatro del paseo de la Castellana de Madrid, muy próximo a la plaza de Colón, el tiempo de recepción no se medía en horas sino en minutos.

El destinatario del mensaje cifrado que recibió el equipo del *Reichspost* destacado en la capital, en la sala de comunicaciones situada en la primera planta de un palacete, era el embajador alemán en Madrid, Eberhard von Stohrer, aunque al encontrarse indispuerto tuvo que asumir sus funciones Víktor Sven, uno de los agregados militares de la embajada y amigo personal del general Kesselring. La orden que se había recibido era muy explícita: «Traigan al hombre que quiera Hofer». Así de sencilla, con poco margen para la interpretación o la discusión. En el cable se explicaban los detalles y el perfil del hombre que podría complementar la labor que el adquiridor estaba llevando a cabo. Sabía que en Alemania, en Austria, en Holanda y, así, en un importante número de países conquistados, también había buenos especialistas, pero el hecho de que fuera español, que perteneciera a un país tercero, podría dar otro cariz a la relación interpersonal, un soplo de aire nuevo en ese particular mundo mercantilizado, al margen de la experiencia específica adquirida durante los traslados desde el Museo del Prado.

Víktor leyó atentamente la misiva y, de forma inmediata y sabiendo la importancia de cualquier mensaje que se recibiera desde Berlín, se puso en marcha. Descolgó el teléfono y llamó directamente a la Puerta del Sol, puenteando al palacio de Santa Cruz. Pidió hablar con el conde de Mayalde, director de la Dirección General de Seguridad y, una hora después, este era anunciado por el asistente de Víktor. Ambos ya se conocían pues tuvieron que trabajar juntos para preparar la visita que había realizado a Madrid el jefe de la Policía alemana, Heinrich Himmler, a finales del pasado mes de octubre, preparatoria de la que días después celebró Hitler con Franco en Hendaya. Aun así, y sin ninguna razón aparente, ambos se profesaban mutuo asco. Víktor vinculaba la presencia del español al país que había puesto trabas a los planes de su Führer, y Mayalde no soportaba la incómoda prepotencia con la

que actuaban todos los alemanes que vivían y trabajaban en Madrid. Para el Régimen, los nazis habían sido muy útiles años atrás, pero ahora su presencia resultaba cargante y restaba protagonismo a la figura idolatrada del Caudillo; de hecho, todavía se comentaba el desplante de Franco a Goering, que no quiso ser acompañado por este en el gran desfile de la Victoria que se había celebrado en la Castellana el año anterior, nada más terminar la Guerra Civil.

Lo hizo pasar y le contó lo que necesitaba.

—No tengo ni idea de quién puede ser el candidato ideal —fue lo primero que dijo el conde.

—Ese no es mi problema, como se puede usted imaginar. Ese problema es, a partir de ahora, suyo. De nadie más.

Víktor Sven, un hombre que poseía unas cejas tan pobladas que al español siempre le recordaban las de Carrero Blanco, mientras mostraba un rostro trascendente y especialmente serio, siguió hablando:

—No hace falta que le diga quién es, a la postre, el remitente de esta nota.

José Finat y Escrivá de Romaní, joven conde de Mayalde, se limitó a asentir y, a la vez, pensar quién podría ser ese hombre y, lo peor, cómo haría para llevarlo allí.

—Estamos hablando de que esta persona tendrá que viajar a Alemania —supuso el conde.

—Mire, no estamos hablando de viajar a Alemania, en la «petición» —y aprovechó para poner un énfasis especial en esa última palabra— que se les está cursando se habla de estar al servicio del Reichsmarschall, probablemente el hombre más importante de Alemania después de nuestro Führer. Y en esa voluntad de sacrificio —Mayalde no dejaba de sorprenderse de lo bien que hablaba Víktor el español, casi sin acento— no se han de poner fronteras. El servicio a las grandes causas es demasiado importante como para anteponer nuestras propias limitaciones. ¿Me comprende?

El conde asintió. Tenía la habilidad de ser capaz de, según escuchaba una orden, abstraerse e ir buscando la solución. Le había hablado de pinturas, de embalajes, de detectar las falsificaciones, todo eso convergía en un único lugar de Madrid.

—Víktor, déjelo de mi cuenta. Me pongo inmediatamente a trabajar. Espero poder darle noticias concretas mañana mismo.

El alemán se relajó en su asiento.

—Da gusto trabajar con usted, Mayalde, es usted una persona muy eficiente. Parece que los españoles están empezando a aprender de los alemanes. Ya era hora, Mayalde, ya era hora —sentenció, irónico.

Miró su reloj y comprobó que eran las cinco. Por el color del cielo parecía que era casi de noche. La tarde amenazaba con una tormenta inminente y la temperatura se adivinaba gélida, sobre todo por la sensación de desagradable humedad, más que por lo que marcara el termómetro.

Minutos después, Mayalde se encontraba sentado en su rutilante Fiat 2800

Berlina que le había proporcionado recientemente la embajada italiana y al que no sabía si, con las nuevas disposiciones, acabaría viéndolo arrastrar un gasógeno.

—Vamos al Museo del Prado —concretó al conductor, un miembro de la recién creada Policía Armada.

La lluvia ya era una realidad. La cortina de agua caía sobre el techo del vehículo como si lo fuera a resquebrajar. A José Finat le parecía que todo un ejército de fusileros le disparaba balines de caza menor desde los tejados. El coche llegó a la puerta sur del Museo, la que se encuentra enfrente del Botánico. Al no ir vestido de militar podía empuñar el paraguas que siempre llevaba consigo en su coche oficial. No le gustaba que nadie caminara con él protegiéndole, le parecía un ridículo servilismo, por lo que ordenó al hombre que vestía de paisano junto al conductor que permaneciera en el interior del vehículo. Se identificó en la puerta y le hicieron pasar a una de las salas donde un grupo de hombres estaba trabajando. El repiqueteo de las teclas de las máquinas de escribir se escuchaba por encima de cualquier conversación. Instintivamente, se fijó en un trabajador que se levantó para buscar unos archivadores en un armario de madera con puerta corredera que había junto a una de las ventanas que daban al paseo del Prado. Era cojo. Le hizo gracia la manera que tenía de andar. La última vez que estuvo en el Museo no reparó en él. Sería que las preocupaciones de aquellos días le restaron capacidad de observación.

No tardaría más de cinco minutos en salir un sorprendido Fernando Álvarez de Sotomayor.

—Señor conde, ¡qué alegría!, por favor, acompáñeme —su cerrado acento se notaba incluso en las frases más cortas.

El director del Museo del Prado era un hombre al que se podría calificar más que de alto, de grandón. A sus centímetros había que añadir su exceso de kilos, que se reflejaban en los magros que le sobresalían por la parte trasera del cuello. Tenía bastante pelo para su edad, lucía el bigote al uso, y esa tarde vestía un traje musco con chaleco que destacaba sobre la pequeña pajarita con que cerraba la camisa. La cadena del reloj de bolsillo le daba un aire más de funcionario, que es lo que era, que de pintor, lo que había sido.

—Fernando, ¿qué tal te van las cosas? —preguntó José Finat mientras se acomodaba en el sillón que le había indicado el dueño del despacho.

Los dos hombres no se veían desde el martes 22 del pasado mes, cuando Himmler visitó el Museo, y Fernando Álvarez de Sotomayor, en calidad de director, no solo le hizo los honores sino que le mostró las pocas salas que recorrió el alemán durante su visita fugaz.

—Muy bien, señor, poco a poco el Museo va volviendo a la normalidad. Ya tenemos todas las salas abiertas, pero todavía no hemos terminado con las labores de rehabilitación. Aunque las obras que rescatamos llevan aquí más de un año, es un

trabajo lento y lo tenemos que hacer a conciencia.

—Claro, claro —asintió el jefe de la Dirección General de Seguridad.

Se hizo un silencio. El director del Museo se preguntaba qué estaría haciendo allí alguien de tan alto rango como el conde de Mayalde, una persona que le constaba era recibida con asiduidad en el palacio de El Pardo. El conde, por su parte, quería medir los tiempos y tener la seguridad de que iba a cobrar la mejor pieza.

—Tengo entendido que casi todos los cuadros llegaron en perfectas condiciones.

—Sí, bueno, efectivamente, casi todos. Solo sufrieron daños tres de ellos, y además, los tres de Goya. El peor parado fue el de *El 2 de mayo de 1808 en Madrid*, el que se conoce como «La carga de los mamelucos» —aclaró, invistiéndose de un tinte profesional—, que llegó con un desconchón. Están trabajando en él. Va a quedar perfecto, nadie lo notará.

—Aquí tienes a gente muy buena trabajando.

—Ya lo creo, son casi tan artistas como los verdaderos —se rio de lo que había dicho, casi se avergonzaba—, bueno, quiero decir...

—Ya sé lo que quieres decir. Vamos, gente muy válida.

El conde de Mayalde sacó una pitillera de oro y extrajo de ella un cigarrillo. Sin ofrecerle uno a Álvarez de Sotomayor, lo encendió y dio una intensa calada antes de volver a hablar.

—Mira, Fernando, vengo por un hombre.

—Señor, todos pasaron por el Comité de Depuraciones, aquí todos están limpios y son afectos a nuestro Régimen.

El conde soltó una sonrisa socarrona de medio lado. Su bigote se arqueó hacia arriba.

—No, Fernando, eso ya lo sé. Cuando digo que vengo a llevarme a alguien, me estoy refiriendo a llevármelo fuera de España. Nuestros amigos de Berlín nos han pedido un favor. ¿Entiendes lo que quiero decir, Fernando? Y a los alemanes habrá que atenderlos. ¿No te parece?

El director del Museo estaba descolocado, no sabía de qué estaba hablando el conde. Siempre había temido, ya desde los días de Ginebra, las insinuaciones de Berlín. Para esas fechas toda Europa conocía el ansia de los nazis por las obras de arte y, conforme habían ido pasando los meses, esa codicia y sus consecuencias no habían parado de ir en aumento. Tanto Hitler como Goering tenían puestos los ojos en el Prado y él nunca calibraría hasta dónde se mantendría firme El Pardo ante una petición que llegara desde el corazón del Reich. Nunca podría olvidar los diminutos ojos escondidos tras las gafas de miope del jefe de la Gestapo cuando vino al Museo, y la manera de escrutar los cuadros de Velázquez y de Goya, pero sobre todo el de Tiziano en el que inmortalizó magistralmente al emperador Carlos V. Siempre pensó que Himmler había visitado los museos del Prado y el Arqueológico de la calle Serrano para, después, expoliar alguno de nuestros tesoros. A lo peor había llegado ese momento.

Pero el conde no había dicho nada sobre llevarse cuadros. Se había referido a una persona, los alemanes querían a alguien del Prado.

La cara de incredulidad que mostraba el director del Museo fue lo que motivó a Mayalde a ampliar la información, al menos un poco porque él tampoco contaba con todos los detalles. Le explicó el perfil de la persona que tenía que viajar, inmediatamente además, a Alemania.

—A Alemania, por lo menos de momento —puntualizó—. Quieren a alguno de los que trabajó con los cuadros durante los traslados, alguien que sepa embalar, que tenga conocimientos especializados de pintura, pero sobre todo, y en esto han puesto mucho énfasis, tiene que ser una persona capaz de organizar correctamente los grandes movimientos de lienzos. ¿Entiendes a qué tipo de persona me estoy refiriendo?

El hombre lo pensó y repasó mentalmente la relación de personas que trabajaban a sus órdenes. No sabía por qué tenía que encontrarse en esa situación. Pensó que se podían haber dirigido a Eugenio D'Ors, uno de los responsables del viaje de vuelta de los cuadros, que seguro que se encontraba desocupado como siempre. Rápidamente, barajó varias alternativas. Tuvo claro cuál sería la mejor elección, el mejor profesional, pero también se acordó del conflictivo Eduardo Pérez y en la oportunidad que se le estaba presentando de quitarse de encima a alguien tan problemático como él; un histérico del Régimen.

—Mayalde, creo que ya sé qué persona es la que más se ajusta a la solicitud del Reich. Se llama Eduardo Pérez, es uno de los mejores conocedores de los maestros flamencos. Sé que colaboró, a la fuerza me aseguraron, con los rojos, pero ha demostrado ser un buen español.

El conde lo miró fijamente, sin pestañear. Se llevó el cigarrillo a la boca y volvió a interponer una nube grisácea entre ambas miradas. Lentamente, puso el pitillo a escasos centímetros del cenicero y dio un ligero golpecito para que cayera la ceniza. Miró el cigarrillo y lo giró entre los dedos.

—¿Qué sentiste en el treinta y uno?

—¿En el treinta y uno? —respondió, mientras tragaba saliva.

—Sí. Debió de ser muy duro que vinieran los republicanos y te quitaran un despacho como este.

Mientras Finat decía esas palabras, miraba a su alrededor, como calibrando las dimensiones de la estancia. El despacho del director del Museo del Prado era uno de los más soberbios que podía ocupar una persona sensible a las artes. Estaba vestido de gruesos cortinajes que llegaban hasta el suelo y que escondían finos visillos de hilo y albendas cerca del techo, mobiliario exquisitamente tapizado en seda y una mesa de caoba maciza que ocupaba una buena parte de la pieza.

El director no contestó.

—Fernando, ¿cuál es tu mejor hombre?

Efectivamente, Fernando Álvarez de Sotomayor no era la primera vez que se

situaba al frente de la mejor pinacoteca del mundo. La primera vez fue durante el reinado de Alfonso XIII, en un período que duró nueve años. Las mismas razones que situaron al Rey en la soledad de un andén llevaron al pintor gallego a dejar su puesto. Hacía año y medio —después de que el entonces ministro Jordana lo mandara a Ginebra para organizar la exposición— que había vuelto a ocupar el tan ansiado despacho del edificio creado por Villanueva.

Antes de contestar, respiró profundamente y señaló con la cabeza a la puerta de entrada, la que comunicaba con la sala donde trabajaban todos los hombres que el conde de Mayalde había visto antes de entrar.

—Se llama Luis —declaró al fin—, Luis Molero. Es de Madrid. Participó en el embalaje de las obras cuando estas fueron a Valencia. Se dice, aunque él no quiere hablar de ello, que fue uno de los que convenció al Gobierno para sacarlas de allí. ¿Sabía usted que llegaron a colgar algunos cuadros en las Torres de Serranos? —El conde escuchaba atentamente, pero su rostro no mostraba ni siquiera curiosidad—. También estuvo involucrado en los traslados al norte de Cataluña y fue uno de los que organizó la salida hacia Le Perthus. Yo lo conocí en Ginebra, y me ayudó con suma diligencia a preparar la exposición. En ocasiones me dejé guiar por su opinión, que me pareció bastante sabia, por cierto. También nos acompañó a Eugenio, a los Macarrón, tanto a Juan como a su sobrino Graciano, y a mí en el viaje de vuelta.

—Y a Pilar, me imagino, ¿no?

El director del Museo se quedó sorprendido de lo que acababa de escuchar. ¿Cómo podía saber José Finat que su hija también lo había acompañado durante aquellos meses en Ginebra?

Aun así optó por contestar como de corrido y sin dar importancia a la pregunta.

—Por supuesto, mi hija también vino con nosotros. Bueno, volviendo a su hombre —Álvarez de Sotomayor quería que la conversación discurriera por los cauces anteriores—, Luis es un experto en el embalaje de obras de arte y un gran conocedor de la pintura de Rubens, de Durero, de Tintoretto...

Se hizo un breve silencio.

—Señor, no hay otro como él —concluyó con una sensación similar a la de haberse quitado un peso de encima y sentirse un poco más seguro, más que en su sillón, en su puesto.

—Has dicho que se llama Luis Molero, ¿no?

Asintió con la cabeza. Después de la reseña del currículum profesional de su empleado más valioso, Fernando descansó. La tensión a la que se sentía sometido había encontrado una tregua.

—Bien. ¿Está ahí? —señaló con la cabeza hacia la zona donde se localizaban las oficinas.

—Sí. ¿Quiere que se lo presente?

Dudó unos instantes, pero declinó la invitación, aunque tenía curiosidad por verlo más de cerca.

—Dile que pase con cualquier excusa. No digas nada de mí, no tiene por qué conocerme. —Sabía que eso era absurdo porque el conde de Mayalde era una de las personas con mayor presencia en las páginas de los diarios.

Tomó el teléfono interior y le pidió que pasara. Al cabo de unos segundos, ambos oyeron el sonido de los nudillos llamando a la puerta.

—Pase —autorizó el director.

Cuando Luis Molero entró en el despacho de su jefe, casi se le escapa una sonrisa al conde. Era el cojo, el cojo que había visto antes caminar con dificultad con aquel archivador. Le parecía sarcástico mandar a un cojo a servir a los nazis. Aun así, mantuvo el tipo como pudo y no llegó a reírse, si acaso tuvo que ocultar una media sonrisa con su mano.

—Luis, necesitaría que me preparara para mañana un informe sobre la evolución del número de visitantes durante los domingos —fue lo que se le ocurrió pedirle—, vamos a anticiparnos por si necesitamos incrementar el personal durante los festivos.

Luis asintió a la inusual petición que recibía del director. No pudo reprimir cruzar una mirada con el hombre que permanecía sentado en el despacho. Lo conocía, recordó con precisión que la última vez que había visto al responsable de la Dirección General de Seguridad había sido el día en que Himmler visitó el Prado.

—Muy bien, don Fernando, mañana se lo tengo preparado.

Una vez que se hubo marchado, Fernando Álvarez de Sotomayor remató más detalles de su empleado:

—Este es. Antes no he contado que también es restaurador. Es uno de los que está con el cuadro de los Mamelucos.

—Bien, bien, Fernando. —El cigarrillo se había acabado. Se inclinó sobre el sillón y clavó los codos en la mesa del director. Juntó las palmas de las manos a la altura de la cara—. Ahora vamos a analizar cuál es su punto débil. Vamos a estudiar tú y yo —dijo, señalando alternativamente con el dedo índice— de qué forma podemos conseguir que Luis Molero, ¿se llama así, no?, acepte nuestra oferta. Vamos, Fernando, hálame de él. Cuéntame más cosas, que seguro que sabes.

Ambas movían la cucharilla dentro de la taza de café, pero parecía que ninguna de las dos deseaba iniciar la conversación. Erika llevaba un vestido de raso color turquesa, adornado en la zona del escote con una amplia flor almidonada. La ropa de su madre era algo más informal, aunque *Frau Knochen* nunca descuidaba los detalles de su vestuario por mucho que estuviera en su casa.

—¿Qué has sabido de Günther?

—Hace dos días tuve carta de él. Me dice que está muy bien y que lleva a cabo muy pocas misiones.

—Nadie duda de que tu marido es uno de los hombres más valiosos de nuestro Reich. Eso lo intuí yo el día que lo conocí, cuando todavía no había ido a España. ¿Estabais prometidos ya?

—Mamá, sabes perfectamente qué pasaba antes de que ocurriera lo de la guerra española.

La mujer se quedó pensando unos instantes. En ese momento recordó que fue en los días previos a que empezara la guerra de Franco contra la República, y de que comenzaran los Juegos Olímpicos de Berlín, cuando celebraron aquella fiesta para anunciar el compromiso de su hija... Ursula.

—Sí, sí, recuerdo. Bueno, da igual. Yo me fijé en ese chico y estoy convencida de que llegará muy lejos. Cariño, la guerra es una época en la que los buenos militares ascienden muy rápido. Lo mismo que le sucedió a Goering cuando estaba a las órdenes de Richthofen, durante la Gran Guerra. Günther está forjado de la pasta de las personas llamadas a dirigir un país. ¿Por qué no?

Erika también lo creía. Poseía un atractivo penetrante, con certificado ario intachable, rubio, de pelo muy fino, un gran atleta —esas dos últimas cualidades no sabía si podrían ser características positivas o negativas si se comparaban con las hechuras de Goering, con la morenez de Hitler o con la cojera de Goebbels—. Günther, además, sabía idiomas, hablaba muy bien el francés y el italiano, y chapurreaba algo de español. Era muy inteligente. Lo tenía todo para desempeñar un puesto más importante que el que ahora ocupaba.

Marlene tomó la campanilla que descansaba sobre la mesa de café donde ambas mujeres estaban merendando. La agitó. Al cabo de unos instantes apareció una criada vestida de negro con un delantal blanco inmaculado y un lazo en el pelo, como vestían las camareras del café Viena de la Kurfürstendamm, una de las avenidas más importantes de Berlín.

—Señora.

—¿Ha quedado Sacher?

—Sí, señora —confirmó la joven.

—Tráenos dos trozos.

Como un eco lejano en la conversación se dejaban oír las notas del piano de Ursula. Erika no entendía cómo una persona se podía pasar tantas horas al día haciendo sonar aquello.

Esperó a que la sirvienta se marchara para seguir hablando.

—Por cierto, mamá, ¿tiene Geli certificado ario?

—Pues la verdad, hija, es que no lo sé. Nunca me he puesto a pensarlo. Judía sé que no es, ni ella, ni sus padres, ni su novio. Está destinado en Ámsterdam, y cada vez que recibe una carta se pasa tres días llorando.

—Pues deberías averiguarlo, mamá, ¿qué se diría si tuviera antecedentes semitas?

—Lo miraré, hija, lo miraré —convino la madre con un punto de extrañeza por la cuestión que, sorprendentemente, le estaba planteando su hija mayor.

A Erika parecía que le costaba trabajo hablarle directamente a su madre, y no sabía cómo afrontar la delicada situación en la que estaba. La carrera que quería para su marido distaba mucho de ser piloto en el canal de La Mancha. Hasta entonces había valido, pero en noviembre no valdría.

—¿Cuándo volverá papá?

—Hija, ¡qué sé yo! Cuando se va de viaje sé cuándo se marcha, pero nunca cuándo vuelve.

—¿Te ha escrito?

—Nunca lo hace.

—Sigue en España —intuyó Erika, bajando ostensiblemente la voz.

Su madre asintió.

—Con lo del wolframio... —Siguió casi mascullando las palabras para evitar ser oída.

La madre volvió a asentir a la vez que se llevaba el dedo índice a la boca, mandándola callar sin decir nada. Miró hacia atrás, inquieta, como si temiera que alguien las pudiera estar espiando.

—Tengo que reconocer que cada vez me dan más miedo sus viajes. Todo es peligroso, pero los cielos aún más.

Marlene era consciente de que la posición de su marido conllevaba asumir un riesgo, pero no terminaba de aceptar que se hubiera incrementado exponencialmente desde el inicio de la conflagración.

—Mamá, él viaja en un avión comercial y nadie lo va a atacar.

—Ya lo sé, pero aun así nunca estoy tranquila hasta que lo veo aparecer por la puerta.

—Bueno, mamá —dijo, cambiando el semblante grave por otro radicalmente distinto—, tengo que darte una noticia.

Erika no era una mujer dada a contar confidencias, incluso a su madre, que siempre la había considerado demasiado fría, más distante de lo que cabía esperar del comportamiento de una hija. Tanto el tono con el que había hablado, como el cambio

de postura, la llevaron a pensar que realmente tenía algo importante que contarle.

—Dime, Erika.

—Mamá, vas a ser abuela —el tono de voz se asemejó más a un susurro que a la manifestación de una noticia.

—¡Hija! ¡Qué alegría! —Los ojos de la madre brillaban de una manera especial.

La mujer no pudo contener el alborozo que le producía que su hija mayor estuviera embarazada. Un hijo de Erika y Günther, ¡qué maravilla! Llevaban casados varios años y la noticia no terminaba de llegar a sus oídos. Así acallaría los comentarios malintencionados que sabía que se producían a su paso en las reuniones sociales y que ponían en duda la capacidad de su primogénita para engendrar vida. La verdad era que a la edad de Erika la mayoría de las mujeres alemanas ya tenían tres o cuatro hijos.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo que se alargó unos instantes. El piano había callado. Tras unas pisadas, y alertada por la sonora expresión de júbilo de la madre, Ursula apareció en la sala. Al verlas abrazadas, por unos instantes, unas horribles e interminables décimas de segundo tuvo la sensación de que el abrazo se debía a otro tipo de noticia de un cariz totalmente opuesto.

—Ursula. Tú hermana...

No dio lugar a que terminara la frase. Al igual que había hecho su madre, la más pequeña de las Knochen también se abrazó con su hermana mayor. Marlene, al verlas así, pensó en todas las cosas que se le podrían estar pasando a Ursula por la cabeza al felicitar a Erika por estar embarazada... de Günther.

Ursula la miró mientras ambas se mantenían cogidas por las manos.

—Erika, ¡qué feliz me haces! —los ojos de la hermana pequeña reflejaban la misma alegría que manifestaba su boca—, me vas a hacer tía.

—Verás qué alegría se va a llevar tu padre cuando vuelva —aseguró la madre.

Las tres mujeres se sentaron y Marlene volvió a hacer sonar la campanilla.

—Geli, tráiganos una botella de champán, de Louis Roederer —ordenó a la criada cuando esta apareció; a Marlene le encantaba esa marca que había traído su yerno la última vez que volvió de permiso desde París, probablemente cuando dejó embarazada a Erika—, tenemos que celebrarlo ahora mismo —remarcó, mirando a sus hijas.

Ella misma sirvió las tres copas y alzó la suya:

—Por tu hijo, Erika, por un nuevo Von Houten.

Las hijas acompañaron a su madre en el brindis y después bebieron un pequeño trago.

—Bueno, y Günther, ¿cuándo va a volver?, lleva ya casi dos meses sin venir,

debe de estar a punto de tener un permiso —especuló Marlene, después de paladear el champán.

—No lo sé, mamá. Ya sabes que las licencias están muy restringidas y él no lo va a pedir. Todos conocemos cómo es. Lo que lamento es que todo esto pase ahora, con esta guerra que no se acaba.

—Hija, Inglaterra está muerta, si no es en este año, será en primavera. Las pérdidas británicas, según dice *Das Reich*, son muy importantes cada vez que Günther y sus chicos se dan un paseo por su cielo —sonrió, tratando de animar a su hija—. Vamos, Erika, ya verás como dentro de poco estáis otra vez juntos aquí, en Berlín.

—Mamá, sabes que Günther vale mucho para estar arriesgando su vida en el aire. Él, con su preparación, con su inteligencia, con sus idiomas, podría ser un magnífico ayudante del Alto Mando. Me han dicho que Goering tiene especial simpatía por él —aunque le constaba que se conocían, ese último comentario fue una invención de Erika.

—¿Sí? —preguntó la madre, extrañada—. Nunca lo habías mencionado.

—Eso me ha contado en sus cartas. En ocasiones le consulta misiones de vuelo y maniobras. Günther está muy bien considerado. Tenemos que tratar de traerlo a Berlín, pero no sé cómo. No quiero —y según decía esto se acarició la tripa con un leve movimiento circular— que nuestro hijo nazca cuando su padre esté lejos de casa.

—Vamos, Erika, para cuando tu hijo nazca, la guerra será un viejo recuerdo.

—Mamá —terció Ursula, que hasta el momento no había intervenido—, Erika tiene razón. Yo creo que deberíamos intentar ayudarla. Pero ¿de qué manera?

—Puedo hablar con tu padre cuando regrese. Él tiene amigos muy influyentes, ya sabes. Además, mucha gente le debe favores. Mira, qué pena... —De repente, parecía que se le había ocurrido una idea brillante que rápidamente no le pareció tan buena.

La mujer se quedó pensativa a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Qué pena de qué, mamá? —Erika no sabía la razón por la que su madre se había quedado contrariada.

—Sí, qué pena. Me han invitado para la semana próxima a una fiesta, precisamente a casa de Goering. La organiza en Leipziger Platz su mujer, Emmy, bueno, ya sabéis, su segunda mujer, la actriz. Alguna vez he ido con vuestro padre, pero son muy aburridas.

Erika había oído hablar de aquellas reuniones. La exartista natural de Hamburgo Emma Sonnemann, ahora llamada por todos Emmy Goering, era muy amiga de organizar fiestas continuamente. Imaginó que se debería a su pasada profesión de artista esa necesidad de estar rodeada de gente en todo momento. Muchas veces la había visto retratada junto al Reichsmarschall y, desde que habían tenido una niña, su presencia en las revistas era aburridamente continua. Esa fiesta era una inesperada ocasión de poder acercarse a Goering. «Sería muy difícil —la arribista Erika calibraba la situación— conseguir algo allí. ¿Qué iba a hacer, acercarse a Goering y

decirle: Quiero que traiga a mi marido del frente?». No, eso sería un desatino.

Dio un sorbo de Louis Roederer.

—¿Has dicho ya que no vas?

—No, todavía no, la verdad es que, sin tu padre, no tengo muchas ganas. Me excusaré.

Erika sabía que estaba delante de una oportunidad única para poder entrar en Leipziger Platz, la residencia oficial del segundo hombre más poderoso de Alemania. No tenía nada que perder.

—Mamá, ¿no podría ir contigo? —No se preocupó de contar con Ursula al formular la cuestión a su madre.

—¿Tú? —Marlene se extrañó sobremanera por la pregunta que acababa de escuchar de labios de Erika.

—¿Qué tiene de raro? Tu marido se encuentra de viaje y te acompaña tu hija primogénita. ¿Por qué no?

Marlene frunció el ceño, pero el gesto de contrariedad solo le duró un instante, al momento esbozó una amplia sonrisa. Miró a Ursula, que seguía mostrando su habitual gesto imperturbable, y después volvió sus ojos a Erika.

—Tienes razón, ¿por qué no?

—Mamá, seguro que lo pasaremos muy bien.

Sí, Erika se mostraba satisfecha. Lo había conseguido, iba a ver de cerca al mismísimo Hermann Goering. ¿Cómo podría aprovechar la eventualidad? Tenía unos días para pensar la manera de sacar partido a esos momentos, quizás unos instantes en los que se iba a introducir en un mundo que le podría cambiar la vida.

Cuando se despidió de su madre y su hermana, mientras el chófer le abría la puerta, pensó en lo útil y fácil que estaba siendo fingir un embarazo y deseó que le resultara igual de sencillo simular un aborto.

Konstantin se encontraba satisfecho de su sinecura en París. Las gestiones de su padre habían dado sus frutos y había conseguido que lo reclamaran para las oficinas de la embajada alemana, situada en la rue de Lille, a muy pocos metros del quai Voltaire, en la margen izquierda del Sena. Así no padecería los fríos de Noruega, o las incomodidades de la vida en el Este. Entendió que París era una plaza incluso mejor que una ciudad como Berlín, más vulnerable a eventuales ataques ingleses. ¿Quién se atrevería a atentar contra una ciudad como París?, se preguntaba.

Tuvo que interrumpir sus prometedores estudios de medicina en la berlinesa Universidad de Humboldt, para incorporarse a filas en el mes de abril, aún no hacía un año. Todavía no había recibido el bautismo de fuego, pero deseaba no recibirlo nunca. Konstantin era el elemento más disonante en la orquesta familiar. Era rubio como sus dos hermanos y tres hermanas; tenía el certificado de raza aria, como ellos; sería cierto que estaba siendo testigo de cómo se escribía la Historia, como decía su padre, pero él no lo vivía con la misma intensidad. Muchas noches se despertaba angustiado por el recuerdo de los acontecimientos que habían marcado su niñez: con las palizas que los «camisaspardas» propinaban a los judíos en medio de la calle y que su hermano mayor le obligaba a presenciar para que se fuera haciendo un hombre, o con su papel de espectador el 9 de noviembre de hacía dos años, durante la Noche de los Cristales Rotos. Konstantin sentía que no era como los demás, pero se encontraba atrapado en la asfixiante red que habían tejido a su alrededor. Él pensaba que la pintura de Pechstein o de Munch no era degenerada, que la música de Schönberg o Berg no tenía por qué ser perseguida y denominarla despectivamente *entartete Musik*. Y tampoco entendía por qué todos los chicos se tenían que fijar en las chicas, cuando él sentía una extraña atracción por las fornidas piernas de sus compañeros, por los torsos atléticos que espiaba en su acuartelamiento, por los brazos fuertes, curvilíneos y musculosos que tenían algunos de ellos. Aprovechaba el momento de las duchas y cuando se cambiaban para ponerse ropa deportiva, para recrearse en la tersura de su piel inmaculada, sin pliegues, jóvenes, como la suya.

Esa tarde le apetecía salir y le hubiera gustado hacerlo solo, sin la compañía de Unger, que insistió en acompañarlo. Hubiera preferido la soledad a tener que aguantar a un compañero que se pasaba todo el día diciendo tonterías sobre las mujeres francesas y fanfarroneando del número con las que se había acostado. Pero Konstantin era una persona a la que le costaba mucho trabajo dar una negativa, parecía que no entraba en su diccionario la palabra no. Carecía, además, de la personalidad suficiente para plantarse ante cualquiera.

Los dos caminaban por la acera de la rue Montorgueil y, a pesar de la baja temperatura que marcaba el termómetro, el ánimo de Unger estaba muy subido y

estaba dispuesto a establecer contacto con alguna mujer que vendiera su cuerpo a cambio de algún dinero.

Unger reunía, según Konstantin, todos los atributos para ser sencillamente detestable: alardeaba de acostarse con putas y con judías —decía que una cosa nada tenía que ver con la otra—, presumía de haber matado polacos en Polonia, holandeses en Holanda, y seguro que presumiría, aunque no fuera verdad, de haber matado franceses en Francia. Su ilusión era ingresar en la Abwehr, tener un despacho en el hotel Lutétia y recibir órdenes directamente de Canaris, aunque seguro que preferiría realizar interrogatorios en la rue des Saussaies, a las órdenes de Klaus Barbi, y así todos no solo le tendrían miedo, sino que sería capaz de aterrorizarlos.

—¿Has estado alguna vez con una francesa? —preguntó Unger mientras caminaban a velocidad de paseo.

—¡Claro! —respondió Konstantin con la seguridad que a veces aparece cuando se pretende disfrazar una mentira, aunque realmente tendría que haber especificado que ni con francesas ni con alemanas.

—A mí me encantan. Yo les pido que se pongan a hablar. Seguro que se cagan en mi madre. Me da lo mismo. Lo hacen de una manera, lo dicen con un tono, ponen así la boquita —y diciendo esto cerraba los labios como si estuviera pronunciando una o — que les perdono todo, incluso que no sean como nosotros. Y nunca ponen problemas con el precio. En cuanto ven nuestros uniformes, se rinden ante nosotros por bien poco. Eso sí, yo, por si acaso, siempre voy con mi paquete de Vulkan, no sea que me vayan a pegar algo. Estoy encantado de estar destinado en París. No me marcharía de aquí en toda la vida.

—A mí también me gusta París —fue la única respuesta que dio Konstantin.

Los dos soldados vieron a lo lejos una mujer que parecía estar esperando a alguien en la calle. A pesar del frío, no llevaba abrigo y sí una falda estrecha y larga, negra, abierta por uno de los lados; el derecho, le pareció a Konstantin. En la parte superior llevaba un corpiño muy ajustado del que sobresalían unos pechos muy llamativos. Como complemento, una boina negra que, ladeada hacia el mismo lugar que la abertura de la falda, le daba un aire increíblemente atractivo para ser una mujer, pensó Konstantin.

Fue Unger quien se acercó a la chica.

—¿Hablas nuestro idioma? —preguntó en alemán.

La muchacha, al ver que eran dos los que se habían acercado, se giró e intentó no prestar atención a las palabras que había oído y que, por supuesto, había entendido perfectamente.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto?

Ella lo miró, pero no quiso responderle y prefirió darle la espalda para no caer en su provocación.

Ofendido, Unger la agarró por el hombro y, con fuerza, le dio la vuelta plantándose a un palmo de su cara.

—Tú, ¡qué!, ¿me vas a decir que estabas aquí esperando a tu novio?

—Lo siento, déjeme en paz —acertó a decir la chica en un alemán muy burdo pero perfectamente comprensible para la pareja de soldados.

—Vaya, si la señorita habla nuestro idioma.

—¡Vámonos, Unger! —pidió Konstantin.

—No, espera, que esta me lo va a hacer, y además, gratis.

A escasos veinte metros, desde la furgoneta, François estaba presenciando la escena y, aunque no podía intervenir, se daba cuenta de que su hermana se encontraba en serios problemas. Tenía que tomar una decisión y no podía demorarla porque la situación se estaba agravando segundo a segundo. Todo estaba preparado para que los encuentros fueran con un solo soldado y no con más. Lo que estaba ocurriendo tiraba por tierra su estudiado plan de actuación.

Tuvo una idea al ver a una mujer que estaba cerca, contemplando la discusión desde diez o doce metros de distancia. Era algo mayor que su hermana, regordeta y con una falda muy apretada que marcaba unos muslos rellenos y, por su aspecto y sus maneras, dedujo que se dedicaba a la prostitución. No tardó en actuar. No sabía si lo que iba a hacer sería lo más acertado, pero era lo único que se le ocurría. Raudos, se bajó de la Renault y se dirigió hacia la mujer lo más rápido que pudo.

—Oye. ¿Has visto en el lío que están metiendo esos dos nazis a esa francesa? —La abordó directamente, sin mediar otras palabras.

—Sí —afirmó la mujer, ladeando el cigarrillo que estaba fumando, con una expresión de desaprobación en su rostro que le indicó que podría contar con ella—, ¿quiénes se creerán esos que son?

—¿Le podrías echar una mano?

—¿Una mano? ¿Cómo?

Al cabo de unos instantes, la mujer se acercó al lugar donde se encontraban los dos soldados con Nicolette.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué os pasa?, ¿os ha gustado la chica? —Baladroneó en alemán, sabiendo lo peligroso de su acción, a la vez que tiraba la colilla al suelo y la aplastaba con la punta de su zapato de charol rojo.

Unger, con el rostro encolerizado porque se le estaba resistiendo una mujer que había imaginado como nueva víctima de su uniforme y del miedo que sus insignias pudieran generar, se volvió para ver quién le estaba hablando. Físicamente no tenía ni punto de comparación con la que él pretendía acostarse, así que la zahirió, despreciativo:

—Tú, ¡déjanos!, que la de la boinita nos lo va a hacer a los dos.

La mujer, a la que los muchos días de los muchos años de calle le habían dado unas tablas que en ningún otro lugar se pueden aprender, sabía muy bien cómo tenía que actuar. Se dirigió hacia el miembro más tranquilo de la pareja de soldados, el que

parecía que mandaba menos, y le dijo en alemán:

—Vámonos tú y yo, y dejemos a esos dos.

Unger agarró a la mujer y le retorció el brazo.

—¡Eh, tú!, ¡quieta ahí! —chilló.

—Me estás haciendo daño —se quejó la prostituta.

—Y más daño te pueden hacer si te llevo a ver a unos amigos míos.

—Mira, si habéis venido a estar con nosotras, vamos a ello. Mi amiga y yo —según dijo esto, hablando como podía, Nicolette, que sí había entendido la palabra *amiga*, la miró con la mayor expresión de incredulidad que pudo mostrar. Nunca la había visto antes— vamos a haceros muy felices.

Como si hubiera generado en el militar un efecto calmante, la mujer notó cómo el soldado se empezó a tranquilizar, quizás ante la nueva perspectiva de una sesión con dos mujeres. La nueva sería para su amigo. Además, el hecho de que una de ellas hablara su idioma con soltura facilitaría la comunicación, por muy primaria que tuviera que ser.

La mujer, según las instrucciones que había recibido de François, tenía que intentar meterse en el portal y no continuar con el escándalo que estaban armando en la calle donde todo el mundo que pasaba los miraba.

—¿Por qué no vamos a donde trabajas? —planteó, guiñando un ojo a Nicolette, que se encontraba confusa y desorientada—. ¡Vamos!, que estos chicos tendrán ganas. ¿No es así?

Y según dijo esto, puso la mano debajo de la hebilla del cinturón del soldado que más escándalo había organizado. Pensó que eso podía facilitar las cosas.

Nicolette, que había estado a punto de llorar a causa de la impotencia de encontrarse sola ante los dos hombres, agradeció la llegada de esa mujer y entendió que era el momento de dar el siguiente paso. Abrió la puerta anexa al gran portón del garaje que daba al patio, algo que fue visto desde la calle por su hermano.

El escándalo había cesado y los dos hombres entraron dóciles en la casa, pero no tenía ni idea de qué iba a pasar. François valoró las opciones y se dio cuenta de que si no se movía, si no entraba en acción, regalaría a su hermana a dos nazis, pero al acabar se marcharían y no pasaría nada más. Los tres sabían que si Nicolette se prestaba a actuar como cebo ese era uno de los riesgos que asumía. Pero tampoco sabía cómo iba a actuar su fiel e incondicional amigo Thierry. Llevaba todo ese rato esperando a que su novia entrara con el soldado que esa noche el destino había puesto en sus manos, pero al ver que eran dos y que además había una desconocida con ellos, ¿qué haría? François creyó que Thierry entendería la gravedad de la situación y tampoco haría nada. La prostituta que había accedido a ayudar a Nicolette sabría manejar la situación y, después de no demasiados minutos, por muy interminables que resultaran, los dos soldados saldrían por la puerta, satisfechos y con su orgullo nazi bien colmado.

No solamente habían doblegado al estado francés sino que habían poseído

también a sus mujeres.

François sabía que la resistencia a la ocupación conllevaría muchos sacrificios, y este iba a ser uno de los primeros. Había que esperar.

Pero se trataba de su hermana, su *crevette*.

Se puso una chaqueta gruesa que tenía dentro de la furgoneta, tomó un cuchillo de hoja larga y afilada, que guardó debajo de la ropa, y salió de la Renault andando lo más deprisa que podía, sin llegar a correr.

Cuando entró en el patio vio cómo uno de los alemanes estaba en el suelo peleando con Thierry, revolcándose, propinándose golpes en silencio, emitiendo gemidos ahogados de dolor, como si quisieran que nadie los oyera. Las dos mujeres y el otro soldado se encontraban pegados a la pared, inmóviles.

François fue rápido. Apartó al alemán de encima de Thierry con una fuerte patada en las costillas, se abalanzó sobre el soldado y, con la decisión que necesitaba, hundió el cuchillo en la guerrera del muchacho, que no tuvo tiempo ni para reaccionar. Estaba seguro de que le había atravesado el corazón. François se asustó al ver que el soldado empezó a convulsionar, pero los espasmos duraron solo unos segundos, después se quedó inerte, con las piernas abiertas y los brazos en cruz. François lo miró. Era el primer hombre que mataba.

Thierry se levantó y miró a su amigo con una expresión en la que se mezclaba la gratitud con cierta vergüenza; no había sido capaz de solucionar el problema.

Nicolette rompió a llorar y se sentó en uno de los escalones que llevaban a las habitaciones del piso superior, las mismas en las que, de no mediar la actuación de su hermano y de Thierry, se habría tenido que someter a los deseos de esos hombres. La otra mujer se acercó a consolarla. Mientras, el otro soldado, Konstantin, contemplaba la escena sin decir ni hacer nada. Su piel tenía la blancura apagada de la cera y el terror que sentía se manifestaba en la expresión de su cara. No sabía qué hacer y, además, algo le decía que iba a sufrir ese mismo final.

Con el cuchillo en la mano, François se acercó a él y le dijo algo que no estaba seguro que el alemán llegara a comprender.

—Lo siento.

La mujer que estaba consolando a Nicolette no pudo soportar la idea de lo que estaba a punto de pasar y volvió la cabeza, acercando a Nicolette a su pecho para que ella tampoco pudiera ver la escena, igual que hubiera hecho con una hermana menor.

La pareja acababa de salir del cine. A los dos les gustaba ver películas, y tampoco tenían mucho más dinero para gastar en otras distracciones. Las *Vampiresas* del teatro Alcalá o los espectáculos del Alcázar o del Martín estaban fuera del alcance de sus ingresos.

El Madrid del año 1940 sufría miseria, penurias y, además, sequía. Tanto los vencedores como los vencidos padecían las mismas escaseces. Se salvaban los que tenían contactos con abastos y podían dedicarse al estraperlo, el mercado negro que formaba una organización próxima a un Régimen que tenía dentro de casa a su gran enemigo.

Preferían volver andando a su casa en lugar de coger el tranvía. Los pocos reales que ahorraban servían para que el coste del cine fuera menor. Venían de ver *Martingala*, en el Fuencarral. La película había estado precedida por uno de los documentales de la UFA de Goebbels. Teresa, como siempre hacía desde que eran novios, lo llevaba cogido del brazo. En su casa les esperaban los compañeros de todas las noches: la exigua cena, el vacío dejado por Mateo, y la Philips. Teresa sabía que los mayores peligros a los que tenían que enfrentarse los presos eran el frío, la deficiente alimentación y los nulos cuidados médicos. Pero existían otros, menos palpables y menos conocidos, pero capaces de causar más estragos aún. El aislamiento prolongado de los familiares, el maltrato sádico de los guardias, las puntuales borracheras de los falangistas los domingos por la noche y la humillación continua por la derrota podían convertirse en venenos para un colectivo al que las fuerzas se les habían agotado mucho antes de que la voz acerada e intimidatoria de Fernando Fernández de Córdoba leyera el último parte de guerra.

Al llegar a casa notaron cómo el frío se colaba en las habitaciones, como si las paredes fueran de papel de fumar. Mientras Teresa se fue a la cocina a inventar algo de cena, Luis se sentó en la salita a leer un rato. No solo le gustaban los cuadros sino que era un entendido en biografías de pintores. Su padre tenía una magnífica biblioteca que él se había encargado de incrementar con gran esfuerzo, mucha paciencia y alguna que otra privación adicional. Las librerías de la calle del Prado, de Libreros, los puestos de la Cuesta de Moyano, el Instituto Editorial Reus de la calle Preciados o la elegante librería Franco Española de la calle Alcalá habían sido sus proveedores habituales.

La sopa que pudo cocinar Teresa era un caldibaldo en el que flotaban, como si fueran barcos a la deriva, algunos trozos de pan, y se distinguían en el fondo tres o cuatro pequeños pedazos de carne de cerdo. El matrimonio estaba cenando en silencio cuando escuchó cómo golpeaban a la puerta. Tanto Teresa como Luis, quizá por recuerdos no tan pasados, levantaron la cabeza y se miraron con miedo en los

ojos. Con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca, se quedaron quietos unos instantes sin saber qué hacer. La segunda tanda de golpes, igual de contundentes que los primeros, provocó que dejaran el cubierto sobre el mantel. El apetito se les había escapado como un sueño al despertar. Volvieron a golpear la puerta y esta vez los golpes fueron acompañados de unas palabras que hicieron que ambos se levantaran como si hubieran activado un resorte bajo su asiento.

—¡Abran! ¡Policía!

No tuvieron que llamar más veces. Luis corrió como pudo hacia la puerta y abrió sin mirar siquiera por la mirilla.

Se encontró con un hombre que llevaba una gabardina beis y sombrero marrón. Detrás de él, dos miembros de la Policía Armada permanecían en silencio junto a Evaristo Núñez.

Sin pedir permiso, el desconocido entró en el vestíbulo acompañado por los policías. Como si estuviera en su casa, el hombre de la gabardina deambuló por el pasillo al igual que si paseara por un museo que no tuviera ninguna gana de visitar. Se metió en la cocina y giró la llave de porcelana de la luz. La bombilla que colgaba del techo por un cable despeluzado emitió una tenue luz. La lámpara la formaba una pequeña visera de cartón. Con la mirada barrió toda la estancia mostrando una apatía que se reflejaba en su rostro desabrido. La pequeña cacerola en la que Teresa había preparado la cena era el único recipiente que había sobre la cocina de petróleo. Después entró en la habitación contigua; era el dormitorio del matrimonio. La cama, bajo el crucifijo que presidía la estancia, era el mueble más importante. Solo había una mesita de noche, supuso que estaría en el lado donde dormía la mujer. Le dieron ganas de abrirla. A los pies, se levantaba un armario de espejo central y en un lateral del mismo había una silla sobre la que descansaban unos pantalones grises pulcramente doblados. Nada más.

Al salir, miró al matrimonio que seguía en el pasillo incapaz de preguntar qué hacía ese hombre, por qué estaba en su casa y qué buscaba. Teresa y Luis eligieron el silencio; estaban más acostumbrados a él. Mientras tanto, las otras dos personas seguían esperando a su jefe de pie, en el salón. El más joven miraba los lomos de los libros que descansaban sobre las estanterías, algo abombadas por el peso, y torcía ligeramente la cabeza para intentar leer el título de algún ejemplar.

A paso lento, con las manos en los bolsillos, mirando hacia todos los sitios, el subcomisario, que seguía sin abrir la boca, continuó su particular recorrido por la casa y entró en una habitación donde solo había una cama individual, una mesa con algunos libros, una lámpara, una caja de madera y un pequeño armario. El matrimonio se asomó a la puerta, con timidez, para ver qué miraba el hombre que les había interrumpido la cena y del que ignoraban tanto su identidad como sus intenciones.

El desconocido cogió la caja y la abrió, no sin que esta chirriara. Después de comprobar que dentro de ella lo único que había era más libros, la dejó sobre la mesa

con la misma indiferencia con que la había tomado y se dirigió a la pareja:

—Muchos libros hay aquí. Esta es la habitación del rojo ese que está en la cárcel. ¿No?

—Es la habitación del padre de mi marido —contestó Teresa al comentario displicente.

El hombre ignoró la respuesta y se quedó parado en el centro de la habitación. Se fijó en una librería donde se encontraban, perfectamente ordenados, un buen número de tomos.

—Libros... —se limitó a decir mientras asentía aburridamente, como si aquella palabra fuera por sí sola un epítome.

Ni Luis ni Teresa le contestaron. ¿Qué habría querido decir al pronunciar la palabra con ese tono?, se preguntaron.

—La vida no está en los libros —aseveró el subcomisario.

—Mi padre, como yo, es un gran lector.

—Pues a él no le ha ido muy bien que digamos, ¿verdad? —preguntó con un tono desafiante, acorde con la actitud que mantenía desde el primer momento el policía—. No me gusta la gente que lee tanto. Que yo sepa, Jesucristo nunca leía.

No obtuvo respuesta de la sandez que acababa de decir. Ninguno de los dos quiso entrar en la provocación del hombre que acababa de invadir su intimidad.

Después del 1 de abril del año anterior, sobre todo en Madrid, habían salido a la luz un gran número de nuevos beatos, que habían fingido o se habían escondido durante los años de anticlericalismo de la República. Ahora se hallaban en el otro extremo, ya que tenían que demostrar que estaban con el nuevo Régimen en todas y cada una de las facetas en que se sustentaba. Y una de ellas era, sin duda, la religiosa.

Acercó la mano y cogió un par de ejemplares. Los hojeó aburridamente. No conocía ni el título ni el escritor. Los tiró sobre la cama.

Después fue al armario y lo abrió. La ropa de Mateo estaba perfectamente ordenada y colgada en sus perchas de alambre retorcido. Eran prendas viejas pero bien conservadas. Un abrigo negruzco lleno de pelotillas, sus dos chaquetas, una de ellas dada la vuelta, cuatro o cinco corbatas de rayas de colores oscuros, alguna camisa con el cuello pasado y varios pantalones. También había un par de monos azules. Cerró la puerta, y se dirigió hacia la mesilla de noche. Abrió el cajón y, desde donde se encontraba, lo vació encima de la cama. Todo quedó esparcido sobre la colcha y aprovechó para analizar cada cosa que veía: un pequeño listín de teléfonos, un paquete de tabaco picado, una caja de pastillas Richelet y un tubo de Normacol, una carterita con papel de fumar, un chisquero, una caja de piedras de mechero, un pañuelo limpio, un libro cuyo título y autor tampoco le dijo nada, un par de lápices despuntados... nada de su interés excepto el listín.

—¿Qué estabais haciendo justo cuando hemos llegado? —interpeló, como si aquello fuera un juicio, mirándolos desafiante.

Luis, antes de contestar, miró a Teresa y después respondió.

—Estábamos cenando.

—¿El qué?

—Una sopa de carne —contestó Teresa.

—Pues a lo mejor la sopita se os va a quedar fría. Coged un abrigo y acompañadme. Los dos. ¡Vamos!

—¿Adónde? —preguntó Teresa, desconcertada.

El hombre se acercó a su cara y, cuando estaba a un palmo de su rostro y ella podía percibir un fuerte y desagradable olor a sudor, mostró una sonrisa cínica y preguntó:

—¿Y desde cuándo haces tú las preguntas?

Teresa no fue capaz de aguantar la mirada de aquel hombre y, cogiendo del brazo a su marido, fue a la salita, apagó la luz y después se encaminó a su habitación para cambiarse las zapatillas por los zapatos.

—Vamos, Luis.

La mujer preguntó al policía:

—¿Puedo ir un momento...? —pidió, señalando a la única habitación donde no había entrado el subcomisario. Ella estaba segura de que era un subcomisario. Se lo había oído decir al fascista del primer piso. No hacía falta que les hubiera mostrado su placa.

—Por supuesto, «señora», pero no me hagas esperar, tengo más cosas que hacer esta noche.

Al cabo de unos instantes, los cinco salieron por la puerta del piso y bajaron las escaleras. En el descansillo del primero estaba Evaristo Núñez, que había salido de su casa al oír bajar al grupo.

—¿Si ordena alguna cosa más, señor subcomisario...?

Nadie le contestó y solamente fue respondido con una mirada de Teresa que Evaristo hubiera querido no ver.

En la calle había dos vehículos sin ningún distintivo. Eran dos Fiat 527 negros.

—Tú —ordenó, señalando a Luis con un movimiento de barbilla— te vienes conmigo.

Los dos conductores, que se encontraban de pie junto a las puertas traseras que acababan de abrir al ver aparecer al grupo por el portal, acataron las rápidas indicaciones que acababan de recibir y, en unos instantes, el pequeño convoy arrancó perdiéndose en la oscuridad de la Cava Baja. En el primer vehículo iba Luis con el subcomisario y uno de los policías, mientras que en el segundo viajaba Teresa con el otro policía que había subido, el muchacho joven que había estado hojeando los libros.

El frío de la noche favoreció la ausencia de testigos. Nadie los vio partir.

François se acababa de ir a lavar la sangre con la que se había manchado la mano. La que había salpicado el abrigo pasaría desapercibida en la oscuridad de la noche mal iluminada gracias a las restricciones que asolaban todo el país. Contempló la escena que se veía en el garaje. Thierry se encontraba sentado en el suelo sin saber cómo reaccionar, casi en trance, con la mirada vacía, observando el cadáver del alemán como si se hubiera quedado petrificado. Le parecía curioso que él, que había matado a cinco personas, ahora estuviera quieto, inmovilizado por una especie de parálisis que le tenía atenazado tanto el cuerpo como sus pensamientos. En otro lugar del patio, las dos mujeres, se mantenían abrazadas y un poco más tranquilas, aunque las dos tenían también la mirada perdida. Nicolette ya no lloraba, pero no se movía ni hablaba. Todo había salido diferente a lo previsto, todo había salido mal. Lo habían hablado muchas veces, solo actuarían contra soldados que fueran en solitario, jamás contra un grupo. François estaba enfadado, deberían haber previsto una situación así, sabían que era muy común entre los hombres ir de putas en compañía. Lo que había sucedido esa noche podría haber pasado en cualquier momento. Y para colmo habían implicado a una mujer, una auténtica prostituta. ¿Qué estaría pensando? Solo había accedido a ayudar a una joven en apuros y había acabado siendo testigo del asesinato de dos personas, y no dos personas cualesquiera, sino nada más y nada menos que dos soldados alemanes uniformados, dos *haricots verts*. ¿Qué pensaría ahora?, volvió a preguntarse. Nada mejor que averiguarlo lo antes posible.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

La mujer, asustada, levantó la cara hacia François y, en un tono de voz muy bajo, le contestó.

—Jacqueline. Para trabajar me llaman Jacky.

—Y tú, ¿cómo prefieres que te llame?

—Jacqueline —afirmó con rotundidad.

—Bien, Jacqueline, siento mucho que hayas visto todo esto. ¿Trabajas en esta calle?

—Sí —confirmó categórica.

—¿Con quién vives?

—Con una amiga. Hace lo mismo que yo. —Parecía que a la chica le costaba trabajo decir cuál era su profesión—. Su marido, como el mío, murió en Dunkerque.

—Y tú, con mi marido asesinado por los nazis, vives del dinero que sacas acostándote con ellos —diciendo esto, se acercó y le agarró el pelo girando su cabeza.

François no lo podía evitar. El que muchas mujeres francesas se prostituyeran era algo de lo que no opinaba, pero que fuera con alemanes, que vendieran al invasor sus

cuerpos por calderilla, superaba su capacidad de comprensión, y no aceptaba ni el hambre ni la necesidad como argumentos válidos para justificar esa infamia.

La mujer, que le miraba con ojos enrojecidos por el llanto, no fue capaz de soportar tanta tensión y tanta incertidumbre, y bajó la mirada hacia el suelo, de donde no fue capaz de levantarla. Al final acabó diciendo algo:

—Tengo un hijo de tres años —prosiguió la mujer, mientras sentía que le faltaban las fuerzas ante la mirada de ira del hombre que le tenía agarrada por el pelo. El hermano de Nicolette la soltó con brusquedad, con repulsión—. Tengo que mantenerle de algún modo.

François, a pesar de lo adversa que se había vuelto la situación, tenía muy claras sus ideas y creía que podía encontrarse ante una oportunidad.

—Bien, pues lo siento por él y por tu amiga, pero vas a dejar de verlos.

La mujer se incorporó aterrorizada, se puso en posición de firmes, y empezó a entonar las notas de su canción más preciada, prohibida en la Francia ocupada, *en* un intento de implorar clemencia ante el castigo que estaba a punto de aplicar, imaginaba, aquel improvisado juez:

*Allons enfants de la Patrie,
le jour de gloire est arrivé!,
contre nous de la tyrannie,
l'étendard sanglant...*

François sonrió sin saber muy bien de dónde sacaba fuerzas para hacerlo, aunque no pudo remediarlo al ver la actitud de la mujer. Con la mano, la mandó callar.

*... entendez-vous dans nos campagnes
mugir ces féroces...*

Jacqueline seguía cantando, en un tono muy bajo, como si no quisiera que la oyeran desde la calle, sin hacer caso a la orden que acababa de recibir. Pensaba que así conseguiría que el hombre que delante de todos acababa de matar a dos personas se apiadara de ella. Los muertos eran dos nazis y le quería decir, más que con palabras con el sentimiento de la canción, de qué lado se encontraba.

François se acercó a ella y la sujetó por la mano.

—Por favor, Jacqueline, no te voy a matar. Ya sé que te sabes *La Marseillesa*, todo buen francés conoce nuestro himno. Yo no te voy a matar. ¿Entiendes? Soy francés, no alemán.

La mujer calló y lo miró temblorosa, interrogándolo con los ojos e intentando averiguar sus intenciones.

—Cuando te he dicho que tu hijo y tu amiga van a dejar de verte me refería a que

no tengo la certeza de que si sigues trabajando en la calle vayas a estar callada después de ver lo que has visto —le explicó François.

—Pero yo no voy a decir nada a nadie.

—Jacqueline, ¿sabes qué hay en la rue des Saussaies?

Pasados unos segundos, la mujer negó con la cabeza.

—Allí están las celdas donde la Gestapo interroga a sus prisioneros. Si te detienen, en unos minutos les estarás diciendo todo lo que has visto, y al cabo de una hora estarás muerta aunque hayas hablado. No te puedes quedar. Tienes que venir con nosotros. Si dices que eres una buena francesa vas a tener oportunidad de demostrarlo.

Las palabras de François sirvieron para tranquilizarla. No parecía que la fuera a matar porque, si hubiera querido, ya lo habría hecho.

—¡Vamos! —sentenció con decisión—, voy a por la furgoneta. Hoy no vamos a desnudarlos. Vamos a hacer otra cosa. Escuchad.

Después de contarles el plan que se le acababa de ocurrir, salió a la calle y pudo contemplar que la vida transcurría ajena a lo que había sucedido hacía unos minutos de puertas adentro. Grupos de jóvenes, parejas de soldados, mujeres buscando clientes eran los pobladores de las aceras, todo perfectamente normal. Comprobó que su furgoneta seguía en el mismo sitio y se dirigió hacia ella. Arrancó el motor y la situó donde siempre para recular y meterla en el patio. Esta vez, la carga que iba a transportar sería muy diferente, y lo que tenía que hacer, también. No iba a ir por Reaumur y Saint-Denis, camino del mercado de Les Halles, sino que tenía que aparcar en otro lugar y esperar pacientemente a que pasaran varias horas, a que la madrugada se adueñara de la ciudad. Sería entonces cuando Thierry y él actuarían. El Partido le había dicho que ya bastaba de realizar misiones que no tuvieran repercusión en la población. «Esta vez —pensó François— su acción tendría la trascendencia pública que se buscaba, ¡vaya si la tendría!».

Los dos Fiat aparcaron en la Dirección General de Seguridad, concretamente junto a la puerta que daba a la calle del Correo, en la que un miembro de la Policía Armada cubría el servicio, ametralladora en ristre. Primero bajaron los ocupantes del vehículo en el que viajaba Luis. Una vez que hubieron entrado en el edificio, se permitió la salida de los ocupantes del segundo coche.

—Seguidme —indicó el hombre de la gabardina, sin dar la más mínima concesión a la cortesía en su forma de hablar.

El matrimonio obedeció. Luis subió lentamente las escaleras, ayudándose en el pasamanos, que agarraba con su mano izquierda. Con la derecha se apoyaba en su mujer, que iba a su lado.

Al ver que no eran capaces de seguir sus pasos, se volvió y les dijo desde lo alto de los escalones:

—Vamos, que no estamos de paseo.

Teresa sabía del deleite del vencedor con el sabor de la venganza. Estaba segura de que ese señor, durante los años de guerra en Madrid, se mantuvo bien callado, procurando mimetizarse con el entorno; incluso pudo haber estado escondido junto a algún cura. Ahora el escenario había cambiado y estaba disfrutando con la nueva situación. Ella era nuera de un detenido y, por tanto, podía ser humillada. Su marido había trabajado para la República, lo que le hacía ser considerado sospechoso. Ambos pertenecían al bando de los perdedores y, no solo eso, eran también personas a las que se podía manejar sin miedo a que levantaran la voz.

Llegaron al primer piso, donde vieron a varias personas escribiendo a máquina, hablando por teléfono o moviendo papeles en sus mesas. Les sorprendió que a esa hora hubiera tanta gente trabajando. Al margen de los sonidos de las conversaciones y del tamborileo de las teclas sobre los carros, a ambos les pareció oír algún chillido ahogado que venía de detrás de las puertas cerradas que iban pasando mientras seguían a ese hombre que parecía llevarles al fondo de un pasillo.

Cuando llegaron al final, sin ni siquiera mirarles, el subcomisario les indicó con un movimiento de la mano que se pararan.

—Esperad.

Pasó y cerró la puerta tras de sí.

Aunque había un pequeño banco y nadie les dijo que se sentaran, Teresa indicó a su marido que hiciera uso de él. Ella se quedó de pie. Luis la obedeció. El hombre de la gabardina no salía y empezaban a ponerse nerviosos. Luis permanecía cabizbajo y Teresa, aunque procuraba que su marido no lo notara, estaba asustada.

Al fin salió el subcomisario, que sin mediar palabra y con un seco movimiento de cabeza les indicó que pasaran.

El despacho al que accedieron era un lugar lúgubre desde todos los ángulos por donde se pudiera apreciar. Lo presidía una mesa de madera muy vieja, llena de gavetas con papeles. Sobre una de las pilas de documentos descansaba, envuelto a medias con papel de estraza, un bocadillo de salchichón mordisqueado y una botella a la mitad de anís Castellana. Había un armario archivador hasta el techo con cajones a medio abrir y, en el fondo, un banco junto a un par de sillas de modelos distintos. Pero lo que dominaba la estancia era una bandera de España con el Águila de San Juan, un Jesucristo metálico en su cruz y dos fotos en blanco y negro, que más que fotografías parecían dibujos, de Franco y José Antonio Primo de Rivera. En la esquina opuesta a donde se encontraban había otra puerta. Teresa se preguntó adónde conduciría.

—Por favor, sentaos —les invitó el hombre.

Aunque se encontraba en la cincuentena, todavía contaba con abundante pelo y las entradas estaban muy poco marcadas. Era menudo, de cara más que gorda, hinchada, y escondía sus ojos tras unas pequeñas y gruesas lentes que se los empequeñecía mucho debido a una miopía muy acentuada.

Teresa fue a por un par de sillas. Acercó una a su marido y otra, de peor aspecto, se la colocó para sí. Antes de sentarse se aseguró de que no estuviera rota.

—Nos tenemos que excusar por haberos traído así, con tantas prisas.

La mujer se extrañó sobremanera por la forma en la que ese hombre que aún no se había presentado empezó a hablarles. Esa muestra de modales y educación lo único que logró fue que se pusiera aún más en guardia.

—Hay veces que se nos pide rapidez y nos vemos obligados a actuar así. España necesita hombres diligentes y mujeres obedientes. ¿Entendéis?

Ninguno de los dos dijo nada. No tenían nada que contestar, por lo menos, de momento.

Cogió el bocadillo que había sobre la mesa y le dio un buen mordisco. Mientras masticaba, prácticamente sin cerrar la boca, miraba sin pudor alguno a las dos personas que tenía delante. Primero se fijó en Luis y lo comparó con la foto que tenía en el expediente que descansaba encima de su mesa. Pero se detuvo mucho más rato en Teresa. La observaba fijamente, era una mujer hermosa, que, a pesar de no haberse podido arreglar, lucía una melena negra, brillante y perturbadora. Y su cara, aun sin maquillar, era sencillamente bonita y atractiva. Y sus labios... No se parecía en nada a la foto que tenía toscamente cosida con una grapa en la parte superior izquierda del expediente que sujetaba en su mano.

Cuando terminó de masticar, volvió a hablar.

—¿Tienes a tu padre en Porlier?

—No es mi padre —desmintió Teresa, que era a quien había mirado cuando lanzó la pregunta—, es el padre de mi marido.

Apresuradamente, tomó una nota que tenía encima de la mesa y comprobó el error que acababa de cometer. No se disculpó y volvió a dar otro bocado.

La pareja esperó a que siguiera comiendo.

—¿Y qué hizo tu padre? —indagó a Luis, sin haber terminado de masticar.

—Mi padre no ha hecho nada. Está en la cárcel por pertenecer, perdón, por haber pertenecido al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores.

—Sí, al denominado Partido Socialista Obrero, a su sindicato, la UGT esa —acompañó la última palabra con un leve movimiento del mentón—. Pero también encontramos en la vista, bueno, el Juzgado Militar número doce, encontró sus datos en el Ateneo Libertario al registrar su sede en el Puente de Toledo, y se descubrió que fue interventor de mesa en representación de los socialistas en las elecciones del treinta y seis, y así constaba. Violación del artículo cuarto de la Ley de Responsabilidades Políticas del nueve de febrero del año pasado. ¿Queréis que diga los demás artículos? A todo esto, en el juicio se le sumó la incitación a la revuelta obrera, la ocupación de una propiedad privada y el secuestro de un español, el industrial don Ezequiel Rodríguez. Y, por último, adhesión a la revolución. Seguro que también perteneció al SIM del hijo de puta ese del Indalecio Prieto. Vamos, una joyita tu padre.

El comisario levantó la vista del papel que tenía sobre su mesa y que había sacado de una carpeta de color azul.

Luis calló y Teresa se contuvo de replicarle.

—Entonces sí que ha hecho algo. ¿No? —preguntó inquisitivo el comisario.

—Quiero decir que no tiene ningún delito de sangre.

—Si tu padre tuviera un delito de sangre no podríamos estar ahora hablando nosotros tres —concluyó desafiante y entornando un poco los ojos—, el expediente ya estaría cerrado, como está cerrado el de todos los rojos que, como él, han provocado una guerra.

Se hizo un silencio en la habitación. El hombre apuró el último trozo que le quedaba de bocadillo y no volvió a decir palabra hasta que terminó de masticarlo completamente. Entonces, se levantó y después de sacudirse las migas que habían quedado dispersas por su chaqueta, abrió la segunda puerta que había en la habitación. Desapareció, y Luis y Teresa pudieron oír cómo se abría un grifo. Dedujeron que estaría bebiendo agua.

Salió limpiándose los restos de agua que aún le mojaban los labios y la barbilla con la manga. Volvió a tomar asiento y se rebranchigó sobre su silla. Los miró alternativamente con esos ojos diminutos e inexpresivos, mientras se tomaba su tiempo antes de volver a hablar.

—¿Para cuánto tiempo tiene tu padre?

—Lo sabe usted mejor que nosotros —contestó Teresa, con desaire.

El comisario hizo como si no hubiera oído la respuesta e ignoró la actitud de la nuera.

—¿Sabes cuánto puede pasar para que Mateo salga a la calle?

Luis negó con la cabeza.

—Vamos a ver, para que le den la libertad condicional tiene que tener más de sesenta años, algo con lo que ya cuenta, y, además, haber observado una conducta intachable a juicio de la Junta de Disciplina. Pero también tiene que cumplirse otro requisito.

Tanto Teresa como Luis sabían muy bien de qué estaban hablando, pero prefirieron callar.

—Mateo Molero Pérez tiene que permanecer aún en prisión siete años más para que se cumpla la cuarta parte de la condena de los treinta y cinco años que le cayeron. Según mis cuentas, volverá a pisar la calle con setenta y siete años. ¿Estoy equivocado?

En sus veinticinco años de vida, Teresa nunca se había sentido tan humillada como ahora. Ese hombre estaba jugando con su suegro como quien juega con un animal antes de sacrificarlo. Le hubiera gustado tener los arrestos suficientes para levantarse e intentar matarlo con sus propias manos. Estaba convencida de que si con ello hubiera ayudado a su marido y a Mateo no hubiera vacilado ni un segundo, pero también sabía que eso era imposible, solo una fantasía nacida de la rabia y la impotencia.

—Con la edad que tiene, lo más normal es que tu padre salga de la cárcel con los pies por delante. Como dicen allí, «que recupere la libertad dentro de una caja de madera».

La expresión amenazante del hombre, que seguía sin identificarse, era realmente aterradora. De esa boca dura, de labios finos y en tensión, bajo los que se intuían unos dientes pequeños, apretados y amarillentos, no parecía que pudiera salir ni una palabra que no fuera en serio.

—Pero no os he hecho venir por ese motivo. Os tengo que decir que, si queréis, podéis seguir tomando la sopa, porque era lo que estabais cenando, ¿verdad? —No esperó la confirmación del matrimonio—. Pero podéis hacer algo para terminar la cena con él. En casa. Todos juntos.

La expresión de ambos cambió radicalmente y, aunque esa persona no les inspiraba ninguna confianza, la mera posibilidad de que en lo que acababa de decir hubiera un mínimo de verdad, les llenó de esperanza.

El hombre advirtió ese cambio.

—Sí, estáis de suerte. De aquí podéis salir en el mismo vehículo que habéis venido, continuar hacia la cárcel, recogerlo, y volver con él a casa y, lo que es más importante...

Guardó silencio con clara intención de incrementar la intriga y para disfrutar del momento.

—Con la libertad concedida y sin estar sujeto a la orden ministerial que impide a los reclusos a los que se les ha aplicado esta gracia vivir en la misma localidad donde

residieron con anterioridad. Los permisos provendrían de la Guardia Civil y de la jefatura local de la FET y de las JONS.

—¿A casa?, ¿sin tener que cambiar de residencia? —Teresa entendía perfectamente el contenido de esa sencilla afirmación, pero, aun así, quería que fuera él quien lo dijera.

—Señora, ¡por Dios! ¿No me he expresado con claridad?

Se miraron y, aunque Luis tenía una sonrisa dibujada en su rostro, Teresa mantenía la seriedad y frialdad necesarias para poder hacer las preguntas que faltaban.

—Perdone, pero como usted comprenderá, lo primero que tendríamos que saber es con quién estamos hablando.

—¿Que quién soy yo? Pensaba que os lo habrían dicho. Mi nombre es Julián Rodero. Soy comisario del Cuerpo Superior de Policía.

El hombre abrió uno de los cajones de su mesa y sacó un paquete de Astra —el policía no era una persona que se viera en la necesidad de fumar tabaco picado—. Encendió un cigarrillo e interpuso una nube de humo entre él y las dos personas que tenía delante, lo volvió a coger y les ofreció. Primero a Luis y luego a Teresa. Los dos marcaron la negativa con una seña.

—Como habrás imaginado —Rodero dejó de mirar a Luis y centró su atención en la persona que podría estar valorando correctamente la situación—, esto no es gratis. Todo tiene su precio, y la libertad condicionada, sin traslado de residencia, de Mateo Molero Pérez, también lo tiene. Ya os he contado la situación de ese hombre —a pesar de estar con su familia, el comisario no tenía el más mínimo reparo en hablar de él con desprecio—, y devolverlo a su casa va a implicar un importante sacrificio.

Volvió a dar otra profunda calada. El hombre estaba disfrutando como un niño rico en una mañana de Reyes.

—Mirad. Hemos recibido una petición, y hemos pensado en ti —explicó, señalando a Luis—. Hay un importante militar alemán que necesitaría de tus servicios, por lo que tendrías que desplazarte a su casa y convertirte en su asesor. Tú lo podrías acompañar y servirías como cocinera. Cobrarías más que en Lhardy —aseguró mirando a Teresa, que prefirió no pensar en cómo funcionaban los tentáculos de la Dirección General de Seguridad—. ¿No es ahí donde vas a empezar a trabajar? —Al decir esto volvió a sonreír. Dominaba la situación y se recreaba con la exhibición de poder que estaba demostrando ante la asustada pareja.

La mujer no se preguntaba cómo había averiguado dónde iba a trabajar, sino qué tipo de oferta sería esa que acababan de escuchar.

—Si aceptáis, ahora mismo llamo a Porlier y os vais con el subcomisario Galindo, que ya conocéis, con esta orden —señaló la hoja que sacaba de la carpeta—. ¿Queréis verla?

La levantó para mostrársela y, como si fuera una víbora en el momento de lanzar su ataque, Teresa se la arrebató y se puso a leerla.

El matrimonio juntó sus caras y comenzó a analizar el oficio que les acababa de facilitar el comisario Rodero. Era ella quien lo sujetaba, pero Luis se lo quitó delicadamente al notar que sus manos temblaban.

En la parte izquierda figuraba la filiación completa del recluso, con el nombre del pueblo que lo vio nacer, la edad, el estado civil, el número de hijos, uno en su caso, y la relación de los ocho delitos sobre los que el tribunal lo consideró culpable. La cuantificación de la condena, treinta y cinco años; el tiempo extinguido, quinientos cuarenta días y el tiempo por extinguir, doce mil doscientos treinta y cinco. Sobre el texto se podía leer un sello en tinta morada en el que ponía «prisión de Porlier de Madrid».

En la parte derecha se leía lo siguiente:

CERTIFICO: Que la Junta Disciplinaria de este Establecimiento, en sesión de hoy ha dado cumplimiento de la O. M. de 1 de octubre del corriente año, por la que se concede la libertad condicional al penado Mateo Molero Pérez atendiendo a su buena conducta.

Ninguno de los dos podía imaginar ni en su mejor sueño estar leyendo un documento, oficial y lleno de sellos, en el que figurara el nombre de Mateo. Prosiguieron con la lectura.

El liberado fijará su residencia en Madrid y estará bajo el patrocinio y vigilancia de la Junta Provincial o Junta Local respectiva de Libertad Vigilada del pueblo en que va a residir o de aquel a que por necesidad se traslade, hasta que se le conceda la libertad definitiva por su buen comportamiento, o reingrese en la Prisión de procedencia por su mala conducta. Se le entregará, en concepto de ahorros o socorros de marcha, la cantidad de —ahí figuraba un espacio en blanco delante de la palabra pesetas, al igual que otro delante de la palabra céntimos—. Y para que conste, y de conformidad a lo mandado, se expide la presente en Porlier, a fecha de 23 de noviembre de 1940. En el sello que aparecía al final del texto se leía con nitidez Junta Provincial de Libertad Vigilada.

La cartulina llevaba la fecha de ese día, justo de ese mismo día. En la parte izquierda quedaba un hueco libre para que el liberado firmara la conformidad y estampara su huella dactilar, entendían, en el momento justo de salir de prisión.

Rodero notó que Luis también temblaba cuando le devolvía la ficha. Les dejó pensar. El Régimen, cuya intención, evidentemente, no les iba a desvelar, tenía interés en ir liberando gradualmente a una parte importante de la población reclusa. De hecho, desde que había terminado la guerra, el número total de presos entre ajusticiamientos y excarcelaciones había descendido en más de cincuenta mil. Aun así, mantener a doscientas mil personas —penados comunes al margen— en las cárceles era un lujo que el Estado no se podía permitir. Había que desencarcelar, pero aprovechando para sacar alguna ventaja de cada expediente. En el caso de Mateo Molero Pérez la carambola sería de maestro de billar. Su jefe, el conde de Mayalde, estaría satisfecho.

Teresa fue la primera en hablar:

—¿Qué trabajo es el que tendríamos que hacer?

—No me lo han especificado. Creo que él tendrá que hacer algo muy similar a lo que hace ahora en el Museo del Prado. Tú... a ti, ¿qué más te da estar metida en una cocina en España o en cualquier otro lugar?

El comisario Rodero no desperdiciaba la oportunidad de zaherir a todo aquel que tenía enfrente, y ese momento no iba a ser una excepción.

Los dos se miraron en silencio. Por su cabeza pasaba rechazar la idea disparatada que les estaba proponiendo ese hombre, pero esa misma persona tenía algo encima de su mesa que valía demasiado, la libertad de Mateo. Poco, muy poco, había que negociar.

El comisario calibró el momento y lanzó el envite final.

—El tren sale mañana por la mañana. Ahora, salís con el subcomisario hacia el barrio de Salamanca. A medianoche estáis de vuelta en casa, los tres, y a las ocho de la mañana os recogeremos de nuevo para conducirlos a Príncipe Pío. Durante toda la noche, tendréis una pareja en la puerta de vuestra casa por si tenéis alguna duda —aprovechó para mostrarles una mueca burlona—. Todo esto, claro, si queréis. Pero dejadme que os diga una cosa: El tren sale mañana, y solo sale mañana. No sé si me explico. ¿A que vosotros me entendéis? —preguntó, según inclinaba su cuerpo, desafiante, sobre la mesa.

Teresa se preguntaba hasta dónde podría llegar la crueldad de una persona, cuál sería su límite y cómo era capaz de disfrutar tanto con el dolor ajeno.

Erika prefería la primavera, era su estación favorita. Con el buen tiempo los vestidos podían ser más luminosos; los zapatos, más adornados; el pelo, más suelto; los escotes, más pronunciados. Se lamentaba de que la primera vez que fuera a pisar Leipziger Platz no fuera una noche de mayo o junio. Pero la ocasión había surgido en ese momento y no se podía permitir el lujo de dejar pasar una oportunidad irrepetible.

Marlene había elegido para acudir a la velada un vestido largo azul zafiro que combinaría con una estola de piel de zorro que abrigaría sus hombros. Como siempre, luciría uno de los broches de oro con los que Erhard siempre la obsequiaba en sus cumpleaños. Le encantaba esa clase de joya y tenía una gran colección de piezas, de diseño cada vez más recargado. Por su parte, Erika lucía un vestido granate con un escote algo más generoso de lo que correspondía a una mujer casada que asiste a una fiesta sin su marido, y más si este se encuentra destacado en el frente. El calzado, también granate, iría cerrado y con un tacón poco pronunciado. El pelo, la frondosa cabellera rubia que era la envidia de la mayoría de mujeres, se lo recogería en dos moños laterales. Así, el largo cuello resaltaría todavía mucho más, ofreciendo a la vista de los invitados un bien torneado busto. La gustaba pensar que más de un general estaría deseando hacer algo más que conformarse con mirar sus pechos.

Las dos iban en el coche, en el asiento de atrás, en silencio. La noche se había cernido sobre la ciudad pero viajaban tranquilas. Hacía varios días que los ingleses no habían realizado incursiones y la moral de la población había vuelto a adquirir el tono eufórico que reclamaba la propaganda impresa en los periódicos supervisados por Goebbels, y emitida en su programa diario *Stunde der Nation*, escuchado por todos los alemanes en sus receptores. Erika iba repasando todo lo que había aprendido en los últimos días. Se había pasado horas enteras delante de todas las revistas y los periódicos que habían caído en sus manos. Creía que tener el mayor número de datos sobre las vidas de los que iban a ser sus anfitriones esa noche la llevaría adonde quería llegar. Ahora sabía muy bien que Goering había sido un héroe de la Gran Guerra, ganando numerosas condecoraciones por sus habilidades en el aire. También supo de su época en Suecia y del amor que profesó por Carin, su primera mujer. Intuyó el remordimiento que sin duda tuvo que invadirle por no poder estar a su lado cuando ella murió. Conocía también su otro amor, la pintura. Había leído que era un entendido en los pintores del siglo xv y xvi y que viajaba por todo el mundo recolectando obras para el gran palacio que tenía al norte de Berlín.

También aprendió muchos detalles sobre Emmy, su segunda y actual esposa. Creía que sabía todo lo necesario sobre ella.

El chófer tuvo que parar en medio de una gran avenida ante un control policial.

Atravesados en la calzada había tres vehículos con numerosos militares, fuertemente armados, en las inmediaciones. Después de verificar la documentación y tras saludarlas con el brazo extendido, el policía permitió que el coche continuara su marcha.

La casa de Goering en Berlín se encontraba en Leipziger Platz, a setecientos metros al sur de la puerta de Brandeburgo. Según fueron acercándose, pudieron comprobar que el tráfico se incrementaba. Erika pudo contar varias docenas de vehículos estacionados en una de las explanadas que se extendían a la derecha de la entrada. Y también pudo distinguir varias parejas de guardias uniformados con perros atados. Según iban llegando, los coches dibujaban una circunferencia al rodear el seto central. Paraban en las escalinatas donde dos lacayos les abrían la puerta. Junto a las columnas del pórtico se podía adivinar la sombra de varios guardias armados con metralletas. Nada más bajar del coche ambas mujeres pudieron escuchar los lejanos compases de la orquesta que tocaba en el interior de la mansión.

—Marlene, ¡qué alegría!

Una mujer próxima a los cincuenta años, con el pelo recogido y enfundada en un largo abrigo verdoso, forzaba una expresión de júbilo ante el encuentro con la madre de Erika. Junto a su marido, acababa de llegar en el vehículo que las precedía.

—¡Irma!

Ambas mujeres se dieron un beso casi tan falso como su sonrisa.

—No sabía que Erhard hubiera vuelto —la mujer presupuso que Marlene iría a la fiesta acompañada de su marido.

—No, no he venido con Erhard, ya sabes que él siempre está de viaje, he venido con Erika. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo. Querida —la mujer cruzó otros dos besos iguales con la hija—, creo que tu marido es un gran oficial. Tu madre me ha hablado mucho de su yerno.

—Sí, señora, estoy muy orgullosa de él. Todos los alemanes tenemos que sentirnos orgullosos de cómo nuestros hombres están respondiendo a la llamada de nuestro Führer.

—Claro, Erika, claro —la mujer se había quedado un tanto sorprendida por la respuesta tan vehementemente patriótica que le había dado la hija de su amiga.

Los cuatro continuaron subiendo los escalones y franquearon la puerta, donde unos sirvientes se hicieron cargo de los abrigos y los chales.

Erika no pudo evitar levantar la cabeza para contemplar la majestuosidad del lugar donde se encontraban. Una amplia araña cargada con una cristalería impecablemente limpia brillaba como si recibiera directamente la luz del sol. Las paredes estaban revestidas de tapices hasta el suelo, unos con motivos bélicos de la Edad Media, otros con escenas de caza. Donde no había colgaduras, había cuadros o espejos. De estos últimos pudo contar, en un rápido repaso visual, ocho; todos ellos con marcos dorados ricamente labrados. Al ver los cuadros colgados en esas paredes

pudo comprobar todo lo que había leído sobre Goering. Había pinturas de todos los tamaños, la mayoría encastradas en molduras enormes. Las telas representaban todo tipo de motivos, las había con retratos, con grupos de personas, y también se veían paisajes o batallas. A Erika le habría encantado poder detenerse a observar con detalle cada lienzo, pero no era el momento de hacerlo.

La estancia se encontraba atestada de la gente más variopinta. Los hombres vestían trajes de chaqueta o de etiqueta. Los militares de todos los cuerpos lucían sin recato sus medallas, y los representantes diplomáticos extranjeros llevaban cruzadas en el pecho sus bandas acreditativas. Por cada mujer se veía un vestido distinto, cada uno acompañado de los complementos más estrambóticos y opulentos. En uno de los laterales del gran salón una orquesta de ocho miembros tocaba una pieza de baile, aunque nadie bailaba. Era imposible poder moverse en aquel lugar. Los criados acarreaban bandejas desde unas mesas enormes atiborradas de comida. Muchos hombres y mujeres tenían en su mano una copa de champán y hablaban y reían estruendosamente.

Mientras su madre conversaba con un matrimonio, Erika se dispuso a calibrar la situación. Se fijó en un grupo de oficiales de la SS que la estaban mirando. Uno de ellos levantó la copa, ofreciendo un brindis lejano, y ella le respondió con un leve asentimiento, pero apartó la vista para seguir con el plan que había diseñado. Tenía claro lo que quería encontrar, así que buscó entre el ruido de las conversaciones mezcladas con la música que nadie apreciaba, y continuó abriéndose paso entre los grupos hasta que por fin lo vio. El cuerpo fofo del Reichsmarschall iba vestido con un uniforme color marfil. No se podía saber de qué color era la parte izquierda de la chaqueta de la cantidad de medallas que colgaban de la guerrera. Calzaba unas botas de montar, por fuera de los pantalones, y su cabeza grande, de cara gorda, no iba cubierta esta vez por alguno de los originales sombreros que lucía habitualmente, y que Erika tantas veces había visto en las revistas. Estaba hablando con dos hombres uniformados que lucían un brazalete inmaculado; mientras, Goering tenía un brazo cruzado en la espalda y con la otra mano sostenía una boquilla de nácar de la que sobresalía un cigarrillo encendido.

Muy cerca de él contempló a una mujer que lucía un espantoso vestido de flores negras sobre fondo blanco, con el pelo recogido en un moño y que hablaba animadamente con otras dos. No dudó. Tenía que ser ella. Se armó de valor y, aprovechando que la orquesta acababa de iniciar un descanso, se dirigió hacia su objetivo. Cuando estaba a poco más de un metro de ella, esperó a que la mirara. En efecto, advertida por la expresión de las otras dos mujeres con las que estaba hablando, Emmy Goering giró la *cabeza* hacia Erika. Era su momento. No podía fallar:

—No deseo para mí mayor suerte, pero en obsequio vuestro, quisiera ser veinte

veces más hermosa de lo que soy y diez mil veces más rica. —La incredulidad de las tres mujeres se dibujó en sus rostros perplejos por lo que estaban escuchando. Erika prosiguió—: Yo quisiera exceder a todas en virtud, en belleza, en bienes de fortuna y en amigos para que me amaseis mucho más.

Mientras las dos mujeres que acompañaban a Emmy se mantenían en la misma posición de recelo, la mujer de Goering comenzó a comprender. Erika lo detectó y, viendo la iluminación en su rostro, continuó:

—Pero valgo muy poco; soy una niña ignorante —en ese momento, Emmy ya estaba silabeando las palabras de Erika ante la mirada sorprendida de sus dos amigas — y sin experiencia; solo tengo una cosa buena...

Erika paró de hablar. Ladeó la cabeza y, con un gesto de la mano, animó a Emmy a que continuara.

—... y es que todavía no soy vieja para aprender —Emmy Goering había concluido la frase.

Las dos mujeres que estaban hablando con la esposa del Reichsmarschall no podían creer lo que estaba sucediendo. Era inimaginable.

Emmy y Erika se miraron por unos instantes. Parecían dos enamoradas. En sus rostros comenzó a dibujarse una sonrisa que cada vez era más amplia. La indiferencia que había mostrado la mujer de Goering dio paso a una relumbrante expresión de alegría.

—Perdone, ¿quién es usted? —interrogó, guiada por el pasmo, la perplejidad y también la alegría, por qué no iba a reconocerlo.

Haciendo una reverencia, Erika se presentó:

—Me llamo Erika von Houten, soy hija de Erhard Knochen, el dueño de aceros Knochen. Y lo que más me gustaría decir es que también soy actriz, pero porque haya representado algunas obras en el teatro de mi colegio nunca me podrán comparar con la calidad de que usted ha hecho gala en todos los escenarios que ha pisado.

—¿Usted me ha visto?

—Muchas veces, *Frau* Goering —por supuesto, era mentira—, tanto en Berlín, como en Weimar.

—¿Usted me ha visto en Weimar?

La cara de Emmy se iluminó más todavía. La época de Weimar era la que mejores recuerdos le traía de sus años sobre un escenario.

—Muchas veces he acompañado a mi padre de viaje. Aprendí francés y lo ayudaba como traductora. —Erika alternaba la verdad con el embuste según se terciaba en la conversación—. Muchas noches acudíamos al teatro, ya que mi padre también le profesa una gran admiración. Dice que usted es la mejor actriz que ha conocido jamás, y que el día en que dejó el teatro, nuestro Reichsmarschall ganó una esposa, pero Alemania perdió una estrella.

Si había acudido muy pocas veces al teatro en Berlín —nunca encontró arte en lo que entendía como una absurda repetición diaria de un texto aprendido—, jamás lo

había hecho en Weimar.

—En el colegio representamos *El Mercader de Venecia*, yo también interpreté el papel de Porcia. —Es el personaje principal de la obra, según había podido comprobar Erika en un libro viejo que tenían en su casa, y estaba segura de que ella habría sido quien lo hubiera interpretado, era una deducción lógica—. Hay que ver lo bien que representó Shakespeare la figura de los judíos. El personaje de Sylock es uno de los mejores que se han desarrollado en la escena. Con todos mis respetos, y aunque la obra la escribiera un inglés, supera incluso al de Süß.

—Emmy, nosotras vamos a saludar a unas amigas que hemos visto —dijo una de las dos señoras que estaban con la mujer de Goering antes de que llegara Erika. Ninguna de las dos ponía en duda hacia quién se habían inclinado los favores de la anfitriona.

—Vale, queridas —cedió Emmy a la vez que hacía un gesto de despedida con la mano.

Emmy cogió del brazo a Erika.

—Erika, cuánto me alegro de haberte conocido. En este ambiente hay muy poca gente que sea tan entendida como tú. Da gusto hablar con otra actriz.

—Por favor, yo...

—Calla, calla, me imagino que, como las grandes actrices —rio mirándola con complicidad y sabiendo que estaba exagerando, aunque sin sospechar que estaba siendo objeto de un embuste—, tú también eres modesta. El arte, Erika, se lleva en el interior. Bueno, dime, ¿dónde está tu marido?

Erika ladeó la cabeza y se acercó a la oreja derecha de su nueva amiga.

—Mi marido está a las órdenes del Reichsmarschall —iba a decir «de tu marido», pero le parecía que era tomarse una confianza que, de momento, no procedía.

—¿Qué me dices! Así que es aviador.

—Sí, estuvo en España luchando contra los bolcheviques. Allí le impusieron la *Spanienkreuz*. Ahora está destinado en las bases del Pas de Calais, terminando con los ingleses.

Emmy mostró una cara de preocupación.

—Todavía no se han rendido. Hermann se lo ha ofrecido y el Führer ha querido hacer un pacto con Churchill, y firmar un armisticio con ellos como el que se firmó con Francia. ¡Gran hombre el mariscal!, muy inteligente y, además, ha demostrado que quiere de verdad a su país.

Las dos mujeres continuaron hablando. Era tal la complicidad que se había creado entre ellas, a pesar de la diferencia de edad —Emmy tenía cuarenta y seis años y Erika veintiséis—, que nadie se acercaba a interrumpir su conversación.

—Te voy a presentar a Hermann. ¿Lo conoces?

—No, no tengo el placer de conocer a mi Reichsmarschall.

Emmy esbozó una sonrisa. La cogió del brazo y la llevó hacia donde se encontraba su marido departiendo con dos hombres. Uno de ellos vestía un traje de

rayas cruzado, el otro lucía un uniforme de la SS. Era un Gruppenführer.

—Cariño, mira, te quiero presentar a otra actriz.

Goering se volvió y mostró su eterna cara sonriente; de cerca, le pareció que el gran Hermann Goering llevaba una careta por rostro. Nadie tenía una faz tan regordeta y mofletuda como él. Sus perfumes pegajosos antecedian a su presencia.

—Señora, encantado —Erika se ruborizó cuando Goering se inclinó para besar su mano—, mi esposa sabe que admiro a las buenas actrices.

—Muchas gracias, señor.

Le preguntó dónde había trabajado y, tras interceder Emmy por ella, rápido pasaron al asunto que más interesaba a la farsante.

—Mi marido tiene el honor de estar a sus órdenes, es Hauptmann en el Pas de Calais.

—De allí vine ayer. Estoy convencido de que con la *Blitz*, antes de uno o dos meses querrán firmar un armisticio. Necesitamos de la sabiduría inglesa para derrotar a tantos enemigos comunes y no tiene sentido que nos estemos enfrentando entre ambos pueblos.

Al cabo de unos minutos llegó un hombre muy delgado, con los pómulos huesudos y marcados, que vestía una chaqueta cruzada beis con su brazalete.

—¡Ah, Goebbels! —exclamó Goering—. Le presento a una amiga de mi mujer, también es actriz. Se llama Erika. ¿Es así?

Erika asintió con la cabeza a la vez que ofreció una tímida sonrisa. Había oído hablar del doctor Goebbels y de su incontenible afición a las mujeres. Se había rumoreado que se quiso divorciar de Magda, pero que el Führer no le había dejado.

—Es un placer conocerla, Erika —la saludó mientras se permitía bajar la mirada al escote, a la vez que le mostró una sonrisa que a ella le pareció repugnante—. Me encantaría que viniera a mi despacho un día para hacerle una prueba. Vamos a rodar en Babelsberg una gran producción y el papel de protagonista femenina todavía no está cerrado.

—Doctor, yo no sé qué decir. —Se acababa de presentar un imponderable con el que Erika no contaba.

—¡Que sí!, diga usted que sí —insistió el ministro de Propaganda.

La suerte se había aliado con la mujer de Günther. Desde atrás se acercó un hombre que se colocó entre Goering y Goebbels. Traía la preocupación dibujada en su rostro. Les habló al oído y los dos militares inclinaron sus cabezas para escuchar con detenimiento lo que les estaba contando. Al unísono, los dos miraron hacia donde les señalaban con la vista. Allí se encontraba parado un hombre de porte parecido al de un galán de teatro. Tenía la frente amplia, gafas de alambre y bigote largo. Era el ministro de Asuntos Exteriores soviético Vyacheslav Mólotov. Goering hizo una seña a su mujer para que los dejara solos.

Una vez de vuelta a su conversación privada, Erika desplegó su ataque final, aquel para el que realmente había acudido a la fiesta.

—Emmy, mi esposo es un hombre muy preparado. Habla correctamente francés, italiano y español, y es un gran organizador. Creo que aportaría mucho más al Reich si estuviera al lado del Reichsmarschall.

—¿Y crees que le gustaría la vida de despachos?

—Él se sacrificará por el Reich todo lo que haga falta. Su abnegación no tiene límite. Además, ahora estamos esperando nuestro primer hijo...

Erika aprovechó para darse unos golpecitos en su barriga.

—¡Qué me dices!, ¡estás embarazada!, ¿de cuánto tiempo?

—De muy poco, Emmy, hemos tardado en engendrar el primero más de lo que nos hubiera gustado. Espero que ahora todo vaya más rápido y podamos tener la familia que nuestro Reich necesita.

—¿Sabes que yo tengo una niña?

—Edda —respondió con rapidez— es una niña preciosa. ¿Qué tiempo tiene ya?, algo más de dos años, ¿verdad?

—Sí, los hizo en junio, ya va camino de los tres. Está preciosa.

Como si fuera una petición alternativa, Erika miró a Emmy con ojos suplicantes, esperando una reacción de la anfitriona.

—Hermann viaja constantemente y, bien es verdad, muchas veces me ha expresado que no siempre ha encontrado los colaboradores más adecuados. Yo estaría encantada de tenerte cerca. No tengo con quién hablar de teatro y, a veces, la otra casa me hunde en la melancolía. Allí me encuentro muy sola. Si tu marido llegara a formar parte del equipo que trabaja con Hermann... Déjame pensar... ¡Déjalo de mi cuenta! —terminó diciendo.

Erika regresó hacia donde había dejado a su madre. Lo había conseguido. Había establecido una complicidad con Emmy Goering, la considerada por todos como primera dama del Reich, que podría valer más que cien o mil aviones enemigos derribados por su marido. Ese era el problema, que ella no quería convertirse en una viuda más. No quería ser una mártir más, una doliente perdida, sin saber adónde ir. No, ella no estaba dispuesta a eso. En Alemania lo que sobraban eran viudas, y si llegaba a verse en ese estado, jamás podría acceder a los círculos que había anhelado alcanzar. «A las viudas no las invitan a tomar café», decía siempre. Intuía que a la guerra le quedaban muy pocos meses y sabía que la esvástica ondeaba en los mástiles de los edificios más importantes de Europa. Antes de que acabara la guerra había que tomar posiciones en el Nuevo Orden, si no, sería demasiado tarde.

François, en el asiento del conductor, y Thierry, sentado junto a él, esperaban pacientes. El primero había aparcado la furgoneta en la rue des Vertus, una callejuela por la que normalmente no pasaban ni personas ni vehículos. Al llegar el momento del toque de queda, París se quedaba totalmente muerta. Las pocas personas que caminaban por la calle entre las doce de la noche y las cinco de la madrugada tenían que llevar consigo el correspondiente salvoconducto que expedía el Secretario General de la Prefectura. Muchos restaurantes y cabarés aprovechaban para mantener el servicio y las funciones durante toda la noche, así sus clientes podían permanecer en su interior durante esas cinco horas en las que la vida exterior estaba prohibida. Los vehículos que quisieran circular durante el toque de queda necesitaban también una tarjeta que libraban las gendarmerías, siempre bajo supervisión alemana. El mercado de Les Halles necesitaba ser abastecido por la noche para que al llegar la mañana estuviera tan surtido como las circunstancias permitieran. Tenían la suerte de que su furgoneta, por ser propiedad de una charcutería, poseía una de ellas pegada al parabrisas.

François entendió que lo mejor que podían hacer era esperar. Miró el reloj: las cuatro de la madrugada. Todavía el alba no despuntaba y lo que tenían que hacer era permanecer en el interior de la Renault por lo menos una hora y media más. Miró a Thierry, que intentaba en vano mantenerse despierto.

—¿Por qué no duermes un rato?

—No, si no tengo sueño —dijo con una voz y un cansancio en los ojos que manifestaban justo lo contrario que sus palabras.

—Ya sé que no tienes sueño —François no quería ponerle en evidencia—. Pero aunque no lo tengas, intenta dormir un poco. Aún falta un buen rato para que llegue el momento de salir, así que no seas tonto y aprovéchalo.

—Si no te importa...

Cuando François encendió su cigarrillo ya estaba escuchando la pausada respiración de Thierry.

Mientras, en otro lugar de París, dos mujeres tampoco podían dormir. Nicolette y Jacqueline se mantenían despiertas.

—Jacky, ¿cómo puedes trabajar por la noche, con el toque de queda?

—Por favor, Nicolette, no me llames Jacky, ese nombre lo utilizo solo para trabajar. Así me llamaba mi padrastro y siempre lo he odiado.

—¿Al nombre o a él?

—A los dos —contestó de corrido.

—Bueno, Jacqueline, te preguntaba cómo te las arreglas para tener clientes si estos no pueden estar por la calle.

La mujer que, como Nicolette, se encontraba encerrada bajo llave en una de las habitaciones contiguas al patio donde la célula llevaba a cabo sus misiones, la misma en la que se escondía Thierry, estaba recostada en una de las pocas sillas que tenía aquel cuarto y no paraba de fumar cigarrillo tras cigarrillo, y casi se podía decir que encendía uno con la colilla todavía humeante del anterior. Era un anexo al garaje donde se podía encontrar desde neumáticos desgastados hasta algún mueble desvencijado. La pared estaba adornada con unas chapas de publicidad de marcas relacionadas con la industria de la automoción, el suelo era terroso y la suciedad imperaba en cada rincón de la estancia, que no tendría más de diez o doce metros cuadrados.

—Mira, niña, no me preguntes tanto. ¿Qué pasa, que tú también vas a querer ser puta? Ya somos muchas.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque sí, porque vosotros sois peores que los alemanes. Ellos, y es la verdad, no matan a nadie y vienen aquí a dejarse el dinero. Pero tú, ¿qué haces tú? ¿Te aburrías con tu novio? Yo, cuando he tenido novio y me aburría, nos poníamos a follar. Tú, ¿por qué no follas más y nos dejas en paz?

Nicolette no pudo aguantar más. Se levantó y se dirigió hacia Jacqueline, que debido a la oscuridad del lugar que solo se rompía por la débil iluminación que entraba desde el patio trasero, no pudo esquivar la bofetada. Fue tan directa, sin mediar palabra, sin ningún indicio anterior, que la mujer no pudo hacer nada por protegerse.

Nicolette se volvió hacia donde se encontraba sin mediar palabra. Al cabo de unos minutos, Jacqueline, que no lo había hecho hasta entonces, reaccionó.

—¿Tienes alcohol? Lo necesito.

—Busca en aquel armario. Creo que Thierry tiene allí una botella.

La mujer se levantó y lo abrió con apatía. Efectivamente, parecía que una botella de coñac, todavía a un tercio de su capacidad, la estaba esperando. Junto a ella, había unos vasos cubiertos de una capa mate de roña, alguna lata de comida, un mantel sucio y alguna herramienta suelta. Cogió la botella y aprovechó para tocarse la mejilla izquierda con el dorso de la mano y comprobar que se encontraba más caliente que la derecha. No usó vaso para beber.

—Preferiría una buena botella de Prelude bien frío con dos copas altas en la habitación de un rico rumboso y medio gilipollas —exclamó, después de tomar un trago e hipar.

Nicolette la contemplaba. Jacqueline no sabía que, aunque François les había dicho que las iba a encerrar para que no se escapara, ella sí tenía una copia de la llave de la puerta de entrada. Era lógico, podía suceder algo malo, y François y Thierry no regresarían a abrirles la puerta.

—¿Puedo beber más?

Nicolette no contestó y pensó en cómo les irían las cosas a Thierry y a su hermano. Miró el reloj. Eran las cuatro y media.

François movió a Thierry dándole un pequeño codazo. Este, como si no supiera dónde se encontraba, pegó un fuerte respingo al despertar.

—¿Qué hora es? —preguntó, sobresaltado.

—Las cinco y media. Vamos ya. Despéjate. Baja la ventanilla y asoma la cabeza, que te dé un poco el aire.

Le pareció buena idea. Giró la manivela y se dejó bañar por el estimulante frescor de la noche. No se oía ruido alguno. Por la rue Reaumur, la calle principal de donde salía el callejón en el que se encontraban aparcados, tampoco circulaba ningún vehículo.

Metió la llave y, con un leve ronquido, la Celtaquat se puso en marcha. Encendió las luces y metió primera.

París, que había sido una ciudad bulliciosa, nocturna y siempre llena de coches, se había convertido en una sombra aciaga de lo que fue —había pasado de soportar un parque móvil de dos millones de vehículos a siete mil al poco de comenzar la contienda—. Tomó la rue des Gravilliers y torció hacia la izquierda por la amplia rue Beaubourg, camino del Sena. Al no cruzarse con otros vehículos, el eco del ruido del motor se convertía en la única compañía de los dos miembros de la célula comunista.

Antes de llegar a las inmediaciones del Hotel de Ville se toparon con lo que más temían. Al fondo, dos Peugeot 401 con las luces encendidas cortaban la calle. En el centro de la calzada alguien estaba haciendo señales para que pararan. El mensaje era claro, tenían que pararse. François fue aminorando la velocidad. Notó cómo Thierry suspiraba de miedo.

—Tranquilo —susurró el conductor.

El joven francés se hizo una composición de la situación antes de detener el vehículo. Dos coches, con un conductor dentro de cada uno. En la calle, el hombre que les mandaba parar, y en un radio de cinco metros, dos soldados armados con ametralladoras en posición de disparo. Era impensable salir de allí. Aunque sacara la Browning que llevaba debajo del volante, antes de que pudiera cargarla, él y Thierry serían acibillados.

El hombre de la linterna, una vez se detuvo el vehículo, se acercó indicándole con la mano que bajara la ventanilla. François comprobó que era un SS. Les deslumbró con el fuerte haz de luz que emitía la linterna al enfocarles directamente a los ojos.

—¿Adónde van? —Quiso averiguar en un francés sin acento.

—Vamos a Les Halles. Llevamos carnes del sur de la Borgoña.

—¿Y vienen desde allí? —inquirió el sargento, extrañado.

—No, claro que no —respondió François—, la granja la tenemos en Dreux, pero

decimos que es de allí porque en París tienen muy buena fama. ¿Le enseño la documentación y la autorización de circulación?

El militar no contestó y se limitó a seguir enfocando con la linterna los ojos de Thierry.

—Y ese, ¿quién es?

—Es mi cuñado, bueno, será mi cuñado. Todavía no está casado con mi hermana, pero cuando todo esto termine, esperan casarse.

—¿Qué es lo que tiene que terminar? —urgió el SS esbozando una ligera sonrisa—. ¿Eh?

—Bueno, ya sabe usted, la guerra en Europa. Todos estamos deseando volver a la normalidad, ¿verdad?

A Thierry le habían parado muchas veces en un control policial pero nunca, ni por lo más remoto, con lo que transportaba esa noche en la furgoneta. Intentaba disimular como buenamente podía el temblor de piernas y trataba que su voz no delatara su nerviosismo. Estaba sorprendido por la frialdad que estaba demostrando François ratificando una vez más, aunque nunca lo había dudado, quién era el jefe de la célula.

—¿Quiere ver el género? —Cuando formuló esa pregunta, Thierry cerró los ojos pensando que en unos instantes todo iba a terminar—. No huele mucho. Son animales que matamos ayer. Ahora, con el frío, la carne se mantiene perfectamente.

François mantenía los ojos clavados en la luz de la linterna que le nublaba la vista sin poder distinguir la expresión del sargento.

—Enséñeme los permisos —exigió el militar.

El conductor metió la mano debajo del volante y, con disimulo, apartó la pistola. Ahí llevaba la documentación del vehículo y la suya.

Tras unos minutos, y después de que el SS los examinara con esmero, comprobando la textura del papel frotándoselo entre las yemas de los dedos, gritó una orden en alemán y los dos conductores recularon un par de metros para franquearles el paso.

—Siga, y buenas noches —deseó, siguiendo las instrucciones recibidas de tratar a la población con amabilidad mientras se encontraran conforme a la ley, a su ley.

La Renault se volvió a perder en la noche.

—Mi padraastro me toqueteaba.

Nicolette miró el reloj: las seis menos cuarto.

—¿A ti te han manoseado alguna vez? —preguntó la mujer.

«Menos mal —pensó Nicolette— que la botella estaba medio vacía». Llevaba un rato delirando y había dejado de fumar. «Seguro que sería incapaz de atinar para encender un cigarrillo», supuso.

—Cuando estaba en la cama, el muy hijo de puta se metía conmigo y me ponía un cuchillo en el cuello. Me tocaba por debajo de las bragas y me decía que si le contaba

algo a mi madre nos mataría a las dos.

Nicolette pensó en su hermano y en su novio. «¿Cómo les irá?», se preguntó. Era consciente de que lo que querían hacer era una verdadera locura. Se palpó la llave de la puerta que ocultaba debajo del relleno del sujetador. Tal vez tendría que utilizarla. Si se topaban con una patrulla que les mandara abrir la puerta trasera de la furgoneta, esa noche no podrían camuflar un cuerpo desnudo entre montones de carne maloliente, como había sucedido en alguna otra ocasión. Aquella vez los dos soldados iban uniformados, hasta con las botas. Y luego lo del puente, y lo de la cuerda, y lo del letrero. No, esta vez François había ido demasiado lejos. «¿Me habré despedido adecuadamente de ellos?», le asaltó repentinamente la duda. Se sentía responsable del destino de Thierry. Era consciente de que había sido ella la que lo había arrastrado al comunismo durante aquellos días en los que le leía textos de Marx o de pensadores como Louis Blanc o Proudhon. También le explicó cómo la República española había combatido pundonorosamente ante las muy bien preparadas tropas del general Franco, pagadas además con dinero alemán.

Salió de su ensimismamiento cuando oyó que Jacqueline se levantó torpemente para apoyarse en uno de los rincones de la habitación y vomitar con naturalidad. Se giró hacia ella.

—Ya estoy mejor.

Fue decir estas palabras y volverse para continuar vomitando.

Sí, recordaba cómo Thierry la oía hablar de aquellos conceptos de unidad, de solidaridad obrera, de socialización de los medios de producción, del aniquilamiento de la explotación del hombre por el hombre. De repente, se acordó del primer beso que se dieron, en Dinard, aquel día en que él se unió al grupo que jugaba con las mareas en las piscinas artificiales, cuando todavía vivía su abuelo Grégoire. «Fue su último verano —rememoró con ternura—, poco antes de que estallara la guerra en España».

Jacqueline se sentó otra vez en su silla y encendió de nuevo otro cigarrillo. El olor del vómito inundó la estancia. Nicolette se levantó y abrió la ventana enrejada que daba al patio. El aire de la noche la acendró como si le hubieran inspirado una bocanada de brisa limpia y pura. Se volvió a acordar del cielo de Dinard.

Al llegar al Pont Neuf —todavía ocultos en la oscuridad de la noche y la deficiente iluminación de las calles— se detuvieron en lo más alto del ojo central de los cinco con que contaba; François salió del coche. Miró en todas las direcciones advirtiendo que el cielo aún estrellado comenzaba a aclararse. Aunque no lo habían ensayado, la maniobra tenía que ser muy rápida y precisa. Los nudos no le preocupaban porque en el matadero estaba acostumbrado a hacerlos, su padre le había enseñado a afianzarlos incluso sin luz, tanto fijos como corredizos.

—¡Vamos! —Mandó a Thierry en voz queda.

Salió del coche y, después de abrir la portezuela trasera y recibir la bofetada de la mezcla de olores que despedía su interior, sacaron en primer lugar al que mataron primero, el que más hablaba. François lo llevaba por las axilas mientras Thierry cargaba con los pies. Notó que se manchaba las manos con el betún de las botas.

Después de depositarlo en el suelo, en el centro del puente, fueron a media carrera a por el segundo. Cuando lo cogió, de la misma manera que al anterior, no pudo evitar echar una furtiva mirada a los ojos del joven, que se encontraban a medio cerrar. Tenía cara de buena persona. «Da igual —se convenció rápidamente—, era un alemán», pensó Thierry.

Una vez que los dos cuerpos estuvieron tirados en la acera, François cogió la cuerda que llevaba colgada al hombro y la ató a la barandilla de piedra. Estiró con fuerza comprobando que el nudo había quedado bien azocado. Después de dejar libres tres o cuatro metros de cuerda, la pasó por la cintura de uno de los alemanes y la entremetió por las piernas del otro. Inquieto, miró en derredor y notó que empezaba a sudar. Después ató los pies de los dos soldados.

—Thierry, ¡el cartel!

El chico corrió hacia el coche y volvió muy deprisa con el letrero que toscamente habían preparado en el garaje donde se habían quedado Nicolette y Jacqueline. Lo colocó rodeando los dos cadáveres.

—Ya está. ¡Vamos!

No quería preguntarse qué pasaría si, al lanzar los dos cuerpos, la cuerda cediese, o los nudos se deshicieran, o apareciera alguien. Prefirió seguir decididamente con la acción. Cada vez el cielo estaba más claro y ya se comenzaba a recortar la silueta de Notre-Dame.

Entre los dos levantaron, como buenamente pudieron, a los soldados y los asomaron a la barandilla. Los empujaron, haciendo fuerza a la vez, hasta que consiguieron que el peso venciera los cuerpos al otro lado del puente. Cayeron hacia el Sena. François y Thierry temían que la cuerda fuera larga y llegaran al río y se hundieran en él. Si oían el ruido del agua significaría que todo el trabajo habría sido inútil.

La habitación que les había indicado Julián Rodero era una estancia igual de patibularia que todo el edificio. También tenía una imagen de Franco, en este caso, vestido con uniforme de invierno de capitán general, en el cual sobresalía un ostentoso cuello de piel. Pudo contar varias sillas a lo largo de la pared y un banco de doble asiento en el centro. Aquella sala de espera parecía un velatorio. Solamente había una mujer, vestida completamente de negro y cubierta con un abrigo raído. Teresa se preguntó a quién estaría esperando. Presupuso que su marido podía estar allí detenido. En un destello de magnanimidad tan falsa como él, Rodero les había ofrecido una oportunidad para que «se lo pensarán». Les dijo que en media hora tenían que volver a su despacho y anunciar su decisión. «Irrevocable», les aseguró.

—Este hombre es un malnacido —sentenció Luis en un susurro para evitar que la señora los pudiera oír.

Teresa tenía la mirada perdida en algún punto de la pared. Recordaba las palabras del comisario y su expresión inquisitiva, arrogante y prepotente. Ella, que había vivido la guerra en Madrid, se seguía preguntando dónde estuvo toda esa gente. Los que hoy eran los grandes ganadores de la Cruzada, como denominaba el Régimen a la Guerra Civil, hacía unos años serían sombras acobardadas y escondidas.

—Teresa, este hombre no nos da elección. No podemos acceder a lo que nos pide.

La mujer lo miró, pero seguía siendo incapaz de pronunciar una sola palabra. Su rabia la enmudecía. Notó que se estaba poniendo roja y que sus ojos se empequeñecían por la humillación.

—¿Crees que esa orden es verdadera? —preguntó Luis sin esperar respuesta—. ¿Qué nos garantiza que, si nosotros accedemos, luego no lo vuelvan a encarcelar?

Luis se hacía preguntas. Teresa, por su parte, tenía que pensar muy deprisa. Miró a su marido y le cogió la mano. No le importaba si alguien entraba y los veía agarrados. Ya no le importaba eso.

—Luis, tu padre está enfermo. La cárcel es el lugar más horroroso que he visto jamás —el tono de su voz era pausado y muy bajo. Parecía que ambos se estaban confesando—, pero tienes razón. Yo tampoco le creo.

Mientras Luis sacaba un cigarrillo, Teresa pensó en el día en que conoció a su suegro, el beso que le dio y cómo la miró. Quizá por haber perdido a su padre de pequeña, Mateo había sustituido la figura paterna. Recordaba las conversaciones interminables que tenían los dos cuando ella estaba en la cocina, limpiando lentes o extrayendo guisantes de sus vainas. Lo culto que era, siempre con un libro en la mano. Era difícil encontrar a alguien cuya conversación fuera tan interesante y amena como para estar escuchándolo horas enteras sin cansarse. Por lo menos, ella no lo conocía. En eso, padre e hijo eran iguales.

—Teresa, no podemos aceptar. No tiene ningún sentido que ahora, con mi trabajo en el Museo y el tuyo en el restaurante, nos vayamos a Alemania sin saber qué vamos a hacer allí. Además, Alemania es un país en guerra. Nosotros ya hemos tenido bastante con una. Irse allí, ahora, es una locura.

El marido tenía razón. Toda la razón del mundo. Aquella propuesta era un disparate.

En ese momento, la puerta se abrió violentamente. Rodero hizo una inesperada aparición. La mujer de negro, que seguía ensimismada en su rincón, se enderezó sobre su silla y miró al policía con una expresión de angustia. Ambos lo miraron extrañados mientras cogía una silla y se sentaba enfrente quedándose a un metro de ellos. Los miró sin hablar.

—Todavía no ha pasado media hora —calculó Teresa, mirándolo desafiante a los ojos.

Rodero les obsequió con otra de sus cínicas sonrisas.

—Lo sé. Os vengo a dar una información adicional. Después de oírla, os quiero ver en diez minutos en mi despacho. Se han practicado unas detenciones de unos sospechosos y tengo que ir a interrogarlos.

Teresa se apiadó de esos pobres. No podía alcanzar a suponer cómo sería un interrogatorio de Rodero y lo que les esperaba en algún sótano tenebroso y sórdido.

—Un importante mando alemán —comenzó a relatar el comisario— necesita a su lado un experto en arte. Una persona que entienda de comprar cuadros y de trasladarlos. Necesita también que sepa restaurar y conservar. Por no sé qué puñetera razón, y aunque tiene un montón de gente a su servicio, quiere a un español. Será por aquello de contar con opiniones distintas —aventuró una opinión que en el fondo le traía sin cuidado—. Luis, es tu momento. No se te va a presentar otra oportunidad de salvar a tu padre. En Porlier están muriendo todos los días presos de todas las edades. Tu padre es casi un anciano. No va a soportar muchos inviernos. Con toda seguridad, la condena lo va a superar.

Hizo una parada y terminó su razonamiento con una sentencia:

—No vivirá para ver su salida.

Esa manera de hablar ponía nerviosa a Teresa, que se preguntaba por qué tenía tanto interés en convencerlos de que accedieran.

—Al salir de la cárcel, tu suegro —ahora miraba a Teresa, ya que creía que iba a ser ella la que iba a tomar la decisión final— volverá a percibir la pensión. Seguro que no es mucho, pero sabrá administrarse. A su edad, no creo que necesite gastar demasiado. El casero no lo echará.

Teresa quería pensar deprisa y sopesar todos los inconvenientes de la proposición, pero no tenía tiempo. Se estaban agotando los minutos. No se podían equivocar.

—Sé que estáis pensando —prosiguió Rodero— que todo esto puede ser un montaje. Que según cojáis el tren, vamos a volver a detenerlo. No os puedo dar más garantía que mi palabra de que eso no va a pasar —los dos lo miraron con

incredulidad—, sé que no os va a valer de nada, pero yo os doy mi palabra de buen español de que a mí, tu padre, no me va a hacer perder ni un minuto de mi tiempo. Me da igual lo que pase después. Yo estoy aquí para cumplir órdenes. En las cárceles ya hay demasiada gente, y más gente todavía que tenemos que meter. Pero creo que tu padre será inteligente...

Con la mano derecha subió la manga izquierda de la chaqueta y descubrió un ostentoso reloj dorado. Los dos pensaron que podría ser de oro. «¿Quién habría sido el dueño?», fue el rápido pensamiento de Teresa.

—Luis, sé tú también inteligente. Ya lo fuiste en Ginebra cuando firmaste el manifiesto. —Rodero le guiñó un ojo, como si fuera un gesto cómplice de personas que hubieran compartido confidencias.

Luis pegó un respingo.

—¿Qué manifiesto? —preguntó extrañada Teresa.

—Perdón, igual he dicho algo que no debía. —Comenzó a sonreír—. Si quieres, coméntaselo a tu mujer. Es bueno que un matrimonio no tenga secretos.

Al decir esto, se incorporó y volvió a mostrar su habitual rostro desdeñoso.

—Cinco minutos. No tengo más tiempo para este asunto —dijo a la vez que se levantaba y abandonaba la habitación sin volver la vista atrás.

Teresa se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Miraba a Luis y parecía que quería esquivarle la mirada. Ella le cogió la mano.

—¿Qué es lo que ha dicho de un manifiesto?

Luis permaneció en silencio. Las palabras de Rodero habían provocado que volviera a recordar la vergüenza que sintió en Suiza el año anterior, cuando tuvo que firmar el documento de «Adhesión incondicional a la Noble Causa»; así lo llamaron los que se lo entregaron para que estampara su rúbrica. Él y todos los que habían llegado a la estación de Cornavin, en Ginebra, con los lienzos —pertenecientes a la entonces llamada Junta Central del Tesoro Artístico—, eran republicanos y, por tanto, culpables de adhesión a la revolución. Allí no les podía suceder nada porque se encontraban en un país neutral, pero Luis, como los demás, tenía su vida en España y si querían regresar solamente tenían ese camino, humillarse ante el nuevo Régimen, firmar el documento que, para mayor sorna y deleite del bando ganador, incluía un párrafo en el que se expresaba una felicitación al Gobierno de Burgos «por el triunfo logrado por las armas».

Las últimas palabras de la pequeña historia Luis se las contó llorando a su mujer. Se abrazó a ella y la agarró tan fuerte como pudo, como si quisiera pedirle perdón por haber cometido aquella atrocidad.

—Luis, no tienes por qué avergonzarte por ello. Todos lo firmaron, todos lo hubiéramos firmado —matizó, mientras le daba un beso en el cuello, ya que la cabeza la tenía hundida, incrustada, en su clavícula.

Teresa se preguntaba si su marido la creía una ingenua o si simplemente había obviado el tema hasta ese momento. Evidentemente intuía que algo había tenido que

pasar. No se creía que él, involucrado en una acción que la prensa siempre tachó de robo republicano —los periódicos de la Zona Nacional hablaban del expolio de las obras de arte que estaba llevando a cabo el gobierno de la República a cambio de armamento—, que había servido con profesionalidad y celo a la llamada causa «rebelde», hubiera vuelto en el mismo tren que llegó a la Estación del Norte con las obras de arte y seguir con su puesto en el Museo así, sin más. No podía ser, el retorno a la normalidad había tenido un precio para todos.

Cuando se tranquilizó, volvió a hablar.

—Todos no, Teresa, hubo tres que no lo hicieron. Sé sus nombres. Ellos fueron fieles y nosotros no. Ellos tenían principios: Timoteo Pérez Rubio, José María Giner y Elena Gómez de la Serna. Nunca se me olvidará su gesto cuando nos vieron firmar, uno por uno, la documentación que nos iban poniendo delante.

Por un momento había regresado a la orilla del lago Lemán a revivir aquel instante, aquellas miradas de los unos y de los otros. De los firmantes y de los que se quedaron en Suiza cuando el tren arrancó de la estación.

—Vamos, Luis, no te pongas a pensar ahora en lo que ha dicho este hombre. —La mujer quiso que su marido se olvidara de aquello—. Si no hubieras firmado, no habrías vuelto y no nos habríamos casado. Ahora estás aquí, estamos juntos y formaremos una familia. Vamos, ¡déjalo!, dime, ¿qué opinas del alemán que dice este?

Luis apartó los ojos del lugar indefinido del suelo donde los tenía situados y pestañeó un par de veces como si despertara de una sesión de hipnosis. Cogió el pañuelo blanco de algodón que le ofrecía su mujer y se secó las lágrimas que habían bañado sus mejillas. Tragó saliva y volvió a hablar, esta vez algo más tranquilo.

—Es Goering.

—¿Qué dices? —La cara de Teresa dibujó un trazo de extrañeza.

—Ese mando alemán que dice. Estoy seguro de que es Goering. Creo que está expoliando todo el arte que puede allí por donde pasa.

—¿Quién es ese Goering? Me suena mucho.

—Uno de los que está con Hitler. Dicen que es su sucesor. Un gordinflón. ¿No te suena haberlo visto en algún periódico?

Teresa rebuscó en la memoria intentando encontrar a la persona que le estaba diciendo su marido. No recordaba de quién hablaba. Le daba igual.

—Vamos a decir que sí —aseveró con absoluto convencimiento.

—¿Qué? —preguntó Luis, muy sorprendido.

—Que tenemos que decir que sí. Está en lo cierto, tu padre no va a aguantar mucho en la cárcel. El muy hijo de puta —palabras que pronunció más por movimiento de boca que de lengua— tiene razón, allí se va a morir. En casa va a estar solo, pero será más fácil que pueda vivir más tiempo, y mejor.

—¿Y las garantías?

—Ninguna garantía, Luis, ya le has oído. Garantías, ninguna. Pero no me

preguntas por qué, en eso le voy a creer —terminó la frase afirmando con la cabeza.

—Teresa, no puedo pedirte esto.

—No me lo estás pidiendo, soy yo quien te lo dice. —Le volvió a coger la mano en un gesto que la entrada de Rodero había interrumpido.

En la lejanía se pudo percibir un chillido desgarrador. Las paredes de la habitación no eran capaces de ahogar todos los sonidos que se producían en el edificio. La solitaria mujer se estremeció.

—Luis, vamos a verlo —concluyó mientras se incorporaba.

—Espera —pidió, sujetándole el brazo y obligándola a sentarse otra vez—, espera. ¿Y qué voy a hacer yo allí?, ¿y en qué parte de Alemania?, y tú, ¿qué vas a hacer?, ¿dónde vas a estar?

Teresa le soltó la mano y se incorporó definitivamente.

—Vamos a por tu padre —decidió, resuelta, sin mirar atrás según abría la puerta. El despacho de Rodero estaba justo enfrente.

Otro chillido, más violento y prolongado que el anterior, llegó a sus oídos, ahora con mayor nitidez.

La mañana era azul. Un cielo limpio de nubes hacía que el frío fuera más intenso. A orillas del Sena la humedad se calaba en los huesos de todo aquel que se encontrara en sus inmediaciones.

Un hombre algo encorvado, abrigado con un chaquetón pardo, casi tan viejo como él, y con una gruesa gorra de pana marrón caminaba por la margen izquierda. El *bouquiniste* había sacado la llave con la que iba a abrir su pequeño puesto de libros de viejo; una de esas pequeñas cajas de madera grisácea que se levantaban delante del muro que separaba el quai des Grands Augustins del río, y en la que se podía encontrar volúmenes usados, postales escritas, alguna antigüedad de principios de siglo, ejemplares de *L'Aurore* en buen estado, láminas de cuadros famosos —ya se había encargado de enterarse bien qué pintores tenía que tener allí, no fuera a ser que una inspección cerrara su único medio de vida por vender cuadros de artistas degenerados—, imágenes de animales, de flores o de plantas, y algún que otro cuaderno de apuntes que alguien había vendido y que nadie compraría.

Empezó a sacar los ejemplares para montar su punto de venta. Él era el primero en instalarse. Los demás vendedores lo hacían más tarde. No tenían prisa. La hora de apertura de cada *bouquinerie* era indiferente para las ventas. Nadie compraba, excepto los alemanes. Los ocupantes eran los mejores clientes de esos puestos, casi se podía decir que eran los únicos. El público más habitual eran grupos de soldados que compraban algún libro, o una revista de actrices de cabaré para llevarse a los lavabos de los acuartelamientos. También se detenía en su puesto algún oficial, normalmente acompañado de alguna llamativa mujer, exhibiéndose mutuamente. El resto del día se lo pasaba contemplando a la gente, que raramente se detenía para mirar lo que ofrecía el puesto, en su ir y venir.

Tenía que hacer tiempo hasta que la mañana se fuera entonando y sacó un pitillo con el deseo de calentarse. Lo prendió con un fósforo y, después de dar la primera calada, se acercó al muro. Repasó con la mirada la vista, tan conocida como atrayente. Su puesto se encontraba muy próximo al cruce del quai des Grands Augustins con la rue des Grands Augustins, al otro lado de la Sainte-Chapelle. Miró a su derecha, de donde procedía el caudal del Sena y, aburridamente, fue siguiendo el curso de las aguas. Así, su mirada se detuvo en el Pont Neuf. El cigarrillo se le cayó de los labios y la colilla casi lo quema. Miró más despacio para distinguir con mayor precisión. Los ojos le transmitían una información que su cerebro era incapaz de procesar. Suspendidos de una cuerda, dos soldados alemanes permanecían, inmóviles, cabeza abajo. Los brazos apuntaban perpendiculares al agua y sus uniformes se encontraban salpicados de manchas sanguinolentas. Las cabezas colgaban como si fueran las frutas maduras de un árbol que estaban a punto de caer. Con dificultad,

debido a la distancia, intentó leer las palabras que estaban escritas en el cartel de papel blanco que rodeaba las guerreras, pero solo consiguió entrever que la frase terminaba con «... amigos los alemanes». No pudo entender más.

Dudó si acercarse o no, y optó por mirar a los alrededores para ver si pasaba alguien. Así, llamó a un señor alto y desgarbado que acababa de doblar la esquina; por su dirección debía de venir de la rue Dauphine. Este, al verlo hacer señas, cruzó la calle —había que tener cuidado al atravesar la calzada porque las bicicletas, el vehículo más extendido en el París de aquellos días, no hacían ruido cuando circulaban— y se acercó para ver qué quería. Al mirar a donde le señalaba, perplejo, se llevó las manos abiertas a los mofletes.

—¿Qué es eso?

Los dos se miraron con incredulidad, petrificados, sin saber qué hacer.

—¡Pero si son dos soldados alemanes! —acertó a decir.

Lo volvió a mirar intentando que le diera alguna explicación de aquello. En ese momento, vio que un Renault Monaquatre granate circulaba desde el quai de Conti hacia el sudeste, donde se encontraban ellos. Los dos, como si hubieran sincronizado el movimiento, realizaron movimientos con los brazos para que el conductor se detuviera. Un hombre de mediana edad vestido con un mono azul de trabajo se apeó, asustado.

—¡Pero si son dos soldados alemanes! —exclamó. Al hombre del puesto le llamó la atención que los dos hubieran pronunciado la misma frase—. ¿Qué hacen ahí?, ¿quién los ha matado?

Ninguno de los tres tenía respuestas.

—Habrá que llamar a la policía —sugirió el recién llegado. Los dos hombres asintieron, casi inmóviles.

Volvió a subir al coche y arrancó camino de la Île de la Cité, donde seguro que encontraría algún policía de servicio custodiando el edificio del Palacio de Justicia.

El librero, ayudado por el transeúnte, guardó todos los libros y láminas que había sacado y cerró el pequeño puesto. Mientras se encaminaban hacia el puente de donde colgaban los dos cuerpos, se fijó en la margen opuesta, en el quai des Orfèvres. Ya había un pequeño grupo de personas que estaba mirando lo mismo que ellos. Por respeto o por temor, nadie quiso entrar en el puente y acercarse a ver qué es lo que había pasado. Ahora, más cerca, podían leer algo más de la pancarta. Parecía que ponía algo como «... de nuestros amigos los alemanes».

Cuando volvió el Monaquatre seguido de un coche de policía con la sirena ululando, podía haber ya, a ambos lados del Pont Neuf, más de cincuenta personas reunidas para ver el dantesco espectáculo. El único que entró en el puente fue el vehículo policial. De él se bajaron dos agentes. Los policías se acercaron despacio, con cautela, hacia el lugar donde habían sujetado la soga. Desde su posición veían a los dos soldados en una extraña perspectiva, donde las suelas de las botas parecían mucho más grandes que sus cabezas, en las que solo podían distinguir las bocas

entreabiertas manchadas de sangre. Uno de ellos volvió al coche y sacó una radio portátil. Giró violentamente una manivela y tomó el auricular. Cada vez se iba apiñando más gente y en las dos calles habían parado varios coches, con sus conductores atentos a lo que ocurría, al igual que muchos ciclistas. Entre todos, superarían el centenar. Ninguno de los policías tuvo que intervenir porque a nadie se le ocurrió entrar en el puente.

Dos Citroen Traction Avant, con la bandera nazi en el guardabarros derecho, llegaron veloces, precediendo a una furgoneta. Rápidamente, salieron todos los soldados que iban dentro y cuatro de ellos se dirigieron a la entrada del puente, dos a cada lado. De la furgoneta se bajó un oficial que miró incrédulo el macabro conjunto. Le chilló al policía francés y este volvió a tomar la radio.

Para cuando llegaron otros tres coches y una camioneta, los muros que daban al río estaban atestados de curiosos. Alguno llevaba una cámara de fotos y no paraba de retratar lo que estaba sucediendo en el puente. De la camioneta comenzaron a bajar soldados vestidos de negro que lucían su brazalete reglamentario. Todos llevaban casco y portaban una MP40. Junto al conductor viajaba un oficial con un largo abrigo de cuero negro abierto que dejaba ver el Totenkopf, que, a pesar de sus reducidas dimensiones, más que brillar, imponía. Con gestos airados, ordenó a los policías que corrieran y persiguieran a las personas que se agolpaban en los muros del puente.

Cuando los vieron correr hacia la gente, todo el mundo salió en estampida, cada uno intentando alcanzar las calles adyacentes. El hombre del puesto entendió que la jornada de ventas había terminado. Antes de perderse como pudo por la rue Segnier, camino del bulevar Saint-Germain, oyó los desgarrados lamentos de aquellos que habían sido alcanzados por los golpes que los guardias de la SS estaban propinando a cuantos no habían podido correr más que ellos.

—¿Y los periódicos?

—Por supuesto, ninguno —le respondieron.

El SS-Sturmbannführer leía atentamente los papeles que tenía en su mesa sin prestar atención a los dos hombres que se mantenían firmes frente a su escritorio. Se encontraba ante la crisis más importante desde su llegada a París y era consciente de que aquello no era una de las simulaciones que llevaban a cabo en la Junkerschulen de Bad Tölz cuando daba clases a los futuros mandos de la SS. No, ese asunto no era un ejercicio de un centro de adiestramiento, sino una situación real.

—¿Cuánta gente podría haber cuando llegaron?

Los dos hombres se miraron. Uno de ellos intentó concretar:

—Unos treinta.

Sin levantar la vista, el oficial preguntó al que no había hablado:

—Brandl, ¿cuánto tiempo pudo pasar desde que amaneció hasta que llegaron ustedes?

El hombre no se esperaba una pregunta tan imprecisa como esa. No sabía qué contestar.

—No sé, una hora y media, quizá dos.

Jesko dio tal golpe con las palmas de sus manos en su escritorio que hizo que todo lo que había encima rebotara por la sacudida. Se levantó encolerizado y rodeó su mesa para situarse frente a los dos hombres.

—¿Me quiere decir que en dos horas desde que amaneció solo había treinta personas?

El hombre tragó saliva. Jesko notó el movimiento de los músculos del cuello por encima de la guerrera.

—A estas horas ya lo sabe todo París. Toda la ciudad se habrá enterado de que nosotros no sabemos mantener la disciplina entre la población, que nuestros soldados no controlan absolutamente nada. Me han dicho que ya ha sido informada la Cancillería, y que el Führer se ha enfurecido. Pide nombres. Ha pronunciado la palabra «ejemplar».

Miró alternativamente a cada uno de los oficiales. Siguió hablando:

—Darán el mío, pero no irá solo. Voy a encontrar a los responsables de estos asesinatos y puedo asegurar que lo van a pagar. ¡Por supuesto que lo van a pagar!

Los dos oficiales habían aguantado estoicamente los salivazos que se le escapaban al SS. La cabeza del iracundo comandante, roja de cólera, parecía que iba a estallar.

Se giró hacia la ventana y se quedó de espaldas. El sol de la mañana entraba a raudales en el despacho del palacete. Dentro de unos minutos iba a ser recibido por el

nuevo gobernador militar de París, el general Otto von Stülpnagel, y lo que quería ponerle encima de la mesa eran soluciones, no más problemas. Además, todo se complicaba porque uno de los soldados era el hijo de uno de los industriales más influyentes de Berlín. Vamos, un recomendado. Se habían interesado vivamente por él desde la rue de Lille. Por ello, la trascendencia sería mayor.

—Vamos a hacer una cosa. Es demasiado evidente que esta acción se ha efectuado por la noche, y con premeditación —recordó lo que ponía en el cartel que los asesinos enrollaron en los cuerpos, escrito en francés y lanzando un directo mensaje a quienes lo podían entender: «Esto es lo que opinamos de nuestros amigos los alemanes»—. Salvo que los hayan matado allí, junto al puente, algo que me parece improbable, lo más normal es que el asesinato fuera en otro lugar y los trasladaran posteriormente en algún vehículo. En un coche, o mejor todavía, en alguna furgoneta o en algún camión. Con el toque de queda —continuó diciendo a unos oficiales que se mantenían en posición de firmes y con el mentón bien alzado, ocultando como podían el incontrolado temblor de sus rodillas— por la noche circulan muy pocos coches. Excepto los policiales y los nuestros, muy pocos.

Se quedó pensando en que el grupo de sospechosos se reducía considerablemente.

—Imagino que las patrullas de anoche se montaron con normalidad.

—Por supuesto —contestó uno de ellos.

—Bien. Necesito el nombre de los responsables de esas patrullas y sus hojas de servicios.

—Perfecto —repuso el otro, acompañando sus palabras con una reverencia.

—¿Cuántos tenemos en Fresnes?

Los oficiales se volvieron a mirar. El dato que estaba preguntando no lo tenían en la cabeza y consideraban peligroso contestar con una vaguedad.

—Vamos, estoy preguntando que cuántos detenidos podemos tener en la cárcel, en las cárceles —Puttkammer comenzaba a irritarse de nuevo.

—Aquí no dispongo de la cifra exacta. Pero hay muchos. Entre estudiantes, sobre todo, y obreros, comerciantes... habrá unos... No sé. El número exacto nos lo pueden decir si llamamos —señaló con la cabeza al teléfono negro que tenía Jesko sobre su mesa.

—Bien. Esta noche vais a organizar un traslado. ¿Cuánto puede valer la vida de un soldado alemán?, ¿la de diez franceses?, ¿la de veinte?

El tren renqueaba al coronar las últimas cuestas, las de mayor pendiente. La máquina escupía al cielo brumoso el humo negro que provocaba su perezoso traqueteo. Le quedaban ya muy pocos kilómetros para descansar. A ella y a los ocupantes de los vagones que arrastraba.

En uno de ellos, concretamente en un compartimento de primera clase, viajaba un atípico grupo formado por cuatro personas. Teresa iba sentada a contramarcha, junto a la ventana. A su derecha estaba Luis, amodorrado. Les habían dado de comer dos bocadillos, de tocino y de queso manchego, y lo habían regado con vino tinto.

Por su izquierda iba apareciendo una vegetación que nunca habían visto: pinos negros, hayedos y abetales. La poca velocidad del convoy, en ocasiones la de una persona trotando, ayudaba a pensar a Teresa, y a recordar. En menos de un día, su vida había sufrido toda una serie de cambios radicales, ajenos a su voluntad. La visita de Rodero, su proposición, el viaje a Porlier, la salida de Mateo...

—Señora, ya debemos de estar llegando —conjeturó uno de los hombres que los acompañaban, concretamente el que tenía sentado enfrente, en el mejor asiento del compartimento, un policía joven de pelo hirsuto en cuya cara destacaban unos ojos extraños, de expresión inquietante, como los de una serpiente.

Teresa no contestó. Prefería ir sumida en los recuerdos recientes. Así, le volvió a su mente el momento en que apareció por aquel pasillo tan largo la solitaria figura de Mateo. Según iba llegando con aquel lento caminar, sintió por él la mezcla de alegría por la liberación y de preocupación por el tiempo que le restaría por vivir en su casa, rodeado de sus libros, de sus *Episodios nacionales* y de sus *Novelas ejemplares*. La salida de la cárcel podía retrasar un tiempo el desenlace fatal, pero ese día llegaría.

Miró a Luis y lo vio acunado con el traqueteo. Se acordó del abrazo que se dieron los tres. Nunca había visto llorar a Mateo. «Es duro ver llorar a un hombre —pensó—, y aún más si ese hombre es el padre de tu marido». Notó que necesitaba desahogarse. La noche continuó con el fatigado ascender por los peldaños hasta llegar al tercer piso, por supuesto sin olvidar la aparición de doña Pura y don Evaristo. Recordó sus sorprendidas caras al ver a Mateo, sin esposas, como lo vieron la última vez, de vuelta a su casa, sin que lo acompañara la policía. «Don Evaristo —espetó Teresa, clavándole los ojos con el mayor orgullo con el que se puede transmitir por la mirada—, lo han liberado». Sí, eso dijo: «Lo han liberado». Tuvo que apostar por las palabras de Rodero y, de momento, les había salido bien. Siempre tendrían la duda de que cumpliera su palabra, pero, de momento, por lo menos de momento, Mateo había vuelto a dormir en su cama. Ahora era un hombre libre, con libertad condicional, pero independiente para moverse por donde quisiera. Ellos tenían el documento que lo decía, la orden judicial de excarcelación.

De los dos hombres que los acompañaban, el que estaba sentado junto al pasillo fumaba sin descanso. El compartimento se encontraba inundado por una niebla pestilente. El otro miraba a Teresa continuamente, y más de una vez le había sorprendido, observándola sin pudor ni miramiento, intentando subir por sus piernas y perderse por debajo de la falda.

Lo primero que hicieron al llegar a su casa, después de preparar una taza de malta para entonar su cuerpo descarnado, fue calentar agua y darle un buen baño en el barreño grande, uno que habían comprado a un chamarilero que apareció un día vendiendo trastos viejos, probablemente robados. La ropa la envolvieron en unos papeles de algún *Arriba* o de algún *Ya* que Luis llevaba a casa desde la oficina del Museo para encender la cocina. Luego la tirarían. Después del baño, Teresa le cortó el pelo dejándolo casi calvo: «No se preocupe, en unos días le habrá crecido», le aseguró para tranquilizarlo. Los piojos, que había visto correteando por el grasiento cabello, no tendrían dónde ocultarse. Hacía tiempo que palabras tales como asco, repugnancia, repulsión, habían dejado de tener sentido para ella.

Fue una noche muy larga que terminó recalentando la sopa que habían interrumpido cuando les visitó el subcomisario.

Y nada más empezar el nuevo día, el primer envite del tren cuando inició el viaje desde la Estación del Norte. Ella nunca había viajado en primera. Luis, sí.

Estaban llegando a Canfranc. Lo primero que le impresionó de la estación fue su desmesurado tamaño. El edificio, inaugurado hacía tan solo doce años por el rey Alfonso XIII y el presidente francés Gastón Doumergue, se abría ante Teresa como una construcción de cuerpo único coronada por tres cúpulas, dos en cada extremo, iguales, y otra de un tamaño superior en el centro. Todo el tejado, de pizarra a dos aguas, se encontraba nevado. Pudo ver por la ventana del pasillo unas casas con aleros muy empinados, cubiertos de nieve, de cuyos bordes colgaban unos puntiagudos carámbanos de hielo. El tajo que separaba las vías del pueblo debía tratarse del cauce de un río, imaginó. La nieve era reciente y la imagen del conjunto se perfilaba como de una belleza salvaje. Nunca antes había visto la nieve tan cerca de la naturaleza, siempre había sido sobre los empedrados de la ciudad o, si acaso, en el césped de algún parque.

Antes de que el tren se detuviera completamente, los dos hombres se pusieron en pie y Luis se desperezó.

—Vamos —ordenó el que había viajado desde Zaragoza frente a Teresa—, ya hemos llegado.

Después de tener cuidado con su falda al incorporarse, Teresa se puso su abrigo negro y tuvo que sacar con sus manos la melena que había quedado oculta al cubrirse con él la espalda. Luis cogió dos de las tres maletas que llevaban, y que previamente había atado con cuerdas para que la mala calidad de los herrajes no provocara un accidente inoportuno. La mujer cogió la tercera, la más pequeña. El hombre que había fumado durante todo el viaje corrió la puerta del compartimento y salió al

pasillo. El segundo les indicó que lo acompañaran.

Cuando se asomó al andén, Teresa soltó una bocanada de vaho como si hubiera dado una profunda calada a un puro habano. Placía mucho frío. Sus zapatos de tacón no eran los más apropiados para caminar por una superficie cubierta por varias capas de hielo, nieve y sal, que formaban un barrizal resbaladizo. Guiados por uno de los policías, caminaron por debajo de la marquesina y entre la muchedumbre que abarrotaba el andén hasta un lugar donde se podía leer «Aduana - Douane». Le llamó la atención que la misma palabra estuviera escrita en los dos idiomas.

Mientras todo el mundo formaba una fila ante los policías españoles, el grupo de cuatro personas se abrió paso mediante la exhibición de una placa que continuamente mostraba uno de los hombres que les acompañaban. Así entraron en una estancia en la que había unas mesas sobre las que los viajeros mostraban el contenido de sus equipajes a los policías españoles y franceses. Fue la primera vez que vieron a un policía francés, con su uniforme azul, inmaculados correaes blancos y gorra cilíndrica de visera. No les pasó desapercibido que, a pesar de la gran cantidad de personas que había en la sala, el ruido se limitara a los sonidos metálicos que provocaban las aperturas y los cierres de las maletas, y a las voces que daban los policías y los gendarmes para que la gente atendiera sus órdenes. El cansancio y la inquietud eran los rasgos comunes en las caras de todos los pasajeros que, en la mayoría de los casos, iban vestidos con abrigos tan gruesos como viejos. Sin ningún reparo cada agente metía las manos entre las pertenencias ajenas, revolviendo todo el equipaje con el poder que conferían los galones. En casi todas había comida.

—¡Comida no! ¡Prohibido en Francia! —chillaba un policía francés en su idioma a un matrimonio mayor que no entendía lo que les decía, pero sí que comprendió qué les quería decir porque el policía les sacó del equipaje un paquete envuelto en papel de periódico que contenía embutido. Lo que no acababan de adivinar eran los motivos por los que les quitaban la comida.

A Teresa y Luis no les miraron el equipaje.

Teresa se adelantó a su marido y pidió a uno de los policías ir al aseo. Después de mirarla de arriba abajo mostrando su enojo, buscó y halló una mujer vestida de uniforme que leía ensimismada un ejemplar de *El Heraldo de Aragón*. Después de hablar con ella, la funcionaría le dijo con severidad a la mujer:

—Ven conmigo.

Las dos mujeres se perdieron por un pasillo iluminado con unas bombillas que colgaban del techo. Al cabo de unos minutos volvieron las dos; la mujer de uniforme se quedó donde estaba, pero vigilando que Teresa se encontrara con el policía que venía con ellos.

En el lado opuesto, al otro extremo de la aduana, se abrían unas puertas de cristal que daban paso a otro andén.

—Quietos aquí —indicó uno de los policías.

Los tres se quedaron esperando, y Teresa y Luis aprovecharon para hablar a voz

en cuello mientras el segundo policía, el que no había parado de mirar las piernas de la madrileña, se entretenía en ver cómo registraban los equipajes.

—Aquello ya es suelo francés —señaló Luis, con un ligero movimiento de cabeza.

Teresa asintió.

—¿Sabes qué va a pasar ahora?

—Imagino que nos van a entregar a la policía francesa. Es evidente que no se quieren separar de nosotros ni un instante. Mira lo que te ha pasado cuando has ido al aseo.

—Antes de entrar me ha preguntado que qué iba a hacer. Le he dicho que orinar, y la muy guarra no ha cerrado la puerta mientras lo hacía.

—Teresa, no sé la razón de tanta custodia. Si no fuera porque tengo miedo, diría que nos están tratando como a personas muy importantes.

—Luis, nos están tratando como a presos sin esposas. ¿Qué pasaría si nos fuéramos corriendo?

La mujer comprendió la tontería que acababa de decir. Era evidente que cualquier indisciplina se vería reflejada inmediatamente en una represalia. La pareja tenía un punto débil, aunque ahora se encontrara muy lejos.

—Vamos —les ordenaron.

Volvieron a coger las tres maletas y salieron por la puerta que daba paso, fundamentalmente, a una incógnita.

Al poner los pies en el andén que se encontraba al este de la estación de nuevo el frío intenso condensó en el aire sus respiraciones. Lo primero que vieron fue la gran cantidad de vías que se abría ante ellos, casi todas cubiertas por la nieve. Solo la presencia de las enormes locomotoras les hacía ver que no estaban en una gran explanada nevada.

Debajo de las marquesinas se leían los mismos carteles que en el primer andén que habían pasado, pero ahora el primer idioma era el francés y a la derecha figuraban los nombres en español. El policía español, acompañado de dos gendarmes que vestían de azul, con una capa corta por debajo de la cintura, les indicó que pasaran a una sala de espera donde solo había una persona sentada. Vieron cómo los dos policías franceses se cuadraban ante los españoles, dándose posteriormente los cuatro la mano. Sin despedirse de Luis y Teresa, los policías españoles volvieron a entrar en el edificio.

Una vez se quedaron *solos*, optaron por sentarse en el extremo opuesto al lugar que ocupaba el hombre que estaba en el cuarto cuando ellos llegaron. No les dijo nada, aunque no apartó la mirada de la pareja en ningún momento.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó Teresa a su marido.

Luis se encogió de hombros.

—Me imagino que cogeremos otro tren.

—¿Adónde nos llevarán?

—A Alemania.

—Sí, eso ya lo sé. Pero digo a qué parte.

Luis no contestó. Miró a su mujer y se sintió abrumado al pensar que lo había dejado todo por la libertad de su padre. Sentía que le debía algo. Admiraba su fuerza y su tesón, su cabeza fría. Era consciente de todo lo que lo quería y aún le sorprendía que, con su belleza, se hubiera fijado en un hombre como él, con un defecto físico tan sobresaliente como la cojera que su cuerpo le recordaba a cada paso que daba. Teresa volvió a preguntarle:

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Alemania?

—Yo que sé. Francia es más grande que España.

—¿Sí? —La española no se hacía idea exacta de las dimensiones del país.

—Tiene más superficie. No sé. No sé cuántos días.

En ese momento, apareció por la puerta uno de los gendarmes. En la mano llevaba una bolsa de papel blanco.

—Buenos días y bienvenidos a Francia —silabeó, en perfecto castellano, aunque con un marcado acento galo.

Los dos respondieron, extrañados, con un leve movimiento de cabeza.

—Su tren llegará dentro de una hora. Mientras tanto, si quieren, coman algo —dijo, dándoles el paquete.

Cuando se marchó, abrieron la bolsa de papel. Dentro había dos bocadillos de chorizo —Teresa pensó que se lo habrían requisado a algún viajero—, dos cervezas del tiempo de una marca que desconocían y dos peras pequeñas con muy mal aspecto. Como si les hubiera adivinado el pensamiento, el gendarme volvió a aparecer por la puerta. Sonriendo, les facilitó un abridor:

—Tengan —dijo, mientras se lo entregaba y se marchaba nuevamente.

Después de haber terminado los bocadillos, las cervezas y las peras —la incertidumbre sobre cuándo volverían a comer les hizo aprovechar ese almuerzo—, se quedaron escrutando la sala de espera. Su aspecto era mejor que lo poco que habían visto en la parte española. La pintura, en tonos verdes pálidos, era más reciente y el techo no estaba descascarillado. Las bombillas tenían más potencia y la impresión general era de mayor limpieza.

La llegada de un convoy fue precedida por el ruido que provocó. El hombre que no dejaba de mirarles se incorporó y asió la maleta de cartón que llevaba. Luis y Teresa no sabían lo que tenían que hacer.

No se quedaron mucho tiempo con la duda porque por la puerta aparecieron dos gendarmes, distintos a los anteriores, y otros tres hombres a los que no habían visto antes. Uno de ellos, el que más llamaba la atención, iba cubierto con un largo abrigo, que le llegaba casi hasta el suelo, y un sombrero negro ribeteado con una banda de seda gris, se dirigió hacia la pareja junto a uno de los gendarmes.

De lo que les dijo no entendieron ni una sola palabra. Solo el movimiento de cabeza que marcó les dio una pista sobre la orden que les daba:

—Dice que cojan sus maletas y le acompañen —tradujo al francés el gendarme. Luis le entendió y se lo contó a Teresa.

Siguiendo al hombre del sombrero subieron a un tren cuya locomotora no era de vapor sino eléctrica. Los dos gendarmes permanecieron en el andén, charlando con uno de los hombres. Mientras, los cuatro caminaron por el pasillo hasta llegar a uno de los compartimentos. Nada más subir al tren comprobaron que este era mucho más lujoso que el español.

Cuando el tren dio el primer tirón, Teresa sintió miedo. La habían acomodado en el sentido de la marcha y, aprovechando que los tres hombres se habían quedado en el pasillo, cogió la mano de Luis.

—Ya verás como todo sale bien.

Él prefirió no hablar. Eligió mirar el paisaje que se descubría por la ventanilla, intuyendo que, aunque el tren marchara por vías francesas, las casas que veía iban a ser su último recuerdo de España. En ese momento el tren se metió en un túnel.

La luz azulada que alumbraba tenuemente el compartimento era lo único que iluminaba no ya sus cuerpos, sino sus mentes. Afortunadamente, en unos minutos volvieron a salir a la luz. Ante ellos apareció un paisaje muy parecido al que acababan de dejar, aunque con una diferencia fundamental, ya no estaban en su país. Luis no volvía al extranjero desde que formó parte de la expedición que regresó de Suiza, hacía poco más de un año y, que dirigida por Eugenio D'Ors, retornó las pinturas del Museo del Prado. Para Teresa, sin embargo, constituía la primera vez que dejaba su tierra.

Uno de los hombres que se habían hecho cargo de ellos entró en el compartimento y se sentó, despreocupadamente, en el asiento de enfrente. Tendría menos de cuarenta años, era rubio pajizo, con una nuez que se remarcaba abultadamente en su cuello largo. Los miró mientras exhalaba una nube de humo.

—¿Adónde vamos? —se interesó Teresa, aun sabiendo que no la iba a entender. Luis se extrañó al ver que se dirigía a ese hombre.

Tras unos instantes en los cuales el hombre la miró muy fijamente, comenzó a dibujarse en su cara una tímida sonrisa que a ambos les pareció sincera.

—Yo hablar un poquita de español —expresó con la misma dificultad que cortesía.

Teresa y Luis se alegraron por ello. La mujer volvió a formular la pregunta.

—Tardaremos muchas días. Viaje muy larga. Viaje peligrosa. Muchos días.

La alegría que acababan de experimentar al conocer que el hombre hablaba algo de español se tornó en preocupación por lo que les había dicho. Aun así, Teresa quería saber cuál era el destino. Se lo preguntó en palabras que el hombre pudiera entender.

—¿Final viaje? Final viaje, Carinhall —respondió.

Carinhall. Eso lo habían entendido perfectamente. Carinhall. Una nueva palabra que acababan de aprender.

El hombre se levantó y volvió a salir al pasillo para continuar la charla con sus compañeros.

Ambos se preguntaron qué lugar sería Carinhall.

Hacía unos días que Erika había vuelto a casa de sus padres. Después de desoír continuamente la petición de su madre, al final había acabado accediendo y regresó a Georgenstrasse. También volvió a ocupar su habitación de soltera, la que compartía con Ursula, que seguía sin encontrar novio. La guerra estaba obstaculizando la búsqueda; la demanda era creciente, por las viudedades, pero la oferta disminuía día a día.

Lo más difícil de aquellos días fue simular un aborto. Estar un tiempo sin recibir carta de Günther significó la excusa, perfecta e hipócrita, para fingir una crisis de ansiedad, que a ojos de todos fue lo que lo causó. La relación que mantenía con su ginecólogo y amigo de juventud —antiguo y secreto novio, habría que matizar—, el doctor Von Rath, favoreció la verosimilitud de la historia oficial hasta convertirla en motivo de lástima colectiva. El médico había dejado muy claro a la madre que lo que Erika necesitaba era descansar. Por tanto, el traslado a su casa de soltera fue más una consecuencia de su mentira que una decisión aislada.

La noche anterior se habían registrado nuevos bombardeos ingleses sobre Berlín. Nadie podía entender cómo aquella fuerza aérea era capaz de adentrarse a lo largo de tantos kilómetros en el continente para provocarles. Los periódicos, por sistema, anunciaban el derribo de todos los aviones enemigos. Precisamente, esa reiteración en la noticia era lo que llevaba a sospechar sobre su veracidad. En el ánimo de toda la población había arraigado la propaganda y creían que el desembarco en la isla comenzaría de inmediato. La Kriegsmarine, decían, se encontraba perfectamente preparada para la invasión, y todos querían finalizar una guerra que duraba ya más de un año. Demasiado tiempo para algo que se suponía iba a ser mucho más rápido.

Geli, una de las criadas de la familia, pidió permiso desde la puerta para entrar.

—Señora, ¿puedo pasar? —solicitó, bajito, procurando no molestar.

Erika se incorporó levemente en la cama donde convalecía del aborto imaginario. Contempló a la mujer que seguía en posición de firmes y con una bandeja en la mano. Sobre ella, descansaba un pequeño cuenco humeante.

—Pasa, Geli.

Cuando estuvo al lado de la cama, se paró y le dijo:

—Señora, me ha dicho su madre que le trajera un tazón de caldo de gallina.

—Muy buena idea. Déjamelos en la mesita —especificó Erika—. ¿Por qué no haces una cosa?, ¿por qué no te sientas conmigo?

—¿Con usted? —preguntó extrañada. Era la primera vez que la hija mayor mostraba interés en hablar con ella.

Geli era una de las criadas de la familia, y no procedía que se sentara de charla con una de las señoras de la casa, y menos con la distante Erika. Si todavía hubiera

sido Ursula quien se lo hubiera propuesto, lo habría podido entender.

—Sí, que nunca hablamos.

Sumisa y sin darle la espalda, se dirigió hacia donde había varias sillas. Tomó una y la llevó junto a la cama.

—Está exquisito —admitió, al dar un sorbo—. ¿Lo has hecho tú?

Asintió con la cabeza.

La criada no decía nada si no le preguntaban. Entendía que la que tenía que expresar libremente los sentimientos no era ella, por lo que su papel era callar, escuchar y esperar instrucciones.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal te van las cosas?

—Señora, ¿a qué se refiere? —Aunque tenían una edad muy similar, ella nunca tuvo dudas sobre la forma de tratar a todas las mujeres de la casa.

—No sé, a ti, a tu familia. Tenías novio, ¿no?

—Sí, lo que pasa es que ahora, con la guerra, no sé cuándo nos vamos a poder casar. Él, en fin —parecía que le costaba trabajo hablar—, no se termina de decidir.

—¿En dónde está sirviendo?

—Todavía no ha sido llamado. Pero él quiere defender Alemania porque es alemán.

—Por descontado, Geli, todos somos alemanes y queremos defender a nuestro país.

Con toda la intención y la malicia de quien ha diseñado un plan, un sencillo ardid, lanzó la pregunta que estaba deseando formular desde hacía un tiempo.

—¿Tiene el certificado?

La pregunta se clavó en los oídos de Geli con más fuerza que un punzón de hierro.

—¿El certificado? —sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo Erika—, ¿qué certificado, señora?

—Vamos, Geli, que estamos solas. Te estoy hablando del certificado de buen alemán —Erika se refería al documento que autentificaba el carácter ario de su propietario—, el que todos tenemos.

La criada se removió en la silla. De repente estaba muy incómoda con el cariz que había tomado la conversación.

—Señora —balbució, sin saber cómo contarle—, es que tiene un problema.

—¿Y qué problema puede tener?

La chica miró al suelo. No se atrevía a hablar a Erika.

—Vamos, no tengas miedo. ¿Qué problema tiene?

Las lágrimas habían aflorado a su rostro. Por las pequeñas mejillas de la muchacha acababa de empezar a discurrir un pequeño río. No pudo contenerse y se llevó las manos a la cara, tapándosela, ruborizada porque la viera así su señora.

—Geli, somos amigas. Lo hemos sido siempre. ¿Qué problema es el que tiene?

—Erika, es que su abuelo era judío —concluyó, bajando las manos.

—¿Judío?

La criada no pudo confirmar la pregunta. Erika se incorporó definitivamente de la cama y se quedó sentada en ella. Le cogió la mano húmeda y con la suya le retiró una de las lágrimas que nacía de los ojos azules de la mujer a la que intentaba falsamente consolar.

—Vamos, tranquilízate. ¿Verdad que te vas a tranquilizar?

La miró con los ojos enrojecidos y asintió con la cabeza.

Se hizo un silencio en la habitación. Ninguna de las dos habló y sus manos siguieron cogidas mientras permanecían sentadas, en la cama y en la silla.

—Geli —mientras hablaba, le levantó la barbilla para que la mirara—, me parece que el problema no es ese. ¿Verdad?

Aunque tenía que tener la cabeza levantada, los ojos de la criada no fueron capaces de mantener la mirada de Erika. Revolviéndose, volvió a bajar la cabeza y se desgarró en un llanto inconsolable. Parecía que había barruntado la pregunta que estaba a punto de oír y ahora los gemidos provocaban un leve movimiento de hombros.

—Geli, el problema es que, además de su abuelo, tu novio también es judío.

La confirmación de la pregunta sonó en los oídos de Geli como si fuera la lectura de su sentencia de muerte.

—Tranquila, tranquila —se apresuró a decir, ante la nueva sofoquina—, no tienes de qué preocuparte. Somos amigas. Geli, deja de lloriquear, que no le va a pasar nada.

Al cabo de unos minutos la criada se había calmado, pero las huellas del berrinche se habían marcado en su redonda y frágil cara y, sobre todo, en sus ojos, ahora totalmente enrojecidos. Erika quiso establecer con ella un pequeño guiño de complicidad y, a la vez, de ratificación.

—Oye, ¿qué se siente al tener relaciones con un circunciso?, ¿eh? —inquirió, a la vez que le mostraba una sonrisa—. Dime, ¿cómo la tiene?

La miró y se sonrió, confundiendo la risa con las lágrimas.

—Señora, por favor...

—Vamos, no te dé vergüenza, te repito que somos amigas. Yo nunca he visto una que estuviese circuncidada. Seguro que tiene que estar bien.

La chica comenzó a reírse. La tensión se había volatilizado y ahora se sentía como si estuviera de confidencias con una amiga, con una igual.

Los ojos de Nicolette habían envejecido. Había acogido la noticia con gran entereza. La creía. No podía dudar de las palabras de la mujer.

Todavía recordaba cómo terminó aquella noche, a la postre, aquella maldita noche, cuando mataron a los dos soldados.

Pasadas las seis de la mañana escuchó cómo el portón de entrada se volvía a abrir. A diferencia de Jacqueline, que se encontraba completamente ebria, inconsciente y tirada en el suelo, ella no había dormido ni un solo instante. En cuanto vio aparecer a su hermano por la ventana haciendo señas de que tenían que marcharse, corrió hacia donde se encontraba Jacqueline y le ordenó:

—Vamos, levántate, nos tenemos que marchar.

La mujer solamente farfulló unas palabras ininteligibles. Entretanto, Thierry abrió la puerta de la habitación donde las dos habían pasado la noche.

Mientras Jacqueline se intentaba incorporar agarrándose a una silla, los dos novios se abrazaron y se besaron.

—Thierry, he tenido mucho miedo por ti.

—No tenías que preocuparte, tu hermano ha estado increíble. Nos han parado los *boches* y tenías que haber visto la sangre fría que le ha echado François. Ríete tú de Sacha Guitry. Ha sido la mejor interpretación que he visto en toda mi vida. Todo ha salido a la perfección, pero debemos irnos. Seguro que dentro de muy poco los van a descubrir.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

Thierry le sonrió.

—Luego te lo digo. ¡Vamos!, no hagamos esperar a François.

Jacqueline, que cuando consiguió ponerse en pie marcó dos arcadas, salió tras ellos como buenamente pudo dibujando un camino errático con sus pasos.

Habían transcurrido ya cuatro días del asesinato de los soldados y desde entonces permanecía escondida en la misma casa donde la había dejado su hermano. Sin saber muy bien la razón, cuando se despidió de François tuvo la sensación de que iba a ser la última vez que lo vería. Siempre se estaba moviendo en ese inconsistente terreno de la incertidumbre. Realmente, ni sabía cuándo podía comenzar una misión ni cuándo iba a terminar. Desde hacía algunos días, había añadido una nueva duda, la de cómo iba a concluir.

El piso se enclavaba en un distrito que se hallaba un poco más al sur que el de su casa, concretamente en el nueve —ella vivía en el dieciocho—. Era una buhardilla que se encontraba en la sexta planta de un edificio que hacía esquina entre la avenue Trudaine con la rue Turgot, con unas vistas privilegiadas a una place D’Anvers —y, como si fuera el telón de una obra de teatro, al fondo se levantaba el perfil blanco e

inmaculado del Sacre Coeur, la iglesia que se encontraba a cinco minutos de su casa — cuya vista hubiera podido disfrutar si le hubieran autorizado a abrir los balcones, pero la instrucción que recibió era la de mantenerlos cerrados siempre. Solo las pequeñas rendijas que se entreabrían en la persiana le permitían distinguir algo de la vida exterior. Su hermano le había dicho que la red tenía una serie de pisos seguros, aunque nunca se podía saber si esa palabra era sinónima de la idoneidad de un escondite. Además, siempre cabía el riesgo de que en la propia organización se escondieran informantes, personas que por un favor, por la liberación de un familiar judío, incluso por dinero, traicionarían y darían una lista de nombres codiciados o una dirección. Todo por muy poco esfuerzo. Luego estaban los indiscretos, los que hablaban en alto en los bares, los que soltaban comentarios inoportunos en lugares inadecuados, y siempre había oídos ocultos dispuestos a escuchar. Esos eran los peores porque en ese grupo podía estar cualquiera.

Todas las viviendas de esas características estaban aprovisionadas de comida suficiente como para poder pasar en ellas una temporada. Siempre había suficiente cantidad de agua potable, frutos secos, salazones, dulces, almíbares y «rutabaga», el omnipresente nabo sueco. Para evitar ruidos, los escondidos tenían prohibido cocinar, caminar por la casa salvo lo indispensable, y nunca con zapatos, encender cualquier luz, poner la radio... Nicolette sabía que el mero acto de ir al baño constituía un peligro. Por eso, jamás usaba la cisterna y se valía de una palangana donde hacía sus necesidades que luego vaciaba lentamente por el inodoro. El olor en el aseo era pestilente. Por supuesto, tampoco se podía duchar. Con una esponja se mantenía discretamente aseada. Muy discretamente.

Lo único que podían hacer era leer. En esos pisos siempre había una colección de libros en previsión de un tiempo largo de ocultación. En esos cuatro días ya se había leído *Un invierno en Mallorca*, de George Sand, e iba muy avanzada con *El vientre de París*, de Zola —no sabía si, dada su situación de confinamiento, había sido una buena elección escoger una novela en la que la abundancia de comida y la variedad de ella tuviera tanto protagonismo—, y también había tenido tiempo para aprender algunas palabras más de alemán con un diccionario de bolsillo que cogió de la estantería. Le pareció chocante que en un piso de esas características hubiera un ejemplar así.

No podía hacer nada más que esperar. En algún lugar, alguien sabía que allí había un resistente encerrado. Los sótanos de la rue des Saussaies podían resultar fatalmente convincentes. Nicolette se preguntaba qué pasaría si, transcurrida una semana, nadie iba a por ella. Probablemente no haría nada, pero ¿y a la segunda semana?, ¿y a la tercera? Las provisiones eran muy importantes y tenía que aprovecharlas al máximo. Sabía que moverse poco sería la mejor forma de poner en práctica el ahorro de energías y, en consecuencia, de alimentos. Pero, a pesar de tener comida, ¿qué pasaría con ella? En los últimos días había pasado de estar encerrada en la habitación de un sucio taller, a permanecer oculta en un elegante piso de una

ciudad que cada vez tenía más viviendas vacías, entre los numerosos refugiados que habían abandonado sus casas ante la llegada del ejército alemán y las que el Instituto de Estudios de Cuestiones Judías de la rue de la Boétie se estaba encargando de vaciar. En los días previos a la entrada del Tercer Reich en París, una multitud de personas desesperadas por abandonar la capital, y temiendo por su vida, se agolparon en las estaciones de Montparnasse, Lyon o Austerlitz, los que usaron el ferrocarril; y en las carreteras que llevaban hacia Orléans o Le Mans, los que contaban con un coche. Hubo gente que huyó incluso andando.

No llegó a desesperarse. En la tarde del cuarto día oyó cómo llamaban a la puerta. Era evidente que no tenía que abrir a nadie, excepto si la llamada iba aparejada de una contraseña. La cadencia del golpeo con los nudillos fue la confirmación. Como medida de precaución adicional, miró por la mirilla. «François, Thierry», pensó. Pero no, no era ninguno de ellos. Eran dos personas. Una pareja. A uno sí lo conocía. Abrió la puerta. No tenía ningún sentido intentar hacer del piso una fortaleza. Quien había llamado sabía muy bien que había alguien dentro.

Sin mediar palabra, los dos se metieron en la casa. Al cruzar el umbral, la mujer, que llevaba un pañuelo violeta cubriéndole el pelo, la mandó callar llevándose el dedo índice a la boca. Los dos se movían con autoridad. A ella nunca la había visto. Él era Pascal. Con el mínimo ruido, Nicolette cerró la puerta sujetando el pomo con la mano para que no sonara al cerrarse.

Una vez que los tres pasaron al salón de la casa y después de que dejara en el suelo la bolsa de arpillera que llevaba colgada al hombro, la mujer se presentó. Su voz era muy profunda, con un marcado acento mediterráneo y, por ello, se veía obligada a hablar especialmente bajo:

—Perdona mi tono de voz —a pesar del volumen, su voz transmitía fuerza y seguridad, algo que presintió Nicolette desde las primeras palabras—, pero me he acostumbrado a hablar muy bajo. Ya son demasiados los que han muerto por hablar alto.

La mujer tradujo la expresión de la cara de la chica y la tranquilizó:

—Mi nombre es Marie-Madeleine Fourcade. Si te fueras a quedar aquí, te diría que me llamaras «Erizo», pero no es el caso. A Pascal ya le conoces, ¿no?

Nicolette asintió.

Marie-Madeleine dio una vuelta por la casa. Pisando casi de puntillas —se había quitado los zapatos nada más entrar—, recorrió todas las habitaciones. En cada estancia abrió con cuidado los muebles, quizá buscando a alguien oculto. Se agachó debajo de la cama, miró en el armario de luna del dormitorio principal y dentro de los armarios de cocina. Cuando entró en el baño y percibió el tufo comprendió que Nicolette lo había hecho bien.

—Lo peor que tienen estos pisos —dijo, al regresar al salón— es que no se puede

fumar ni aunque vengas de visita. ¿No habrás fumado?

—No, no fumo.

—Mejor. Vamos a esa mesa. Mira, te he traído unas naranjas corsas, de Belgodére. Son más difíciles de encontrar que un francés en el que puedas confiar plenamente, pero no quiero que contraigas el escorbuto.

Nicolette la interrogó con los ojos.

—Tranquila, es una manera de hablar. Para contraer esa enfermedad habría que estar semanas o meses sin probar cítricos, como les pasaba a los marinos hace siglos. Y ese no va a ser tu caso. Tranquila —repitió.

Los tres iban a sentarse alrededor de una mesa redonda que había en el salón, justo donde hacía esquina el edificio.

—Esperad —indicó a los dos.

La mujer, por señas, pidió ayuda para levantarla y desplazarla un par de metros, alejándola de la ventana.

—Odio las ventanas —afirmó, mientras se sentaba.

En ese momento se quitó el pañuelo que cubría su cabeza y descubrió su media melena con raya en medio. A sus treinta años, la marsellesa irradiaba seguridad por cada uno de los poros de su piel morena. Nicolette pensó que tenía que ser una mujer tremendamente atractiva para los hombres.

—¿Dónde están Thierry y mi hermano? —preguntó la joven, mirando alternativamente a ambos.

Pascal, amigo de la niñez de Thierry, esquivó su mirada y se refugió en la personalidad de Marie-Madeleine. Nicolette se puso nerviosa al ver que Pascal evitaba mirarla a los ojos y buscaba la ayuda de esa mujer desconocida. Imaginó lo peor y perdió el control de sus actos. Volvió a repetir la pregunta sin darse cuenta de que había alzado la voz.

—Nicole, por más que chillaras no conseguirías que vinieran. Como mucho lograrías que un vecino llamase a la Gestapo. París está lleno de gente dispuesta a ganarse el favor de los ocupantes. Tienen mucho dinero y con las devaluaciones que han realizado aún más. Son inmensamente ricos. Por favor —Marie-Madeleine continuaba con el mismo tono de voz que mostró nada más entrar en la casa—, no levantes la voz.

Se hizo un silencio que rompió ella misma.

—Venimos con malas noticias —sentenció, clavando su profunda mirada en los ojos de la chica, de la chiquilla, que tenía delante.

Los dieciocho años de Nicolette emergieron de repente como aquella marea que aparecía por lo alto de la presa cuando de niña jugaba en Dinard. Aunque lo estaba esperando, siempre era una sorpresa el momento exacto en que el agua les iba a empapar. Manteniendo la mirada firme y la cabeza inmóvil, por sus ojos comenzó a aflorar, primero una lágrima, después otra, y otra, y otra. Estaba llorando en silencio, como le había dicho su hermano que tenía que hacer todo cuando estuviera en un piso

seguro: «*Crevette* —siempre la llamaba así, por el nombre del crustáceo—, en el piso al que te voy a llevar tienes que hacer todo en silencio». La mujer la abrazó, pero no le dijo nada. Nicolette ahogaba sus sentimientos apretando su cara contra el jersey gris marengo de cuello alto de Marie-Madeleine, aspirando su perfume, e impregnándose de la seguridad que infundía la mujer que acababa de conocer y que le había comunicado la fatal noticia.

Mientras, Pascal no sabía qué hacer. Permanecía en su asiento, mirándolas y preguntándose cuántas personas más tendrían que vivir un momento así.

Los tres continuaban callados. Nicolette tenía muy bien aprendida la lección y sabía que, mientras se permanecía oculto, había que estar sin hacer ruido. Lo que François no le enseñó es que si alguna vez tuviera que llorar su muerte, también tendría que ser así, con lágrimas mudas.

Marie-Madeleine le dio unos pequeños golpes en la espalda y la separó de su regazo.

—Nicolette, estamos en guerra. El carcamal y el mal nacido de Laval han firmado un armisticio, pero esa pluma solo se sostuvo con la mano de traidores. Los franceses, los buenos franceses, estamos en guerra. Y esta guerra, Nicolette, esta guerra va a ser muy larga. Algún día se hará justicia, pero ahora no podemos abandonar. Nos va a costar muchos sacrificios regresar a nuestra «Igualdad, Libertad» y «Fraternidad» y olvidar el «Trabajo», «Familia» y «Patria».

Nicolette se encontraba en estado de trance. La oía, pero no la escuchaba. Continuaba con la mirada perdida en algún punto impreciso de la habitación, quizás en el dobladillo de una cortina, o fijándose en alguna mancha que pudiera asomar en la pintura de la pared.

—Vas a tener que marcharte de aquí —determinó Marie-Madeleine—. Todavía no sabemos exactamente para qué nos vas a poder ser útil. Sabemos que eres una mujer muy valiente, y eso es lo que necesitamos. Y también sabemos que no te tiembla la mano a la hora de cumplir con tu deber. Nicolette, te tienes que preparar para los servicios que te vamos a pedir.

—¿Cómo fue?

—¿Qué?

—¿Que cómo fue? ¿Cómo los mataron?

Marie-Madeleine se reclinó sobre el respaldo de su silla como si se encontrara fatigada. Se volvió a Pascal dándole una orden con la mirada.

—Nicole —comenzó a hablar el hombre que hasta ese momento no había sido capaz de enfrentarse a la pena de Nicolette—, fue una acción espectacular. Tu hermano y Thierry colgaron a los dos nazis que habían matado en mitad del puente Neuf y los dejaron allí hasta que la policía fue alertada —la chica lo escuchaba sin mirarle directamente, pero sin pestañear, con la mirada inmutable, sin fijarse en nada—. Cuando llegaron, ya lo sabía medio París, y, cuando los descolgaron, París entero. Parece ser que recibieron órdenes directas de Berlín: había que dar un escarmiento,

una represalia y que el alcance de esta la hiciera conocida por todos los habitantes de la ciudad. Nos imaginamos que se lo encargarían al mismísimo Jesko Puttkammer. Sacaron a presos de Fresnes, de La Santé y a un grupo de mujeres de Petite-Roquette, y montaron una farsa de evasión. Mataron a sesenta y una personas. Nicole, cuarenta y tres chicos y dieciocho chicas. —Pascal cogió las manos de Nicolette entre las suyas. Sintió como si estuviera envolviendo un frágil témpano que estuviera a punto de quebrarse—. Después investigaron el movimiento de vehículos durante la noche anterior. Tuvieron que controlar el paso de la furgoneta en Les Halles y por ese motivo les fue fácil dar con la Renault que los había llevado hasta el puente. Creemos que así cayeron François y Thierry.

—¿Cómo fue?, ¿los ahorcaron?

—¡No, qué va! —exclamó Pascal, casi mostrando una sonrisa y haciendo un esfuerzo fatigoso por simular que decía la verdad—, en absoluto. Les tendieron una emboscada en la calle y cayeron, llevándose por delante a varios nazis.

Pascal pensó que no había nada de malo en contarle a Nicolette esa pequeña mentira. Todos los que estaban en la organización sabían que podían morir en cualquier momento, pero siempre comentaban que la mayor humillación sería morir en la horca. A veces llegaban a bromear con ese tema y se decía entre ellos que donde esté una mala bala que se quite una buena soga.

—A quien sí ahorcaron fue a uno de los oficiales que patrullaron esa noche. Afortunadamente, alguien no debió de hacer bien su trabajo. Esta vez, los castigos los han llevado muy lejos.

—¿Y aquella mujer, Jacqueline?

—A Jacqueline la hemos dejado en libertad. Desgraciadamente, ya nos da igual que ande circulando por la calle. Solo te podría reconocer a ti, pero tú vas a dejar París.

—Dejar París —refrendó Nicolette, repitiendo mecánicamente lo que acababa de escuchar.

—Sí. Queremos que te prepares para otras misiones y para ello tienes que dejar París, esto es demasiado peligroso. De momento te vamos a mandar al sur. Ya te diremos dónde. Estarás aquí hasta mañana o pasado mañana como muy tarde. Vendrán a buscarte.

—¿Pero qué haré?, ¿qué queréis de mí? —hablaba sintiéndose un títere en manos de un ser desconocido. Solo tenía dieciocho años.

—Queremos que aprendas alemán —volvió a intervenir Marie-Madeleine—, a manejar armas, a manipular explosivos, ¡yo qué sé!, Nicole. Nadie sabe cuánto va a durar esto, ni cuántos vamos a caer. Igual nos ordenan que hagamos saltar por los aires un puente, como que destruyamos fábricas; o, quizá, que aprendamos arte.

Esa última palabra tuvo en la conmocionada Nicolette el mismo efecto que el chasquido de unos dedos para un hipnotizado. Nada más escucharla, pareció salir de esa especie de letargo en el que la noticia de la muerte de sus dos seres más queridos

la había sumido y miró a la mujer.

—¿Aprender arte?

—No sé, Nicole, es una manera de hablar. Yo no sé cuáles son los servicios que podremos prestar a nuestro país. Sabemos que se están llevando nuestro patrimonio, no en camiones, sino en trenes. Todos los días desvalijan museos y los cuadros que roban, después de almacenarlos en el Jeu de Paume, acaban en Neuschwanstein, en Obersalzberg o en Carinhall.

—¿Carinhall? —coreó, como si el nombre le resultara familiar—. ¿Qué es Carinhall?

—Carinhall es la mansión que ha construido Goering al norte de Berlín para esconder todo lo que nos roba. A nosotros, y a media Europa.

Pascal y Marie-Madeleine aún estuvieron un rato en el piso franco. Cuando Nicolette dio muestras de estar más calmada, los tres se levantaron y las dos mujeres se dieron un fuerte abrazo.

—No sé si nos volveremos a ver. Tampoco sé quién vendrá por ti, pero, tranquila, confía en nosotros. Necesitamos gente como tú.

Marie-Madeleine giró la mirilla comprobando que no había nadie en la escalera. Con cuidado se volvió a calzar los zapatos y salió de la casa junto a Pascal. Cuando habían subido, se habían encontrado con una niña. Ahora, al salir, se daban cuenta de que dejaban una mujer.

La noticia de la muerte de Erhard había sumido la casa de los Knochen en un mar de dolor y silencio, en el mismo al que se precipitó su avión por causas que nadie llegó a conocer. Podría haber sido un fallo mecánico o también un ataque inglés, o un equívoco alemán. La realidad era que el avión de Lufthansa había despegado en Madrid, pero nunca llegó a tomar tierra en Tempelhof.

Nadie se atrevía a hablar más de lo imprescindible. Las teclas del piano de Ursula callaban y, por respeto a la memoria de su padre, ella se había jurado que jamás volvería a tocar un instrumento que pudiera asociar a la alegría de los conciertos dados en la casa. Hacía muchos años que había aprendido a repasar el pentagrama y, como si fuera una ciega que lee música escrita en braille, con la yema de sus dedos índice y corazón recorría las cinco líneas paralelas donde las notas le traían a la memoria la música y los acordes que ahora le parecían tan lejanos como los recuerdos de la felicidad perdida.

Marlene había dejado de leer y de bordar, sus grandes aficiones. Pasaba las mañanas enteras en la cama, con los ojos abiertos mirando fijamente a ningún lugar. La melancolía, agravada por el atardecer, se adueñaba de la casa de la familia del industrial. Al terminar de comer, como si fuera el movimiento mecánico de un autómatas, se dirigía despacio y solemne al despacho de su marido. Después de caminar sobre la moqueta que cubría el suelo de la habitación, se sentaba en la silla del escritorio y contemplaba con detenimiento lo mismo que había examinado día a día desde que recibió la fatal noticia. Probablemente, al día siguiente volviera a sentarse en aquella silla para revisar la colección de plumas de su marido, sus Montblanc, Osmia, Kaweco, y oler el frasco de tinta Pelikan. También cogería el abrecartas de plata con el puño en forma de esvástica que le regaló Albert Speer, gran amigo de Erhard; el frío del metal en sus manos la hacía sentirse menos muerta. Releería de nuevo las postales que mandaba en sus viajes, se emocionaría al ver la pulcra letra que tenía su marido, y al leer cuánto las echaba de menos tanto a ella como a las niñas. La estancia se mantenía intacta desde que se marchó a Galicia, a ese viaje tan tranquilo y seguro, al menos eso creían todos.

La importancia de los negocios del padre y las múltiples relaciones sociales y profesionales que había labrado durante años, provocaron que las exequias contaran con la presencia de más de mil personas. El funeral se celebró en el mismo templo donde hacía unos años se casó el viudo Goering, en la catedral de Berlín, y fue también en una ceremonia oficiada por Müller, el obispo del Reich. Al terminar la misa, las tres mujeres recibieron el pésame de una buena parte de la sociedad berlinesa. Erika recordaba el abrazo que le dio una Emmy que lloró como si fuera una Knochen. El propio Albert Speer se unió a la familia en el banco delantero, en donde

faltó Günther por encontrarse en Francia.

A la larga mesa rectangular se habían sentado las tres mujeres de la familia, dejando libre el hueco eterno del padre que nunca volvería.

Ayudada por otra muchacha de las que trabajaban en el servicio, Geli servía la sopa humeante en cada uno de los platos. Nadie hablaba, habían optado por el silencio como medio de expresión del dolor.

Erika observaba los movimientos de Geli. «De la judía Geli», pensó. No lo era, pero era novia de uno, por lo que no tenía ningún derecho a reclamar su pureza de raza. Además, sus hijos serían judíos. Judíos miserables. Los culpables. Si no existieran, no habría tenido sentido la guerra y su padre estaría sentado frente a ella.

Geli, la judía.

—Geli, esta sopa está muy caliente —le reprochó Erika en tono muy agrio.

—Señora, lo siento. La han traído así de la cocina.

—¿Cómo que la han traído así de la cocina? ¿Estás eludiendo tu responsabilidad?

—No, señora, lo que estoy diciendo es que ya venía así, que yo no lo sabía.

—Pues deberías saberlo.

Ursula y Marlene se miraron extrañadas por el tono con que Erika se estaba dirigiendo a Geli, a la criada que tenían desde hacía años.

—Geli, no creas que no te he estado observando —vociferó a la sirvienta, que acababa de servir a la hermana—. Sabes que estamos pasando un momento muy doloroso en esta casa y parece que tú no lo estás sintiendo como lo estamos sintiendo todos.

—Señora, yo he sentido la muerte del señor.

—¿Tú? ¡Qué vas a sentir! —Y diciendo esto, se levantó y se acercó a una Geli que la vio llegar con miedo. Se había quedado junto a la compañera que sostenía la sopera de cerámica de Limoges—. La gente como tú no sabe lo que son los sentimientos humanos.

—¡Erika!

La madre había dado, solo con el nombre de su hija, una orden muy concreta.

—Mamá, déjame. ¿No te has dado cuenta de que tenemos en nuestra casa a una indeseable?

—Señora, yo, no...

Geli no era capaz de articular palabras que transmitieran lo que estaba sintiendo. Erika, la que creía su amiga, con quien había estado casi de confesión hacía unos días, se estaba portando con ella como si fuera un ser abominable.

—Sí, ¡puta! Eres una puta que te acuestas con judíos.

Al pronunciar esa última palabra, como si lo hubieran ensayado, Marlene y Ursula levantaron la vista hacia la sirvienta. Sus ojos mostraban incredulidad ante las palabras que estaba gritándole Erika.

—Erika, yo...

—¿Cómo que Erika? ¡Cómo te atreves a llamarme Erika! A mí me llamas *Frau*, que es lo que tú jamás serás, porque las putas nunca lo llegaréis a ser, por mucho dinero que hayan robado los judíos como ese al que entregas tu asqueroso y enfermo cuerpo de ramera depravada. Seguro que te ha pegado una sífilis o algo peor.

—Geli, ¿qué está diciendo Erika?

La madre no quería perder los nervios como estaba haciendo su hija mayor: por ello, intentó reconducir la situación con su intervención.

La muchacha que acompañaba a Geli no sabía qué hacer con la sopera y optó por permanecer en el sitio, firme, a su lado. Por su parte, Geli no era capaz de articular palabra. Erika estaba haciendo uso en su contra de todo lo que ella le había contado distendidamente. Creía que le confiaba su secreto a una amiga.

—Mamá, ¿vas a dudar de mis palabras? Geli, la que se está portando con nosotras como una sanguijuela, quitándonos nuestra comida y cobijándose bajo este techo, vende su cuerpo a judíos con quienes se retoza como si fuera una concubina romana. Es una judía. Tan judía como todos los enemigos de nuestra patria.

—¡Yo no soy judía!, y él es un hombre bueno —quiso aclarar, en un arrebato de dignidad.

Erika se puso frente a ella y le dio tal bofetada que le marcó los dedos en la mejilla izquierda. Fue tan fuerte el golpe que su cuerpo se desplazó lateralmente y provocó que se desequilibrara.

—¡Basta ya! —chilló la madre, con un sonido similar al de un graznido, mientras se levantaba al escuchar la confesión implícita de la criada—. Geli, tu silencio te delata. Mi hija está en lo cierto. En esta casa no podemos dar cobijo a mujeres que tengan relación con los culpables de que Erhard no esté hoy con nosotros. Ve a tu habitación y tienes treinta minutos para hacer la maleta. Luego, espera allí sin salir a ningún sitio. —Ursula, que no había probado ni una cucharada de la sopa, seguía en silencio.

Haciendo una reverencia, Geli, entre sollozos, abandonó el comedor seguida de la compañera que la había ayudado a servirla cena.

Marlene se limpió la boca con la servilleta y dijo:

—Voy a la biblioteca. Tengo que hacer una llamada.

Dos días después de que un furgón de la SS se llevara a Geli después de las acusaciones que Erika vertió sobre ella, les anunciaron la visita de Emmy Goering. Elsa, su secretaria, les había adelantado que la mujer del Reichsmarschall tenía interés en hablar con Erika.

El timbre de la puerta sonó a las cinco de la tarde. Instantes después Marlene daba la bienvenida a una invitada que, como siempre, lucía un peinado recogido a ambos lados de su cara regordeta. Parecía que la providencia había unido a dos personas,

Emmy y su marido, con unas facciones de cara muy similares.

—¡Cuánto me alegro de volver a verte, Marlene! —exageró un poco nada más darse dos besos con la madre de Erika—. ¿Cómo os encontráis?

—Te puedes imaginar, Emmy. El dolor por la muerte de un esposo es algo que no deseo a nadie. Era un hombre ejemplar.

—Tiene que ser horroroso. Si me pasara algo así, me querría morir.

—Emmy, lo que necesita nuestro país son mujeres fuertes que apoyen a los hombres que están dando todo por nuestro futuro. Incluso su vida.

—Tienes razón, Marlene.

—Por favor, pasa —rogó la anfitriona, haciendo un ademán con la mano—. Es para todas nosotras un honor recibir tu visita.

—Marlene, querría hablar con Erika. Tengo noticias para ella que creo le pueden interesar.

Unos minutos después las tres mujeres se encontraban sentadas en unos sillones bajos con brazos, tapizados con una tela de flores color pastel. En sus manos sostenían una taza de té que les acababa de servir una de las criadas. Cuando esta se hubo marchado, Erika habló:

—Emmy, hace unos días hemos vivido un episodio horrible en esta casa.

—Lo sé, Erika, sé que todas lo queríais con locura.

Erika comprendió que Emmy no había entendido.

—Me refiero a lo que nos pasó con una criada que tuvimos. Descubrimos que era novia de un judío y, como es preceptivo, la expulsamos inmediatamente.

—Fue horrible —comentó la madre—, nos servía desde hacía varios años. Era de la misma edad que Erika. ¡Quién nos lo iba a decir!, con lo formal que parecía.

Emmy no opinó nada sobre lo que le contaban y prefirió abordar el tema que la había llevado a la casa de los Knochen.

—Erika, estuve hablando con Hermann de lo que comentamos el día de la fiesta —Marlene se quedó sorprendida de lo que estaba contando la invitada. Su hija no le había adelantado nada—. Me confirmó lo que yo ya imaginaba, que él tiene que tener a su lado personas capaces. Me preguntó si lo conocía y le dije que sí, que me parecía que era el militar que necesitaba —mientras contaba esto, en la cara de Erika se fue dibujando una sonrisa de satisfacción—, que era un hombre joven pero con mucha experiencia en combate y un gran estratega. Han estado analizando su expediente y han visto que estudió en Scheleissheim y que antes había pertenecido a la Unión Aerodeportiva Alemana de Bruno Loerzer. ¿Sabías que Bruno y Hermann son íntimos amigos?

Erika estaba sorprendida por la calidad de la información que contaba acerca de su marido. Comenzó a notar un leve cosquilleo en su estómago al pensar en las averiguaciones que también hubiera podido hacer sobre su historial como actriz o sobre el aborto simulado. Todo lo que contaba era cierto.

—Ya te dije, Emmy, que Günther ha nacido para la aviación —fue lo que se

limitó a decir.

—Está deseando conocerlo, y ya lo ha llamado para entrevistarse con él. Hermann se encuentra en París, precisamente de regreso del Canal, y llegará aquí mañana por la tarde. Tu marido tiene prevista su llegada para pasado mañana por la mañana y viene con un informe inmejorable del general Hugo Sperrle. También me han contado lo de la guerra española... Erika, has sido muy modesta al hablarme de tu marido —sonrió cómplice, agarrándole la mano—. Se le va a proponer un ascenso inminente y va a formar parte del Alto Estado Mayor de la Luftwaffe.

—Pero eso es fantástico —exclamó la madre, que no se terminaba de creer lo que estaba oyendo—. Erika, es la mejor noticia que podía oír.

—El único inconveniente es que no podréis quedaros en Berlín. Tendréis que mudaros a una de nuestras casas fuera de la ciudad, ya sabes, cosas de militares... —sonrió.

—¿Dónde? —preguntó Erika con inquietud, ya que sabía que Goering tenía al menos veinte residencias distintas.

—A Carinhall.

—Eso está muy cerca de Berlín —apuntó la madre.

—Sí, a una hora hacia el norte. ¿La conocéis?

—Yo la he visto en *Völkische Frauenzeitung*, y me parece una casa de ensueño.

—No te creas, cariño, en invierno hace mucho frío en el exterior, pero no te preocupes, tu hijo podrá criarse allí divinamente.

Las dos mujeres se miraron extrañadas. El hijo, ¿de qué hijo hablaba Emmy?

—¿Qué hijo? —preguntó Erika, extrañada.

—El que espero que Günther y tú tengáis pronto. Edda necesita alguien de su clase con quien jugar. Me gustaría que fuera una niña y que se hicieran amigas —deseó Emmy ofreciendo su rostro más maternal.

En ese momento Ursula entró en el salón. Venía de la calle y ya había dejado el abrigo al personal de servicio.

—¡Ursula —su madre corrió junto a ella—, tienes que felicitar a tu hermana! Günther va a volver del frente, va a ser ayudante del Reichsmarschall. Fíjate, ¡qué alegría!

Ursula asumió rápidamente la idea.

—Se van a ir a vivir a Carinhall —añadió Marlene—. Vamos, felicítala.

La recién llegada se acercó a Erika. Se quedaron unos instantes mirándose. Cada una sabía muy bien lo que estaba pensando la otra. Desde que Erika le había quitado el novio a su hermana pequeña, una fría y muda barrera las separaba. No pasaron más que unos segundos que a Marlene le parecieron eternos hasta que Ursula abrazó a su hermana.

—Erika, enhorabuena, me alegro mucho por ti, vamos —puntualizó casi con cortedad—, por los dos.

—Lo sé, Ursula, lo sé.

SEGUNDA PARTE

1944

Noviembre

La noche se cernió sobre la mansión. Erika se estaba alisando el pelo delante del tocador que tenía frente a su cama, un inmenso lecho con dosel blanco labrado en madera. Günther estaba con ella. Esta vez no había viaje ni reunión, ni tertulia, ni fiesta —odiaba las fiestas, le habían gustado cuando las necesitaba, ahora aquel instrumento de relación había dejado de tener significado—. La noche era para ella, y para él. Cada vez lo notaba peor. Era lógico. Para un Oberst de la Luftwaffe, la responsabilidad se incrementaba por momentos. Con un ejército nazi replegándose en todos los puntos cardinales, los militares mostraban mayor angustia, una irritabilidad creciente y un doble temperamento cada vez más enfrentado. Ante sus subordinados tenían que mostrar el lado triunfante del combatiente que cumple sus misiones con la precisión que necesita toda máquina castrense. Pero en la cama, con su mujer, podían mostrar sus inseguridades y abatimiento. Aun así, ese no era el caso de Günther. Él estaba firmemente convencido de que la guerra iba a dar un giro vital en muy poco tiempo, tal vez a lo largo del próximo mes de diciembre. El Alto Mando estaba preparando una contraofensiva que cogería desprevenidos a los aliados. Eso no lo iba a hablar con Erika. Con ella prefería comentar temas más llanos, tales como el tiempo o los juegos de Kurt.

—Hoy le he estado enseñando un libro de aviones. Parece que los reconoce —alardeó Günther, que estaba en la cama, esperando a que entrara su mujer.

—Günther, por favor, que acaba de cumplir tres años —advirtió Erika, mientras se terminaba de cepillar el pelo.

—Pues yo le preguntaba cuál era el Stuka y me lo señalaba —precisó con orgullo paternal.

—Tal vez quiera ser aviador, como tú.

—No, preferiría que fuera otra cosa. Yo lo he pasado muy mal allá arriba.

—¿Todavía te acuerdas? —Sabía que nunca había olvidado aquellas incursiones, en especial las nocturnas sobre las nunca doblegadas islas Británicas. En alguna ocasión se había llegado a despertar sobresaltado en mitad de la noche.

—Eso no se puede olvidar.

—Pero si no pilotas un avión desde que vinimos aquí.

—Ya lo sé, pero todavía tengo el miedo metido en los huesos. No te lo he dicho —confesó Günther—, pero muchas noches sueño que vuelo sobre el canal de la Mancha y, a lo lejos, comienzo a ver los malditos destellos de los ingleses que nos empiezan a disparar. No sé cómo podían arreglárselas para esperarnos siempre en el aire. Menos en alguno de nuestros primeros ataques, que los pillamos sobre la misma pista del aeródromo sin haber despegado aún, en el resto de ocasiones de aquel funesto año cuarenta la recepción nos la daban ya a varios miles de pies de altitud,

como dicen ellos. Aquello fue un infierno. Y lo peor es que no sirvió para nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque han pasado más de cuatro años y los ingleses siguen ahí.

—Sí, siguen ahí recibiendo todos los días nuestras bombas. Por lo menos eso dicen los periódicos.

—Ya lo sé, pero no invadimos las islas.

—Esa fue la primera del *gordito*.

—No, Erika, esa ya era la segunda, la primera fue Dunkerque —puntualizó Günther, que sabía a quién se refería su mujer.

Erika se volvió y le detalló:

—Luego vino el norte de África, el desembarco en Sicilia, Stalingrado...

—Por más cuadros que tenga, ese hombre está acabado —sentenció Günther, que le pidió, por señas, que bajara el tono de voz, al igual que había hecho él—. Solo está interesado en tener cada vez más leonas, más juguetes y más Lucas.

—¿Más Lucas? —preguntó, sin comprender a qué se refería.

—Sí, el pintor ese.

—¡Ah!, Lucas Cranach —recordó la mujer.

—Sí, ese Lucas. Me dicen que cuando encuentra uno, paga lo que le pidan.

—Aquí tiene varios, y en Berlín creo que también. Bueno, como tú decías antes y hablaré más bajo —sonrió Erika, como si hablar mal de él fuera un juego—, ese hombre está acabado —pronunció cada palabra gesticulando mucho—. Además, yo sé quién es el más capacitado para sustituirle. ¿No? —Se volvió y le sonrió en la penumbra de la habitación.

—No digas tonterías, Erika. Eso es imposible.

—¿Por qué va a ser imposible? Eres uno de los hombres que más rápido ha ascendido, tienes una hoja de servicios intachable y, además, después del atentado tienes bastante menos competencia.

Todo el país sabía que, tras el atentado fallido que sufrió Hitler orquestado por el conde Von Stauffenberg, el 20 de julio de ese año, en Rastenburg, la purga había alcanzado unas dimensiones casi épicas. Había quien llegaba a cifrar el número de ejecutados en cinco mil. Erika pensaba que al Führer no le había ocurrido nada mejor que un atentado de esa magnitud para encontrar una excusa con la que eliminar a todos aquellos que le resultaban incómodos.

—Bueno, Erika, ¿cuándo vas a terminar de peinarte?

Parecía que Günther no tenía muchas ganas de hablar de su futuro como militar y estaba bastante más interesado en su faceta de marido. En realidad no siempre podía tener un encuentro con su mujer, a la que veía tan de tarde en tarde que más que una esposa parecía que lo que tenía en esa mansión era otra amante.

—¿Para qué quieres que deje de peinarme? —contestó, confirmando que su marido se encontraba de buen humor.

—Para que vengas ya.

—¿Para qué quieres que vaya? Mañana tienes que madrugar.

—No lo sé. Teníamos intención de ir a Berlín, pero han dicho que esta noche puede nevar.

Erika dejó el cepillo junto al peine y al espejo de plata, que descansaban junto a los frascos de perfumes. Tomó uno de ellos. «Channel —pensó con picardía—, este es el de esta noche». Vertió unas gotas en los dedos y mojó con ellos su largo y blanco cuello. Apagó la luz tenue de la habitación dejando la pequeña lamparilla que, insinuante, iluminaba el tocador.

Se levantó de la silla y se quedó de pie, interponiéndose en la línea imaginaria que unía la cabeza de Günther con el único punto de luz de la habitación. Así, el cuerpo de Erika, haciendo pantalla, se asimilaba a una aparición. Se fue acercando lentamente hacia la cama mientras le lanzaba una sonrisa que al estar a contraluz Günther no podía ver con detalle. Cuando estuvo a los pies de la cama se quitó el camisón poco a poco. Primero deshizo el lazo de seda con el que se ataba la prenda al cuello, después movió ligeramente los hombros para que la suave tela resbalara por su piel; el camisón cayó al suelo. El cuerpo de Erika se mostraba casi desnudo, solo unas braguitas blancas con puntillas por los bordes, que fueron el centro de las miradas de Günther, tapaban parte de esa piel tan blanca. Su marido estaba disfrutando del momento.

—Son de París, de cuando era nuestro. ¿Te acuerdas?

Temiendo lo inevitable, la última vez que había estado en la capital de Francia, después de Normandía, él, como la mayoría de los altos mandos alemanes, había acopiado todo tipo de colonias, licores y prendas de mujer del lugar más indicado del mundo para vestir a una dama; por fuera y por dentro.

—Claro que me acuerdo —apostilló con un movimiento de cejas.

Lo que calló fue cómo le quedaban otras iguales que compró a Alexandra, la joven a quien visitaba cada vez que acudía a París, y a la que consiguió un precioso ático abuhardillado en el quai D'Orsay, cerca del cuartel general de la Luftwaffe, muy próximo al pont de L'Alma. Las dos mujeres tenían un notable parecido físico y unas medidas muy similares, y se acostumbró a comprar las prendas íntimas por parejas. Eso le hacía sentirse como un niño travieso. No podía evitar la comparación cuando estaba con ellas en la cama. A veces elucubraba sobre cómo se comportaría una mujer con la experiencia y destreza de Erika, y la inocencia y dulzura de los diecinueve años de Alexandra.

Erika, con las dos manos, agarró su cabeza y revolvió su pelo. El cabello de Günther era de una suavidad tal que se entremezclaba con los dedos largos de su mujer como si fuera agua procedente de un manantial. Con los pulgares tocó su nariz y bajó hacia sus labios deslizándose hacia la comisura de la boca. Así, se acercó poco a poco y posó la suya dejando que, más que de su olor, se impregnara de la fragancia que se acababa de poner. Notó cómo Günther aspiraba el Channel y se iba excitando según indicaba la cadencia de su respiración. Se separó de él unos centímetros para

contemplar su cara.

Poco después, y mientras la pareja se escondía del mundo bajo unas sábanas de satén púrpura, la nieve comenzó a caer perezosa, aburrida, sobre Carinhall; silenciosa, como si no quisiera molestar con su presencia.

No paró de nevar durante toda la noche. No era un fenómeno atmosférico muy frecuente porque el complejo no se encontraba a más de cien metros sobre el nivel del Báltico, las aguas más próximas.

Teresa odiaba la nieve. No porque no le gustara, sino por lo que representaba al día siguiente. Todas las limpiadoras tenían que acudir a la cocina del ala norte, situada en la llamada Ala de Servicios y, después de tomar un café cada vez más aguado, coger las palas, las escobas de raíces y los sacos con sal, y salir a la intemperie, lo más abrigadas que pudieran, para quitar esos inmensos montones blancos que parecían no tener fin. Limpiar los caminos y los accesos era como querer barrer la arena en el desierto, pensaba Teresa; una labor repetitiva e inacabable.

Se asomó a la ventana y en la penumbra de las luces del alba contempló el panorama.

Teresa podía considerarse una privilegiada en Carinhall. Por el trabajo de su marido, les habían instalado en una habitación del ala central, Ala de Invitados, donde compartían cama, una mesilla y un pequeño armario. Era la única persona asignada a labores domésticas que ocupaba una estancia en esa zona; el resto de sus compañeras dormían en la de servicios. A pesar de esa privacidad, la maternidad se resistía. Cada vez que le bajaba el período se sumía en una depresión que la arrastraba a la introversión y el silencio. Siempre fue una mujer de pocas palabras, pero en los días que seguían a la certeza de no estar embarazada el mutismo la absorbía, la retraía y la dejaba anímicamente hundida. De niña le habían contado que un buen día le llegaría la rosa de la pubertad. Años después descubrió que esa rosa tenía unas espinas demasiado afiladas.

En Carinhall había muy pocos niños. La mayoría de sus compañeras eran viudas de soldados, y los matrimonios de sirvientes que trabajaban en la casa eran todos mayores. La niña más famosa de la mansión era, sin lugar a dudas, Edda Goering, la hija de Hermann y Emmy Goering. Teresa la veía cada vez más rica. Cuando llegaron, allá por el lejanísimo noviembre del año 1940, Edda contaba con dos años y unos meses. Ahora era una preciosa criatura de seis años a la que, incomprensiblemente, entendía casi a la perfección. Obviamente no tenía con ella más relación que los encuentros ocasionales cuando la niña aparecía en los pasillos kilométricos mientras ella limpiaba, correteando o montando en cualquiera de los ingenios mecánicos que le regalaban. Teresa no podía entender cómo una niña podía tener tantos juguetes. En su inmensa habitación contaba con patines, patinetes, triciclos, bicicletas dotadas de pequeñas ruedas junto a la trasera para aumentar su estabilidad, una magnífica colección de muñecas de múltiples países, y todo esto al margen de la réplica ciclópea del palacio de Sanssouci que construyeron para ella

junto a las pistas de tenis. La posición de su padre y la adulación colectiva de que era objeto eran la razón de tanta acumulación de muñecos con los que no tenía tiempo de jugar.

La llegada de Luis estaba prevista para la noche. Eso le habían dicho. No siempre se cumplían las predicciones. Desde que llegaron a Carinhall su marido paraba muy poco en la mansión. Al tener que acompañar a Goering, a Hofer, a Miedl, o a cualquier otro de los restauradores, Luis permanecía en continuo movimiento. Unas veces por tren, otras en furgoneta, y muchas en el Mercedes del Reichsmarschall. Su capacidad profesional para descubrir el verdadero valor de los lienzos, para distinguir las imitaciones de los originales, así como su buen hacer en su principal cometido, organizar el embalaje y transporte de cuadros, lo habían convertido en una persona de referencia dentro del reducido círculo de confianza de Hofer, que era lo mismo que decir de Goering.

Teresa se vistió con el uniforme y cogió el abrigo, el mismo que le dieron hacía ahora cuatro años. Todavía estaba en buen estado, incluso mejor que el que llevó desde Madrid y que no se había vuelto a poner. Era la única prenda que permanecía colgada en el armario desde el día de la llegada. Después de atravesar el pasillo bajó las escaleras para llegar a la cocina. Saludó y se acercó al fogón donde Gertrud, una alemana originaria de Kirchwistedt, una pequeña población cerca de Bremerhaven, la saludó con su habitual cortesía:

—Teresa, ¿cómo estás?

—Bien, Gertrud, con sueño —contestó en alemán.

La mujer le sirvió café en un vaso metálico y le señaló unos buñuelos que habían hecho hacía unos días.

—Todavía se pueden comer —comentó la mujer, adivinando el pensamiento de Teresa.

Se sentó en una banqueta y contempló a un grupo de limpiadoras que desayunaban mientras mantenían una amena conversación. Las oyó y recordó lo duro que le resultó a su llegada el no entender ni una sola palabra. Su marido lo tuvo más fácil porque con muchos restauradores podía hablar en francés y, además, él no estaba mucho tiempo allí. Pero ella se quedó sola desde el primer momento. En Carinhall nadie, absolutamente nadie, sabía ni una sola palabra de español. Alguna vez había visto italianos, cuyos vocablos le eran familiares, pero también ininteligibles; y en una ocasión se sintió animada al escuchar su idioma en la conversación de dos argentinos que visitaron la mansión, aunque luego, con sus maneras, su prepotencia y su chulería hubiera preferido no haberlos conocido. Uno de ellos quiso abusar de la situación de preeminencia que da ser un invitado del Reichsmarschall sobre la suya, la de camarera que sirve unas cervezas müniquesas. La casual aparición de Emmy en el salón permitió que se pudiera zafar de tan incómoda y empalagosa persona.

De no ser por Gertrud, no sabía qué podría haber sido de ella. Teresa entró en Carinhall en calidad de cocinera, pero sus guisos excesivamente grasientos para el

paladar alemán, que tampoco toleraba el uso abusivo de las especias, junto con sus demasiado incómodas carencias idiomáticas, provocaron su alejamiento hacia otros puestos del servicio. Así es como perdió los privilegios de los que gozó el poco tiempo que estuvo en la cocina. Gertrud, que se había quedado viuda mucho antes de comenzar la guerra, había perdido a sus dos hijos en el frente. Uno en 1942, en el frente soviético, y el pequeño el año anterior, atrapado en las entrañas de un U-Boot. Se enteró de que estaba destinado a bordo de uno de ellos cuando le comunicaron su muerte. Hasta entonces, recibía cartas desde La Rochelle, en la costa atlántica francesa, de un hijo que parecía estar más de vacaciones que en guerra. Su pequeño tapaba las verdades; el aleccionamiento moral de los superiores, la censura y el no querer preocupar a una madre, le llevaban a endulzar su verdad. Gertrud se volcó en Teresa porque entre ellas se instaló un mutuo cariño que brotó con la espontaneidad de las grandes amistades. La española tenía la obligación de aprender alemán, y la mujer decidió ayudarla; se pasaba las horas muertas enseñándole vocabulario, frases hechas, saludos, declinaciones. Teresa, que contaba con más tiempo libre del que hubiera querido, compartía con la mujer largas horas en la cocina, pelando patatas, picando cebollas o perejil, desalando pescado, o amasando pan. Hacía ya cuatro años que Teresa no leía una palabra en español, ya que se olvidó de meter en su maleta algún libro, y allí no había visto nada escrito en su idioma.

Cuando en compañía de otras tres mujeres salió al exterior, sintió el frío como una bofetada en su rostro. Las cuatro se quedaron mirando la adiposa figura de Hermann Goering que, después de dar un paseo en esquíes, regresaba a la mansión. Le gustaba mucho madrugar y, a pesar de su figura oronda, él se consideraba un gran deportista. Así, en verano se le podía ver salir con una raqueta de tenis en la mano, y en invierno se calzaba unas tablas para recorrer los alrededores. Aunque pasara muy cerca de ellas, rara vez saludaba al personal de servicio, ni siquiera a Teresa, a cuyo marido conocía perfectamente.

Ayudadas con palas y layas, varias mujeres mezclaban la sal con la nieve para hacer los caminos transitables.

El Carinhall actual procedía de una importante ampliación del llamado Antiguo Carinhall. El enorme edificio tenía la forma de un inmenso tenedor sin mango, con tres púas de ciento diez metros de longitud cada una de ellas apuntando al este. El ala situada más al norte, la más cercana a las aguas del Großer Döllnsee, recibía el nombre de Ala de Servicios. Allí se encontraban la cocina y las habitaciones de la servidumbre. El ala central albergaba las habitaciones de los huéspedes, era el Ala de Invitados. La tercera y última, la que se situaba más próxima a la orilla del Wuckersee —que era el más pequeño de los dos lagos cercanos a la mansión—, recibía el nombre de Ala de la Biblioteca, por ser esta su estancia más representativa. El complejo estaba envuelto por la vegetación, integrado de manera absoluta en la

naturaleza, como si formara parte de ella.

Situada a setenta kilómetros al norte de Berlín, era la residencia más importante que tenía Goering al margen de Leipziger Platz. Ideada como pabellón de caza, pasó después a considerarse el lugar más indicado para celebrar encuentros de Estado. Sus paredes inmensas eran el soporte de multitud de piezas artísticas llegadas de todos los lugares, tanto de Alemania como, sobre todo, de los países ocupados.

Teresa conocía Carinhall a la perfección. No había lugar por donde no hubiera pasado, o bien con la escoba o con el trapo del polvo, si era en el interior, o bien cargando leña y limpiando cristales, si era en el exterior.

Pasó toda la mañana quitando nieve. Regresó rendida a comer al mediodía —también le costó acostumbrarse a los horarios de las comidas y las cenas, mucho más adelantados que los de España—. Todo el personal de servicio comía en una de las cocinas, normalmente un guiso de legumbres o arroz acompañado de carne o pescado. La comida era abundante y de calidad, por lo menos para las personas que vivían dentro de la mansión, porque los jardineros y el personal de guardia no disfrutaban de las ventajas de la cocina variada de Carinhall. Sus compañeras comentaban que esa abundancia no tenía nada que ver con la realidad de los pueblos cercanos. De hecho, muchas de ellas violaban la prohibición de sacar comida de la mansión y escondían zanahorias, nabos o algún trozo de magro para llevárselo a sus familiares cercanos. Por la tarde la limpieza era de puertas para dentro. La potente calefacción que recorría todo el suelo del complejo hacía que en su interior se disfrutara de una temperatura especialmente agradable. Con un jersey fino y una falda larga, ambas prendas blancas, todas las limpiadoras cuidaban de que los cuadros no tuvieran polvo en los marcos, de que las mesas brillaran bajo la luz de unas bombillas deslumbrantes, y de que los relojes y estatuas siguieran ofreciendo su máximo esplendor. Al acabar, antes de cenar, se reunían en la cocina para preparar los platos y charlar un poco. Entre personal de servicio, asesores militares y artísticos, destacamento militar, vigilancia personal, y familia Goering, se juntaban un buen número de bocas que alimentar; eso si no había invitados, algo que era bastante habitual.

—¿Esta noche viene Luis? —le preguntó Gertrud, que se había sentado a su lado a la mesa larga que tenían para sus comidas.

—Eso me dijo.

—¿Dónde ha estado esta vez?

—No lo sé. Nunca sabe dónde va a ir. No se lo dicen. Siempre me entero cuando vuelve.

—En esta ocasión ha estado mucho tiempo. No recuerdo haberlo visto en los últimos días.

—Lleva desde finales de octubre.

Las dos mujeres, como todos, estaban tomando una sopa de raíz de apio con un huevo.

—Esto se está acabando.

—No digas eso, Gertie, que ya sabes cuál es la pena que se aplica a los derrotistas —también había aprendido a decir esa palabra en alemán.

—Eso es lo que me gustaría, que me cortaran la cabeza y terminar ya.

Le cogió de la mano y le susurró al oído:

—Gertrud, siempre hay una razón para seguir vivas, aunque a veces nos cueste trabajo encontrarla.

—Para ti es muy fácil decirlo, pero a mí, Teresa, ¿qué me espera? Cuando todo esto termine seré la madre de dos nazis, como los llaman con desprecio, y eso me marcará hasta el día en que me muera.

—Tú no has hecho nada malo.

Gertrud la miró extrañada por la afirmación. Teresa entendió que igual había habido un error de comunicación, un mal uso del lenguaje. Intentó aclararlo:

—No digo que ellos sean —le costaba precisar los tiempos verbales— malos, digo que tú no has estado en la guerra.

—Eso ya lo sé, Teresa. También sé que no voy a ir a la cárcel, por lo menos es lo que creo. Ni los americanos, ni los ingleses, y tampoco los soviéticos, van a construir cárceles para encerrar a todos los alemanes que sobrevivamos, si es que alguno sobrevive. Eso ya lo sé. No estoy hablando de eso, me estoy refiriendo a lo que me pueda deparar la vida.

Teresa no sabía qué contestarle. Su desconsuelo no solo estaba fundado, sino que era el sentimiento colectivo de una gran parte de los alemanes que, hubieran combatido o no en la guerra, no albergaban dudas sobre cuál sería la suerte del ejército que apoyaban.

Después de cenar se fue a su habitación, y antes de que apagara la luz sonó el eco sordo de unos nudillos llamando a la puerta.

—¿Teresa?

La mujer conoció instantáneamente de quién era esa voz. Al abrir, se fundió en un abrazo con Luis, sin esperar a que dejara en el suelo la pequeña maleta que llevaba consigo.

Le atrajo hacia el interior de la habitación y, después de cerrar la puerta con el pie, le dio un beso en la boca, «como los de las películas americanas sin censura», decían ellos en la intimidad. Cuando la dejó respirar, la primera pregunta que le hizo fue:

—¿Has cenado?

—No, hemos venido directamente desde Tempelhof.

—¿Has montado en avión? —dedujo aterrorizada.

—Hemos estado en Viena —ratificó, encogiéndose de hombros.

—Luis, es peligrosísimo montar en avión.

—Ya lo sé, y ¿qué quieres que haga?

Teresa lo miró y le dio otro beso, esta vez sin tanta pasión y con algo más de

cariño.

—¡Vamos!, te voy a preparar algo.

La pareja salió de su habitación y enfiló en dirección a la cocina donde se encontraban dos compañeras, una que estaba preparando, sobre una mesa de mármol blanco, la masa para el pan del día siguiente, y la otra fregando los cacharros de la cena. Todos se saludaron.

—Siéntate, que te voy a hacer una tortilla.

Cuando hubo preparado el plato acompañado de un par de rodajas de mortadela de Bolonia y un vaso de leche, los dos se situaron en una mesa justo en el lado opuesto al que se encontraban las otras dos personas que compartían estancia con ellos.

—¿Te has enterado de algo? —le preguntó bajando mucho el tono de voz para evitar ser escuchada, algo que, por otro lado, era innecesario porque allí nadie hablaba español.

Luis negó con la cabeza mientras masticaba un trozo que se había metido en la boca.

—Parece que aquí no pasa nada anormal. Al contrario, en la radio, en los periódicos, en los comentarios con el Reichsmarschall no se habla de lo que luego dicen todos cuando no cuidan las formas.

—Pero ¿y los bombardeos?, ¿y las ciudades perdidas?, ¿y los muertos?

—Nadie habla, te digo, de otra cosa que no sea de la depuración que hizo Hitler tras el atentado. No se sabe a cuántos han podido fusilar.

Luis se metió en la boca un trozo de pan con el embutido. Cuando terminó de masticar, continuó hablando.

—Al margen del atentado, solo se cuentan los éxitos en tal batalla, o los nuevos bombardeos en tal sitio. Vamos, cosas que a estas alturas no se cree nadie, aunque todos finjan estar muy satisfechos con los avances. Avances, hacía tiempo que no oía una palabra con un contenido tan impreciso como ese.

—Y vosotros, ¿qué habéis estado haciendo?

—¿Nosotros? Primero estuvimos varios días en Leipziger Platz, en Berlín. Después nos fuimos a Neuschwanstein, porque nos avisaron de un problema de humedades que ha causado daños en parte de un lote que vino de Holanda. Y al acabar allí, nos dirigimos a un castillo, cerca del Rin, donde compramos una colección a una baronesa.

—¿Comprasteis? —ironizó Teresa, esbozando una sonrisa, porque ya sabía muy bien el significado de ese verbo para Goering.

—Bueno, ya sabes cómo compra este: un dinero por aquí, una permuta por allá, un favor que cumplirá, un compromiso que no. Vamos, lo de siempre. Oye —no quería seguir hablando del tema—, ¿has recibido carta de mi padre?

—No, la última que tengo es de septiembre.

—¿Tanto?

—No creas que es mucho. Otras veces hemos estado hasta tres meses sin recibir carta suya. La última vez que nos escribió nos contó que se encontraba bien, y sabes que tu padre no nos miente.

Teresa apretó con su mano derecha el antebrazo de su marido. Los dos sonrieron.

Luis se limpió los labios de los restos de la leche espesa que se habían acostumbrado a tomar allí.

—¿Quieres una rosquilla? —invitó la mujer que amasaba la harina, en alemán y alzando la voz por los metros que los separaban.

—No, gracias —rehusó en su mismo idioma—. Teresa, me encuentro cansado. ¿Vamos a dormir?

—A la habitación, sí; a dormir, no; hace doce días que tuve el período y tenemos que seguir intentándolo.

Sonrió. No tenía ninguna gana. El periplo había sido agotador, y el viaje de vuelta, más aún; pero, cuando Teresa tocaba ese tema, no sabía decirle que no.

—Por supuesto —le corroboró, cogiéndole de la mano—. ¡Vamos a ver si esta vez lo conseguimos!

Los dos recordaban todo lo que había sucedido durante la entrevista, en especial sus palabras, y había algo que a Marie-Madeleine se le había quedado grabado. El fuerte olor del humo del puro. Era contradictorio que le molestara tanto el humo de un habano siendo, como era, una fumadora compulsiva, pero no podía evitarlo. Lo comentó con su compañero.

—Será de su época de corresponsal en Cuba —intentó justificar Jim.

—¿Churchill estuvo en Cuba?

—Sí, de joven, cuando estaban por allá los españoles. Fue reportero del *Daily Graphic*. No sé dónde lo leí.

Pocas palabras más se cruzaron hasta llegar a la cercana plaza de Trafalgar. Marie-Madeleine se volvió a sorprender de que Londres siguiera en pie después de haber soportado los incesantes bombardeos alemanes.

En la calle se percibía el mismo ambiente de todos los días: poca circulación rodada, pero muchas personas caminando. Los habitantes de la ciudad se habían acostumbrado al macabro espectáculo como quien convive con un monstruo, y con el paso del tiempo habían ido cambiando sus hábitos de seguridad. De hecho, ya casi nadie salía a la calle con máscara de gas guardada dentro de sus envases cilíndricos metálicos.

Después de más de cuatro años de guerra, la costumbre se había apoderado de una población que intentaba continuar con su vida. Las niñas ya se habían convertido en adolescentes; los viejos habían muerto, las jóvenes casaderas habían pasado a convertirse en viudas, o en mujeres casadas que desesperaban por el regreso de los soldados; los hombres adolescentes habían perdido la inocencia el día en que vieron al primer compañero muerto. Era lo que le había tocado a esa generación.

—¿Te apetece tomar algo? —ríe ofreció en inglés, el idioma en el que siempre había hablado con ella.

—No tengo dinero, aunque me hubiera gustado invitarte por mi cumpleaños.

—¿Sí? —preguntó, agradablemente sorprendido—, ¿cuándo ha sido?

—El pasado día ocho.

—¿Te podría preguntar cuántos has cumplido?

—Claro que podrías —respondió Marie-Madeleine muy resuelta—, pero ¿te importaría a ti que no te contestara?

El hombre la miró y se sonrió.

—Ven, detrás de la National Gallery, en Orange Street, podremos tomar una cerveza. Las camareras la tiran muy bien. —La escasez de hombres hacía que las mujeres inglesas tuvieran que desempeñar oficios históricamente reservados a ellos, tales como mozos de estación, limpieza pública o atender en los *pubs*—. Espero que

no sea muy cara. ¿Te has acostumbrado ya a nuestras monedas?

—Eso es imposible. Para manejarlas se tiene que haber nacido en estas islas. ¿Por qué no sois como nosotros?

—No, te equivocas, aquí siempre decimos que por qué no serán los del continente como nosotros. Yo me aclaro muy bien. Recuerda, una libra son veinte chelines...

—¡Por favor, Jim, que ya lo sé!

Nacido en Londres, Jim era diplomático de carrera y colaboraba desde el primer momento en el gabinete de guerra de Winston Churchill. Dominaba a la perfección el francés y el alemán, y había cursado sus estudios en el Regent, de Cambridge. A pesar de sus cuidados modales, de su metro ochenta, de su pelo recortado y sus ojos negros, a Marie-Madeleine no le decía nada como hombre, aunque lo consideraba una persona muy inteligente.

Al llegar a la puerta del *pub*, Jim se fijó en cómo su compañera se quedaba mirando asombrada un Morris muy reluciente, que parecía un vehículo recién salido de la cadena de montaje, algo imposible.

—Parece nuevo, pero no lo es. Aquí, en las islas —explicó Jim—, no hay ningún coche nuevo. Todas las fábricas de automóviles fueron reconvertidas en instalaciones industriales militares.

El lugar adonde la llevó era como todos los otros donde había entrado. Marie-Madeleine pensó que todos los *pubs* estaban diseñados con el mismo molde. Conocido uno, conocidos todos. «Igual les pasará a ellos con nuestras *brasseries*», imaginó.

Se sentaron a una pequeña mesa redonda, algo apartada de las que ocupaban los clientes que en ese momento estaban en el local. La mayoría eran hombres de edad leyendo el periódico, los delgados ejemplares de *The Daily Mail* o *The Star*. Las restricciones llegaban hasta en la cantidad de papel de los diarios. Los periodistas tenían que tener un gran poder de concreción.

Cuando la camarera se marchó, después de dejar las dos pintas sobre su mesa, Jim le preguntó en voz muy baja y acercándose a su oído:

—¿Qué te parece?

—Lo de este hombre es increíble.

—¿Por qué?

—Porque le admiro. No hay nadie, ni ha habido nadie en Europa como él, a pesar de ser inglés.

—Lo dices como si fuera un insulto.

Marie-Madeleine se pasó la lengua por el labio superior para quitarse los restos de espuma. Dejó la jarra sobre el posavasos de cartón en el cual se apreciaba el dibujo en unos colores perdidos de una marca de cerveza desconocida para ella.

—Lo digo con envidia. Me hubiera gustado que la mierda de mariscal que

tuvimos hubiera sido la mitad de la mitad del gordo este.

Jim admiraba a su interlocutora. La había conocido en la distancia, primero por cómo hablaban de ella, de su arrojo, de su valentía, de su odio a los nazis. Pero no se quería engañar, de ella no solo le gustaba su coraje y su carácter. También le intrigaba saber cómo haría el amor. Se inquietaba al imaginarla desnuda sobre él, sujetándola por unas nalgas que adivinaba fuertes y duras, como era toda ella, y con la cruz de Lorena golpeando su pecho a cada movimiento; estaba seguro de que, bajo el jersey marrón de cuello alto, se escondía una medalla con el símbolo de todos los franceses que se consideraban como tales. Para Jim, Marie-Madeleine era una mujer enormemente atractiva. La verdad era que la guerra hacía que toda mujer que apareciera por su vida pudiera ser la última. Nadie le podía asegurar que esa cerveza no fuera su último trago, que, al salir, no le cayera encima un edificio, como ya la había pasado a tantos amigos, o que una de esas nuevas bombas, las V-1 o V-2, tuvieran al fin puntería.

La guerra generaba una extraña urgencia en la relación entre las personas.

—Tu mariscal ya no va a hacer ningún mal a tu país —prosiguió con la conversación—. Este mes termina el juicio.

—Imagino que sí —contestó con desgana—. Volverán las detonaciones a París. Por lo menos, eso es lo que espero.

Para sufrimiento de Jim, Marie-Madeleine se acercó a su oído para continuar hablando sin tener que elevar la voz.

—La fecha la tienes marcada.

—¿Qué fecha? ¿El trece de junio?, ¿el día en que cayó de nuevo una bomba sobre Londres? Claro —agregó, con naturalidad—. Estábamos acostumbrados a que los alemanes nos lanzaran bombas, y aunque hacía un tiempo que los bombardeos parecían haber cesado, el recuerdo aún estaba demasiado vivo. Llegamos a tener once horas diarias de alarma. Eso tú no lo viviste.

—Viví otras cosas —se volvió, ofendida.

—Ya lo sé, no hace falta que me digas cómo viviste en París aquellos días.

—Aquellos años —corrigió en tono áspero, como si a su interlocutor se le hubiera olvidado dónde había estado ella durante la ocupación.

—Tranquilízate —le pidió.

Jim hizo una pequeña pausa al ver el grado de excitación de Marie-Madeleine. Dejó que aspirara un par de profundas caladas al cigarrillo que sostenía entre sus dedos. Imaginó que así se calmaría. El silencio, además, le permitiría pensar. Era una mujer a quien le gustaba sumergirse en unos profundos y prolongados silencios. Imaginó que por su mente estaría pasando alguna de las muchas secuencias que había tenido que ver durante todos aquellos años.

—La visión de un cohete que impacta sobre un edificio es algo que no se puede olvidar. En esta ciudad no caía ninguna bomba desde el cuarenta y dos. Habían sido dos años de una relativa tranquilidad.

—Lo que nos plantea es una alternativa —razonó, recordando la conversación que acababan de mantener con el primer ministro.

—Normal, para las operaciones militares ya tiene a todo un ejército. El problema es que estas malditas bombas tienen un origen desconocido —recordó Jim—. Brotan de cualquier sitio. Tienes cuatro árboles juntos y ya pueden estar escondiendo una rampa de lanzamiento. Un avión necesita un aeródromo; y un barco, un puerto. Pero esas mierdas...

—Pero Peenemünde está destruido.

—¿Estás completamente segura?

—Jim, nos han dicho que vuestros bombarderos tiraron allí cientos de toneladas.

—Sí, pero aún pueden quedar más instalaciones. Alemania es muy grande. Demasiado.

—No tanto, Francia lo es más —confirmó, desafiante.

Jim sabía del carácter sumamente irascible que afloraba en Marie-Madeleine cada vez que se tocaba algún asunto que entendiera fuera delicado. Su gran problema era que no sabía qué asuntos consideraría ella delicados.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que la camarera les había llevado.

—Quieren que los ayudemos a localizar las bases de lanzamiento. No se pueden improvisar en cualquier lugar. Es cierto que, como dices, entre medias de dos casas, bajo cuatro árboles o tras una inocente lona pueden esconder una bomba volante de esas. Sí, eso ya lo sé. Pero en algún lugar tienen que tener la relación de esos lugares. ¿Cuánto pesa una V-1?

—Más de una tonelada —respondió, con seguridad.

—¿Y las otras, las gordas?

—¿Las V-2? No sé. Con casi quince metros de longitud igual llegarán a las diez toneladas, tal vez más —calculó Jim.

—¿Más de diez toneladas? Eso es muy complicado de transportar.

—No por tren.

—Tú mismo lo acabas de decir. No por tren, por lo que, inevitablemente, se tienen que mover en ferrocarril.

—Sí, supongo.

—Sí. Seguro —afirmó con la rotundidad con que siempre hablaba Marie-Madeleine.

Apuró el último sorbo de cerveza, pero no se pudo limpiar los labios, los dispensadores de las mesas hacía varios años que habían dejado de contener servilletas de papel.

—Jim, me da mucho miedo la evolución de la guerra.

La forma que tenía de hablar Marie-Madeleine, pegada a su oído, con ese hilo de voz tan sensual, unido a su acento continental, con ese modo de arrastrar la letra e, y esa forma de poner los labios para pronunciar la u, lo cautivaba continuamente, pero se veía obligado a mantener con ella una actitud profesional. Ambos eran de dos

países aliados ante una causa común.

—¿Por qué dices eso? La guerra la tienen perdida. No pueden tener capacidad de reacción. Todavía matarán, por supuesto que matarán, pero tienen los días contados. Cada día, cada semana, se libera una nueva ciudad. A finales de octubre se recuperó Belgrado.

—El Ejército Rojo, con ayuda de Tito —especificó la francesa—, liberó Belgrado. Ya veremos qué pasa con ellos después. Eso será otro problema, ya lo verás.

Jim imaginó lo que estaba pensando.

—Me da igual. Lo importante es que la bandera nazi tampoco ondea allí. Otro edificio de donde la han quitado. Pero —dijo, volviendo a la primera pregunta— ¿por qué te da miedo la evolución de la guerra, precisamente ahora? —diciendo esto, remarcó la última palabra.

La mujer se quedó pensativa. Le daba miedo porque no sabía qué otra arma podrían estar desarrollando los alemanes. Nadie contaba con las V-1. Fue una sorpresa, lo mismo que las V-2. Hasta que alguien, los aliados o los soviéticos, llegara a Berlín, ¿cuántas más les estarían esperando?

—Porque no me fío de nadie, Jim. No me fío de nadie.

No sabía por qué le había dado esa respuesta.

—¿Te apetece otra?

Marie-Madeleine negó con la cabeza a la vez que encendía otro cigarrillo.

—No, gracias —volvió a decir, esta vez con palabras—. Jim, tenemos que trabajar. Vámonos.

Efectivamente, los habían emplazado para volver a reunirse dos días después. Churchill quería proponer un plan complementario al Alto Mando Aliado y al propio Eisenhower en persona. Dentro de los planes de los mandatarios, soviéticos incluidos, figuraba reunirse y debatir sobre el día después de la guerra. Llegado el momento, cada uno querría poner datos encima de la mesa para obtener un punto de ventaja en la negociación. Esas cifras podrían ser objetivas, desde el número de muertos a los millones gastados, pero también podrían tener un componente más psicológico, más de efecto, como el haber alcanzado un determinado objetivo militar de alto valor estratégico, haber capturado a un dirigente concreto o, ¿por qué no?, una relación de los lugares desde donde se estaban lanzando unas bombas que, de momento, parecían solo tener como objetivo a Londres y Amberes, pero que podían ser dirigidas hacia cualquier blanco aliado. Temían incluso que pudieran ser armas transoceánicas.

Los asesores próximos al *premier* sabían que podían contar con un grupo muy escogido de personas capaces de realizar intervenciones tan arriesgadas como vitales para el desarrollo de la confrontación, y como un activo preciado en una negociación. No era una labor pura de un comando militar, era otro tipo de acción para la que se necesitaba personal distinto. Jim era inglés y fiel a Churchill, y aunque Marie-Madeleine no lo era, había vivido un tiempo en las islas y las consideraba como algo

más que un país amigo. Por ella y por lo que creía que De Gaulle sentía por Londres.

—¿De verdad no queréis tomar nada?

—Yo no quiero nada, gracias otra vez —contestó Nicolette, mientras los otros dos hombres mostraban su negativa con la cabeza—. Maurice, no hemos venido a merendar, de verdad. Estamos aquí para ajustar cuentas. Hay personas que están en deuda con su país y con la historia —Nicolette, cuando se ponía a hablar, parecía una parlamentaria durante una entrevista periodística— y nosotros hemos venido para que paguen. Simplemente eso, para que paguen ese saldo.

—Pero ¿qué clase de pago? —preguntó Maurice, un cincuentón que vestía completamente de negro y que no podía ocultar en sus ojos el estigma de la tristeza.

Desde que Nicolette y los otros habían llegado no había mostrado más muecas que las de la gravedad y el desconsuelo. Poseía una voz profunda que no hacía sino incrementar y amplificar la severidad de sus palabras.

—Aquel que no se puede llevar ante un tribunal. Te puedo asegurar, Maurice, que si yo fuera capaz de llevarlos a todos ante la justicia, lo haría, pero, desgraciadamente, hay muchos delitos que no están tipificados, o que se quiere pasar sobre ellos de puntillas. Yo no voy a pisar así, yo quiero clavar mi bota.

—Nicolette, razones no te faltan, pero los cristianos pensamos que todo buen hijo de Dios tiene que tener infinita clemencia con su prójimo, aunque sea su enemigo. Saber perdonar y tener misericordia.

—Mira, Maurice, no he venido aquí a escuchar un sermón ni a hablar de religión, y menos de la religión del papa Pío XII. No sé si me entiendes. —Maurice comprendió muy bien qué había querido decir con eso y que no era más que el «ambiguo», como mínimo, papel que estaba asumiendo el Vaticano durante la contienda.

Nicolette, que estaba sentada en una de las sillas del salón, se encontraba al otro lado de la mesa en la que Maurice la miraba a ella y a los hombres que, de pie en la puerta, habían venido acompañándola. Contaba con ser recibida de otra forma. Ante la actitud del hombre, optó por ser un poco más vehemente en su método.

—Maurice, ¿está tu mujer en casa?

El hombre levantó la voz para llamarla por su nombre.

Al cabo de un par de minutos, entró una señora vestida de negro con el rostro medio oculto por un pañuelo cárdeno, en el que se mezclaban la tristeza, el miedo y la incertidumbre.

—Por favor, siéntate con nosotros.

La mujer hizo caso a la indicación de Nicolette.

—¿Sabes quién soy, no? —La mujer, después de sentarse, asintió—. ¿Cómo te llamas?

—Anna —susurró en un volumen casi inaudible.

—Anna, por favor, habla más alto. Estás en tu casa. Tranquilízate. Aquí todo ha pasado.

Las secuelas psicológicas de la guerra habían convertido en anciana prematura a esa mujer que no podía aguantar la mirada de Nicolette. Sus ojos se mostraban esquivos ante la penetrante mirada de la chica. Sabía que iba a escuchar una pregunta sobre lo que más quería, sobre aquello que ya no tenía.

Nicolette continuó, mirando a los dos.

—Maurice, Anna, me han hablado muy bien de vosotros. Habéis sido unos grandes patriotas. Vosotros... —también parecía que le costaba trabajo hablar— y vuestros hijos. ¿Qué edades tenían?

En la habitación se hizo un silencio espeso. No se oía ni la respiración de las cinco personas, ni el más ínfimo sonido producido, aunque fuera involuntariamente, por los leves movimientos corporales. Parecía que estaban guardando un simbólico minuto de silencio.

—La niña —acertó a hablar Maurice— tendría ahora veintidós. El chico era tres años mayor.

Anna no pudo contenerse y arrancó en un estallido de llanto y gemidos. Nicolette se ofreció para estrecharla e infundirle algo de fuerza con su gesto. «Veintidós años —concluyó con tristeza—, como yo».

Se quedaron unidas en un abrazo emocionado. La mujer también se había dado cuenta de que la edad de Nicolette era similar a la de su hija, y en ese gesto se fundía algo más que la desesperación fruto de la más absoluta impotencia por la pérdida de lo que jamás se va a poder recuperar. Notó que el cuerpo de la abatida mujer le transmitía familiaridad y cariño. No pudo evitar emocionarse en su interior. Nicolette levantó la cara de Anna sujetándola delicadamente por su barbilla.

—Anna, me han dicho que su hija fue una de las activistas más importantes que tuvimos. Que obstaculizó hasta el final las comunicaciones, provocando la desesperación de los alemanes. Me contaron que aprendió a manipular explosivos con la gente de Jean Moulin; otro que tampoco ha podido vivir estos momentos. Todas las que pertenecemos a la Unión de Mujeres Francesas reconocemos y recordamos el valor de Camille.

Anna, como si le hubiera clavado un alfiler en la espalda, dio un respingo sobre su asiento.

—Pero ¿conocías a Camille? —quiso saber la mujer, que abrió mucho los ojos ante la posibilidad de estar con una amiga de su pobre hija.

—No, desgraciadamente no la conocí. Tenga en cuenta que la base de nuestro trabajo era el anonimato. No podíamos saber nada de los demás compañeros. Así, si cogían a uno, este poco o nada podría contar —en ese momento se arrepintió de haber sido tan clara en la explicación y procuró continuar con las palabras de ánimo que estaba intentando transmitir al matrimonio—. Anna, tiene que estar muy

orgullosa de que ella fuera su hija. Si soy capaz algún día de parir un hijo, espero que también sepa que lo más importante es defender a su patria. Muy por encima de su vida.

La mujer se secó las lágrimas con el pañuelo que le había tendido Nicolette. Los ojos enrojecidos, la vejez prematura, el semblante desolado. Su imagen era la de gran parte de las francesas mayores de cuarenta y cinco años.

—Maurice. Vamos. Dime, ¿dónde vive?

—Nicolette, yo...

—Maurice —solo tuvo que elevar un poco el tono de voz para que el hombre casi se cuadrara—. ¿Quieres que te dé un papel?

—No —rechazó con un orgullo espontáneo—, no te voy a dar la dirección. Voy a acompañarte. Vamos.

—¡Bravo! —exclamó una Nicolette que no se podía imaginar que el hombre fuera a tener una reacción así.

Antes de irse se acercó a Anna, que los miraba sentada en su silla y acodada en la mesa sujetándose la cabeza con la palma de la mano derecha, como si pesara toneladas de amargura y desazón.

—Anna, nosotros nos vamos, y no sé si la volveré a ver. Ahora quédese aquí y piense en cuando sus hijos eran pequeños y les preparaba la cena, cuando los acostaba por la noche, o cuando les daba un beso de despedida. Anna, ellos no nos han dejado. Nosotros nos vamos a encargar de que siempre vivan aquí, en su Francia, en la Francia libre que nos han regalado y por cuya defensa hoy no están entre nosotros. —Sabía que nunca tenía que emplear la palabra «morir»—. ¿De acuerdo?

La mujer asintió con la cabeza y esbozó, entre sollozos, una pequeña sonrisa. Cuando Nicolette le dio un beso en la mejilla, la mujer se estremeció. Sí, por unos instantes, Camille había regresado a casa.

—¿Dónde está?, ¿hay que ir en coche?

—No —repuso Maurice una vez que el grupo había salido a la calle—. Su taller se encuentra a cinco minutos andando.

—Mejor.

El hombre señaló una dirección y hacia allí se encaminó el pequeño grupo de cuatro personas. Los dos compañeros de Nicolette, que llevaban el brazalete con la cruz de Lorena, los seguían a un par de pasos.

—Esperad —ordenó Nicolette.

Se dirigió a la primera casa situada en la acera de la izquierda y llamó contundentemente con la aldaba. Abrió la puerta una mujer con un delantal blanco.

—¿Qué quieren?

—Señora, queremos que nos siga. Vamos a impartir justicia. Deje lo que esté haciendo. Seguro que puede esperar. ¡Vamos! —La manera tan arrolladora que tenía Nicolette de hablar provocaba que sus interlocutores no se plantearan alternativas de actuación.

Con un gesto imperativo de la cabeza, acompañado de su expresiva mirada, y un movimiento del dedo, indicó a los dos hombres que iban con ella que realizaran la misma operación en las casas colindantes.

En menos de cinco minutos el grupo inicial de cuatro personas se había multiplicado. Eran ya quince o veinte adultos seguidos de varios niños. Nicolette marchaba firme a la cabeza, henchida de orgullo, y su cara expresaba una mezcla de rabia y satisfacción. Se cruzaron con un gendarme que pedaleaba lentamente sobre su bicicleta; no varió su dirección y acabó perdiéndose al fondo de la calle. Era muy posible que aquel agente, años atrás, también mirara hacia otro lado.

Florian Danos se encontraba trabajando en su taller. Lo inquietó el rumor creciente de personas que se acercaban. Salió reptando poco a poco de debajo del coche en el que estaba trabajando. Cuando se incorporó y se asomó a la puerta pudo ver a unas cuarenta o cincuenta personas, a las que desde diferentes calles se iba incorporando un goteo de curiosos. Empezó a perder la calma. Siempre pensó que eso podía pasar, sabía que llegaría el día en que le recordarían un pasado demasiado reciente.

—¿Es usted Florian Danos? —preguntó Nicolette al hombre, que llevaba un mono azul de trabajo, y tenía la cara algo manchada de grasa, pero no tanto como para tapar un bigote negro nada cuidado.

—Sí, soy yo, ¿quién me busca?

—Florian, te busca Francia.

El hombre no supo qué decir. Era una afirmación genérica que contenía una acusación muy específica. Nicolette se acercó mientras las demás personas que habían llegado hasta allí permanecían quietas, formando un semicírculo que se había creado por la espontaneidad de todos los vecinos que no se querían perder el momento.

—Florian, durante la ocupación —Nicolette se sorprendía de cómo era capaz de elevar la voz y hacerla bien audible— hiciste negocios con los ocupantes.

—Eso no es verdad —negó presto el acusado.

—En este taller se han reparado coches de alemanes.

—No, jamás —contradijo, desafiante.

—¡Sí! ¡No digas que no! ¡Florian, todos lo vimos!

La voz que se acababa de alzar era la de un hombre próximo a los sesenta años, uno de los primeros en unirse al grupo. Nicolette sintió satisfacción por la primera adhesión recibida.

—Florian, te lo advertimos —añadió una mujer regordeta con el pelo recogido en un moño.

Florian Danos se notó la garganta seca. Por más saliva que tragaba no era capaz de humedecerla.

—Eso no es verdad. Fue solo una vez.

—¡Mentira! —Refrendó encolerizado un anciano que había llegado ayudado por su bastón.

Al último grito se unieron otros muchos. En ese momento, el grupo lo formaba casi todo el pueblo.

Nicolette miró el coche que estaba estacionado en la puerta. Era un Renault Monaquatre Cabrio de color verde mar en día de tormenta. Parecía nuevo de cómo brillaba. Levantó la mano y todos se fueron callando. Cuando se hizo el silencio, y sin dejar de mirarlo ni un instante, volvió a hablar:

—¿De quién es ese coche?

—Es mío.

—Sé de dónde ha salido el dinero para comprarlo —y diciendo esto, se fijó en el cuadro donde colgaban unos juegos de herramientas.

Sus ojos se posaron sobre una llave inglesa, la más grande. Con decisión se dirigió a por ella y la tomó con su mano derecha. No podía haber imaginado que fuera tan pesada. Estaba manchada de grasa, pero no le importó. Se encaminó hacia el coche y el grupo, al intuir lo que iba a suceder, quiso retroceder unos pasos, lo que provocó un pequeño remolino.

Nicolette levantó la llave con las dos manos y, con toda la fuerza que reunió, golpeó el parabrisas delantero, que se rompió en pedazos con un ruido sordo. Uno de los cristales saltó a su mano y le provocó una pequeña herida. Florian se encontraba petrificado, inmóvil, incapaz de reaccionar.

Volvió a levantar la herramienta y la estrelló contra el capó, que se hundió. Después, se dirigió hacia el lado derecho y golpeó el cristal de la ventanilla de la puerta del copiloto. El esfuerzo la había dejado jadeante. Miró a Florian y después al grupo que estaba tras ella. Levantó la llave inglesa.

—¿Alguien quiere seguir?

No tuvo que repetirlo. Como si fuera una partida de lobos hambrientos sobre un rebaño indefenso, más de diez personas, encolerizadas, rebosando odio, entraron en el taller y se dirigieron al cuadro de herramientas, que parecía que también se querían sumar a aquel juicio popular. Nicolette se acercó a un Florian que estaba a punto de llorar, no por el coche, sino por su vida en ese lugar, su mañana en Francia, su porvenir. Con voz serena, y volviendo a su modulación contenida, dijo lo que él jamás habría querido oír:

—Florian, dile a tu hija que baje.

—¡No!, ¡mi hija no!

—Florian. No me obligues a subir. Dile tú que baje. Yo te espero. Os esperamos todos.

El hombre miró al techo del taller como queriendo traspasar con su mirada el grosor de los ladrillos que separaban el lugar donde trabajaba del espacio que les servía de vivienda. Trémulo, se encaminó hacia su casa con el mismo espíritu

cansado con que el reo inicia la subida al cadalso donde le está aguardando la soga.

Mientras se perdía hacia el fondo del taller, Nicolette miró al grupo. El vehículo, el flamante Monaquatre, había quedado destrozado. Toda la carrocería estaba llena de agujeros como si fuera una manzana picada. La capota, hecha jirones, era el reflejo del ánimo del colaboracionista. Varias mujeres, con unas tijeras, se habían encargado de los asientos. Otros habían arrancado los faros. Por supuesto, no quedaba entero ningún cristal, ni siquiera los del salpicadero. Algún niño se había sumado al festín y, de espaldas, daba coces sobre la chapa. El sonido metálico de los golpes le resultaba muy desagradable.

Una llantera estridente provocó el silencio del grupo. Del fondo del taller apareció, con una solemnidad más propia de una princesa que de la hija del dueño de un pequeño taller mecánico, la hija de Florian. Un niño rubito de dos o tres años se aferraba al vestido floreado que llevaba su madre. Gimoteaba sin parar. La joven le acarició la cabeza para intentar calmarlo. Detrás, Florian avanzaba abrazado a una señora de su misma edad.

Todos dejaron las herramientas en el suelo y se apartaron del coche, sabían que la acción iba a cambiar de foco. La joven madre se acercó hasta Nicolette. Sabía lo que le iba a pasar. Lo temió desde el primer día, desde la primera falta. Sabía cuál era el castigo.

—No hagas nada a mi hijo —imploró, con una voz suplicante.

Nicolette miró al pequeño, el cual, a pesar de que seguía sin parar de llorar, le pareció bien guapo.

—No te preocupes —tranquilizó a la mujer en un alemán que dejó a todos sorprendidos—. Nosotros no somos como ellos. No verás a ningún francés ser como tu novio.

—Yo no tengo novio —remarcó en francés.

—¡Calla, puta! ¿De quién es este niño? —Volvió a hacer uso de su idioma.

La mujer no contestó mientras la criatura no paraba, más que de llorar, de chillar. Florian acudió a recogerlo.

—Vamos, ven con los abuelos —masculló el hombre, que emitía, más que una voz humana, un susurro casi metálico.

Una vez que el niño, que se agarraba al vestido de su madre como un náufrago a un salvavidas, fue recogido, Nicolette volvió a formular la misma pregunta.

—Vamos, cuéntenos a todos de quién es este hijo. Cuéntenos cómo consolabas a su padre cuando volvía de bombardearnos. Cómo le metías en tu cama y te entregabas a él, mientras tus hermanos, los franceses, se dejaban la vida en el campo del honor. Pero en alto, no con la voz que le ponías para enamorarle y excitarlo, en alto, para que lo oigamos todos.

Nicolette no soportaba el porte altivo de la hija del mecánico. Parecía que las palabras que estaba pronunciando no iban con ella. Enrabietada, la agarró de su fuerte melena morena y le volvió a gritar:

—Te estamos esperando, queremos que nos digas quién es el padre del niño — según bufaba esas palabras, le pegó otro fuerte tirón de pelo que no fue correspondido más que con una ligera expresión de dolor por parte de la mujer—. Vamos, ¡arrodíllate! —Gruñó, intuyendo que no iba a conseguir arrancarle una confesión pública.

La mujer se arrodilló procurando no perder su dignidad en la puerta del taller de su padre bajo la expectante mirada de todos los vecinos.

Nicolette sacó unas tijeras que guardaba en su espalda, sujetas por el cinturón del pantalón de lona azul. Con fuertes tirones, fue trasquilando el hermoso pelo que tenía la mujer. Era sorprendente que entre tanta gente lo único que se oyera fuera el sonido metálico de las tijeras al cortar.

—Te lo debería hacer comer —musitó Nicolette, en alemán.

La mujer no le respondió. No supo si porque no conocía el idioma, o porque no tenía nada que replicar.

Cuando la cabeza de la mujer no era más que una calva salpicada de matas desiguales de pelo, Nicolette guardó sus tijeras. Miró al fondo del taller, donde el matrimonio y el niño se apiñaban al lado del coche que el hombre estaba reparando. Junto a la madre, todavía de rodillas y con la mirada perdida en el suelo aunque sin haber derramado una sola lágrima, estaban los restos del Monaquatre.

Nicolette, con la misma mirada decidida del principio, miró a los hombres que la habían acompañado. Antes, se dirigió al grupo que dejaba tras de sí.

—Ahora, cada uno a su casa. Lo que había que hacer, ya está hecho.

Sin volver la vista atrás, Nicolette se encaminó hacia donde tenían estacionado el Renault Primaquatre en el cual habían llegado a Thouarcé.

Las dos mujeres se mantenían en silencio. El sonido de las cucharillas trazando círculos para disolver el azúcar en el té se estaba alargando demasiado.

—¿Cómo está la situación? —indagó Erika, una vez que se fue la camarera.

—Lo sabes perfectamente. Mejor que yo.

—Tú también tienes acceso a buenas fuentes de información.

—¿Quién tiene en estos momentos buena información?

Se hizo un nuevo silencio entre las dos.

La baronesa Brandt era una de las amigas, de las nuevas amigas, que se había procurado Erika von Houten. Cuando la conoció, en una de las fiestas que Emmy Goering organizaba continuamente, enseguida comprendió que tratarse con ella le podía aportar ventajas, y sobre todo un acceso casi ilimitado a determinada información. Su marido fue uno de los mariscales de la Gran Guerra. Hannah, que era su verdadero nombre, vivía en Dorotheenstrasse, en la margen izquierda del Spree, muy cerca de la casa de sus padres. La elegancia era una palabra que había nacido con la baronesa. Su estampa era majestuosa, parecía una reina: su pelo rutilante, sus cejas depiladas a diario, su piel fina como la de una adolescente y sus manos enjovadas con varios anillos. La viuda del héroe militar ofrecía una imagen que causaba una impronta de firmeza y belleza que impresionaba incluso a una mujer como Erika.

A pesar de la notable diferencia de edad entre las dos mujeres, casi todas las semanas recibía a Erika en su casa. Sus conversaciones se desarrollaban siguiendo un mismo guión. Comenzaban hablando del tiempo, u otras banalidades, después se referían a algún chisme social, y para acabar siempre se ocupaban de la guerra. En los últimos meses, el ánimo de las dos se encontraba ostensiblemente más bajo, y ya no se referían al presente sino al futuro; se preguntaban qué pasaría y, sobre todo, cuándo sucedería.

—Se dice que los soviéticos son temibles. Son mucho más crueles true todos los aliados juntos, incluso que los americanos —aseveró la baronesa.

—De momento están bien contenidos. De hecho, el Führer no se plantea dejar el Este.

—Erika, ¿tú has mirado un mapa?

—¿Cómo que si he mirado un mapa?

—Sí, hazme un favor. Acércate a aquella habitación —le pidió, señalando la biblioteca—, allí tenía Siegfried un gran atlas. Cógelo.

Erika dejó la taza sobre la mesa y se levantó. Se dirigió a la habitación que había detrás de la doble puerta de cristalera que comunicaba con el salón.

—Junto a una enciclopedia de lomos verdes —concretó Hannah, elevando el tono

de su voz sedosa para que la pudiera oír—. ¿Lo encuentras?

Al cabo de unos instantes, Erika, que se había puesto esa tarde un vestido corinto sobre el que resaltaba una estola de cohobo que le había regalado Günther por su último cumpleaños, y que la hacía parecer mayor, retornó al salón portando entre sus brazos un libro de gran formato.

—¡Ese es! —ratificó la anfitriona.

El atlas era una edición del año 1910 impresa en Austria. Se lo acercó a Hannah. La mujer, que era una enamorada de los libros, abrió el ejemplar no mucho más allá de los cien o ciento veinte grados, para no forzar la encuadernación del lomo de cuero, siguiendo una costumbre que le inculcó su marido.

—Mira, Erika, este es un libro antiguo. Nuestro Führer habrá podido cambiar la geografía política, pero no la física. Abstráete de todo. Olvídate de las imágenes de *Los triunfos de la voluntad* de Leni Riefenstahl, de los estandartes de los desfiles, de los artículos de Goebbels en *Der Angriff*, de los comentarios de los militares cuando estamos en cualquier reunión. Mira bien —dijo, señalando el mapa del hemisferio boreal—. Mira el tamaño de la Unión Soviética. Ahora mira cómo somos nosotros, incluso incluyendo a Francia, a Italia, a Noruega, a Polonia, a los Sudetes, a Austria... a España. Mira bien y compara la *Grossdeutschland* con su tamaño. Además, un país, el de ellos, lleno de recursos naturales. La Unión Soviética, a diferencia de nosotros, tiene reservas de todo. No hay mineral que no encuentren, y también tienen petróleo. Bosques, animales, decenas de miles de kilómetros de litoral...

Paró de hablar y tomó un sorbo de té. Se había quedado frío, como ella.

—Erika, cuando Hitler —no era normal hablar de él utilizando su apellido, el tratamiento que todos los alemanes tenían que observar era de *Führer* o *mi Führer*—, hace más de dos años, tomó la decisión de invadirlos, yo sabía que aquello suponía el principio de nuestro final.

Su invitada cogió el atlas y lo miró. No podía negar que el razonamiento que Hannah acaba de hacer era lógico.

Se quedó titubeante con el ejemplar en la mano. Lo dejó sobre el asiento aterciopelado de una de las sillas del conjunto donde estaban tomando el té. Mientras, Hannah cogió una pitillera de plata que tenía en la mesa, junto a las tazas. Sacó un Eckstein y lo encendió después de introducirlo en la boquilla negra de baquelita. No ofreció un cigarrillo a Erika porque sabía que no fumaba.

—Hannah, ¿tú has oído hablar del salvavidas?

—¿De qué? —No entendía el significado de la pregunta.

—Sí, del arma secreta que tiene preparada el Führer.

La baronesa exhaló una fumarada larga de humo, que se convirtió en una barrera provisional entre ambas.

—¿Estás hablando de las armas de represalia, de las Fieseler Fi 103 y Aggregat-4, las que ellos llaman V-1 y V-2?

—No, Hannah, estoy hablando de algo mucho más potente, algo que no se ha utilizado todavía porque lo están terminando de perfeccionar. Será lo que nos permitirá ganar la guerra. Dicen que tiene la fuerza necesaria para destruir una ciudad entera y que, gracias a su alcance, puede ser dirigida incluso hasta América.

—¿América? ¿Sabes lo que estás diciendo? Eso no existe. Nadie ha sido capaz de construir algo semejante. No te digo que no estén trabajando sobre una nueva variante de esas armas, quizá más potente, quizá con un alcance mayor, incluso con mayor precisión, pero hasta América... eso es inviable.

Había pronunciado la misma palabra que ella pensaba, pero que no se atrevía a decir; Erika quería mantener ante todos los que la rodeaban la actitud de una mujer totalmente entregada a la causa nacionalsocialista. No mostraba jamás ninguna fisura por la que pudieran asomar sus verdaderas intenciones, que solo conocían un reducido grupo de personas entre los cuales no se encontraba ni la baronesa, ni siquiera Günther.

Tomó un Brezel que le ofreció la anfitriona. Era su dulce preferido. Mientras lo degustaba, miraba a su amiga y se preguntaba si tendría sentido continuar visitándola.

El concepto de distancia siempre ha sido un elemento físico asociado al espacio. Pero a medida que la guerra iba avanzando, el tramo que separaba dos puntos en un mapa se medía por tiempo. El estado de las carreteras se encontraba muy alejado de aquella gran obra de ingeniería que constituyó todo el entramado de las *Reichsautobahnen*. Estaban llenas de cráteres producidos por las bombas de la aviación aliada, con muchos puentes derribados y túneles cegados que obligaban a dar rodeos, en ocasiones inacabables, y siempre peligrosos. A ello había que sumar las acciones aisladas de comandos llegados en paracaídas. Así, cualquier viaje se convertía en una acción de riesgo incalculable.

El Opel Olympia había salido de noche desde un nevado Carinhall. El viaje era largo. Tenían que llegar a Berlín, después de cubrir cerca de setenta kilómetros al sur, para continuar luego dirección sudeste hacia la población de Nordhausen. Habían partido pasadas las siete de la tarde y, por la insuficiente iluminación de las luces de guerra, la velocidad que podían alcanzar no pasaba de los cincuenta o sesenta kilómetros por hora. En el coche viajaban cuatro personas. Un conductor, a su lado un Unteroffizier, y detrás el Leutnant ayudante, Theodor Fischer, y Günther. En otra época estos viajes los realizaban escoltados por una motocicleta con sidecar, una robusta Zündapp KS 750, pero el grado en el que se encontraba la guerra había mermado todos los apoyos logísticos, y la NSKK ya no se encontraba en condiciones de ofrecer ese servicio. Escaseaban los vehículos, la gasolina para moverlos y los hombres que los condujeran.

A las diez de la noche habían atravesado un Berlín que era una caricatura descarnada de la que estaba llamada a ser la capital del mundo del Régimen que duraría mil años. Llevaban más de una hora de retraso respecto a las condiciones normales. Después de una breve parada, que realizaron en una cuneta, el Opel continuó silencioso, moviéndose en la oscuridad como si fuera un gato que hubiera salido de caza. En su interior la única luz que se permitía era la lumbre de un cigarrillo, incluso las luces del salpicadero permanecían apagadas. Aprovechaban las pocas paradas que realizaron para revisar los niveles con una linterna de bolsillo que llevaban en la guantera.

Günther procuró relajarse en su asiento e intentó conciliar el sueño, aunque fuera fugaz. Recordaba cuando viajaba a los aeródromos del Pas de Calais, en el verano de 1940, cuando creían que la isla se iba a rendir a sus pies como habían hecho tantos otros países. Pensaban, incluso, que se podía rubricar un armisticio como el que firmó en el famoso vagón restaurante la Francia del anciano mariscal, y que tan inteligentemente había mandado destruir más tarde el Führer, «un detalle de sutil estadista», pensó. De todo aquello había pasado ya demasiado tiempo. El calendario

diría que solo cuatro años, pero a él le parecía toda una eternidad. Demasiados cambios. A su edad se sentía un viejo lleno de vivencias. Una vez oyó decir a un abuelo que cuando realmente había pasado de ser una persona mayor a un anciano fue en el momento en el que llegó a la conclusión de que la mayoría de las personas de su tiempo habían muerto. Cuando las referencias desaparecen, el día en que te das cuenta de que eres de los pocos que sigue vivo de todos los que aparecen en una antigua foto de grupo. Günther comenzó a recordar caras y sonrisas de compañeros y cada rostro lo asociaba con el nombre de un fallecido. Le hubiera gustado repasarlos, recrearse en esa senectud prematura que estaba experimentando, pero el inevitable sueño lo venció y pronto se sumió en la nebulosa de la imprecisión de la conciencia.

Súbitamente, lo despertó un frenazo que lo lanzó contra el asiento del conductor. Habían parado ante dos vehículos que, con las luces encendidas hacia ellos, cerraban la carretera. Detrás se parapetaba un número indeterminado de soldados exhibiendo sus subfusiles. Miró a través de la ventanilla y se tranquilizó al reconocer que los que los habían obligado a detenerse eran alemanes. Uno de ellos, iluminando a los ocupantes con un potente foco y protegido por todos los que se encontraban detrás de él, se acercó a practicar la correspondiente identificación. Recogió las cuatro acreditaciones y, tras examinarlas despacio, una a una, las devolvió. Después apagó la linterna y se cuadró ante Günther:

—*Heil Hitler!* —bramó mientras taconeaba y extendía, rígido, el brazo derecho.

Los dos vehículos apagaron las luces y recularon, permitiendo el paso del Opel, que continuó su camino.

Günther intentó dormirse de nuevo, pero no lo consiguió. Su mente parecía evolucionar al ritmo que marcaba el estado del piso de la carretera, no paraba de recorrer un camino tortuoso lleno de evocaciones desagradables. Ya no recordaba si durante la guerra había tenido alguna vivencia placentera. En el fondo, la última década había sido una sucesión de acontecimientos inesperados, y él se había comportado como un actor de teatro que sale al escenario sin saber ni de qué va la obra que va a representar, ni mucho menos cuál es su papel. El recuerdo de los años de noviazgo con Ursula quedaba soterrado bajo las sucesivas oleadas de la arena y las piedras de las nuevas vivencias. Los destellos de un avión enemigo cuando lo tenía en el morro y temía que su artillero no fuera capaz de hacer blanco, si volaba en un bombardero, o él mismo, cuando lo hacía en un caza; los secos sonidos de las detonaciones de las ametralladoras de las alas cuando escupían un fuego cada vez más defensivo, la orden de retirada que tenía que dar cada día como constatación de un nuevo fracaso. El recuerdo de Carmen en España, de Alexandra en sus años de Francia, habían quedado demasiado tapados por el gesto impasible de Goering cuando firmaba la sentencia de muerte de un compañero de la Luftwaffe, o cuando asistía al ahorcamiento de un resistente. Una década que le había sumado cien años de vivencias por cada uno transcurrido en el calendario.

Lo último que le vino a la memoria antes de volver a adormilarse fue la lluvia de

fuego y destrucción que cayó sobre Peenemünde en junio del año anterior. En aquella isla del Báltico se construían las V-1, dependientes de la Luftwaffe al ser consideradas aviones, no bombas. Dos horas después de haber llegado a Carinhall, procedente precisamente de allí, recibió la noticia del intenso y eficaz bombardeo con que la aviación aliada había castigado la planta donde se construían. La entrada de Estados Unidos en la guerra había añadido una clara potencia al fuego aéreo. Según pudo comprobar días después, la precisión de la información les permitió dejar el centro prácticamente inservible. Recordaba cómo Goering, con su brazo izquierdo en jarra y en el derecho su inseparable bastón de mando, daba vueltas y más vueltas en el despacho de la mansión. Parecía un león —comparación muy oportuna al recordar la afición del Reichsmarschall a criar a esos felinos y utilizarlos como mascotas hasta que cumplían el año— enjaulado y enrabietado al pedir explicaciones sobre lo que había ocurrido.

Según le contó Kropp, el asistente personal de Goering, esa noche no durmió ni un minuto. Peenemünde, el gran complejo donde se iba a decidir la guerra, se había convertido en un lugar donde la tecnología había quedado reducida a cascotes. Afortunadamente para los intereses alemanes, ya habían salido de allí muchas V-1 acabadas que seguían cumpliendo su objetivo, «con bastante poca eficacia», recordó.

Después de dos paradas, una para que cada uno hiciera sus necesidades en el campo, antes de atravesar Magdeburg, población que mostraba claras huellas del paso de la aviación aliada, y una segunda debida a un nuevo control, llegaron a las inmediaciones de Halberstadt a las cuatro de la mañana. Esta pequeña población constituía la puerta norte de las montañas de Harz. A partir de ahí, la carretera se perdía en una sucesión continua de curvas. El conductor se vio obligado a reducir todavía más la velocidad, con lo cual el final del viaje se hizo interminable. A menos de diez kilómetros de Nordhausen el vehículo se apartó de la carretera principal. Nada más girar a la derecha se detuvo ante una garita y una barrera donde tres soldados montaban guardia. El único que no tenía ametralladora se acercó al vehículo e iluminó las caras con la linterna. Igual que en los controles anteriores, al devolver la documentación, volvió a mostrar el mismo saludo a Günther, que era el militar de mayor rango.

Los últimos metros los cubrieron por una carretera recta y sin pendiente. Las instalaciones no mostraban distintivos ni letreros que aclararan al visitante qué tipo de actividad se desarrollaba en su interior. El coche se dejó en un estacionamiento cubierto por unas gruesas telas dispuestas como camuflaje para evitar ser descubiertos por la aviación, y de él se bajaron Günther y su ayudante. La noche era muy fría y el vaho que desprendían al hablar parecía un lanzallamas de inocuo fuego blanco. Unos lejanos ladridos de perros parecían darles una inquietante bienvenida.

—¿Sabe quién estará hoy? —preguntó el leutnant.

—No —respondió Günther, cortante, mientras se frotaba las manos para intentar entrar en calor—. Me imagino que Sahin o Schindzielorz. ¿Los conoce?

—No recuerdo, señor. Igual cuando los vea...

Se terminó de abotonar el largo abrigo y, en ese momento, se fijó en dos grandes camiones articulados dotados de un remolque. Pensó que serían para los próximos envíos.

Junto a la inmensa puerta de acero que separaba la entrada de la instalación del exterior, se abría otra mucho más pequeña donde dos centinelas montaban guardia. Tras la correspondiente identificación y consabido saludo, los dos hombres accedieron al interior de la cueva.

Lo primero que sorprendía al visitante era la desbordante actividad que se estaba desplegando bajo una montaña aparentemente anodina. Una cueva natural había sido aprovechada para situar el lugar donde montar las *Vergeltungswaffen* 2, mucho más potentes que las imprecisas y vulnerables *Vergeltungswaffen* 1. El ruido de golpes metálicos y de compresores era ensordecedor. Más de un centenar de personas, unas vestidas con uniformes de taller, y otras, de prisioneros, trasegaban con herramientas y piezas en la mano. Entre dos hombres, vestidos con un uniforme de rayas verticales, portaban un tubo de gran diámetro hacia la base de una de las bombas volantes. Sin ninguna protección, atravesaron el haz de chispas que procedía de una sierra radial. A simple vista, pudo contar seis, en diferentes fases de construcción. Uno de ellos ya estaba pintado de camuflaje.

Un hombre se les acercó despacio. Mostraba una amplia sonrisa y, al llegar al lugar donde se encontraban los recién llegados, levantó el brazo con apatía omitiendo la consigna.

—Vaya, vaya, la Luftwaffe ha venido a visitarnos.

Günther respondió al saludo de la misma manera y estrechó la mano del desganado anfitrión.

—Ya sabes, Ekkehard, que la Luftwaffe está en todos los sitios.

—Ya no, Günther, ya no. Deberías saber que estas preciosidades —manifestó, mientras señalaba a las bombas volantes que, tumbadas, parecían gigantes de catorce metros acostados— pertenecen a Speer, y no a tu Goering.

—Esto pertenece a Alemania. ¿No podemos hablar en otro lugar? —sugirió, para no tener que elevar incómodamente la voz para hacerse oír en ese ambiente atronador.

Ekkehard Sahin se refería al hecho de que las nuevas Armas de Represalia, como las bautizó el propio Hitler, habían dejado de pertenecer al ámbito de la aviación para considerarlas armamento de artillería.

Señaló hacia un lateral donde unas escaleras conducían a unas pequeñas oficinas que quedaban a tres metros de altura respecto al suelo de trabajo.

Entraron los tres hombres y fue Theodor Fischer, el ayudante de Günther, quien cerró la puerta.

—¿Queréis un café? Tenemos Brezel. Aquí tenemos de todo.

—¿Y eso?, ¿no os dedicabais aquí a fabricar armas? —No podían disimular el odio que mutuamente se profesaban.

El anfitrión sonrió.

—Es de una señora de Nordhausen que viene en bicicleta con comida de vez en cuando. Un día vino con la hija, pero no volvió más. Una lástima, porque me gustaría que me la trajera, y no las rosquillas.

—Ekkehard, el viaje ha sido muy cansado. Me gustaría que comenzáramos cuanto antes.

—Tienes razón, aquí estamos acostumbrados a trabajar. Voy a mandar llamar a Wernher von Braun, no sé si lo conocéis, pero quiero que esté presente en la reunión. Si vamos a coordinar, o a intentar coordinar —matizó estas dos últimas palabras en tono mordaz— una acción entre la Wehrmacht y vosotros quiero que esté él, no podemos olvidar que todo esto —indicó, señalando con la mano a las bombas volantes— es suyo.

Los primeros días de diciembre habían llevado a la capital de Francia un frío que parecía proceder del mismo polo norte. Sin llegar a nevar, la temperatura había descendido hasta unas cotas que convertían cualquier salida a la calle en un acto especialmente desagradable. La radio señalaba que era el otoño más crudo de los últimos veinticinco años.

Con cuidado para no resbalar con las placas de hielo que pudieran estar acechándola, Nicolette andaba a mitad de camino entre la carrera y el paso rápido. Se le había echado la hora encima y no quería llegar tarde. Odiaba la impuntualidad. Dobló por rue La Fayette y siguió por rue Drouot, camino del río. Cada dos o tres minutos miraba para atrás comprobando que no la seguía nadie. Recordaba los días de la ocupación, cuando se pasaban todo el tiempo vigilando a los que vigilaban y evitando ser vigilados. La paz había llegado a Francia, pero no a Europa. Sabía que no podría descansar hasta que Berlín cayera. Es más, quizá pensaba que sería en ese momento justo en el que comenzaría a trabajar con mayor ahínco. «Los ciudadanos europeos nos necesitan», creía firmemente la joven comunista.

Después de cruzarse con algún coche americano y con una chica que llevaba el pelo muy corto —pensó que igual había sido una colaboracionista y que ya la habían «pasado por la tijera»—, por fin, llegó a la pequeña rue Sant Marc y entró en el portal. Estaba convencida de que no la habían seguido. Sin utilizar el ascensor, subió deprisa las escaleras que la llevaron al segundo piso y llamó a la puerta con el timbre, seguido de dos golpes con los nudillos. Era la señal.

—¿Quién es? —Se oyó desde el interior.

—El mar.

La puerta se abrió y un hombre le franqueó el paso. Sin mediar más palabras, Nicolette entró. Una vez que hubo cerrado la hoja, Stéphane la saludó:

—Salud, Nicole.

—Salud, Stéphane —respondió.

Stéphane era un muchacho un poco mayor que ella, aunque no llegaba todavía a los veinticinco años. Moreno, con el nacimiento del pelo muy entrado en la frente, y con unas orejas demasiado grandes y ligeramente separadas.

Nicolette, sin esperar más, pasó hacia el interior de la casa con la familiaridad de quien siente que pisa terreno propio.

Después de continuar por un pasillo de baldosas tronadas y paredes con pintura vieja y descolorida, llegó a la habitación del fondo. Sentado a una mesa, y tras una nube de humo gris, se encontraba Pascal.

—No lo has podido dejar —le recriminó al verlo.

—No quiero dejarlo, Nicole. Por ahora. Cuando tengamos Berlín apagaré el

último cigarrillo de mi vida sobre el bigote del cadáver de Hitler.

—Lo dices como las promesas que hacen los cristianos.

—Lo digo porque será la verdad.

Pascal comenzó a militar en el Partido Comunista en el año 1939. Dicen que el mismo viernes que Hitler invadió Polonia llamó a la puerta del 44 —la sede del Partido Comunista Francés se encontraba en ese número de la rue Peletier, una calle que cortaba oblicua a la rue La Fayette, en el distrito noveno, por ello era conocida por esa abreviatura— para unirse a su lucha. De Pascal nunca supo mucho más de lo que él permitió que conociera, bastante menos de lo que le habría gustado. Sí que era uno de los líderes destacados que no llegó a pisar ni Fresnes ni la rue des Saussaies. Los que entraban en la cárcel o en las salas de interrogatorios de la Gestapo no contaban lo que allí sucedía. Siempre se había librado con astucia, pero también con suerte. Desde que terminó la guerra, la situación había cambiado radicalmente. La Resistencia, que durante los años de ocupación se había mantenido razonablemente unida, ahora era un nido de intereses dispares. Los comunistas lo sabían. Sin lugar a dudas, lo primero era derrotar al nazismo. Después, habría que imponer un nuevo orden. No otro nuevo orden en Europa, uno más, sino el definitivo, el que iba a permitir la emancipación de la esclavitud del hombre por el hombre, el de la socialización de los medios de producción, el de la liberación de las cadenas del proletariado. El Ejército Rojo, el mismo que estaba llamado a liberar Berlín del yugo nazi, sería el mismo que libertaría al resto de Europa de la mugrienta y oxidada tenaza capitalista.

—Siéntate, Nicole —le pidió.

La chica y Stéphane se sentaron a la mesa alargada en la que había una bandeja de cristal con dos peras medio podridas y una manzana amarilla moteada de puntos marrones.

—Cuéntanos, Nicole. ¿Qué te han dicho?

Pascal sabía que se había entrevistado con Marie-Madeleine Fourcade. La chica se arrellanó en su asiento. Después, plantó los dos codos en la mesa y miró, primero a Stéphane, y después a Pascal.

—Me han pedido que pase a hacer algo más útil que cortar el pelo a las colaboracionistas.

Pascal no se sonrió por la respuesta y su semblante permaneció igual de serio que antes de formular la pregunta. Por ello, Nicolette optó por hablar claro, sin rodeos.

—Me han pedido que vaya a la residencia que tiene Goering al norte de Berlín.

—A Carinhall —aseveró, sin dudarlo.

—Sí. ¿La conocéis?

—¿Cómo quieres que la conozca!, ¿qué te crees, que Goering me invita allí a tomar café por las tardes?

—Tienes razón, Pascal. Perdona. Quería decir que si habíais oído hablar de ese sitio.

—Claro que he oído hablar. Creo que ese ladrón tiene allí todo lo que se ha llevado de Francia, de Holanda, de Bélgica, de Austria, del Este. Está a unos ochenta o noventa kilómetros al norte de Berlín y espero que pronto caiga en nuestras manos. ¿Qué te han dicho que hagas?

—Quieren que averigüe dónde están las bases de lanzamiento de las V-1 y las V-2.

—Pero eso es una majadería.

—¿Por qué? —preguntó extrañada por la afirmación tan tajante de Pascal.

—Porque ¿cómo lo vas a saber? ¿Qué esperan, que tengas acceso a un panel donde esté marcado con cruces y sobre el mapa de Europa el lugar donde las han instalado? Además, para lanzar una V-2 lo único que necesitan son unos kilos de cemento para construir una base de hormigón armado y cuando haya cuajado como para soportar la fuerza del lanzamiento de una de ellas, se ponen en funcionamiento. Y de las V-1 ya ni te cuento. Los últimos modelos son lanzados desde los Messerschmitt 111. Eso es una tontería. No me lo puedo creer —negó mirando a Stéphane, que no había dicho una sola palabra en todo el tiempo—. Además, ¿qué más nos da lo de las V-1 y V-2, si todas apuntan al oeste? Mientras no inventen una que pueda llegar a Moscú...

A Nicolette no le gustó ese comentario. Ella tenía una visión más integral de la guerra y no tan sesgada como la que mostraba Pascal.

—Pues el plan es ese.

—¿Y cómo vas a llegar?

—Bueno, lo primero es intentar encontrar a alguien que pueda colaborar conmigo desde dentro. Ya les he propuesto alguna idea.

—Pero eso es imposible. ¿Quién va a poder ayudarte desde dentro?

—Bueno, igual no es tan difícil.

Pascal interpretó que Nicolette tenía una respuesta que a él se le escapaba.

—Explicate —el tono que estaba empleando con la joven era especialmente cortante.

Se recostó sobre la silla y tomó aire.

—Les he dado una pista y me van a ayudar con ella.

Los dos hombres la miraban con un apremiante interés.

—Todos sabemos de la afición, por llamarlo de algún modo, de Goering por los objetos caros, sobre todo por los cuadros. Según iban ocupando un país, los alemanes, y él a la cabeza, lo desvalijaban. El nuestro no fue una excepción y París acabó convirtiéndose en una de las debilidades de ese hombre. Con la excusa de seguir de cerca las actividades de la Luftwaffe cuando lo del año cuarenta en el Canal, se metía en el Ritz y no paraba de negociar la compra en ocasiones, el robo en la mayoría, de obras de arte.

—¿Y bien? —Pascal odiaba los rodeos que utilizaba Nicolette para contar las cosas.

—Pues que nunca iba solo. Lo acompañaban varias personas de su entorno que lo asesoraban en las transacciones. Ahí está la clave.

—Por favor, Nicole, sé más explícita. —Pascal empezaba a ponerse nervioso.

—Nos hemos enterado de que uno de ellos es español.

—¿Español? —preguntó Pascal, extrañado—. Pero ¿cómo has sabido eso?

—Pascal, durante mi descanso de tres años, al margen de ruso y alemán, aprendí muchas más cosas, y una de ellas fue a pensar. Te puedo asegurar que es muy divertido. Mira, ¿tienes un papel y un lápiz?

Con la pregunta, se quedó desorientado. No podía imaginar que, en ese momento, Nicolette se fuera a poner a escribir. Hizo el gesto de levantarse a buscarlos, pero Stéphane le sujetó el brazo.

—Deja, yo sé dónde hay.

A Pascal se le hizo eterno el instante que pasó hasta que Stéphane volvió con un papel de estraza arrugado y con la mitad de un lápiz.

Nicolette era una mujer muy especial. Después de lo ocurrido con los soldados del puente Neuf, hacía de aquello cuatro años ya, la todopoderosa Marie-Madeleine Fourcade entendió que su vida pendía de un alambre demasiado débil y optó por retirarla a Les Houches, una aldea de la Alta Saboya situada en la falda norte de los Alpes, a muy pocos kilómetros del Mont Blanc. Allí pasó tres años rodeada de libros y acompañada tan solo por unos pastores que, al margen de enseñarle pastoreo, también le enseñaron idiomas. Por un lado el de los ocupantes —uno de ellos era originario de la Alsacia—, por el otro, el de los que serían los futuros dueños de Europa —los padres del otro pastor tuvieron que emigrar de Rusia cuando estalló la Revolución—. Sin embargo, todos tenían ganas de que Nicolette volviera a la acción, y así fue. A principios de año, siguiendo instrucciones del Ejecutivo de Operaciones Especiales y con el beneplácito del mismo De Gaulle, colaboró activamente en el sabotaje de las comunicaciones alemanas en la franja atlántica. Sus intervenciones en aquellas operaciones la convirtieron en una experta en explosivos. Nicolette fue una de las pocas mujeres que llegaron a París con la II División Blindada de Leclerc, y allí fue donde comenzó con la tijera, como si se hubiera apoderado de ella una enfermedad crónica, una obsesión irracional. Junto a otros compañeros del Partido, y en muchos casos sola, iba por los pueblos averiguando quién había sido colaboracionista o, en su defecto, buscando niños menores de tres años rubios con ojos azules. Era el hilo por donde llegaba al ovillo. A su manera, estaba vengando la muerte de François, de Thierry, y la de tantos otros que habían luchado por la liberación de su país. Todos entendieron que eso no podía durar eternamente. Europa todavía necesitaba de personas dispuestas a aportar algo más que la humillación pública de unas mujeres que se dejaron encandilar por la afrodisíaca atracción del dominador, que siempre contaba con una billetera abundante y generosa. Eso no era suficiente.

Nicolette cogió el lápiz y aplanó el papel grisáceo que le habían dado.

—Escucha —comenzó a decir—. Si nos ponemos a enumerar los lugares donde los nazis pueden tener información que nos resulte útil, podríamos elaborar una lista con ¿cuántos nombres?

Con el lápiz empezó a escribir unas iniciales irreconocibles sobre el papel mientras iba dando una serie de nombres:

—Cuarteles generales, embajadas, prisiones, la propia Cancillería. ¿Estamos de acuerdo? —Sin dejar que contestaran, continuó con su razonamiento—: Para acceder a estos sitios creo que todos coincidimos en que la única manera es desde el aire y a bombazo limpio. Así podremos destruirlos y deberemos hacerlo, pero los bombardeos destruirán las pruebas, papeles y documentos que podamos necesitar. Sin embargo, si hablamos de Carinhall —mientras pronunció este nombre, lo escribió en el papel con letra más clara y totalmente inteligible—, la cosa cambia. Es un lugar con una protección muy distinta, donde además podemos tener alguna vía de entrada.

—Por favor, Nicole... —exigió Pascal, haciendo un gesto con la mano para que aligerara la explicación de su plan.

—Antes os he hablado de los cuadros. Mirad, aquí está Goering —en el papel pintó una G y la rodeó con un círculo—. ¿Quién se acerca a esta persona? Os lo voy a decir yo: asesores militares, seguro, es el segundo hombre del nazismo; sastres, por la forma en que viste tiene que recibir todos los días a varios; gente relacionada con la caza —mientras iba detallando las relaciones del Reichsmarschall, escribía líneas que, partiendo del círculo, salían hacia el exterior. Parecía que estaba dibujando un sol infantil—, ya que tiene, entre otros títulos, el de Montero Mayor del Reich, otra memez; la frígida de su mujer...

—¿Por qué la llamas así? —Quiso averiguar Stéphane, espoleado por la curiosidad ante tal afirmación.

—Porque tiene cara de serlo —cortó, con una sonrisa y un movimiento afirmativo de cabeza—. Pero en todo esto hay un resquicio. Mirad, este hombre tiene varios asesores de arte. El más importante es un tal Andreas Hofer, alemán y fiel hasta la médula. También tiene otro de relevancia, Alois Miedl, un hombre con familia judía, sí, no os sorprendáis —comentó, al ver la cara de asombro de sus dos interlocutores—. Pero también tiene a un español.

Diciendo esto, trazó una línea mucho más gruesa hacia abajo.

—Y eso, ¿cómo lo sabes tú?

—Porque llevo trabajando en este tema desde hace varios días. No hace falta que os recuerde las veces que vino a París. Seguro que se os pasó por la cabeza atentar contra él —no estaba descaminada, la Resistencia se lo llegó a plantear, pero entendieron que aquella misión era prácticamente suicida porque siempre se alojaba en el Ritz, en la Place Vendôme, lugar de difícil acceso, y además eran los primeros años de la ocupación, cuando la Resistencia todavía se encontraba en sus inicios, y su capacidad para organizar una acción eficaz era quimérica—. Siempre que venía, visitaba galerías, recibía a marchantes, y acudía al Jeu de Paume. Ha sido un amigo

mío, Phillipe, que trabaja allí, el que me dijo que muchas veces iba con un español. Un cojo.

—¿Un cojo?

—Sí, el español, que además de ser muy bueno, según decían, era cojo.

Pascal se quedó mirando fijamente a Nicolette a la vez que cogió el papel que la chica había garrapeado cubriéndolo de rayas, iniciales y palabras que tuvieron sentido solo cuando las explicó.

—Por cierto, ¿ese hombre no sabía francés?

—¿El cojo? Sí, creo que lo habla muy bien.

—Entonces, ¿cómo sabe tu amigo, ese tal Phillipe, que es español? No creo que llegara haciendo gala de su procedencia.

Nicolette siempre había considerado a Pascal como un hombre muy inteligente. Lo admiraba y estaba segura de que a él, entre otros, le debía la fe firme que tenía en el comunismo.

—Porque mi amigo es novio de una chica que entró con su padre por la frontera de Le Perthus en los últimos días de la guerra española.

—¡Ah, sí!, los cobardes aquellos que se negaron a luchar contra Franco, he oído hablar de esa gente —reprenió, con desprecio.

—¿Cobardes?, ¿por qué cobardes? —Nicolette no sabía la razón por la que hablaba así de los republicanos españoles.

—Porque no le plantaron cara al dictador. Yo soy como nuestro camarada Stalin, tampoco entiendo aquella retirada, después de lo que hizo la Unión Soviética por ayudarlos.

La chica se dio cuenta de que ella había interpretado de una manera muy distinta el motivo por el cual aquellas personas, derrotadas y humilladas, se vieron obligadas a cruzar la frontera intentando salvarse de una muerte segura. Sabía que muchos republicanos españoles habían contribuido a la lucha contra el nazismo en Francia. No le había gustado la manera con que Pascal había hablado de ellos, pero siguió explicando su plan.

—Bueno, te decía que la novia de este chico es española, por lo que a él le hacía mucha ilusión practicar su idioma con Luis, que es así como se llama el cojo.

Nuevamente se recostó sobre el asiento y con satisfacción extrajo su conclusión:

—Tenemos a un español dentro de Carinhall. Parece que la cadena tiene un eslabón distinto.

Pascal y Stéphane se miraron con escepticismo.

—¿Qué creencias tiene ese español? Considera que para haber entrado allí tendrá que haber demostrado ser más fascista que Hitler.

—O no. Eso no lo sabemos todavía. Es una posibilidad sobre la que tengo que profundizar.

—Nicole, ese eslabón distinto, como dices, ¿es más débil o más fuerte que el resto?

—Mañana he quedado con alguien en el Louvre. Espero que me lo diga. Tendremos que esperar hasta entonces.

Pascal asintió con la cabeza. Estar próximo a una mujer tan activa como Nicolette lo llenaba de satisfacción. A veces había bromeado con alguna persona de confianza, diciéndole que si en vez de haber estado varios años escondida en Les Houches, hubiera actuado en la primera línea de la Resistencia, igual la liberación de París habría llegado algunos años antes. Había encontrado la oportunidad de poder acceder al nido de Goering y no estaba dispuesta a renunciar a ella. Un lugar lleno de información muy útil para el Partido, eso seguro. Sobre todo, para sacarla a la luz cuando el sonido de la guerra hubiera cesado.

De no haber estado Stéphane delante, le habría gustado rematar la conversación con Nicolette de otra manera, pero tenía que mantener las formas, muy a su pesar. Con el lápiz apoyado en la comisura de los labios, la francesa estaba para comérsela.

Uno de los días más felices para Nicolette fue cuando el Louvre reabrió sus puertas. No porque ella fuera una asidua de sus galerías, ni una enamorada de los objetos que allí se atesoraban, sino porque significaba la ascensión de un nuevo peldaño en la larga escalera de recuperación de la cotidianeidad. Con la mayoría de sus salas vacías —las obras más importantes del Museo fueron desperdigadas por todo el país durante los años 1937 y 1938 en previsión del conflicto que todos vaticinaban—, el aspecto que ofrecía era el de un gran almacén desierto, pero estaba abierto, y eso era lo importante. Sería algo simbólico, pero muy significativo.

Se presentó ante uno de los vigilantes de la entrada y este la acompañó al despacho de Alain Moura.

—Por aquí, por favor.

Nicolette siguió al hombre al que le faltaba el brazo izquierdo, y que recogía la manga de la chaqueta dentro de un bolsillo, por los largos pasillos del Museo. Se podía ver el cerco que habían dejado los cuadros al ser retirados y la mujer pensó cuánto tiempo tendría que pasar para volver a verlos todos allí, como cuando fue de niña, por primera vez, con el colegio, y pudo admirar su cuadro preferido: *La Libertad guiando al pueblo*. Mientras caminaba, recordó el lienzo, con aquella mujer que enseñaba un pecho y que, con el fusil calado con la bayoneta en una mano y la bandera francesa en la otra, enardecía y guiaba a los franceses en la lucha, mostrando un rostro feroz por la necesidad obsesionante de la victoria. Descubrió que aquella imagen también la había guiado y se imaginaba que era ella, Nicolette Aumont, la mujer que regía el destino de un pueblo que, ambicioso de libertad, la seguía ciegamente. «Solo que —pensaba, con cierto aire vanidoso— entre las dos mujeres hay una diferencia fundamental: Ella es fruto de la creación de Eugène Delacroix. Sin embargo, yo soy real».

Giraron en uno de los pasillos y llegaron a un pequeño distribuidor con una puerta. El hombre llamó con los nudillos y desde dentro se escuchó una voz que autorizaba la entrada.

Cuando pasó al interior, comprobó que los dos hombres con quienes había quedado ya la estaban esperando.

—Phillipe, me alegro de verte de nuevo.

—Y yo, Nicole. Mira, te voy a presentar a Alain Moura.

El hombre se acercó a darle dos besos a la invitada. Había oído hablar de ella, pero nunca la había visto.

—Me alegro de conocerte, por fin. ¿Sabes cómo te llaman?

Nicolette, sorprendida por tener un apodo que desconocía, negó con la cabeza.

—Te llaman La Mujer de las Tijeras —bromeó, esperando sonriente la respuesta

de Nicolette.

El mote no le hizo ninguna gracia. Lo miró fijamente y, aunque en un primer momento pensó en no responderle, cambió de parecer.

—Preferiría que me recordaran por ser la hermana de François, o la que voló el puente en Messei, o la que puso la bomba al paso de aquel camión, cerca de Guingamp.

—Sí, recuerdo aquello, la memoria de tus acciones en Bretaña es una de tus tarjetas de presentación. Los nazis, también ahí, llevaron a cabo una buena represalia contra la población civil.

Extrañada por el inoportuno comentario, que entendió de desaprobación, respondió punzada por la insinuación:

—¿Qué quieres decir, Alain?

—Nada, Nicole, nada. Simplemente me ha venido a la memoria las represalias de esta gente. ¿Te has enterado de lo que pasó en Roma, lo que se ha dado en llamar Los mártires de las Fosas Ardeatinas?

Nicolette asintió.

—Eso no lo sé yo —terció Phillipe Dalmau.

—Fue uno de los últimos recuerdos de los nazis en Roma. Sucedió en marzo de este año, tres meses antes de que entraran los aliados. Al paso de una compañía de soldados alemanes por la Via Rassela, los partisanos hicieron estallar una bomba que habían escondido dentro de unos cubos de basura. Murieron treinta y tres soldados. Al día siguiente, ellos mataron a trescientos treinta y cinco civiles. Por cada soldado, diez italianos.

Las tres personas se quedaron unos instantes en silencio.

Phillipe calculó rápido:

—Perdón, pero si has dicho que por cada alemán mataron a diez italianos, las cuentas no me salen.

—Me gustaría que fuera un chiste —aseguró con pesar Alain—, pero parece ser que se confundieron a la hora de meter a la gente en los camiones y llevaron de más. Cuando terminaron, no quisieron que quedaran testigos.

El silencio volvió a recorrer la habitación.

—Bueno, Nicolette, ¿en qué podemos ayudarte?

No se le podía escapar ningún detalle. Eran compañeros, sí, pero las circunstancias habían cambiado. Sobre todo para ella, que se encontraba, y lo sabía, jugando a dos bandas. El nuevo gobierno provisional y los comunistas franceses tenían intereses comunes que terminarían con la muy próxima caída del nazismo, pero también tenían ideas marcadamente distintas de la sociedad que querían para después de acabar con Berlín. Marie-Madeleine era la voz del gobierno, mientras que Pascal, en otra época falsamente hermanado con una anticomunista como Marie-Madeleine, significaba un enfoque distinto, unos intereses disímiles. Nicolette en teoría trabajaba para la primera, pero sus orígenes y su formación política, además de

su unión sentimental con Pascal, un factor que fue determinante, la habían conducido a mirar hacia el este. Por eso estaba dispuesta a llevar a cabo el doble juego, aprovecharse de unos para servir a los otros.

—El otro día Phillipe me contó que, dentro del grupo de personas que solían acompañar a Goering cuando venía a París, iba un español. Un tal Luis.

—Me acuerdo de su nombre. Luis Molero.

—¡Vaya!, ya sabemos algo más —se alegró Nicolette del pequeño avance.

—Me han pedido que averigüe el mayor número posible de datos sobre él. Alain, ¿lo llegaste a conocer?

—Era muy difícil no conocerlo. Cuando venían, en aquella época yo estaba de ayudante de Merlín, el conservador. De todo aquel grupo siniestro destacaban sobremanera dos personas. Uno, Goering, con sus trajes, a cuál más extravagante, siempre tocado en la cabeza por un modelo distinto de gorro, y acompañado de su cetro de oro y pedrería. El otro que nunca pasaba desapercibido era el español, por su marcada cojera.

—¿Hablaste con él?

—Muy poco —recordó Alain—. No era hombre de muchas palabras. Se fijaba en el estado de los cuadros y en los riesgos inherentes al transporte. A veces cuchicheaba algo al oído de Hofer cuando Goering hacía algún comentario. Aunque hablaba muy bien el francés no hablamos de nada que te pueda ser de utilidad.

Nicolette miró al otro hombre que estaba en la habitación.

—No me hablaste de ninguna mujer. ¿Estaba casado?

—Sí, me contó que su mujer tenía un nombre muy español, Thérèse. Él la llamaba *Teresa* —lo pronunció como si la *r* fuera una *g*—. También vivía en Alemania.

—¿Cómo que vivía en Alemania? —interrumpió Alain, que hasta ese momento parecía que no estaba prestando atención a la conversación—. ¿Vivía con él?

—Sí, vivían juntos. Me contó que a su mujer le costó mucho trabajo aprender el alemán. De hecho, llegó como cocinera a Carinhall y la quitaron de allí porque no cuajaron sus gustos culinarios ni entendía lo que le decían. Ahora trabaja de limpiadora. También me dijo que le llegaron a ofrecer el regreso a España, pero ella no quiso separarse del marido, y allí se quedó. —La cabeza de Nicolette era como un carrusel, le daba vueltas a todas las perspectivas que estaba descubriendo mientras le escuchaba—. Y, aunque este viajaba mucho, prefería seguir así. Me contó también que todavía no tenían hijos, aunque llevaban ya muchos años casados, y ella sufría especialmente por eso.

—¿De qué parte de España era?

—No lo sé, pero sí me hablaba mucho de Madrid. Vivían allí, con su padre.

—Oye, ¿cuándo hablabais tanto vosotros? —preguntó Alain, extrañado por todo lo que sabía de ese Luis Molero.

—Me contaba que le hacía mucha ilusión hablar español conmigo. Que en

Carinhall, excepto su mujer, nadie más hablaba su idioma. Y luego, en sus viajes, tampoco encontraba con quien hablarlo. Bromeaba diciendo que se le iba a olvidar.

Nicolette entendía que toda la información que había obtenido era sumamente útil. Ahora no solo había un español dentro de la mansión, sino dos y, además, uno de ellos estaba allí siempre, no como el restaurador, que viajaba continuamente.

—Dices que en Madrid vivían con el padre.

—Sí, con el padre de Luis, no con el padre de ella.

—Ya, pero ¿te contó en qué parte de Madrid vivía?

—No lo sé. Quizá me lo dijo, pero no me acuerdo. Creo que por el centro.

—¿Habló alguna vez con tu novia?

—No, nunca coincidieron. De todas formas, mi novia es de una población llamada Mataró —lo dijo sin ser capaz de pronunciar correctamente la última consonante—, cerca de Barcelona, y nunca ha estado en Madrid.

Intentó hacer una rápida composición de lugar. Necesitaba más información y tampoco iba a tener muchas más oportunidades de hallarla.

—Y políticamente... —no continuó con la pregunta. Se limitó a levantar el mentón.

—Nicole, de eso no hablamos casi nada. Recuerda la posición en la que él venía y con quién estaba hablando.

—Me acabas de decir que *casi* no hablasteis —puso énfasis en el adverbio. Tanto Nicolette como Alain notaron que Phillipe se incomodó con la observación. Se removió en el sillón y se incorporó sobre la mesa. Su silencio lo ponía especialmente nervioso.

—Bueno, en alguna ocasión hablamos de ello. Me contó que su padre era un republicano que fue condenado después de la Guerra Civil. Le conmutaban la pena si él accedía a ayudar a los alemanes con los cuadros. Antes, trabajaba en el Prado.

—¿Que el español trabajaba en el Musco del Prado? Y ahora me entero —Alain refunfuñó, sorprendido enormemente por lo que acababa de escuchar.

—Él no quería que se supiera.

—Pero hombre, ¡cómo es que nunca lo supe! —Se enojó vivamente Alain Moura—. Yo conozco el Prado, estuve antes de su guerra y me habría encantado hablar con alguien que hubiera trabajado allí.

Phillipe no sabía muy bien qué decir. Se limitó a encogerse de hombros.

—Phillipe no cayó en ello, no es fácil su situación. —Nicolette razonó para exculparle por no haberlo comentado. Tampoco lo consideraba tan importante para Alain, aunque para ella resultaba capital—. ¿Verdad que no entendiste que fuera importante?

—Nicole, si no es que sea importante o no, pero si Goering viene con una persona que trabaja en uno de los museos más importantes del mundo, me hubiera gustado conocerla. Siempre hay información que compartir. Seguro que ellos también saben mucho de preparar un museo para una guerra. No sé, Phillipe —dudó, meneando la

cabeza a ambos lados—, no sé cómo no me lo dijiste.

—Lo siento, Alain —se disculpó un Phillipe que era consciente en ese momento del error involuntario que había cometido.

—Bueno —concluyó Nicolette para dar por terminada la conversación—, no os molesto más. Alain, ¿cuándo va a volver a estar el Louvre completo?

—¡Yo qué sé! Desde luego no hasta que la guerra termine. Londres no para de recibir el fuego de los cohetes esos.

—¿Las V?

—Sí, las unas y las otras. Parece ser que contra las primeras ya han encontrado solución y los cazas de la RAF se hacen con ellas, pero con las segundas solo nos queda esperar a que fallen, como hacen afortunadamente la mayoría, pero alguna acierta. Y no solo Londres, las ciudades belgas están siendo machacadas, en especial Amberes. Como comprenderás, no tenemos ninguna garantía de integridad aquí, en París. Esta ciudad ha vuelto a ser feudo enemigo, y Hitler nunca ocultó su deseo de acabar con ella para que no le hiciera sombra al gran Linz que quería construir. Ahora que ya sabe que no va a poder erigir allí la ciudad que esperaba fuera la más importante de Europa después de Berlín, o incluso más importante que esta, puede tomar una represalia. —Receló, señalando con el lápiz la mesa en la cual se encontraban—. A ese hombre le gustan mucho las represalias. ¿Sabes que por lo de su atentado ha matado a miles de personas?

Nicolette se había despedido de Alain y de Phillipe con la excusa tan socorrida de no molestarlos más. Ahora sabía todo lo que necesitaba conocer, y el plan que estaba fraguando su mente la llegaba a excitar.

—Pero ¿cómo que quieres ir a España?

—Sí, a Madrid —precisó, todavía presa de los nervios que la encrespaban.

Desde el Louvre, Nicolette había encaminado sus pasos a la casa de Marie-Madeleine. Sabía de su demostrada capacidad de decisión, y que sus taxativas órdenes se cumplían a rajatabla. Había encontrado una vía de entrada en el lugar que le pedían y no podía desperdiciarla. La guerra avanzaba y cada día las posibilidades de obtener la información que le solicitaban eran menores.

—Siéntate. Me trajeron café hace unos días y todavía me queda algo. ¿Te apetece?

En el París de los últimos meses de 1944 la escasez era la nota habitual. Faltaba de todo, de lo básico y de lo superfluo.

Marie-Madeleine era una mujer muy atractiva, incluso cuando se acababa de levantar y su pelo seguía enmarañado cayéndole por la cara a mechass, como si fuera un camuflaje del que se valiera para esconder su rostro dormido. Su boca, con sus pronunciados labios, era sensual a todas las horas del día, y el cigarrillo, que colgaba de la comisura de sus labios provocando que llevara un párpado un poco entornado por el humo, le daba una imagen de actriz de película policíaca de cine americano.

—Tengo azúcar en ese bote —indicó, señalando la alacena de madera del pequeño salón cuando entró con los dos cafés en la mano.

Las tazas humeaban y Nicolette, antes de dar un sorbo, la cogió con ambas manos para sentir su calor e intentar entonar un cuerpo que permanecía helado por las bajas temperaturas reinantes en la ciudad. Sin embargo, un montón de ideas martilleaban dentro de su cabeza como máquinas de artes gráficas a pleno rendimiento.

—Venga, Nicole, habla; pero, por favor, relájate —le rogó, aunque sabía que pedirle eso era como pretender que el mar siempre se mantuviera calmo.

—Me has pedido que encuentre la manera de entrar en Carinhall, y creo que la tengo.

Marie-Madeleine la miró sorprendida por la afirmación. El idealismo de Nicolette siempre había ido aparejado a unas inmensas dosis de sentido común. A su juicio, los años habían pasado mucho más rápido por el cuerpo de la chica que por el de cualquier otra persona.

—Estuve estudiando la manera de poder entrar allí y obtener la información que me pedís. Analicé qué tipo de personas eran las habituales y llegué a la conclusión de que casi todos eran alemanes o personas de muy difícil acceso. Excepto una, bueno, en realidad dos —su interlocutora se mantenía en silencio, escuchando atentamente, mirándola expectante con la taza de café en la mano—. Todos sabemos de los gustos de Goering.

—Perdona, Nicole, ¿a qué gustos te refieres?

—Por la pintura, por supuesto. Venía mucho a París, y aquí hay mucha gente que lo conoció, pero no solo a él sino también a los que le acompañaban. Entre ellos, viajaba un español. Un experto en arte al que contrataron no sé de qué manera —sí lo sabía, pero omitió el dato y la fuente, por lo menos de momento— y que asesoraba a toda esa panda de ladrones. Siempre lo vieron como una persona distinta, como si todo eso no fuera con él, como ajeno, me llegaron a decir. En Madrid trabajaba en el Museo del Prado.

Marie-Madeleine dio un sorbo de café que recorrió su garganta como un bálsamo contra el intenso frío que reinaba en la casa.

—¿Y?

—¿Lo dices por lo del español?

—Sí, nuestros vecinitos son unos fascistas. No es de extrañar que hubiera españoles allí.

—Eso ya lo sabemos todos, pero ¿qué me dirías si te matizara que nuestro español es hijo de un republicano que estuvo, o está todavía, no lo sé, encausado por oponerse a la rebelión de Franco? Escucha, Marie-Madeleine, tenemos dentro de Carinhall a un hijo de un republicano. ¿Entiendes?

—Nicole, que su padre sea republicano no quiere decir nada, o casi nada. Si me estás diciendo que por ser hijo de un hombre que se enfrentó a Franco va a suponer para nosotros alguna garantía, estás muy equivocada. En todos los países, incluso en el nuestro, hubo muchas familias que estuvieron en bandos opuestos.

—Sí, ya lo sé, pero ¿y si te contara que le ofrecieron la libertad del padre a cambio de que él se fuera con Goering?

Marie-Madeleine se recostó sobre la silla y encendió un cigarrillo. Agitó el fósforo para apagarlo y aspiró la primera calada como si necesitara alguna fuerza adicional para asimilar una situación que había comprendido a la primera.

—Y no solo eso —prosiguió, sabiendo que este último dato había impactado sobre su interlocutora como un dardo letal—. Este hombre, que está allí para salvar a su padre de la cárcel, se fue a Alemania con su mujer, una tal Teresa. Es una de las limpiadoras de Carinhall.

La miró y asintió con la *cabeza*. Nicolette era una mujer terrible. Recababa información de todos los lugares, y con dos palabras era capaz de componer un ensayo. Pero tenía razón, era una noticia como para hacer lo que había hecho, ir a su casa sin avisar y presentarse allí como un torbellino de ideas y un torrente de propósitos.

—Pero ¿cómo piensas contactar con ellos? Ese hombre ya no va a volver a París, ¿qué piensas hacer? ¿Sabes si su padre todavía vive?

—Veo que piensas rápido, Marie-Madeleine. Ese es el hombre que me va a dar la entrada. Esa Teresa no se va a fiar de nadie excepto de él. Lo primero que tengo que hacer es enterarme de si su padre vive todavía.

—Pero ¿cómo lo piensas encontrar? ¿Sabes en qué ciudad está?

—Vivían en Madrid. Lo más normal es que el padre siga viviendo allí.

—Pero Madrid es muy grande. No tanto como París, pero debe de ser enorme.

—Sí, pero ¿cuántos cojos trabajaban en el Museo del Prado?

Marie-Madeleine volvió a soltar otra larga bocanada de humo. Se reclinó sobre la mesa y sujetó su cabeza con la mano derecha, la misma que sostenía el cigarrillo. La proximidad del humo la obligó a entornar los ojos. Movi6 la cabeza con un ligero vaivén imperceptible.

—Eres increíble. Eso es muy peligroso —le advirtió con inquietud—. Yo te puedo ayudar facilitándote un visado para Madrid, incluso contactos en la embajada, pero te recuerdo que el gobierno de París ha reconocido al de Franco, por lo que nosotros no podríamos asumir la responsabilidad de una acción sobre el país fuera de los círculos diplomáticos. Tus movimientos allí tendrán que ser por tu cuenta. Si te pasara algo, no te podríamos ayudar. Y luego —siguió exponiendo— vendría la segunda parte, en Alemania. Te repito que todo esto es muy peligroso. Nicole, ¿te lo has pensado bien?

Le preguntaba si se lo había pensado bien. Nicolette tenía un apoyo adicional que nadie conocía, ni siquiera la hábil y perspicaz Marie-Madeleine.

—Ten en cuenta que aunque me ves a mí sola, no lo estoy. El recuerdo de François me ayuda en cada acción. Él me dicta sus consejos al oído todos los días —terminó diciéndole—. Cuando por las noches me asaltan los temores, todavía le pido cobijo en su cama. No, Marie-Madeleine, no voy sola, él me acompaña.

Erika paseaba por la orilla norte del Wuckersee. Nunca había pensado que un lugar tan amplio como era Carinhall, tanto por dentro como por fuera, le produjera claustrofobia. Allí tenía de todo, desde cine a piscina climatizada, pasando por una gran variedad de espacios ideados tanto para encontrar calma y tranquilidad, como para el ocio más animado y bullicioso; pero le faltaba lo que más anhelaba, la libertad. No porque no pudiera salir a algún pueblo próximo, sino porque aquel espacio natural la comprimía como una losa que, poco a poco, le iba robando espacio vital.

Con su mano derecha cogía a Kurt, siempre perfectamente peinado con su delineada raya. Lo miraba y sentía lástima porque no le gustaba como estaba transcurriendo su niñez, siempre encerrado allí, familiarizado con las armas de los soldados, con las alarmas que avisaban de los ataques de la aviación enemiga —que, milagrosamente, todavía no habían caído sobre la mansión—, creciendo en ese ambiente enrarecido y falso que se vivía en aquellas fiestas tan artificiales como la fachada de los invitados.

Siguiendo el camino abierto entre la nieve, en dirección este, llegó a las inmediaciones del lugar más singular de todo el conjunto, el mausoleo de Carin, que por orden expresa del Reichsmarschall se encontraba siempre perfectamente limpio de nieve. La que fuera primera mujer de Goering había muerto hacía trece años, pero parecía que su recuerdo no se había esfumado. Ese año, como los anteriores, había organizado un sencilla ceremonia para conmemorar el aniversario de la muerte de su primera esposa. Muy pocos podían entender que la mansión siguiera llamándose Carinhall en honor a una mujer fallecida, y que no le hubiera cambiado el nombre para dedicársela, por ejemplo, a su hija. Aunque ya conocía el lugar, se paró ante las escaleras y comenzó a bajar los peldaños pétreos que la conducían ante la puerta de entrada, como si fuera, dada la proximidad de la orilla, a sumergirse bajo las siempre heladas aguas del lago Wucker.

—Ten cuidado, Kurt, no vayas a tropezar.

El pequeño, inseguro, comenzó a descender la escalera de piedra invadida por el musgo. El crío no ponía ningún pie en el siguiente escalón hasta no tener los dos bien estables en el anterior.

Así Kurt y su madre llegaron ante la puerta de barrotes de hierro, medio oxidados por la humedad, desde donde se podía distinguir con claridad el sarcófago de Carin. Sobre la piedra que lo cubría solo se leía, escrito con letras metálicas atornilladas a la superficie impoluta, el nombre de la finada. Al fondo, dos candelabros sujetaban tres velas cada uno, prendidas siempre, como era el deseo de Goering. Contaban que había llegado a decir que el día en que se apagaran aquellas luces sería porque se

habría vuelto a reencontrar con ella. Kurt empezó a cansarse de la tranquilidad del lugar, así que después de unos minutos comenzaron de nuevo la ascensión al exterior.

Cuando quedaban cuatro o cinco escalones para salir del mausoleo la mujer del Oberst se llevó una sorpresa:

—Buenas tardes, Erika.

La mirada de Emmy no era de reproche, sino de extrañeza.

—No me hubiera imaginado que estabas aquí.

La mujer de Goering también llevaba de la mano a su hija Edda. Detrás de ellas, a varios metros de distancia, una de sus criadas las seguía por si en algún momento pudieran necesitar algo.

Erika terminó de subir los escalones y se agachó para dar un beso a una Edda que le correspondió con otro bien sonoro.

—Cada día está más mayor.

—Claro, Erika, estos pequeños son los que nos hacen apreciar el paso del tiempo.

Emmy, que siempre había mostrado predilección por los niños, se inclinó para dar un beso a Kurt, pero el crío dio un paso hacia atrás.

—Kurt, no seas arisco —le riñó su madre—, da un beso a *Frau* Emmy.

—¡Déjale!, no te preocupes —lo excusó Emmy.

Tras unos instantes, Erika miró en derredor y dijo lo primero que se le ocurrió:

—Parece que el día no está muy frío, para la época del año en la que estamos, claro.

—¿Estabas dando un paseo?

—Sí —contestó rápidamente, sintiéndose aliviada por su comentario—. ¿Me acompañas?

—Encantada.

Una vez que aquel grupo ocasional formado por las dos madres con sus hijos, seguido por la asistenta, continuó por el sendero que discurría junto a la orilla del lago, Emmy quiso satisfacer su curiosidad.

—Seguro que te extraña que este lugar lleve el nombre de su primera mujer. Sería más lógico que llevara el mío. ¿No te parece?

Erika no sabía qué contestar, parecía que Emmy había estado hurgando en sus pensamientos, y eso la descolocó.

—O el de ella —y diciendo esto, Emmy señaló con la cabeza a la niña, que iba dando patadas a las hojas que se amontonaban sobre la nieve.

—Imagino que para nuestro Reichsmarschall la memoria de su primera mujer debe de ser muy importante.

A Emmy no le pasó desapercibida la manera en la que Erika se refirió a su marido; le resultó más propia de una adulación forzada que de un sentimiento verdadero.

—Hermann nunca ha podido perdonarse no estar a su lado cuando ella murió. Se encontraba reunido con Hindenburg cuando sucedió; se lo había pedido el Führer. Mi

marido siempre ha antepuesto los intereses de su patria a los personales.

En ese momento, a Erika le vino a la cabeza la imagen de todos los camiones que llegaban cargados con obras de arte para las que la mansión ya se había quedado pequeña.

—Las obligaciones de un estadista —continuó la mujer— no son fáciles de entender por aquellos que no lo somos, ¿verdad, Erika?

—Me imagino que así es, Emmy. Nuestra misión es apoyarles en todo momento, aunque a veces no conozcamos el verdadero alcance de sus acciones.

—Efectivamente. Muchas veces, el papel de la mujer de un gran hombre, como es tu caso y el mío, debe asimilarse al de una actriz sobre el escenario. En eso, tú y yo tenemos algo de experiencia, y a veces nos toca interpretar nuestro papel, el de actriz de reparto, nunca de protagonista.

Aunque nunca se lo había dicho, hacía mucho tiempo que Emmy había descubierto que el bagaje artístico de Erika había sido un engaño más de todos los que había sufrido desde que estaba con Goering. Su vinculación con uno de los hombres más importantes del Reich suponía el enfrentarse a la falta de sinceridad de casi todas las personas que aparecían en su vida.

Erika asintió con la cabeza.

—Mamá, ¿puedo tirar piedras al lago? —El pequeño Kurt solicitó permiso. A sus tres años recién cumplidos, aunque a media lengua, se expresaba con locuacidad. Miró a Edda de soslayo.

—¿Te importa que paremos un momento? —preguntó a Emmy.

—Por supuesto.

En un banco que alguien había limpiado de nieve, junto al agua, las dos mujeres tomaron asiento, mientras que la criada permanecía de pie, guardando la misma prudente distancia.

Durante unos minutos, el único sonido que se escuchaba era el que producían las piedras que tiraban los niños sobre la superficie del agua al salpicar. Competían por ver quién era capaz de arrojarlas más lejos. Mientras tanto, sobre la cabeza de Erika flotaba una duda. No sabía si Emmy Goering vivía una situación de alejamiento de la realidad, una especie de sugestión que le ayudaba a eludir lo evidente, o si, por el contrario, era una de las mayores embusteras que había conocido, que gracias a su faceta de actriz podía creerse todo lo que hacía o decía. No entendía su actitud. Acababa de decir que Goering anteponía sus obligaciones a sus intereses personales, pasando por alto el expolio de todo tipo de objetos que estaba llevando a cabo el Reichsmarschall, y que de ninguna manera podía pasar desapercibido a una persona tan cercana a él como su mujer. Ese cinismo había hecho que Emmy no se hubiera referido nunca a esos robos en los encuentros, cada vez más esporádicos, que mantenían las dos mujeres. La sensación de que iban a profesarse una mutua, incondicional y eterna amistad quedaba ya muy lejos.

De todas formas, Erika sabía que el robo que estaba cometiendo Goering era algo

que acabaría jugando a su favor.

El silencio lo rompió la propia Emmy:

—¿Sabes que el Führer recibió el otro día al *premier* húngaro Szalasi? Contrariamente a lo que dicen algunos, Hitler continúa teniendo intactos todos los apoyos de los países amigos.

Erika se ratificó en su pensamiento sobre las dotes interpretativas de Emmy, ¿o estaría loca?, esa era también una posibilidad que tenía que barajar.

La tarde, una más, otra más, se terminaba, y por el este se adivinaba la incipiente oscuridad de un cielo que amenazaba con perder sus colores y su capacidad para generar contrastes. Las mujeres se quedaron en un silencio que se fue haciendo cada vez más incómodo e inacabable; no había nada que decirse. Mientras, un ganso, prudente, prefirió mantenerse apartado de la orilla. Esa vez, los pequeños habían elegido un blanco móvil.

El ecuador del mes de diciembre había acarreado una noticia inquietante para los intereses aliados. El ejército nazi, al mando de Gerd von Rundstedt, un prusiano que había ascendido a Mariscal de Campo en el año 1940, y siguiendo instrucciones dictadas por el propio Hitler, acababa de comenzar una contraofensiva en el bosque de las Ardenas. Hacia allí se habían dirigido desde el este veinte divisiones, siete de ellas blindadas, que pretendían dividir el avance del ejército aliado. Casi mil carros de combate. De momento, y por las noticias que llegaban desde el frente, el éxito de la acción era total. Nadie pensaba que esa operación fuera a desnivelar el resultado de la contienda, pero suponía un golpe de efecto para la moral de ambos bandos.

Nicolette nunca había estado en España. Cuando llegó a la estación del Norte de Madrid el martes 19, con su pequeña maleta y cargada solo con un par de ideas muy claras, se halló totalmente perdida. No conocía el idioma y se encontró con la extrañeza y el desentendimiento de los españoles que no la entendían. Solo quería encontrar la manera de llegar a la embajada francesa, así que optó por acercarse a un policía que lo primero que hizo fue solicitarle la documentación —al llevar el salvoconducto expedido por la República francesa no iba a tener ningún problema legal, pero sí que perdió un tiempo precioso mientras comprobaba tanto el documento como la identidad de la acreditada—. Después, le indicó la dirección del metro, la combinación de estaciones y transbordos, y la parada en la que se tenía que bajar. Como no era capaz de hacerse entender, el hombre, sin molestarse en disimular las molestias que le estaba provocando la extranjera, con gesto ceñudo, le escribió en un ejemplar de un *Arriba* pasado de fecha que alguien había tirado a una papelería el nombre de las estaciones en letras de molde. Cuando se marchó, se fijó en cómo vestía la francesa. Con su boina violeta y su media melena pelirroja, Nicolette llamaba la atención incluso a las mujeres; los hombres, por su parte, se tenían que conformar con la imaginación, a la que no ayudaba el intenso frío reinante y el abrigo largo que llevaba la joven que se disponía a meterse en el metropolitano.

La embajada francesa, que recibía el nombre de Palacio de Arenzana, se enclavaba dentro de un majestuoso edificio de tres plantas construido a finales del siglo XIX en la calle Salustiano Olózaga, esquina con Villalar, a escasos metros de la Puerta de Alcalá; una de las mejores ubicaciones de la capital. Tras superar el control de acceso de la puerta principal, la hicieron pasar a una sala de espera decorada con muebles estilo Luis XVI. Nicolette se sentó en una de las sillas y esperó a que la atendieran.

Al cabo de unos minutos, el mismo ordenanza que la había recibido le pidió que lo siguiera:

—Si me permite, yo puedo quedarme con la maleta.

—¡Oh!, muchas gracias —fue lo único que se le ocurrió contestar, poco acostumbrada a cortesías.

Tres o cuatro escalones por atrás, fue siguiendo al hombre que vestía un traje azulado y unos zapatos viejos, gastados pero lustrados. Después de llegar al rellano del primer piso, la condujo por un largo pasillo donde se alzaban puertas a ambos lados. En la tercera de la derecha se paró y llamó con los nudillos. Una voz lejana le permitió el paso.

El hombre abrió la puerta y, de detrás de un escritorio que estaba al fondo de la sala, salió un joven que se acercó tan sonriente como si estuviera recibiendo a un íntimo amigo.

—Por favor, Nicolette, bienvenida a Francia.

—¿A Francia?, ¿no estamos en España? —repuso Nicolette siguiendo la broma.

—Hace un momento sí estabas en España, pero en este edificio te encuentras otra vez en casa.

El hombre tan jovial que le estaba dando la mano tendría algo más de treinta años. Lo primero en que se fijó la francesa, mucho más que en su estatura y su largo cuello, fue en su sonrisa. Sus dientes eran muy blancos, como si no fueran reales. Nada más verlo, su expresión le inspiró una tranquilidad y seguridad que la inquietaron. Había aprendido que en guerra no tenía que sentir esos pálpitos por persona alguna. Nadie se lo enseñó, pero a Nicolette no hacía falta que le enseñaran muchas cosas, las aprendía sola.

—Gracias, Antoine —agradeció el anfitrión al hombre que la había acompañado hasta el despacho.

Cerró la puerta y los dejó solos.

—Antoine es un hombre encantador. Es veterano de la Gran Guerra y cuentan que fue un héroe de la batalla de Marne —ese nombre le resultó muy familiar—. Por favor, Nicolette, siéntate. Ponte cómoda. ¿Te apetece tomar algo?, ¿un café?

—No, gracias —respondió la joven, a la que no le había pasado inadvertido el magnético atractivo del hombre que tenía enfrente—, no me apetece nada, por ahora. Por cierto, aunque mi nombre es Nicolette, todos me llaman Nicole.

—Bueno, Nicole, te lo digo porque tenemos que tener en cuenta que aquí se come más tarde que en Francia ya que Jacques Truelle, el embajador, es de los que dice, siguiendo un refrán español: «Allá donde fueres, haz lo que vieres».

Nicolette se quedó mirándole con ojos interrogantes ante lo que acababa de oír. Hasta que no escuchó la traducción aproximada, no fue capaz de interpretar el verdadero sentido de la frase.

—Perdona, no te he dicho mi nombre. Me llamo Jean-Claude Ansart y soy uno de los agregados comerciales que trabajan aquí, en Madrid. Llevo tres meses en la ciudad. Llegué a primeros de septiembre. Aquí me tienes, leyendo el *Arriba*, el *Informaciones* y el *ABC*, los despachos de CIFRA y la Agencia EFE y escuchando la

BBC, como hace la mayoría de la gente que tiene en su casa una radio con onda corta.

Nicolette observaba al hombre y la forma que tenía de hablar, gesticulando con la mano derecha, como si la necesitara para expresarse correctamente.

—Me han pedido —prosiguió, sin esperar respuesta al comentario que, en forma de pregunta, acababa de realizar— que te ayude a localizar a una persona.

—Sí, a un señor que no sé ni cómo se llama ni dónde vive.

—Vaya —se adelantó sobre la silla acodándose en la mesa de su escritorio—, esto no podía empezar de manera más interesante. Siempre me han atraído los retos, no sé si este será el más difícil, pero, desde luego, lo que no parece es que vaya a ser el más sencillo.

Jean-Claude sonreía ladeando los labios hacia la derecha en un gesto que provocaba a la chica.

—Es muy importante que encontremos a ese hombre. Sé que existe, o existió, espero que no haya muerto.

—¿Cómo? Nicole, ¿a quién vamos a buscar, a un fantasma?

—No, no es un fantasma —endureció el rostro al responder en tono cortante. Esa misión era demasiado valiosa como para que Jean-Claude no lo fuera a tomar en serio—. Es una persona real a la que tenemos que encontrar.

—Me imagino que contarás con alguna pista por donde comenzar.

—Sí, la tenemos —confirmó Nicolette con rotundidad y firmeza—. Yo no vengo a Madrid dos días desde París metida en un sucio tren para perder el tiempo.

—Bien, bien —intentó calmarla—. Por cierto, no te he preguntado por el viaje ni dónde te vas a hospedar. ¿Tienes resuelto el alojamiento? Pero... ¡Qué dices! ¿Solo dos días? —replicó extrañado, dándose cuenta en ese momento del poco tiempo que iba a estar en la ciudad, como si fuera un contratiempo adicional.

—No puedo estar más. Por el alojamiento no te preocupes, ya encontraré algo.

—Por supuesto que me preocupo. La embajada no dispone de habitaciones de invitados, pero te puedo buscar alguna pensión. En el centro hay muchas. ¿Te da miedo dormir en una pensión?

—No, a mí me dan miedo muy pocas cosas ya, Jean-Claude, pero, de verdad, no quiero que te preocupes. Además, tengo mucha prisa, en cuanto encontremos a ese hombre y hable con él, regresaré de inmediato.

—Eso no puede ser, estamos en Navidad. Me han dicho que la fiesta se vive aquí muy intensamente, aunque no sé cómo lo van a celebrar, si no tienen de nada. Mira, lo primero que vamos a hacer va a ser solucionar lo de tu alojamiento, y después te llevo a comer. ¿Puedo invitarte?

—No te quiero molestar, tendrás trabajo...

—Nada, nada. No es ninguna molestia. Además, aunque lo fuera, no te lo diría, así que nunca sabrías si lo es o no.

Había sido un viaje muy largo y latoso, con pocos momentos de sueño y muchos

de vela. Estaba agotada, por eso no entendió la broma que, sonriente, le acababa de gastar Jean-Claude.

Al salir a la calle volvieron a sentir el frío intenso que castigaba la ciudad. El otoño había sido muy duro en toda Francia, y las ligeras esperanzas que Nicolette se había formado de gozar de un clima más templado en Madrid, que estaba más al sur que París, no se estaban cumpliendo.

Cuando entraron en el Citroen Avant que Jean-Claude paró, este indicó al conductor, en un español pausado, vocalizando mucho, una dirección que Nicolette no comprendió. Al arrancar, el agregado comercial miró a su acompañante y volvió a mostrar la sonrisa tranquilizadora que empezaba a turbar a la joven.

—¿Qué tal se te da el español?

—Sencillamente, no se me da.

—¿No sabes nada?

—Bueno, he aprendido algunas palabras: salida, entrada, policía —pronunció en un correcto español.

—¿Ya has aprendido a decir *policía*?

Nicolette sonrió.

—Yo creo que es la primera palabra que hay que saber decir en cualquier idioma.

Jean-Claude se dio cuenta de que el taxista les miró por el espejo retrovisor, tal vez al oír la palabra policía. Fue entonces cuando cogió la mano de Nicolette y se la apretó suavemente. Ella entendió perfectamente que le estaba pidiendo que se callara. Fue el primer mensaje no verbal que le lanzaba.

Había buscado la pensión en la calle Hortaleza, muy cerca de sus últimos números, casi en la plaza de Santa Bárbara. La mujer que la regentaba vestía completamente de negro, desde las zapatillas hasta la toquilla. Miró al hombre —que había traducido todas las preguntas que le fue formulando— de arriba abajo y aprovechó para recalcar, siempre mirando a Nicolette, que estaba terminantemente prohibida la entrada de hombres a las habitaciones. Ella se quedó mirando a la mujer —la señora tendría más de sesenta años, y la mala alimentación, o alguna enfermedad, la iban curvando hacia delante y menguando en estatura, pero acrecentando en recelo— y después le pidió a Jean-Claude que tradujera esa última frase sobre la que la mujer había puesto especial énfasis.

—*Interdiction absolue* —tradujo, mientras se señalaba con el dedo y después lo dirigía hacia lo alto de las escaleras.

Nicolette mostró una sonrisa que no pudo reprimir, aunque se tapó la boca con la mano para mantener la compostura.

—¿Qué le ha dicho? —vociferó la patrona, señalando desconfiada a Nicolette—. Aquí se habla en cristiano.

—Le estaba diciendo que yo no puedo subir.

Después de pagar las dos noches, algo que hizo él porque ella no llevaba suficientes pesetas, volvieron a salir a la calle, ya sin maleta. En la frontera de Irún había cambiado unos francos que ya había gastado en comprar algo de comida, beber una taza de achicoria en una de las cantinas de estación de las muchas donde paró el tren, y en el billete del metro.

—Esa señora debe de estar harta de que acudan a su pensión mujeres a ejercer la prostitución. Están todas enfermas de gonorrea. —La francesa se preguntó cómo Jean-Claude sabría ese dato tan explícito—. Conozco un pequeño restaurante muy cerca de aquí, en la calle Larra. ¿Sabías que fue un escritor español que se pegó un tiro cuando tenía tan solo veintiocho años?

Nicolette se encogió de hombros y asintió, como si la noticia la tuviera que afectar. Los dos encontraron ridícula la aclaración y rieron a la vez.

No había fallado en el adjetivo. El restaurante era pequeño ya desde la propia entrada, tanto que la puerta de acceso pasaba casi desapercibida. Después de bajar un par de escalones que accedían a un vestíbulo, se abrían dos pasillos cortos. Por uno de ellos apareció un hombre con una chaqueta blanca abrochada con botones dorados, unos pantalones negros y un delantal corto que le llegaba hasta la rodilla. En una de las manos portaba una bandeja metálica redonda con una frasca de vino y dos vasos bajos de cristal:

—¿Dos? —preguntó, mostrando el mismo número de dedos en la mano que tenía libre.

Jean-Claude confirmó con un leve movimiento de cabeza y el camarero les pidió que los acompañara.

Los sentó a una mesa con dos sillas, que estaba muy próxima a la que ocupaba un hombre gordo, con un traje marrón a rayas de lana gruesa y corbata sujeta por un pasador dorado, que estaba tomando un café. Llevaba un clavel blanco en la solapa que a la chica le pareció ridículo.

—Jóvenes, hoy tenemos un guiso de alubias con chorizo que está exquisito. ¿Sirvo dos platos?

Nicolette, que lo había mirado como si lo entendiera, dirigió disimuladamente sus ojos hacia Jean-Claude para ver qué respondía. Este contestó al camarero:

—Perfecto, a los dos nos gusta mucho.

Una vez que el camarero se fue, le explicó en francés en qué consistía el plato que les iban a servir. Los dos se dieron cuenta de que el hombre gordo, que acababa de encender un grueso habano, les había dirigido una mirada que los dejó con la duda de si los estaría entendiendo.

Jean-Claude optó por ponerse a hablar con Nicolette de temas intrascendentes a la vez que aprovechó para marcar un imperceptible movimiento de cabeza en la dirección de la única persona que, en ese momento, los podía escuchar.

—Tienes que ir al cine. Yo voy mucho. Me encanta. Hace poco estuve viendo la última película de Hitchcock, *Enviado especial*, en el Palacio de la Música. ¿Sabes

quién es ese director?, el mismo de *Rebeca* —respondió directamente al ver la cara de su interlocutora—. Aquí, en España, fue un gran éxito. Yo no la he visto. Tal vez cualquier día la reestrenen.

—Hace mucho que no voy al cine, y eso que de pequeña quería ser actriz. —Pensó que en esos momentos estaba representando un papel. Qué ironía, su sueño de la infancia se había acabado convirtiéndose en realidad—. La verdad es que en estos años no he tenido mucho tiempo.

—Ya me imagino —asintió, a la vez que daba un sorbo del vaso de vino que les acababan de servir mientras llegaba el plato de legumbres—. Algunas veces he ido al teatro, pero lo entiendo peor. No todos los actores vocalizan bien.

El hombre del puro se levantó y, sin despedirse de la pareja, pagó la cuenta que le habían dejado en un pequeño plato metálico. Jean-Claude se fijó en la generosa propina. Giró y se perdió por el pasillo camino de la salida.

—Ese hombre debe de ser un «estraperlista» —esta última palabra la silabeó en español sabiendo que no la entendería—. Son las personas que hacen comercio prohibido con artículos racionados, ya sabes, desde aceite y harina hasta cemento y jabón. Todos están confabulados con el gobierno y con la policía. Son fascistas que se aprovechan de la mala situación de la gente.

—Eso debería ser paredón —resolvió Nicolette, muy seria.

Se quedó extrañado por la afirmación tan rotunda de la chica. Quizá por eso no se le ocurrió más que apostillar otra afirmación similar:

—Franco utiliza el paredón para otro tipo de personas.

El camarero apareció con la sopera humeante y comenzó sirviendo a la mujer. Nunca había tomado ese plato y lo miraba con extrañeza, pero no le desagradó la idea de probarlo. Para una persona que, como ella, había estado hasta varios días en ayunas, cualquier comida le podía parecer un verdadero manjar. Además, la atrayente presencia de Jean-Claude aportaba un elemento añadido que hacía que aquel guiso le pareciera todavía más apetitoso.

En voz baja —los dos sabían muy bien cómo había que hablar en público—, comenzaron a contarse algo de su vida, por lo menos aquello que entendían podía interesar al otro.

Él contó que había estado varios años en el Norte de África y que uno de sus peores días fue cuando asistió, en el verano de 1940, al hundimiento de la flota francesa atracada en el puerto de Mers-el-Kebir, cerca de Oran, por parte de los bombarderos ingleses. Lo que más le dolió —le matizó en tono circunspecto— no fue contemplar aquellos barcos envueltos en llamas, ni las vidas francesas que se perdieron, sino ser consciente de que los británicos habían obrado adecuadamente. Si no hubieran hundido esos barcos, los habrían utilizado los nazis, que habrían acabado convenciendo a Laval de que se los entregaran. Si eso hubiera sucedido, ¿quién sabe

cuántas vidas inocentes se habrían quebrado, qué progresos se habrían podido impulsar en el Mediterráneo o qué consecuencias habría tenido este acto en la guerra del Norte de África? Eso no lo veían sus compatriotas, pero él sí.

—¿Sabes lo de Laval? —interrumpió la francesa deseosa de sacar el tema de conversación, haciendo una pausa en la degustación de las alubias, que le estaban encantando.

—Mira, cuentan que a los del pelotón los tuvieron que emborrachar con ron para que pudieran dispararle —apuntó Jean-Claude.

—Sí, eso dicen que pasó en Fresnes. Yo había escuchado que los dos momentos en tu vida en los que tienes que tener mejor puntería son cuando tienes al enemigo en el punto de mira de tu arma, y cuando te obligan a fusilar a un amigo que ha hecho lo que no debía. En mi caso, y si hubiera tenido la suerte de ser de las doce personas del pelotón, te puedo asegurar que habría tenido muy mala puntería. Fíjate, creo que no hubiera acertado en un órgano vital aunque me dieran cajas y cajas de munición. Con Laval y también con Lafont, con Darnand, con Bonny... —Nicolette se quedó ausente.

A Jean-Claude le daba miedo la mirada reprobadora de Nicolette. Estaba convencido de que tendría nombres para ir enumerando durante toda la tarde. Le parecía extraño, no estaba acostumbrado a que alguien tan joven —calculó sin error que la muchacha no tendría mucho más de veinte años— hablara de ese modo y con esa rotundidad. No estaba habituado a tratar con gente así. Las mujeres que trabajaban en las embajadas estaban cortadas por un patrón distinto. Su perfil, administrativo y nada operativo, les confería un aire de pasividad que se reflejaba en sus semblantes y en sus ojos. Nicolette era distinta. La vida se reflejaba en su cara con una intensidad que denotaba que para ella cada minuto debía constituir una experiencia capital, como si fuese el último que fuera a vivir.

Después de la breve interrupción, la comida transcurrió en una amable conversación en la que alternaron los temas fútiles con los trascendentes.

Jean-Claude le contó que el Régimen de Franco se iba transformando en cuanto al tratamiento que ofrecía sobre la guerra. La prensa, al principio triunfalista con el nazismo, había pasado a mostrar una visión de espectadora casi objetiva, separando la información proveniente de los aliados de la alemana. También le dijo que el país por el que parecían tener devoción era por Inglaterra; creía que era porque, en muy poco tiempo, los británicos serían quienes plantarían cara al comunismo en Europa. Este comentario llevó a Nicolette a unos instantes de reflexión.

—¿Te apetece tomar una copa?

Ella sonrió; nunca bebía alcohol. Decía que eso distraía a la gente de sus verdaderos cometidos, pero se encontraba muy a gusto hablando con una persona agradable en un país en principio hostil para ella. Ambos se resistían a dar por finalizada la sobremesa.

—No estoy muy acostumbrada —vaciló Nicolette—. No sé, ¿qué es típico de

aquí? ¿Un calvados? —propuso, demostrando su ignorancia en ese tema.

—No, ¡qué va!, los españoles no saben lo que es eso. Mira, te voy a pedir un anís. Si quieres, lo puedes rebajar con agua. Yo pediré un coñac. Aquí lo escriben con la letra esa que tienen ellos y nadie más, la «ñ».

Después de pedir las dos copas y un vaso de agua, el camarero recogió los platos, el pan sobrante y la frasca de vino.

—¿Les gustó?

—Mucho, sobre todo a mi mujer.

Cuando se retiró, Jean-Claude le aclaró que había dicho al camarero que estaban casados.

—Ya te he dicho que esto está lleno de cotillas.

—¿Qué significa cotillas? —Curioseó, ya que no le había traducido la palabra.

—Bueno, forma parte de la idiosincrasia de esta gente. No tienen muchos más entretenimientos que ir a misa los domingos por la mañana, al cine los domingos por la tarde, y especular sobre la gente el resto de la semana. Pero vayamos al grano —se adelantó sobre la mesa y preguntó en voz especialmente baja—, dime, ¿en qué te puedo ayudar?, ¿cómo podemos encontrar a esa persona que buscas?

En ese momento, apareció el camarero, que traía sobre una bandeja las dos copas y el vaso de agua. Las llenó y se marchó. Después de mirar hacia donde se había ido, Nicolette comenzó a hablar:

—Necesito encontrar a una persona que resulta de vital interés para nuestra causa. Es el padre de un experto en arte que trabaja para Goering en Carinhall.

No le hacía ninguna gracia tener que contarle su misión a alguien a quien no conocía, pero sabía que, por el absoluto desconocimiento que tenía del idioma, si lo encontraban, tendría que ser él quien ejerciera de traductor, así que no le quedaba más remedio que confiar.

—¡Qué dices!, ¿para el Reichsmarschall? Pero ¿cómo habéis sabido eso?

—Esa información no es imprescindible para ti —afirmó cortante, como si fuera una nueva demostración de la firmeza con la que hablaba.

—Tienes razón. Continúa, por favor. Me dijiste que tenías una pista.

—Sí, y fundamental. Antes de marcharse a Alemania, sobre el año cuarenta o cuarenta y uno, creemos que trabajaba en el Museo del Prado.

—En el Prado... —Pareció que se quedó pensando, como si estuviera rebuscando en su memoria algún dato que sirviera a su compatriota—. ¿Sabes algo más: su nombre, qué cargo ocupaba?

—Sí, algo que te va a servir para que te enteres de dónde vivía. Por ahí llegaremos hasta su padre.

Se separó de la mesa y tomó la copa por su parte más delgada, y probó el primer sorbo. El anís descendió por su garganta igual que si hubiera ingerido una caja de cerillas encendidas.

Sacudió ligeramente la cabeza y cerró con fuerza los párpados.

—¡Caray!, ¡qué fuerte está esto!

Jean-Claude sonrió. Nicolette, una vez se repuso del buche, volvió a hablar:

—Es cojo.

—¿Quién es cojo?, ¿el hombre al que buscas?

—No, ahora me refiero a su hijo, el que trabajaba en el Museo del Prado. Ese es el cojo y, además, creo que inconfundible.

El que ahora cogió la copa fue Jean-Claude. Asintió después de saborear el coñac.

—Evidentemente, eso facilita mucho su localización. Aunque pensándolo mejor, no tanto. En España hay muchos cojos, ten en cuenta que han pasado una guerra.

—Ya, pero este no es un mutilado —dijo esta última palabra en un forzado castellano—, sino un cojo, creo que de nacimiento.

—¡Vaya! ¿Cómo sabías la manera de llamar aquí a los que han quedado inválidos por el combate?

—Jean-Claude, eso es lo de menos. Lo tienes que encontrar mañana. No puedo perder el tiempo. Y para pasado mañana necesito un billete de regreso a París. Encontrar a ese hombre puede ser de mucha más utilidad de la que podemos estimar tú y yo.

Las copas fueron bajando de nivel del mismo modo que la conversación. Ella había transferido la responsabilidad de un objetivo. Ahora, el problema lo tenía Jean-Claude, que seguía preguntándose cómo habría sabido Nicolette esa palabra tan singular en español. Nunca supo que había aprendido ese vocablo por deducción en el viaje en metro de la mañana; Nicolette leyó el cartel que otorgaba preferencia de uso a tullidos y que decía: «Asiento reservado para caballeros mutilados».

El día había amanecido con la confirmación del rumor que se generó la tarde anterior. El tráfico de vehículos por la mañana era incesante. De forma continua, Carinhall recibía visitas, fundamentalmente de militares.

Después de barrer la entrada de lo que se llamaba Viejo Carinhall, la puerta situada más al norte, Teresa se dirigió junto a su compañera Irene por los soportales hacia el extremo más oriental, donde se encontraba la entrada a las habitaciones del servicio, al lado de uno de los muchos montones de nieve sucia que la umbría mantenía.

Esa misma actividad que se percibía en el exterior tenía su reflejo en el interior, y más aún en las cocinas, verdadero centro logístico de todo el complejo. Después de quitarse su abrigo saludó a las compañeras, que formaban un corrillo en el que todas hablaban a la vez, mezclando sus conversaciones, para desesperación de Teresa. Ella se dirigió hacia donde Gertrud estaba moviendo el interior de un puchero con una cuchara de madera. Le llegó un fuerte olor a carne.

—¿De qué están hablando, de lo de Dasburg?

—Sí, míralas, parece que estamos en el año cuarenta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a lo mejor se creen que vamos a ganar la guerra.

Fue a por la cafetera y se sirvió una taza. Más que apreciar su sabor, lo que pretendía era encontrar su calor.

—¿Trajeron azúcar?

—Sí, está donde siempre —ratificó Gertrud, mientras señalaba uno de los armarios altos.

—Y tú, ¿qué crees? —indagó mientras regresaba con el paquete; el racionamiento de productos que sufría la población civil desde el año 1940 no afectaba a los habitantes de la mansión.

—¿Que qué creo?, pues que no sé cuál será el alcance de estas noticias tan buenas como dicen, pero no creo que haya reservas de nada. Ni de soldados, ni de blindados, ni de aviones... Estamos agotados y cansados. Estas serán las sextas navidades en guerra y yo estoy haziada, y eso que aquí no hemos escuchado ni un tiro. —La mujer hablaba muy bajo y evitaba que sus labios pudieran ser leídos por las tres mujeres que seguían departiendo—. Quiero marcharme. Me parece que llevo toda la vida entre estas paredes. Más que la mansión de un militar parece una casa de locos.

—Gertie —en ocasiones la llamaba por el diminutivo—, habla más bajo, por favor. Que ya sabes...

—Sí, ya sé lo que les pasa a los derrotistas. Lo sé perfectamente. Todavía me acuerdo de la pobre Heidi.

Las dos hicieron un silencio. Heidi era una de las limpiadoras del edificio. Un día, Erika oyó un comentario que realizó aquella infeliz sobre la evolución de la guerra a otra compañera. La mujer del Oberst Günther von Houten llamó al Major Heinz Hartman, un hombre que siempre había hecho todo lo que Erika le había pedido, y provocó la detención, juicio y ejecución de aquella mujer. «Hay que ejemplarizar —le oyeron que sentenció, como si fuera una juez presidiendo un juicio sumarísimo—, este tiene que ser el destino de aquellas personas que, mientras nuestros hombres se están entregando en el glorioso campo de batalla, se dedican a conspirar, desalentar y minar la moral de los nuestros». A costa de un marido viudo y dos niños huérfanos, Erika se había vuelto a apuntar un nuevo tanto.

En ese momento llegó una de las camareras, que comenzó a dar órdenes a las tres que estaban comadreando.

—Vamos, preparad inmediatamente dos jarras de café, otras dos de leche caliente, y poned en la bandeja aquellos bollos.

Las dos mujeres se miraron. Seguro que acababan de llegar más visitas.

El Reichsmarschall tenía un día muy ocupado. Madrugador como siempre, ya había recibido a varias personas antes de que llegaran los agregados militares.

Goering ofrecía una recepción en la gran biblioteca de Carinhall, una sala con bóveda de medio cañón de más de trescientos metros cuadrados donde, al margen de libros dispuestos en estanterías de madera noble hasta el techo, se podían encontrar también objetos valiosos como cuadros, esculturas, enormes mesas de madera maciza donde descansaban tallas policromadas de imágenes religiosas, y la pieza más representativa, un retablo de la Edad Media fijado justo encima de la chimenea. Los invitados se encontraban sobre la inmensa alfombra que cubría todo el piso.

Cuando las tres camareras entraron en la estancia con las bandejas tuvieron que buscar un lugar donde poder dejarlas.

—Por aquí —las guio una mujer mayor que se había dado cuenta del problema con el que se habían encontrado—. Vamos a hacer un hueco en esta mesa.

La siguieron y vieron cómo la señora desplazaba una imagen en madera de una virgen de cara alargada y dos candelabros de plata que parecían escoltarla.

Teresa, que había sustituido en el último instante a una compañera, agradeció a la mujer el gesto con una tímida sonrisa. Momentos antes de dejar su bandeja, se acercó a ella un oficial de la SS que no tendría más de treinta años. Entre sus dedos sostenía un cigarrillo que acababa de encender.

—Señora, ¿es usted alemana?

—No, soy española —repuso Teresa.

—Eso me parecía. Yo conozco su país. Estuve allí con la Legión Cóndor, salvándoles de los comunistas. Serví junto al Oberst Günther von Houten. ¿Lo conoce usted? —preguntó mientras señalaba al grupo en el que se encontraba su

anterior jefe y que, junto a los ventanales que daban a la entrada principal, estaba charlando con Goering, que sonreía. Iba uniformado con un traje color marfil y fumaba en una pipa muy alargada. El grupo lo componía una tercera persona, otro militar al cual Teresa no conocía.

Le contestó como pudo:

—Sí, sí, lo conozco, pero me tiene que perdonar, mi alemán es malo. No entendí bien. —Era mentira. Había comprendido perfectamente.

—Pues yo creo que lo habla usted muy bien. Me encantó su país. Lo que más me gustó fue la belleza de la mujer española. Todas tan morenas, con esa fuerza en la mirada. ¿Me permite?

Y diciendo estas últimas palabras cogió su bandeja y la puso en la mesa por ella.

—¿Se quedaría a tomar una taza de café conmigo?

—No puedo, prohibido para nosotros estar aquí —Teresa intentó alterar al máximo la composición de sus construcciones gramaticales—. ¿Entiende? No puedo, así verdad.

—¿Quién es su jefe?, ¿por qué no me deja que hable con él?

—No entiendo —rehuyó, al mismo tiempo que se retiró unos centímetros.

El oficial le cogió la mano y la agarró con más fuerza de lo que a Teresa le hubiera gustado.

—Por favor —suplicó, haciendo un último intento y acercándose lo más que pudo a ella—. ¿Cómo podríamos vernos?

—¿Por qué no volvéis a la cocina? Igual os están esperando —intervino la señora que las había ayudado a dejar las bandejas.

El oficial y la mujer se cruzaron una mirada. La de él era amenazadora; la de ella, aviesa.

En el otro extremo de la biblioteca, y ajenas al pequeño incidente que se acababa de desarrollar, dos mujeres, sentadas en sendos sillones azules de terciopelo, se cruzaban confianzas:

—¿Qué te parece?

—Me parece que, como todos los que estamos aquí, lo que tenemos que hacer es sonreír. ¿No crees? —planteó Erika mostrando su sonrisa más falsa.

—Eso no va a cambiar las cosas —susurró su amiga, que había tomado las precauciones necesarias bajando el tono de su voz y adoptando una postura que dificultara que alguien le pudiera leer los labios.

—Claro que no va a cambiar las cosas. Esto es un parche en un neumático viejo. Va a aguantar un kilómetro.

Las dos mujeres marcaron un pequeño silencio.

—Tenemos que acelerar los trámites —zanjó Erika—. Hay que empezar en enero.

—¿Tú crees?, ¿tan rápido? —preguntó extrañada su interlocutora.

—Sí —afirmó enfáticamente.

Tomó aire y miró en derredor. En ese momento podría haber cerca de cincuenta personas, la mayoría de pie. Entre los corrillos de militares de diferentes armas y rangos, se podían entrever otros de señoras con vestidos largos de ramina y blusas de puntillas blancas, riéndose como si estuvieran disfrutando del día de su cumpleaños y pensando que el papel de la mujer en el Reich estaba limitado a tres ámbitos: la cocina, la iglesia y la maternidad. Los hombres, la mayoría vestidos de paisano con trajes oscuros —sabían que a Carinhall nunca había que llevarlos pálidos, no fuera alguien a confundirlos con el anfitrión, que gustaba de vestir en tonos suaves—, departían animadamente.

—Míralos, parece que están hipnotizados. Todavía piensan que el Reich va a durar novecientos ochenta y nueve años más.

Su amiga no dijo nada. Sabía que Erika tenía razón. Probablemente, toda aquella gente también era consciente de que todo estaba perdido y que las Ardenas no constituía más que un efecto con la misma consistencia que un espejismo en el desierto. Sin embargo, la inercia mantenía la pujanza de la resaca en un mar que caminaba hacia la bajamar en una marea viva, y ninguno se encontraba con fuerzas ni ganas de luchar a contracorriente.

Ninguno menos Erika von Houten, que sabía que los primeros días del año 1945 tenían que significar su marcha de aquel lugar. Aunque el capitán del barco nunca lo fuera a ordenar, era evidente que se tenía que salvar quien pudiera. Y cuanto antes, mejor. El porvenir era un cúmulo demasiado denso de incertidumbres.

El 20 de diciembre había amanecido muy temprano para Nicolette. Después de la comida del día anterior, paseó con Jean-Claude hasta la cercana Glorieta de Bilbao donde, para guarecerse del intenso frío reinante, entraron en un café cuyo nombre ya no recordaba. Allí estuvieron hasta la caída de la tarde. En ese momento se despidieron y ella aprovechó para subir a su habitación y meterse en la cama. Arrastraba un cansancio físico y psíquico. El viaje desde París hasta Madrid había resultado demoledor y solo la tensión la había mantenido despierta. El recorrido estuvo repleto de retenciones, a veces de horas enteras en medio de la campiña, sin razón aparente ni explicación alguna. Luego el paso por Hendaya, donde recordó que sobre ese mismo andén que pisaba, hacía cuatro años se habían juntado dos de los seres más apocalípticos que conocía, Franco y Hitler. Le siguió el cambio de tren en la frontera, el paso a la primera población española, Irún, y de nuevo las interminables esperas, hasta que llegó a Príncipe Pío. Después, Jean-Claude. Sus duras facciones, su abundante pelo azabache, su amplia y sonriente boca; y su forma de hablar. Le inspiraba un sosiego que la perturbaba, sobre todo cuando le contó las noticias que recibían sobre las consecuencias del paso del Ejército Rojo en su firme avance hacia el oeste. Era evidente que él sabía que ella militaba en el Partido Comunista Francés. Mientras duró la Resistencia todos se habían ayudado entre sí, ya que no dudaban sobre quién era el enemigo común, pero ahora las perspectivas podían ser diferentes y los intereses muy divergentes. El resultado de la guerra, a pesar de las noticias que publicaban los periódicos sobre el avance alemán hacia Lieja, no admitía dudas, por lo que la incertidumbre venía marcada por la pregunta que muchos se formulaban: ¿dónde pondrá el Ejército Rojo el límite a su avance? Ella seguía pensando que el modelo de sociedad que propugnaba el comunismo, sin diferencias de clase y en la que cada cual aportara lo mejor que tuviera en beneficio de la colectividad, era la mejor forma de construir una nueva Europa, a imagen y semejanza de la que ella consideraba floreciente sociedad soviética.

Tras levantarse y asearse bajó a la calle a esperar a Jean-Claude. Habían quedado en la esquina de la calle Génova con la plaza de Santa Bárbara, en Alonso Martínez. Mientras permanecía en la acera, junto a una castañera, acusando el intenso frío de la mañana, vio cómo paraba junto a ella una pequeña furgoneta que llevaba rotulado un nombre que no conocía: Rodilla. Se apeó el conductor, un hombre muy bajo que lucía un grueso y cano bigote, y sacó de la parte trasera una cesta de Navidad envuelta en celofán. Antes de meterse en el portal, la miró sin ningún recato y le sonrió. Nicolette aprovechó ese momento para sacar un pequeño diccionario que había traído consigo. Al conocer el significado, le hizo gracia que un establecimiento dedicado a la hostelería pudiera tener un nombre así.

Estaba terminando de leer cuando oyó un claxon sonar insistentemente. Al levantar la cabeza vio un coche rojo que, conducido por Jean-Claude, se había parado delante de la furgoneta de reparto. Por fuera de la ventanilla el joven le hacía señas con la mano.

Nicolette se metió en el coche.

Después de arrancar y darle los buenos días, Jean-Claude comentó, en un intento de buscar una justificación que nadie le había pedido:

—Este Studebaker no es mío, lo tienen en la embajada como vehículo auxiliar. Aquí, en España —continuó mientras bajaba por Génova hasta llegar a Colón—, tenemos unos problemas tremendos con el combustible, pero como el recorrido será corto no me han puesto trabas. ¿Qué tal has descansado?

—Muy bien. Yo creo que nunca había dormido tantas horas seguidas. A las siete ya estaba dormida. He estado en la cama más de doce horas.

—Bueno, eso debe de ser el cansancio acumulado. Se te notaba en la cara.

A Nicolette no le pasó desapercibido el detalle de que él se hubiera fijado en su cara.

En el paso de peatones que atravesaba el paseo de Recoletos —y que regulaba un policía municipal que vestía un grueso abrigo de lana azul y cubría su cabeza con un robusto *casco* blanco—, justo frente a la Biblioteca Nacional, vieron pasar a una mujer de negro guiando una pavada. Como ellos, también esperaba pacientemente la indicación del agente para continuar su camino un carro tirado por un mulo.

—¿Ya sabes qué vas a hacer?

Jean-Claude sonrió y por unos instantes apartó la vista de la circulación, algo que, dado el poco tráfico, no entrañaba ningún riesgo.

—Sí. Ahora vamos a seguir hasta llegar al Museo del Prado. Aparcaremos en la plaza de Neptuno y entraré yo solo.

—¿Y yo? —preguntó Nicolette, extrañada.

—Tú me vas a esperar en el coche. No tiene sentido que entremos los dos. Voy a decir que quiero hablar con el suegro de un antiguo compañero, para darle un recado.

—¿Un recado?, ¿qué recado?

—De un hermano suyo que se fue a Francia cuando la guerra y que murió allí. Aduciré que solo sé que es algo de unas tierras que tenía el fallecido, y que lo tengo que ver. Puede que deba dinero a alguien, quien sabe, quizá la noticia sea acogida con satisfacción.

No le pareció mala idea. Era muy difícil encontrar la excusa perfecta. La cuestión era hallar la menos mala.

Mientras esperaba en el interior del vehículo —hacía mucho frío como para salir a estirar las piernas o a curiosear—, se fijó en los autobuses que circulaban y en la manera de andar de la gente. Sería por la temperatura, pero le parecía que todos miraban al suelo y caminaban encogidos. La mayoría de los hombres llevaba sombrero y las mujeres alternaban el abrigo con una especie de chal de lana, siempre

en tonalidades oscuras. La tristeza flotaba en una ciudad que, como el país, se estaba quedando aislada.

Jean-Claude no tardó en volver. Tan sonriente como siempre —«¿este hombre no podrá estar sin sonreír?», se cuestionó Nicolette— entró en el coche sin poder contener su alegría:

—Se llama Mateo y, si no ha muerto, vive en la Cava Baja, cerca del mercado de San Miguel.

—¿Dónde está eso?

—Nunca he ido a ese mercado, pero está muy cerca de la Plaza Mayor. ¿La conoces?

—Jean-Claude, ya te dije ayer que era la primera vez que venía a España.

—¡Ah, sí!, perdona. Pues es muy bonita. Podemos ir después a comer por allí.

—No he venido a hacer turismo —aseveró, mientras se giró y se acomodó mirando hacia el parabrisas.

Había muchas maneras de decir «vamos». Ella había encontrado la suya. Él, que había entendido el mensaje, metió la llave de contacto y arrancó el coche.

—Me han dado hasta el número. Ese Luis debía de ser una persona muy querida. Me han preguntado dónde estaba ahora.

—Y tú, ¿qué has dicho?

—¡Mujer! —contestó sobresaltado—, ¿qué te crees?, ¿que les he contado para qué le buscamos?

Fue la primera vez que Nicolette lo vio con gesto adusto.

En el camino le fue contando lo que recogían los periódicos sobre el avance alemán y las derrotas del ejército americano. «Ha sonado la gran hora», fue el titular de ese día, que hacía mención a las palabras de Rundstedt. El sesgo que mostraban las noticias de los diarios madrileños era significativo, además, para todos había constituido una sorpresa, porque nadie había previsto el contraataque alemán. En la embajada estaban ansiosos por recibir noticias más fidedignas, pero la valija desde París a veces tardaba un tiempo, y la espera se convertía en desesperante.

Sin mediar muchas más palabras, porque los dos preferían centrarse en el papel que les iba a tocar desempeñar en unos minutos, entraron en la Plaza Mayor. Aparcaron el vehículo americano al lado de la estatua de Felipe III.

El portal de la casa donde vivía Mateo se encontraba abierto. Una mujer joven, que no tendría más de veinticinco años, aunque por su aspecto aparentaba quince años más, estaba limpiando la puerta. Cerca de ella, un rubito peinado con flequillo la miraba trabajar, mientras jugaba en silencio con una caja de hojalata vacía.

—Buenos días —saludó Jean-Claude inclinando ligeramente la cabeza con un gesto al que la chica no estaba acostumbrada—, estamos buscando a *monsieur* Mateo.

—¿Al señor Mateo? Vive en el último piso, en la puerta de la derecha según suban.

La mujer les miraba alternativamente a los dos, en especial a Nicolette. En Madrid ninguna mujer llevaba boina en la cabeza. Esa prenda solamente se la había visto a los hombres en su pueblo, pero nunca a una mujer en la capital. Además, las de los hombres del lugar donde había nacido eran negras, ásperas y las llevaban caladas hasta las orejas. La de la chica era... distinta. La mujer que acompañaba al hombre tan guapo que la había saludado como si fuera una señora le parecía una actriz recién salida de una película de estreno de la Gran Vía.

—Muchas gracias, *madame* —correspondió, sabiendo perfectamente que en Madrid nadie habría llamado así a una limpiadora.

Nicolette se había fijado en el color del pelo del niño y en la larga melena morena de la madre. Se avergonzó de estar pensando siempre en lo mismo.

Cuando ambos cruzaron el portal, y después de que Jean-Claude acariciara la cabeza del pequeño, oyeron cómo su madre les volvía a hablar.

—Ese es un hombre bueno. No ha podido hacer nada malo —afirmó, con la preocupación dibujada en su rostro.

—Por supuesto, señora, no nos cabe ninguna duda.

Mientras iniciaban la penosa subida por la escalera de madera, aprovechó para traducirle lo que acababa de decir la portera.

—¿Por qué habrá dicho eso?

—Imagino que habrá pensado que éramos policías.

—Pues yo no tengo mucho aspecto de policía española.

—Quizá precisamente por eso lo ha pensado —corrigió él, volviendo a mostrar la misma sonrisa que tanto le gustaba.

Al llegar al rellano del primer piso una mujer abrió su puerta. Les había oído hablar en francés, y eso le extrañó.

—Buenos días —cumplieron los dos, casi al unísono, en español.

Ella saludó con la cabeza y con una amplia sonrisa. Vio cómo seguían subiendo y, cuando doblaron al siguiente descansillo, bajó hacia la calle.

Después de cerciorarse de que la mujer no los podía ver ni oír, Nicolette se acercó

al oído de Jean-Claude y susurró, señalando hacia abajo, a la vez que mostraba una expresión juguetona:

—¿Cotilla?

El hombre soltó una sonora carcajada. La pareja continuaba avanzando no solo por las escaleras, sino también en el camino de complicidades que habían iniciado hacía muy pocas horas.

—Pero, Nicole, eres una fantástica alumna de español. Tú te quedas un mes en Madrid y acabas sabiendo más que la Cibeles.

—¿Quién es esa?

—Una amiga mía —Jean-Claude seguía sonriendo.

Los dos agradecieron esa pequeña vaharada de buen humor, porque estaban mucho más tensos de lo que mostraban sus palabras.

Mientras subían los franceses, la portera recibía un nuevo saludo, esta vez desde el interior del edificio.

—Buenos días, Sagrario.

La joven se volvió, aunque sabía muy bien de quién era esa voz.

—Buenos días, doña Pura.

—Mucho frío hace hoy, ¿no?

—¡Ay, sí!, pero ¿sabe lo que le digo? Que trabajando no lo siento.

—Tu hijo está cada día más rico. ¿Qué tal estás, Fernandito? —preguntó, mientras tocaba la cara al niño.

El pequeño se retiró unos centímetros, los suficientes para hacer llegar a doña Pura la opinión que tenía de ella.

—¡Qué mono! Para tu cumpleaños te voy a comprar un *Flechas y Pelayos*. Oye, por cierto, ¿quién era esa pareja que acaba de entrar?

—Unos que vienen a ver al señor Mateo. Nunca habían venido por aquí. Por cierto, ¿se ha fijado en la chica? Parecía una actriz.

—Sí, sí, me he fijado en ella —corroboró doña Pura, asintiendo con la cabeza y marcando una mueca de sonrisa falsa.

Mientras terminaba esa conversación, en el último piso del edificio unos nudillos golpeaban una puerta.

Los franceses no tuvieron que esperar mucho para oír unos pasos lentos que cada vez se escuchaban más próximos.

La puerta se abrió y un hombre mayor, apoyado en un bastón, les preguntó:

—¿Qué quieren?

—¿Es usted don Mateo? —preguntó Jean-Claude en español.

—Nadie antepone ese tratamiento a mi nombre —manifestó, mirándole fijamente.

—Queríamos hablar con usted.

El hombre los miró con extrañeza, primero a él y luego dirigió su mirada a Nicolette, que en ese momento hubiera deseado conocer el idioma para pedirle al hombre que tenía delante que la ayudara, que ella también, como él, luchaba por la

libertad.

No tuvieron que decirlo dos veces. El hombre se giró y les pidió, sin mirarlos, que pasaran y cerraran la puerta tras ellos.

—Como dejemos la puerta abierta se nos va a ir el calor.

El comentario les pareció una ironía. En la casa hacía el mismo frío que en la calle.

Tras recorrer el pasillo, Mateo llegó al saloncito donde apagó la radio —estaba emitiendo el programa *Pliego de Romances*— y se dejó caer en un sofá que era viejo como él, como todo en la casa. Con la mano les indicó que se sentaran. Nicolette se dio cuenta de que le habían interrumpido en la lectura de un libro. Por un instante, los tres se quedaron en silencio.

—Don Mateo, queríamos hablar con usted.

—Mire, por favor, no utilice el *Don*, nadie me ha llamado así nunca. Sé que usted es una persona educada y que ha aprendido que en España, cuando se habla con respeto a alguien, se utiliza el *Don*, pero, de verdad, conmigo no lo utilice. Llámeme Mateo. Quítense el abrigo, aunque no tengo calefacción, al volver a la calle notarán la diferencia. Aquí dentro, por lo menos, no hace viento. Por cierto, su amiga, o su mujer, ¿no habla español?

Jean-Claude ya se había dado cuenta de que tenía enfrente a una persona perspicaz e inteligente. Eso favorecería la conversación.

—No, no es mi mujer, es una compañera. Vino ayer de París y no sabe nada de español. Por cierto, Mateo, antes de abrir no ha preguntado quiénes éramos. ¿No teme que le roben?

—¿Robar?, por favor, ¿quién me va a querer robar? Aquí no hay nada. Si acaso, igual se pueden llevar algunos libros, pero eso no interesa ni a los estraperlistas. No, no se preocupe, nadie me va a robar.

Nicolette miró a Jean-Claude. Quería soltarle una batería de preguntas: ¿Qué estáis hablando?, ¿qué ha dicho él?, ¿has empezado a hablar ya de lo que quiero saber? Pero no dijo nada. Cuando vio que Jean-Claude se quitaba el abrigo, ella hizo lo mismo. En ese momento dejó ver el conjunto que llevaba, de falda larga gris, abierta por un lado, con un jersey a juego, ajustado, que marcaba los delicados contornos de sus pechos. A Jean-Claude le parecieron excitantemente atractivos. El cinturón era negro, de tela, y muy ancho. El joven le lanzó unas miradas furtivas admirando su espléndido y atrayente cuerpo. Nicolette se quitó la boina granate y se peinó con los dedos, después de inclinar sutilmente la cabeza hacia atrás para evitar así que el pelo le cayera sobre la cara. Jean-Claude sintió ganas de cogerla por la cintura y besarla, pero apartó rápidamente ese deseo de su mente con un movimiento inconsciente de cabeza.

Una vez sentados, Nicolette decidió llevar el hilo de la conversación:

—Jean-Claude, ¿me dejas que comience a preguntar?

—Por supuesto, Nicole.

Probablemente habría contestado lo mismo si le hubiera preguntado otra cosa. En ese momento, él no estaba atento a lo que ella decía, sino pensando en la silueta que había descubierto bajo el abrigo.

—¿Te has presentado? —Fue lo primero que se le ocurrió preguntar a su compañero ocasional.

—No, tienes razón.

El francés miró a Mateo, que los observaba con extrañeza, y comenzó a hablar muy despacio, vocalizando cada palabra, intentando hacerse entender lo mejor posible:

—Mateo, mi nombre es Jean-Claude, y el de mi compañera es Nicolette. Como ha podido deducir, los dos somos franceses. Yo trabajo como agregado en la embajada de Francia en Madrid y ella ha venido directamente desde París. Y ha venido para hablar con usted.

Aprovechando la cara de extrañeza que se le quedó a Mateo cuando oyó esto último, Jean-Claude tradujo a Nicolette todo lo que acababa de decir.

—¿A verme a mí? ¿Qué está usted diciendo?

—¿Qué pregunta? —inquirió Nicolette.

—Me pregunta que por qué has venido a verlo a él.

Nicolette asintió y miró a Mateo. Le hubiera gustado que su expresión fuera más tranquilizante, pero no era capaz de aguantar la tensión del momento.

—Mira, Jean-Claude, vamos a hacer una cosa. Yo voy a ir hablándole despacio, voy parando y tú le vas traduciendo. Por favor, dile que vamos a hacer eso.

Mateo asintió al escuchar la traducción de Jean-Claude.

—Mire, Mateo, como le ha dicho mi compañero, mi nombre es Nicolette y soy de París. Cuando comenzó la ocupación nazi en mi país, entré en la Resistencia. ¿Sabe usted lo que es eso? —Esperó a que Jean-Claude se lo tradujera y la tranquilizó ver asentir a Mateo—. Bien, durante varios meses actué en París y luego en otros puntos de Francia, siempre con el mismo objetivo. Ahora, aunque los alemanes ya no están en mi ciudad, la guerra no ha terminado para los franceses, para los buenos franceses. Hasta que no acabemos con Hitler no descansaremos. —A cada frase, mantenía un breve silencio para que el hombre fuera recibiendo la traducción adecuada. Se fijó en la cantidad de palabras que sonaban similares en su idioma. Eso eliminaba una duda, fugaz e ilógica, sobre la fidelidad de Jean-Claude—. Las órdenes de mis superiores me van a llevar al corazón de Alemania. Tengo una misión que cumplir y usted me podría ayudar.

La cara de Mateo se había quedado inexpresiva. Le estaba sorprendiendo tanto lo que le contaba la joven que no era capaz ni de asentir ni de pestañear. Sabía que la mujer, después de tanto preámbulo aún tenía que abordar la cuestión que la había llevado desde París a Madrid.

—Mateo, nos hemos enterado de quién es su hijo.

El hombre, como si le hubieran empujado en la espalda, se incorporó del sillón y

agarró con fuerza la mano de la chica.

—¿Qué le ha pasado a Luis?

—Tranquilo, Mateo —Nicolette se valió de la otra mano para coger la suya y, entre las dos, intentar transmitirle la tranquilidad que deseaba inspirar—, no nos consta que a Luis le pase nada malo, ni a él ni a su mujer.

—Teresa, mi nuera, es para mí como una hija. Los dos están en Alemania.

—Sí, lo sabemos. Según nuestras informaciones, él, que trabajaba en el Museo del Prado, pasó a formar parte del equipo de Hofer, el asesor de arte de Goering. —El hombre se encogió de hombros—. Sí, sabemos que ese fue el precio de su... —parecía que a la chica le costaba trabajo terminar esta frase— libertad.

Cuando Jean-Claude terminó de traducir esta frase, Mateo comenzó a pestañear con fuerza. Cerró y abrió los ojos con violencia, a la vez que inspiraba todo lo fuerte que le permitía la edad.

—Pero ¿de dónde han sacado ustedes esa información? —preguntó, mirándoles con sorpresa y miedo.

Nicolette recibió la correspondiente traducción.

—Mateo, sabemos que usted estaba en la cárcel aunque no había cometido ningún delito de sangre, y que el precio de su liberación fue el consentimiento de su hijo y su nuera a la propuesta que les hicieron.

El hombre se encontraba totalmente desorientado. Si sabían eso, ¿qué otras cosas podrían saber?

—Pero ¿qué quieren ustedes de mí?, ¿por qué han venido?

—Porque quiero ir a Carinhall.

El hombre escuchó el nombre de la mansión de Goering. Se encogió de hombros interrogándoles con los ojos.

—Carinhall, donde viven su hijo y su nuera. ¿No lo recuerda?

—Es la primera vez que escucho ese nombre.

Ahora era Nicolette la que no entendía nada. Se apoyó con fuerza contra el respaldo de la silla en la que estaba sentada y miró desconcertada a Jean-Claude.

—¿No le suena de nada Carinhall?

Jean-Claude fue quien le contestó.

—Nicolette, se lo puedo preguntar más veces, pero ya has oído su respuesta.

Seguía sin entenderlo. No podía creer que en todos estos años no se hubieran puesto en contacto con él. Preguntó por ello.

—Sí, cada tres o cuatro meses recibo una carta. Me llegan abiertas y con marcas de sellos por todos los sitios.

—¡Claro!, ¿cómo no se me había ocurrido?

Ahora era Mateo el que pedía con la mirada a Jean-Claude que le tradujera lo que acababa de decir la chica.

—La censura. Seguro que les dijeron que no revelaran el nombre del lugar donde se encontraban.

—Seguro —añadió Jean-Claude, después de pensarlo unos instantes.

—Mateo, ¿podríamos ver esas cartas?

El hombre no se lo pensó dos veces y se levantó fatigosamente yendo hacia el aparador. De un cajón de madera maciza que había bajo la radio, una Philips de gran tamaño y con el dial de baquelita blanca y brillante, sacó un paquete, anudado por una cinta azul, que contenía no más de ocho o nueve cartas muy delgadas.

—Por favor, léalas —pidió Mateo a Jean-Claude—, tanto mi hijo como mi hija tienen una letra muy clara.

Como ya había intuido Nicolette, la censura no solo actuaba después de que los remitentes escribieran cada carta, sino mucho antes. Así, los contenidos eran tan anodinos, que acababan siendo absurdos. Solamente hablaban de lo bien que se encontraban en Alemania —sin especificar población ni región, ni siquiera zona, o punto cardinal. Nada—, de lo bien que se habían adaptado a Alemania, de lo bien que comían en Alemania... Pero nunca mencionaban la tarea que, según le dijeron en el Museo del Louvre, llevaba a cabo Luis, ni el lugar exacto donde se encontraban. Utilizaban el conducto de la embajada española en Berlín. Esa era la dirección que ponía Mateo en las cartas que mandaba a su hijo —el servicio de correspondencia de la embajada las enviaba directamente a Carinhall por medio del *Reichspost*, evitando así que se pudiera conocer el paradero real de Luis Molero—. Siempre se alegraban de que se encontrara bien.

Cuando terminó de leer la última, se hizo un silencio. La chica fue quien lo rompió.

—Ya ve, Mateo, se encuentran bien.

El hombre se alegró de haber vuelto a escuchar la voz de su hijo, aunque fuera a través de un francés que tenía un magnífico acento español y que había demostrado conocer perfectamente el idioma porque, en total, solo hubo dos o tres palabras que no fue capaz de traducir.

—Mateo, quiero pedirle algo. Usted, que también sabe lo que es luchar por la libertad, me tiene que hacer un gran favor que la República francesa nunca olvidará.

En ese momento, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta que hicieron que los tres giraran bruscamente la cabeza en esa dirección.

—¡Abran!, ¡policía! —tronaba una voz, a la vez que la puerta era golpeada por varios puños a la vez.

Nicolette no necesitó traducción.

Julián Rodero fue el primero en entrar en la casa. Le siguieron otros dos policías que iban vestidos de paisano. En el descansillo de la escalera se quedó un grupo de cuatro policías armados con su uniforme gris y su gorra ribeteada por una banda roja sujeta a la cabeza por un barboquejo que les tapaba parcialmente los labios, junto con don Evaristo Núñez, el jefe de casa, que les miraba mostrando orgullo en su cara. Una vez más, creía él, había cumplido con su deber de buen patriota.

—¿Se puede entrar, abuelito? —se mofó Julián, a la vez que pasó al interior de la casa con la misma familiaridad con la que entraba en todos los sitios.

Mateo ni siquiera contestó. Aunque hacía mucho tiempo que no lo veía, sabía cómo era el comisario Julián Rodero.

Este pasó hasta el centro del salón y miró en derredor. Afortunadamente para todos, Mateo había vuelto a guardar las cartas en el cajón. Rodero volvió a intervenir:

—Mateo Molerito, ¿qué?, ¿con visita? ¿Con visita de extranjeros?

—Son unos amigos que han venido a visitarme.

—¡Cómo no!, unos amigos que han venido a visitarte —repitió, mientras asentía con la cabeza y mostraba el tono más burlón e irónico en su voz—. ¡Qué bien!, con amigos. Eso está muy bien. Hay que tener buenas relaciones con el país vecino. ¿Hablan español estos amigos tuyos?

—Yo hablo español —terció Jean-Claude.

—Vaya, el señor habla español —comentó, fingiendo admiración y mirando a las otras dos personas que habían entrado en el piso—. ¡Qué culto! Pues sabes lo que te digo —el rostro de Rodero empezó a ponerse rojo, y la distancia entre su cara y la de Jean-Claude, que permanecía inmóvil, fue reduciéndose—, que yo me paso por los cojones a todos los franceses y a sus amigas putitas —volvió la cara hacia una Nicolette que, para su fortuna, no entendía nada—. A ver, ¡documentación!

Cuando Nicolette vio que Jean-Claude se metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extraía el pasaporte y otro documento, ella cogió su bolso y sacó el suyo.

Rodero tomó el del hombre y lo miró atentamente, cotejando la foto con la cara de quien se lo había dado. Comprobó la fecha de entrada en el país y después cogió el otro documento que le había entregado, y que lo acreditaba como miembro de la embajada francesa. Sin devolvérselos, examinó el que le había dado Nicolette. Se fijó en la fecha del sello que le habían puesto en la frontera, al entrar. Desgraciadamente para él, y probablemente también para don Evaristo, todo estaba en regla. El «¡Acompáñenme!» esta vez no lo iba a poder decir. Ordenar una detención habría sido una torpeza de difícil justificación. Eran súbditos franceses con el pasaporte preceptivamente sellado y, además, él le mostró su carné que lo acreditaba como

empleado de la embajada, firmado por el mismísimo Jacques Truelle, un personaje muy incómodo para la Dirección General de Seguridad. Además, a Rodero no se le escapaba la evolución de la guerra y su más que previsible desenlace. El comisario era suficientemente inteligente como para no poder considerar aquello como una reunión clandestina. Tres personas. Solo tres personas.

—Muy bien, Mateo —convino, devolviéndoles los documentos, sin mirarlos—, los señores tienen la documentación en regla. Pero ¿sabes lo que te digo?, que aunque esté en regla, no me gusta que estén aquí. ¿Entiendes? Voy a dejar un coche en la puerta de la casa. Si en diez minutos no bajan, te aseguro que se me ocurrirá alguna razón para detenerles. ¿Entendido?

—Sí, entendido —aseveró Mateo, lacónicamente.

Los policías abandonaron la casa sin cerrar la puerta. Mateo hizo intención de ir a cerrarla, pero Jean-Claude se le adelantó.

—Deje, ya voy yo.

—Policía española —dedujo Nicolette en voz alta.

—Vaya, veo que ya vas aprendiendo español —concluyó Mateo, sonriendo, haciendo un esfuerzo por ocultar de nuevo su miedo, el inmenso terror paralizante que siempre le inspiraba la presencia del comisario Rodero.

Jean-Claude explicó a Nicolette el tiempo de que disponían, ella rápidamente se dirigió a Mateo.

—Dentro de unos días voy a ir al lugar donde viven sus hijos, necesito que ellos me ayuden, pero para ello usted me tiene que ayudar a mí.

—¿Qué puedo hacer por ti? —se interesó vivamente.

—No puedo llegar allí y acercarme a dos personas que no conozco e intentar que se fíen de una francesa a la que nunca han visto, pero creo que sí confiarán en alguien que lleve una carta manuscrita de su padre en la que este les pide que colaboren conmigo.

Jean-Claude se enteraba a la vez que traducía de los motivos que habían llevado a Nicolette a una ciudad como Madrid. El plan le pareció genial, tanto que descubrió un factor de atracción, la aguda inteligencia de su compatriota.

—¡Claro que sí! Por favor, abre ese cajón —pidió a Jean-Claude, señalando al mueble— y saca un papel y una pluma. Rápido.

Con la mano temblorosa, ellos pensaron que por la edad, él sabía que por la emoción, comenzó a escribir:

Queridos Teresa y Luis. No sé si os llegará esta carta. Si fuera así, será señal de que todo está funcionando como estos amigos quieren. Me han dicho que estáis en un lugar llamado Carinjol. Nicolette —pidió a Jean-Claude que le deletreara el nombre de la chica, aunque la precipitación le llevó a no solicitarlo también para el nombre del lugar donde se encontraban sus hijos— también lucha por la libertad. Ayudadla en todo lo que os pida. Seguro que

también es por una buena causa. Como fue la nuestra. Esta es la primera vez que os puedo decir, sin riesgo a que nos intervengan, que, de verdad, estoy muy bien y que os quiero con toda mi alma. Y si no viene mi nieto, no os preocupéis, Dios proveerá. Os quiere, Mateo.

El último párrafo confundió a Jean-Claude. Había oído que todos los republicanos odiaban a Dios. Tampoco le quiso dar más importancia.

Mientras aireaba el papel para que la tinta se secara cuanto antes, ella cogió las manos de Mateo entre las suyas y le dijo en un torpe español:

—Gracias, Mateo. Viva libertad.

El hombre cerró la puerta detrás de esos dos visitantes, y se apoyó unos instantes en ella. Se encontraba orgulloso de lo que había hecho. Y después de la visita de Rodero, más todavía.

Cuando salieron a la calle, Jean-Claude y Nicolette pudieron comprobar que en el portal les estaban esperando doña Pura y Sagrario, con expresión de reproche la primera, y de miedo la segunda. Nadie dijo nada. En la calzada de la calle de San Bruno había un coche de policía aparcado. Junto a la puerta del conductor, Evaristo, que se encontraba de charla con una de las personas que estaban en su interior, miró a la pareja y levantó la barbilla a la vez que entrecerraba los ojos. No recibió correspondencia por su saludo.

Los dos regresaron a la Plaza Mayor. Se montaron en el coche y Jean-Claude arrancó. Cuando estaba ya en marcha, el joven preguntó a Nicolette:

—¿Adónde quieres que vayamos?

—A la embajada —contestó con rotundidad—. Arréglame lo del billete. Si puedo volver a París esta misma noche, mejor.

—¿Ya? ¿No te quieres quedar unos días?

Nicolette le respondió con una mirada que no le permitió volver a preguntar nada durante el trayecto de regreso.

De vuelta a la embajada, les abrió la puerta de entrada Antoine, que se hizo cargo de los abrigos antes de que ambos subieran al despacho del primer piso. Allí marcó un número de teléfono, girando cinco veces la rueda. Mientras esperaba que alguien le atendiera le comentó:

—¿Te había dicho que Antoine habla el alemán sin acento? Es de Riquewihr, muy cerca de Colmar. ¿Lo conoces?

Nicolette negó con la cabeza.

—Muy bonito, pero ahora cualquiera va por allí. Buena está la Alsacia. Fíjate, a orillas del Rin. Entre los unos y los otros no habrán dejado piedra sobre piedra.

Habló con una persona en español. Para su desgracia, Nicolette no entendió nada, aunque sí pudo comprobar que la cara del francés mostraba cada vez una satisfacción

mayor.

—¡Ya está! —dijo al colgar después de unos cinco minutos que a la francesa le parecieron eternos.

—¿Cuándo sale el tren?

—No te vas en tren, te he buscado un avión que sale mañana a primera hora desde Barajas. En tres horas estarás en París. Es una ruta sin peligro.

«En avión», pensó Nicolette.

Nunca había montado en avión. Todos los desplazamientos que había realizado en su vida habían sido terrestres. Le pareció una noticia tan magnífica que no pudo reprimir la expresión de felicidad en su rostro.

—Eso hay que celebrarlo. Tenemos todo el día por delante. Te propongo que vayamos a comer un cocido a Lhardy, que es un restaurante que se encuentra al lado de la Puerta del Sol. Van muchos toreros. Precisamente hace unos días leí que dieron un homenaje al más famoso, uno que se llama Manolete. ¿Te gustan los toros?, ¿y el cocido? —Jean-Claude no la dejaba ni contestar; estaba tan emocionado que pasaba de una proposición a la siguiente—, y esta noche te voy a llevar a una sala de fiestas. Podemos ir a una que se llama Tarzán, en la calle Atocha, o, mejor todavía, a Pasapoga, que he leído que está tocando la orquesta de Bernard Hilda. ¿Te apetece?

¿Apetecer? ¡Claro que le apetecía! El trabajo ya estaba terminado y la conciencia tranquila para ir a divertirse en una ciudad desconocida que se desplegaba ante ella como aquellos paquetes que abría por Navidad cuando era una cría. Y, además, con Jean-Claude.

—Sí que me apetece. Ha ido todo mejor de lo que me esperaba. Esto hay que celebrarlo.

La mañana del 21 de diciembre amaneció igual de fría que la anterior. En el coche no se oía una sola palabra. El ruido del motor del Studebaker era el único sonido que rompía el silencio en el que viajaban los dos. Jean-Claude, muy serio, conducía sin pestañear. En la carretera que llevaba al aeropuerto, la de Barcelona, como en toda la ciudad, no había tráfico. A su lado, Nicolette no decía nada. Ella lamentaba mucho el final del día anterior, sobre todo lo que el vino que tomó en la comida la llevó a razonar.

—Jean-Claude —le acabó diciendo—, no puedo ir esta noche a una sala de fiestas.

—¿Por qué? —respondió, contrariado y perplejo.

—Porque no me parece ético que mientras nuestros soldados están luchando y muriendo en el frente, tú y yo vayamos a bailar y a divertirnos. No, Jean-Claude, no puedo. Pensaría en ello y me sentiría culpable. Solo te pido que me entiendas.

Él no lo entendía. Era difícil que se le volviera a presentar una ocasión igual con una mujer a la que había deseado desde que apareció por la puerta de su despacho.

Solo había pasado un día, pero en esas horas habían vivido juntos una sucesión de emociones que seguro recordarían para siempre.

Una vez que llegaron al aeropuerto se bajaron del coche y él sacó del maletero el pequeño equipaje que Nicolette había traído a España.

Ella se acercó y le dijo:

—Jean-Claude, muchas gracias por haberme acompañado en todo momento, y gracias por haberme traído hasta aquí. —Él no decía nada, solo escuchaba. Parecía que ella quería decir algo más, pero le costaba trabajo pronunciarlo—. Esta guerra...

Dejó la frase inacabada, cerró los ojos y se acercó imperceptiblemente hacia su cara. Él comprendió lo que le pedía y no perdió la oportunidad de posar sus labios sobre los de Nicolette. Fue un beso que ninguno de los dos sabía cuándo se volvería a repetir; posiblemente jamás. Era un momento único que no quería desperdiciar.

El estridente sonido del silbato de un guardia civil, que desde la puerta de entrada del aeropuerto les apercibía por lo que la legislación española vigente consideraba escándalo público, fue lo que provocó que la pareja se separara.

Jean-Claude esperó hasta ver despegar el aparato. Nicolette le había causado una imborrable impresión. Su personalidad, su nervio, su carácter, sus principios y, sobre todo, su inmenso atractivo. No pudo evitar sacar la punta de la lengua y pasarla lentamente por sus labios. Su sabor persistía, aunque menos que sus recuerdos. Fue consciente de que, si la hubiera conocido un poco más, en vez de haber procurado solo un billete, habría revuelto bajo todos los adoquines de Madrid hasta encontrar el segundo. Se lamentó por la oportunidad perdida.

Normalmente las órdenes llegaban a la cocina por teléfono, pasando por la centralita que, para atender a todo el complejo, estaba instalada en el edificio de seguridad. Cuando se encontraba de guardia, Teresa estaba acostumbrada a que, en cualquier momento y desde cualquier lugar de la mansión, alguien pudiera requerir los servicios de la cocina. A ella no le gustaba ese servicio porque no siempre entendía con claridad las instrucciones, ya que a través del auricular muchas veces las palabras le llegaban trabucadas e imprecisas.

Cuando descolgó el teléfono y tomó nota de lo que solicitaban, entendió que Carinhall había recibido una nueva visita, incluso intuyó, por el lugar donde tenía que llevar el pedido, quién podía haber llegado.

Después de colgar, salió de la cocina y torció a la izquierda, en busca de alguna compañera que se pudiera encontrar en su habitación. No tuvo que andar mucho. Miró en la primera y, al no encontrar a Gertrud en su cuarto, continuó a la siguiente. Sobre una de las dos camas, y leyendo un ejemplar de *NS-Frauenwarte*, encontró tirada a Irene. La inquieta hija de un alfarero de Fürth era una muchacha que tenía encandilada a toda la tropa por su aspecto menudo, su pelo siempre peinado con coletas y su cara, en la que destacaban unos mofletes carnosos y apetecibles. Alegre, positiva, vivaz, Irene era la frescura personificada, y ni siquiera el golpe que la vida le había dado al arrebatarse a su marido a la edad de veintiún años, y sin haber tenido descendencia, le habían agriado el carácter.

—Necesito que me ayudes.

—¿Qué quieres? —Curioseó con pereza asomando sus ojos por encima del periódico que estaba leyendo, un ejemplar atrasado de los muchos que circulaban en aquellas habitaciones destinadas a las mujeres del servicio que vivían en Carinhall.

—Tengo que preparar té.

—¿Y qué pasa, no puedes tú sola?

—Sí que puedo, pero me lo han pedido para llevarlo al Gran Salón.

Con brusquedad, tiró el ejemplar al suelo.

—¿Quieres decir que ha venido...?

—No lo sé, pero por la mañana es muy raro que nos pidan que llevemos algo al Gran Salón si no está él.

Con la misma diligencia con que había concluido la lectura dio un brinco de la cama y se puso en pie.

—Espera, voy a ver.

La curiosidad pudo con Irene. Giró a la izquierda al salir de su habitación y rápido subió las escaleras por las que se accedía a la galería que cruzaba desde el ala de servicios, donde se encontraban, al ala de invitados. Esta fue la solución que

diseñó Hetzelt, el arquitecto berlinés de Carinhall, para que tanto desde la zona de servicio como del edificio de seguridad se pudiera acceder al ala de invitados sin tener que pasar por la zona noble de la mansión. La galería no tenía ventanas, nada más que unos pequeños tragaluces situados a dos metros del suelo que permitían que el corredor tuviera iluminación natural. Al llegar al final, bajó por las escaleras y alcanzó una de las pequeñas estancias que estaban situadas al fondo del ala de invitados. Se asomó a la ventana y pudo confirmar sus sospechas. Cinco coches negros, que destacaban sobre la blancura de la nieve que había caído hacía unos días, y que se encontraban aparcados junto a la puerta principal, eran la confirmación de la visita que Carinhall acababa de recibir. Retornó a la carrera a su habitación y se contempló por unos instantes ante el espejo que se alzaba encima del lavabo que tenía junto al armario. Había perdido a su marido en África y desde entonces se encontraba muy sola. Aunque lo había intentado, no había sido capaz de encontrar todavía unos nuevos brazos donde compartir los miedos y temores que la asaltaban cada noche. La competencia era muy dura ya que en la Alemania de esos años lo que sobraban eran mujeres necesitadas y lo que faltaban eran hombres libres.

Cuando entró en la cocina, después de haberse peinado y compuesto el uniforme, Teresa ya estaba preparando el té.

—Por si acaso, prepara una bandeja con pastas. Las han traído esta mañana —precisó Teresa, mientras señalaba un paquete que descansaba en la encimera, junto a la huevera de cartón gris de sesenta y cuatro cazoletas.

Irene se intentó tranquilizar, ya que todavía jadeaba ligeramente a causa de la carrera. Abrió el paquete y fue colocando, una a una y con cuidado, las pastas en una bandeja de plata que sacó de uno de los cajones que había junto a la ventana.

Teresa la miró mientras iba sacando las tazas de porcelana de Limoges. Igual que, de algún modo, los alemanes admiraban a los ingleses antes y durante la guerra, por todo lo francés sentían una debilidad especial, especialmente por todo lo que fuera sinónimo de lujo.

—Irene, ¿por qué no utilizas unas pinzas?

—¡Qué más da!, me acabo de lavar las manos.

No le dijo nada más. Sabía que Irene esperaba con ansia la llegada de cualquier persona nueva a la mansión. Creía que igual podría encontrar algún joven oficial todavía sin prometida, o algún hombre que hubiera estado casado con una judía y se viera obligado a renunciar a ese matrimonio. El caso era intentar encontrar a alguien que se fijara en ella.

Al cabo de unos minutos las dos salieron camino del Gran Salón. Después de recorrer el ala, llegaron a la última habitación, el jardín de invierno. Allí, tras la fuente que se levantaba entre las dos columnas que presidían la estancia, y que representaba la figura de una ninfa de pie dominando a un venado por la cornamenta, una mujer sentada en uno de los sillones de estampado de flores las vio pasar a cada una con su bandeja. Primero pasó Teresa con la jarra de té y las seis tazas que le

habían indicado. Tras ella, Irene con la de las pastas.

Teresa e Irene giraron a la izquierda y, después de atravesar la pequeña antesala, enfilaron la galería, donde todos los personajes que estaban pintados en los cuadros, o bordados en los tapices, parecían mirarlas mientras andaban. Más de treinta metros de una abigarrada decoración donde se entremezclaban, en diferentes alturas, junto a los lienzos y las telas, mobiliario de época, piezas de arte griego o romano, tallas de vírgenes, esculturas... El sonido de sus pasos alternaba entre la resonancia hueca de la madera del piso y el silencio de las grandes y tupidas alfombras.

Erika se incorporó dejando a un lado el ejemplar de *Kunst dem Volk*, la revista de arte publicada por Hoffmann, y las siguió con la mirada. Sabía que la que iba en primer lugar era Teresa, la española. De dónde era le daba exactamente igual, lo que no la resultaba indiferente era saber quién era su marido y el poder que este ostentaba, aunque ni él, ni mucho menos su mujer, fueran conscientes del mismo.

Al llegar a la puerta del despacho de Goering se encontraron con el guardaespaldas del Führer, Karl Wilhelm Krause, que estaba charlando animadamente con Roben Kropp, el ayuda de cámara de Goering. Acostumbrado a hacerlo continuamente, aquel les ordenó que se detuvieran con un enérgico movimiento de la mano, mostrándoles su palma a la altura del hombro.

—Son sirvientas de la mansión —aclaró Robert, para tranquilizar al oficial.

Era demasiado evidente que aquellas dos mujeres no podían sino pertenecer al cuerpo de servicio.

—¿Está usted seguro, Kropp? —preguntó, mientras miraba de reojo a Robert y mostraba una sonrisa burlona y torpe—. Y ¿quién me dice a mí que no son espías rojas?

Mientras Teresa mantenía un rostro impasible, Irene en cambio le correspondió con un gesto amable. La diferencia de reacción no pasó desapercibida al oficial.

—A ver, tú, ¿de dónde eres?

—Soy española, señor.

—¿Española? —Buscó confirmación a lo que acababa de escuchar en el rostro de Robert, que empezaba a violentarse.

—Sí, Teresa es la única persona española que está entre nosotros.

—¡Vaya!, a esos compatriotas tuyos bien me hubiera gustado pillarlos. Los muy cobardes... Si el enano ese se hubiera unido a nosotros cuando nuestro Führer se lo ofreció, la guerra hace años que se hubiera acabado. Lo que pasa —conforme iba hablando, el tono de voz de Krause iba elevándose— es que los españoles nunca habéis sido capaces de nada. Si no hubiera sido por nosotros, ahora estaríais invadidos por los comunistas y besando el culo de Stalin. Eso es algo que nos tenéis que agradecer.

Mientras, el oficial se iba aproximando cada vez más a Teresa, que se sentía relativamente segura al mediar entre ambos la bandeja con el té y las tazas.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—Yo creo —intercedió Robert— que se va a enfriar el té.

Con un sutil movimiento del brazo, desplazó unos centímetros al oficial, para que, después de que realizara un imperceptible movimiento de cabeza, las dos mujeres pudieran continuar.

No era la primera vez que Robert, que sentía por la española un afecto muy especial, tenía que mediar por una Teresa que, quizá por su largo y ondulado pelo negro, por sus andares estilizados y firmes, y por su mirada exótica en un lugar donde la morenez era la excepción, era objeto de las miradas y centro de los comentarios de un buen número de invitados.

Erika, desde el fondo del corredor, había contemplado toda la escena sin ser vista, gracias a la distancia a la que se encontraba y a la cantidad de objetos que cargaban el espacio.

Una vez que atravesaron la antesala gemela que había al otro lado de la galería, llegaron a la puerta del Gran Salón junto a la que dos soldados de la SS montaban guardia empuñando sendas ametralladoras. No se movieron al paso de las mujeres.

Después del Gran Comedor y de la Biblioteca del ala homónima, el Gran Salón era la tercera estancia más grande de Carinhall, gemela en tamaño a la Sala de Fiestas. Con sus casi trescientos metros cuadrados, formaba un rectángulo con una profundidad de veinticinco metros de longitud. En cuanto Irene y Teresa entraron, salió a su encuentro otro oficial de la SS que se encontraba de charla con Günther von Houten junto a la chimenea, la cual, a esa hora de la mañana, estaba apagada. Era un hombre con un ligero estrabismo y nariz aguileña, más parecido al guardián de un ergástulo que a la imagen que se podía tener de un hombre de confianza de Hitler.

—¿Qué es eso? —Examinó a las mujeres, señalando con el dedo índice las dos bandejas.

—Es lo que han pedido —confirmó Günther.

El oficial se acercó a Teresa y levantó la tapa de la tetera. Aspiró descaradamente su olor. Después se dirigió hacia Irene y cogió una de las pastas que llevaba. La miró y se la acercó a las fosas nasales. Al exagerar el gesto de olfatear los labios adquirían una extraña y desagradable forma. Dio un pequeño bocado y masticó primero con precaución, después con apetito.

—¡Están muy buenas!

—Sí, nos las traen todos los días. Ya sabes, Nikolaus —siguió hablando Günther—, que una de las grandes ventajas de Carinhall es poder degustar su cocina.

—Ya lo creo —aprobó mientras tragaba. Con un gesto de la mano, les permitió el paso.

Continuaron andando bajo las dos grandes arañas y los enormes y fuertes travesaños labrados que, a modo decorativo, atravesaban de lado a lado la estancia. Al no haber construido una planta encima del salón, la altura del techo era

descomunal. Al fondo, junto al gran ventanal que daba al norte y al parterre de rosas del jardín, y que se convertía, mediante un innovador sistema eléctrico, en una inmensa puerta acristalada que permitía el paso al exterior, había cuatro hombres que, callados, escuchaban la conversación que mantenían el anfitrión y Hitler. Los seis se encontraban sentados en unas grandes butacas. Teresa había visto al Führer muchas veces y, aunque lo entendía muy bien cuando hablaba, no podía soportar su presencia. Sabía lo que representaba ese hombre y lo asociaba con todo lo malo que se le pudiera pasar por la cabeza. Goering vestía un chaleco de cuero granate que llevaba sujeto con un doble cinturón de ante verde en cuyo centro lucía, a modo de hebilla, un círculo de piedras rojas que bien podrían haber sido rubíes.

Al llegar las camareras, los dos hombres que estaban hablando marcaron una pausa que aprovecharon para mirarlas. En los rostros de los contertulios se podía leer la satisfacción. Las últimas noticias habían levantado el ánimo que desde hacía un tiempo se mostraba muy bajo en este tipo de reuniones.

—Dejadlas aquí —indicó el Reichsmarschall.

Al terminar de depositarlas en la mesa baja central, las dos camareras apuntaron una leve genuflexión y agacharon la cabeza. No esperaron a que les concedieran permiso para marcharse, pero cuando no habían dado ni dos pasos oyeron una voz que provocó que se pararan en seco.

—Estas pastas tienen que estar exquisitas.

Después de mostrar otra pequeña reverencia ante las palabras de Hitler, las dos mujeres enfilaron el camino de regreso a la cocina.

El viaje había durado tres horas, pero le habían parecido tres días. Nicolette volvía extenuada, aunque intuía que su cansancio era mucho más mental que físico. En Madrid había estado solo unas horas, pero las experiencias habían sido tan intensas que parecía que había estado allí semanas. El recuerdo de Jean-Claude la acompañó desde que el avión despegó; bueno, realmente, desde el momento en que se despidió de él. No había dejado de pensar en su voz, en las facciones fuertes y acentuadas que daban a su cara un aire de seguridad que invitaba a pensar que a su lado jamás le podría ocurrir nada malo.

Pero había quedado atrás. Lo que sintió tenía que pasar, y se lo repetía una y otra vez para convencerse a ella misma.

París la había acogido con un frío tan glacial como si el avión hubiera aterrizado en el norte de Noruega. Por muy desfallecida que se encontrara, su sentido del deber la obligaba a no pensar en descansar. Una opción era ir a su casa y meterse en la cama.

Evidentemente, no contempló esa perspectiva, y cuando el autobús que la había llevado desde Orly la dejó en una boca de metro, no dudó en tomarlo para ir a casa de Marie-Madeleine sin considerar si estaría o no.

—¡Nicole! —exclamó Marie-Madeleine como si hubiera llegado un pariente lejano y querido al que no viera desde hacía décadas—. Pasa.

Le podría haber preguntado si ya había estado en Madrid, si había descansado, si se encontraba bien. Hubiera dado igual. Pensó que Nicolette solo descansaría el día que se muriese.

Después de dejar la maleta junto a la entrada, la ayudó a que se quitara el abrigo y la invitó a continuar hacia el salón.

—Acabo de comer. He hecho un guiso de patatas con patatas —rio ella sola—. ¿Te apetece que te caliente un plato?

Más que asentir optó por mostrar una sonrisa de agradecimiento. Aunque no había pensado en comer, la mención de las patatas calientes le había entonado el estómago y el cerebro.

—Siéntate y sítete un vaso de vino. Ha caído en mis manos un buen Burdeos. ¡Aprovéchate!

Desde la cocina Marie-Madeleine volvió con un plato humeante entre las manos que insuflaba energía solo con mirarlo.

—¿Quieres que te sirva un poco más? —le ofreció al ver cómo se lo había comido, sin hablarle y con apetito.

Después de limpiarse con la servilleta que reposaba sobre sus muslos, le contestó: —Por favor, no como desde ayer al mediodía —se justificó.

Cuando comenzó con el segundo —que iba a ser su cena, aunque no le dijo nada—, Marie-Madeleine le preguntó:

—¿No cenaste anoche?

—No —respondió, después de tragar un trozo de patata que había quedado un poco cruda—, me acosté pronto y no cené nada.

Después de inclinar el plato para apurarlo, se relajó en la silla. Se estableció un silencio entre las dos. Nicolette parecía satisfecha. La comida la había relajado y ahora su cara ya no era solo la de una mujer cansada, sino también la de una combatiente que se disponía a dar, orgullosa, las novedades de la misión que acababa de realizar.

—¿Qué tal en la embajada de Madrid?

La pregunta de Marie-Madeleine llevaba una doble intención que incomodó a Nicolette, aunque procuró responder con normalidad.

—Muy bien, se portaron todos muy bien conmigo.

—Tenemos allí gente muy eficaz. ¿Conociste a Jean-Claude Ansart?

No tenía duda alguna de que no era el azar lo que estaba moviendo el pequeño cuestionario. La pregunta no era una casualidad.

—Sí, él me ayudó en todo lo que le pedí.

Se volvió a imponer un silencio que inquietó a Nicolette. Tras unos instantes, se reclinó sobre la mesa y le dijo mirándole a los ojos:

—Marie-Madeleine, fui a Madrid a buscar una información, que por cierto encontré. Y sí, tienes razón en tus insinuaciones, Jean-Claude es un hombre atractivo, pero, te repito, el viaje tenía un objetivo muy claro y en mis planes no estaba desviarme de mi deber. ¿Quieres que te cuente lo que averigüé?

La anfitriona estiró el brazo para coger un cigarrillo y lo encendió con una cerilla, sin volver a mencionar a Jean-Claude. La sequedad en la respuesta de Nicolette era la constatación de que no quería hablar de él.

No fue suficiente con un solo cigarrillo. Cuando apagó el segundo, y después de contarle todo, incluyendo la aparición de la policía, le enseñó la carta; Marie-Madeleine elevó un punto adicional la admiración que sentía por Nicolette Aumont. Le parecía increíble que en tan poco tiempo hubiera podido conseguir lo que buscaba.

—¿Y crees que con esta carta ella va a ayudarte?

—Estoy totalmente convencida. Aunque casi no nos dio tiempo a hablar con Mateo, que es así como se llama su suegro —aclaró Nicolette—, estoy segura de que ella no puede ser fascista, todo lo contrario. Ella está en Carinhall porque decidió acompañar a su marido, y sabemos que ambos cedieron a las presiones provenientes de Hofer.

—Parece una historia muy clara. ¿No crees que demasiado?

—¿Qué quieres decir, que hay algo que no te encaja?

—No digo eso —Marie-Madeleine movió la cabeza de un lado a otro, titubeante—, solo que todo ajusta muy bien. Que una de las pocas cosas que me ha enseñado

esta maldita guerra es que no te puedes fiar de ningún razonamiento, y si este es lógico, menos todavía. Nicole, me cuesta creer que Goering tenga en Carinhall a un matrimonio español dispuesto a colaborar. Lo veo demasiado fácil.

—¡Vamos, Marie-Madeleine! No digas eso ni en broma —saltó Nicolette, encolerizada—. ¿Me vas a decir que ha sido fácil? Eso es desbaratar mi trabajo. ¿Fácil?

Se dio cuenta de que no había medido bien sus palabras y que, aunque de forma inconsciente, la había ofendido.

—Nicole, no quería decir que no hayas hecho un trabajo muy difícil. No es eso. Creo que no sé explicarme —se recostó sobre la silla, abatida por no ser capaz de transmitirle la idea que rondaba sobre su cabeza.

Nunca antes había visto así a Nicolette. Sabía que era una mujer fuerte y dura, pero no parecía que su angelical rostro pudiera transformarse de esa forma.

Aprovechó el pequeño respiro para encender otro cigarrillo. Una de las herencias que se trajo de sus días en las islas fue la marca del tabaco. Se había acostumbrado a los Lucky Strike.

Nicolette la miraba fijamente como si sus ojos fueran dos jueces inquisidores.

Después de la primera exhalación, lanzó la pregunta:

—Y ahora, ¿qué?, ¿qué hacemos con esa carta? —cuestionó, señalando con la cabeza al folio que descansaba en la mesa como prueba del trabajo realizado en Madrid.

—Pues habrá que llevársela. O a Teresa, o a Luis.

—¿Has pensado algo?

La pregunta sobraba. Tendría que haberla formulado de otra manera, algo así como: «Nicole, ¿qué has pensado?».

—Sí. Quiero que me llevéis allí.

—¿Adónde?, ¿a Carinhall?

Asintió con la cabeza.

—Pero ¿tú estás loca? No puedes entrar allí y preguntar: «Reichsmarschall, ¿podría ver a la mujer de uno de sus consejeros de pintura?». Seguro que él, muy amable, te invita a pasar, te dice en qué habitación se encuentra, y de paso te sirve una cerveza bávara.

De no ser por el respeto que sentía por la figura de Marie-Madeleine, una auténtica leyenda viva, una mujer que había expuesto numerosas veces su vida por la Resistencia, la habría abofeteado con desprecio.

Optó por otra alternativa.

—No, quiero que me llevéis a Carinhall. Ya encontraré la manera de hablar con ella. «Sé alemán» —recordó en ese idioma.

—No me hables en alemán, ya sabes que no lo entiendo. Alguna palabra, nada más. Sí, ya sé que sabes alemán, pero eso no es suficiente.

—Marie-Madeleine —la agarró con fuerza del brazo—, allí vive y trabaja mucha

gente. Eso significa que tiene que haber un trasiego continuo de personas que entran y salen. Si Teresa está en el servicio, lo más normal es que tenga que salir. Tendrá sus días libres, saldrá a hacer recados, a comprar comida, no sé... Si me lleváis a los alrededores, ya me las apañaré para contactar con ella y pedirle que nos ayude.

Dio una de las últimas caladas al cigarrillo que tenía entre sus dedos. Marie-Madeleine miró a Nicolette como si estuviera trepanando su cabeza e intentó comulgar con sus pensamientos, hacerlos suyos. Quería mejorar la idea.

—Tienes razón. Pero eso es imposible. Bueno, ya sé que esa palabra no existe para ti, pero es muy poco probable. Mucho esfuerzo y demasiado riesgo.

Después de apagar el cigarrillo contra el fondo del cenicero, entendió que había dado con una solución.

—Te tendría que acompañar alguien.

—¿Cómo que me tendría que acompañar alguien? —respondió, sorprendida y extrañada.

—Sí, si vas sola, tu situación allí tendrá menos credibilidad. Lo ideal es que te acompañe alguien para fabricar una coartada convincente. ¿Entiendes?

Nicolette enarcó las cejas y mostró en su cara una expresión interrogante. No sabía qué tenía que entender.

—Si conseguimos a la persona adecuada tendréis mayores probabilidades de acercaros con seguridad. Carinhall, por lógica, tiene que tener una vigilancia rigurosa, tanto la propia mansión como los alrededores. Dos personas juntas levantarán menos sospechas que una mujer sola. Por cierto, ¿te has tirado alguna vez en paracaídas? —Le guiñó un ojo y sonrió. En la conversación había habido demasiada tensión y era momento de suavizar los ánimos.

El sábado 23 de diciembre un camión atravesaba la fina bruma helada con que había amanecido la mañana en dirección a Carinhall. Cargaba con dos enormes abetos que habían talado en la carretera que comunicaba Carinhall con Zehdenick. Varios soldados de los que se encontraban de retén en el edificio de seguridad se encargaron de plantar el árbol más grande en el césped nevado que había delante de la puerta principal. Lo trincaron con unas cuerdas que fijaron al suelo y, gracias a unas escaleras que llevaron desde los sótanos del ala de servicios, le pudieron colgar unas bolas de papel arrugado que habían elaborado los niños que vivían en la mansión. Ellos, inquietos, expectantes y felices, ajenos a los múltiples dramas que se vivían en los alrededores, siguieron todo el montaje bien abrigados junto a las columnas de la puerta de entrada que sostenían un dosel sobre el que se veían dos leones de piedra, con su pata delantera apoyada en sendas bolas. Por las ramas de los árboles cruzaron unas tiras de colores de papel cuché, ya que estaba prohibido el uso en el exterior de cualquier material que pudiera reflejar una luz y orientar involuntariamente a un avión enemigo.

Después, el improvisado equipo de montaje llevó el abeto más pequeño, que no mediría menos de cuatro metros, al Gran Salón. Lo introdujeron en una maceta redonda que tenían guardada en los sótanos del ala de servicios, y lo ayudaron a mantener su verticalidad mediante unas cuerdas que sujetaron el tronco desde la copa a las gruesas vigas del techo. En el interior sí que podían usar para engalanarlo tiras de papel plateado y bolas de cristal que fabricaron expresamente para Carinhall en unos talleres de Turingia, concretamente en Jena —Emmy sentía verdadera pasión por todo lo que tuviera que ver con Weimar, pues aunque había nacido en Hamburgo, los años que pasó allí la marcaron para siempre—. Toda la chiquillería, entre la que se encontraba Edda Goering y Kurt von Houten, disfrutó sacando los adornos de las cajas de cartón y facilitándoselos a los soldados que se habían encaramado a lo alto de las escaleras. La mujer de Goering, que estaba supervisando el trabajo de los soldados, desaprobó con la cabeza cuando uno de ellos pretendió sujetar una cinta en la cornamenta de una de las muchas piezas que, a más de tres metros del suelo, decoraban el Gran Salón. Emmy había mandado que en el gramófono sonara la música de Erhard Cornelius, uno de sus preferidos. El ambiente no recordaba a nadie que aquellas eran las sextas navidades en guerra y que en ese momento, en múltiples frentes, la juventud alemana se estaba dejando la vida al servicio de su causa.

En el día de Nochebuena, ya desde la mañana se respiraba un ambiente distinto. Todo el personal de servicio se había trasladado a la cocina que se situaba justo debajo del Gran Comedor, y que tenía unas dimensiones muy similares a este. Solo se utilizaba cuando el número de personas que llegaba a la mansión era muy importante,

y uno de esos días siempre era Nochebuena.

Después de comer fueron llegando los camiones con los habitantes que habían sido elegidos ese año y que vivían en los pueblos próximos: Angermünde, Eberswalde, Zehdenick y Templin, que era el que se encontraba más próximo. Después de aparcar en la parte trasera del edificio del Oficial de Servicio, los pasajeros bajaron y formaron una fila arracimada e interminable siempre bajo las indicaciones de los guardias armados que se encargaban de organizar el evento. Así iban llegando a la puerta principal, donde habían dispuesto para la ocasión unas mesas justo delante de la ventana que se abría en la fachada, a la derecha de la puerta de entrada a la mansión. Una mesa la presidía el Reichsmarschall y la otra su mujer. Según llegaban, los niños se dirigían hacia la de Goering recibiendo un juguete de sus manos previo saludo con el brazo en alto. Las niñas, al margen del saludo, realizaban una pequeña genuflexión y se extendían la falda hacia los laterales con las dos manos. Por su parte, Emmy se encargaba de dar ropa y regalos a los hombres y a las mujeres, en especial a aquellos matrimonios que superaban los diez hijos.

Después de dos horas, y de haber repartido una profusión de juguetes, abrigos, trajes, mantas y relojes para las madres más fértiles, los Goering se retiraron a su residencia. Antes de regresar a sus pueblos con los obsequios, las sirvientas habían preparado otras mesas junto a los camiones, en las que se servía, por deseo expreso de Emmy, el Té de Adviento acompañado por un sabroso Lebkuchen que habían horneado en la misma mansión.

Teresa observaba a aquella gente mientras repartía la bebida con una jarra de dos litros. Por la avidez con que solicitaban el té —la que se podía tener cuando se estaba rodeado de guardias armados—, imaginó que para más de uno era la primera bebida caliente del día, incluso de la semana. Aquellas caras sucias, famélicas, en las que se marcaban trágicamente los huesos, tanto que parecía que la piel estaba siendo succionada desde el interior, eran la consecuencia visible de la política de cañones por mantequilla que propugnó el hombre del que acababan de recibir la limosna. Como siempre sucedía, la madrileña se fijó en los más pequeños. Las mechas rubias de las niñas, vestidas con lo mejor que tenían, no conseguían ocultar unos ojos en los que se leía la pena y, sobre todo, el miedo. De entre todas reparó en una que no tendría más de seis años, «debe de tener los mismos años que Edda», calculó. Le hizo señas para que rodeara la mesa. La niña siguió sus indicaciones.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, agachándose para situar las caras a la misma altura.

—Me llamo Ingrid, señora.

—¿Qué has pedido al Niño Jesús de regalo de navidades?

La niña dudó unos instantes. Como si hubiera adivinado un acertijo, contestó muy resuelta.

—Que vuelva mi padre.

A pesar de no dominar el idioma, Teresa había desarrollado un sentido adicional

para entender cada vocablo que decían los niños. Los entendía mucho mejor que a los mayores, en especial a las niñas.

—Seguro que algún día vendrá.

—Mi madre dice que cuando termine la guerra. Lleva lejos muchos años. Yo no me acuerdo de él.

—¿Te gusta el té? —Teresa no quiso hablar más de ello y le ofreció a la niña algo que seguro querría.

—Mucho, ¿me puede dar otra taza?

—¡Claro! Espera un momento.

Se incorporó y se acercó a una mesa auxiliar que tenían las sirvientas y buscó en una bolsa de papel. Cogió otra vacía e introdujo en ella cuatro pastas y un trozo de Lebkuchen. Volvió donde estaba la niña, que no dejaba de mirar todo lo que hacía.

—Toma, para que lo tomes esta noche en tu casa. ¿Tienes hermanos?

—Sí, tengo dos. Son mayores que yo: Kurt y Dieter.

Una figura alta y muy delgada se acercó a la niña. Vestía un abrigo marrón raído de una talla muy superior a la suya. A pesar de tener el pelo enredado y grasiento, y marcar unos pómulos muy prominentes en su rostro, Teresa entendió que aquella mujer debió de ser muy bella.

—Muchas gracias, señora —dijo la madre—, lo que más le gusta del dulce es el sabor de la naranja confitada. La última vez que lo tomó fue el año pasado, tal día como hoy.

—Tiene usted una hija guapísima —afirmó Teresa, que no quería insistir en lo que acababa de decirle la madre.

Esta vez no habló y confirmó con una mueca de agradecimiento.

—Me estaba contando que ha pedido que vuelva su padre.

La mujer bajó la mirada y su semblante se inquietó.

—Vamos, Ingrid —turbada, intervino la madre—, no se vaya a marchar al camión sin nosotras.

La niña marcó la misma reverencia que acababa de hacer a Goering cuando este le regaló la muñeca que llevaba abrazada y, obediente, dio media vuelta hacia donde le había indicado su madre.

Cuando la chiquilla había avanzado un par de metros, las dos mujeres cruzaron una mirada cómplice.

Era tal el volumen de trabajo que se esperaba, que habían desplazado hasta Carinhall personal de servicio de Leipziger Platz, la residencia habitual del matrimonio Goering en Berlín. Se esperaba que a la cena de Nochebuena acudieran cerca de trescientas personas.

Sobre las seis de la tarde comenzó a cruzar la barrera de entrada a la finca, situada a un kilómetro de la entrada principal de la mansión, una procesión incesante de

vehículos: Mercedes, BMW, Bentley, Hispano Suiza y algún Horch, cuyos ocupantes habían tenido el privilegio de haber sido invitados por los Goering para celebrar con ellos la Nochebuena.

Conforme iban llegando, un portero, que se resguardaba del intenso frío que reinaba en esa noche de cielo estrellado con un gabán negro casi hasta los pies, iba abriendo la puerta de los vehículos. Ya en el interior del vestíbulo, dos sirvientas solícitas ayudaban a los invitados a quitarse los abrigos, y otras dos los colgaban en los guardarropas.

Cuando Hofer entró en el Gran Salón —mientras rechazaba una copa que le ofrecía una camarera—, a la primera persona que vio fue al marido de Teresa, que se encontraba conversando con un marchante de Milán que ya había visto en alguna ocasión. Los dos se habían situado junto a la entrada del pequeño camarín llamado Gabinete del Oro. Después de tantos años juntos, entre Walter y Luis se había afianzado una amistad que había nacido por el amor de ambos a la pintura y a la conservación de obras de arte.

—Luis, me alegra verte.

—Igualmente, Walter.

Los dos hombres se dieron un abrazo.

—¿Recuerdas a Vincenzo? —preguntó Luis.

—¡Cómo olvidarlo! Nos vimos el año pasado en Linz, ¿puede ser?

Por unos instantes, el hombre se quedó pensativo.

—¡Cierto! ¡Qué memoria! —profirió con su voz gutural el italiano, un hombre de aspecto algo descuidado tanto en su manera de vestir como en la forma de cuidar su pelo, revuelto y ahuecado—. Yo conocí a Luis en Ginebra, en la exposición de los cuadros del Prado.

Hofer agarró a Luis por el hombro contrario y lo trajo para sí.

—Realmente aquella exposición pudo realizarse gracias a gente como Luis.

Mientras iban hablando, el Gran Salón se llenaba cada vez de más invitados y el volumen de las conversaciones subía gradualmente. El ruido comenzaba a ser molesto.

—Le estaba diciendo a Luis que tengo unas partidas que os podrían interesar.

—Vincenzo, en estos momentos el Reichsmarschall está buscando mucha calidad. ¿Qué tienes?

—Unas magníficas tablas flamencas.

Hofer le clavó los ojos mientras volvía a preguntar:

—Ya tenemos muchas tablas flamencas, seguro que mejores que las que tú nos vas a traer.

En ese momento, el trío oyó una voz que a uno de los miembros le resultó muy familiar:

—¿Champán?

Cuando Luis se volvió, topó con la sonrisa picara de su mujer que le ofrecía, a él

y a las dos personas que lo acompañaban, una copa de espumoso francés.

—¡Vaya! —se sorprendió bromeando Hofer, que conocía sobradamente a Teresa —, esto sí que es tomar el mejor champán servido de la mejor manera.

—Aprovechen, creo que esta es la última caja que queda de las Louis Roederer que trajeron de París —advirtió la camarera.

Los tres hombres continuaron hablando. Luis ya estaba muy acostumbrado a vivir situaciones como esa, en las que su mujer servía mientras él hablaba con las personas que acudían continuamente a Carinhall buscando una nueva fuente de negocio. El primer día le resultó violento, pero ya se había habituado. Le gustaba verla sobre todo con la gran bandeja. Al llevarla llena de copas tenía que andar muy derecha, más todavía de lo que habitualmente iba, y esa esbeltez lo seducía, lo atraía, casi le provocaba. Pero lo que de verdad le motivaba de las fiestas no era verla allí, rodeada de gente y sonriendo a todo el mundo, sino saber que cuando todo hubiera acabado ella regresaría al dormitorio con el uniforme de raso negro, el delantal blanco inmaculado, y el detalle que más le excitaba entremetido en el pelo. Sabía que el día en que se marcharan de allí, los muros de Carinhall sellarían para siempre el recuerdo de algunos momentos que jamás podría olvidar un hombre mientras tuviera capacidad de recuerdo.

«Eres un tonto y un caprichoso», le decía Teresa cuando él la contemplaba antes de pedirle que se metiera en la cama desnuda y con la cofia en la cabeza para iniciar la comunicación sin palabras, el invento más inteligente de la creación. «Ya lo sé. Lo que pasa es que a los tontos nos gusta hacer tonterías».

En la bandeja todavía quedaban una decena de copas llenas, y la camarera continuó su deambular esperando a que algún invitado la solicitara.

No tuvo que andar mucho antes de que un grupo de mujeres la llamara. Se encontraban en medio del salón, entre el árbol y los sofás donde se solía sentar Goering con Hitler cuando este lo visitaba.

—Emmy, te ha quedado muy bien la decoración —comentó Erika después de coger dos copas, una para ella y otra para la mujer de Goering; las otras dos integrantes del grupo se sirvieron solas.

—Sabéis que a Hermann y a mí nos encantan estas fiestas —contaba sonriente mientras miraba alternativamente a cada una—. Es una magnífica oportunidad para juntarnos todos. Por cierto, ¿conocéis a las hermanas de Carin? —preguntó a las amigas.

—Yo sí —contestó Erika.

—Yo no.

—Yo tampoco —apostilló la segunda—. A mí me encantaría conocerlas. He oído hablar de ellas.

—Pues os las voy a presentar.

Emmy avanzó unos metros y se acercó a otro grupo donde había varias mujeres con un joven que tendría cerca de los veinticinco años de edad.

—Mirad, os voy a presentar a unas amigas. Mary y Lily eran hermanas de la pobre Carin. —Las mujeres se rozaron las mejillas entre sí, evitando mancharse con el carmín que se habían aplicado en los labios—. Él es Thomas. El hijo de Carin.

En ese momento se oyó el ruido de una campanilla exigiendo silencio. Robert Kropp tuvo que hacerla sonar varias veces para que todos dejaran de hablar. El champán había hecho mella en alguno de los invitados.

Cuando todos se callaron, Goering —que vestía para la ocasión el uniforme de mariscal del Reich y que se había colgado un buen número de medallas entre las que destacaban especialmente la de la Orden de Cruz *Pour le Mérite* y la Gran Cruz de Hierro, único alemán que había recibido tal distinción— comenzó a hablar:

—Ya sé que las mesas son demasiado ricas para nuestras sextas navidades en guerra. Por lo que os pido que deis vuestros regalos a las personas que todo lo han perdido en los bombardeos o que se encuentren privadas de las fiestas por lutos o penas. Ya sé que vosotros gozáis más, pues os conozco, dando que recibiendo. La alegría que vosotros podáis dar es mi regalo de navidades de este año.

Al terminar, y después de los aplausos con que los invitados rubricaron las palabras del anfitrión, comenzó a cantar un tenor, antiguo compañero de teatro de Emmy, la canción *Stille Nacht*, sin más ayuda que la potencia de su garganta. Ni la amplitud de la sala, ni la altura de su techo abuhardillado, ni la presencia de tantas personas eran capaces de restar un adarme a la calidad de sus tonos. A su canto, progresivamente, se fueron uniendo cada vez más voces, hasta que llegó un momento en que todos los invitados acompañaban al cantante.

Mientras escuchaba la canción, Erika no pudo reprimir el recuerdo de su padre, muerto a principios de la guerra, una remembranza siempre acompañada por la desazón eterna de no saber dónde pudo haberse quedado su cuerpo.

Teresa, que se había quedado con su bandeja llena de copas vacías, permaneció inmóvil, como el resto de sus compañeras. Ella no cantó en alemán, como todos, sino que tarareó la canción en español. Algo le decía que aquellas serían las últimas navidades en Carinhall y que las próximas la cantarían los tres, y si Dios quiere, los cuatro, pensó, en su querido y lejano Madrid.

Después de terminar el tenor con la canción, dos camareras abrieron la puerta que comunicaba el Gran Salón con uno de los cuartos de juegos y este a su vez con el Gran Comedor. Allí, en los más de cuatrocientos metros cuadrados de la estancia más grande de Carinhall, y sobre una mesa preparada con esmero y pulcritud, esperaba a todos los invitados una cena compuesta de faisán guisado con uvas, truchas rellenas con vinagreta templada de almendras, lomos de corzo con arándanos, carpas horneadas con salsa de salmón ahumado, y tarta Sacher para los postres.

Nicolette no recordaba haber pasado tanto frío en su vida como el que estaba sintiendo a bordo del avión de la RAF en el que ahora se encontraba. Era desasosegante y le impedía pensar con claridad. Sentía cómo los dientes le castañeteaban. Miraba a su compañero y lo veía mucho más tranquilo de lo que iba ella. Él parecía más relajado y sereno. ¡Quién se lo hubiera dicho! Ese viaje a Madrid le había deparado una sorpresa que jamás podría haber sospechado: otro compañero de trabajo.

Mientras solo se oía el molesto sonido de los motores Rolls Royce y el zumbido de las cuatro hélices del Lancaster, pensaba en el día en que aparecieron los primeros nazis tocando música militar por los Campos Elíseos, cuando ella era todavía una niña que no había cumplido los dieciocho años. Sintió tanta repugnancia por la situación que se prometió a sí misma hacer todo lo que estuviera en su mano para que aquellos intrusos se fueran de su país. París era suyo, no de ellos. Recordaba también la tarde que pasó con su hermano por el bulevar Des Capucines y los vio tocando en las escalinatas de la Ópera. La música era alegre, como si fuera la propia de cualquier día festivo, y no la de un invasor que había llegado a Francia devaluando la moneda, convirtiéndoles de repente en pobres, dividiendo el país en dos mitades y rompiendo su integridad, arrancándoles su cultura y prohibiendo *La Marsellesa*, negando así su identidad.

Estaba acostumbrada a que la guerra le ofreciera continuamente nuevas relaciones humanas. Si tuviera que ponerse a contar a cuántas personas había conocido en todos estos años no sería capaz de recordar ni una pequeña parte. Unos seguían. Otros muchos ya no estaban.

Su compañero le lanzó una sonrisa forzada que ella correspondió.

Marie-Madeleine, persuadida por una entusiasta y abnegada Nicolette, organizó aquella misión a pesar de estar convencida de que suponía un suicidio. Reclamó a la persona que la iba a acompañar —Jacques Truelle, el embajador en Madrid, colaboró activamente— y se encargó de que el Ejecutivo de Operaciones Especiales les diera un curso intensivo de paracaidismo. Por último, consiguió que Arthur Harris, el jefe del mando de los bombarderos ingleses, diera las instrucciones necesarias a fin de facilitar la logística aérea. Las prácticas las realizaron en un aeródromo situado al sudeste de Wissant, uno de los que los nazis utilizaban en el año 1940 para ir a bombardear las islas Británicas. Al principio, para aprender a caer y asimilar el impacto con la tierra, empezaron a tirarse al suelo desde un metro. Después, la distancia se aumentó a dos, hasta que aprendieron a caer desde casi tres metros de altura. Para ejercitarse solamente realizaron dos saltos. No hubo más tiempo para ensayar y tampoco querían correr el riesgo de una fractura o una luxación. Uno fue de

día y el otro, como sería en la realidad, de noche.

En el avión, cuya dotación era de siete personas, solo viajaban cuatro tripulantes: el piloto, el navegante, el artillero de la torreta de cola y el operador de radio; la que se entendía mínima para que el avión se hiciera al aire. Aquella no era una misión para dejar caer las ocho toneladas de bombas que podía albergar en su bodega.

Se abrió la puerta que comunicaba con la cabina y salió el radiotelegrafista que les informó:

—Todavía queda media hora —anunció en un francés relativamente fluido—. Ya estamos volando sobre cielo alemán. Esperemos que no nos hayan visto. Intentad relajaros un poco, yo os avisaré cuando llegue el momento —recomendó a los dos, que le prestaban la máxima atención.

Los franceses asintieron y se miraron, pero no se hablaron. Poco había que decir. Solo esperar. Carinhall se encontraba casi en el centro del triángulo que formaban tres pequeñas ciudades: Eberswalde por el sudeste, Zehdenick por el oeste y Templin en el vértice situado más al norte. Precisamente esta última, por ser la población de mayor tamaño y además la más cercana —la distancia con la mansión de Goering no sería superior a los catorce kilómetros—, sería el objetivo del salto.

«Relajarse —pensó Nicolette—, como si fuera tan fácil». El sonido de los motores era el único acompañamiento audible. Recordaba, con la nitidez de los momentos más marcados de una vida, la noche en que se despidió de Pascal, antes de cruzar el canal de La Mancha para embarcarse en el londinense aeropuerto de Croydon a bordo de un avión que la llevaría a Alemania. Esta empresa era mucho más peligrosa de lo que parecía porque, aunque ya no navegaban buques enemigos, sus aguas seguían infestadas de minas navales a la deriva, esos férreos, gigantescos y letales erizos de mar que no entendían de banderas ni de ideologías. Esta no era una misión como otra más. Era tan distinta que los dos supieron que quizá sería la última vez que se vieran antes de que la guerra concluyera, si es que iba a terminar algún día. Ella sabía perfectamente que la contienda no admitía la posibilidad del amor, pero sentía que necesitaba su proximidad. El que empezó siendo compañero de la Resistencia, se había convertido en su amante. Pascal estaba casado y a él le esperaban su mujer y su pequeño en Sète, muy cerca de Montpellier, en la costa mediterránea. Nunca se lo ocultó y jamás la hizo albergar la más mínima esperanza de que, cuando todo terminara, no fuera a volver con ellos. En ese sentido, Pascal había sido un caballero. Un hipócrita y un cabrón, pero un caballero. A veces pensaba que poco se diferenciaba de aquellas putas rubio platino vestidas con ropa de Révillon que paseaban con los nazis en los Bentley, se dejaban invitar a cenas de mil francos en Maxim's o en Chez Alexis e iban a las subastas en Drouot o a las carreras en Auteuil. En ocasiones era especialmente dura consigo misma, y esta era una de ellas. Pascal había significado mucho y lo consideraba uno de sus padres espirituales, aunque no se llevara con ella más de tres o cuatro años de diferencia. Compartían la misma idea de sociedad para la Europa que acabaría por imponerse; Pascal le había

hecho ver que el comunismo era lo mejor para el pueblo al que tanto se entregaba. Estaba convencida de que el futuro vendría del este y que habría que sumarse a él.

Pero, doctrinas aparte, Pascal era del tipo de hombre al que pocas mujeres podían resistirse. Y Nicolette no pudo. Las noches en su apartamento de la rue Gay Lussac —una pequeña calle que partía oblicua al bulevar Saint-Michel, en el barrio Latino—, en los primeros momentos de la liberación, allá por los lejanísimos últimos días de agosto, siempre la acompañarían como uno de esos recuerdos que perduran porque forman parte del secreto más insondable que puede albergar el alma de una mujer. Aquellas reuniones con todos los compañeros, la música, los cánticos y los bailes. Y el amor, una vez que todos se hubieran marchado. Siempre hacían lo mismo; ella apagaba la luz de la habitación y dejaba el balcón abierto de par en par desnudándose ante él. Le excitaba que Pascal la recorriera muy lentamente con su mirada como si sus ojos tuvieran la misma sensibilidad que las yemas de sus dedos. La escasa iluminación que se filtraba desde la calle provocaba que su cuerpo se convirtiera en un objeto difuso y enigmático. A hurtadillas, se metía en la cama al revés, dejando descansar los pies en la almohada, y ocultándose bajo la peculiar intimidad de una sábana que más que tapar insinuaba. Así esperaba a que él iniciara una ascensión inversa trabajando delicadamente su piel, empezando por sus piernas, sintiendo cómo su cuerpo se iba estremeciendo poco a poco con el roce paulatino de su boca, de su lengua.

Pascal no se lo tuvo que pedir más que una vez:

—Estás sudando, Nicolette —suspiró al amanecer, posando los labios sobre sus pequeñas orejas—. Vamos a abrir la última botella de champán, pero esta vez déjame que la tomemos de una manera distinta, como siempre he soñado hacer contigo, ahora que tenemos la certeza de que nadie va a molestarnos, que el mundo es nuestro y que jamás abandonaremos esta buhardilla y esta cama.

Retiró la sábana y ella se sintió como si fuera un inmenso reloj de oro engarzado con piedras preciosas en manos de un joyero que lo coloca con suavidad sobre un estuche forrado de suave seda blanca; deseó que se parara el tiempo. En el pecho de Pascal brillaba el sudor que le provocaba la reacción del calor con el alcohol que había ingerido durante toda la noche.

Tomó la botella de Dom Pérignon y la abrió ahogando el ruido del tapón con su poderosa mano, con sus fuertes dedos. En ese momento, ella ya se imaginó de qué manera quería tomar el champán y, sin saber el porqué, experimentó placer al sentirse como una prostituta del Folies o del Mayol. El primer contacto con el líquido la hizo estremecerse una vez más, pero mucho más aún cuando sintió el contacto de los labios de Pascal en su ombligo. Nunca antes la había besado en ese lugar y descubrió una nueva sensibilidad que se entremezclaba con las caricias de las burbujas.

Un par de fuertes palmadas la hicieron regresar repentinamente a la realidad con

más fuerza que si la hubieran golpeado con la botella de champán que había aparecido en su recuerdo.

—Vamos, quedan muy pocos minutos —anunció el operador de radio, en inglés, olvidando por unos instantes que los dos únicos pasajeros del avión no entendían su idioma.

Tanto Nicolette como Antoine se pusieron de pie como si los hubieran espoleado en el trasero. Marie-Madeleine había elegido a Antoine para una misión tan trascendental porque sabía de la lealtad de ese hombre. Viudo desde hacía más de doce años, había criado él solo a sus dos hijos, pero los nazis los mataron en una redada entre estudiantes muy pocos días antes de la liberación de París, y tenía la certeza de que no había nadie más comprometido con la causa que todos aquellos que habían perdido a familiares directos. Por Jean-Claude Ansart sabía que había insistido en numerosas ocasiones en ser llamado para la acción. «Ellos han dado todo por Francia —recordó Jean-Claude que una vez le contó el hombre entre lágrimas—. A mí no me queda nada más en este mundo por lo que luchar a parte de mi país». Si alguna vez podía haber entrado en algún plan, siempre acababa siendo descartado por su edad. En esta ocasión su absoluto dominio del alemán determinó su participación en la misión.

En ese momento, se encendió una bombilla que había junto a la puerta de salida. Era roja. El operador de radio, que tenía experiencia en saltos, enganchó el mosquetón de su arnés a una barra horizontal que recorría longitudinalmente el interior del avión.

—Ahora, voy a abrir la puerta —explicó, volviendo al francés, casi chillando—, coged cada uno lo vuestro y enganchad estos anclajes —señaló los mosquetones de los dos paracaidistas— a la barra. Cuando abra la puerta no podremos hablar. No sé si notaréis que hemos disminuido la velocidad —evidentemente, ni Nicolette ni Antoine lo habían percibido—. Ahora vamos casi a cien millas por hora, al filo de la velocidad de sustentación. Hemos descendido mucho porque si no, no podríamos volar tan lentos, vamos a menos de mil pies. El navegante nos dirá cuándo podéis saltar. ¿Alguna duda? —Los dos negaron con la cabeza—. ¡Vamos!

Tantas explicaciones técnicas y de navegación solo habían contribuido a incrementar el nerviosismo de Nicolette y Antoine; sin embargo, los dos obedecieron las instrucciones y la mujer asió una mochila y el hombre una maleta donde llevaba el transmisor.

Cuando el operador de radio abrió la puerta, el ruido se volvió infernal y la ola de frío que recibieron se asemejó a una bofetada dada con una colosal mano de hielo. Tal y como había adelantado el radiotelegrafista, no tenía sentido hablar porque no hubieran escuchado nada.

Miraban con expectación nerviosa la luz roja. Esperaban el momento en el que cambiara de color y no sabían cuánto iba a tardar. Nicolette, con el brazo izquierdo, agarraba la bolsa con fuerza contra su pecho —aunque la llevaba unida por una

cuerda para evitar perderla en el salto—, mientras que en la derecha sujetaba el arnés que era guiado por la barra del techo. El sistema de salto era el que llamaban «automático», mediante el cual el paracaídas se abriría sin que ella tuviera que tirar de ninguna anilla.

Antoine sería el primero en saltar, así lo habían acordado con anterioridad. Ella lo seguiría. Dejó de mirar la luz roja y volvió la cabeza hacia la inmensidad negra y peligrosa que se abría ante ella a través de la puerta del avión.

¡Verde! Se había apagado la bombilla roja y se había encendido la que se encontraba a su lado mostrando un verde intenso y fuerte.

—¡Vamos! —bramó el soldado.

Antoine se lanzó con la maleta sujeta a su pecho. Perder la maleta, y con ello la comunicación, hubiera sido tan desastroso como tirarse al centro del océano.

Nicolette le vio lanzarse y sabía que le tocaba a ella.

—¡Vamos! —volvió a rugir el militar.

Avanzó unos centímetros y cometió el gran error: mirar hacia abajo. En ese momento comprobó que no veía nada, que era como si se encontrara en el borde de un pozo negro como las dudas que ahora habían anidado en su cerebro.

El hombre sabía que la reacción de la chica era algo habitual en los debutantes, pero un retraso en su salto podía poner en peligro la misión en la que exponían su vida varias personas. Su compañero ya estaba en el aire. Ahora, era su turno. Por ello, y sin pensárselo dos veces —cada segundo que transcurría, a la velocidad que llevaba el avión, significaba que el punto de caída entre cada uno de los paracaidistas al llegar al suelo distaría cuarenta y cuatro metros—, la empujó con fuerza hacia el exterior.

A pesar del ruido atronador, el operador de radio pudo escuchar el chillido que Nicolette lanzó al cielo enemigo.

Con dificultad, cerró la puerta y volvió a la cabina. Una vez que tomó asiento, los treinta y dos metros de envergadura de la aeronave comenzaron a inclinarse. Habían iniciado el viraje que los conduciría de regreso al suelo inglés desde donde habían partido.

Käthe Ostertag vivía en el segundo piso de un majestuoso edificio de principios de siglo que se asomaba al norte de la inmensa Alexanderplatz. El viaje había constituido un horroroso peregrinaje en el que se habían sucedido las escenas de horror que nunca se veían en Carinhall. Aquello era el mundo feliz. Ni en la mansión ni en las miles de hectáreas de la finca se verían jamás casas destruidas por un bombardeo enemigo, ni puentes destrozados, ni coches carbonizados abandonados en la cuneta, ni niños con la mano abierta extendida pidiendo a los pocos coches que pasaban, ni algo que significara derrota. Por eso a Erika le gustaba salir de allí y tomar verdadera conciencia de lo que estaba sucediendo. Caminando por las galerías y admirando las obras de arte que decoraban unas paredes donde ya no había lugar para colgar un cuadro más, o sentándose en un sillón tan mullido que parecía ocultar a su ocupante, nadie pensaría lo que todos creían pero nadie reconocía, que la guerra estaba perdida sin opciones de que cambiara de signo. Y para colmo, la batalla que se libraba en el bosque de las Ardenas estaba resultando un fracaso, una nueva frustración. Aunque no se había comunicado en medios oficiales, el doctor Goebbels bien se cuidaba de ello, ella sabía, por Günther, que el ejército del mariscal de campo Gerd von Rundstedt —quien se había opuesto frontalmente a llevar a cabo esa acción militar, pero que no tuvo más remedio que acabar accediendo ante la tozuda posición de Hitler, que pretendía con la operación dar un golpe moral al ejército aliado— estaba cediendo kilómetros ante la ofensiva de Patton.

No había posibilidades de que la guerra diera un giro favorable. Ninguna.

Una sirvienta muy seria le abrió la puerta invitándola a que se sentara en una salita que recibía la iluminación a través de un gran ventanal que no había recibido todavía impacto alguno.

—Enseguida la aviso —indicó la mujer, a la vez que hacía una ligera reverencia.

No tuvo que esperar mucho para que apareciera Käthe. Algo más joven que Erika, había nacido en la ciudad universitaria de Heidelberg. La mayor y única mujer de los seis hijos que tuvo su madre se había desvinculado de su familia desde que se casó, hacía tres años, con el mayor Hans-Erich Ostertag. No tenían descendencia, algo que no dejaba de recordarle toda su familia, quizá por eso procuraba no tener con ellos mucha relación. A pesar de su apariencia, menuda y delicada, Käthe era una mujer con mucho carácter. Su cara era extremadamente fina y sus facciones estaban dotadas de las proporciones perfectas. Incluso la pequeña verruga que sobresalía encima de sus labios le otorgaba un cierto rasgo añadido de personalidad, rompiendo la uniformidad de un cutis liso e inmaculado.

Erika supo que sería la compañera perfecta para su plan y entre las dos lo prepararon, asignándose cada una su rol. El único problema que veía la mujer del

Oberst era la extraordinaria similitud que mantenía con ella, no solo físicamente, sino también por la fuerte personalidad que siempre mostraba. Alguna vez había pensado en los imanes y en lo que le pasaba a los polos del mismo signo.

Su marido había estado destinado en Italia, concretamente en Roma, durante gran parte de la guerra y, después del repliegue alemán de la capital italiana, se encontraba en Leipzig, en labores logísticas. Había tenido suerte. Sus responsabilidades habían estado alejadas de los grandes frentes mortales en los que luchaba su ejército.

—¿Qué tal el viaje?

Erika se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Venir a Berlín no es precisamente algo agradable.

—Ya lo vi el otro día, cuando fuimos Hans-Erich y yo a la fiesta de Nochebuena.

Se hizo un silencio entre las dos que rompió la anfitriona.

—¿Te apetece tomar algo?

—¿Tienes té?

—Algo debe de quedar. Vamos a preguntar.

Cogió la campanilla que se encontraba junto al teléfono y la hizo sonar. Al momento, la sirvienta se presentó en la salita.

—Sí, señora, todavía queda para unos días. Estamos esperando que nos traigan el suministro —respondió.

El semblante de la mujer no le pasó desapercibido a Erika.

—¿Esta por qué está así, si siempre ha tenido una cara risueña?

—Su marido —fueron las dos únicas palabras que pronunció Käthe.

—¿Ha...?

Asintió con la cabeza.

—¿Dónde estaba?

—Ha sido en Hungría. Se enteró ayer. Me ha dicho el nombre de la población, pero no lo recuerdo.

Cuando entró portando la bandeja con las dos tazas de té, la tetera y el azucarero, las dos mujeres mantuvieron un silencio que se convirtió en cortante. El suave sonido del choque del líquido en el interior de la taza se convirtió en el protagonista único. Todas sabían por qué nadie hablaba.

Al terminar, y tras una reverencia, giró y emprendió la vuelta a la cocina. En ese momento, Erika se dirigió a ella:

—Oye... —no sabía cómo se llamaba—, un momento.

La sirvienta se paró y miró extrañada cuando vio que la invitada le hablaba.

—Me acabo de enterar de lo de tu marido.

Los ojos de la mujer se fueron empequeñeciendo hasta estallar en un llanto que no encontró consuelo ni en el fuerte abrazo que le dio, a pesar de no haberla visto más que en tres o cuatro ocasiones.

Permanecieron abrazadas durante unos instantes hasta que la sirvienta se apartó y miró muy fija a los ojos de Erika.

—¿Usted cree que habrá servido de algo? —preguntó entre sollozos.

—Claro que ha servido. Todos los alemanes tenemos que estar dispuestos a entregar lo más hermoso que poseemos por nuestro Führer. ¿Entiendes...?

—Berta —añadió, entre gemidos.

—Berta —declaró solemne—, tienes que estar muy orgullosa del ofrecimiento que ha hecho tu marido. ¿Entiendes lo que quiero decir?

La mujer asintió entre lamentos.

—Yo también me siento muy orgullosa de ti. Y ahora, si te parece, vamos a rendir un último homenaje a tu marido.

Erika se separó medio metro de ella y levantó enérgicamente su brazo derecho ordenando:

—Grita conmigo: *Heil Hitler!*

La camarera, que no se podía haber imaginado eso, se retiró otro tanto e imitó la acción que acababa de realizar la invitada sin dejar de mirar al suelo:

—*Heil Hitler!*

—Muy bien, Berta, pero más alto, mucho más alto, ¡vamos!

—*Heil Hitler!* —Erika chilló todo lo fuerte que le permitieron sus cuerdas vocales. Se asombró ella misma de su potencia de voz.

—¡Heil Hitler! —Correspondió la camarera.

Parecía que las dos mujeres se habían fatigado con la demostración de patriotismo.

—¿A que te encuentras mejor ahora?

Berta no contestó. Solo se escuchó decir con un hilo de voz:

—Con su permiso...

Y sin esperar a tenerlo, se dio la vuelta y se perdió correteando por el pasillo.

Al sentarse, Erika negaba con la cabeza.

—Sabes que estoy contigo, Käthe. Tenemos que acelerar esto —concluyó en voz muy queda.

La anfitriona se había quedado sorprendida por el comportamiento de su amiga. No la conocía lo suficiente y le dio miedo tener como compañera del viaje tan singular que estaban dispuestas a afrontar a una mujer que se podía comportar así.

—Realmente, Erika, ¿crees que ha llegado el momento?

—Es evidente. Estamos perdiendo en todos los frentes. Al ejército no le puede quedar mucho más aguante. Yo calculo que en un par de meses Berlín será oprimido por la tenaza que formarán el Ejército Rojo y los aliados. Dos meses, como mucho, y creo que estoy exagerando —se ratificaba.

Käthe se quedó pensativa. Antes también, pero ahora, que el momento ya se iba acercando, según le contaba Erika y por todos los indicios, le asaltaba la duda. Esta vez no se le iba a callar.

—Erika, a veces pienso que a tu marido y al mío no les va a pasar nada.

—¿Qué quieres decir? —Sabía lo que quería decir, pero le sorprendió que su amiga vacilara al lanzar esa afirmación, así que quiso buscar la confirmación.

—Que cuando la guerra se acabe los que la ganen no van a construir cárceles para encerrar a millones de alemanes. Solo irán a por los más representativos: el Führer, Goebbels, Rosenberg, Keitel, Goering, por supuesto; pero no creo que busquen a los que ostentan el cargo de mayor, como Hans-Erich, ni siquiera a los que son coroneles, como tu marido.

Era la incógnita que siempre acechaba a Erika. Efectivamente, en parte estaba de acuerdo con ella. Nadie dudaba de que la pirámide de mando había engordado en su parte superior —siempre pensó que una guerra era una magnífica oportunidad para ascender rápido—, pero nadie podía saber en esos momentos hasta qué grado llegaría la exigencia de responsabilidades por parte de los aliados. Conocían de las deportaciones de los judíos, de la existencia de campos de prisioneros, habían oído hablar de la confiscación de los bienes de mucha gente, Günther le había hablado de los ataques a la población civil; también intuía el expolio artístico que estaba llevando a cabo el Tercer Reich. No, no había razones meramente militares. A ninguna de las dos se les escapaba que había otros factores determinantes como para exigir a los perdedores unos compromisos que excedían a los meramente castrenses. Además, si la decisión la tenía que tomar Stalin...

Pero había otro punto que no quiso precisar a Käthe. Para ella, fundamental. Y no era otro que la desigualdad entre Hans-Erich y Günther. Por sus empleos, ambos pertenecían a la escala de jefes, pero mientras el primero, como mayor, se encontraba en el rango más bajo, su marido ocupaba el más alto, el inmediatamente anterior al generalato. Esa diferencia podría ser crucial en el momento en que las armas dejaran de sonar. Precisamente para eso trabajaba ella, para que su marido no las volviese a escuchar. Entre ellos había miles de militares, y el corte, la línea que separaba a los que mandaban de los que cumplían órdenes, era la gran duda que acuciaba a todos los que estaban por encima de la escala de tropa.

Sí, la relación simbiótica entre las dos mujeres tenía que comenzar a funcionar. Una pondría las relaciones y parte de la logística, la otra el dinero.

—Sí, Käthe, tenemos que empezar ya.

Después de seguir hablando durante una hora más para concretar todos los detalles, ambas mujeres se despidieron.

—Erika, ¿cuándo me vas a poder decir algo?

Se quedó pensativa.

—Este viernes es el cumpleaños de Goering y va a organizar una de las suyas.

—¿Ahora una fiesta?

Erika frunció la cara.

—Tendrá que ser la semana próxima. El problema es tener que venir.

—Lo del teléfono...

—¡Jamás! —cortó Erika—. Ni se te ocurra. Me consta que todas las llamadas que se realizan desde Carinhall, o que se reciben allí, son escuchadas. Los del *Reichspost* son unos delatores. Si no fuera así, no se entendería que hubiera tanta gente trabajando en la centralita. No, el teléfono ni hablar. Además, ni siquiera para quedar. Tendrás que esperar a que vuelva.

—Pero ¿no me puedes decir ni una fecha aproximada?

—No sé —dudó, apretando los labios—. ¿La semana del domingo veintiuno, quizá?

—Espero para esa fecha tener algún adelanto. Por cierto —chascó los dedos—, imagino que tendréis fotos, tuya y de Günther, ¿no?

«Fotos —pensó Erika—, fotos, ¿por qué iba a tener yo fotos?». Negó con la cabeza.

—Pues es lo primero que hay que hacerse.

No contestó. Se acercó a Käthe y le dio dos besos.

—Te acompaño.

Después de casi tres horas de viaje —cualquier desplazamiento en Alemania se había convertido en toda una aventura; además, en el de regreso se fijó, no sabía si antes también estaban, en dos hombres vestidos de paisano colgados de uno de los improvisados cadalsos que construían los SS—, el BMW llegó a Carinhall cuando quedaban minutos para vivir un nuevo drama.

Tras atravesar la puerta de entrada y haber enfilado el Camino de los Castaños, el vehículo la dejó junto al edificio del Oficial de Servicio, que parecía una prolongación del ala de la biblioteca.

Al bajarse se encontró a Emmy paseando, acompañando a Edda, que montaba en su bicicleta. A varios metros por detrás iba una de las ayas que cuidaba de la niña.

—¡Ay, Emmy, qué pesado es ir a Berlín!

—¿Has tenido que ir? Yo hace mucho que no voy a Leipziger Platz, por lo menos desde antes de Navidad.

—Pues te puedes imaginar... Lo que pasa es que mi madre no se encuentra muy bien.

—¿Qué le pasa?

—Mira, Emmy, la edad. Yo creo que es la edad. Pero vamos, nada importante.

—¿Y Ursula?

No se esperaba la pregunta.

—Bien también, gracias. Están las dos bien.

La alarma de ataque aéreo parecía que había sido diseñada por un loco. Como si de una prueba se tratara, comenzaba con una débil señal que duraba dos o tres segundos para pasar, bruscamente, a ulular con un chillido agudo desquiciante.

Las dos mujeres se quedaron quietas e instintivamente miraron al cielo, algo que era inútil allí porque la espesa vegetación impedía verlo con claridad.

Súbitamente, Emmy arrancó a Edda de la bicicleta y la cogió en brazos. Se puso a

correr rumbo hacia la parte oeste del ala de la biblioteca. Se les unió la niñera. En ese momento llegó corriendo un soldado que se echó a la espalda el MP 34, el fusil de asalto reglamentario de todos los centinelas de Carinhall, y cogió a la niña de los brazos de su madre.

—¡Vamos, déjeme a mí!

Erika vio cómo las cuatro personas corrían hacia el final del ala y giraban por el parterre de rosas hacia la entrada del bunker del Reichsmarschall. Ella se tiró al suelo y comenzó a escuchar el tableteo que atronaba desde las baterías antiaéreas que se encontrarían a ciento cincuenta metros de su posición.

Allí, en soledad, tirada en el suelo entre las hojas secas de los castaños, maldijo todo lo que pasó por su mente. «Y encima, unas fotos —le vinieron a la cabeza las últimas palabras que había cruzado con Käthe—. ¿Dónde nos hacemos Günther y yo unas fotos para un pasaporte?». ».

Nicolette y Antoine llevaban dos días en suelo alemán. El salto había constituido un éxito y la caída resultó mucho más suave que en las pruebas que habían realizado en el aeródromo.

Nicolette había interiorizado perfectamente los primeros movimientos que tenía que llevar a cabo al llegar al suelo. Lo primero que hizo al levantarse después del impacto inicial fue tirar de las cuerdas que la unían con la tela. La dobló y se quitó el arnés —le enseñaron que tenía que llevar ese orden porque si en el momento de quitárselo llegaba una racha de viento, el paracaídas podría hincharse y, sin el lastre del cuerpo, desplazarse varios metros y delatar su presencia, peligro que no podía asumir ni de noche—. Posteriormente, intentó orientarse. Había caído sobre una extensión de terreno muy amplia y solo podía distinguir la silueta de unas colinas lejanas, las mismas que reconoció mientras descendía, «cuando me tiró el cabrón ese», pensó. Por tanto, era lógico que Antoine se encontrara justo en la dirección opuesta.

Cargada con el paracaídas y la mochila, inició la búsqueda de su compañero. Recordaba que le habían contado la distancia que mediaría entre dos objetos que se tiraban de un avión en vuelo e intentó calcular cuántos segundos pudo tardar. Mientras se arrepentía de haber tardado tanto en lanzarse y, en consecuencia, haber incrementado la distancia entre ambos, calculó que tendría que recorrer casi doscientos metros para reencontrarse con Antoine, y de noche, lo que le produjo cierto desasosiego.

No tenía otra alternativa. Menos mal que habían tenido suerte con la orografía de la zona y se encontraba sobre una superficie lisa, un campo de cultivo.

Llevaría andando no más de cinco minutos cuando distinguió una silueta que comenzaba a emerger en la oscuridad como si fuera una aparición. No había duda.

—¿Qué tal estás? —fue lo primero que preguntó Antoine, cuando se encontraban a menos de diez metros—, ¿te has hecho daño?

Sin mediar palabra, Nicolette se abrazó al hombre y, presa del nerviosismo, le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Lo hemos conseguido, Antoine!

—Tranquila, chiquilla, ¿lo dudabas?

La pareja se abrazó y el hombre vivió un momento especial al poder transmitirle algo de seguridad. Él también sabía que incluso los grandes líderes tenían momentos de debilidad. Nicolette no iba a ser la excepción.

Lo primero que hicieron aquella noche fue buscar un lugar donde poder instalarse. Tenían noticias de que la campiña del norte de Berlín se encontraba llena de casas de campo vacías. Unas, por ser de judíos que se habían visto obligados a

emigrar, otras, porque sus dueños habían preferido trasladarse a otro lugar menos expuesto que las cercanías de un blanco tan señalado para el ejército aliado. Lo cierto era que tenían que buscar un lugar donde poder pasar la noche.

Tuvieron suerte. A menos de un kilómetro de Templin —según calculó Antoine— encontraron un establo con una pequeña vivienda aneja. Estaba vacía, y por el aspecto parecía haber sido saqueada. Las camas no tenían ni siquiera colchones, y los cajones de los muebles y aparadores se encontraban abiertos y vacíos. Por supuesto, no había comida, pero era suficiente; ninguno de los dos era tan ingenuo como para pensar que se iban a encontrar con una alternativa mejor. En vez de la casa, eligieron el establo pensando que podrían pasar más inadvertidos.

Por la mañana, mientras Nicolette se quedó en el interior, Antoine se marchó al pueblo para buscar la información que necesitaba. El primer día no la consiguió, pero sí el segundo.

—Mira, Nicole —explicó mientras entraba en la cuadra—, ya me he enterado.

La chica le ofreció unos tomates que había encontrado.

—¿De dónde los has sacado?

—He estado dando una vuelta por los alrededores y los he cogido de una pequeña huerta.

—Pero Nicolette, te dije que no salieras sola.

—No me llames Nicolette, y que sepas que sé alemán —le recriminó, levantando el mentón.

—Sí, lo hablas muy bien, pero tienes mucho acento.

—Pues nunca me lo habían dicho.

—No te lo habían dicho porque hablabas alemán en Francia, pero aquí se te nota mucho el acento. Lo mejor es que no arriesgues. Además —hizo un alto y miró su pelo—, eres pelirroja.

—Ya sé que soy pelirroja, ¿qué pasa?, ¿no hay pelirrojas en Alemania?

A Antoine le impacientaba el carácter tan díscolo de la chica.

—Nicole, sí hay pelirrojas, pero no muchas. Ya sabes que si te preguntan, tienes que decir que eres hija de prusiana. ¿Vale?, y por favor, no salgas sola.

—Haré lo que quiera. Además, tú no eres mi padre.

Aquella afirmación caló al hombre en lo más hondo. Nicolette se dio cuenta y se arrepintió de lo que acababa de decir. Optó por no disculparse y continuar con la conversación que había tomado tintes de discusión.

—A ver, ¿qué has averiguado? —indagó, ya más tranquila, sentándose en una de las pocas sillas que habían dejado los salteadores. Aprovechó el momento para limpiar en su manga la piel de un tomate y comenzar a comérselo.

—Me han dicho que como mucho cada tres días va un camión desde Carinhall al pueblo para realizar la compra de víveres. Normalmente llegan media docena de personas, siempre un hombre que parece ser un administrador, el conductor y un grupo de mujeres del servicio. He preguntado si a alguno le sonaba que fuera una

española, pero ninguno la recuerda. Parece ser que hablan muy poco y que entran en las casas y compran todo lo que necesitan. Luego, ese administrador es el que hace las cuentas.

—¡Vaya cuentas serán! —supuso Nicolette.

—No pregunté, evidentemente. Lo importante es que no estuvieron ni hoy ni tampoco ayer. Por tanto, lo más probable es que vengan mañana. —Antoine afirmó con la cabeza.

—¿Mañana entonces?

—Sí, mañana puede ser el día —terminó por decir el hombre, que jamás había imaginado que, a su edad, a sus más de sesenta años, iba a estar realizando una nueva misión en el suelo enemigo de un país en guerra.

Según los planes que habían contado a todo el personal de servicio, a pesar de la situación de la guerra y de la proximidad del Ejército Rojo, el Reichsmarschall tenía previsto festejar su cumpleaños con una gran reunión en la cual se darían cita una parte importante de la sociedad berlinesa, que, como muchos en Alemania, parecía ajena a la realidad más ineludible de la guerra.

Por ello, todos los asistentes tenían que preparar el acontecimiento que se iba a celebrar al día siguiente, y en el que no faltaría, como era costumbre, una gran cantidad de comida. El que los alimentos escasearan, incluso en los hospitales, no era óbice para que en Carinhall no faltara un buen pescado fresco, la carne más sabrosa, frutas y verduras recién arrancadas de la tierra y la mejor bodega que se pudiera encontrar en toda Alemania. El dinero era el último problema para dotar a la mansión de cuanto necesitara.

Theobold, uno de los responsables de la intendencia, un prusiano que conocía a Goering desde mucho antes de que se construyera Carinhall, era un hombre enormemente exigente en la elección de las viandas que se adquirirían para alimentar el inmenso estómago de la mansión y para saciar la capacidad devoradora de sus moradores e invitados.

A las nueve de la mañana, una vez hubo clareado el día, Theobold, con su mentón hundido hacia dentro y sus características orejas pequeñas y pegadas a la cara, bajó a la cocina y habló con Brunhilde, la cocinera jefe. Teresa —que se había quedado temporalmente sin marido, una vez más, por un nuevo viaje de este a Obersalzberg— se encontraba secando los cacharros del desayuno.

—¿Crees que nos tocará hoy?

—Seguro —convino Gertrud—, están preparando el cumpleaños de Goering y van a necesitar mucha ayuda.

—¿Otra fiesta?

—Parece mentira que lo preguntes. ¿Cuántos años llevas aquí, Teresa?

—Toda mi vida —respondió, más que suspirando, mostrando un rostro de resignación.

—Entonces no debería extrañarte.

—Ya lo sé. Lo que veo es que, por las pocas noticias que llegan... no sé, no creo yo que estén para seguir celebrando fiestas.

—Tampoco te hagas muchas preguntas, Teresa —sugirió Gertrud, mientras secaba una cafetera con un trapo deshilachado—, aquí no estamos para valorar nada sino para obedecer.

—¿Qué has dicho que no estamos?

Teresa no había entendido la última frase que le había dicho Gertrud, a pesar de

que esta se esforzaba por emplear palabras sencillas.

—Teresa, decía que aquí estamos para obedecer, como hacen los soldados en el frente. ¿A que sí?

—Teresa, Gertrud —rugió Brunhilde—, venid vosotras también.

Las dos mujeres se miraron y, casi al unísono, se quitaron los delantales y se unieron al grupo de cocineras y mujeres del servicio que se estaban preparando para salir al exterior.

Sobre los conjuntos de chaqueta y falda larga blancas que llevaban todas como uniforme, se pusieron los abrigo y fueron subiendo a uno de los dos Opel Blitz que los estaban esperando en la explanada de la entrada secundaria del edificio, la que se situaba más al norte, a muy pocos metros de las aguas del Großer Döllnsee, justo enfrente del área donde residía el personal subalterno.

Como no era la primera vez que sucedía, en el asiento que tenía delante —en el interior del camión había dos filas de bancos corridos enfrentados entre sí— se sentó Alfred, uno de los asistentes personales de Goering, que no perdía la oportunidad para mirar a Teresa de arriba abajo. Ella se había acostumbrado, pero no podía evitar sentirse incómoda por la expresión de su cara y la persistencia de su mirada.

Gertrud, que se dio cuenta de la situación, no perdió la ocasión para meterse con él:

—Alfred, ten cuidado con los ojos, que te vas a quedar bizco.

Todas las mujeres que viajaban con ellos soltaron una carcajada excepto Teresa, que no terminó de entender qué le pasaba a los ojos de Alfred. Por si acaso, esgrimió una tímida sonrisa para no desentonar con el resto.

Después de recorrer el Camino de los Castaños y atravesar la caseta de los vigilantes de la entrada, el camión en el que viajaban Teresa y Gertrud comenzó con el fuerte traqueteo que producían los baches y las grietas que se abrían en la carretera.

Tardaron veinte minutos en llegar a la plaza de Templin, donde esperaban la llegada de los camiones como el maná en el desierto. Casi sin que estos se hubieran llegado a detener, muchos de los habitantes comenzaron a salir de sus casas y de sus establos con cestas de frutas, verduras, legumbres... Otros se fueron directamente a por las mujeres que viajaban en la pequeña expedición y las agarraron atrayéndolas hacia sus casas para enseñarles las mercancías que guardaban.

Teresa se bajó del camión, ayudada por un baboso Alfred que seguía atento al más mínimo contacto que pudiera tener con ella. Esta vez le ofreció su mano para que se apoyara en el estribo trasero del vehículo. Al bajar siguió a Brunhilde, que había requerido su presencia junto a otra compañera.

La irrupción del personal de Carinhall, es decir, la presencia del dinero, había despertado el interés de todo el pueblo, de los pocos comerciantes que quedaban, y de un hombre y una mujer que, junto a un carro con estiércol, permanecían atentos en una de las esquinas de la plaza, cerca de unos soportales. Se miraron y Antoine hizo un gesto con la mano a Nicolette para que esperara. Con un viejo abrigo que había

encontrado, y cubriéndose la cabeza con un gorro, se encaminó hacia uno de los grupos que habían bajado del camión. Lo siguió con la mirada y pudo ver que hablaba con una de las mujeres que formaban un grupo con otras dos y con un hombre. Los cuatro estaban rodeados de varias personas del pueblo que les estaban mostrando una jaula con gallinas en su interior.

Nicolette no era supersticiosa, pero aun así cruzó los dedos deseando que Antoine tuviera suerte. Los segundos que tardó la señora con la que hablaba Antoine en señalar a un grupo de tres mujeres que se metían por una de las calles que salían de la plaza se le hicieron eternos. El hombre miró a Nicolette e hizo una seña con la cabeza, indicándole que le siguiera. Ella cogió una banasta con huevos que habían robado el día anterior y a paso rápido se unió a su compañero.

No podía creer que se encontrara a tan poca distancia, a muy pocos metros ya, de la nuera del hombre aquel que vio en Madrid en compañía de Jean-Claude hacía tan solo tres semanas. Notaba cómo su respiración se agitaba y le parecía que el corazón iba a salir de su pecho en estampida. Cuando la pareja se acercó al grupo, Antoine llamó a una de las mujeres y le ofreció la cesta de huevos que portaba Nicolette que, según habían convenido, no iba a hablar hasta que llegara el momento. Antoine tenía miedo de la reacción que pudieran tener las mujeres al escuchar el acento de su compañera.

La señora con la cual Antoine cruzó unas palabras le dijo que no, que no eran huevos lo que ellas estaban buscando, sino un lugar donde les pudieran vender pescado de río. El hombre jugó su baza:

—Estos huevos que traemos mi hija y yo son tan buenos que parecen españoles.

La mujer se quedó mirando con cara extrañada por la comparación tan absurda, a su entender, que acababa de escuchar. Sin embargo, la morena que iba un metro por delante, al oír, aunque fuera en alemán, algo relacionado con España, volvió la cabeza. En ese momento, Nicolette y Antoine se dieron cuenta de que habían encontrado su objetivo.

No lo dudaron, y Antoine se dirigió hacia ella, dejando que la primera mujer continuara andando junto a la que iba en cabeza, que parecía ser quien dirigía al grupo.

—Señora —advirtió Antoine en español, utilizando los conocimientos que había adquirido del idioma durante el tiempo que estuvo trabajando en Salustiano Olózaga y, bajando el tono de voz, prosiguió—: estos huevos son muy buenos. Los hemos traído desde España para usted.

Cuando escuchó las primeras palabras en su idioma —aunque con un fuerte acento extranjero— no pronunciadas por su marido se quedó inmóvil.

Antoine sabía que contaba con muy poco tiempo y no lo podía malgastar:

—Teresa, tenemos que hablar urgentemente con usted. Somos franceses y la

necesitamos.

Miró alternativamente y con congoja a ambos lados y, confusa, descubrió que le costaba trabajo hablar. Su boca, muda por la incertidumbre y el desconcierto, tembló como si tuviera un acceso de frío repentino.

—¿Quiénes son ustedes?

—Nosotros somos personas que necesitamos su ayuda para acabar con los nazis —detalló Nicolette en francés, siempre con la solemnidad como bandera e imaginando la pregunta que le acababan de formular en español.

Teresa la miró extrañada, sin comprender ni una palabra de lo que había escuchado. Antoine se dio cuenta y siguió en español:

—Teresa, mi compañera y yo queremos hablar con usted —miró a las otras dos mujeres que iban andando calle arriba—, tiene que ser con tranquilidad pero cuanto antes. ¿Podríamos verla a solas?

—¿Por qué tendría que hablar con ustedes?

Los dos franceses se miraron. Antoine le hizo una seña a su compañera para que jugara su baza.

—Por esto —determinó Nicolette en francés, mientras sacaba una carta de debajo de su jersey.

Con impaciencia e imaginando, por una disparatada asociación de ideas, algo familiar, abrió la solapa del sobre y comprobó su contenido. No lo podía creer: ese papel, esa grafía, esas palabras. Leyó atropelladamente el texto y miró muy fijamente a Nicolette.

—¿De dónde lo han sacado?

—¿Francés, alemán, ruso? —preguntó Nicolette, pronunciando cada palabra en su idioma.

—Alemán —precisó en esa lengua, volviendo, en el único idioma que parecían conocer las dos, a preguntar cómo se habían hecho con esa carta.

—Nos la dio Mateo. Tranquila, se encuentra bien —le sonrió para intentar inspirarle un mínimo de tranquilidad—, estuve con él en la Cava Baja a finales de año, en su casa, en la tuya y de Luis.

Eran demasiados detalles. Saber que en Carinhall había una española no era un dato muy complicado de conocer, averiguar que era la mujer de Luis, «el restaurador español», como lo conocían muchos, tampoco era muy difícil; ahora bien, el nombre de Mateo era imposible que lo supieran. Si no imposible, muy difícil. «¿Quiénes serían esas dos personas?», pensó.

Brunhilde se volvió y gritó:

—¡Teresa! —vociferó, mientras la llamaba con la mano.

Antoine comprendió el problema.

—Rápido, di que no con la mano y luego coméntales que nos hemos puesto muy pesados ofreciéndote los huevos. Pero, por favor, dinos ya cómo te podemos ver.

Después de mirar alternativamente a ambos, no dudó en contestar:

—Libro pasado mañana por la mañana. Puedo intentar encontrar un coche que me traiga aquí. Espérenme en la plaza. No sé a qué hora apareceré, pero haré todo lo que esté en mi mano por llegar.

Y diciendo estas últimas palabras, y después de ocultar la carta bajo la cesta vacía, negó con la mano y se giró para continuar andando por la calle e intentar alcanzar, apretando el paso, a sus dos compañeras.

Al llegar junto a ellas les contó que un padre y una hija se habían puesto especialmente insistentes con una partida de huevos de gallina que le querían vender.

—¿De dónde era esa pelirroja? —se interesó Brunhilde.

Teresa se encogió de hombros.

Al cabo de dos horas, con algunos carros que se habían procurado para cargar la comida que habían comprado, todo el personal volvió a subir a los camiones para iniciar el camino de retorno a la mansión.

Dentro del camión Teresa se volvió a sentar en el mismo lugar que había ocupado anteriormente, al lado de su amiga. Una vez que se hubieron acomodado, Gertrud le preguntó:

—¿Qué tal?

—Bien, nada especial. —Era evidente que no iba a contar a nadie el encuentro que había mantenido con aquellas dos personas desconocidas.

El convoy llevaría menos de cinco minutos circulando cuando notaron cómo se apartaba del camino —los baches aumentaron de intensidad— y aminoraba la marcha hasta pararse. Provenientes del exterior, escucharon unos gritos que Teresa no entendió. Parecía que afuera había gente discutiendo agriamente.

Con violencia, un soldado descorrió la cortina y les hizo señas, con la MP 40 que portaba, para que salieran todos del interior del vehículo.

—¡Vamos, deprisa! —Alcanzó a entender.

Las dos mujeres se miraron, pero no dijeron nada. Ellas, como todos los que integraban la expedición, intuían qué era lo que podía suceder.

Al bajar del camión confirmaron sus sospechas. Delante de unas hayas había tres soldados vestidos con uniformes muy sucios y sin identificativos de empleo. Iban sin gorra ni casco y se encontraban perfectamente alineados. Frente a ellos se había formado un grupo de quince soldados. Un oficial llamó a todos los que habían llegado en los dos vehículos y les indicó, con aspavientos, que se situaran junto a unos soldados que se habían apeado de otro camión que también había pasado por allí.

El que mandaba se aseguró de que todos los que habían sido obligados a parar estuvieran mirando hacia los tres soldados desertores. Teresa se situó donde le dijeron, pero intentó que entre el oficial y ella se interpusiera la cabeza de uno de los cocineros para poder cerrar los ojos con suavidad, intentando que nadie adivinara su gesto, porque sabía que estaba prohibido dejar de ver; sin embargo, no pudo evitar dirigir una última mirada hacia el más joven de los tres soldados, rubio y despeinado,

que, gimoteando, tenía la vista perdida en el suelo. Oyó cómo el oficial bramaba unas frases que entendió como una especie de lectura de pena y, cómo ordenaba a los soldados, un pelotón de la Feldgendarmerie —unidad de la policía militar de la Wehrmacht especializada en la búsqueda, captura y ejecución de desertores—, que se prepararan.

Si una descarga de armas de fuego es algo que jamás se olvida, si esta se escucha con los ojos cerrados, el espeluznante sonido seco parece que entra en el cerebro como si un ogro irrumpiera en el sueño infantil más plácido. Tras las descargas se hizo un silencio que solo fue interrumpido por el ruido de las ramas de los árboles al entrechocar entre sí por efecto del viento. Los chicos no habían ni gritado. El oficial se acercó al grupo y comenzó a rugir unas palabras sobre la gran Alemania, la fidelidad al Reich, al Führer y por la victoria del nacionalsocialismo.

Teresa, que ya había abierto los ojos, pero que intentaba que su mirada se alejara de la escena, notó cómo sus piernas temblaban como si tuvieran vida propia. Miró la cara del militar y sintió odio hacia su gesto, su compostura, hacia la frialdad con la que había decidido sobre el destino de aquellos muchachos aterrorizados.

El oficial se movía delante de los testigos como un animal enjaulado:

—¿Hay alguien que quiera desertar? —Ladró, con la cara enrojecida por la tensión—. ¡Estoy preguntando si hay alguien que no crea firmemente que esta guerra la vamos a ganar!

Algún pájaro, con su batir de alas, fue el único que tuvo el valor de hacer notar su presencia.

Cuando subió al camión, todavía pudo oír tres disparos aislados entre sí.

Cuando llegó a Carinhall le dijo a Gertrud que no quería comer y que, si no le importaba, se quería marchar a su habitación. Argumentó que se había mareado en el camión.

—No te preocupes. Si preguntan por ti, diré que te encontrabas mal.

Al llegar a su cuarto de baño —la habitación de Luis y Teresa contaba con unas comodidades inusuales para el personal del servicio, prueba evidente de la estima que tenía Hofer por su marido y las influencias que el consejero de Goering era capaz de manejar dentro de la mansión— devolvió todo el desayuno. Le hubiera gustado que los vómitos fueran síntoma de un estado distinto, pero no, la regla le había bajado hacía dos días. «El 30 de enero cumpliré treinta años. Debería ser más realista y dejar de pensar en ello», pensaba con tristeza.

Se tumbó en la cama y se quedó unos instantes pensando en el chico al que había visto fusilar. Tendría... ¿dieciocho años?, ¿quizá diecisiete? No podía olvidar su cara de crío por más fuerte que cerrara los párpados.

De repente, se levantó y se dirigió hacia el abrigo. Allí, en un bolsillo, estaba la carta que le acababan de dar aquellos dos franceses que le hablaron de Mateo. No sabía cómo se le había podido olvidar algo tan importante y que le había dejado una cara de preocupación que hasta Gertrud notó cuando subieron al camión en Templin.

Extrajo la carta con mucho cuidado, como si no quisiera alisarla y eliminar sus múltiples arrugas, y procedió a leerla.

Nada más desplegarla comprobó que el papel era de la misma clase que siempre utilizaba Mateo. La caligrafía elegante con la que estaba escrita la carta era sin duda la de su suegro. Leyó el contenido, primero a toda velocidad y después en una lectura más pausada:

Queridos Teresa y Luis. No sé si os llegará esta carta. Si fuera así, será señal de que todo está funcionando como estos amigos quieren. Me han dicho que estáis en un lugar llamado Carinjol. Nicolette también lucha por la libertad. Ayudadla en todo lo que os pida. Seguro que también es por una buena causa. Como fue la nuestra. Esta es la primera vez que os puedo decir, sin riesgo a que nos intervengan, que, de verdad, estoy muy bien y que os quiero con toda mi alma. Y si no viene mi nieto, no os preocupéis, Dios proveerá. Os quiere, Mateo.

La apoyó sobre su cara e intentó olerla. Sabía que las casas tenían olores que se adherían a los objetos que habían estado dentro de ellas como si el ambiente tuviera

un pegamento invisible. Sí, confirmó que el olor que desprendía el papel era el de siempre, que un trozo de España se había colado en Carinhall sin que nadie se hubiera dado cuenta. No obstante, al margen del aroma, había otra forma de comprobar que aquella carta estaba escrita por Mateo y, además, que él se encontraba en perfecto estado. Era la contraseña. En aquella noche en la que salió de la cárcel, mientras los hombres del comisario Rodero los estaban vigilando en la calle, hablaron de muchas cosas, de casi todo. Hasta que el cielo clareó fueron varias horas las que pasaron tocando muchos temas de conversación. Por supuesto, hablaron de cómo se comunicarían, de qué forma se contarían cómo les iba a cada uno y si esa forma de correspondencia sería libre o no. Intuían que la censura actuaría de forma implacable. Lo sabían de España y lo imaginaban de Alemania. Por tanto, establecieron una contraseña que les permitiera comprobar que lo que estaba escrito en la carta era la verdad. Fue a Mateo a quien se le ocurrió hacer la referencia de Dios, «hay muchos republicanos que son cristianos», recordaba que dijo, y aunque él no era una persona creyente, establecieron que si en una carta había alguna mención a Dios o a la religión, era que esa carta estaba escrita en libertad y de forma sincera, no forzada. Nadie tendría por qué sospechar.

La estrechó contra su pecho y pensó en Nicolette, en la chica que había visto en Templin, la que no sabía español. Por cierto, ¿cómo pudo haber hablado con su suegro si ella no sabía español ni él francés? Era un interrogante con el que no contaba. Después pensó que, cuando fue a visitar a Mateo, pudo haber alguien que les hiciera de traductor. Tampoco le quiso dar más importancia a ese detalle, pero era algo que tenía que esclarecer si es que se volvían a encontrar.

Luis se había marchado sin decir cuándo volvería, como siempre hacía. No porque él lo quisiera así, sino porque no se lo decían. Ya se había acostumbrado a aquellas largas ausencias y también se había habituado a estar sin él. Por lo menos la tranquilizaba el hecho de saber, gracias a la nueva carta que le habían entregado, fechada hacía tan solo unos días, que Mateo seguía bien y que la cárcel era tan solo un mal recuerdo.

Cerró los ojos e intentó dormir. Esa tarde no tenía servicio y podía dedicarse a ella misma. Pensó en bordar algo, pero no tenía ninguna gana. Se asomó a la ventana y pudo apreciar que la tarde comenzaba a caer sobre Carinhall.

Se abrazó a la almohada y cerró los ojos. Lo último que alcanzó a recordar antes de dormirse fue la cara del soldado antes de escuchar las detonaciones.

El viernes 12 de enero de 1945, el mariscal del Reich, Hermann Wilhelm Goering, cumplía cincuenta y dos años. El Reichsmarschall organizó una recepción a la que invitó a un importante número de personas. Todavía recordaba la conversación que había tenido con su mujer en la mañana del día 1 de enero:

—Hermann, ¿no te parece que es mucha gente?

—¿Por qué dices eso, Emmy? Yo creo que es un número muy similar al del año pasado.

El matrimonio se encontraba en el despacho, situado a muy pocos metros de la entrada del Viejo Carinhall, entre la biblioteca y el llamado Cuarto de Vitrinas. Emmy estaba sentada frente a él en una de las dos sillas altas que estaban dispuestas para despachar los asuntos privados. Goering ocupaba la silla de respaldo más alto. Tras él, colgaba de la pared un magnífico tapiz gobelino. De pie, a su izquierda, se encontraba esperando instrucciones su asistente, Robert Kropp, impasible y mirando al frente, temiendo entrometerse en una cuestión marital. A su derecha, también de pie, la mirada escrutadora de Gisela Limberger, su secretaria particular.

—No sé, Hermann, es que organizar ahora otra fiesta... Tenemos muy reciente la de Nochebuena.

—Emmy, no sé por qué dices eso. —Mientras hablaba con su mujer, jugueteaba con el anillo de diamante que le había legado su padre y que lucía en su mano derecha—. Mi cumpleaños y la Navidad siempre han estado próximos y todos los años hemos invitado a muchos amigos.

La mujer sabía muy bien lo que le quería decir, pero no se atrevía a contrariarlo. En muchos aspectos, Hermann era como un chiquillo. Él mismo se había calificado públicamente en alguna ocasión como un soldado con corazón de niño.

—Además, Emmy, sabes que este año tenemos que dar a todos una noticia muy importante.

La mujer se quedó desorientada y su marido tuvo que ayudarla a recordar:

—Sí, mujer, ¿no te acuerdas?

Mientras formuló la pregunta, levantó airadamente la mano e hizo unos giros en círculo, algo muy habitual en él, pues parecía que necesitaba los gestos de las manos para hablar.

Emmy cayó en la cuenta de lo que estaba diciendo.

—¡Ah, sí, claro! Me parece muy bien. —No sabía cómo se le había podido olvidar. Se sintió culpable por ello—. No te preocupes, ya verás como resulta una fiesta de cumpleaños inolvidable.

—Lo inolvidable será tu regalo, seguro —intuyó Goering, acostumbrado a recibir de su mujer unos magníficos presentes—. ¿Me lo vas a anticipar?

—Si te lo cuento —razonó la mujer mientras se levantaba—, dejaría de ser sorpresa. ¿No te parece?

Antes de marcharse, le dio un beso en la mejilla derecha. Goering cogió la relación de invitados que acababa de supervisar su mujer y, sin mirarla, se la extendió a *Fräulein* Limberger, la cual ya sabía muy bien qué era lo que tenía que hacer con ella. Eran muchos años junto al Reichsmarschall como para conocer sus órdenes antes de que fueran expresadas con palabras.

Conforme iban llegando, los invitados pasaban al Salón de Fiestas, una estancia gemela al Gran Salón que se levantaba justo encima de la piscina climatizada que tenía la mansión.

La mayoría de los presentes se conocían. Era el mismo ambiente de siempre, las mismas caras, los mismos intereses y las mismas intrigas.

Uno de los círculos de conversación lo formaban un grupo de cuatro personas, dos de ellos militares, concretamente un Major y un Oberstleutnant, y dos civiles, un directivo de la Thyssen y el otro perteneciente a una de las empresas químicas encuadrada bajo la agrupación I. G. Farben. Este último, un hombre bajito, calvo, excepto por dos matas de pelo canoso que asomaban por encima de las orejas, era famoso en las reuniones por contar los últimos chistes que corrían por Berlín.

—¿Queréis que os diga el último que me contaron la otra noche en Horcher?

Sin esperar a que contestaran, metió la cabeza en el corrillo que habían formado y bajó levemente la voz. Los otros tres hombres torcieron imperceptiblemente la cabeza para agudizar su oído a la vez que, sin saber muy bien la razón, comenzaron a sonreír:

—Estaban esperando en una recepción a que apareciera Goering —antes de terminar el chiste, el hombre ya estaba disfrutando pensando en la cara que pondrían sus contertulios al escuchar el fina— y en esto que un camarero que estaba sirviendo champán a los invitados resbaló y cayó al suelo, provocando un ruido atronador con la gran bandeja metálica que llevaba. Un hombre que, ajeno a aquello, solamente oyó el ruido, exclamó: ¿Qué ha pasado, se ha caído Goering?

Todos los hombres soltaron una carcajada estentórea que no pasó desapercibida al resto de presentes.

—Desde luego, Freude —reconoció el Oberstleutnant, que por ser en ese grupo el militar de mayor graduación parecía que era el que tenía más derecho a opinar—, usted es único.

El resto de grupos seguían tomando su copa de vino y charlando a la espera de que el anfitrión hiciera su aparición. Por lo pronto todos se fijaron en el panel inmenso que se había dispuesto en uno de los laterales del salón. Cubierto con una tela blanca que impedía conocer cuál sería su contenido, pronto suscitó los comentarios de los asistentes. Una vez servidas las copas de vino de Lombardía como

aperitivo —el champán francés, tal y como aventuró Teresa antes de la cena de Nochebuena, ya se había acabado—, el Reichsmarschall hizo su aparición. Vestía un traje de montero, con el pantalón marrón por dentro de las botas altas de montar, brillantes como si fueran de charol; chaleco, también marrón de ante, ajustado con un cinturón ancho cerrado con una hebilla dorada de gran tamaño rodeada de piedras multicolores, que descubría las mangas de una camisa de seda blanca inmaculada. Sobre la cabeza llevaba un gorro beis de caza de cuyo ribete verde sobresalía una pluma que no mediría menos de treinta centímetros. Seguramente perteneció a un faisán.

—Amigos, os quiero agradecer que, un año más, hayáis acudido a mi casa para felicitarme en mi cumpleaños —Goering disfrutaba con sus ampulosos discursos, esos que se preparaba él mismo gracias a su gran cultura clásica. El estilo del anfitrión distaba de los zafios modos que gastaban el resto de líderes nazis—. Este día va a ser muy especial para mí. Y no solo porque me encuentro en compañía de mis amigos más queridos, sino porque voy a compartir con vosotros un sueño que anhelo desde hace muchos años y que hoy va a comenzar a convertirse en una realidad.

Emmy, que llevaba un vestido largo de raso de color tabaco con un amplio cuello de gasa y puntillas, y que había permanecido al lado de su marido desde que había entrado, le cortó:

—Hermann, antes de obsequiarnos con lo que tienes debajo de aquella tela, te querría pedir que, ya que tus invitados han tenido la oportunidad de darte sus regalos —la asistencia a Carinhall siempre conllevaba tener que obsequiar a Goering con un presente negociado, en muchas ocasiones, con las personas de su entorno, la mayoría de las veces con los ayudantes de Hofer—, yo también pueda ofrecerte el mío.

Sin darle opción, Emmy hizo una seña a una de las mujeres que se encontraba junto a la gran puerta que comunicaba con la antesala. Esta desapareció tras ella y al momento volvió delante de dos hombres del personal de servicio del edificio de seguridad. Portaban un objeto rectangular, casi cuadrado. Medía menos de un metro de largo.

Goering supo que era un cuadro, la duda era saber de qué obra se trataba.

La pareja que cargaba con el lienzo, a la que los invitados habían tenido que dejar pasar, se detuvo en el centro de la estancia. Emmy se acercó al regalo y, sin más dilación, tiró de la tela blanca que lo cubría.

Cuando apareció ante todos el *Adán y Eva* de Lucas Cranach, toda la sala se convirtió en una cadena de aplausos atronadores. Emmy, después de mirar y guiñar un ojo a Hofer, que marcó un gesto afirmativo de satisfacción como correspondencia al cumplido, se detuvo en la expresión de su marido. Como si hubiera visto una aparición, Goering se fue acercando poco a poco hacia el cuadro. Mientras las dos personas que lo habían llevado seguían cargados con él, el homenajeado se quedó a un metro del lienzo. Sin hacer caso a nada ni a nadie, se concentró en la pintura que representaba a la primera pareja que hubo sobre la tierra: él a la izquierda, con la

cabeza algo ladeada y cierto aire amanerado, sujetaba una rama de la que colgaba una manzana; y ella a la derecha, con un vientre que parecía anunciar un embarazo en sus inicios y con un pelo rizado tan largo que le llegaba muy por debajo de las nalgas, con sus intimidades pudorosamente tapadas por las ramas del mismo manzano que se levantaba entre ellos, y del que asomaba por su parte superior una serpiente que parecía tentar a Eva.

Goering, visiblemente emocionado, se acercó a su mujer y cogió su mano derecha dándole un cariñoso beso en su dorso. Los aplausos, que habían cesado, arrancaron de nuevo y el anfitrión levantó el brazo en señal de agradecimiento. Así, volvió a situarse junto al panel que seguía tapado y prosiguió con su rimbombante discurso:

—Una obra así —señaló con toda la mano al cuadro que le acababan de regalar— tiene que estar colgada en un lugar prominente. Carinhall, ya lo habéis podido comprobar vosotros mismos, se nos ha quedado pequeña. Es tanto el amor que genera nuestra causa que todos quieren y queréis colaborar con ella. Por eso quiero compartir con todos, con mis amigos, lo que será el futuro Carinhall.

Sin mediar más palabras y ante la curiosidad y la extrañeza de todos por lo que acababan de escuchar, el Reichsmarschall tiró con fuerza de la tela blanca descubriendo un plano junto a un dibujo. No hacía falta ser un arquitecto para darse cuenta de qué era aquello.

Los invitados lo contemplaron atónitos. Había tanta intensidad en aquella novedad que ninguno se atrevió a hacer nada y solo dejaron que sus ojos escrutaran la aglomeración de líneas y las nuevas perspectivas que se les ofrecían. Goering, que esperaba una reacción de todo el grupo, tuvo que volver a hablar para sacarlos del trance en el que se habían quedado.

—Amigos, os presento el que se llamará Museo Hermann Goering.

La primera que arrancó a batir las palmas fue Emmy. Inmediatamente, todos los asistentes la siguieron en un fuerte aplauso que pareció insuflar nuevos aires a un mariscal del Reich que necesitaba recibir, continua y vanidosamente, muestras de adhesión como forma de vida. Si él se encontraba en un lugar, nadie tenía que preguntarse quién sería el centro.

Por la propia cercanía del Großer Döllnsee por el norte, no cabía duda alguna de que cualquier engrandecimiento que se quisiera realizar de la mansión tendría que ser, forzosamente, por el sur. Se proyectaba un tercer patio, gemelo al que se levantaba más al norte, pero con una fachada situada a muy pocos metros del Wuckersee y que mediría más de trescientos metros. Por el plano que se presentaba, una perspectiva dibujada con minuciosidad, y por la calidad arquitectónica que parecía adivinarse, nadie podría dudar que aquel lugar constituiría el edificio más importante de toda Alemania. Por lo menos de la que quedaba en pie.

Goering disfrutaba observando la cara de todos los presentes. Él pensaba que eran

rostros de admiración, pero realmente, y más de uno no lo podía disimular, eran expresiones de extrañeza, cuando no de pasmo. Nadie habría imaginado que a principios del año 1945, con el cariz que había tomado la contienda, el segundo hombre del Reich tuviera la ocurrencia de plantearse ampliar su mansión. Ninguno era ajeno a la evolución de los frentes, incluido el de las Ardenas. Ya nadie ocultaba el gran error que había cometido Hitler ordenando aquella ofensiva. Además estaba el Ejército Rojo de Zhukov a menos de trescientos kilómetros de Berlín, habían perdido el dominio de Italia, y habían sufrido derrotas en todas las batallas libradas en el sudeste de Europa.

—Amigos, veo en vuestras caras un deseo de que os ofrezca más información de la que será también vuestra casa y la de todos los alemanes. Ya sabéis que desde hace años atesoro piezas para hacer de este lugar un gran museo que quede para la posteridad. Justo tal día como hoy, dentro de ocho años, el doce de enero de mil novecientos cincuenta y tres, y coincidiendo con mi sexagésimo cumpleaños, inauguraré lo que veis aquí, el Museo Hermann Goering. Para ello, necesitamos que Carinhall sea ampliada al doble de su superficie actual.

Como si estuviera al frente de un grupo de claqué, Emmy volvió a animar a todo el colectivo a aplaudir y, sin excepciones, pero más comedidamente, todos los presentes mostraron su adhesión a Goering con sus palmas.

—Por favor, acercaos para verlo con más detalle —pidió el anfitrión, que disfrutaba con el interés que mostraban todos, en especial los hombres, con la perspectiva de la futura mansión.

—Reichsmarschall, esto va a ser nuestro mayor símbolo —dijo uno de los directivos de la Kirchdorff, una de las industrias que colaboraba con el Reich.

—¡Claro que sí! —Rubricó Goering.

Una vez que un grupo de hombres se había aproximado al plano, y mientras alguno señalaba a otro algún detalle del mismo, Goering se acercó a las personas que estaban hablando con su mujer y les propuso una actividad:

—Oíd, ¿qué os parece si mientras nuestros invitados están disfrutando con el plano, nosotros bajamos a estrenar las nuevas locomotoras?

—Perfecto, Hermann —aprobó su mujer.

Los cinco hombres salieron del Salón de Fiestas y torcieron a la izquierda para tomar las escaleras que conducían al sótano. Allí, tras una habitación donde solo había una sucesión desordenada de cajas de madera, llegaron a uno de los lugares que más gustaba al dueño de la casa. Una maqueta de tren de cien metros cuadrados, cuarenta y tres veces más pequeña que la realidad, que Goering regía a distancia desde un sillón de cuero, le estaba esperando para probar en ella las nuevas Märklin que le habían regalado.

Serían las tres de la madrugada cuando la tranquilidad y el silencio se apoderaron de Carinhall. El último de los coches hacía más de media hora que había partido hacia Berlín, una ciudad que cada vez se encontraba más lejos.

Todo había quedado en silencio y los dos soldados que montaban guardia delante de las habitaciones de Goering y de su mujer, que se encontraban contiguas, ya se habían calzado los *Schnürschuhe* con suela de fieltro para no perturbar el sueño de sus amos.

En el ala de invitados había dos habitaciones cuyos ocupantes parecían estar desvelados. La de Günther y Erika se encontraba en la primera planta, mientras que la de Luis y Teresa estaba situada en la planta baja.

—¿Qué me tienes que decir? —preguntó Erika mientras se alisaba el pelo antes de meterse en la cama, siguiendo el ritual diario previo al descanso.

Günther había oído perfectamente la pregunta, pero se resistía a contestar.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Sobre qué?

—¿Cómo que sobre qué? ¿No has estado tú en el Salón de Fiestas?

—Por supuesto que he estado. Lo sabes muy bien.

Su pertenencia al ejército, y más en concreto a la Luftwaffe, le obligaba a mantener una continua actitud de obediencia y fidelidad que trasladaba incluso a sus momentos más íntimos.

—Y si has estado, y me imagino que despierto, ¿no tienes nada que opinar? —Escudriñó, mordaz, Erika.

—Teresa —comentaba Luis, que había regresado la mañana anterior y que había asistido a la recepción—, es una pena que no hayas podido estar esta noche. Tenías que haber visto la cara de todos cuando ha enseñado el plano del futuro museo.

La pareja se encontraba dentro de la cama. Ella lo tenía abrazado por la espalda, se la conocía de memoria. Le gustaba mucho dormirse así, parecía que fuera una forma distinta de hacer el amor, donde la palabra tomaba más cuerpo que cuando realizaban el acto propiamente dicho.

—Se ha comentado en la cocina. Las compañeras murmuraban lo que pasó cuando el gordito tiró de la tela y se descubrió el famoso plano. Dime, Luis, ¿es bonita la ampliación?

—¿Qué quieres que opine? —repuso Günther—, que va a ser un gran edificio.

—Mira, Günther —consideró una Erika que empezaba a irritarse—, yo no te estoy preguntando por el edificio. Te estoy preguntando por tu jefe.

La mujer del Oberst se giró y chilló intentando no levantar la voz:

—Está loco. Está completamente loco, porque así es como hay que estar para que se le pueda ocurrir, ahora, precisamente ahora —mientras decía estas palabras movía airadamente las manos—, plantearse en firme y públicamente comenzar una obra de esa magnitud.

Günther callaba porque sabía que su mujer tenía toda la razón, aunque no estaba dispuesto a dársela.

—Habría entendido que construyera más búnkeres, instalado más cañones antiaéreos, edificado más viviendas para albergar más tropa. Pero plantearse ahora levantar un museo, más que de excéntricos es de locos. Así, sin más. Locos —sentenció con un movimiento enérgico de la mano.

—Teresa —receló Luis—, no es que sea bonita la ampliación, es que no puedo entender que este se plantee ahora incrementar al doble la superficie de este lugar.

—Pero llevas mucho tiempo diciéndome que hay muchas más pinturas y tapices que paredes donde exhibirlos. Los sótanos están abarrotados de cajas con cuadros, telas, alfombras, cristalerías... Dicen que el segundo búnker también está completamente lleno. Los regalos no paran de llegar. Desde su punto de vista, tiene su lógica.

—La tendrá, yo no lo discuto, pero la guerra está decidida. Teresa, a esto no le queda mucho tiempo. Ya verás como dentro de poco nos tendremos que marchar de aquí.

Luis levantó su brazo derecho para alcanzar la mano de su mujer que se encontraba agarrada a su hombro. La acarició. Su piel seguía siendo tan tersa y fina como cuando la conoció en el cine Génova hacía ya más de diez años.

Erika se levantó del tocador y apagó la luz de la habitación sumiéndola en la misma oscuridad que adivinaba tendría su destino.

La última imagen que tenía de Günther, antes de girar el interruptor, había sido la de un hombre mirando a un infinito que se perdía en el techo. Probablemente ni se había fijado en el camisón que se había puesto. La mujer incluso se llegó a preguntar si sería consciente de quién se estaba metiendo en la cama con él.

Cuando los dos se encontraban bajo la misma sábana y antes de proponerle sin palabras lo que podían hacer, le adelantó lo que quería hablar con él después.

—Günther, te quiero comentar algo.

Erika entendía que su marido se mantuviera pensativo e inmerso en una cruel encrucijada donde se solapaban el sentido de la disciplina con el amor a su mujer y el

sentido común. Pero aun así le daba rabia que se mostrara tan ausente con ella, tan poco comunicativo, que demostrara solo ocasionalmente sus estados de humor, que fuera tan reservado con sus sentimientos.

—Günther, quiero comentarte algo, pero primero te querría decir otra cosa.

—¿El qué? —preguntó sin rodeos.

Ella no habló. Acercó su cara a la suya y buscó a tientas y con los labios la boca de Günther.

—Luis, hay algo de lo que tenemos que hablar.

El marido de Teresa estaba empezando a ser vencido por el sueño. Por ello, cuando su mujer habló, casi no llegó a distinguir sus palabras.

—Teresa, si ya estamos hablando. ¿De qué quieres que hablemos? Mañana tengo que madrugar.

—El otro día estuvimos en Templin.

—¿Me vas a contar lo de los fusilamientos?

—Yo no te he contado eso —respondió, sorprendida.

Efectivamente, Teresa no le había contado nada sobre los fusilamientos que se vio obligada a presenciar. Imaginaba que contarse incidentes de ese calibre jamás iba a beneficiar a su relación y a lo que ambos llevaban años y años aguardando que ocurriera. En algún lugar habían oído o leído, ya no recordaban, que una de las mejores vías para que la maternidad se pudiera producir era eliminar los sobresaltos, los disgustos, las malas noticias. Por ello, por mutuo acuerdo, jamás se referían a escenas de ese cariz.

—No, de eso no te iba a hablar. Me encontré con alguien.

—¿Con quién te encontraste? —Quiso averiguar Luis, que estaba a punto de dormirse.

—Luego te lo contaré. Ahora prefiero hacer otra cosa.

Aprovechando la posición, comenzó a acariciar el hombro con la mano izquierda y utilizó la derecha para meterla por debajo de la chaqueta del pijama hasta alcanzar el ombligo. Una vez ahí, comenzó el descenso.

—Teresa, por favor... —Fueron las últimas palabras que dijo antes de girarse y buscar la boca de su mujer que, perseverante, no se conformaba con llorar una vez al mes.

Tiró el Odilei al suelo. Le dejaba la vagina muy irritada. Odiaba los preservativos, pero lo que no podía permitirse era, ahora, un embarazo. Ella nunca había pensado, como todas sus amigas, que las mujeres del Reich tenían que ser madres prolíficas. Ya había realizado una aportación al Régimen y no estaba dispuesta a pasar por otro embarazo enojoso ni a sufrir otro parto traumático. Había contado a todo el mundo

que en el parto de Kurt le habían tenido que practicar una histerectomía. Su interés personal se situaba un escalón por encima del de Hitler.

La respiración profunda de Günther confirmó la situación en que se encontraba. Sabía que siempre era así. La finalización de las relaciones lo sumía en una profunda modorra y, normalmente, tardaba instantes en quedarse dormido. Contaba con ello.

De la carta ya le hablaría al día siguiente. Se lo tenía que pensar mejor. Podría incluso, en vez de decírselo en ese momento, esperar hasta que se juntara otra vez con los dos franceses. Pensó en su suegro y cómo habría escrito aquella carta.

Aprovechando que Luis se había dormido, se levantó y fue al cuarto de baño, a la pequeña habitación con un inodoro y un lavabo. Hizo un cuenco con la mano y se lavó superficialmente. «Sí, primero voy a ver qué quieren. Después se lo diré a Luis». Lo besó en el cuello, se abrazó a él y, al cabo de unos minutos, ambas respiraciones se acompasaron. No lo hacía nunca, pero le pareció buena idea rezar un padrenuestro.

Después de solo cuatro horas de sueño, Teresa dejó a Luis en la cama y se vistió con su uniforme de falda y camisa blancas, el habitual que llevaban todas las empleadas en los momentos en los que no se celebraban actos oficiales. Su marido tenía trabajo durante toda la mañana con Hofer y un restaurador que llegaría de Berlín para inventariar y comprobar el estado de todos los regalos que había recibido el Reichsmarschall el día anterior, así como para buscar sitio al *Adán y Eva* de Cranach. Seguro que supondría una nueva modificación de la distribución de las pinturas en las paredes; otra más.

Después de tomar un café en la cocina, habló con Gertrud, que se encontraba amasando harina de centeno que luego hornearían en hogazas para el pan del mediodía.

—Gertie, me gustaría ir a Templin.

—¿Y qué quieres hacer en Templin? ¿No estuviste comprando allí el otro día?

Teresa había imaginado la reacción de su compañera y tenía preparada la respuesta.

—Es que conocí a una niña que me presentó una señora que nos vendió pescado y le dije que en cuanto pudiera volvería para estar con ella. Como no entro de servicio hasta la tarde, me gustaría ir un rato para allá. ¿Crees que alguien me llevaría?

Gertrud dudó durante unos instantes.

—Cuando esta mañana he llevado el café al comedor de tropa en el edificio de seguridad les he oído decir a dos que tenían que ir a un taller a no sé qué de un coche. ¿Por qué no les preguntas?

—¿Quiénes eran?, ¿te acuerdas?

—Sí, uno de ellos es ese chico joven que tiene la cara llena de pecas. Dieter puede ser su nombre. ¿Sabes quién te digo?

Trató de hacer memoria y asintió con la cabeza.

—Voy a preguntarles.

Al cabo de media hora, un coche con tres ocupantes cruzaba la puerta de entrada de la mansión. Tras girar a la izquierda, enfiló una larga carretera a la que se asomaban unos gruesos castaños que la techaban, asimilándola a un inmenso túnel formado por sus ramas.

Cuando pasó por el lugar donde fue obligada a presenciar los fusilamientos, no pudo evitar mirar de reojo hacia donde se había cumplido aquella sentencia tan injusta.

—¿Te recogemos en dos horas? —propuso Dieter, el soldado pecoso, que viajaba en el asiento delantero, al lado del conductor.

—¿Es lo que pensáis que vais a tardar?

Los dos soldados se miraron.

—Me imagino —supuso el conductor, encogiéndose de hombros.

El vehículo se perdió por la primera calle a la derecha y Teresa se encontró sola en la plaza de Templin, el lugar donde había quedado con aquellas dos personas.

No había nadie. Miró en derredor y no consiguió distinguir signos de vida. La guerra estaba despoblando las ciudades. Con el *Volkssturm* —el llamamiento a filas de todos los adolescentes y hombres mayores dictado por el Führer a finales del mes de septiembre— resultaba muy difícil encontrar a alguien que no estuviera movilizado, hasta los ancianos se veían obligados a desfilar y tomar las armas. Las mujeres, por su parte, se metían en sus casas a preparar la poca comida con que contaban o a llorar sus desgracias y sus soledades, ya fueran temporales o definitivas.

Ante la carencia de alternativas, optó por dirigirse a la calle donde los encontró, algo que no le resultó difícil por el acentuado sentido de la orientación del que estaba dotada.

Abandonó la plaza y comenzó a andar por la calle, la misma por cuyo empedrado había caminado con sus compañeras hacía dos días. Las puertas cerradas a su paso parecían barreras que alguien había levantado para separarla del exterior, como si aquello fuera una continuación de la vida enclaustrada en la que vivía, allá en la mansión de Goering.

Sobrepasó el lugar donde había hablado con el señor mayor y aquella chica pelirroja y siguió sin tener referencias suyas. Prefería no pensar. No entendía nada, no sabía por qué habían aparecido aquellas dos personas con la carta de Mateo. Algo sí podía intuir. Si dos franceses habían sido capaces de llegar hasta allí, abriéndose paso, de la forma que fuera, por medio de un país en guerra, era porque tenían algo muy importante que hacer. Eso era lo que más la inquietaba, llegándole a agarrotar sus pensamientos. Especuló que si lo hubiera compartido con Luis lo llevaría mejor, pero algo la había llevado a mantener en secreto aquella cita.

Llegó hasta el final de la calle y se encontró que, con ella, también había terminado el pueblo. Dio media vuelta y se dispuso a bajar de nuevo. Miraba cada ventana, cada bocacalle que atravesaba. Miró a un niño que salió a su encuentro con la mano extendida y la boca cerrada. Entrecruzaron sus ojos marcando el mismo recelo que ambos tenían el uno por el otro. La guerra llevaba a la gente a moverse con desconfianza. En el Madrid de la guerra reinaba la suspicacia. Todos pensaban que tras cualquier conversación se ocultaba algo; en guerra, un sacerdote encubierto; al terminarla, un republicano escondido. En Alemania, judíos, derrotistas activos, desafectos al Régimen. Nadie se fiaba de nadie. En el fondo, ella misma desconfiaba hasta de Gertrud, a la que consideraba su amiga.

Llegó de nuevo a la plaza y pensó que había perdido un tiempo demasiado precioso en buscar a los dos fantasmas que le habían traído noticias de Mateo. Por lo menos para eso sí había servido conocerlos, para saber de su suegro y confirmar, una vez más, aunque esta con mayor credibilidad, que se encontraba fuera de la cárcel y

en buen estado de salud.

La plaza cuadrada de Templin ofrecía la misma apariencia que hacía algo menos de media hora. Nada. Ningún signo de vida. No sabía qué hacer. Miró hacia un edificio que se encontraba medio derruido —la guerra todavía, por lo menos de momento, había tenido cierta generosidad con el pueblo y sus huellas no eran muy visibles— y observó sus interiores como si fueran las tripas abiertas de una inmensa bestia.

Avanzó hacia la calle contraria por la que había caminado anteriormente y fue allí donde escuchó un sonido, una señal. Escrutó con los ojos hacia el lugar de donde provenía el silbido y vio un brazo que le hacía señales. Era el señor de hacía dos días. No cabía duda alguna. Miró hacia atrás y hacia los lados para comprobar que no se veía a nadie. Aligeró el paso y se acercó al desconocido.

No era momento de saludos ni convencionalismos.

—Nicole y yo nos hemos repartido. Ella tiene que estar en el lado opuesto de la plaza. ¿No la ha visto? —preguntó Antoine en perfecto español aunque con su marcado acento francés.

—No he visto a nadie. El pueblo está vacío.

—Sí, ya lo sé. Mire, vamos a dirigirnos hacia el lado contrario de la plaza —señaló con la mano—, y vamos a buscarla entre los dos. Cuando estemos juntos, hablamos. ¿De acuerdo?

Teresa asintió.

A veces, el vacío de vida podía generar más inquietud que la presencia más numerosa. Eso es lo que sentía la mujer, que caminaba por una acera tan solitaria como lo estaba la calzada. El sonido de sus pasos solo se vio alterado por el ruido de los motores de dos aviones que volaban hacia Berlín. Ella, a simple vista, no era capaz de distinguir si eran alemanes o aliados. En un principio pensó en llamarlos amigos o enemigos. El problema era que, estando en Alemania y en el radio de alcance de sus bombas, no sabía cómo llamar a cada bando.

Seguía a Antoine, que caminaba por el centro de la calzada mirando continuamente a todos los ángulos en busca de su compañera. Una vez juntos, le explicarían a Teresa lo que querían de ella.

Pero esa era la idea, la realidad iba a ser otra bien distinta.

Antes de que pudieran alcanzar la siguiente bocacalle los dos oyeron otro motor, pero esta vez no era de un avión lejano, sino de un vehículo que se acercaba hacia ellos.

A gran velocidad, un *Schwimmwagen* —un vehículo anfibio de cuatro plazas que era de uso mixto, válido tanto para circular por una carretera como para navegar por un río calmo o un estanque— apareció por la calle. Los dos se quedaron inmóviles, pero eso no fue suficiente como para no llamar la atención del oficial que iba al mando. Una vez hubieron pasado, vieron con pavor cómo el coche frenaba bruscamente y se detenía a menos de diez metros de distancia. De él bajaron los dos

soldados que viajaban en el asiento trasero y el oficial al mando. En unos segundos, Antoine se vio rodeado por los tres militares y por los cañones de sus armas:

—¿Qué haces aquí? ¡Documentación! —refunfuñó el oficial.

Antoine, que para ese momento tenía preventivamente los brazos levantados, miró a Teresa y valoró las alternativas que tenía. Al vuelo comprobó que el gran problema era que carecía de ellas.

—No tengo aquí la documentación —contestó en alemán—, he venido a Templin a buscar a mi sobrina y me vuelvo esta noche para Eberswalde.

El oficial, un Leutnant de la Wehrmacht que le apuntaba con su Walther P38, se quedó dubitativo durante unos instantes. Pocos.

—¿Qué haces que no estás alistado? —Quiso sonsacar.

Mientras Teresa contemplaba inquieta la escena, Antoine tragó saliva, aunque nadie se diera cuenta de ello.

—Precisamente es lo que iba a hacer mañana, por eso tengo que volver a Eberswalde. Tengo que presentarme allí.

El oficial no contaba con esa respuesta. Mandó bajar las armas a sus soldados e hizo lo mismo con la suya. Se acercó unos pasos al hombre y le preguntó:

—¿Cómo es que mañana tienes que presentarte en Eberswalde?

—Sí —respondió el francés con la máxima diligencia y tranquilidad que era capaz de mostrar—, he quedado con el oficial de reclutamiento. Me ha dado un día de prórroga. Por eso he venido a ver a mi sobrina. Yo soy la única persona que tiene en el mundo.

El oficial se giró hacia la mujer y le mostró una leve sonrisa que no fue correspondida.

—Así que tú eres lo único que tiene en el mundo —refrendó, asintiendo con la cabeza, como si estuviera pensativo—. Y me dices que el oficial de reclutamiento de Eberswalde te ha dado un día de prórroga.

—Efectivamente —confirmó Antoine con satisfacción por entender que el oficial estaba comprendiendo perfectamente su improvisada treta.

—Eso está muy bien. ¿Te sientes orgulloso de volver a servir a tu país?

—Sí, estoy deseando volver a empuñar un arma —corroboró con una frase que parecía tener aprendida de memoria—. Siempre por mi Führer.

—¿En qué batalla estuviste en la guerra del catorce?

—En Verdún —presumió con diligencia.

Era cierto, había librado esa batalla, lo que omitió detallarle al alférez —Antoine se conocía perfectamente toda la escala de mando de la Wehrmacht— era en qué bando combatió.

—Alemania necesita personas como tú. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Erik, señor, mi nombre es Erik —fue el primer nombre que se le ocurrió.

—Muy bien, Erik.

Y según dijo estas últimas palabras, levantó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—Por cierto, el oficial de reclutamiento de Eberswalde soy yo.

El desgarrador grito de Teresa y la detonación ronca del arma se imbricaron.

El cuerpo de Antoine se desplomó violentamente sobre el asfalto, cayendo hacia atrás por la fuerza con que la bala le había impactado.

Teresa corrió hacia él.

—Señora, siento que usted se haya quedado sola, pero Alemania no puede tener contemplaciones con los desertores. Buenos días.

El oficial hizo una señal con la cabeza a los dos soldados que, tranquilamente, fueron subiendo al coche. Cuando el Leutnant se acomodó en su asiento, el vehículo arrancó, dejando a Teresa envuelta en el humo del tubo de escape del motor como única compañía y junto al cuerpo de un hombre a quien solo había visto dos veces.

El silencio volvió a apoderarse del pueblo. Clavando las rodillas en el suelo, Teresa se postró ante él y comprobó la precisión del disparo. Antoine había muerto en el acto. La sangre seguía fluyendo muy lenta por la nuca, formando un creciente charco granate. Con los dedos de su mano derecha le cerró los ojos y se santiguó.

Contempló su cara. Nunca había visto un cadáver tan cerca. Parecía un hombre dormido. A pesar de la muerte tan horrorosa que acababa de tener, la sensación de paz que se había apoderado de su rostro fue lo que más le estremeció. ¿Quién sería esta persona que había sido capaz de llegar hasta allí para verla?

—Se llamaba Antoine —oyó Teresa que alguien decía en francés, por su espalda. Se volvió con desasosiego.

Nicolette contemplaba taciturna el cuerpo de su compañero. Al igual que había hecho Teresa, ella también se arrodilló junto a él. Con su mano derecha le tocó la cara, todavía caliente, como si lo quisiera acariciar.

—Antoine...

No lloró. Cuando actuó en la franja atlántica durante el invierno del 1943 al 1944 ya había vivido situaciones similares. Muchas, demasiadas. Se había acostumbrado a ellas con una desagradable familiaridad.

El retumbo del disparo no había provocado reacción alguna en el pueblo. Nadie había salido a la calle, nadie se había asomado a una ventana, a un balcón o a una puerta. Si alguien lo había escuchado, no había querido dar signos de vida. El miedo a perderla siempre era superior a la curiosidad que pudieran sentir.

Nicolette agarró del hombro a Teresa.

—Vamos —dijo en alemán.

—¿Cómo que vamos? ¿Vamos a dejarlo aquí?

—¿Y qué quieres que hagamos con él? —repuso con una pregunta.

Teresa no comprendía la reacción de Nicolette.

—Pero este hombre ha venido contigo.

—Ya lo sé que ha venido conmigo, pero ya no podemos hacer nada por él.

No entendía.

—¿Lo dejamos aquí?

—Teresa, ¿preguntarás lo mismo cuando me veas a mí en la misma situación?

Se extrañó ante sus palabras.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando te metes en esto tienes que tener muy asumido que tu final puede ser así. Incluso peor. A Antoine nadie lo ha torturado.

La cogió del brazo y, a la vez que se levantaba, ayudó a Teresa a incorporarse.

—Vamos —sentenció con rotundidad.

Parecía haber una fuerza que impedía a Teresa apartarse del cuerpo de aquel hombre.

Habrían caminado dos metros cuando la española volvió a hablar:

—Espera, aquí no podemos dejarlo. Por lo menos, vamos a ponerlo en la acera.

Nicolette no entendía para qué quería hacer eso, pero no entró en discusiones que no conducían a lugar alguno. Accedió.

—Cógelo por los pies, que yo lo moveré por los hombros —indicó la francesa, siempre hablando en alemán.

Con dificultad, Nicolette se situó con las piernas abiertas a la altura de los hombros y remitió las manos por debajo de los omóplatos. Miró a Teresa y, a la vez que se hacían una seña, ambas mujeres alzaron el cuerpo de Antoine, cuyos brazos cayeron hacia el suelo en el momento en que el tronco se separó del adoquinado. Fueron desplazándose hacia la acera más próxima, que no distaría más de cinco metros, y allí lo depositaron muy despacio.

Antes de abandonar el lugar, Teresa se situó frente a él y se volvió a santiguar. El detalle no pasó desapercibido a Nicolette.

—Con un suegro republicano, ¿eres católica?

El comentario lo entendió como una improcedente invasión de su intimidad.

—Sí, mi suegro es republicano —se admiraba de cómo podían fluir de su boca tantas palabras en alemán. Parecía que la tensión espoleaba la locuacidad—, y yo no soy creyente. Lo que no sé es si lo era él.

Con una última mirada a la cara de Antoine, ambas mujeres dieron media vuelta y Teresa siguió las indicaciones de Nicolette, que parecía estar muy convencida de adónde tenían que ir.

Se asomó por la ventana. La habitación de Günther y Erika, como todas las situadas en el piso superior, daba al patio donde se encontraba la entrada principal. Eran algo más frías que las de la planta baja pero gozaban de mayor privacidad y además eran más bonitas, con el techo abuhardillado, o por lo menos eso le parecía a Erika, que toda su vida había estado habituada a los techos cuadrados de las casas de Berlín, donde siempre había vivido desde que nació. Miró por la ventana y contempló la estatua del *Braunschweiger Löwe*, emplazada justo en el centro del jardín. Sobre el césped todavía quedaban restos de las tiras con las que adornaron el árbol de Navidad. No hacía todavía ni dos semanas que lo habían quitado y parecía que había pasado una eternidad.

Erika se consumía en Carinhall. Ya no tenía sentido estar allí. Fue pensando que al calor del Reichsmarschall iba a conseguir una posición suficiente, un reconocimiento social como mujer de uno de los generales de su Estado Mayor, pero las cosas no habían salido como estaban previstas y, aun habiendo mejorado sensiblemente, su situación le parecía insuficiente a la permanentemente insatisfecha primogénita de los Knochen. La guerra ya no iba a dar para más. Pensar que de cara a los próximos meses tendría alguna posibilidad de ascenso era tan irracional como creer que Alemania todavía podía ganar la contienda. El gran problema que tenía Erika se encontraba en su casa, en su propio dormitorio. Günther era un militar de carrera y, como la mayoría, con un sentido del deber muy acentuado. Él no iba a desertar, él no iba a acceder tan fácilmente a las peticiones de su esposa, por mucho que lo trabajara en la cama. No, ya llevaban casados demasiado tiempo como para que eso, por sí mismo, fuera un argumento. De aquel joven al que tentó en su casa el día de la pedida de su hermana Ursula ya no quedaba mucho. No en vano habían transcurrido más de ocho años desde aquello. Si nada lo impedía, en muy pocas semanas, meses a lo sumo, en Alemania se pasaría de cantar el *Die Fahne Hoch* a *La Internacional*. Y ella no se iba a quedar allí para entonarla. No. Además, ella jamás cambiaría la sinceridad de una mano abierta por la ocultación de un puño cerrado. La propia estética del saludo le parecía que no admitía comparación.

Günther seguía durmiendo. Siempre había sido más amigo de las sábanas que ella y no le había gustado tanto madrugar como a su mujer. Lo contempló con la luz del invierno que se colaba en la habitación. Había engordado. No se lo quería decir para no herirlo en su autoestima, pero la falta de actividad, unido a las comidas que se servían en la mansión y al alcohol que ingería, habían convertido el musculoso cuerpo del aviador en una caricatura de aquella estampa. Lo notaba sobre todo en la cama. Cuando hacían el amor la aplastaba contra el colchón hundiéndola en su propia miseria. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser aquel amante con quien quería

que los minutos se lentificaran, se espaciaron como si estuviera paladeando con parsimonia un Brezel. Ahora lo único que deseaba era que tardara lo menos posible.

Pero, a pesar de todo, lo quería. Era el padre de su hijo y le debía mucho, y no solo la posición que, aunque insuficiente, era buena; le debía todo, él era el responsable de haberla transformado durante muchos años en una mujer ilusionada y llena de expectativas, como la de llegar a acariciar la idea de convertirse en la primera mujer del Tercer Reich. Con un Führer sin descendencia, y un Goering en su ocaso político y militar, no hubiera sido una carambola tan difícil de conseguir. Sí, lo quería. Sin ser capaz de enumerar ni una sola de las razones que justificaran una afirmación tan trascendental como esa y siendo consciente de que su relación no aguantaría ninguna prueba, lo quería como se quiere a la gente, sin más explicaciones.

Y ahora era momento de tomar las riendas del matrimonio, quizá de forma menos disimulada que en las anteriores ocasiones, y salir de allí cuanto antes. Erika era una mujer resolutiva y arresgos para conseguirlo no le iban a faltar. Asimismo, quería salir con él. No le valía solo su libertad, quería también la de Günther. Aunque sabía que había tenido alguna aventura cuando se había encontrado alejado de ella, era consciente que todos los hombres las tienen y tampoco quería dramatizar. Además, nunca llevó a casa ninguna enfermedad. No por sus infidelidades iba a apartarle de sus planes. Hizo como todas, como seguro que también hizo su madre, mirar para otro sitio y no ver aquello que no se quiere ver. Y luego estaba Kurt. Su hijo tendría que tener un padre que lo educara.

Se acercó a la cama y le susurró al oído:

—Günther, ¿quieres que nos traigan el desayuno?

Necesitó moverlo para que reaccionara. La noche anterior había bebido más alcohol de la cuenta, y la cabeza tenía que pesarle demasiado. Parecía que estaba unida a la almohada como si esta fuera un imán y el cráneo de su marido una pelota llena de tornillos.

—Günther, vamos, despierta —repitió en voz muy queda, acariciando con sus palabras el lóbulo de su oreja.

El sobresalto con el que brincó de la cama hizo que su mujer hiciera lo propio.

—¿Qué pasa? —balbució alterado y con los ojos muy abiertos.

—Tranquilo.

Optó por no hablarle y emplear el lenguaje corporal. Lo abrazó y le frotó la mano por la espalda. Quería inspirarle tranquilidad y sosiego. Lo necesitaba, y él, aunque no fuera consciente de ello, la necesitaba todavía con mayor intensidad. Pero tenía que ser capaz de hacérselo ver.

La fuerte respiración con que se había despertado se iba serenando. Él le correspondió y los dos se fundieron en un fuerte abrazo.

Erika se acercó a su oído y le propuso algo que a Günther le pareció una buena idea:

—Mira, voy a llamar para que nos traigan el desayuno. No habrá champán, pero sí café, y además exquisito. ¿Qué te parece si mientras nos lo preparan te vas duchando y aseando? ¿Hoy no tienes nada por la mañana?

Sabía que ese sábado día 13 se encontraban de permiso todos los miembros pertenecientes al Alto Estado Mayor. Eso era muy relativo porque un militar de esa graduación nunca tenía descanso. Siempre debía estar localizable y a disposición de sus superiores.

Le dio un beso en la mejilla agarrando suavemente su cuello, más gordo que nunca.

Aprobó la propuesta asintiendo con la cabeza.

Lavado, afeitado, con ropa limpia y sin oler a alcohol, el marido de Erika parecía otra persona. Se asemejaba mucho al Oberst de la Luftwaffe Günther von Houten que Erika quería y necesitaba.

La pareja se había sentado a la mesa que tenía la habitación junto a la ventana, a la que la orientación sur brindaba una claridad que en ese momento era muy de agradecer. También lo necesitaba Erika. Todo menos penumbras. Las ideas tenían que quedar muy claras.

Después de servir azúcar en el café, Erika comenzó a hablar.

—¿Qué tal anoche?

Tuvieron que pasar unos segundos para que Günther cayera en la cuenta de lo que le estaba preguntando su mujer. Ella hizo como si ese lapso no hubiera existido.

—Muy bien, Erika, como siempre.

Ella sonrió y le acercó su cara posando suavemente los labios en los suyos.

—Günther, tenemos que hablar.

—Dime. —Su marido ya había empezado a morder un trozo de tarta Sacher que les habían servido en una bandeja de porcelana de Allach.

—Yo sé que eres un gran militar y me siento muy orgullosa de ti, pero ya ves cómo están yendo las cosas.

—Ya sé que las cosas van de mal en peor. —No podía afirmar lo contrario. La ducha le había sentado muy bien y no tenía ganas de, ante su mujer y en la intimidad, mantener una postura oficial.

Le cogió la mano y se la apretó suavemente.

—Günther, esto se está poniendo muy mal. Lo de anoche... ¿qué me tienes que decir de lo de anoche?

No sabía qué contestar. Optó por responder con sinceridad.

—¿Qué quieres que te diga? Yo también creo que se está volviendo loco.

Erika sonrió levemente, no pudiendo reprimir la satisfacción de escuchar esas palabras de boca de su marido.

—¿Te fijaste en las caras de los demás?, ¿en las de todos?

—Me fijé en la tuya y en la de muchos. Nadie lo va a reconocer y todos, públicamente, le van a dar la razón, pero lo que propone no guarda ninguna lógica.

—Nos tenemos que ir —le espetó, sin mediar ninguna palabra preparatoria.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —preguntó, cuidando de no elevar el tono de voz, que, como siempre, se mantenía en un susurro.

—Sí, Günther, sé que darías la vida por nuestro Reich, como yo, como la dará nuestro Kurt cuando llegue el momento, pero no de esa manera, no sin sentido. Militarmente tú lo sabes mejor que yo. Tampoco te pido que me cuentes aquello que no me debas contar, pero no hace falta ser un estratega para darse cuenta de la situación.

Günther sabía que tenía toda la razón. Efectivamente, él estaba al tanto del número de divisiones de reserva disponibles, del alcance real del *Volkssturm*, de la marcha de los proyectos aeronáuticos, de la inexistencia de un arma secreta suficientemente eficaz y determinante y que constituía, a la postre, la gran esperanza de la población. Ella tenía razón.

—Erika, ¿qué estás diciendo? —Le costaba un trabajo abrumador mostrar otra postura distinta a la que le marcaba su obligación.

—Estoy diciendo que desde hace algún tiempo estoy preparando nuestra fuga.

Fue oír la palabra y no poder evitar que su brazo se levantara y bajara con fuerza hacia la cara de Erika. Su juventud y sus reflejos hicieron que la mujer fuera capaz de agarrarle la muñeca. Se levantó de la silla y le golpeó con su mismo puño, clavándole los nudillos en la mejilla.

—¿Qué estás haciendo, héroe?, ¿qué haces?, ¿a ti también va a haber que llamarte Maier como al tonto de tu jefe?

Nunca habían tenido los ojos tan juntos. Ni siquiera cuando hacían el amor. Ni la vez aquella en la pedida de Ursula.

El alcohol ingerido todavía afectaba al cuerpo del Oberst. Erika no quiso desaprovechar la oportunidad e hizo lo que quería hacer. Empujó a su marido al suelo. No estaba bien sentado y, además, no se esperaba esa reacción de su mujer. Fue más fácil de lo que podía haber imaginado.

Sobre el piso, Günther von Houten no era nadie. Eso también lo sabía él. De hecho, ni siquiera intentó incorporarse. Parecía que esa posición era la suya. Su mujer tenía razón. Él era un héroe. Era un héroe del Reich. Lo que todavía no se había preguntado era qué quedaba del Reich al que juró fidelidad hasta la muerte.

Erika, que volvió a sentarse, contempló la patética escena del coronel de la Luftwaffe convertido en un fante y comprobó que su marido se ponía cada vez más pálido.

Se levantó raudamente y le ladeó la cabeza. Llegó justo a tiempo. Si hubiera tardado unos instantes más, podría haberse tragado su vómito.

Tras doblar por tres calles que, como toda la población, se encontraban desiertas, abandonaron el pueblo saliendo a un camino que se abría paso entre la alta vegetación. A los cinco minutos giraron por otro más angosto donde se marcaban en el suelo las roderas de algún carro.

La pesada puerta del establo cedió ante el fuerte empujón que le asestó Nicolette con su hombro izquierdo.

—Vamos, Teresa, pasa —la invitó en alemán.

Una vez que cerró la puerta a su paso, tras levantarla un poco ya que su peso había producido un cierto descuadre respecto al marco, Teresa descubrió que la única luz que entraba en el lugar se filtraba por la ventana que se abría en la parte superior, encima de la puerta.

El granero olía a animales, pero parecía que había solo un par de gallinas, que cacareaban de tanto en tanto.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—Me dijeron que me recogerían a las dos horas de dejarme. —Consultó su reloj de pulsera y calculó—. Todavía me queda más de una hora.

Nicolette asintió con la cabeza a la vez que le indicó con la mano que fuera hacia donde ella se encontraba. Miró la longitud de su falda y dudó de que pudiera subir por la endeble escalera de madera y cuerdas que trepaba a la parte superior del establo.

—¿Vas a poder subir? —señaló con los ojos.

—¿Quién eres tú? —Quiso averiguar sin contestar a su pregunta.

—Alguien que odia a los nazis. Alguien que quiere que esta guerra acabe, ¡ya! —enfaticó el adverbio.

En la primera frase hubo una palabra que no entendió, pero sí el contexto. Teresa estaba sorprendida con Nicolette. Tenía el aspecto de una niña con la determinación de una adulta. Le preguntó por su edad.

—En septiembre cumplí veintidós —respondió cuando escuchó la pregunta—. Llevo en esto desde que empezó. ¿Te gusta leer?

—Sí, si tuviera libros en español.

—Mi vida durante esta maldita guerra daría para escribir siete novelas. Algún día las escribiré. Vamos a subir —ordenó con determinación, pero con amabilidad—, arriba me siento más segura.

Las dos mujeres subieron los estrechos peldaños de la escalera de madera que conducía al pajar y la recogieron desde arriba, quedando aisladas de la entrada.

Teresa descubrió que aquello era algo parecido a una habitación. En una de las paredes, y colgados de unos ganchos oxidados, pendían unas anteojeras y dos

morrales de cuero sucio. Sobre el piso había dos jergones y una mesa con unas peras y dos botellas vacías.

—Problema de agua no tenemos. Bueno, no tengo —aclaró, al darse cuenta de su nueva situación—. Hay un pozo aquí al lado. Ahí dormía Antoine —indicó con el dedo al ver cómo Teresa exploraba con la vista la particular estancia.

—¿Hacía mucho que lo conocías?

—No, lo vi por primera vez cuando estuve en Madrid, a finales del mes pasado, cuando fui a buscar a tu suegro.

—¿Por qué querías buscar a mi suegro?

—Porque queríamos llegar a vosotros, a Luis y a ti. Anda, siéntate.

Las dos mujeres tomaron asiento, Nicolette en el suelo, apoyada la espalda a su camastro, y Teresa sobre el jergón que había ocupado Antoine.

Parecía que se estaban examinando con la mirada. No solo eran sus facciones lo que sus escrutadores ojos investigaban, era algo más, había un deseo taimado de adivinar las intenciones de cada una, así como sus estados de ánimo, sus perspectivas y las respuestas a las preguntas que ambas se iban a cruzar.

—Sé que es ridículo que estemos hablando en alemán, pero yo sé cuatro palabras de español y tú me dijiste que no sabías francés. No eres como Luis.

«¿Cuántas cosas más sabrá de mí?», se preguntó Teresa, a la que la situación le sobrepasaba. Quería mantenerse tranquila, pero era incapaz de conseguirlo. El gran problema que se cernía sobre ella era que tenía frente a sí a una persona que le había llevado una carta manuscrita de Mateo. Esa era una razón más que suficiente como para que le siguiera el juego. Por lo menos de momento.

Nicolette volvió a llevar el hilo de la conversación.

—Mira, Teresa, nosotros necesitamos una información de Carinhall. Es de vital importancia que accedamos a determinados datos que nadie puede conseguir desde fuera. Ni siquiera entrando con los carros blindados. ¿Entiendes bien mi alemán? —Hizo un alto para comprobarlo y corroborarlo—. Los alemanes lo queman todo cuando huyen. Lo hicieron en todas las ciudades de la Francia ocupada. Por supuesto, también en mi París. ¿Te he dicho que soy de París?

Encogiéndose de hombros, Teresa dudó con la cabeza sin comprender muy bien a qué venía esa aclaración.

—Cuando lo recuperamos en agosto no había una sola casa lujosa en todo París cuya chimenea no hubiera acallado demasiados secretos. En todas había restos de papeles quemados. Y si hablamos de los acuartelamientos, más todavía. Lo destruyen todo a su paso, no solo la vida.

Aunque entendía casi todas las palabras que escuchaba, Teresa no comprendía lo que le decía ni cuál sería su papel en eso, ni por qué tendría que colaborar con alguien desconocido.

—Yo estoy convencida de que Carinhall va a ser evacuada dentro de poco tiempo.

—¿Evacuada? —No conocía el significado del vocablo. Era patente que la

francesa hablaba el alemán mucho mejor que la española, a pesar de que esta última vivía en el país desde hacía cuatro años. Tenía un léxico mayor.

—Sí, que os iréis de allí, que la dejarán vacía.

—Eso no puede ser. Precisamente ayer el mariscal les enseñó a todos la futura...

—No sabía cómo se decía en alemán ampliación. Buscó otra forma de decirlo—: Ayer fue su cumpleaños. Les enseñó a todos unos mapas con un Carinhall más grande que van a construir junto al actual.

—¿Más grande? —preguntó incrédula Nicolette, que ahora había comprendido perfectamente lo que Teresa le quería decir.

—Sí. Ocupará dos veces la superficie actual.

Teresa se había expresado perfectamente, pero lo que ahora no entendía no eran sus palabras sino el fondo de la explicación. Parecía que se confirmaba lo que había oído de Goering y su cada vez más acentuado alejamiento de la realidad.

—¿Estás segura?

Asintió cerrando los ojos. Todavía tenía clavada en la retina la sacudida del cuerpo de Antoine cuando la bala le alcanzó la cabeza. «¿Qué hago yo aquí?», se preguntó súbitamente. Si la pillaran allí con esa mujer sería fusilada. Seguro.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Quieres que te cuente algo de Mateo?

Nicolette había impactado de lleno en el centro del interés de Teresa.

—¿Cómo se encuentra? —No pudo dejar pasar la oportunidad que se le presentaba.

—Yo no lo conocía de antes, pero encontré a una persona tranquila, acoplada, encajada —utilizó varias palabras para intentar que Teresa comprendiera bien la idea que le quería transmitir— en su ambiente, en su casa. Me dio la impresión de que es un hombre con mucha cultura y con una gran capacidad de asumir una situación especial. España se va a quedar sola. Es muy distinto a lo que se vive en Francia, hermanada, unida en el dolor con otros países ante un enemigo común. No, tu país se va a quedar solo en Europa. Si hubiera entrado en la guerra, como temíamos los franceses, ahora sería distinto. Pero la neutralidad, bueno, el no haber combatido directamente, os va a dejar aislados cuando esto termine. Franco será el último fascista en caer. Igual dura unos meses más que Hitler o que Mussolini, pero caerá.

—Pero yo no te he preguntado eso, te preguntaba por Mateo. Dime más cosas. Solo me has dicho que estaba bien. ¿Qué más os dijo?

—No estuvimos mucho con él. Jean-Claude, de la embajada, que me acompañó, y yo no pudimos estar mucho tiempo porque nos interrumpieron.

Teresa no entendió la última palabra; la incertidumbre quedó reflejada instantáneamente en la expresión de un rostro que Nicolette captó al instante.

—Sí, cuando estábamos hablando, llegó la policía.

—¿La policía?

Había oído que los métodos represivos que se empleaban al sur de los Pirineos no

distaban mucho de los que utilizaba la SS, o incluso la Gestapo. Ahora, al ver la cara que puso Teresa cuando la nombró, pudo comprobar el terror que infundía la mera pronunciación de la palabra.

—Sí, pero no pasó nada —intentó tranquilizarla—. Teresa, ten en cuenta que nosotros, Jean-Claude y yo, éramos extranjeros. Seguro que algún vecino avisó a la policía. En todos los regímenes dictatoriales —corría el riesgo de no hacerse entender, pero, para señalar la idea, no encontró palabras alternativas más fáciles de comprender— siempre habrá gente dispuesta a ganarse el favor de alguien delatando a algún vecino o compañero de trabajo, o a algún familiar, incluso.

Teresa, que había captado la idea general de las palabras de la francesa, recordó la traición de Erika a la sirvienta Heidi.

—Me pareció un hombre encantador. Seguro que habría sido capaz de haber estado todo el día con él, de haberme sentado en aquella mesa redonda del salón —ese detalle transportó a Teresa desde Templin hasta la Cava Baja— rodeada de vuestras estanterías llenas de libros, y charlar, hablar, durante horas y horas.

Se levantó y se acercó a Teresa, que seguía sentada en el lugar que Antoine utilizó de cama. Se arrodilló y se quedó frente a ella. Agarró su mano izquierda con las dos suyas y las cerró ejerciendo una ligera presión.

—Sé que Mateo no es tu padre, pero que tú lo quieres como si lo fuera, y que luchó contra el fascismo. Yo también lo estoy haciendo y he arriesgado mi vida muchas veces por aplastarlo, por acabar con él. Y no me importa. Tengo asumido, sé que cualquier día acabaré en medio de una calle con una bala en la cabeza, pero yo no puedo vivir con ellos. O ellos, o yo.

No podía asumir que alguien con aquella juventud, con aquella belleza, pudiera hablar con esa contundencia, con una claridad de conceptos impropia de su edad.

—Teresa, me tienes que dar información de Carinhall, lo que ocurre es que, con la muerte de Antoine, ahora todo es distinto. Mira.

Se levantó, diligente y segura, como todos sus movimientos, y se dirigió hacia la esquina del pajar. Allí metió las manos entre la paja y buscó lo que le quería enseñar. Cuando encontró la maleta, la sacó sujetándola por el asa.

La llevó al jergón y la abrió después de limpiarla someramente con la mano.

Los ojos chispeantes de Teresa se perdieron entre cables de varios colores, materiales y grosores; auriculares, lámparas, potenciómetros, interruptores, indicadores de control... Era evidente que nunca había visto un transmisor.

La francesa le aclaró qué era aquello.

—Son algo peores que las *Klamotten* alemanas de Telefunken, pero casi igual de eficaces —terminó diciendo.

Parecía que Nicolette disfrutaba con la cara que mostraba Teresa. Nadie que no estuviera relacionado con la misión había visto aquel artefacto.

—No te voy a preguntar si lo sabes manejar. El problema es que el único que conocía perfectamente su funcionamiento era Antoine. Yo sé encenderla y puedo

mandar alguna señal, pero ni sé manejar bien el libro de códigos, ni puedo evitar las...

Se quedó sin palabras. No sabía cómo se decía en alemán triangulaciones ni encontró una palabra alternativa para explicar el mecanismo por el que todos, tanto aliados como alemanes, interceptaban las emisiones radioeléctricas de los espías basándose en simples procedimientos radiogonométricos que localizaban los emisores de señales mediante ángulos; algo tan sencillo como cortar dos demoras.

—Ahora, esta maleta —concluyó, cerrándola con fuerza y con ganas contenidas de quererla tirar lejos de allí— no sirve para nada.

Miró desconcertada a Teresa. Quizá fue en ese momento cuando Nicolette tomó conciencia de que la misión en Carinhall tenía que cambiar, pues lo que la había llevado a aquel lugar era ahora imposible.

«¿Qué puedo hacer yo en Carinhall junto a esta mujer asustada?», fue la duda que la asaltó de repente, como si hubiera sufrido la irrupción de un comando experimentado en el establo.

—Sí, estamos todos bien. Y vosotros en Berlín, ¿qué tal?

Las palabras de Erika resonaban solitarias en el coqueto y recogido Jardín de Invierno, uno de sus lugares preferidos. Siempre se había preguntado por qué se llamaba así a un lugar que solo tenía un par de plantas. Se imaginó que recibiría ese nombre más que por la exuberancia de una vegetación natural, por el estampado de los sillones que acababan dando un aspecto vegetal a todo el conjunto.

Erika asentía a lo que Käthe decía.

—Sí, te tengo que mandar una foto de Kurt. Está muy cambiado. Aquí come muy bien y está todo el día al aire libre. Hace mucho ejercicio. Ahora está en su clase — los pocos niños que vivían en Carinhall formaban un pequeño grupo de estudiantes y un viejo profesor de Eberswalde, demasiado mayor incluso para cargar con un Máuser, iba algunos días para enseñarles aritmética, geografía, historia alemana y música.

—Muy bien, Käthe, no te preocupes que en cuanto tenga la foto de Kurt te la hago llegar para el álbum que me dices.

Después de escuchar sus últimas palabras se despidió como si aquello fuera una conversación telefónica entre dos amigas que viven felices en un período de prosperidad, en la inopia durante una guerra o en la realidad de una situación donde las palabras había que medirlas, porque las escuchas que se realizaban desde el edificio de seguridad eran algo más que una leyenda de las muchas que circulaban dentro de los muros de la mansión. Evidentemente, las dos mujeres ejercitaban, y muy bien, la tercera alternativa.

Erika se quedó pensando en la foto de Kurt. Käthe lo hacía muy bien. Le estaba reclamando la foto de Günther, la que necesitaba para el pasaporte falso que les tenían que preparar. La de Günther y la de ella. Ese tema no estaba en absoluto solucionado. Hacía ya unos días que Käthe se las había requerido. Desde entonces no había logrado ningún avance. Habían pasado dos días desde que intentó hablarle, después de la fiesta de cumpleaños del Reichsmarschall, pero no consiguió nada más que evitar que le vomitara encima. Günther se estaba deteriorando y, como otros muchos militares en circunstancias similares, comenzaba claramente a abusar de la bebida.

Una de las ventajas del Jardín de Invierno era su disposición. Se encontraba al principio del ala de servicios, como si fuera la última estancia de la zona noble, a muy pocos metros de la biblioteca particular de Goering y de su despacho, pero también podría entenderse que era la primera de la zona de servicio. Por tanto, por la puerta que se encontraba a su izquierda era habitual ver entrar y salir a las camareras y limpiadoras. Sus movimientos delataban, en muchas ocasiones, llegadas de

comitivas, recepciones no anunciadas, incluso malestares de alguno de los miembros de la primera familia de la mansión.

Intentaba en vano leer un libro que había tomado prestado a Ilse, la ayudante de la bibliotecaria de Carinhall. No era capaz de concentrarse. A veces, los libros se convertían en un conjunto inconexo de letras sin ningún sentido.

Sin embargo, sucedió algo que provocó que saliera del letargo en el que se encontraba sumida. La morena, la camarera española, la tal Teresa —que para colmo dormía con su marido en un lugar totalmente inadecuado para lo que eran, personal de servicio, justo debajo de donde lo hacían Günther y ella—, acababa de salir por la puerta blanca acristalada, que aislaba sutilmente los ambientes gracias a unas cortinas tupidas, camino de la gran galería. Fue verla y llegarle a la cabeza la mejor idea que había tenido en los últimos días. Sí, ella le iba a solucionar uno de sus problemas. Era cuestión de esperar. Si había cruzado la puerta en un sentido, lo más normal era que regresara por el mismo sitio. Paciencia. Eso era lo que necesitaba, aquella virtud que parecía no estar hecha para ella.

No se equivocó y, al cabo de unos minutos, posiblemente pocos de reloj aunque muchos de sensación, apareció nuevamente Teresa con la bandeja, ya vacía y en posición vertical. No esperó a que abriera la puerta para acceder al pasillo que conducía a la zona de los sirvientes, «a la suya», pensó Erika.

—¡Teresa! —pronunció su nombre en voz alta.

Sorprendida por lo inusual de la llamada, la camarera se detuvo.

—Señora, ¿desea algo?

—Sí, por favor, ¿puedes venir?

Siempre que Teresa cruzaba alguna palabra con la mujer de Günther von Houten le volvía a asaltar el recuerdo de la que fuera su ocurrente compañera Heidi. No podía evitar que los latidos de su corazón aumentaran, y procuraba mantener la calma, aunque jamás lo conseguía.

—¿Quiere que le traiga algo? —se ofreció cuando llegó a su lado.

—Sí, Teresa, te quería pedir algo especial, un favor personal.

Aquello sonó absurdo. No se podía imaginar que una mujer como Erika le pidiera algo dentro de un marco de confidencialidad, como si fueran camaradas, compañeras de una causa común. Algo le decía que si era bueno para Erika sería malo para ella.

—Dígame.

—Me haría mucha ilusión poder hacer una foto privada a nuestro hijo Kurt.

El rostro de Teresa mostraba recelo. ¿Quería tomar una foto a su hijo y por eso se dirigía a ella? No, eso no guardaba ninguna lógica.

—Lo que ocurre —continuó diciendo— es que tanto Günther como yo queremos huir de los convencionalismos. Queremos que sea algo entre nosotros, ¿sabes?; Kurt es un chico muy tímido y si pedimos una sesión de fotos oficial o si lo llevamos al estudio de Hoffmann, es posible que se asuste y no salga como es él. ¿Me explico?

Aunque hubiera alguna palabra que no entendiera, se hacía comprender

perfectamente. Tanto como para saber que lo que le estaba contando era algo que de puro enrevesado se convertía en inverosímil. Kurt era un chico normal que no cambiaría de actitud porque se encontrara en un estudio fotográfico. Siempre tenía la misma cara de inexpresividad. Esa no podía ser la razón. A sus tres años, pocas veces lo había visto sonreír.

—Entiendo —se limitó a contestar.

—Por eso, Teresa, te quiero pedir un favor. Sé que tu marido, *Herr Molero* —jamás llamaría así a Luis, nunca antes lo había nombrado de esa forma y con ese respeto—, hace fotos, y además tengo entendido que es un gran fotógrafo.

Tampoco podía ser verdad. Era más que dudoso que ella estuviera al corriente de la calidad de los trabajos fotográficos de Luis que, efectivamente, contaba con una Exakta y con una Agfa Billy de fuelle que formaban parte de su material de trabajo y que en muchas ocasiones había utilizado en público allí, en la mansión. Por tanto, Erika lo habría visto con ellas. Aun así, no se creía para nada la explicación que había recibido.

—¿Podrías prestarnos una máquina y darnos un carrete?

Nunca se lo hubiera imaginado. Erika von Houten pidiéndole una máquina de fotos para retratar al tímido Kurt. Cuando las cosas, dentro de lo ilógico que era ese mundo, se volvían aún más disparatadas, debía de ser por razones poderosas. La alemana era una mujer con ansias de subir peldaños, y si podía ascenderlos de dos en dos, mejor todavía; pero bajarlos, nunca.

—Tendría que hablar con mi marido. Se encuentra fuera. Me dijo que vendrá mañana martes.

—Muy bien, Teresa, muchas gracias. ¿Sabes cuál es nuestra habitación, verdad?

Sabía perfectamente que Teresa era una de las mujeres que llevaba años haciéndola.

—Sí, señora. En cuanto lo vea se lo digo. Y, si acaso, que hable con usted.

—Teresa, hablar, podemos hablar, pero lo que quiero es la máquina y un carrete nuevo. ¿Entendido?

Cruzó la puerta que separaba el Jardín de Invierno del corredor donde se encontraba la cocina y que terminaba en las habitaciones del servicio.

Erika se mostraba satisfecha. Parecía que el asunto de la foto se iba a solucionar en breve. Dudaba de que Teresa le fuera a negar ese favor. Sabía la fama que tenía; la temían. Tenía que marcar su territorio y son los débiles los que acaban pagando esa superioridad, y, en Carinhall, los Von Houten ocupaban una posición de privilegio que había que remarcar. Toda guerra tenía sus víctimas. En el campo de batalla y también fuera de él.

El único problema lo tenía con su marido. Ahora tenía que convencerlo de que se adhiriera al plan de huida que estaba diseñando.

Teresa llegó a la cocina y vio a Gertrud amasando harina en la mesa de mármol blanco que tenía para desarrollar esa tarea.

—Gertrud, me gustaría volver a Templin.

—¿Otra vez?

—Sí, es que la niña esa de la que te hablé es preciosa. La cuida su abuela porque sus padres murieron en un bombardeo en no sé qué ciudad. Ya no me acuerdo. ¡Pobrecita! Querría verla. ¿Sabes si va a ir alguien para allá?

Gertrud quiso adivinar la razón por la que tenía tanto interés en ver a esa niña. Se le pasó por la cabeza que pudiera tener un amante.

—¿Qué pasa, Teresa, te ha vuelto a bajar la regla?

Hacía tiempo que había aprendido el significado en alemán de aquella palabra. Se la enseñó, como muchas otras, precisamente Gertrud, durante aquellas largas charlas en la cocina en los primeros tiempos de residencia en la mansión, allá por el año 1941.

Movió la cabeza, esta vez con un ligero barniz histriónico en el asentimiento.

—Anda, no te preocupes, eso sí, procura estar aquí a la hora de la comida. De todas formas, si pregunta alguien por ti, diré que no te encontrabas bien y que te has ido a tu habitación.

—Gracias, Gertie.

Salió de la cocina y torció a la izquierda para recorrer el pasillo de las habitaciones de sus compañeras del servicio y llegar al paso elevado que la cruzaría por el patio norte sin tener que salir al exterior. De allí alcanzó en unos instantes su habitación. El medio queso que había logrado coger de la cocina la estaba esperando. Nicolette se lo agradecería.

—¿Lo conoces?

—¡No! —respondió, como si la pregunta fuera sacrílega—. El bunker de Goering no lo limpiamos nosotras. Ahí no ha entrado ninguna. Lo hemos comentado...

No sabía cómo se decía en alemán expresamente.

—En alguna ocasión lo hemos hablado las que limpiamos —terminó diciendo.

—Y está construida entre dos lagos.

—Sí, la residencia tiene uno a cada lado.

Llevaban un rato hablando de Carinhall. Nicolette seguía con su particular confinamiento en aquel establo donde la muerte prematura de su compañero de misión la había recluso; y Teresa había vuelto, dos días después, a visitarla, esta vez llevando consigo medio queso de cabra, bacalao en salazón y unos dulces algo duros, verdaderos manjares de supervivencia para una persona instruida en pasar necesidad y vencerla.

Nicolette hizo una pausa en las preguntas y decidió que sería una buena inversión emplear diez minutos en hablarle de las matanzas que habían realizado los nazis sobre poblaciones civiles. Salieron los nombres de Tulle, Putten y Oradour, entre otros. La última barbarie que conocía había tenido lugar en la población belga de Bande. Teresa escuchaba sus palabras con el terror dibujado en su rostro. No podía imaginar que aquellos militares tan amables y de modales tan educados que visitaban la mansión fueran los responsables de aquellas masacres.

—Venga, vamos a seguir, me habías dicho que tenía bolera. No me lo puedo creer.

—Pues la tiene, ya te lo he dicho. —Teresa no había dejado de pensar en toda aquella pobre gente indefensa asesinada cobardemente por todo un ejército armado—. Está situada —prosiguió— en el ala de servicios y me cuenta alguna compañera que no hay manera de dormirse hasta que terminan de jugar, porque el ruido de la bola al rodar y de los bolos al caer hace retumbar las paredes y ellas duermen justo encima.

—¿Y es verdad que tiene tantos cuadros como dicen?

—No sé lo que dicen, pero los sótanos están llenos de cajas con cuadros y tapices, principalmente. También hay cuberterías, vajillas, cristalerías...

—Pero ¿no tiene los cuadros colgados en las paredes?

—En las paredes ya no cabe nada. Cuando llegamos, a finales del año cuarenta, ya había muchos, pero todos los que había estaban... —no sabía decir «exhibidos», lo cambió por otra palabra—, colgados. Se podían ver. Luego fueron llegando más y más. Camiones enteros. Había días que llegaban por la mañana y por la tarde.

—Tu marido lo sabe muy bien.

Teresa interpretó esas palabras como un reproche, y quiso conocer su alcance.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la española.

Nicolette se había dado cuenta de lo que había dicho nada más terminar de pronunciar la última palabra.

—He querido decir que tu marido se ha visto obligado a tener que colaborar en semejante robo. Para nosotros, Luis es un prisionero de guerra, y tiene la misma culpa que cualquier preso que se ve obligado a trabajar para el enemigo. La misma. Las rejas, Teresa, no siempre son barrotes visibles.

Agarró la mano de su invitada.

—Gracias por lo que me has traído. De verdad. Sin ti, no sé qué haría aquí.

—Ya me las has dado. No te preocupes. Ya sabes que en todo lo que te pueda ayudar, puedes contar conmigo.

Efectivamente. Esa era la cuestión. Nicolette había llegado a las inmediaciones de Carinhall con una misión concreta: intentar obtener la relación de los lugares donde la Luftwaffe había instalado las bases de lanzamiento de las V-2. Las fuerzas aliadas no se habían enterado de que esa arma, a diferencia de las V-1 que sí eran consideradas responsabilidad de la Luftwaffe, dependía de la Wehrmacht, por lo que era muy difícil que en Carinhall hubiera alguna información de interés.

Nicolette había recibido una instrucción adicional, que para Pascal no era complementaria sino exclusiva: la de conseguir las fichas del mayor número posible de oficiales, jefes y generales del Reich para tener una situación de privilegio en las negociaciones que se llevarían a cabo a la hora de repartirse la Alemania derrotada. El servicio secreto próximo a Stalin, el NKVD —el Narodny Komissariat Vnutrennik Dyel, el cual cursaba órdenes a Pascal, detalle que este siempre omitió a Nicolette—, quería situarse en una posición predominante, y poseer la mayor información del enemigo constituía una base de negociación muy valiosa. Los aliados sabían que cuando entraran en la Cancillería, en Obersalzberg, en Leipziger Platz, en la Casa Parda de Munich o en Carinhall, no iban a encontrar los archivadores intactos y a su disposición, con una relación nominativa y completa de los expedientes con todas las acciones militares, todos los nombres de los implicados, sus historiales castrenses, fotos y datos personales... No, eso era algo más que una utopía. Simplemente era imposible.

El plan consistía en que, cuando tuvieran la primera de las dos informaciones, la de las V-2, Antoine la transmitiría para que fuera recibida por las fuerzas aliadas. Cuando se cumpliera ese objetivo, teóricamente habrían terminado. Por lo menos eso era lo que Antoine creía. Habría llegado el momento de la espera. No tenían diseñado ningún plan de rescate. Pensar que los aliados iban a montar un operativo para sacarlos de allí no había entrado en ninguno de los supuestos de trabajo. Eso lo sabían todos, incluidos Antoine y Nicolette. Pero los dos hablaban alemán y no deberían tener problemas para mezclarse con la población civil y esperar la llegada de las fuerzas de liberación. No dudaban del comportamiento correcto de las tropas

americanas, inglesas, canadienses o francesas con los civiles. Del Ejército Rojo, incluso Nicolette tenía alguna reserva.

Lo que Antoine no sabía era que su compañera se uniría a las tropas que llegarían por el este. Sus amplios conocimientos de ruso le servirían cuando lo requiriera el momento.

Pero ahora el plan tenía que cambiar.

—Teresa, ¿es muy difícil entrar en Carinhall?

—¿Difícil? Yo creo que sí. Para entrar en la finca hay que atravesar unas puertas metálicas que están vigiladas. Por lo menos siempre que yo he pasado por ellas, que han sido muchas veces —agregó, para ampliar la información—. Otra manera de entrar, supongo, será por el campo. Pero desde los jardines de la mansión siempre se ven soldados...

Se quedó sin palabras. No sabía cómo decirlo y optó por realizar un ejercicio de mímica imitando el movimiento de un soldado con su ametralladora.

—¡Patrullando! —exclamó Nicolette en alemán.

—Será —imaginó Teresa, satisfecha por haberse hecho entender—. También hay torres con soldados armados. Nicole, yo veo muy trabajoso entrar allí. Además, una cosa es entrar en la finca y otra muy distinta es entrar en la casa.

La francesa entendía lo que le intentaba transmitir Teresa. Efectivamente, una cosa muy distinta era intentar llegar a la orilla del lago y otra radicalmente opuesta acceder a la información que ella quería.

Teresa Ruiz Montes nunca antes se había encontrado en una situación semejante. Parecía que se hallaba en lo alto de una ola —esas que solamente había visto en colores en algún cuadro del Museo del Prado, porque a su edad todavía no conocía el mar y sabía de él exclusivamente por referencias—, y que era transportada hacia donde el viento, las mareas o los dioses disponían. Ahora aparecía un nuevo reto en su vida. Ayudar a esta mujer, que se arriesgaba hasta el límite para obtener una información que podría servir, si no para ayudar a determinar el nombre del vencedor, algo que no dudaban en la intimidad ni los nazis más confesos, sí para adelantar el final. Sí, estaba ante una nueva oportunidad de seguir siendo fiel a sus principios, que no eran otros que la justicia y, sobre todo, la paz.

—Yo te puedo ayudar, Nicole. Será difícil y lento, pero poca gente se puede mover en Carinhall mejor que yo. Además, no seré yo sola. También Luis será capaz de ayudar en lo que pueda. Cuenta también con él.

Era lo que Nicolette quería escuchar y lo había dicho sin que se lo tuviera ni siquiera que insinuar. Para la francesa, el plan seguía vigente en toda su extensión. La muerte de Antoine incluso le había dejado un inesperado campo libre, la liberación de un compromiso no imprescindible para su Partido.

Se acercó a Teresa y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias otra vez. Sé que eso que vas a hacer por mí puede ser peligroso.

Sabía muy bien qué quería decir en tiempo de guerra la palabra peligroso. Ella

pensaba que todavía le quedaban muchas cosas por hacer en esta vida y no se veía capaz de adoptar la imagen de despreocupación y desapego que parecía mostrar la francesa.

—No te preocupes, Nicole, de verdad, no te preocupes por mí.

Miró el reloj.

—¿Cuánto te queda para marcharte?

—Los soldados me dijeron que pasarían otra vez por Templin sobre las dos. Hemos quedado en la plaza. Tenemos menos de media hora. ¿Qué es lo que quieres que averigüe?

Era la gran pregunta con que Nicolette había soñado. Que alguien con acceso a toda la mansión se ofreciera de esa forma tan abierta e ilimitada superaba el mejor de sus deseos. No podía fallar. Tenían que ser unas instrucciones claras, precisas, fáciles de trasladar y de asumir, y muy sencillas de cumplir.

—Vamos a ver, Teresa. —Pegó un salto y dejó la postura sentada a lo buda con que había permanecido mientras la escuchaba—. Comencemos por el principio. Espera.

Se dirigió hacia su mochila y sacó un pequeño cuaderno y un lápiz.

—Lo primero, ¿qué forma tiene Carinhall?, ¿cuadrada, rectangular?

—Yo soy muy mala dibujando pero haré lo posible. Tiene dos patios. Parece una inmensa letra «E».

Nicolette no pintaba con precisión, jamás sabría plasmar sobre un papel una expresión de felicidad, un gesto de dolor, una naturaleza muerta o el esplendor de un atardecer, pero podría decirse que era una verdadera experta a la hora de trazar un croquis.

En unos minutos, y gracias a las explicaciones de Teresa, había dibujado un esbozo de lo que era la mansión de Goering.

—Bien, dime Teresa, ¿dónde está su despacho?

Lo señaló con el dedo, muy cerca de la segunda puerta. Nicolette pintó una G y la rodeó con un círculo.

—¿Y los despachos de los ayudantes? Este hombre tiene que tener muchos. Me imagino que todo su Estado Mayor tiene que tener uno, y serán varios, por lo menos diez.

—No sé cuántos son, pero están en la parte superior de la galería que hay junto a su despacho y la biblioteca. No los he contado, pero hay varios.

Se llevó el lápiz a la boca y se quedó pensativa. Sus ojos estaban realizando un análisis de la situación. No cabía duda alguna de que todo el material que necesitaba estaba allí, en el despacho de Goering y en el de sus ayudantes. La cuestión ahora era qué le podía pedir a una mujer como Teresa. Por su condición de limpiadora tenía acceso a esas estancias, pero una cosa era que pudiera entrar, y otra muy distinta que tuviera tiempo y tranquilidad para recabar informes.

—Teresa, ahí hay información para poder llevar ante la justicia a cientos o miles

de criminales. No podemos dejar que la destruyan cuando abandonen aquello.

—No creo que lo abandonen nunca, ya te he contado lo de la ampliación.

Nicolette entendía que el mundo de Teresa era una unidad muy reducida. La española se había quedado, si es que alguna vez tuvo otra percepción, corta de mente a la hora de valorar la evolución de la guerra. Seguía pensando que Carinhall no iba a ser evacuado, que se constituiría como un castillo inexpugnable. No tenía mucho sentido perder el tiempo explicándole lo contrario.

—Bueno, por si acaso lo evacuan alguna vez, dime, ¿tienes acceso a esos despachos?

—A los que están en el piso superior sí, siempre están abiertos. Los militares no siempre están allí. Viajan mucho y creo que están más en Berlín que en la mansión. El de Goering casi siempre está cerrado, pero algunas veces me llaman para limpiarlo. A mí o a otra compañera.

Miró con inquietud el reloj.

—Me tengo que marchar —resolvió Teresa.

—Sí, no te entretengas.

Una vez las dos se hubieron incorporado, la francesa la agarró por los hombros y la miró muy fijamente.

—Teresa, nos tienes que ayudar. Necesito que escribas la mayor información que puedas conseguir de las fichas de los militares que encuentres. Si hay alguna foto de grupo, intenta quedártela, ya sabes, de graduaciones, de cenas, con las mujeres. Los militares casi siempre van con uniforme y de ahí obtendremos sus rangos. Cuando esto termine todos van a decir que eran soldados y que cumplían con su obligación para eximir su responsabilidad en los crímenes y expolios que han cometido. Esas fotos los van a delatar. Recuerda también que en los historiales van a figurar datos tales como estatura, color de ojos y de pelo, edad... Eso no lo podrán cambiar. Podrán engañar en el lugar de nacimiento, pero no en lo demás. Toma nota del empleo, si son jefes u oficiales, y, si puedes, también de dónde han combatido. Dentro de muy poco esa información servirá para que la muerte de muchas personas no quede impune.

Con la certeza de que la última palabra no la había entendido, aunque sí el significado de la frase, le dio dos besos en las mejillas y la abrazó fuerte contra su cuerpo.

Sin salir a la calle, bajó junto a la puerta del establo y le dio las gracias por el queso.

—No sé cuándo voy a poder venir. Intentaré traerte algo de comer.

—Si puedes, bien, pero más me va a alimentar lo que te he pedido. Ya ves que mi cuerpo —en alusión a su estatura y complexión— no necesita comer mucho. Algún día te contaré que quise ser actriz de cabaré.

En otro momento tendría que contarle muchas cosas, incluso estaba convencida de que podrían llegar a ser amigas. Teresa era una buena persona que había accedido

gustosa a colaborar en una misión tan delicada como útil.

Cuando la vio marchar por la ventana que se abría sobre la puerta de la entrada, tuvo la rara sensación de que, desgraciadamente, aquella podía ser la última vez que la viera. Lo que le había pedido era, casi literalmente, suicida.

El domingo 21 amaneció con la confirmación de la noticia que había empezado a circular el día anterior por todo Carinhall: Varsovia había caído. En esos días, por el oeste, las tropas aliadas habían destruido las unidades alemanas que habían entrado en acción durante la ofensiva de las Ardenas. Mientras, por oriente, el Ejército Rojo había alcanzado el Báltico. Las ciudades alemanas de Magdeburgo, Hanau, Hannover, Nuremberg, Ludwigshafen y, sobre todo, Hamburgo, estaban sufriendo bombardeos demoledores e inclementes llevados a cabo por la aviación inglesa y americana. Los de Berlín ya habían dejado de ser noticia. Las fortalezas volantes aliadas destruían, día y noche, todo tipo de instalaciones militares, aeródromos, puertos, estaciones de ferrocarril y centros de comunicaciones. El ejército alemán empezaba a encontrarse al borde de la inmovilización.

Pero la liberación de la capital polaca, la primera nación que fue invadida por el Tercer Reich y que provocó el inicio de la contienda, suponía no ya un duro golpe militar, sino un demoledor revés moral. El primer país que había sido derrotado por la fuerza había conseguido zafarse del dominio nazi. Sobre las almas de un sinnúmero de polacos muertos, la esvástica había dejado de ondear en Varsovia.

Erika parecía una leona enjaulada. Todo iba con retraso.

La criada española le había dicho que su marido volvería el martes 16, pero ya era domingo 21 y todavía no había regresado. Le había preguntado a Günther, pero casi ni le hablaba. Se pasaba todo el día encerrado en su despacho, continuamente al teléfono dando gritos y recibiendo. En alguna ocasión le había preguntado por Luis Molero y su respuesta había sido una mirada vacua. Tampoco había sido capaz de contarle que necesitaban hacerse una foto para los pasaportes, y en ocasiones se preguntaba si su marido sería el compañero ideal para el viaje que ella, con el pequeño Kurt, estaba dispuesta a iniciar.

A paso perezoso se dirigió hacia el ala de servicios donde se encontraban los dormitorios de los niños, ya que, excepto Edda, dormían todos juntos para favorecer la relación entre ellos. Erika vio que ya se habían levantado y estaban desayunando en el comedor adyacente a la cocina.

—Mamá, han dicho que después de desayunar nos van a sacar a dar un paseo hasta la puerta de la entrada —dijo Kurt con ilusión ya que, por climatología y por seguridad, no podían salir todos los días.

—Abrígate bien, que esta mañana hace mucho frío. El sol engaña.

Levantó la mirada y posó sus ojos sobre los de Ruthy, el aya de los niños.

—Ruthy.

Como si un soldado raso hubiera oído su nombre de labios de un general, Ruthy dejó de ayudar a una niña que rezongaba por no querer tomarse el tazón de leche, y

casi se cuadró ante la mujer del Oberst, el recuerdo de Heidi estaba presente en todas las personas del servicio.

—Dígame, *Frau* Von Houten.

—¿Esta tarde van a ir al cine?

El edificio contaba con una sala de proyección dotada de cincuenta butacas, situada debajo del Cuarto de Música, en el sótano, en la parte central de la mansión.

—Sí, señora. La proyección está prevista para las cuatro. El título —aunque no se lo había preguntado, quiso ofrecerle el máximo de información— no lo sabemos todavía, pero será una de las que ha programado el doctor Goebbels, de las de Wien Film, imagino. —La mujer sospechó que sería una nueva reposición de *Hitlerjunge Quex*, pero prefirió ahorrarse el comentario.

—Bien. Continúa.

La niña no necesitó que el aya la volviera a animar a coger el tazón. Comenzó a tomarse la leche sin levantar la vista del cuenco y sin mostrarse mohína. La presencia de la mamá de Kurt aterraba incluso a los más pequeños.

Después de dar un beso a su hijo y saludar con la mano al resto de niños y niñas, regresó por el mismo pasillo hasta llegar a la galería. Pensó en darse un baño, pero no tenía ganas de encontrarse con la mujer de algún otro militar. No tenía que olvidar que su marido no era general, sino coronel, y esa diferencia se palpaba en el ambiente y en las conversaciones de las mujeres.

Al terminar de atravesar la galería se cruzó, precisamente, con Teresa, que bajaba con un cubo de agua de la zona de los despachos.

—Buenos días, señora.

Erika se ahorró el saludo y directamente le preguntó:

—¿Sabes si hay alguien en la piscina?

—Yo vengo de limpiar unos despachos, pero antes pasé por allí y no vi a nadie, pero no miré en los vestuarios.

Asintió con la cabeza como prueba de conformidad, aunque habría agradecido mayor precisión en el comentario.

«Voy a bañarme —determinó, con seguridad—, me da igual si me encuentro a alguna o no», fue su conclusión. Giró hacia las escaleras, y al llegar al primer piso escuchó la voz de su marido que salía de su despacho. Tenía, como siempre, la puerta abierta. Se quedó unos instantes pensando en si le apetecería entrar y darle un beso, pero no, prefirió evitar asperezas y fricciones esa mañana. Los últimos acontecimientos estaban terminando de sacarlo de quicio, y a ella también. «Menos mal que Kurt está poco tiempo con nosotros», pensó con alivio.

Erika se encaminó por el largo pasillo —que tenía como única iluminación dos pequeñas ventanas situadas al principio y al final del mismo— en el que se encontraban las habitaciones de los huéspedes, donde estaba la que Günther y ella ocupaban desde hacía ya cuatro años. «Demasiado tiempo para considerarnos huéspedes», reflexionó.

Minutos después, tras cambiarse en uno de los cinco vestuarios y tras comprobar que no había nadie en su interior —las mujeres preferían cubrir el tedio en el Salón de Señoras—, las templadas aguas de la piscina fueron acogiendo poco a poco, escalón a escalón, el cuerpo de Erika, hasta que se sumergió por completo, sintiendo un profundo abandono. Estaba harta. Hastiada de la que en su día le parecía una inmensa mansión y que hoy le resultaba asfixiante, cuando no infame. Le irritaba ver a Emmy, con sus moños y su ropa de señora de ochenta años, y también el gordo morfinómano y a toda su corte de aduladores ditirámicos, que lo único que querían de él era un favor, aunque ya ni eso. Aburrida de ver a todos y a todas, incluso a la limpiadora española, con esa melena negra ondulada y esos vestidos tan prietos que desataban las miradas de todos a su paso como si fuera una ramera en celo, y esas sonrisas lúbricas de los hombres cuando la veían pasar. «Sí, esa puta algún día me las pagará», se juramentó mientras metía la cabeza dentro del agua y al sacarla veía cómo, silenciosa e inerte, una de las esculturas romanas que adornaban el contorno de la piscina la contemplaba en callada complicidad.

Terminó de lavar la lechuga en la fuente y la guardó bajo el chaquetón como si fuera un arma que no quisiera que alguien descubriera. No le gustaba salir del establo porque el peligro se incrementaba exponencialmente a cada paso que daba desde la puerta de su vivienda circunstancial. Pero tenía que comer y beber, y al menos la suerte se había alineado a su favor al haberse refugiado en un lugar que tenía agua próxima. Se reía al pensar que era una mujer con suerte. En el fondo sí. Hubo muchas compañeras que no pudieron vivir la liberación de París. De la capital francesa o de su ciudad, o del pequeño pueblo donde nacieron y en el cual los alemanes dejaron su huella, ya fuera dejando mujeres viudas a su paso, como tomando cuerpo en un crío de dos o tres años de edad. Sí, se consideraba una joven con suerte, aunque llevara más de cuatro años fuera de su casa, aunque François y Thierry hubieran rendido a la patria su último tributo en una fría noche de noviembre del año 1940.

Pero ahora no tenía más remedio que esperar. Había conseguido lo más difícil, encontrar la manera de entrar en un lugar que jamás hubiera imaginado. Eso era lo más complicado. Ya había establecido contacto, parecía que había convencido a Teresa, y tenía un plan de actuación. Ahora tocaba esperar. Ese era el siguiente paso. Comenzó a desbrozar la lechuga y se preguntó por qué no habría aprendido a manejar un radiotransmisor. «Total, ¿qué más da?, no son las posiciones de las bases de lanzamiento de las bombas volantes lo que me ha traído a este maldito país», concluyó con convencimiento.

Por su parte, Teresa vivía angustiada. Desde que había recogido el encargo de Nicolette no paraba de buscar la ocasión de intentar entrar en los despachos de los generales, pero no era capaz de conseguirlo. La limpieza de la mansión estaba organizada por turnos, y los despachos no le tocaban esos días. El de Goering era el

más complicado porque casi nunca estaba vacío. Normalmente lo ocupaba el mismo Reichsmarschall, o bien Robert Kropp, su ayudante, o bien *Fräulein* Limberger, su secretaria; siempre había alguien. En muchas ocasiones era Kropp el que se encargaba personalmente de la limpieza del lugar. Paciencia. Teresa sabía que también tendría que aprender a esperar. Pensaba en la francesa y se decía que ella sí que tenía paciencia, todo el día encerrada en un establo esperando a que ella apareciera. Dedujo que su situación era mucho mejor que la de Nicolette.

Después de ver pasar a todos los niños que subían correteando por las escaleras desde el cine —aunque Ruthy intentaba que mantuvieran un orden, no siempre lo conseguía—, se dirigió hacia su habitación. Había terminado su turno y quería descansar un poco. Estaba nerviosa, Luis le había dicho que regresaría a Carinhall el martes y ya era domingo.

Cada vez que se marchaba con todo el grupo de Hofer sentía un desasosiego que crecía conforme avanzaban los meses. Aunque él no quería contar nada de lo que hacía ni de lo que veía, en la cocina se escuchaban comentarios sobre los bombardeos que estaba sufriendo toda Alemania y sobre lo peligroso que resultaba cualquier movimiento por un país que se estaba encogiendo. Ya eran siete jornadas las que llevaba fuera. Además, todos, absolutamente todos los días se encontraba con la hierática e inexpresiva figura de Erika von Houten, que parecía perseguirla. Aunque siempre le preguntaba por el regreso de Luis, Teresa sabía que lo único que le interesaba era saber cuándo iba a tener disponible la máquina para hacer la foto que quería de su hijo; y ese interés cada vez le resultaba más raro a la española.

Llevaría tumbada en la cama menos de media hora cuando escuchó un sonido que la inundó de ilusión y esperanza. El rugido de unos potentes motores parecía que se estaba apoderando del patio principal. Salió de la habitación y corrió hacia el final del ala de invitados atravesando la puerta que se abría justo al final del pasillo. Necesitaba comprobar si Luis por fin había vuelto.

Ya había anochecido. El golpe de frío que notó al salir al exterior fue compensado con la visión del convoy de cuatro camiones con las tenues luces de guerra encendidas. Vio bajarse de la primera unidad una silueta que reconoció al instante.

Sin más miramientos se abalanzó sobre su marido dándole un abrazo que casi los llevó a caer al suelo. Luis la intentó calmar:

—Teresa, tranquila.

—Ahora sí que estoy tranquila —afirmó, mientras le daba un beso en los labios sin preocuparse de si eso estaba bien o mal, si era lo que había que hacer o si tenía que guardar unas normas de conducta en público.

Luis le devolvió el beso con frialdad, algo que, evidentemente, no pasó desapercibido a su mujer.

—Venimos de Hamburgo.

—¿De Hamburgo? —remarcó extrañada Teresa—. Pero si dicen que esa ciudad está siendo bombardeada todos los días.

—No sé si todos los días. Solo te digo que de allí salimos cinco camiones, y ya ves los que hemos vuelto.

No hacía falta que los contara de nuevo, al salir había visto que eran cuatro vehículos los que llegaban.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te acuerdas de Fritz Maria Küper?

—¿El marido de Irma, la de Salzburgo?

Luis no corroboró asintiendo lo que ya se estaba imaginando su mujer.

—No me digas...

No terminó la frase. Por la puerta principal, presa de un ataque de nervios, Irma salió chillando el nombre de su marido. Al girarse vieron cómo se arrodillaba a los pies del oficial al mando de la expedición, que quiso ayudarla a incorporarse, pero sus intentos fueron en vano. La mujer se abrazaba a sus botas como queriendo asirse al recuerdo de su marido.

Teresa dejó a Luis y corrió a consolar a su compañera, que no paraba de gemir pronunciando palabras incoherentes.

Poco a poco fueron saliendo más personas al exterior. La noticia de la pérdida del camión con sus ocupantes se había propagado con rapidez.

Una vez que Irma se incorporó, ayudada por varias personas del servicio, entre otras Irene y Teresa, el oficial llamó a Hofer y a Luis, que se encontraban juntos comentando la reacción de Irma, y les sugirió que vaciaran el cargamento.

—Luis, ¿te importa organizarlo? Yo creo que tiene que quedar algo de sitio en el sótano que hay bajo el Salón de Señoras, el contiguo a la maqueta del tren —le aclaró Hofer, señalando con la mano al extremo del ala de la biblioteca.

El convoy había transportado un nuevo cargamento de cuadros, y llegó con la noticia de la muerte de tres personas. Otros tres civiles que se habían dejado la vida en un bombardeo, el goteo mortífero de las incursiones aéreas.

—Era el último del convoy.

Luis se acababa de lavar un poco. Teresa le había llevado una tortilla de un huevo —las restricciones ya empezaban a llegar a Carinhall— y un trozo tierno de queso de oveja. Se encontraba sentado en la cama y masticaba el último pedazo que tenía en la boca.

—Nunca había oído caer una bomba tan cerca. Por metros, Teresa, por muy pocos metros no acertaron en mi camión. Yo esta vez iba en el penúltimo, aunque casi siempre Hofer viaja en el primero y yo en el último. Esta vez era el de Fritz María el que cerraba la caravana. Me he salvado de casualidad. Y encima tenemos que pensar que ha habido suerte porque el impacto fue nada más terminar de cruzar un puente. Si las bombas hubieran caído un momento antes, lo habrían derribado y todos los camiones se habrían caído al precipicio.

Teresa lo escuchaba mientras le acariciaba el cuello. En su recuerdo inmediato persistía todavía el momento en que sentaron en la cocina a Irma para prepararle una

infusión que ni llegó a probar.

Un golpe seco en la puerta de la habitación les sobresaltó. Luis la miró como quien ve a un fantasma. En su cabeza se repetía el recuerdo del camión perdido produciendo un sonido virulento, la amplificación del terror.

Fue Teresa la que abrió sin preguntar. No le habría extrañado que fuera ella, si los últimos acontecimientos no le hubieran impedido razonar.

—Teresa, ¿le has dicho ya a tu marido lo de la cámara? —quiso indagar Erika, sin pestañear y mostrando su rostro más duro y ambiguo, como si tuviera una máscara de cera por cara.

Una vez que salió de la habitación de los españoles con la Exakta y con un carrete Adox de doce exposiciones fue a la suya y esperó a que llegara Günther.

A las dos de la madrugada, y cansada de esperar, se volvió a vestir y salió a buscarlo a su despacho.

Subió por las escaleras que se situaban al lado de la puerta del despacho de Goering que, como siempre, se encontraba cerrada, y rápidamente distinguió la luz del despacho de Günther. Se paró en el umbral y tuvieron que pasar unos instantes para que él se diera cuenta de que había llegado su mujer. La vio al levantar el codo para apurar la copa de ginebra que se había servido; Erika no se quiso preguntar cuántas podría llevar.

Ni siquiera cuando percibió su presencia le habló. La miró como quien observa un cuerpo al que ya se está acostumbrado y por el que hace un tiempo infinito que dejó de tener interés.

Se limpió la boca con el dorso de la mano. Tenía la *Feldbluse* desabotonada y, gracias a la luz del flexo, Erika pudo observar que una de las mangas estaba manchada. El rostro se le había demudado hasta mostrar una expresión ajada y enfermiza.

Ella optó por el silencio, lo que entendió Günther como una pregunta.

—¿Que qué estoy haciendo? Ya ves, contando bajas. No hago otra cosa que escuchar desgracias. Me llaman para pedirme refuerzos, para demandarme material, para informarme de desertiones, de incursiones del enemigo... ya ves, Erika, todo son alegrías. Y mientras, el imbécil ese, mirando dibujitos y coleccionando pipas bávaras. *Heil Hitler!* —farfulló con desprecio levantando el brazo con un movimiento irreflexivo como si fuera el de un látigo.

El tono de voz, el tipo de conversación y lo entrecortado de sus palabras llevaron a pensar a Erika que Günther había ingerido mucho más alcohol del habitual. Lo que acababa de decir podía costarle muy caro a él y, por añadidura, a ella.

—Vamos, Günther —manifestó mientras abandonaba el umbral de la puerta y se dirigía hacia el sillón en el que se había recostado su marido—, estás agotado.

Se situó detrás y, aprovechando que no tenía abrochado el botón superior, le hundió sus manos en la espalda a través de un cuello sudoroso y tenso, e intentó masajearlo con suavidad. Él se dejó.

—Günther, estás haciendo por Alemania más que todos los generales de la Luftwaffe juntos. Estás cumpliendo con tu deber más allá de lo excesivo. Tienes que descansar, así no puedes seguir.

Por el rabillo del ojo no pudo evitar fijarse en la botella de ginebra. Estaba casi a la mitad. Por el olor que desprendía su marido, perfectamente la podía haber abierto

esa noche.

Un piloto rojo situado en la parte inferior del disco del teléfono comenzó a parpadear.

—Llevan así toda la tarde y toda la noche. Después del toque de queda le quitan el sonido y anuncian así la llamada, con esa puñetera luz roja que tengo clavada en la cabeza —y diciendo esto, se llevó el dedo índice a la sien como si estuviera posando una pistola.

Lo cogió.

Erika se separó de él y optó por sentarse en uno de los sillones que tenía enfrente. Por lo que podía deducir de la conversación, la llamada procedía de un aeródromo cerca de Oppeln, y el problema que le estaban transmitiendo, por las palabras de Günther, era de combustible.

Con un «mañana lo tendréis allí, aguantad», colgó el teléfono.

La contempló con una expresión vacía de vida y con una mirada agotada e inexpresiva. Quizá sería por la iluminación, pero a Erika le pareció entrever unas incipientes bolsas bajo los ojos.

—Acabo de prometer tres mil litros de combustible para el aeródromo de Oppeln.

Se quedó callado, como esperando que su mujer le preguntara algo sobre lo que acababa de decir.

—Erika, no tengo combustible para mandar.

La cara de Günther era una mezcla de impotencia, de abatimiento y de pena. Nunca lo había visto así, parecía que se encontraba a punto de ponerse a llorar. Todo un coronel de la Luftwaffe desesperado, sentado en el sillón de su despacho en Carinhall, la palanca más codiciada para todos los que querían hacer carrera en el arma de aviación y lucir en las hombreras de su uniforme los cordones trenzados en plata y estrellas de oro sobre fondo carmesí, que indicaban su pertenencia al Estado Mayor. Todo un coronel enfangado en responder a las súplicas que llegaban desde cualquier coordenada, de unos compatriotas que estaban muy cerca de su propia muerte.

Se miraron fijamente. No pasaron más de diez segundos antes de que volviera a encenderse el piloto rojo. Desde la centralita del complejo le volvían a pasar una llamada.

Al igual que si hubiera sido un movimiento coreografiado y ensayado durante muchas sesiones, a la vez que Günther alargaba el brazo para descolgar el auricular, Erika se ponía en pie. La pregunta «¿diga?», con la de «¿te espero en la habitación?», se cruzaron.

Sobre las cuatro de la madrugada de ese domingo entró Günther en la alcoba. Encendió la luz sin importarle que su mujer pudiera estar dormida. No lo estaba. La cara que había puesto su marido para decirle que no tenía combustible le impedía conciliar el sueño.

No le dijo nada y optó por levantarse para ayudarle a desvestirse. Tenía

problemas para mantenerse erguido y se tambaleaba ostensiblemente. Erika lo desnudó y lo acompañó al baño para que intentara orinar; no lo consiguió. Lo llevó a la cama y lo ayudó a tumbarse, pero al flexionar las rodillas su cuerpo cayó sobre el colchón como si fuera un peso muerto.

—Günther, necesitas relajarte, verás cómo lo consigo.

Después de ponerlo de lado, apagó la luz y comenzó a acariciarle el pecho, dibujando con su mano movimientos circulares y susurrándole al oído palabras tranquilizadoras. Su respiración fue calmándose y espaciándose.

Intentó ofrecerse y metió la cabeza por debajo de la sábana buscando su parte más sensible, pero al cabo de unos minutos, y después de darse cuenta de que el sonido del placer no eran más que unos ronquidos estentóreos, optó por girarse e intentar dormir.

Hacía mucho tiempo que Erika no lloraba.

Al día siguiente, lunes, uno de los sargentos ayudantes que estaban destinados en la mansión les anunció una reunión.

—Señora —se excusó el Unterfeldwebel—, me han mandado para comunicar a su marido que tiene orden de asistir a la reunión del Alto Estado Mayor que se va a celebrar en la Sala de Reuniones al mediodía.

Eran las once de la mañana. Tenía tiempo más que suficiente de ayudarle a recomponerse para que pudiera asistir e informar y, sobre todo, informarse de cuantos más detalles mejor. Erika seguía con su idea y albergaba la esperanza de que la obstinación de su marido fuera vencida con el tiempo. Era lógico, tampoco le podía culpar de ser un buen alemán y de llevar hasta el final la doctrina de la que todos, la primera ella, se habían imbuido, y luego presumido y ensalzado hasta la saturación mental propia y ajena.

—Günther —le susurró al oído, entendía que esa tenía que seguir siendo la forma de conseguir lo que quería—, vamos, tienes que levantarte.

La resaca era palpable. Además, el poco tiempo que dedicaba a dormir, las preocupaciones en que se habían convertido las súplicas que recibía, y que era incapaz de solucionar, y el insomnio que trataba de combatir con el alcohol, le estaban deteriorando la salud.

Abrió los párpados, que parecían dos compuertas de acero. Seguía teniendo la mirada nublada. Erika, que se había tumbado en la cama junto a él, le dio un beso en la mejilla.

—Vamos, Günther, te voy a acompañar al baño.

Como buenamente pudo, lo ayudó a incorporarse mientras le calzaba las zapatillas de forro gris que utilizaba cuando estaba en su habitación. Le ayudó a orinar y al terminar aprovechó para llamar a la cocina y pedir que les trajeran tres cafés.

—¿Cómo que solamente nos pueden traer dos cafés?

Alguna camarera la informó de que habían recibido orden de que solamente se sirviera una taza de café diaria por persona.

—Dígame ahora mismo con quién estoy hablando.

Se hizo un silencio al otro lado del auricular.

—Repito, exijo saber su nombre —chilló Erika.

Tras repetirse el silencio, la voz de la mujer que atendía a la esposa del Oberst, aventuró, lacónica:

—Señora, veré lo que puedo hacer.

Aunque la ducha era para él, tal fue la participación de la mujer que acabó empapándose ella también. Lo secó y fue por una silla para sentarlo junto al lavabo, así descansaría mientras lo afeitaba.

Allí, con la cara envuelta en la espuma blanca, Erika aprovechó el momento para proseguir con su acción. La constancia era una de sus virtudes. Conocía el proverbio chino de la pertinaz gota de agua y la resistente roca.

—Günther, lo estás haciendo muy bien. —Por la postura, su marido no alcanzaba a verse en el espejo, por lo que su mirada estaba clavada en uno de los azulejos blancos de la pared del cuarto de baño—. Estás manteniendo el compromiso y la disciplina que juraste, y nos tenemos que sentir orgullosos. Si todos en Alemania hubieran sido como tú, hace años que viviríamos en paz, la paz de nuestro Führer.

Metió la cuchilla bajo el chorro del grifo del lavabo y quitó la espuma.

—Sabemos, Günther —prosiguió con el afeitado—, tú más y mejor que nadie, que las cosas no están saliendo como nos imaginábamos. Dentro de unos días se van a cumplir doce años del momento en que Alemania despertó, pero nuestro país y nuestra forma de gobernar han suscitado demasiadas envidias en el extranjero. Cariño —le dio un beso en la mejilla que ya había rasurado, mientras que él seguía callado y escuchando, o haciendo que escuchaba—, nos quieren destruir. Quieren apoderarse de nuestra cultura, y no lo vamos a consentir. Nadie. Lucharemos hasta el final.

La cara había dejado de tener espuma y, tras peinarlo, lo levantó de la silla para que se mirara en el espejo.

—Mira —mostró señalando al reflejo—, este es mi Günther.

En efecto, volvía a parecer otro.

—Vamos a desayunar. —Miró el reloj que tenían en la mesilla de noche y comprobó que todavía quedaban veinte minutos para que comenzara la reunión que les habían anunciado—. Te vas a tomar tres cafés.

—¿Tres? —preguntó, extrañado. Esa fue la primera palabra que pronunciaba en esa mañana.

—Sí, te vas a tomar los tres cafés, y ya verás cómo te despejas. Vas a estar muy bien en la reunión.

Mientras daba el primer sorbo, Erika quiso rematar la perorata que había iniciado en el cuarto de baño.

—Günther —le agarró la mano que tenía libre—, creo que el enemigo llega con una violencia que nosotros, los alemanes, desconocemos. Si llegara el momento, tenemos que pensar en Kurt. Él tiene que vivir para poder reconstruir lo que nosotros igual no somos capaces de terminar. Él es nuestro futuro. Y nos necesita, Günther, nos necesita a su lado.

Tras dar el tercer sorbo, le preguntó qué quería.

—Quiero que vivamos los dos con él.

Como si fuera la primera vez que la miraba en toda su vida, con unos ojos extraños que llegaron a impresionarla, se limpió la boca con la servilleta de hilo que reposaba perfectamente doblada en una de las esquinas de la bandeja que habían llevado desde la cocina y le volvió a preguntar sin dobleces:

—Erika, ¿qué quieres?

Era su momento. «Ahora o nunca», pensó.

—Quiero hacerte una foto de paisano para un documento que va a prepararnos una amiga.

Se lo dijo así, sin mediar ningún nuevo rodeo. No podía esperar más y entendía que ese era el mejor momento. Günther la miró sin que se adivinara qué sentimiento transmitían sus ojos, como si fuera una de las múltiples figuras de escayola que decoraban los jardines de Carinhall.

El pestañeo fue la mejor señal que pudo recibir Erika de que su marido, de pie y con el uniforme en perfecto estado de revista, seguía vivo.

Se acercó a su cara y le dio un beso en la mejilla:

—¿Tienes una máquina?

Sin mediar más palabras, la mujer se dirigió al armario y sacó la Exakta y el carrete. Se los mostró, lo que le provocó una pequeña sonrisa y un asentimiento imperceptible.

—Luego nos hacemos las fotos.

Fueron las últimas palabras que pronunció antes de abrir la puerta y dirigirse a la reunión para la que había sido convocado.

Si no fuera porque eso solo era el principio de un plan que se adivinaba embrollado y confuso, de consecuencias impredecibles, Erika habría gritado, habría saltado y habría abierto la ventana para anunciar al mundo que, por fin, había conseguido que su marido diera un primer paso en su misma dirección.

La reunión del Alto Estado Mayor era una oportunidad inmejorable para los planes de Teresa. No todos los generales tenían despacho en Carinhall y acudían allí cuando los citaba Goering para celebrar alguna conferencia.

Siguiendo los consejos de Nicolette, se disponía a aprovechar la ocasión que se le presentaba. Sabía de la convocatoria por los encargos que se habían recibido en la cocina. Los generales y asesores del Reichsmarschall, a la vez que discutían, planificaban y organizaban, también comían y bebían, aunque exclusivamente té y café, jamás una bebida alcohólica, por lo que desde primera hora de la mañana se tuvo que preparar el Salón de Reuniones con unas mesas auxiliares donde se irían sirviendo jarras con las bebidas y fuentes con panecillos, dulces y mermeladas.

Una vez se hubo servido la primera tanda de comida y bebida, Teresa hizo todo lo posible por retrasar la vuelta a la cocina y se quedó en el piso superior, donde se celebraba la reunión a puerta cerrada. Allí se encontraban todos los despachos que podrían guardar la información por la que Nicolette estaba poniendo en peligro su vida. Reflexionó un segundo y se dio cuenta de que no solo Nicolette se estaba arriesgando.

El primero que estaba libre era el de Von Greim, pero estaba cerrado con llave y ella no disponía de copia, y no era procedente solicitársela a *Fraulein Grundtmann*, una de las mujeres más influyentes en Carinhall. El segundo pertenecía al Oberst Günther von Houten, «el marido de Erika» pensó rápidamente, como si fuera mucho más importante el papel de la mujer que el del asesor de Goering. Ese sí estaba abierto.

Sin vacilar, entró en él. Dudó un instante en si cerrar la puerta, pero si el coronel regresaba a buscar algo durante la reunión y la sorprendía allí —no era la primera vez que había visto a alguno de los asistentes a una conferencia abandonarla temporalmente para buscar datos o información en sus despachos— no tendría excusa. Prefirió adoptar el papel de lo que era, la sirvienta que recoge lo manchado y limpia el polvo.

El lugar de trabajo del Oberst era bastante espartano. Allí solo había dos cuadros, seguramente elegidos por Goering entre los que su marido le seleccionaba, una mesa de trabajo llena de papeles de todos los tamaños y colores, y de mapas plagados de rayas, números y siglas. Los miró pero no entendió lo que allí estaba escrito.

Detrás del sillón de su mesa se alzaban unos archivadores, y a la derecha, una estantería con libros y carpetas. No dudó dónde encontraría lo que tenía que buscar. Después de echar un último vistazo a la puerta, comenzó a extraer los cartapacios y comprobar su contenido.

Erika tenía una alegría contenida. Ya había arrancado a Günther el compromiso

de las fotos; de momento, nada más. Lo conocía muy bien y sabía que una cosa era que se hiciera unas fotos y otra muy distinta que aprobara y se sumara a su plan de fuga sin poner objeciones. Todo dependería de cómo fuera la reunión de hoy. Las conclusiones que extrajera podrían condicionar su estado de ánimo, y este ser la espoleta que activara la detonación que ella esperaba se produjera en su forma de pensar.

Caminaba por el corredor que unía el ala central, la de invitados, con la sur, la de la biblioteca, y pensó en ir a desayunar al Salón de Señoras, donde seguro encontraría algún corro formado por las otras mujeres que vivían en la mansión, pero no le apetecía estar allí y oír las mismas bagatelas y chismorreos de siempre.

Dio media vuelta y encaminó sus pasos hacia el Jardín de Invierno, su pequeño rincón, donde seguro seguiría el libro que dejó a medias. Desde allí pediría el desayuno, y luego buscaría a Kurt que, dado que la mañana era fría pero soleada, habría salido a jugar a los jardines. A Ruthy le gustaba mucho llevar a los niños a la zona de los embarcaderos del Großer Döllnsee y hacer concursos de ver quién lanzaba las piedras más lejos.

Tuvo suerte. En el tercer archivador que consultaba apareció un conjunto de fichas de militares con foto de uniforme cosida con una grapa en la parte superior derecha. Teresa no entendía de graduaciones, pero le pareció que, por la edad y por lo adornados que estaban los cuellos y la gorra de los retratados, tenían que ser militares importantes. Junto a un buen número de expedientes, más de treinta, repletos además de datos donde figuraban fechas y ciudades, también aparecieron cuatro fotos. Dos de ellas eran las de promoción que ya había visto colgadas en algún otro despacho, en las que salían muchas caras, y otras dos eran de unos grupos de hombres, también de uniforme, en una comida o cena.

Erika, al pasar por la antesala desde la que arrancaba el pasillo de las habitaciones del ala de invitados, sin saber muy bien el porqué, decidió subir a la primera planta donde se encontraba la Salade Reuniones y los despachos de los generales y de su marido. Al pasar junto al de Günther, oyó un ruido y se asomó a la puerta.

Cuál fue su sorpresa cuando se encontró de espaldas a la sirvienta española —el pelo y la manera de caerle el uniforme la hacían reconocible desde cualquier ángulo — colocando un archivador en una estantería.

—¿Qué haces aquí?

Los hombros de Teresa pegaron un latigazo que casi la llevan a elevarse unos centímetros del suelo. Se volvió para comprobar lo que ya sabía.

—Nada —respondió en español.

Sorprendida por la contestación, Erika repitió la misma palabra de la cual desconocía su significado.

—¿Nada? ¿Qué quiere decir nada? —repitió la pregunta.

—No hacía nada, señora. Había entrado a retirar lo sucio —Teresa había vuelto al alemán.

Los ojos de Erika se posaron donde acababan de hacerlo los de la española, en el vaso vacío que había junto a la botella de ginebra.

La mujer del Oberst la miró fijamente. Había algo que no cuadraba.

—Y si has entrado a retirar el vaso, ¿qué hacías ahí? —señaló con el dedo a la librería.

—Porque he visto que los archivadores estaban algo fuera de las estanterías y no quería que cogieran polvo —fue lo que se le ocurrió decir, además, en un alemán fluido, tanto que hasta se sorprendió ella misma.

Erika asintió.

—Pues coge el vaso y vete de aquí —ordenó, señalando con la cabeza a la puerta.

—Sí, señora.

Lo colocó en la bandeja y formuló una pregunta última.

—Señora, con la botella, ¿qué quiere que haga?

No hizo falta que Erika tuviera que abrir la boca para que Teresa entendiera lo que tenía que hacer. La dejó donde estaba y salió ligera por la puerta.

Una vez que Teresa se hubo alejado, se acercó a la librería y cogió una de las carpetas que podía haber tocado. La abrió y comprobó que contenía órdenes cifradas con las correspondientes traducciones. A pesar de ser teóricamente inteligibles, no dejaban de ser un conjunto de signos, iniciales y números. Algo carente de sentido para un ajeno como ella o como sería Teresa. Para la mujer del conservador de pinturas, aquello era información críptica. Seguro. «¿O no?», de repente pensó. «¿Y si esta mujer fuera una espía?», siguió razonando. Era evidente que Carinhall constituía un magnífico lugar para obtener información sobre el estado de la guerra. Una parte de las maniobras militares, del planteamiento de las batallas, de la distribución de las fuerzas, en concreto de las aéreas, habían sido proyectadas, discutidas y ejecutadas entre esas paredes. «No, una espía aquí, no», no se creía lo que de repente había podido descubrir. «¡Delante de todos nosotros!, ¡delante de mis narices, de mis propias narices!». Comenzaba a acalorarse. Dejó violentamente el archivador y cogió otro. El segundo contenía mapas. Desplegó uno de ellos y comprobó que estaba lleno de flechas, fechas y números. Rayas que no entendía, pero que no entendiera ella no quería decir que no tuvieran su significado militar, seguro. El tercero estaba prácticamente vacío, solo incluía las fichas de dos militares, de dos Oberst, como era su marido. «Un archivador vacío... no es posible», pensó, hasta que permitió que sus palabras pasaran del cerebro a su boca:

—¡La muy puta! —profirió en voz alta a la vez que estrelló con toda la rabia que pudo emplear el archivador contra la mesa.

«Y esa información, ¿qué estará haciendo con ella? —siguió pensando—, hasta

que se la dé a sus contactos de fuera, la guardará en algún lugar de aquí... ¡En su habitación!, ¡claro, en su habitación!, ¿quién va a limpiar la habitación de una limpiadora? —se preguntó—, estoy segura de que allí no ha entrado nadie desde que llegó la maldita parejita».

Su cara había enrojecido por la cólera y sentía que iba a estallar de un momento a otro.

«Y mientras todos estos gilipollas se empalman al verla con su pornográfico uniforme marcando su culo de puerca, ella está mandando información al enemigo». La cadena de razonamientos la enervaba por segundos. «A los comunistas, a los ingleses, a los americanos, ¿para quién trabajará? —se seguía cuestionando—, ¿para los partisanos?».

Incrédula, perturbada y atacada por una repentina taquicardia, miró atónita la cantidad de archivadores que descansaban en las estanterías del despacho de su marido. Luego, se dirigió rauda al despacho que tenía al lado, que pertenecía a uno de los generales, también del Alto Estado Mayor. Si en el de Günther podía haber cuatro filas, en ese otro el número era todavía mayor.

Y sin vigilancia alguna. Era normal. Carinhall era un lugar de muy difícil acceso para alguien que quisiera penetrar desde fuera. La entrada estaba vigilada día y noche por soldados armados, en muchos casos acompañados de perros —era muy normal escuchar sus ladridos en los silencios de las noches en vela—. Además, por la propia morfología de la finca, con los dos lagos al norte y al sur, se hacía muy difícil que alguien ajeno llegara al edificio.

—Ya juré que me las pagaría —quiso decir para sí pero su pensamiento se plasmó en palabras.

Tenía que llamar a su marido. No podía dejar pasar ni un minuto, pero tenía que hacerlo con sigilo. «Ahora estará guardando las pruebas de su delito, pero sé dónde las va a tener y no quiero darle pistas», razonó.

Günther se encontraba en la reunión y ella no podía entrar allí y reclamar su presencia. No así, no tan fácilmente, pero sí sabía quién lo podía hacer.

Al salir del despacho adyacente al de Günther y bajar las escaleras, se volvió a cruzar con Teresa que volvía, todavía con la bandeja en la mano y el vaso encima, del ala en la que se encontraba su habitación. «Me lo ha puesto muy fácil», pensó Erika, avivada por sus deducciones.

No se cruzaron palabra ni mueca de saludo.

Giró a la izquierda y, por el Cuarto de Vitrinas, llegó al despacho del Reichsmarschall. Estaba la puerta abierta, por lo que supuso que alguien habría. Esperaba que fuera él.

Efectivamente, no estaba en el despacho, pero sí en la biblioteca particular. El asistente de Goering estaba limpiando el globo terráqueo de casi un metro de diámetro.

—Robert —se alegró al comprobar que estaba la persona a quien buscaba—,

necesito que entre en la reunión del Alto Estado Mayor y avise a mi marido.

—Señora, sabe usted que no se puede molestar a nadie en una reunión de ese tipo.

—Robert, esto es un asunto de interés nacional. Tiene que avisar a mi marido inmediatamente. Lo hago responsable a usted —le señaló, amenazante, con el dedo índice— de las consecuencias que su actitud pueda acarrear para el Tercer Reich.

Eran unas palabras muy trascendentales y no quiso añadir más complicaciones a las muchas que, según intuía, iba a tener en breve por el devenir de la contienda.

—Voy ahora mismo, señora.

Dejó el trapo del polvo y le pidió que lo acompañara.

—Tengo que cerrar...

Erika no asintió, pero se dirigió a la puerta de salida para abandonar, con él, la estancia.

Lo siguió hasta el piso superior y allí esperó junto a la puerta donde se celebraba la reunión.

Robert se compuso la chaqueta, se miró los zapatos para comprobar que brillaban, y miró a Erika con recelo. Llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, tras unos instantes entró cerrándola al pasar.

No transcurrió más de un minuto hasta que salió un Günther interrogante sobre las razones que habían podido llevar a su mujer para sacarlo, por primera vez según recordaba, de una reunión del Alto Estado Mayor. Sin que pronunciara palabra, le espetó en voz queda:

—Günther, la camarera española es una espía.

Frunció las cejas como si hubiera oído un sonido nuevo, como si sus ojos estuvieran contemplando un animal desconocido, una situación irreal.

—¿Teresa?, ¿una espía?

Lo primero que sintió Erika fue una punzada en el vientre cuando comprobó que su marido, rápido y sin dudar, conocía perfectamente cuál era su nombre.

—Veo que sí sabes muy bien cómo se llama.

—Pero ¿por qué dices eso?

—La he visto en tu despacho. Decía que estaba limpiando.

No entendía lo que estaba sucediendo. Su mujer lo acababa de sacar de una reunión donde se estaba valorando la situación del frente oriental para decirle que había visto a una criada limpiando en su despacho. Hacía mucho tiempo que Carinhall se había convertido en una cárcel para Erika y, además, con los planes que fraguaba, con lo de la foto que le había pedido esa mañana, estaba empezando a pensar que los acontecimientos mellaban la tranquilidad de la que siempre había hecho gala su fría y calculadora mujer.

—Por favor, ¿qué es lo que ha pasado?

Günther no la creía, y menos allí, de pie, delante de la puerta de entrada a la Sala

de Reuniones. Miró hacia su despacho y le pidió entrar en él.

—Mira, ven conmigo.

Entraron los dos y ella se dirigió hacia la estantería donde se encontraban los archivadores.

—Dijo que había venido a recoger el vaso que utilizaste ayer por la noche y la encontré al lado de esos archivadores.

Günther se encogió de hombros. No sabía adónde quería llegar ni por qué lo hacía, pero quería darle el beneficio de la duda.

—Dime exactamente dónde se encontraba.

Erika se dirigió hacia donde había visto a Teresa cuando entró.

—Estaba aquí —concretó, mientras se situaba, más o menos, donde la había visto de pie al asomarse al despacho de su marido.

El Oberst se dirigió despacio hacia donde le indicó su mujer, mirando los archivadores como deseando que hablaran y le contaran lo que había pasado. Quizás ellos le darían más luz que la que estaba arrojándole su esposa.

Extrajo uno de ellos y lo abrió. Era el de mapas que había visto antes su mujer. Hizo lo mismo que ella y extendió uno sobre las montañas de diferentes alturas que se alzaban en su mesa, pequeñas y grandes torres con papeles de diversas procedencias. Tras una nueva mirada a lo que ya conocía perfectamente, le dijo:

—Erika, este mapa no dice nada a un espía. Mira, todo esto es información pasada. Aquí vamos apuntando la evolución de una batalla conforme nos van suministrando información. Este documento solo tiene valor histórico. Igual algún día acaba siendo expuesto en un museo, pero para un espía...

—Günther, ¿me vas a decir que no hay nada aquí que pueda valer al enemigo?

Nunca había visto así a su mujer. Su cara, habitualmente inexpresiva, se había tornado en la de un ser desequilibrado y malintencionado. Erika siempre se había mostrado como una persona muy inteligente. Sus apreciaciones eran sutiles y sus puntualizaciones perspicaces.

Efectivamente, allí había muchas informaciones que podían servir a los aliados, como por ejemplo las ubicaciones de los aeródromos y sus dotaciones de material, la localización de las baterías antiaéreas, la situación de los, cada vez menos numerosos, contingentes de cazas y bombarderos, y datos sobre el personal de la Luftwaffe.

Al pensar en esto, instintivamente cogió el archivador que estaba junto al que acababa de tomar.

Al abrirlo casi se desmaya. Las piernas le temblaron y la vista pareció nublarse.

Estaba vacío. Bueno, solo había dos fichas. Faltaban todas las demás, y también unas fotos, no recordaba cuántas, que estaban dentro de unas fundas transparentes.

Agarró con toda la fuerza, al límite del daño, la mano izquierda de Erika.

—Tienes razón, aquí faltan los expedientes de compañeros. Y fotos, fotos de todos nosotros juntos.

Como si quisiera reafirmar las palabras que acababa de pronunciar, volvió a decir:

—Los expedientes, faltan los expedientes. Ahí está todo lo que han hecho durante la guerra. Son sus historiales militares.

Erika alargó el cuello y, a pesar de la gravedad del momento, se alegró de que hubiera sido él mismo el que llegara a idéntica conclusión que ella. Ahora no era un presentimiento. Era la constatación de una realidad. «Dije que algún día me las pagaría —pensó—, y ese momento ha llegado hoy». Rápidamente comenzó a desplegar la cadena de acontecimientos que se iban a desarrollar en los instantes siguientes: el registro, las lágrimas cuando se declarara culpable de alta traición, en el juicio sumarísimo que tendría lugar, en las detonaciones, en su cuerpo tirado en el suelo, desfigurado por las balas que le habrían destrozado la cara. «Tendré que hablar con los soldados para que apunten más alto —siguió pensando—, seguro que me hacen caso».

Teresa se encontraba comiendo en el comedor de servicio junto a sus compañeras cuando la conversación que mantenía todo el grupo se vio interrumpida por la presencia, tan inusual como inquietante, de cinco soldados y un sargento, mandados todos por el coronel Günther von Houten.

No hacía falta que nadie le dijera la causa de aquella aparición. Ninguna de las siete personas que estaban comiendo en ese momento unas judías verdes podía tener tan clara la razón de aquella perturbación de la normalidad como la española.

Antes de que alguien abriera la boca, antes de que alguna la llegara incluso a mirar, fue la primera que dejó los cubiertos sobre el plato. Ese gesto no la delató, porque los que habían entrado en el comedor sabían muy bien a quien buscaban, pero sí que hizo que los demás pensaran que ella sí conocía la razón por la que esos soldados habían entrado en un lugar donde jamás entraba la tropa.

—¡Teresa!, ¡levántate! —gritó con furia el sargento que comandaba a los soldados.

No fueron sus modales lo que más le dolió, sino el empujón que le dieron y cómo la miraron todos cuando casi la tiran al suelo en el momento de levantarse.

—Vamos, ¡deprisa!

No le dijeron adónde iban y sintió que todo se había caído como si fuera un castillo frágil construido con mondadientes. Se arrepintió de haber ayudado a alguien en quien no debió confiar. No sabía nada de aquella francesa, y una carta de Mateo, aunque hubiera comprobado que la había escrito él, no era razón para dejar solo a un hombre bueno que siempre había estado a su lado.

La condujeron a mitad de camino entre el andar ligero y la carrera lenta hacia su alcoba.

Todavía quedaba una posibilidad de salvación, pequeña, pero se tenía que aferrar a ella como quien piensa, delante del paredón, que el oficial va a recibir una orden redentora en el último segundo.

Cuando bajó las escaleras que situaban al grupo en la planta a ras de suelo y enfiló el pasillo donde se encontraba su habitación, distinguió la figura de Erika. La arpía que se hacía pasar por amiga de Emmy Goering permanecía de pie, junto al quicio de la puerta, mostrando su aire más desafiante, su gesto más impudico, su sonrisa victoriosa. El momento que más había soñado lo tenía al alcance de su mano.

Se pararon delante de la puerta y fue cuando Günther, parsimonioso, quizá por sentirse culpable de haber consentido que alguien ajeno a la milicia pudiera haber tenido acceso a esa información delicada, y sintiendo un escalofrío al pensar en cuál sería la reacción de Goering cuando se supiera lo que había pasado en el lugar más inviolable que hubiera podido imaginar —en más de una ocasión le había tenido que

pasar a la firma el Enterado de una sentencia capital para un miembro de la Luftwaffe. Conocía muy bien su gesto al rubricar la orden—, se acercó a la española y le dijo:

—Teresa, te has llevado información de mi despacho que consideramos alto secreto. Si me la devuelves, te aseguro que no te pasará nada —Günther no tenía ningún inconveniente en adquirir un compromiso con ella. Sabía que los muertos nunca reclamaban—. ¿Me has entendido bien?

Haciendo gala de una entereza que sorprendió a todos, a Erika la primera, contestó:

—He entendido perfectamente, pero yo no he cogido nada. Como le dije a su señora, entré en su despacho para llevarme el vaso... de la noche anterior —quiso haber dicho «del alcohol de la noche anterior» pero entendió que ese añadido no iba a jugar a su favor.

Günther asintió y parecía que iba a dudar en dictar la orden que estaba esperando su mujer. Ni ella ni nadie tuvieron que esperar mucho para que ladrara:

—Sargento, registre hasta el último rincón de este cuarto.

Como si fueran cinco lobos famélicos en busca de la única oveja sobre la tierra, los soldados irrumpieron en la habitación y comenzaron a revolverlo todo sin ningún orden ni miramiento.

Erika, que se encontraba a un par de metros de Teresa, la contemplaba asombrada de cómo era posible que aquella mujer, que estaba a punto de ser condenada a muerte en cuanto aparecieran las fichas robadas, se mantenía erguida, callada y sin llorar. No había suplicado, no se había excusado, solo había ratificado lo mismo que le dijo hacía un rato, cuando la vio en el despacho de su marido.

Al cabo de unos minutos de registro exhaustivo y destrozo estrepitoso y al no haber encontrado nada aún, comenzó a planear sobre todos, como si fuera un incómodo pájaro agorero, la duda de que allí hubiera algo, de que realmente ella se hubiera llevado esos papeles.

«No puede ser —se repetía Erika—, no puede ser». El sargento salió de la habitación y solicitó al Oberst que entrara en ella.

—¿Puede entrar un momento?

Cuando Günther pasó, contempló el triste espectáculo de una batida brutal. Habían tirado al suelo todos los vestidos de ella, los uniformes, los trajes de él; habían abierto y deshojado la mayoría de los libros de pintura de Luis. La mesilla, la silla, la mesa en la que algunas veces cenaban o desayunaban. Todo, absolutamente todo, estaba en el suelo.

Los ojos de Günther recorrieron los escasos metros cuadrados de la estancia incapaz de asumir lo que su mujer le había llevado a hacer. Pero lo cierto era que los expedientes y las fotos realmente habían desaparecido. Hacía mucho tiempo que no abría esa carpeta, quizá semanas, por tanto, aunque Erika hubiera visto allí a Teresa, no era suficiente prueba para concluir que era la culpable de la desaparición de los

papeles.

De repente, ansioso por encontrar una solución que retornara la normalidad, se le encendió una luz y adivinó lo que podía ser el final del túnel.

—Sargento, el colchón. Abra el colchón —mandó, sin apartar los ojos de la cama.

El Unterfeldwebel, abochornado por no haber tenido él la idea, agarró el puñal que llevaba sujeto al cinto y se lo entregó a uno de sus soldados que, ayudado por otros dos, comenzaron a rasgarlo como si fuera un animal al que estuvieran desollando.

Alguien de la cocina había hecho algo más que contemplar cómo aquel grupo cobarde se llevaba a Teresa. Por el pasillo, apareció Luis seguido de Hofer. Luis Molero corría como podía; la rabia y la incredulidad le imprimían una velocidad desenfrenada. El espectáculo que podía ver al fondo: Erika von Houten allí plantada, un soldado agarrando por el brazo a su esposa y los ruidos que salían del interior de su habitación le pusieron al borde de la histeria. Al llegar junto a Teresa empujó al soldado que la retenía y lo tiró al suelo. Hofer, que iba detrás, sujetó al militar antes de que reaccionara contra Luis y se puso en medio para evitar la agresión:

—¡Basta! —bramó el comprador de Goering.

Visiblemente irritado y mirando con ojos encolerizados se dirigió a Günther, que seguía viendo cómo el sargento destrozaba el colchón.

—Günther, ¿qué está pasando aquí?

—No te metas en esto, Hofer.

Era, junto a la de Goering, la presencia que menos deseaba en ese momento. El adquiridor del Reichsmarschall, siempre impecablemente vestido con sus trajes cruzados, impresionaba no ya por su porte, sino por las influencias de las que gozaba frente a Goering. Este siempre hacía lo que decía Hofer y había pasado de ser un mero asesor artístico a todo un consejero personal.

—¿Cómo que no me meta en esto? Este hombre trabaja conmigo, quiero saber qué está pasando.

—Su mujer ha sido acusada de espionaje. Estamos buscando la prueba.

Hofer, desconcertado, miró alternativamente a Teresa y a Luis. Después puso los ojos en Erika que ya no mostraba el rostro altivo de hacía unos minutos.

—¿Espionaje?

—Me están acusando de algo que yo no he hecho —contestó Teresa, con un denuesto que cada vez Erika soportaba menos.

Le habría gustado arrancarle los ojos, clavarle las uñas en la cara y dejarle en el rostro las marcas perennes que se merecía. La estaba poniendo en ridículo. Si no aparecían esos expedientes, y ya cada vez quedaban menos lugares donde pudiera haberlos guardado, todos la iban a tachar de histérica, de chiflada, de ridícula. Jamás la volverían a creer.

Nadie volvió a pronunciar una palabra. Los tres soldados que estaban con el colchón lo habían destruido totalmente y el sucio de la habitación ahora estaba alfombrado de matas de borras junto a algún trozo de lana de mejor calidad. El que tenía el puñal en la mano, después de mirar en derredor, contempló a su sargento negando con la cabeza. Este se volvió al Oberst y, cuadrándose, acompañando el movimiento con un fuerte taconazo, como si quisiera suplir a base de sonido la ineficacia de su grupo, afirmó:

—Señor, en esta habitación no está lo que buscamos.

Günther no miró ni a Hofer, ni a Teresa, ni a Luis, ni a los cinco soldados que se habían quedado en posición de firmes, ni, por supuesto, al Unterfeldwebel que le acababa de informar. Sus ojos se cruzaron con los de su mujer, interrogándola sin palabras por el bochornoso momento que le había hecho pasar.

—Seguro que los ha guardado en otro lugar —fue lo único que dijo una Erika que era incapaz de asumir la derrota.

Dada la potencia de la calefacción de la mansión, que propiciaba que los uniformes fueran de unas telas muy finas, la mujer del Oberst constató, sin posibilidad de equívocos, que, bajo la blusa y la falda, Teresa solo llevaba un sujetador y unas bragas. En un primer momento pensó que las podía haber escondido debajo de su uniforme, pero no había sido así. Günther calló. Miró al sargento y ordenó que regresaran al edificio de seguridad.

Hofer se acercó al oído de Günther y le espetó:

—A ver ahora cómo arreglas esto.

El Oberst sorteó sus ojos como pudo y agarró del brazo a su mujer y, sin mediar palabra, abandonaron atolondradamente el pasillo.

Hofer, al igual que el matrimonio español, los vio marchar por el estrecho corredor. Se volvió hacia ellos y les dijo:

—Estamos todos muy nerviosos, pero no me podía imaginar que tanto. Lo siento.

—Gracias, Walter —correspondió Luis, que hizo de portavoz de los dos.

—Ahora hablaré con Lili para que mande a alguien que os ayude a poner todo esto en orden; y también para que os procure un nuevo colchón.

Negando con la cabeza, dio media vuelta y, despacio, encaminó sus pasos hacia el lugar de donde había venido, dejando al matrimonio solo ante el desolador espectáculo que era su habitación.

Había pasado una semana desde el incidente del supuesto espionaje de Teresa y, tal y como temía el matrimonio Von Houten, no había nadie en Carinhall que no se hubiese enterado de lo sucedido. A partir de ahí, todo fueron preguntas. Desde cuáles eran las medidas de seguridad que había dentro de la mansión, hasta por qué Erika había cometido semejante torpeza, armando un escándalo de las dimensiones que montó sin haber tenido la certeza de que iba a encontrar las pruebas inculpatórias: los expedientes robados. Se lo preguntaron todas y cada una de las mujeres que vivían en la mansión.

—Erika, ¿pero tú la viste con los expedientes?

—Erika, ¿por qué crees que fue ella la que se los pudo llevar?

—Erika, ¿y es verdad que consentiste que destrozaran la habitación de aquella pobre chica?

—Erika, Erika, Erika...

No lo soportaba. Tal fue el acoso que recibió que llegó a pensar que todo el mundo se había puesto en su contra. Por ello, optó por recluírse en su habitación, para mayor mofa, situada justo encima de la mujer que más odiaba y más había odiado en el mundo, cerrarse por dentro y no salir ni para ver a Kurt, que también había sido el centro de los comentarios de todos los chiquillos:

«Ha sido la mamá de ese niño», llegó a sus oídos que dijo una cría en el comedor, ya el primer día.

Günther, por su parte, tuvo que acudir al despacho del Reichsmarschall, ante su requerimiento. Quería saber, al margen de porqué la ciudad de Oppeln había caído en manos soviéticas y no había sido capaz de abastecer de combustible a las fuerzas allí atrincheradas, qué es lo que había pasado con unos expedientes que habían desaparecido de su despacho.

—Ahí hay datos que pueden resultar muy importantes para el enemigo. Según me han confirmado, son los documentos más importantes que usted tenía a su cargo; y ahora no los tiene. Apelo a su responsabilidad para recuperarlos inmediatamente.

Günther recordó la cápsula que siempre llevaba colgada de su cuello y pensó que era como una amiga que jamás lo abandonaría y que aparecería justo en el momento en que más la necesitara.

La pérdida de la ciudad polaca de Katowice, importante nudo de comunicaciones situado al sur del país, había supuesto otra dura adversidad para el ejército del Tercer Reich. Los ánimos se encontraban muy exaltados y en cualquier lugar de aquel recinto se palpaba una tensión que se traducían inmediatamente en chillidos y carreras, cuando no en agresiones físicas a soldados, algo cada vez más generalizado.

Al menos el incidente de los archivadores tuvo un efecto positivo para Erika. Al día siguiente de que todo sucediera, como si fuera un cordero resignado en el matadero, sin que nadie se lo tuviera que insinuar, Günther entró en la habitación por la noche y, sin decirle nada más ni antes ni después, le dijo con la apatía que proviene del cansancio y la desesperanza:

—Mañana por la mañana nos hacemos las fotos que quieres. Me imagino que dentro de la habitación y con el fondo de la pared blanca saldrán bien.

Efectivamente, a la mañana siguiente se vistió de paisano y dejó que su mujer le hiciera varias fotos. No hacía falta que le dijeran que tenía que estar serio, además, en esos momentos era incapaz de mostrar otra expresión distinta. Cuando terminó, se cambiaron los papeles y ella optó por ponerse un vestido normal, sencillo, como era de esperar que fuera una persona que portara un pasaporte de la Cruz Roja Internacional. Sobraban los collares, los pendientes estaban de más, pero no dejó pasar la oportunidad de intentar cubrir su cara con una ligera capa de maquillaje que realzara la solidez de su rostro. De ese detalle no se iba a privar.

El escollo que había surgido era encontrar un vehículo que la pudiera llevar a Berlín. Si hacía unos años disponía de todas las facilidades para moverse adonde quisiera, desde hacía unos meses la movilidad se había reducido al límite de lo insostenible. Además, en los últimos días no se podía mover más allá de donde pudiera ir andando. Los vehículos, la gasolina y los conductores escaseaban hasta el punto de no encontrar a quien la pudiera conducir a la capital. Y si no podía ir allí, no podría llevar a Käthe el carrete. Y sin fotos, no habría documentación ni huida.

Pero había vuelto a tener suerte puesto que ese día se había enterado de que quedaba un conductor libre de servicio.

—Señora, hoy es mi día libre —la informó el soldado.

—¿Sí?, ¿es tu día libre?

La mera mención del frente soviético hizo que el soldado se levantara de la silla en la que se encontraba y se pusiera a disposición de *Frau* Von Houten.

Cuando abandonaba el edificio de seguridad, hacia la entrada de la finca, Erika se fijó en Teresa, que salía de la puerta del final del ala de servicios, justo debajo del pasadizo que comunicaba esta con el de seguridad. Durante todos estos días había intentado esquivar cualquier encuentro, y en su cabeza no paraba de buscar la venganza que quería se cerniera sobre ella o sobre su familia, o sobre todos. «Lástima que no tenga hijos», se lamentó. Seguía pensando que los expedientes los había robado ella, y llegó a pensar en la posibilidad de, en un descuido, dejar en su habitación nuevos papeles que la pudieran incriminar. En el despacho de su marido había muchos y, aunque ahora estaban todos cerrados con llave, no le hubiera sido nada difícil situar en su habitación algún paquete, el contenido daba igual. El problema era que tenía serias dudas de que la creyeran. Su crédito se había gastado y ahora cualquiera se fiaría más de la palabra de un gitano, de un homosexual o de un

judío que de la de ella. «¿Dónde irá con el abrigo puesto?», fue su último pensamiento antes de que el BMW 335 enfilara el rectilíneo camino de los Castaños que desembocaba en la puerta de entrada. En su bolso llevaba un carrete de fotos que atesoraba como si fuera la combinación secreta para la apertura de una caja de caudales que contuviera el mayor tesoro que podría desear, su libertad.

Teresa también había encontrado transporte. A ella le daban miedo las motos, pero había conseguido convencer a un soldado de la Wehrmacht con el que había cruzado algunas palabras y que le había contado que su mayor ilusión era volver a su ciudad, a Sondershausen, cerca de Erfurt, y reunirse con su mujer. «Tengo un hijo que todavía no conozco», le había confesado en alguna ocasión.

Después de contactar con él en el comedor de la tropa del edificio de seguridad, donde dos soldados estaban jugando a las damas con un tablero y unas fichas de cartulina, y otros dos entonaban con la armónica unos compases de *Seeman nicht erscbüttern*, se montó en el sidecar de la Zündapp y, a pesar de la sorprendente pareja que formaban, no les dijeron nada en la puerta y salieron por ella camino de Templin.

Mientras saltaba por el traqueteo que propiciaba el vehículo —la amortiguación del sidecar era mucho peor que la de la propia moto— recordaba cómo le contó a Luis la verdad y la reacción que este tuvo con ella. Las primeras palabras fueron de reproche y recriminación por lo que había hecho. Le dijo que no solo había puesto su vida en peligro, sino la de los dos. Pero el enfado le duró muy poco tiempo, o por lo menos a Teresa se lo pareció. Enseguida aceptó su papel y le mostró orgullo por la actitud y la valentía que ella había demostrado. Él también había expuesto su vida cuando entendió que su país se lo había demandado y ahora se sentía avergonzado de la labor que realizaba. Jamás podría ocultar que trabajaba para el Tercer Reich y para su segundo hombre. Cooperaba con ellos, atentando contra gente indefensa, inocente y aterrada. Por eso terminó fundiéndose con ella en un abrazo que Teresa sintió como el más sincero de todos porque significaba la aprobación de su acción.

Un poco antes de llegar, el conductor le señaló con el dedo hacia la derecha. Levantó la vista y algo provocó que girara la cabeza violentamente. Aunque habían sido unas décimas de segundo, tuvo tiempo de ver a un soldado alemán que permanecía, como si fuera el péndulo de un reloj parado, colgado de un cadalso de madera que habían construido expresamente para la ocasión. Suspendido de su cuello se podía leer, en un cartel pintado a mano, una palabra que Teresa imaginó: «Desertor». No quiso fijar la vista para confirmarlo.

—Ahora voy a ver a la niña de la que te hablé —comentó al chico que la había llevado nada más bajarse, no sin cierta dificultad, del sidecar—. ¿Puedes venir dentro de una hora?

Nadie le había explicado a Teresa que no era conveniente que tomara el camino más rápido para llegar al establo donde, se suponía, Nicolette la tenía que estar

esperando; pero ella, por si acaso el chico la seguía, aunque fuera solo con la mirada, cogió la calle que tenía detrás y giró dos veces hasta que consiguió enfilar la salida de la pequeña población y buscar el lugar de la cita.

Antes de llegar a la entrada, miró hacia todas partes para asegurarse de que estaba sola. Una vez llegó a la puerta la abrió sin encontrar oposición. La cerró tras de sí.

Quiso que sus ojos se aclimataran a la escasa claridad del lugar y optó por no hacer nada más que esperar. Solo se oía el cloquear de las dos gallinas que, milagrosamente, todavía seguían con vida.

—Nicole, soy yo, Teresa.

Cuando vio alzarse desde el piso superior una melena rubia quiso desmayarse, nunca había sentido su corazón latiendo con tanta fuerza: Erika, Erika estaba esperándola.

La mujer que la contemplaba desde arriba se limpió la cabeza con la mano descubriendo su cabello rubio y haciendo flotar el pajuz que la había cubierto accidentalmente.

—*J'en ai plein le cul de cet étable!* —soltó, despreocupada, en su idioma materno sin caer en la cuenta de que su interlocutora no la iba a entender. En ese momento fue cuando se fijó en la cara de la española.

La expresión de Teresa era la de una persona que había visto la muerte esperándola con la guadaña afilada y su nombre grabado en la hoja.

—Teresa, ¿qué te pasa? —preguntó, ya en alemán—, ¿a quién esperabas encontrar aquí? Tú tienes suerte de saber quién vive en este lugar, pero yo siempre estoy con la incertidumbre de pensar en quién puede entrar.

La española parecía que no reaccionaba.

—¿Qué te pasa, no sabes qué significa «incertidumbre»?

Optó por coger la escalera y bajar a su encuentro. Notó que se encontraba fría y pálida, como si estuviera tocando la piel de una difunta. No le dijo nada y prefirió abrazarla y darle su calor. Sabía que la tensión que estaba soportando Teresa era muy superior a la suya. Ella estaba preparada, mentalizada para todo eso; además, se había presentado voluntaria, mientras que la que esperaba fuera algún día su amiga había sido empujada por ella.

—Cuando todo esto pase —le prometió mirándola a los ojos—, vamos a darnos tú y yo un paseo por los Campos Elíseos. Es el lugar más bello del mundo, con su gran Arco del Triunfo al fondo, majestuoso. Y en verano, tú y tu familia os venís a veranear conmigo a Dinard, donde voy desde pequeña. ¿Tienes hijos?

Al escuchar la pregunta, no pudo contener el llanto y se volvieron a abrazar. Nicolette entendió la respuesta y la reacción, y decidió, ahí, en ese momento, que esa pregunta jamás la debería volver a formular en su vida a otra mujer.

—¿Subimos? —sugirió la francesa—. Siempre estaremos más seguras.

Cuando Teresa terminó de salvar el último peldaño, realizó el pequeño giro que tenía que dar para estar firme en el piso superior. Allí, junto a lo que se podría llamar

una cama, había un montón de papeles.

—Si no me hubiera traído esos papeles en blanco y lápices ya me hubiera cortado las venas —aseguró, mientras hacía el ademán de cortar con una tijera su muñeca—. Escribo lo que se me ocurre y así se me pasan las horas muertas. El día se me hace eterno.

—Te he traído un Camembert, es pequeño, pero no lo había más grande, y también esto.

La española le enseñó dos latas de arenques marinados marca Katzner.

—Teresa, muchas gracias. Con esto puedo tener para aguantar otros tres o cuatro años. —Cogió las dos cosas y sonrió al decirlo.

Antes de que preguntara por la misión —a Nicolette le parecía ridículo llamarlo así, pero de alguna forma había que nombrarlo—, Teresa se quitó el abrigo. Una vez lo hubo depositado en la cama que había sido de Antoine, llevó sus manos al borde de la falda y ante la estupefacción de Nicolette, la levantó. Tuvieron que pasar unos segundos para que reaccionara. Sujetos con unas cuerdas sacó despacio unos papeles que había cuidado con primor excepto por el doblez último debido a la postura en el sidecar.

—Toma, espero que te sirvan.

Sabiendo lo que iba a recoger, Nicolette tomó los papeles como una colección invaluable de alhajas. Eran expedientes militares, con foto. Se sentó otra vez a los pies de su cama y los examinó con el mayor cuidado. Comenzó a hojearlos. Ahí se recogían los datos de filiación, destinos anteriores, distintivos alcanzados, medallas impuestas, menciones y castigos, y foto. Lo más importante, una foto perfecta que los podría identificar. Ya no podía decir un Oberst que había sido un soldado, o un Major que estuvo empleado de motorista. Esos documentos serían la prueba irrefutable de su participación en la guerra con el puesto y grado que realmente tuvieron. Gracias a ellos, no podrían escapar de un juicio justo. No podrían mentir, o lo tendrían que hacer de otra forma. Era la auténtica prueba de cargo.

Nicolette miró a Teresa con unos ojos en los que se mezclaba incredulidad y gratitud. No se podía creer que los hubiera sacado de Carinhall.

La española no pudo aguantar más, y nuevamente se sumió en un llanto desconsolado que la llenó de pudor hasta el punto de intentar ocultar tras sus dos manos una cara que no reflejaba más que la tensión acumulada en los días pasados. Se arrodilló y se abrazó a Nicolette, necesitaba sentir consuelo. No sabía que lo que le pasaba por su interior no era frustración ni gozo, no era miedo ni sensación de valentía. Nunca se había sentido así.

—Anda, cuéntame cómo lo conseguiste. ¿Quieres que empecemos el queso?

El primer bocado de queso acompañado de un sorbo de agua tranquilizó a Teresa más que mil palabras de Nicolette. Después de tragar comenzó a relatarle el dramático episodio del despacho de Günther.

—No podía cerrar la puerta por dentro porque si alguien hubiera entrado me habría delatado yo sola. Sí podía ser lógico que estuviera dentro con la...

—¿Excusa? —Nicolette intentó encontrar la palabra que parecía no era capaz de pronunciar Teresa.

—Sí, eso, con la excusa de estar limpiando. Por tanto, opté por dejarla abierta e intentar mantenerme alerta. Fue cuando encontré en un archivador la información que me dijiste.

—¿Y no te vio nadie?

Le contó que entró una de las mujeres más odiadas de la mansión, la esposa de un Oberst; Nicolette sabía muy bien a qué grado se refería.

—Y me vi obligada —le siguió contando— a marcharme sin poder coger más. Pero las que tenía las conseguí sacar de allí, delante de ella.

—¿Sí?, ¿cómo que delante de ella?, no entiendo.

—Sí, por si acaso venía alguien, cuando cogí el primer grupo de fichas, que al final resultó ser el último, lo puse encima de la mesa y lo tapé con una bandeja que llevaba para protegerme.

—¿Una treta?

Teresa no sabía el significado de la palabra que acababa de escuchar en alemán. Se encogió de hombros en señal de desconocimiento.

—Bueno, da igual, sigue.

—Cuando apareció aquella mujer y me dijo que me fuera, tuve la precaución, ¿se dice así? —volvió a repetir la palabra más despacio.

—*Oui* —asintió Nicolette en su idioma.

—Pues eso, tuve la precaución de, al levantar la bandeja, asegurarme de que también cogía las fichas, sujetándolas con los dedos.

A la vez que hablaba, imitaba el movimiento que llevó a cabo. Nicolette se moría de risa, como si fuera una chiquilla escuchando la travesura que hubieran ideado un grupo de compañeras ante la llegada de un nuevo profesor.

—¿Qué más, qué más pasó?

—Después vino lo peor —el semblante de Teresa cambió de súbito—. Por si acaso lo descubrían, lo que no podía hacer era dejarlo en mi habitación. Tampoco podía llevarlo a la cocina ni a ninguno de los lugares que frecuentara. Se me ocurrió el lugar más raro.

—¿Qué lugar fue ese?

—El cuarto de las tuberías —conocía muy bien la palabra porque estaba escrita en la puerta.

—¿El cuarto de las tuberías?, ¿qué cuarto es ese?

—Es uno que está al lado de la piscina.

—No me digas que Carinhall también tiene piscina —se asombró Nicolette dibujando el recelo en su cara.

—Sí, interior, no exterior —le hubiera gustado decir «climatizada», pero no sabía la traducción de la palabra.

—Y lo dejaste ahí.

—Sí, nada más salir del despacho de ese Oberst me dirigí al sótano que hay debajo de la Sala de Fiestas, donde está la piscina y detrás de ella el cuarto donde se encuentran las tuberías de la calefacción del agua. Lo dejé en un lateral, en lo alto de una estantería. Allí lo he escondido hasta hoy.

La francesa volvió a mirar los papeles a la vez que negaba con la cabeza.

—Esto es increíble. Con esta información vamos a poder enjuiciar a todos estos y a muchos más, porque alguno nos dará información de otros. Además, las fotos —al decir esto, puso encima de la cama las cuatro que tenía— están llenas de rostros y cada uno de ellos es el de un asesino.

Levantó la vista de las fotografías.

—Teresa, aquí tenemos información de media Luftwaffe. Por estos datos habrían muerto muchas personas.

—Bueno —recordó la española mirando a la cama que había al otro lado del pajar —, uno ya lo ha hecho.

Las dos mujeres se quedaron en silencio, quizá rindiendo un pequeño tributo a Antoine.

El momento lo rompió Teresa mirando el reloj:

—Nicole, me tengo que marchar.

—Claro. —La francesa también se incorporó de la posición en la que se había quedado pensando en el compañero muerto.

—Espero que utilices este material de forma justa.

—No te preocupes, de verdad —la quiso tranquilizar.

—No voy a poder coger más.

—Teresa, no te expongas. Bastante lo has hecho ya.

Nicolette tenía razón. Explícitamente había omitido todo el lamentable *suceso* del registro de su habitación, la intervención de Hofer y la exasperación de Erika.

—Tampoco sé si podré venir más veces. Las cosas están cada vez peor...

—No, Teresa, no digas eso. Las cosas están cada vez mejor. Estoy segura de que el Ejército Rojo está cada vez más cerca. Dentro de muy poco, todo esto será tierra de libertad. Ya lo *verás*, lo veremos las dos juntas.

Las dos mujeres se abrazaron durante unos instantes. Era una forma silenciosa de desearse suerte. Al separarse, Nicolette volvió a recordar la invitación que le había

ofrecido:

—Y no te vayas a olvidar del paseo que tenemos que dar las dos juntas por los Campos Elíseos.

Al volver a *sentarse en* el sidecar, después de responder al soldado que le había llevado que la niña a la que había ido a visitar se encontraba mejor, pensó que sí, que, por supuesto, iba a aceptar la invitación de que había sido objeto y que llegaría un día, cercano, esperaba, que pasearía con Nicolette cogida del brazo por esos Campos Elíseos que tenían un nombre tan poético, casi mágico.

Sin aquellos papeles debajo de la falda se sentía libre, *no tenía* nada que ocultar. Además, pensaba que la libertad podría entrar en su vida por primera vez desde aquel noviembre del año 1940, cuando aceptaron el canje que les propuso el comisario aquel, del cual ya no recordaba ni su nombre, ni su cara, ni su voz. Si los soviéticos estaban tan cerca como todo el mundo decía, pronto se tendrían que marchar de allí y en ese momento no tendría sentido que se les retuviera en Alemania.

Cuando enfilaron el camino de los Castaños se cruzaron con una caravana formada por un elevado número de vehículos, la mayoría eran Mercedes, con el distintivo de la esvástica ondeando en las aletas delanteras, señal inequívoca de que transportaban personalidades.

La Zündapp aparcó junto al edificio de seguridad y fue la segunda señal que recibía de que algo estaba pasando. Un oficial chilló al soldado que se presentara inmediatamente en el Cuerpo de Guardia. Teresa se dirigió hacia su habitación deseando no cruzarse con Erika. Cuando llegó a su cuarto llamó a la puerta y le abrió Luis, que tenía el semblante muy serio y un marcado gesto de preocupación:

—Menos mal que has llegado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó extrañada.

—No sé si te acabas de cruzar con varios coches —el asentimiento de su mujer hizo que continuara hablando—, en ellos viajaba todo el Estado Mayor.

Teresa lo miraba con expectación.

—Venían de despachar de urgencia con Goering.

Adivinaba que algo importante le quería contar, pero no terminaba con la explicación.

—¿Qué pasa, Luis, qué pasa? —urgió ansiosa temiendo un nuevo hecho negativo.

Sonó el teléfono. Era Hofer. Lo requería urgentemente. Solo le dio lugar a decirle la noticia del día, del mes, o del año.

—Hitler ha dictado la orden personalmente: Carinhall tiene que ser evacuado inmediatamente.

Después de darle un beso rápido, salió de la habitación camino del vestíbulo. Teresa no pudo contarle nada.

Cuando Erika volvió de Berlín ya conocía la noticia. Su amiga Käthe Ostertag había recibido una llamada de su marido en la que le informaba de la novedad. Ese dato no por esperado resultaba menos inquietante. Nadie dudaba de que los acontecimientos se estaban precipitando. Con la evacuación de Carinhall, las fuerzas de la Luftwaffe se concentrarían —lo supuso— en Berlín o en Obersalzberg, no podía haber otro lugar para trabajar. La ubicación física del Reichsmarschall era otra cosa. Él tenía muchos lugares adonde ir, pero su Alto Estado Mayor ya no tendría dos centros de trabajo, como había pasado desde que comenzó la guerra, sino uno. Por tanto, ella se veía viviendo otra vez en Berlín, algo que no estaba dispuesta a asumir, no porque estuviera a gusto en la mansión, sino porque allí había estado alejada de la guerra hasta el punto de llegar a pensar que la conflagración parecía una obra de teatro que se estaba representando en un lugar muy alejado de aquellos bosques de castaños, robles y hayas, y que Carinhall era una especie de sala de control donde se diseñaba el atrezo, se elegían los decorados y se seleccionaba a los actores; un puesto de mando que accionaba los semáforos, los cruces de vías y el arranque de las locomotoras, como hacía Goering con sus dos maquetas de tren. Excepto por algún bombardeo muy esporádico, la guerra pasaba a varios miles de metros de altura. Berlín, por el contrario, estaba sufriendo ataques diarios desde hacía muchos meses y la vida en la capital se había vuelto insufrible: bombas, escasez y pillaje. Lo sabía por su amiga Käthe, con quien hablaba asiduamente; y por su madre y Ursula, con quienes raramente conversaba.

Ahora todo sería diferente e iba a depender del tiempo que tuvieran para poder marcharse de Carinhall. En la mansión trabajaban muchas personas que sí podían ser rápidamente trasladadas; pero lo más importante para Goering, las obras de arte, no tenían una movilidad fácil, no tanto por su tamaño, sino por la cantidad.

El BMW aparcó en la puerta principal y de él se bajo Erika con su porte habitual, ese que la hacía diferente a todas las demás mujeres con las que convivía, independientemente del cargo que ostentaran sus maridos. El que Emmy jamás tuvo, por muy artista que hubiera sido.

Precisamente fue la primera persona con quien se encontró nada más cruzar la entrada:

—Emmy, vengo de Berlín de ver a mi madre y me ha dado la noticia.

—Sí querida, es horrible, es horrible —reiteró, negando con la cabeza—, me lo ha dicho Hermann esta mañana y me ha insistido en que tenemos que ser fuertes. Me ha aclarado que el tiempo que vamos a estar ausentes de Carinhall va a ser el mínimo posible. Quizá solo unas semanas.

Lo que le acababa de decir la había dejado despistada porque no lo había

entendido muy bien, no era lo que le habían dicho a ella.

—¿Cómo que el tiempo que estemos fuera? —Buscó aclaración con la pregunta.

—Sí, ¿no te lo han dicho?

El rostro de Erika reflejaba una incredulidad y perplejidad tan acusadas que Emmy se vio obligada a explicar en detalle cuál era la situación.

—Es posible que te lo hayan contado mal. Efectivamente, el Führer ha ordenado la evacuación de las mujeres y los niños, por nuestra seguridad, pero todo lo demás sigue intacto. Cuando la situación se normalice y lleguen las divisiones de reserva, volveremos todos aquí como si no hubiera pasado nada. ¿No te lo habían dicho así?

Le preguntó cuándo tendrían que marcharse Kurt y ella.

—No sabemos el día exacto —añadió—, pero será muy pronto. Yo he mandado que vayan preparando mis cosas. Yo que tú iría preparando también las tuyas.

Le dio dos besos y se despidieron. Fue la primera vez que sintió pena por aquella mujer. No sabía si era el ser más falso que había conocido, la mejor actriz interpretando el papel más difícil de su vida, una ingenua enamorada que no se enteraba de cómo estaba evolucionando la guerra y que se creía todo lo que oía de labios de su marido o, incluso, una persona con sus facultades mentales disminuidas. Todavía recordaba la noche tan reciente cuando su marido era el Oberst de guardia y fue incapaz de enviar combustible al aeródromo de una ciudad que se perdió dos días después y, mientras, la mujer del segundo hombre del Reich todavía hablaba de «divisiones de reserva». Esa entelequia se había fabricado con el mismo material con el que se decía que Hitler tenía un arma desestabilizadora a punto de poner en práctica, o que Inglaterra y Estados Unidos se iban a aliar con Alemania para vencer al comunismo. Lo mismo. Ilusiones para un pueblo al que ya no se podía exhortar de otra manera que no fuera con la mentira imaginativa, etérea e indemostrable.

Antes de que Erika llegara a Carinhall, Teresa, después de atender una llamada urgente que recibió de la cocina, volvió a buscar a su marido en aquel lugar que había perdido su quietud para convertirse en un escenario de carreras y chillidos. Le costó trabajo encontrarlo y tuvo que preguntar a varias personas por él. Al final, lo localizó en uno de los sótanos que se encontraban bajo las habitaciones del personal de servicio. Formaba un pequeño grupo con Hofer y otros dos hombres. A uno de ellos no lo conocía.

Cuando Luis la vio pidió permiso a Hofer para ausentarse durante unos minutos.

—Vaya, por favor —le rogó el adquiridor—, aunque le pediría que se volviera a unir a nosotros lo antes posible.

Dejó al grupo y se acercó a ella con su característico caminar. La cogió por el brazo y la sacó del sótano.

—¿Qué pasó? —preguntó a voz en cuello.

—¡Ya está!, ya lo tiene ella —confirmó, con satisfacción infinita.

La agarró y la abrazó, dándole después un beso paternal en la frente.

—Estoy muy orgulloso de ti. Has hecho lo que tenías que hacer. Espero que algún

día se haga justicia con toda esta gente.

—Luis, ¿qué va a pasar?

—No lo sé, Teresa. No lo sé. De momento la orden es la evacuación de las mujeres y los niños, pero todavía no sé ni cuándo se llevará a cabo ni adónde os mandarán. Tampoco sé qué va a pasar con nosotros.

—Pero ¿esto es definitivo?, ¿y la ampliación de la que habló Goering el día de su cumpleaños? Han pasado solo dos semanas de aquello.

Presentía momentos de incertidumbre, de cambio. Por un lado cabía la posibilidad de regresar a España, pero no podía evitar pensar en lo peor. Teresa comenzó a llorar y Luis, con los pulgares, intentó limpiar las lágrimas que, simétricas, empezaban a caer por los suaves pómulos de su mujer.

—Mi amor, aquí todos están locos. Espero que esto suponga nuestra liberación. Goering ya no va a poder traer más cuadros porque su preocupación a partir de ahora va a ser qué hacer con todo lo que tiene aquí.

Las botas del militar iban arrastrándose por el césped. Caminaba solo, con su brazo izquierdo doblado hacia la espalda y su bastón de mando en la derecha. No deseaba ninguna compañía. Se disponía a vivir un momento sublime y detestaba la idea de que alguien pudiera verlo en esa situación.

Al llegar a la entrada del sepulcro comprobó que no había nadie en los alrededores y comenzó, lento y parsimonioso, a bajar los escalones de piedra uno a uno. Cuando llegó al último se acercó a la puerta de barrotes que resguardaba su tesoro máspreciado y se arrodilló sobre la fría piedra. Dejó el bastón de mariscal en el suelo e introdujo los brazos entre los hierros, como si quisiera abrazar a Carin.

Se mantuvo en silencio, no era capaz de articular ni una palabra ni alumbrar un pensamiento. Su cabeza, siempre clara; su cultura, vasta; su experiencia, dilatada; todo era insuficiente para que le fluyera alguna idea. No encontraba la manera de contarle que la iba a dejar, que la iba a abandonar, que, quizá, sería la última vez que estarían juntos: «Carin, me tienes que perdonar —decía Goering para sí—, todo se está deshaciendo. No soy capaz de mantener ni mi ejército ni este lugar. Hitler ha ordenado que lo abandonemos y yo me debo a él, como siempre, desde que lo conocí en aquellos tiempos oscuros en los que él y yo comenzamos a despertar a un país que había sido derrotado y humillado, un país que nunca han sabido entender los extranjeros. Por eso nos han envidiado, porque habrían querido ser tan perfectos como lo somos nosotros. Carin, esta vez no puedo llevarte conmigo. Te prometo que volveré a buscarte y que te encontraré un lugar de descanso todavía mejor que este».

Bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Si ella viviera, ese día, el 3 de febrero, habrían celebrado juntos sus veintitrés años de casados. Todavía recordaba, nunca dejó de hacerlo, el día en que la conoció, el 20 de febrero de 1920, cuando terminó aquel espantoso vuelo tan accidentado junto al que con el tiempo se convertiría en su concuñado, el conde Eric von Rosen, que lo contrató para que lo condujera a su castillo en Rockelstadt, cuando Goering trabajaba como taxista aéreo de la *Svenska Lufttrafik*. Tras un inesperado aterrizaje en las aguas heladas del lago Baven, al sudoeste de Estocolmo, después del baño y la bebida caliente con que lo obsequió el conde, apareció ante sus ojos la inolvidable figura alta y esbelta de la baronesa Von Kantzow con ese aire frágil y místico que la acompañó toda su vida. Los dos se miraron con la firme convicción de que habían nacido el uno para el otro, independientemente de que ella estuviera casada y de que tuviera un hijo de ese primer enlace. Ella siempre estuvo con él, en los primeros tiempos, en los más duros, cuando lo de Múnich, a su lado, regalándole todas las dosis de comprensión y de amor que jamás podrá recibir un paciente en un hospital. Ella, una mujer enferma, se lo ofreció todo porque pensó que aquel piloto era un elegido de los dioses para salvar

a un país arruinado y, además, un hombre perdidamente enamorado.

Desde el día en que llevó los restos de su mujer a Carinhall, en el año 1934, todos los 3 de febrero el sepulcro recibía la visita del Reichsmarschall. Emmy lo sabía, así como que aquel era un momento de intimidad que jamás debía perturbar, pero ese año todo era distinto. Emmy era plenamente consciente de que iba a ser el último aniversario que pasaría con su mujer, con su verdadera mujer. Ella, en eso no hubo engaños, sabía que acudía al matrimonio como un plato alternativo, quizás ocupando el puesto de madre que Goering jamás tuvo. Bajó muy despacio y se acercó por su espalda. Con la mayor suavidad, posó la mano sobre el hombro de su marido y esperó paciente una reacción. Al notar su presión, Goering la agarró con la contraria y la envolvió con fuerza. Sabía que debía mucho a Emmy, que se había portado con él con inteligencia y con amor, incluso le había dado una hija, un milagro; pero se sentía culpable, traidor, porque no la quería, porque se casó sin quererla, solo movido por un deseo de buscar una compañía agradable, un complemento en las relaciones sociales, alguien con quien compartir una vida intrincada.

—Hermann, yo también me quería despedir de ella —fueron las únicas palabras que salieron de su boca.

Después de unos minutos de meditación, Goering se levantó con dificultad —las rodillas del que fue intrépido alpinista adolescente capaz de ascender el Grossglockner con quince años de edad se resentían por el exceso de kilos de su cuerpo mantecoso— y, abrazado a Emmy, comenzó la ascensión de los escalones. Se acababa de despedir de la mujer de su vida. «A partir de ese momento —pensó con resignación—, ¿qué es lo que me puede deparar este mundo?».

El gran problema que se cernía sobre el equipo de Goering no era de índole militar sino logístico.

Nada más comenzar con las tareas de la evacuación se presentó la primera dificultad: los embalajes. No cabía duda de que, cuando fueron llegando los objetos que adquiriría la gente de Hofer, no se reparó en que algún día tendrían que sacarlos de allí. Por tanto, la idea de provisionalidad jamás se tuvo en cuenta a la hora del almacenaje. Nadie se preocupó de los cubrimientos. Nadie pensó que podría llegar un día en que el movimiento de objetos hacia Carinhall cambiara de sentido, y ahora tenían que buscar en cualquier lugar, incluso en la basura, materiales que pudieran servir para empaquetar las pinturas.

Hofer se encontraba con un problema que no había previsto, algo inusual en una persona tan calculadora como siempre se mostraba el berlinés. Así, tuvo que dedicar dos días completos a establecer junto a Goering una lista de prioridades, las obras a las que el Reichsmarschall daba mayor importancia, criterio que no siempre era coincidente con el de su asesor. A una de esas tediosas reuniones asistió Luis Molero, a quien se le requirió opinión sobre las piezas españolas, italianas y flamencas, sus especialidades.

Aquella noche del 9 de febrero, a altas horas de la madrugada, había dos parejas que no eran capaces de conciliar el sueño. En el piso inferior del ala de invitados, Teresa y Luis permanecían abrazados en la cama. Allí, en un lugar donde por las noches solamente se había oído el lejano rumor del viento agitando las ramas de los pinos y las hayas, se oía ahora el frío rugir de la artillería, que añadía una inquietud distinta a todos los habitantes de uno de los lugares más apacibles de toda Alemania. Ya no se hablaba de la proximidad del Ejército Rojo, ahora su cercanía también se escuchaba.

—¿Sabes adónde nos marcharemos nosotras?

—He hablado con Hofer y me ha dicho que no te puedes quedar. Me imagino que os iréis a Berlín, a Leipziger Platz, la residencia de Goering en la capital.

A Teresa le hubiera gustado abrazar aún con más fuerza a su marido. Siempre le pasaba lo mismo, dos días después de la aparición de la mancha que le recordaba su esterilidad sufría una apetencia expiatoria de cariño, de amor, de deseo de abrazarlo y pedirle perdón una y mil veces.

—Yo no me quiero separar de ti.

—A ver si consigo, una vez quede todo embalado para sacarlo de aquí, un visado para volver a España.

—Pero ¿cómo vamos a volver a casa?

Teresa tenía razón. Sin ser conocedora de la situación exacta de la guerra, podía

intuir que atravesar gran parte de Alemania tenía que ser, en esos días, extremadamente peligroso.

Luis meditó la respuesta e intentó insuflar ánimos a su mujer.

—No lo sé, pero ten en cuenta que si conseguimos un salvoconducto firmado por Goering tendremos ganado casi todo.

—¿Y el transporte?, ¿cómo atravesamos esto? Fíjate, la última vez que estuve en Templin, que me parece que dista catorce kilómetros de aquí, tardé una eternidad. Tuvimos que atravesar un control, menos mal que el soldado que conducía la moto conocía al oficial y no nos puso trabas, y el muchacho tuvo que tener mucho cuidado y circular muy despacio porque la carretera estaba casi intransitable. No, Luis, una autorización de Goering hoy puede significar muy poco.

—Ya veremos. Vamos a ir por partes. Si lo podemos conseguir, será un problema menos. Luego buscaremos la locomoción. Igual podríamos conseguir entrar en Suiza, incluso unirnos al Ejército Rojo.

—Luis, ¿al Ejército Rojo? —tuvo que tener cuidado para no elevar la voz, pero lo que acababa de oír, la necedad que había dicho su marido, casi la lleva a pegar un chillido—, pero ¿sabes qué estás diciendo?

—No sé, mi padre luchó con la República. Quizá se les podría explicar.

—¿En ruso?, ¿sabes ruso? Si quieres, explícales en alemán que has trabajado para Goering. Eso seguro que lo entienden.

Recapacitó. Él también pensó que esa no iba a ser la solución. Había lanzado la propuesta desde la desesperación. Se quedaron un rato callados y fue él quien rompió esos minutos de silencio. Parecía que la inseguridad alimentaba el insomnio.

—Tenías que haber visto a Goering con la relación de preferencias. Adivina qué pintor ha sido el primero que ha puesto en la lista que hacía con Hofer.

—Cranach —afirmó sin dudar—. ¿No me has dicho que es su preferido?

—No te puedes imaginar, en todos estos años que he trabajado con él, cómo se ponía cada vez que tenía uno a tiro. Nunca ha regateado, ni dinero ni esfuerzos, para que no se le escapara ninguno.

—Ya me lo habías contado. Pero ¿qué tiene ese pintor que no tengan los demás?

—Es bueno, eso no se puede dudar. En el Prado tenemos dos lienzos suyos —Luis Molero, a pesar del tiempo que llevaba fuera de Madrid, seguía hablando del Museo con sentido de posesión—, que, por cierto, también fueron de los que viajaron a Valencia y luego a la frontera, y a Ginebra. Estuvieron en la exposición.

—Pero algo tendrá cuando tanto le gusta, te lo digo porque él habrá podido elegir, y cuando uno se queda con algo concreto entre tantas alternativas será porque le gusta sobremanera.

Nunca se había puesto a pensar por qué a Goering le podía interesar tanto ese pintor. Jamás lo había hablado con Hofer. Era el preferido sin más, sin entrar en detalles que justificaran la preferencia. Repasó los cuadros suyos que habían llegado a Carinhall.

—No sé, Teresa, es un retratista que ha trabajado los desnudos de la mujer con plasticidad y, a la vez, las escenas apocalípticas con crudeza. Sus formas pueden ser muy delicadas, gráciles, transmiten quietud y sosiego; pero en ocasiones parece disfrutar con la muerte violenta, tanto en los lienzos de motivos religiosos, como en otros donde se representan batallas de todos contra todos o ejecuciones de mujeres indefensas a manos de guerreros despiadados o, cuando no, cabezas de santos en platos de ofrenda.

Los ojos de Luis repasaban en la oscuridad las pinturas de Cranach, las pálidas tonalidades doradas con las que representaba, en una unidad de trazo, el sadismo de los verdugos con la belleza de la mujer desnuda envuelta en gasas. Cristo bendiciendo niños junto a la muerte y las hecatombes. Motivos antagónicos para un mismo pintor que se convertían, eso creía, en las razones principales por las que el Reichsmarschall sentía una atracción encendida por ese artista. Sí, pensó que Goering había encontrado en Lucas Cranach el pincel que descubrió sus inclinaciones más íntimas, sus deseos más inconfesables. Puede, incluso, que llegara a creer que en alguna vida anterior el Último Hombre del Renacimiento, como se hacía llamar por todos, fue pintor, pintor alemán.

En el piso superior, la otra pareja que permanecía despierta estaba también inquieta, aunque por motivos bien distintos.

—Me ha dicho Käthe que el álbum de fotos ha quedado muy bien.

—Eso quiere decir... —Günther no terminó la frase. Dejó que Erika continuara con su razonamiento, como si disfrutara con él.

—Quiere decir que los documentos ya están preparados.

El hombre asintió. Los dos estaban dentro de la cama, a oscuras y cada uno en un extremo, pero la distancia de sus pensamientos era aún mayor que la física.

En la cabeza de Erika se acumulaban demasiadas sensaciones. Las noticias de los últimos días no la dejaban dormir y la agitación provocada por los planes próximos hacía mella en su estado de ánimo y en su carácter. Se encontraba muy cansada. Se conformaba con mantenerse en la cama, quieta y a oscuras. Lo de dormir empezaba a ser un recuerdo. Las doce, la una, las dos... el alba, los cañonazos durante la noche. Los motores de los coches. Alguna carrera por los patios. Todo muy distinto a lo que había conocido durante los más de cuatro años que llevaba viviendo en la mansión.

El último discurso del Führer, con motivo del duodécimo aniversario de su ascenso al poder, ya no convencía ni a los más entusiastas. Jamás alguien osaría decir lo contrario, ni públicamente ni a sus más allegados, pero era la verdad. Sus palabras sonaban a disco rayado de gramófono, la misma petición de sacrificio, idénticas e impalpables esperanzas sobre una guerra que se ganaría en muy pocos meses, el deber para con nuestros caídos, el orgullo de la raza... Lo de siempre.

Pero más allá de la noticia de la caída de Colmar a manos francesas, lo que no la

dejaba dormir era la liberación de la ciudad polaca de Auschwitz, Oswiecim como decían ellos.

Alemania había sido como un gran racimo que había florecido más que rápido, atropellado, y del cual, muy poco a poco, se habían empezado a ir cayendo las uvas hasta descubrir la desnudez de un tallo que se mostraba débil y frágil, a punto de quebrarse.

—Günther, ¿cómo es que no me habías dicho nada?

El hombre calló. Él lo sabía, conocía perfectamente lo que sucedía en aquellos campos, pero había jurado guardar silencio sobre aquello. La «Solución final», una idea que partió del jefe de la Gestapo Heinrich Himmler y que llevaba aplicándose varios años. Todo el Estado Mayor de la Luftwaffe se había comprometido a acotar el alcance de la información y reducirlo al mínimo número posible de personas. Ese silencio se extendía también a las mujeres, y Günther, como en todo hasta hacía unos días, cumplía fielmente las órdenes recibidas.

—No podía, Erika, tienes que entenderme.

Günther tenía la vista fija en un reflejo que entraba por la ventana y que dibujaba dos pequeñas líneas paralelas en el techo.

—¿Y hay muchos más? —La mujer de otro Oberst le había contado qué era lo que había acaecido en Auschwitz, pero no le había podido precisar si había más campos de ese tipo.

El coronel ya no sabía a quién servía, si a su Führer o a su mujer. La desaparición de los expedientes había anulado toda su credibilidad y sentía que su puesto tenía un carácter meramente nominal, porque a esas alturas nadie confiaba en él.

—Hay muchos más, están repartidos por toda nuestra geografía y por la de los países ocupados y, poco a poco, los están liberando los aliados.

—Pero ¿solo iban judíos?

—Judíos, homosexuales, gitanos, comunistas, partisanos, delincuentes comunes, aunque creo que, últimamente, ya iba allí todo tipo de personas. Una mera sospecha, una delación, se traducían en una numeración marcada en un brazo. —Sin pestañear, seguía mirando el reflejo de las dos pequeñas líneas paralelas.

—Cuéntame más cosas. Dime qué más pasaba allí.

Erika, como todos, había oído hablar de aquellos campos de internamiento, de reclusión para indeseables. Cárceles colosales donde olvidarse de los enemigos del Tercer Reich. Pero lo que nunca pudo sospechar era que en las mismas se llevaban a cabo aniquilamientos masivos, exterminios. No, aunque nadie preguntaba por la suerte de los presos, la imaginación de la inmensa mayoría de la población no había llegado tan lejos.

Por su parte, Günther no se veía en la obligación de contestar a la pregunta que le acababa de formular su esposa. Decir que no le apetecía hubiera sido una respuesta demasiado simple. La existencia de esos campos era la prueba de hasta dónde había podido llegar todo aquello por lo que había luchado y creía seguir luchando.

—Tú, ¿has estado en alguno? —quiso indagar, casi con temor a descubrir la verdad.

Tardó en contestar. Erika interpretó esa demora como una confesión, pero esperó a que él reaccionara. Respondió con una pregunta:

—¿Sabes cómo se fabricaban las armas en Mittelbau-Dora? Con presos procedentes de Buchenwald —él mismo contestó a la cuestión que se había planteado.

El silencio volvió a planear sobre las habitaciones. Los dos matrimonios sabían que sus vidas iban a experimentar unos giros decisivos en los próximos días y que ya nada volvería a ser igual que antes. Los tiempos tranquilos en Carinhall iban a constituir un capítulo más del recuerdo de sus existencias, si es que a estas les quedaban muchos espacios más para acumular capítulos.

El lunes 12 de febrero Carinhall presentaba el aspecto más lamentable de toda su historia. Aquellos pasillos donde, aunque comprimidas por la falta de superficie, se podían apreciar las mejores obras de arte de toda Alemania, ahora eran como los destartados almacenes de una central de carga de un puerto mercante. Las paredes no mostraban las pinturas, sino los cercos que habían dejado los cuadros al ser descolgados. Torpemente embalados y serigrafiados sus contenidos, los objetos habían pasado de convertirse en codiciadas piezas de museo a simples bultos. Un paseo por cualquier estancia servía para convertir al eventual visitante en una persona, más que sorprendida, confundida. Ahora, sin alfombras en el suelo, todos los pasos que se daban retumbaban como si el lugar se hubiera convertido en una cueva. El Gran Salón, donde en Navidad colocaban el árbol, era una nave de casi trescientos metros cuadrados llena de cajas de madera apiladas con bastante poco orden y sillones atados entre sí con cuerdas, formando parejas, intentando economizar espacio, el otro gran problema con el que se iba a encontrar Goering.

El plan que habían diseñado era prepararlo todo para cargarlo en camiones y llevarlo a unos vagones que estarían esperando en la estación de ferrocarril de Eberswalde y, desde allí, conducir el convoy al castillo de Veldenstein, situado en Amberg, cerca de Núremberg, la que fuera vivienda de Goering durante su infancia y juventud, el lugar donde Franziska, su madre, satisfacía las exigencias del propietario de la mansión, su padrino, y amigo de su padre, el doctor Von Epenstein.

Pero, antes de eso, todavía seguía existiendo el gran problema de los embalajes. Hofer, siempre con su visión sagaz, veía el problema del espacio mejor que su jefe:

—Usted por eso no se preocupe, Hofer —le había dicho Goering, irritado, cerrando la discusión—. Encárguese de guardar todo como es debido, que del transporte ya se ocuparán otras personas. Dispondremos de todos los vagones que necesitamos. Esté usted bien seguro de ello.

Los múltiples contactos que tenía el adquiridor llegaban hasta una pequeña fábrica de maderas en Röbel, que seguía trabajando a pesar de la evolución de la guerra. La llevaban dos hermanos mayores que se habían librado del *Volkssturm* alegando, y siendo admitido su testimonio, realizar trabajos para Goering gracias a unos pedidos que les cursó Hofer en los años 1942 y 1943.

—Luis, le tengo que pedir que se haga cargo de tres *Büssing* y viaje hasta Röbel para traer esas maderas. Usted mejor que nadie —continuó Walter Hofer— sabe las medidas que se necesitan y cómo han de estar cortadas. Todavía quedan en el Gran Comedor un maremágnum de pinturas que no hemos podido embalar. Son las últimas que me marcó el Reichsmarschall, pero él dice que hay que llevarse todo de aquí. En la biblioteca, la que está encima de la maqueta de tren, hay varios montones de libros

de gran calidad. Son piezas del siglo pasado que tampoco podemos dejar en este lugar. ¿No le importa?

¿Qué más da si le hubiera importado? Luis no tenía ninguna opción. Contestó afirmativamente y se preparó para ausentarse otra vez de Carinhall.

—Ten cuidado —fueron las últimas palabras que dijo Teresa al despedirse de su marido.

Lo acompañó al edificio de seguridad donde los tres camiones le estaban esperando. Él iría en el que abría el pequeño convoy. Un visado firmado por el propio Reichsmarschall era la mejor arma que llevaban.

Esperó a que la caravana se perdiera por el camino de los Castaños hasta la puerta de entrada. Después volvió a la cocina.

Por su parte, Günther también se ausentaría de la mansión. Su nuevo despacho iba a estar ubicado en Berlín, pero no en Leipziger Platz sino en otra dependencia de menor rango. El alejamiento de la residencia de Goering era un signo patente de que, aunque nominalmente seguía figurando en el organigrama del Alto Estado Mayor, había quedado sin cometido. Su trabajo ya no iba a interesar a nadie.

Habían puesto a su disposición una furgoneta con un conductor para trasladar la documentación que estimara oportuna, y optó por elegir unos archivadores con datos sobre calidades y planos de materiales y armas, y centros de fabricación de piezas. Con el resto, como hacían todos sus compañeros con lo que no consideraban imprescindible, alimentaría la hoguera que habían encendido junto a la entrada principal, a pocos metros de la figura del *Braunschweiger Löwe*. Allí desaparecerían expedientes similares a los que robaron; hacía unas semanas legajos imprescindibles, hoy simple papel con un único destino, el fuego.

La marcha de Günther permitía a Erika llevar a cabo el plan que había urdido desde que era conocedora de la existencia de los campos de prisioneros.

—¿Cuándo te vas? —preguntó a su marido desde el umbral de la puerta de su despacho, mientras este estaba terminando de meter unas libretas en una caja de madera que antes había contenido botellas de vino.

—En cuanto termine de guardar estos papeles. Tardaré mil años en llegar y otros tantos en regresar —presupuso, aburrido, aludiendo al tiempo que se podía tardar en realizar el trayecto de ida y vuelta a Berlín.

Antes de seguir hablando, Erika terminó de entrar en el que iba a dejar de ser el despacho de su marido y cerró la puerta tras de sí.

—En cuanto vuelvas, nos marchamos otra vez. Lo del dinero lo tienes solucionado —la mujer lo dio por hecho.

Günther asintió sin mirarla.

—Lo llevo siempre conmigo, tanto los Reichsmark como los francos suizos. —Su puesto en el Alto Estado Mayor le permitía manejar unas determinadas cantidades de efectivo que había distraído. Para cuando se quisieran dar cuenta, él estaría muy lejos —. De todas maneras, tenemos que tener controlada la caja que llevé el otro día a la

habitación.

Erika estaba satisfecha. Günther, por fin, había accedido a todas sus demandas. Se había dado cuenta de cuál iba a ser su futuro y había terminado por seguirle el juego. Käthe pondría los contactos y los documentos falsos. Ellos el dinero, tanto los billetes como la caja a las que se refería su marido, que contenían cuberterías y vajillas de oro, regalos que había recibido el Reichsmarschall y que habían escapado del inventario inicial gracias a una gestión de Günther que, a partir del episodio con la sirvienta española, empezó a centrar su interés en otros temas distintos a los militares. Sabía muy bien que un crisol era capaz de convertir cualquier propiedad personal en un bien anónimo. Sin lugar a dudas, una de las múltiples ventajas del oro.

Antes de que se marchara en la furgoneta, Erika le dio un beso de despedida y, con el silencio marcado en su boca, le pidió perdón por anticipado por lo que iba a hacer. Jamás lo entendería y no tenía intención de explicárselo. Simplemente lo tenía que hacer. Llevaba mucho tiempo esperando el momento con un ahínco inusitado desde el suceso de los expedientes desaparecidos. «Esa puta podrá haber engañado a todos —seguía pensando—, pero a mí, no».

—Mire usted, no me venga con contratiempos —recriminaba Goering, soberbio, a uno de sus generales—, soluciónelo. Bastantes problemas tengo ya en qué pensar como para distraerme con lo que me cuenta.

—Es que la señora Goering ha dicho...

—Por favor, déjeme en paz. ¿Quiere?

Le habían trasladado una nueva contrariedad. En la gran mudanza que estaban llevando a cabo, todos se habían centrado en los cuadros, en los tapices, en las esculturas, pero estaban omitiendo algo muy importante y numeroso: las telas. Emmy Goering no se quería desprender de los visillos, las cortinas, los manteles de hilo, las servilletas, la tapicería de las sillas del Gran Comedor, de cuero blanco, incluso había comentado que se quería llevar también las pantallas de los apliques. «Llevan la *H* bordada y no quiero dejarlo aquí», era el deseo que había trasladado a sus sirvientes.

Embalar todo ese material no solo suponía trabajar con muchos metros cuadrados de tejidos sino también emplear a un buen número de personal, que empezaba a escasear. Los soldados estaban aplicados, al margen de continuar con las labores de vigilancia, en la destrucción de los documentos en las piras que no paraban de recibir combustible —habían encendido también las chimeneas del Gran Salón y de la Biblioteca— y en el acarreamiento de todo tipo de objetos voluminosos y pesados. Hacía falta, pues, otro tipo de mano de obra, desocupada y más diestra en el tratamiento de las telas.

La idea de coger dos camiones y marcharse a Templin para traer a un grupo de mujeres fue del Feldwebel Lorenz.

—No se preocupe —aseveró a la mujer del Reichsmarschall el sargento Lorenz

—, dentro de una hora estaré de vuelta con unas cuantas mujeres que se van a encargar de empaquetar todo lo que desee.

Dicho y hecho. Después de llegar a Templin y, a través de un megáfono que instaló en el capó de uno de los Opel Blitz que tenían de servicio en la mansión, efectuar una llamada a todas las mujeres que quisieran colaborar, en poco más de la hora que había prometido los dos camiones arribaban a la mansión con veinte o veinticinco mujeres dispuestas a ayudar en la labor que se les pidiera con la velada expectativa de conseguir arrancar algo de comida. El sargento, sin comprometerse, les había hablado de la posibilidad de que hicieran algo en las cocinas.

La presencia de todas aquellas mujeres suponía una novedad en Carinhall. Mal vestidas, desaliñadas, con caras desnutridas, el grupo fue siguiendo al sargento que las comandaba. Entraron por la puerta principal y les dijo que formaran grupos y que se distribuyeran por la mansión:

—Las telas que encontréis las vais doblando y apilando en el suelo. Pedís a las criadas que os den sábanas viejas o retales y las envolvéis con ellos. Si no llegáis para descolgar alguna cortina, utilizad sillas o subid en mesas. Apaños como podáis, pero en tres horas tiene que estar todo recogido —el Feldwebel se mostraba entusiasta con las instrucciones que cursaba—. Por cierto, si se descubre que alguna se lleva algo que no le pertenece será fusilada al instante. ¿Entendido?

El grupo comenzó a descomponerse en parejas y de dos en dos se fueron internando por los pasillos sin más orden que un leve sentido de la orientación.

En la cocina se había recibido una llamada con prioridad absoluta solicitando un té. Fue Teresa la encargada de prepararlo y ponerlo sobre la bandeja de plata junto al azúcar y la servilleta con la letra *H* bordada con hilo de oro sobre una de sus esquinas.

Erika, que venía de despedir a Günther, se cruzó con la última pareja de mujeres de Templin justo cuando Teresa atravesaba la galería que había junto al Gran Salón con la bandeja de té. Cuando la española miró, distraída, a las dos mujeres, se quedó petrificada al reconocer a una de ellas. No pudo disimular la estupefacción que la llevó a quedarse clavada en medio del pasillo como si le hubieran atornillado los pies al suelo. Nicolette, al ver a Teresa, intentó esquivar su mirada, algo que no pasó inadvertido a Erika. La alemana miró alternativamente a las dos mujeres durante las décimas de incertidumbre que duró el inopinado encuentro. «¿Se conocerán estas dos mujeres?», fue la primera pregunta que la asaltó.

Como si hubiera intuido su pensamiento y temiera la asociación de ideas, y tras una mirada huidiza a Erika, Teresa reanudó la marcha hacia el lugar donde tenía que llevar el té, y Nicolette continuó, junto a la mujer con la que iba, camino de una de las estancias que les había indicado el sargento Lorenz. La escena se había disuelto, pero no así el poso que había quedado en la alemana. Parada en el mismo lugar, miró

cómo Teresa se perdía en las escaleras que llevaban al sótano del ala de la biblioteca y a las otras dos mujeres entrando en el Gran Comedor. Se asomó a este último y vio cómo se dirigían hacia las cortinas que, majestuosas como todo lo de la mansión, colgaban en un último tributo al lucimiento de la sala más grande y pomposa de Carinhall.

«Nicolette, ¿aquí?», se preguntaba Teresa mientras bajaba las escaleras. «¿Cómo habrá podido entrar?, ¿quizá con las mujeres que han venido a lo de las telas?, ¿qué querrá buscar?».

Una vez en el sótano dejó a la derecha la entrada a la piscina y tomó el largo pasillo que se abría debajo del ala de la biblioteca. Después de pasar la primera estancia, comenzó a escuchar los tenues y arrítmicos zumbidos de los pequeños motores eléctricos: la maqueta de tren estaba funcionando. Cuando entró en la habitación contempló lo que nunca se podía haber imaginado presenciar, a pesar de llevar ya muchos años viviendo entre aquellas paredes. El Reichsmarschall se encontraba solo, hundido en el sillón rojo de piloto, con el mando de los trenes entre sus manos. Como si estuviera absorto, con un único pensamiento en la cabeza, el dueño de aquel mundo en miniatura vivía sus últimos momentos en lo que fue su sueño tal y como lo concibió. A pesar de haber pasado menos de un mes, muy lejos quedaba ya la noche en la que presentaba la ampliación al doble de su mansión y la creación del museo que llevaría su nombre. Había sido un sueño que se había tornado en alucinación, como si fuera una consecuencia más de las frecuentes, y a veces desmedidas, dosis de morfina que se inyectaba.

Teresa se presentó ante él y se disculpó por interrumpirlo:

—Perdón, señor, le traigo el té que pidió.

Tras unos instantes de prudencia, repitió el motivo de su presencia en un tono de voz algo más elevado.

Los ojos de Goering seguían clavados en la evolución de dos locomotoras de vapor que formaban, junto a sus vagones, un primoroso convoy réplica de los de la Union Pacific, y la presencia de Teresa se convertía en un objeto inerte del decorado de la maqueta.

Optó por hacerse notar de otra manera:

—¡Mein Reichsmarschall!

La reacción fue la misma. Goering no apartaba la vista de la mirada alternativa a las dos locomotoras que, en ese momento, se entrecruzaban en un puente.

No se lo pensó más veces y posó suavemente la bandeja con el té junto al cuadro de mandos y se retiró marcando una leve inclinación con la cabeza, como era la costumbre entre el personal de servicio.

Erika no se había quedado tranquila con el encuentro que había presenciado. Alguna suerte de connivencia o de complicidad parecía que había entre las dos mujeres porque la reacción de la española tenía que tener alguna explicación. Nadie se quedaba como se quedó ella al ver a una desconocida. «Esas dos se conocen de algo», seguía pensando, y estaba dispuesta a averiguarlo.

Las veía trabajar en el Gran Comedor. Se habían procurado una escalera y la compañera de la pelirroja a la que había mirado Teresa se había subido a ella y estaba separando las pinzas que sostenían los largos visillos. Se acercó quedándose a dos metros de Nicolette, que iba sujetando la tela y doblándola para que ocupara menos espacio dentro de unos sacos que les habían llevado.

—¡Tú!

Nicolette se volvió interrogante.

—Sí, tú, ¿de dónde eres?

No se había preparado la respuesta. Ni esa ni ninguna. Nicolette había oído desde el establo el megáfono del camión y no dejó pasar la oportunidad de entrar en Carinhall. Aunque sabía que era casi absurdo y que podría tirar al traste toda la operación, albergaba la esperanza de encontrar alguna información adicional a la que ya le había proporcionado la española. Le hubiera gustado ser evanescente, pero se encontraba ahí, al lado de ella, y ahora le estaban formulando una pregunta en la que podría estar en juego su vida.

—Soy polaca —respondió Nicolette.

«¿Y si esa rubia que la estaba preguntando con esa cara inquisitiva también fuera polaca, o supiera el idioma y me hablara en él?», fue lo primero que le vino a la cabeza después de la afirmación tan tajante que acababa de alegar. También era verdad que no podía decir que era alemana porque aunque consideraba que hablaba razonablemente bien el idioma, decían que tenía un fuerte acento extranjero.

—¿Y qué haces aquí? —Escrutó Erika en alemán, para mayor tranquilidad de Nicolette.

—Estaba en Templin y oí lo que se decía desde el camión. En casa nos vendría bien algo de comida, y pensé...

No terminó la frase. Erika había empuñado los ojos como si quisiera que estos se convirtieran en una máquina capaz de discernir cuáles eran las respuestas verdaderas de las falsas. No la creía.

—¿Y por qué te miró esa camarera?

—¿Qué camarera, señora?

—No te hagas la distraída. Sí, esa camarera que llevaba una bandeja, ahí, hace un momento.

La cara y la actitud de Teresa habían sido demasiado obvias como para pasar desapercibidas. No encontraba una explicación para ello. Dudó y se encogió de

hombros, pero la suerte se iba a aliar con la francesa en el momento en que más la necesitaba.

Por la puerta apareció Emmy con Edda y Kurt de la mano:

—Erika, ¿puedes ayudarnos? No saben qué juguetes se quieren llevar.

Miró de arriba abajo a la francesa y agriamente le bufó, con la misma intensidad de una amenaza:

—Ahora vuelvo.

La selección de juguetes duró menos de una hora. Erika tampoco tenía mucho tiempo libre, no sabía cuánto tardaría Günther en regresar de Berlín y lo que quería hacer era incompatible con su presencia. Le hubiera gustado saber por qué Teresa se había quedado anonadada cuando se encontró con la pelirroja, pero, ahora, ya daba igual. En lo que se quería centrar era en su venganza contra la española.

Dejó a Kurt con el aya de Edda y subió a la planta donde se encontraban los despachos. El de Günther, ahora desconocido con todos los papeles por el suelo y con el mobiliario menguado, estaba ocupado por dos soldados que cargaban en sus brazos unas torres de papeles que irían a las hogueras que se habían dispuesto en las chimeneas y en la entrada. Por el suelo se encontraban diseminadas numerosas hojas que se iban cayendo de los montones que cargaban los militares.

Continuó al siguiente, el del Major Heinz Hartman, que se hallaba en la fase de seleccionar lo que necesitaba llevarse de allí. Sentado a su bufete, había sacado por completo un cajón y estaba escogiendo aquello que le sería de utilidad para su próximo destino en Berlín. Al verla entrar, se puso en pie, no tanto por el respeto que le podía merecer al ser mujer, como por ser la esposa de un militar dos escalas por encima de él.

—Erika, ¿cómo usted por aquí?

Entró despacio, sin prisa, simulando dar un paseo por las estancias de un lugar que iba a dejar de ver.

—Heinz —le llamó por su nombre de pila evitando antecederlo con el empleo—, me estoy despidiendo de Carinhall.

Conforme caminaba, miraba los techos que comenzaban a ennegrecerse por el efecto de la calefacción y la falta de pintura; las paredes, forradas en Holanda, ya desnudas de cuadros; las estanterías donde todavía quedaban, huérfanos, algunos archivadores esperando ser lanzados a las llamas o a una caja de madera; también posó sus ojos en el sofá aterciopelado en rojo con ribetes negros afelpados en los bordes.

Decidió iniciar un preámbulo breve y sugerente. Se asomó a la ventana, cuidando de no sacar en exceso la cabeza y que alguien la pudiera reconocer en un despacho distinto al de su marido, y se detuvo en las envolventes tonalidades amarillas, rojas y anaranjadas de la pira. Los soldados lanzaban libros, folios, archivadores, pequeño mobiliario. De no ser por lo que significaba, le hubiera podido hasta parecer un cuadro hermoso, bucólico y relajante.

Se giró.

—Por favor, Heinz, continúa con lo que estabas haciendo.

—Hago lo que, me imagino, estamos haciendo todos, seleccionando y

quedándonos con lo imprescindible, es decir, casi nada —se lamentó, mirando todo a su alrededor sin saber por dónde continuar.

Su tono de voz denotaba un desánimo que se alejaba de la idea que siempre había tenido de él, y que Günther había alimentado, como la de un militar voluntarioso, eficaz y resuelto. Su marido lo tenía en gran estima profesional. Para ella era simplemente un hombre atractivo de una edad próxima a los cuarenta años, demasiado mayor para su gusto.

Erika volvió tras sus pasos; se acercó hacia la puerta de entrada y la cerró con llave sigilosamente sin que Heinz se diera cuenta. Después, y sin pedir permiso porque él no era nadie para concedérselo o denegárselo, se sentó en una de las sillas de confidente y se acodó sobre la mesa, actitud que extrañó a un Heinz que continuaba con la labor de selección de sus pertenencias.

—Heinz, sé lo de los campos de prisioneros —le espetó, sin mediar palabra.

El Major quiso hacer como si no lo hubiera oído y se atrevió a continuar con lo que hacía.

—Heinz, ¿no me has oído?

Levantó la cabeza y la miró interrogante.

—¿Los campos de prisioneros? —preguntó haciéndose el despistado.

—Sí, lo sé todo. Sé lo que pasa allí. Después de que perdiéramos el campo cercano a Cracovia, me he enterado de todo.

—¿Auschwitz?

—Como se llame, me da igual. Me pregunto cómo es posible que haya caído con toda esa gente viva dentro. No tenía que haber quedado ninguna prueba.

Heinz no tenía nada que decir. Él no se encargaba de eso, su misión era la coordinación del abastecimiento de las piezas de repuesto de los cazas y aviones de reconocimiento, no la depuración de la raza.

—Dime, Heinz —el tono de Erika cada vez se hacía más bajo, más confidencial, más cómplice—, ¿tú podrías mandar a alguien a un campo de esos?

La cara de Heinz hablaba por sí misma. No entendía que la mujer de un Oberst le formulara una pregunta así. ¿Por qué no se la hacía a su marido, un hombre con más autoridad que él para poder cursar una orden de detención y mandar a una persona a un campo de concentración?

—Todos los jefes del Alto Estado Mayor podemos cursar ese tipo de órdenes, pero, perdone, ¿por qué me está preguntando eso?

Se levantó y se dirigió, sin mediar palabra y esperando que él la siguiera con la vista, como así sucedió, hacia la ventana y volvió a fingir que se quedaba embrujada por el fuego que seguía devorando sin piedad todo lo que le lanzaban los soldados. Quería que todo tuviera una aureola poética, casi romántica. Después de estar unos instantes mirando al exterior se dirigió hacia el Major, que seguía sentado en su sillón.

Al situarse ella tan cerca, él optó por ponerse de pie. La diferencia de estatura

entre los dos no era muy grande, y Heinz se sintió incómodo al encontrarse tan cerca de una mujer como Erika, la esposa de militar más deseada de todas las que vivían en Carinhall. La miró y se sintió turbado por la proximidad. Tras el fallecimiento de su mujer en un bombardeo en Hannover, en el 1942, ya no tenía quien le desabrochara los tres botones forrados de sus calzoncillos largos, y desde entonces había aceptado una castidad que nunca alivió con otra mujer, y que paliaba en soledad para cubrir una faceta que no podía suplir de otra manera.

—Heinz, necesito que mandes a una persona a un campo de esos, pero para no volver. ¿Entiendes?

El problema no era la mirada, mantenida con fuerza y seguridad, sino el perfume que emanaba mezclado con su olor, ese que dejaba algunas veces al pasar y que había percibido en innumerables ocasiones al cruzarse con ella por cualquier rincón de Carinhall. Y ahora, esa piel blanca, esos hombros delicados descubiertos por unas hombreras hábilmente bajadas, su estilizado cuello y su boca tentadora se encontraban a escasos centímetros de él.

Le costó hablar. Lo intentó.

—Pero para mandar a una persona a un campo necesito una razón.

—Dos. Te voy a dar dos razones.

—¿Cómo?, no entiendo —la mirada del Major mostraba desconcierto, no sabía qué era lo que estaba sucediendo.

Erika se dispuso a explicarle los dos argumentos con los que quería razonar su petición.

Suavemente, bajó con sus manos por los brazos del Major hasta llegar a sus dedos. Los acarició y comprobó, con satisfacción, que él se dejaba hacer. Ella no era ajena a la imagen que proyectaba.

Recogió sus manos y las colocó en su cintura. Ahora, Heinz agarraba suavemente el talle, mientras las sedosas manos de la mujer más anhelada del mundo, por lo menos para él, le abrazaban. Con delicadeza, continuó conduciéndolas por los costados y las acercó entre sí. Sin sujetador, los pechos de Erika tenían un tamaño ideal, una delineación bella, una caída maravillosa y la densidad perfecta.

—Heinz, hace muchos años que me he fijado en ti —musitó, después de darle un cálido beso en los labios—. Es posible que no nos volvamos a ver. Nadie sabe qué va a ser de nosotros.

El hombre, con un abultamiento que se marcaba en sus pantalones, no podía creer lo que le estaba sucediendo. Erika rodeaba y acariciaba su cuello con sus manos, mientras que él seguía envolviendo los pechos que tantas veces habían sido blanco de sus miradas furtivas.

—Heinz, ya ves, no te estoy dando una razón para mandar a un enemigo a un campo de esos. Te estoy dando dos y, si quieres, te daré alguna más.

Entretanto los soldados seguían alimentando el fuego con el material que no querían que cayera en manos del enemigo. La destrucción de las pruebas

inculpatorias era ahora una orden que se anteponía a cualquier otra. Nada, absolutamente nada de valor, ni económico, ni militar, ni siquiera sentimental, tenía que acabar en poder del contrario.

Si Nicolette había tenido fortuna con la llegada de Emmy —conocía a la mujer de Goering por fotos que había visto en alguna revista con ocasión de la inauguración de la Exposición Universal de París de 1937— y aquellos dos niños, también la tuvo al no regresar a buscarla aquella rubia. No sabía qué habría pasado si hubiera sido más insistente o si, a lo peor, disponía un careo entre las dos. Si eso hubiera sucedido temía por Teresa. Ella habría sabido fingir hasta llegar al aburrimiento pero, por la manera de comportarse de la española, temía que no fuera capaz de aguantar los envites de una mujer con una preponderancia como la de esa alemana tan alta.

Por eso, cuando terminaron de descolgar y doblar las cortinas del Gran Salón y de extraer la lana de los cojines que embellecían, a la vez que protegían, las veintidós sillas que rodeaban la inmensa mesa de madera de caoba, las dos mujeres cargaron con los sacos hacia la galería principal. El sargento Lorenz les indicó con la mano una dirección y hacia allí se dirigieron. Nicolette era consciente de que estaba pisando Carinhall, una de las pocas, por no decir que la única junto a Teresa, mujeres no alemanas que caminaban sobre el mismo suelo donde antes lo habían hecho todos los dirigentes del nazismo. Su sensibilidad la llevaba a pensar que, lo que sin lugar a dudas sería historia, ahora se estaba convirtiendo en un momento único en su vida.

Llevaron a todas a la cocina y allí el mismo sargento que había ido a buscarlas en los camiones dispuso que les dieran algo de comida: judías verdes, lechugas, nueces, alubias y garbanzos, salazones de arenques y botellas de vino. A pesar de la presencia del militar, que tuvo que dar en un par de ocasiones algunas palmas de advertencia, las mujeres casi se empujaban entre sí para llevarse la mayor cantidad posible de comida.

Después volvieron a los camiones con el agradecimiento de lo recibido, mientras el sargento Lorenz daba cuenta de que lo encomendado se había resuelto sin novedad.

—¿Teresa?, ¿la española? —Fue lo primero que dijo Heinz cuando escuchó el nombre de la mujer que quería mandar a un campo de trabajo.

—Sí, cariño —se permitió una lisonja que intuía nunca podía fallar con un hombre cuando termina de hacer el amor, y más cuando se acompañaba la palabra con un beso seguido de un sutil mordisco en el boscoso pecho y una caricia en el sensible miembro—. Me imagino que te enterarías de lo que pasó con aquellos archivadores que robó y que nunca aparecieron.

—No se pudo demostrar que fuera ella —quiso disculparla, mientras apuraba un Stambul que había prendido; la imposibilidad de comerciar con los países americanos obligaba al Reich a importar el tabaco de Oriente, mucho más fuerte y áspero—.

Parece ser que se miró en su habitación y no estaban allí.

—Sí, eso lo sé, pero que no aparecieran allí no quiere decir que no los robara ella. ¿Quién si no? ¿Tú te fías de alguien que no es... como nosotros?, de una persona ajena a nuestro país, a nuestra cultura, a nuestro nacionalsocialismo. ¿Qué significa para ella la palabra de nuestro Führer?

Mientras le hablaba, su mano le acariciaba el torso, dándose cuenta de la apolínea figura que tenía el Major y que siempre había pasado desapercibida bajo los uniformes que, a la par que ocultan obesidades, también esconden, como era el caso, complexiones muy afortunadas y desconocidas para ella.

—En Carinhall hay un millón de sitios donde poder ocultar unas pocas hojas. Luego se las pudo dar a su marido para que se las entregara a alguien, o hacerlo ella misma.

No podía creer la idea que le acababa de asaltar. Igual que si la hubiera aguijoneado una nube de avispas, saltó del sofá y se llevó el puño a la boca. «Se los pudo llevar a alguien —volvió a pensar en el razonamiento al que acababa de llegar—, ¡a la pelirroja!». Sí, acababa de encontrar la solución a la razón por la que la camarera se había quedado atónita al ver a esa mujer que venía por lo de las telas. ¿Qué otro motivo podía haber para ese comportamiento?

—¿Qué te pasa? —preguntó extrañado Heinz al ver el proceder de Erika—. ¿Qué te ocurre?

Lo miraba como si estuviera viendo un fantasma. No era la cara del Major sino la de Teresa la que tenía delante. «No, no puede haber otra razón para que hiciera aquello», seguía pensando, pero ¿qué podía hacer ahora? Si salía corriendo, igual el grupo de las mujeres que había venido de Templin todavía seguía, pero también se podían haber marchado. ¿Montar otra situación como la del otro día para no encontrar nada? No, no podía permitirse otro despropósito como aquel.

—Por favor, Erika —Heinz se había incorporado y ahora estaba sentado en el sofá con los pies en el suelo—, dime, ¿qué te pasa?

«No, otro ridículo no. Ya no más». Ella sabía que era muy poco lo que quedaba de su reputación, «casi nada», pensó la mujer infiel del Oberst.

Se serenó y volvió al sofá. Hizo ademán de sentarse en su regazo y Heinz la acogió rodeándola con su brazo derecho por la cintura y con el izquierdo por las rodillas.

Ella se acercó y lo volvió a besar.

—Me tienes que perdonar. Creo que estamos todos muy nerviosos. La evacuación, nuestro futuro...

—Sí, Erika. No tienes por qué disculparte.

La mujer se acercó a su cara y la besó. Si a ella le había gustado, él se encontraba a punto de alcanzar nuevamente el paraíso. Comenzó a acariciarle el hombro y repitió el beso. En sus brazos notaba cómo su corazón se iba serenando por la idea que acababa de subvertirla, pero, a la vez, se volvía a alterar en medio de una

perturbación distinta. Muy distinta.

—Es una mujer muy peligrosa —refunfuñó, mientras se encontraba sentada a horcajadas sobre él—. Quiero que la mandes a un lugar de donde nunca vuelva. ¿Lo harás?

Él no respondió. Sus manos la abrazaban mientras presionaban la espalda para que sus turgentes y frescos pechos se oprimieran contra su torso desnudo. Las bocas se juntaban con furia y los cuellos giraban continuamente buscando el mejor acomodo para sus besos, ese preámbulo maravilloso de lo que sería la penetración posterior. Sin que él lo hubiera esperado, ella se separó de él.

—¿Lo harás?

Como si le hubiera hablado en un idioma desconocido y le formulara una pregunta carente de sentido, intentó volver a acercar su boca a los finos labios de Erika. Ella le sujetó la cabeza con las dos manos.

—Dime que lo harás. ¡Dímelo! —le exigió, dejándole patente lo que vendría después de su asenso.

Heinz paró. Su respiración entrecortada, su miembro rígido de nuevo, su corazón latiendo desbocado, un hilo de saliva entre las dos bocas como único puente de unión...

—Primero vamos a terminar. Luego hacemos lo que digas —acertó a mascullar, jadeando.

Era lo que tenía que decir. Lo sabía muy bien. No lo había aprendido en ningún colegio ni en ninguna escuela militar. Era decir que sí, y la maquinaria del amor se pondría en marcha como si fuera un motor al arrancar.

Erika sabía que estaba firmando un contrato con unos derechos y unas obligaciones. Ella acababa de empezar a estampar su firma, él, a juzgar por lo que había sucedido hacía unos minutos, no tardaría en completar su parte.

Cuando, de noche, Erika recibió a Günther, que llegaba después de un interminable viaje a Berlín, y mientras comentaban cuál sería su nuevo despacho, escucharon unos golpes y una carrera en el piso inferior.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó un Günther que lo único que quería era dormir y descansar después del penoso viaje.

—No sé, yo no he oído nada —respondió Erika—. Vamos, hasta mañana. Que el de mañana será un día mucho más agotador que el de hoy.

Cuando le dio un beso experimentó la desconcertante sensación de extrañar los labios de su marido. No por añorados, sino por percibirlos en ese momento como ajenos.

Ella había cumplido su parte. El Major la suya. Un grupo de tres soldados, procedentes del edificio de la comandancia que se levantaba junto a las torres de electricidad que había a doscientos metros de la entrada a la finca, había irrumpido violentamente en la habitación de Teresa. Fingiendo la voz de Robert Kropp, que la urgía con premura, consiguieron que la española les franqueara la entrada. Pasaron,

empujándola, a su alcoba en la que se hallaba sola por encontrarse su marido en la misión que Hofer le había asignado. Le aplicaron un sedante por inhalación mientras que uno de los soldados agarró su maleta y metió en ella lo primero que encontró. A rastras y con la complicidad de la noche, la llevaron junto a un coche que estaba esperando al final del pasillo de la planta baja. Dos puertas se abrieron, la del edificio y la del vehículo, y la mujer fue introducida, inconsciente, en su interior. Nadie había sido testigo de aquella acción puntual. El Major Hartman y los tres soldados fueron los únicos que supieron lo que pasó aquella noche del 12 de febrero de 1945, en la última semana de vida en Carinhall. Erika, desde su cama, también.

—Pero ¿cómo es posible que haya sido todo así, sin avisar?

—Sí, así fue —contaba Erika a Gertrud en la cocina, ya casi vacía—, así de rápido.

Ese martes día 13 era el penúltimo día antes de que todas las mujeres y niños abandonaran Carinhall. Se entendía que ya habían contado con tiempo suficiente para recoger todo lo que procediera y empaquetar sus pertenencias. Por otro lado, las patrullas de soldados a las que se les había encargado la misión de quemar todo aquello que no fuera imprescindible estaban acabando su cometido. Carinhall se quedaba sin alma.

—Pero ¿cómo se enteró de lo de su suegro?

—Por medio de un cablegrama que recibió mi esposo. Tenga en cuenta que Luis Molero es un hombre muy importante y la salud de su padre ha sido motivo de preocupación constante por parte del Oberst. —Erika hablaba de su marido delante de Gertrud como si este fuera un ajeno—. Por eso, en cuanto recibió la noticia, dispuso su traslado inmediato a Berlín para que hoy cogiera un avión de Lufthansa que tiene previsto volar a Barcelona. Ya se han cursado instrucciones al consulado alemán en esa ciudad para que atiendan a Teresa y le procuren un billete en el primer tren que parta hacia Madrid.

Gertrud se quedaba, más que admirada, sorprendida de la eficacia de *Frau Von Houten*. No podía imaginar, por todo lo que había hablado con Teresa, que esa mujer estuviera tan preocupada por la salud del padre de su marido. Erika, por su parte, hacía mucho tiempo que había analizado toda la información de que disponía sobre la mujer de uno de los ayudantes de Hofer. Siempre había oído decir a su marido que, para vencer al enemigo, había que conocerlo mejor que él a sí mismo. Ese era un razonamiento militar pero también servía para la vida civil. ¿Qué hacía Teresa en Carinhall? ¿Por qué Hofer había reclamado los servicios de un hombre como Luis Molero? ¿Cómo se le pudo convencer? ¿Cuál había sido el pasado de ambos? ¿Qué papel habían jugado en la guerra española? Todas esas cuestiones las tenía que conocer. «Todos tenemos nuestros puntos débiles —pensaba Erika—, lo que hay que hacer es conocer los del prójimo y ocultar los propios».

—Le digo esto, Gertrud, porque sé que usted es muy amiga —tuvo que cuidar el tiempo verbal, ya que a punto estuvo de decir «usted *era* muy amiga»— de esa fantástica camarera y me gustaría que se lo dijera a su marido. Espero que pueda llegar a tiempo de verlo con vida. Parece ser que su salud es muy delicada y no va a aguantar así muchos días. Ojalá que todo esto merezca la pena y se pueda despedir de él.

Se quedó negando con la cabeza y fingiendo en su rostro el mayor

compungimiento que era capaz de mostrar.

—Pero, señora, ya sabe que nosotros vamos a marcharnos mañana. A lo peor su marido no ha vuelto.

—Lo sé, Gertrud, lo sé. El Oberst Von Houten y yo nos vamos a marchar hoy a Berlín, con nuestro hijo, y volveremos mañana o pasado. ¿Haría usted el favor de decírselo a *Herr Hofer* o a los oficiales de guardia para que informen a *Herr Molero*?

Volvía contenta a su habitación. La noticia con que habían desayunado los dirigentes que todavía quedaban en Carinhall la traía casi sin cuidado. Después de cuarenta y cinco días de lucha, Budapest había cedido a los soviéticos. La esvástica ya no contemplaría el discurrir del Danubio bajo el puente de las Cadenas. Al racimo se le había caído otra uva. Cada vez pesaba menos.

Heinz se había portado como un caballero, al margen de como un extraordinario amante. Nada más hacer el amor por segunda vez con ella, se puso los calzoncillos y se sentó a su mesa. Cogió el teléfono y pidió que, desde la centralita de Carinhall, los hombres del *Reichspost* —tuvo suerte y las comunicaciones no estaban cortadas— le pusieran con un amigo suyo, un muniqués llamado Franz Ziereis, el Lagerkommandant de uno de esos campos, según le dijo, de los que mejor funcionaban, situado a orillas del Danubio. Hacía mucho tiempo que le había pedido que si se enteraba de la presencia de mujeres vistosas, actrices, modelos de ropa de revistas, «o gente así», que lo avisara. El trabajo en ese campo era muy duro y necesitaba dar esparcimiento a determinadas personas que realizaban tareas especialmente sufridas, como era el caso de los *kapos*, los prisioneros que ejercían labores de guardianes de sus propios compatriotas. «Nadie trabaja mejor con un judío que otro con un látigo en la mano», llegó a comentar en una ocasión.

Como todos los hombres que vivían o trabajaban en la mansión, el Major Hartman también se había fijado en Teresa y en esos ojos atezados que penetraban a todos con una inocencia no exenta de libidine. Nunca había pensado atender aquella petición porque el tipo de mujeres con las que él tenía trato no encajaban en ese perfil. Esa era más una labor para aquellos jefes que se movían entre la población civil de los territorios ocupados. Pero los tiempos no permitían la descortesía y nunca sabría si aquel favor que ahora le proporcionaba lo podría cobrar en una fecha próxima. Además, el precio que tuvo que pagar fue uno de los mejores regalos que le había ofrecido la vida. Tener en sus brazos a Erika von Houten fue el mayor placer que jamás hubiera imaginado. Ya no tendría que pensar en otra mujer a la hora de buscar una musa que lo acompañara en las soledades de su cama.

Los dos Opel Blitz habían dejado a todo el grupo de mujeres el día anterior en la plaza de Templin. Cada una fue complacida con la pequeña ración de comida que les habían dado por el trabajo realizado. Carinhall estaba en liquidación, y más de una hacía cuentas de regresar, una vez se hubieran marchado todos, para buscar algo de

valor que pudiera quedar.

Los planes de Nicolette eran distintos. La comida le había venido bien, pero ya no tenía ningún sentido que continuara allí. Muerto Antoine, la posibilidad de enviar un mensaje era nula. Por otro lado, no podía esperar que la española le pasara más datos. No, Teresa no iba a poder hallar nada y aunque se hiciera con ello, dudaba de que se arriesgara como lo había hecho, y más con la escena aquella de la rubia, con la mirada que les echó y las preguntas que luego le formuló. No. Sin que nadie se lo indicara, Nicolette sabía que su misión allí había terminado y ahora tenía que hacer valer la información que poseía, los expedientes de los militares y las cuatro fotos, a su verdadero ejército, ese que luchaba por su ideología.

Sin necesidad de contar con una brújula sabía por dónde salía el sol todos los días y por dónde se escondía. Tampoco precisaba un mapa militar para imaginar dónde se encontraría el Ejército Rojo y saber la dirección que había que tomar para salir a su encuentro. La gran pregunta era la distancia. ¿A cuántos kilómetros podrían estar? Presuponía que no serían muchos. La evacuación de Carinhall no era fruto de la casualidad ni de la precipitación, sino de la premura que acucia cuando la urgencia pasa a ser necesidad ineluctable. El segundo hombre del Reich no se iba a mover de allí si no tenía una exigencia vital de hacerlo. Además, ahora que lo conocía, se convencía cada vez más de lo que pensaba porque todavía no se había repuesto de la impresión que le causó lo que aún quedaba de majestuosidad en un lugar donde las paredes estaban desnudas y el jardín era la base de una fogata encubridora. Esa era la pista, la prueba, de que no tendrían que encontrarse muy lejos.

—¿Tienes todo? —preguntó Erika cuando entró en la habitación.

Günther asintió con la cabeza baja. Su mujer se lo imaginó y se acercó junto a él levantándole la cara por la barbilla. Sin que lo tuviera que confesar, el hedor que desprendía su aliento y la rojez de los ojos le delataron como si fuera un delincuente confeso.

—¡Imbécil! —No pudo evitar levantar la voz, mientras le daba una bofetada que casi lo tira a la cama.

El hombre se tambaleó, pero consiguió mantener la verticalidad. La fuerza de la mano de Erika lo había desplazado lateralmente.

—No tienes fuerza de voluntad. ¿Qué pretendes encontrar en la ginebra? ¿No te das cuenta de que nos puede arruinar, que puede arruinar a tu hijo?

Günther no decía nada. Se avergonzaba de haber vuelto a beber, pero todavía más porque Erika no era capaz de entender las verdaderas consecuencias del plan que había maquinado. Supondría la libertad, en teoría; pero sería un desertor. A veces le asaltaba el deseo de comparecer ante un pelotón para depurar su conciencia.

Erika se desconcertó. Resultaría demasiado sospechoso que un coche lo condujera una mujer, yendo su marido vestido de copiloto con el uniforme militar. No, tenía que

ser Günther el que se pusiera al volante.

—¿Estás para conducir?

Con la mejilla todavía roja por el bofetón que le acababa de propinar, se sentía humillado; por la ginebra que había ingerido, un poco mareado; pero por la tensión que lo exacerbaba, listo para iniciar la misión. La última que dependería de él. A partir de poco más de una hora, sería como un acompañante en los planes de otros, un copiloto sin palanca de mando.

—Perfectamente. Ve a por Kurt.

Al cabo de diez minutos, el BMW 335 conducido por el Oberst se había puesto en marcha. Al niño le habían dicho que se tumbara al pie de los asientos traseros para no ser visto por los guardias al abandonar la mansión —aunque a él le dijeron que era un divertido juego del escondite y que cuando ya estuvieran en carretera se sentaría en su asiento—. Con el valioso equipaje de los objetos de oro, algo de ropa, el dinero que había robado, y todo el remordimiento y vergüenza que puede albergar el corazón de un militar, Günther asintió al soldado que se cuadraba ante él a la vez que le abría el portón de salida de doble hoja. Atrás quedaba una ilusión quebrada, un sueño convertido en desazón, el fracaso de un paradigma de mil años.

Cuando el BMW 335 conducido por Günther llegó a lo que quedaba de Lanke —los bombardeos aliados estaban reduciendo a escombros la mayor parte de las ciudades alemanas y más todavía cuanto más cerca se encontraban de la capital—, y tal y como le había explicado Käthe a Erika cuando se vieron la última vez en Berlín, torcieron a la derecha al pasar la iglesia y, después de dos manzanas, giraron a la izquierda. Lo único que había en la calle eran los restos de dos coches medio desguazados, víctimas del pillaje.

La mirada de Erika transmitía satisfacción al ver lo que tenía delante. La de su marido, en cambio, no era clara, demasiados sentimientos se entremezclaban: los remordimientos por la traición, el optimismo ante el plan que ideó su mujer, y ahora también la sorpresa.

—¡Una ambulancia! —exclamó Kurt, que fue el primero que abrió la boca en el BMW desde que habían salido de Carinhall.

Delante de ellos, aparcada en un lateral de la calle, junto a uno de los muchos edificios derruidos que poblaban o, más bien, que habían dejado de poblar la pequeña villa, los estaba esperando un camión ambulancia con la Cruz Roja serigrafiada en los laterales, en el portón trasero y, según imaginaron los Von Houten, en el techo.

Erika salió del coche y se dirigió a la cabina. Käthe, que los había visto llegar por el espejo retrovisor, bajó a su encuentro, lo que provocó un instante de perplejidad en la recién llegada. La amiga iba vestida con un uniforme marrón con falda por debajo de la rodilla, cofia en la cabeza a modo de diadema y una capa amplia que voló cuando se apeó.

—Käthe, ¿qué haces así?

La falsa enfermera se acercó y le dio un beso.

—Lo que más me ha gustado siempre de ti, Erika, ha sido tu puntualidad. Veo que no has copiado las costumbres de tu Goering.

La sorprendió el tono de Käthe. Estaban desertando, se encontraban cometiendo un delito capital castigado con el fusilamiento —Himmler acababa de crear los Consejos de Guerra Especiales con los que se castigaban ese tipo de felonías de forma instantánea— y ella todavía tenía tiempo y temple para bromas.

—¿Tienes los pasaportes?

—¿Tienes el dinero y el oro? —repuso Käthe, en una entonación nada cómica.

Le chocó la réplica de su amiga, pero lo entendió normal. Ambas, tácitamente, habían puesto de manifiesto cuál iba a ser el cariz de su relación.

—Está en el maletero.

Käthe asintió. Miró al interior del coche y distinguió a Günther y al pequeño Kurt. No se veía a nadie más. De momento, Erika estaba cumpliendo.

—¡Hans-Erich!

Por el lado derecho del vehículo bajó un hombre de paisano, de aspecto radiante, alto y fuerte, con un pelo tan rubio que parecía refulgente, y con unos ojos algo separados que no hacían sino acentuar la dureza de sus facciones. A Erika le pareció estar viendo a un esquiador noruego. Se acercó a ellas.

—Mira, esta es mi amiga Erika.

El marido de Käthe le dio dos besos. Günther salió del vehículo. Al verlo de uniforme y con el rostro grave, Hans-Erich no tuvo mejor ocurrencia que cuadrarse:

—*Heil Hitler!*

Günther lo miró de arriba abajo, con desprecio:

—Amigo, ahórrese la formalidad. Me parece que eso dentro de muy poco no va a valer nada.

El Oberst miró el vehículo con detenimiento pues no terminaba de creerse lo que tenía delante.

—Pero ¿qué es esto?

—Esto, Günther, es nuestra salvación, y la tuya —fue la respuesta con que Käthe se justificó.

Delante de los prófugos había un modelo de ambulancia aliada, nada más y nada menos que una Austin K2Y.

—¿El volante? —indagó Günther.

—Günther, sabes muy bien dónde se encuentra el volante de este vehículo.

Claro que lo sabía; la Austin K2Y era una ambulancia inglesa cedida en su día, allá por los años 1939 o 1940, al ejército francés para que este hiciera frente a la ofensiva alemana en el oeste. Después del armisticio pasó a formar parte del parque móvil del Tercer Reich. Si se fijaba uno bien, todavía quedaban restos burdamente borrados de las siglas de la Royal Air Force en el capó y en un lateral. Por supuesto, el volante se encontraba a la derecha.

—Pero este vehículo va a llamar mucho la atención —receló Erika.

—Mira, guapa —Käthe estaba empezando a ponerse visiblemente nerviosa—, es lo que hemos podido encontrar. A todos nos hubiera gustado salir de aquí de otra manera y, puestos a que fuera en ambulancia, mejor en una de nuestras Phänomen Granit, pero, repito, no hemos podido encontrar otra cosa mejor y da gracias porque funciona. Y si no, todavía estáis a tiempo...

Lo que estaba diciendo, el desafío que lanzaba, era impensable que fuera aceptado por Günther y Erika. Las dos parejas se necesitaban porque cada una contaba con lo que carecía la otra. Para correr hacían falta dos piernas, con una sola no llegarían muy lejos.

—Vamos, Käthe —terció Hans-Erich, que, después del saludo, fue lo siguiente que dijo, intentando poner un poco de cordura—, vamos a marcharnos de aquí.

—¿Me enseñas lo que habéis traído? —inquirió Käthe, que quería asegurarse de lo prometido por Erika.

Esta la miró confundida. Pensaba que ya estaba bien de tanta suspicacia y optó por tomar la delantera en las comprobaciones:

—Después de que tú me enseñes los pasaportes.

Käthe metió la mano en su bolso reglamentario de enfermera y extrajo un sobre de hule. En él se adivinaban cuatro pasaportes.

—¿Te los enseño aquí con riesgo de que nos vea alguien, o venga una patrulla, o mejor nos metemos dentro, os vais cambiando y nos marchamos?

Käthe tenía razón, no tenía mucho sentido que tentaran inútilmente a la suerte.

—¿Cuánto tiempo va a pasar para que en Carinhall se dé la voz de alarma de que un Oberst ha desertado?

A Erika le dieron ganas de abofetearla. Esa no era manera de hablar de su marido, un militar de carrera, un aviador heroico, un hombre de honor que siempre estuvo al lado del Reich... El problema era que, aunque no se la iba a dar, volvía a tener razón.

Sin mediar palabra, con un gesto indicó el maletero y ambos se dirigieron a la parte trasera del vehículo. Lo abrieron y extrajeron una pesada caja. Solo al verla, Käthe ya mostró un rostro de satisfacción. Hans-Erich, por su parte, fue abriendo una de las hojas traseras de la ambulancia.

—¿Así que tú eres Kurt? —preguntó Käthe, mostrando una sonrisa meliflua—. No me había dicho tu madre que tenía un chico tan guapo.

Mientras sus padres, ayudados por Hans-Erich, introducían la caja en la ambulancia, se acercó y le dio dos besos.

—Ya te habrán explicado que vamos a hacer un viaje muy largo en el que tienes que ir muy calladito.

—No te preocupes, Käthe —cortó Erika, cogiéndole la mano después de haber introducido la caja—, el niño estará conmigo todo el tiempo. ¿Verdad, cariño?

Kurt miró a la nueva señora, pero ante la mera insinuación que le había hecho, se mantuvo en silencio y no contestó a lo que dijo su madre.

Una vez que se encontraron los cinco en el vehículo hubo una voz que destacó sobre el resto:

—Bueno —informó Käthe, que tenía una manifiesta intención de señalar a todos quién iba a dirigir el grupo—. A partir de ahora, quien va a decir lo que hay que hacer soy yo. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó, mirando al matrimonio con la palma de su mano derecha extendida sobre su pecho.

Nadie, ni siquiera Erika, fue capaz de responder a lo que hasta hacía muy poco tiempo hubiera considerado un oprobio. Hans-Erich no podía evitar el recuerdo inmediato de la escala militar e intentó que sus ojos no se dirigieran hacia los de Günther, hasta hacía unos segundos un superior suyo.

Sin esperar a que se lo repitiera, Erika se agachó y abrió la caja. El brillo del oro le pareció a Käthe más deslumbrante que la luz del sol. Metió la mano y levantó los primeros platos. Después, y como si fuera un agente aduanero registrando el interior de un equipaje, continuó escarbando.

—Las bolsas de los laterales son las de los cubiertos —aclaró Erika a la vez que abría una.

Los había de todo tipo: de postre, de pescado, cucharas y cucharillas de café. Paletas de servir, cuchillos y tenedores de trinchar. Cazos de sopa.

—Creo que fueron regalos de la ciudad de Múnich el día de su boda con la actriz —zahirió con el afán de ridiculizar a Emmy.

—¿Y el dinero?

Günther se desabotonó la *Feldbluse* del uniforme y sacó un sobre. Lo abrió. Reichsmarks y marcos suizos. Käthe, al ver que su circunstancial amiga estaba cumpliendo sin fisuras todo lo hablado, mostró los pasaportes:

—Michaela Humps. Desde ahora, ese será tu nombre —afirmó, tajante, mientras entregaba a Erika el pasaporte de la Cruz Roja Internacional.

Como si fuera una niña que recoge el libro del curso el primer día de colegio, experimentó una extraña sensación al abrirlo y ver su foto, la que hacía unos días le había hecho su marido, grapada en su interior y matasellada en un borde con la marca del organismo. Su número era el 74.370.

—Oskar Humps. El tuyo. Aquí también tienes mención del niño. Los dos lo tenéis en vuestro pasaporte. Se llamará Otto. ¿Te gusta el nuevo nombre para este juego?

Kurt se encogió de hombros a la vez que miró a su madre, que no le dijo nada.

—Nosotros nos llamamos Hedwig y Roth König. Ambos somos matrimonios. Ellos son médicos y nosotras enfermeras. Erika, cámbiate. —Se giró y le ofreció un uniforme de enfermera—. Espero que haya acertado en la talla.

—¿Qué? ¿Qué pretendes, Käthe, que me vista de vulgar enfermera?

—En primer lugar, Michaela, mi nombre es Hedwig. En segundo lugar, cuando lleguemos al destino podrás vestirme de lo que quieras. La mitad de lo que hay en la caja y del dinero es vuestro. No añadas más tensión a la que ya tenemos. Bastante es que vamos a viajar dos médicos y dos enfermeras con un niño. Ya veremos si alguien nos pregunta qué le decimos.

Erika hubiera disfrutado clavando las uñas en la cara de la que consideraba su amiga. En unos minutos se había convertido en un ser odioso, déspota, engreído, pero, y no era menos cierto, muy útil para lo que iban a hacer. La veía muy resuelta, con las ideas muy claras y quizá la persona más adecuada para moverse en el terreno por donde se estaban adentrando.

El viaje era muy largo. En previsión de la carencia de combustible por el desabastecimiento general existente, Hans-Erich había cargado unos bidones para ir reponiendo. Käthe, por su parte, había conseguido una cesta con piezas de pescado en salazón, latas de conservas de carne, frutos secos, pan desecado Heinis Knäckebröt, paquetes de Metz, concentrados de Maggi y el chocolate reconstituyente Scho-ka-kola. Varias garrafas de agua completaban una despensa que se podría considerar, dadas las circunstancias, como aceptable.

El niño tendría que conformarse con no tomar leche durante unos días y aun así era un privilegiado, ya que la mayoría de los chavales alemanes llevaban sin bebería de forma habitual desde hacía varios años.

La logística era la adecuada; el dinero para el viaje, también. Günther disponía de información reciente sobre cuáles eran las rutas más seguras para dirigir sus pasos hacia el sur, huyendo de las zonas orientales por las que el Ejército Rojo ganaba kilómetros a diario, y por las occidentales, en las que los aliados, fundamentalmente los americanos, comprimían al ejército nazi provocando el deshonroso regreso de unas tropas cercenadas, hundidas y extenuadas. Se había procurado unos planos con los que evitarían las proximidades de las grandes ciudades, pero con el inconveniente de desconocer el estado de las carreteras, las cuales podían encontrarse en muy mal estado o, incluso, impracticables.

El problema —de una u otra manera pensaban los cuatro— serían las complicaciones que irían apareciendo durante una convivencia asfixiante en un lugar tan reducido. Por otro lado, no sabían lo que se podían encontrar. En ese sentido —pensaba Erika—, estaba encantada de que Käthe hubiera asumido el papel de directora de ruta. «Los problemas siempre son para los jefes», recordó que había oído en alguna ocasión. Lo importante era salir de allí, después «ya se verá quién manda».

En el camión de vuelta, y aprovechando el alborozo que se había formado por la comida con que habían sido obsequiadas, y por los comentarios sobre la situación en la que se encontraba la mansión, la francesa aprovechó para granjearse la amistad de una mujer enfermiza que viajaba sentada a su lado. A pesar de no tener todavía veinticinco años, ya se había quedado viuda. Le contó que su marido había tenido mucha suerte porque no había ido al frente oriental y siempre estuvo destinado en Francia.

—¡Ese sí que debe de ser un gran país! —prorrumpió la mujer, parecía que con envidia.

—Yo nunca he salido de Alemania —replicó Nicolette, que le había contado antes que ella era austríaca, pero que consideraba Austria como si siempre hubiera sido Alemania. Le contó también que hablaba de esa forma y con ese acento porque tenía un problema de nacimiento.

—Pues tuvimos suerte —siguió la mujer— porque siempre había estado en Francia. Primero en París. Igual allí se acostó alguna vez con una de esas bailarinas que decían que salían medio desnudas. A mí, chica, si te digo la verdad, tampoco me importó nunca. El pobre se tenía que desfogar. Lo único que no le hubiera perdonado habría sido que me hubiera traído alguna enfermedad; de hecho siempre le metía varios paquetes de preservativos en la *Rucksack*, así, sin decirle nada; y así fue, porque nuestro Just está muy sano. Acaba de cumplir dos años.

Nicolette quería ganarse su confianza y esperó el momento oportuno para encauzar su petición. Todavía quedaban unos kilómetros para llegar a Templin.

—Después lo mandaron al norte del país, ya sabes, a vigilar las costas.

Hizo un silencio durante el cual la mujer se trasladó mentalmente a algún lugar de Normandía.

—Me llegó una carta en julio pasado. Me contaban que había luchado como un héroe y que antes de morir mató a muchos ingleses y canadienses. Sí, él mataría a muchos, pero también lo mataron a él. —La compañera de viaje se quedó callada; el recuerdo de la muerte de su marido había acabado con su charla.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió decir a Nicolette, mientras no paraban de moverse por los baches de la carretera—. Esta guerra es horrible.

Volvieron a mantenerse en silencio. Otras mujeres reían y comentaban que en la mansión del «gordito» todavía tenía que quedar mucho.

—En cuanto se vayan los soldados de la puerta —las mujeres contaban con el inminente abandono de Carinhall, y que estos serían los últimos en dejar su puesto— tenemos que volver a entrar. Lo que dejen será para nosotras.

—Eso es verdad —intervino otra—, no pueden llevarse todo lo que han robado.

—Yo hubiera querido nacer leona —bromeó una señora mayor.

Todas las mujeres soltaron una carcajada en alusión a la costumbre que tenía Goering de criar leones en los campos de la finca para luego donarlos al zoológico de Berlín.

—Hannah, ¿tú sabes dónde podría encontrar una bicicleta? —soltó Nicolette, aprovechando la broma del momento.

—¿Una bicicleta? —le preguntó mirándola extrañada—. ¿Para qué quieres una bicicleta?

—Porque quiero ir a reunirme con mi padre en Berlín.

—¿A Berlín? —La extrañeza se había dibujado en su rostro—. Pero ¿tú estás loca? Berlín lo están deshaciendo. Cuentan atrocidades. Ahora es el peor momento para ir allí. Es el lugar más peligroso del mundo.

—Pero es que tengo que reunirme con él. Hace mucho tiempo que no sé cómo se encuentra y estoy muy intranquila. Dime, ¿sabes cómo puedo conseguirla?

—¿Tienes dinero? —La mujer fue directa, sin rodeos.

—Muy poco. —No era cierto, para la misión les habían asignado a Antoine y a ella una cierta cantidad de Reichsmark para los gastos imprevistos que tuvieran que afrontar. En el momento de la muerte de su compañero ella llevaba todo el efectivo consigo—. Prácticamente nada. Si te lo doy, me quedará sin dinero para ir al encuentro de mi padre.

—¿En qué parte de Berlín vive tu padre?

No esperaba esa pregunta. Le respondió el primer lugar que se le ocurrió.

—Cerca de Alexanderplatz.

—¡Caray!, donde el cuartel de la Gestapo. Espero que tu padre no sea uno de esos.

Ahora sabía por qué le sonaba ese lugar.

—No, te puedo asegurar que mi padre no es de la Gestapo. ¿Crees que si lo fuera iba yo a estar aquí? Dime —siguió, sin dejarla responder—, ¿tienes una?

La mujer se quedó dubitativa. Meneó la cabeza y contestó:

—Por mil Reichsmark te doy la que pertenecía a mi marido. Le tengo mucho cariño y hubiera querido que algún día la llevara Just...

Dos horas después, Nicolette abandonaba el granero de Templin rumbo este. Había pagado por ella doscientos cincuenta. Poco equipaje tenía que llevar. Atrás dejaba el recuerdo de un buen compañero que, como sus dos hijos, también perdió la vida en esta guerra interminable. Metió los expedientes debajo de la camisa de manga larga que llevaba. Serían los que ayudarían a que el país que mejor representaba su manera de pensar tuviera la posición óptima en la negociación.

Lo que la francesa desconocía era que, para esa fecha, ya había concluido la reunión que se había celebrado en la Riviera del Hades, en Yalta, Ucrania; y que entre Stalin, Roosevelt y Churchill habían acordado cómo dividirían Alemania una vez hubiera terminado la guerra. La Comisión Aliada de Control para Alemania era ya

una realidad.

Comenzó a dar pedaladas por la solitaria carretera donde solo la vigilaban algunas casas abandonadas o destruidas, o las dos cosas, vehículos estropeados o incendiados y la soledad de un país que se perdía en un repliegue hacia ningún sitio. Creía que una mujer sola en bicicleta no tendría problema con ninguna unidad alemana en retirada —no contemplaba que los soldados alemanes que estuvieran al este de Templin se mostraran de otra forma—. En cuanto alcanzara el frente soviético estaría a punto de cumplir la misión que le había encomendado Pascal. «Por cierto —pensó, con cierta distancia—, ¿qué será de Pascal?».

Tal y como lo habían planeado, bordearon Berlín por el este, dejando Potsdam a treinta kilómetros a la derecha según el sentido de la marcha. Era la ruta más segura, el frente oriental se encontraba todavía muy retirado y la Línea Sigfrido, por el oeste, también.

A la altura de Dessau regresaron a la carretera general dejando atrás las ciudades de Leipzig y Halle, por donde no habían pasado, y Gera. Todavía se encontraban muy alejados de la frontera suiza y el viaje les estaba resultando mucho más lento de lo que habían imaginado. Llevaban tres días y no les cundía. Circulaban de día y descansaban por la noche. En la conducción se alternaban los dos hombres, ocupando el asiento del copiloto una de las dos mujeres, siempre cuidando la uniformidad. El que peor lo llevaba era Kurt, que en alguna ocasión dijo que quería ir sentado delante, aunque este modelo de ambulancia no tenía ventanillas delanteras, sino unas telas fuertes enrollables, por lo que en la configuración de la ambulancia, ya incómoda de por sí, suponía una fuente adicional de ruido, de frío y de peligro. Una mirada de su madre fue suficiente para que no volviera a abrir la boca sobre el particular.

El camino era una sucesión continua de pequeñas tragedias. Los viajes a Berlín habían abierto los ojos a Erika sobre la verdadera situación de Alemania, pero lo que ahora estaba presenciando superaba con creces lo percibido con anterioridad. Ya no se trataba de contemplar una cadena ininterrumpida de edificios destruidos, sino de percibir los detalles. Los escombros se habían convertido en lugar de búsqueda. Así, era normal distinguir, junto a cualquier edificio en ruinas por las bombas aliadas, a personas que se internaban en los restos de las casas para intentar encontrar algo que les sirviera para combatir el frío punzante. Erika veía a ancianos y a niños en equilibrio sobre las pandeadas y quebradas vigas de madera intentando alcanzar lo que fuera: una cocina o un armario donde hubiera quedado algo de comida o de ropa. En otras ocasiones, y mientras la ambulancia atravesaba las poblaciones con la protección de la Cruz Roja como el salvoconducto más seguro, veía a alguien cargar con cuerpos inertes.

Los caminos no se libraban de la huella de la batalla permanente. Dada la escasez de materiales de repuesto, la mayoría de los vehículos averiados eran abandonados en las cunetas. Coches, motos y carros de combate yacían inútiles a los lados del camino. También los destruidos por los bombardeos aéreos. La ambulancia tenía que ir atenta para esquivar los bloques de chatarra, los en otra época muy reciente invulnerables Tiger blindados. Erika se preguntó si sus ocupantes seguirían dentro o si alguien se habría encargado de sacarlos y enterrarlos. Pero lo que más impresionó a la falsa enfermera fueron los ahorcamientos. Los había hasta en árboles. Los patíbulos de madera se habían quedado pequeños y habían buscado ramas

horizontales donde colgar, tanto a personas vestidas de paisano, como a otras de uniforme. De entre todos los que vio, llegó a distinguir, con todo su estupor, la figura estática de una mujer. Rubia, como ella. Con las manos atadas a la espalda y los pies paralelos apuntando ligeramente al suelo. «¿Qué pudo haber llevado a aquella pobre chica a esa situación? —se preguntó con inquietud—. ¿Sería una alemana o una partisana?, ¿o una espía?». Miró a Hans-Erich, que en ese momento conducía el vehículo, pero le pareció que él no la había visto, o simplemente prefería callar. Erika llegó a la conclusión de que si había terminado así lo tendría bien merecido.

—¿Cuándo vamos a comer? —preguntó Kurt, que viajaba subido en una de las dos camillas superiores, como si fuera un herido.

—Ya te lo diremos, Kurt, sigue callado.

—Mamá, si no estoy diciendo nada durante todo el viaje.

—Kurt —Erika se giró desde su asiento—, ¡que te calles!

—Hans-Erich, si quieres, para donde veas y comemos que, aunque estamos consumiendo más comida de la prevista, el chico tiene razón —reconoció Käthe.

—Käthe, querida, por favor, no des la razón a mi hijo cuando yo lo contradigo.

—Es que tiene razón, Erika, llevamos tres horas sin parar y yo también tengo hambre.

—Da igual. Si yo le digo que se calle, tú no vengas a decir lo contrario. Si hubieras tenido hijos sabrías cómo hay que educarlos.

—Erika, digo que ya es hora de parar. Hans-Erich, por favor, para.

El marido distinguió un grupo de cuatro o cinco casas a doscientos metros de la carretera, separadas de esta por un camino de tierra. Giró a la derecha y aparcó el vehículo junto a la más pequeña.

Nada más detenerse, salió una mujer de la casa. Tendría unos treinta años, pero la dureza de la prolongada guerra había provocado que su rostro tuviera unas arrugas impropias para su edad. Se había puesto un abrigo gris oscuro, muy grande para ser suyo.

—¿Llevan algún herido? —se interesó la mujer al ver a Erika bajar de la cabina y estirar disimuladamente las piernas.

—No. Vamos camino de Bayreuth. —Siempre decían el nombre de una ciudad que se encontrara próxima. No tenía sentido que una ambulancia recorriera un camino muy largo y parecía más lógico que se moviera en un radio de acción más pequeño—. Por cierto, ¿tendría algo de comida para los médicos?

—Lo siento mucho, enfermera, no tenemos nada. ¡Qué más quisiera yo!

—No me diga eso, en el campo siempre se tiene algo de hortalizas o fruta. Vamos, ¿no va a tener algo para los dos médicos que viajan con mi compañera y conmigo?

Como si le fuera a contar un secreto, y mientras los demás seguían dentro de la ambulancia, se acercó a su cara y bajó ostensiblemente el tono de voz:

—Fíjese, uno de ellos tiene que hacer de conductor porque el chófer murió

anteayer en un bombardeo en Núremberg.

—¿Núremberg?, ¿no me dice que van camino de Bayreuth? Núremberg está al sur de Bayreuth.

Erika se arrepentía de haber dado demasiada información. «Cuando se miente hay que tener buena memoria», recordó. Efectivamente, había nombrado esa ciudad porque había sido la primera que le había venido a la cabeza, pero no tenía ninguna lógica que estuvieran haciendo un recorrido así.

—¿Estás sola? —Quiso sonsacar, directamente.

—Sí, mi marido y mi hermano están alistados, pero no sé nada de ellos desde hace varios meses.

Erika asintió a la vez que se quedó pensando unos instantes.

—¡Käthe!

Se abrió la puerta trasera de la ambulancia y bajó la otra enfermera que había estado escuchando ávidamente retazos de la conversación desde el interior del vehículo.

Sin que exhibieran arma alguna ni mediaran palabras intimidatorias, la joven sintió desasosiego cuando vio a las dos mujeres juntas.

Esta vez la complicidad surgió sin haber sido planeada y con un único objeto: conseguir comida.

—¿Nos enseñas tu casa? —solicitó Erika, mientras en compañía de Käthe entraba por la puerta sin esperar el permiso de la dueña.

No podía creer que fuera a llegar una ambulancia con dos enfermeras para robarle. «No —pensaba la mujer—, la guerra ya me ha dado suficiente castigo». Erika, visiblemente irritada, salió a la calle nuevamente y agarró por el hombro a la mujer.

—¿Sabes que la denegación de auxilio a una ambulancia del Reich está castigada con la muerte?

Con su mano blanca, le acarició levemente el cuello.

—Los médicos tienen autoridad en estas situaciones. Sé inteligente. Dinos dónde la guardas.

La mujer miró al suelo y arrancó en un llanto incontrolado. Avergonzada, se tapó la cara con las manos y masculló unas palabras.

—Habla más claro, no te entiendo.

No respondió, entró con ellas en la casa.

Al cabo de unos minutos, Hans-Erich, que seguía al volante esperando acontecimientos, las vio salir. Käthe llevaba una caja de madera en la que se distinguían unos tomates y cebollas. «Ahí lleva, por lo menos, diez kilos», calculó. Por su parte, Erika había cogido unas salazones y unas cajas de galletas.

Cuando las dos mujeres subieron a la ambulancia por la puerta trasera, Hans-Erich arrancó y retornó al camino de tierra. Comerían en otro lugar. La parada había cumplido con un objetivo que no se habían planteado en ningún momento, pero que

Erika comprendió como urgente: tenían que conseguir comida conforme fueran cubriendo kilómetros.

Habían pasado cinco días desde que Nicolette abandonara Templin. Todas las mañanas, después de mal dormir donde podía, normalmente cobijada entre las ruinas de algún edificio derribado por la aviación rusa, cogía su bicicleta, a la que dormía abrazada como si fuera un amante del cual no se quisiera separar, y continuaba pedaleando rumbo al lugar desde donde había visto salir el sol. Aunque se orientaba bien, siempre había sido muy mala calculando las distancias, por lo que le resultaba muy difícil saber cuántos kilómetros llevaba recorridos. No hacía falta que le dijeran que lo primero que se encontraría, antes que al ejército soviético, serían las últimas filas alemanas, esas que tendrían que estar conteniendo el avance enemigo. Para ella, amigo.

Había evitado todo contacto con carreteras principales y siempre elegía los caminos de tierra, incluso senderos. Nicolette nunca había padecido de agorafobia, pero después de pasar tantos días buscando los espacios más abiertos para evitar aquellos otros más reducidos que pudieran convertirse en trampas mortales, se encontraba desorientada, medio atribulada por tener que mirar tantos puntos lejanos sin saber si sería en lo alto de una colina o tras la espesura de una arboleda donde encontraría lo que buscaba, o se toparía con aquello de lo que huía.

También se sentía sucia, sudorosa, hambrienta y con la lengua acartonada. En alguna ocasión habría asegurado que tenía fiebre, quizás en algún amanecer, al despertarse al alba con una helada traicionera. Notaba que la garganta le dolía al tragar como si hubiera ingerido una cuchilla de afeitar. Desde que se lanzó con el paracaídas calculaba que habría perdido cuatro o cinco kilos. Sentía muy próximo el final de sus fuerzas. «¿Dónde podrá estar?», pensó con inquietud.

Fue esa mañana del martes 20 de febrero cuando distinguió, entre medias de dos collados, una fila de carros de combate que le parecieron diferentes de los alemanes que había visto destrozados en alguna cuneta. Se apeó y se tiró al suelo parapetándose en unos arbustos que parecía que alguien había puesto allí para que se pudiera esconder. Se quedó quieta intentando distinguir con precisión qué era aquello. Los carros avanzaban a campo traviesa, sin detenerse ante nada. Junto a ellos, se apreciaba un grupo de soldados que marchaban resguardados entre los vehículos.

Conforme fueron pasando los minutos, el sonido de las cadenas se fue haciendo más patente. Ya no cabía duda alguna, aquellos eran carros soviéticos. Reconocía a los T-26, los usados como apoyo a la infantería, y a los emblemáticos, robustos y envidiados por los nazis T-34. Los recordaba perfectamente por los dibujos que le había mostrado Pascal e, inequívocamente, por la estrella roja de cinco puntas que los identificaba en la torreta desde donde se asomaba un soldado que sujetaba con firmeza una ametralladora.

Siempre había pensado que ese sería el momento más delicado y difícil, el del primer contacto. La reacción inmediata, suponía, por parte de los soldados sería disparar, por lo que tendría que dejar constancia de que ella era una mujer, que estaba sola y que se encontraba desarmada, razones suficientes para que no hicieran fuego contra ella, volvía a conjeturar. Luego, todo sería más fácil, pero ese instante lo temía desde que dejó Templin.

Cuando la distancia entre ella y los soldados era inferior a los cien metros, salió de su improvisada barricada e hizo señas con el brazo a un grupo de tres soldados que caminaban, con el fusil Tokarev SVT en la mano, a la derecha de un T-34. Al ver que no reparaban en su presencia, optó por soltar un fuerte silbido.

—¡Eh, una mujer! —señaló el que iba en cabeza.

Nicolette ya se había encargado de quitarse la gorra que cubría su cabeza y echarse hacia delante su pelo para facilitar su reconocimiento.

Rápidamente, los otros dos soldados giraron las cabezas apuntando al objetivo como medida precautoria, tal y como los habían enseñado. Uno de ellos clavó la rodilla derecha en el suelo para mejorar la estabilidad ante un hipotético disparo.

Nicolette se quedó con los dos brazos levantados mostrando las palmas de las manos abiertas.

Los tres soldados se miraron. Después, el último oteó en derredor temiendo que fuera una emboscada, algo ridículo porque ellos formaban parte de un grupo muy numeroso en el que iban más de treinta carros de combate. Nadie intentaría emprender una acción de ese tipo contra ellos. Aun así, la extrañeza se dibujó en sus rostros, algo que no pasó desapercibido a Nicolette, que ya había ganado el primer asalto: no habían disparado.

—Vosotros —profirió en ruso—, venid.

El hecho de haber pronunciado aquellas dos palabras en su idioma fue suficiente para que los tres bajaran sus ametralladoras y dejaran de apuntar a la francesa.

—Ven tú con las manos levantadas —fue la respuesta de uno de ellos.

Nicolette, dejando la bicicleta detrás de los arbustos, avanzó despacio. El carro continuaba su marcha.

Cuando llegó a la altura de los militares pudo apreciar que todos mostraban una mueca de sonrisa.

—No sé de qué os reís. Llevadme con vuestro superior —prosiguió en su mismo idioma.

Con una extrañeza que iba en aumento, los soldados, al unísono y como si lo hubieran ensayado en maniobra sincronizada, soltaron una atronadora carcajada. La francesa los miró sin entender dónde estaba la gracia de lo que había dicho.

Un soldado rubicundo señaló a su compañero, un hombre con rasgos orientales que lucía un bigote negro moteado de canas.

—Claro, mira, aquí tienes a Stalin.

Los tres volvieron a soltar otra carcajada de similar intensidad a la anterior.

No habían disparado, eso era evidente, y algo había conseguido, pero Nicolette se dio cuenta de que se encontraba delante de tres imbéciles.

El que iba delante se acercó a la pelirroja e intentó tocarle el pelo. Con un movimiento de cintura se apartó y le plantó cara con la mirada.

—He dicho que quiero ver a vuestro superior —volvió a repetir en ruso la frase que había estado ensayando durante los días anteriores. Hacía años que no hablaba el idioma, desde que dejó los Alpes, y dudaba si estaría capacitada para mantener una conversación con alguien en esa lengua—. Lo que tengo que decirle es de vital importancia para nuestros intereses.

—¿Nuestros intereses? —El del bigote mostró extrañeza por la petición—. Tú no eres rusa. ¿De dónde eres?

—Soy miembro del Partido Comunista Francés.

Aquello les sirvió de freno, aunque no supo si fueron sus palabras o la presencia de un segundo grupo que avanzaba tras ellos lo que provocó que los tres se callaran. Andando también, aparecieron unos soldados, y entre ellos distinguió a uno que lucía unos símbolos en las hombreras. Nicolette supuso que tenía que ocupar un cargo jerárquico sobre el resto.

—¿Qué pasa? —preguntó precisamente el que ella pensaba que era el jefe.

—Que esta francesa dice que quiere hablar con un superior.

—¿Con un superior? ¿Quién eres tú? —Quiso investigar el recién llegado.

—Una agente del Partido Comunista Francés. Tengo que hablar con quien esté al mando —se sorprendió por cómo se estaba haciendo entender.

El militar la miró de arriba abajo e intentó averiguar con qué clase de persona estaba hablando. El acento era muy malo, pero las palabras las había escogido bien, era obvio que no era rusa, pero sí alguien que había aprendido el idioma con interés. Por otro lado, era también una mujer muy bella —lo bella que le podía parecer a un hombre que llevaría semanas, cuando no meses, sin haber estado con una—, con una mirada nueva para él, y con unos rasgos suaves y muy bien modelados. Quería hablar con un superior y él lo era. No podía dejar pasar la oportunidad.

—Antes de hablar con nadie, te tengo que decir algo.

Y, acercándose a su posición, fue extendiendo la mano para intentar agarrar la cintura cuando llegara a su lado. Nicolette intuyó su movimiento y, cuando lo tuvo cerca, le empujó con los dos brazos con toda la fuerza que podía albergar. Sabía que eso podía pasar, pero no estaba dispuesta a consentirlo. Prefería una bala en la cabeza que ser rozada por un extraño. Lo tiró al suelo provocando la hilaridad del grupo y la carcajada abierta del soldado que tenía bigote.

Encolerizado por el ridículo que acababa de hacer, se levantó de un salto y se dirigió hacia el que se había reído con mayor fruición. Sacó la Tokarev 33 de la cartuchera y apuntó a la cabeza del hombre al que instantáneamente le cambió el semblante. Un potente chorro de sangre salió por el lateral contrario de la cara por donde entró el proyectil. El cuerpo cayó a plomo sobre la tierra rojiza, con los brazos

y las piernas extendidas. La muerte había sido instantánea, y el prudente silencio del grupo hacía que solo se oyera en la distancia el sonido de las cadenas de los carros.

Miró a todos y a Nicolette. La mujer no era alemana, de eso no cabía duda, por tanto no tenía por qué ser violada obligatoriamente. Guardó la pistola, todavía humeante, en la funda y se volvió a uno de los que iban con él. Le dijo unas palabras que la francesa no alcanzó a entender, quizá, pensó, sería un dialecto que desconocía.

Después, se volvió a ella:

—Acompaña a este soldado. Él te llevará donde quieres, camarada.

Nicolette asintió.

—Vosotros, seguid —indicó a todos los demás—. Vamos, a la carrera.

El grupo se disolvió quedando el soldado muerto en el suelo. La francesa, que seguía a un par de metros de distancia al militar que había sido designado para conducirla donde se suponía que quería ir, volvió la cabeza para ver a los soldados que, tal y como les habían ordenado, intentaban alcanzar el T-34 y protegerse tras él.

—Un momento —pidió.

Regresó corriendo ella también al lugar donde yacía el cuerpo del militar asesinado y, con las yemas de los dedos índice y corazón de su mano derecha, le cerró los ojos.

Apresurada, regresó junto al soldado.

—¡Sigamos! —propuso con decisión, tanta que parecía una orden.

Nicolette no podía creer que en unos minutos hubiera atravesado el frente. Pensó que había tenido suerte, que las cosas habían salido demasiado bien, pero que no todo iba a ser tan simple. Supuso que la retirada alemana se habría llevado a cabo por carreteras principales, aquellas que permitían una mayor velocidad a la hora de agrupar a los efectivos y concentrar las fuerzas para la consecución del gran objetivo al que se aferraba el Tercer Reich, el único que le quedaba, la defensa de Berlín.

El soldado la llevó andando durante un buen trecho por el campo hasta que llegó a unas casas donde estaban dos coches estacionados.

—Espera aquí —le señaló, ayudándose con el dedo como si este fuera una pistola, antes de meterse en una de ellas.

Al salir de nuevo, junto al soldado salió un hombre que vestía de uniforme con un gran abrigo gris que le llegaba casi hasta los pies. En su ojo izquierdo tenía una nube. Nicolette pensó que sería una consecuencia de la sífilis.

Se acercó a ella y, al hablarle, le mostró parte de su desdentada boca:

—Me han dicho que eres francesa.

Nicolette no debía perder tiempo con aquel hombre y le espetó:

—No es contigo con quien tengo que hablar.

El soldado sonrió enseñando una nueva parte de su boca. Se contaban más los huecos que las piezas. La francesa percibió su hedor fétido.

—Nunca había oído a una camarada hablar como tú.

La mirada de la francesa no admitía muchas dudas. Él lo entendió.

—Vamos, monta en el coche. ¿Te sientas a mi lado? —le sugirió, señalándole la puerta del copiloto.

Nicolette, decidida, abrió la puerta trasera derecha y pasó al interior. Reparó en la suciedad del vehículo, pero no tenía más remedio que entrar. Se daba lástima al pensar que quizás ella estaba más sucia que el coche.

Tras unas sacudidas iniciales, el hombre consiguió poner en marcha el motor. Con un fuerte sobresalto, avanzaron hasta una carretera asfaltada que pasaba a cien metros de donde se encontraban.

Se estaba adentrando en terreno alemán ganado por los soviéticos. Todavía no podían estar en suelo polaco, sabía que esa tierra por la que rodaba el vehículo había pertenecido a Alemania hasta hacía tan solo unos días. Fue atenta mirando por la ventanilla sin responder a las impertinentes e indiscretas preguntas que le iba formulando el conductor.

El panorama era desolador. Carros de combate quemados permanecían tirados en las zanjas que se abrían a ambos lados de la carretera. Con el motor dando resoplidos y petardazos pasaron junto a una serie de edificios reducidos a armazones de vigas

quemadas, humeantes todavía, en las que se levantaban algunos muros medio derrumbados. Enseres por los suelos y gente buscando entre ellos. La miseria, la tragedia y el dolor se escenificaban en un decorado que Nicolette deseó que perteneciera a una de las obras de teatro a las que asistía cuando era pequeña y su sueño era ser una artista, como Josephine Baker.

Pero lo peor de aquel viaje del cual ella desconocía el destino sucedió pocos kilómetros después. Al pasar por una pedanía vieron un tumulto de varios hombres, todos ellos vestidos de uniforme, que reían alborozadamente. A Nicolette le pareció que allí había mujeres.

El conductor orilló el coche en la carretera y, con una sonrisa malévola, se volvió a la pasajera:

—Vamos a retrasarnos unos minutos. Espero que no te importe, camarada. Seguro que lo comprenderás.

Nada más detener el motor, se bajó del coche y se unió al grupo. Se habían juntado allí varias patrullas de soldados, todos ellos pertenecientes, según pudo imaginar, a un camión militar que permanecía aparcado junto a una de las casas.

El conductor se mezcló con el tropel. Cuando se movieron los que le tapaban la vista de lo que parecía que ocultaba la turba, pudo ver a dos de ellos con los pantalones a la altura de los tobillos. No logró alcanzar a escuchar los chillidos de las chicas hasta que descendió del automóvil. Se acercó a paso resuelto y fue cuando distinguió lo que estaba sucediendo.

Dos muchachas rubias, jóvenes por lo que pudo entrever, con los vestidos levantados hasta la cintura y apoyadas en el capó de dos coches, estaban siendo sujetadas con firmeza por los brazos de dos hombres cada una. Los intentos de zafarse eran inútiles y sus aullidos parecían animar a los militares. En el momento en que llegó junto al grupo comprobó que un soldado seguía encima de una de ellas, mientras otro acababa en ese instante. Entonces, pasó a ocupar su sitio uno de los que sujetaba. Por lo que pudo ver, el agotamiento de la muchacha había llevado a que no fuera necesario que alguien siguiera ejerciendo de amarre.

El que había terminado se fijó en Nicolette, que no sabía cómo parar la situación, y, como si hubiera descubierto un oasis en medio de un desierto, chilló:

—¡Eh!, ¡aquí hay otra!

El conductor le miró y lo cortó en seco:

—Esa no, me la tengo que llevar. Además, no es alemana sino francesa.

El desdentado chófer se dirigió a Nicolette:

—Si quieres, espérame en el coche que no tardo nada. Yo soy muy rápido —detalló, a la vez que volvió a soltar otra de sus carcajadas.

Nicolette se sentó en el asiento trasero y pensó que se quería morir. Haber llegado hasta ese punto para ver lo que estaba viendo, a dos pobres, indefensas e inocentes muchachas siendo violadas por un grupo de soldados. «¿Qué me habría pasado a mí si en vez de nacer en París lo hubiera hecho aquí?», pensó con inquietud.

Conforme iban terminando, los militares, entre risas nerviosas, se iban pasando una botella. Por lo incoloro de su contenido Nicolette dedujo que sería vodka, quizá mezclado con agua, como Había oído que bebían los soldados soviéticos.

Efectivamente, aunque el tiempo le pareció una eternidad, no habrían pasado muchos minutos cuando vio al conductor que, después de beber un buen trago que le brindaron, retornaba hacia el coche. Llevaba el abrigo desabotonado, el cinturón sin ajustar y la bragueta abierta.

Se montó en el coche y soltó un fuerte eructo que retumbó en el interior como si este fuera una caja de resonancia.

—Ya te dije que yo tardo poco.

Después de prorrumpir en otra de sus intempestivas risas, arrancó el motor y siguió su camino.

Al rebasarlas, se fijó en las chicas. Una de ellas yacía recostada de lado sobre el capó, sola ya, mientras que la segunda todavía tenía a un hombre encima que era jaleado con gestos burlones por el resto de sus compañeros. Le estaba costando más trabajo que a los demás y ello era motivo de mofa colectiva.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a una población cuyo nombre no figuraba en letrero alguno a la entrada, y que no parecía haber sufrido mucho las durezas de los bombardeos.

El coche giró en un par de calles y llegó junto a un edificio muy grande, que a Nicolette le pareció el ayuntamiento. En las escalinatas, junto a las que estacionaron, montaban guardia dos soldados armados con ametralladoras. Se fijaron en quién conducía y en la persona que salía de su interior. Fue en ese momento cuando dejaron de apuntar.

El que había hecho de conductor entró primero y habló con un oficial con el que cruzó un saludo con el puño cerrado de su mano izquierda. Este la miró y asintió con la cabeza mientras escuchaba lo que, en voz baja, le decía el chófer. Después, se separó de él. Llamó a una mujer, de vestido negro y pelo encanecido recogido en un moño, que estaba en una silla al otro lado del vestíbulo leyendo un ejemplar del *Pravda*. En la pared de su derecha se leía, en un cartel de propaganda, un mensaje que a la francesa le pareció inquietante: SIN PIEDAD DESTRUIMOS Y ELIMINAMOS AL ENEMIGO.

Con paso lento y cansado, la mujer se acercó a Nicolette y le pidió que levantara los brazos. Las gruesas y toscas manos de la señora fueron palpando su contorno hasta que llegaron a su espalda. Fue cuando notó la pistola sobre unos papeles. Como si hubiera descubierto algo que no podía haber imaginado, miró a Nicolette con gesto de extrañeza. La francesa bajó el brazo derecho y se metió la mano por dentro del jersey. Extrajo la Browning sujetándola por el cañón.

—La necesitaré al salir —le advirtió antes de entregársela.

—Llevas más armas, ¿puñal?, ¿navaja?

—No, solo llevaba la pistola.

—Acompáñame —invitó el hombre que la había recibido en la entrada, marcando el camino con la mano.

Se giró y comenzó a andar por un largo pasillo. Después, subió unas escaleras y cruzó dos vestíbulos. Se paró ante una puerta donde un soldado montaba guardia. La golpeó y, sin esperar respuesta, entró en el despacho:

—General, esta persona quiere verte.

Lo primero que sorprendió a Nicolette fueron las dimensiones del lugar. Era inmenso y desproporcionado en relación al tamaño del edificio o, por lo menos, de lo que se podía intuir al ver su fachada.

—Sí, yo también me quedé impresionado —afirmó en ruso imaginando lo que le había pasado por la cabeza a la muchacha—. Por favor, siéntate.

El general era un hombre de mediana edad, no llegaría a los cincuenta años, muy alto, moreno, con el pelo perfectamente cortado, y dotado de unas facciones muy remarcadas; destacaba un fuerte mentón que daba a su rostro un aire de rudeza que pocas veces había visto con anterioridad. Su uniforme estaba impecable, perfectamente planchado y con las medidas justas. Parecía que se lo habían confeccionado a medida. Fumaba un cigarrillo y lo primero que hizo, una vez que ambos tomaron asiento, fue ofrecerle uno.

—No, gracias —contestó mientras se ayudaba con un gesto de la mano.

—Yo tenía entendido que las mujeres francesas fumaban —ironizó, mientras soltaba una bocanada de humo después de girar el cuello para evitar molestarla—, además, esta es una Herzogovina Flor, lo que fuma el camarada Stalin. Son sus favoritos. ¿De verdad que no quieres?

—No todas las mujeres francesas fumamos, general.

El hombre recostó los brazos sobre su mesa en espera de que ella comenzara a hablar. Nicolette lo entendió así.

—General, no sabes quién soy yo, pero tengo una información muy importante para nuestra causa.

—¿Quién te ha dicho que no sé quién eres, Nicolette? —repuso en perfecto francés.

Enarcó las cejas en señal de extrañeza. ¿Cómo era posible que supiera quién era ella y que, además, se lo preguntara en su idioma? Los hombres que la habían llevado sí sabían que era francesa, pero no recordaba haberle dicho a nadie su nombre.

—Seguramente te sorprenderá que hable francés —continuó sin esperar la contestación—. Estudié historia antigua en la Sorbona. Vivía en una buhardilla en la rue Monge, y tuve una novia francesa. Es la mejor manera de aprender un idioma. Sydney se llamaba.

Miró el cigarrillo distraídamente. Su rostro permanecía impasible, no parecía que el recuerdo de aquellos años en París pudiera alterar su semblante. Nicolette entendió

que se encontraba delante de alguien con las ideas demasiado claras.

—La revolución necesita cultura. Esa es la grandeza de nuestro movimiento, la cultura e información de nuestro pueblo. En la lejana época de los zares solamente se utilizaba al pueblo para trabajar y para explotarlo. Ahora no hay distinciones, todos los ciudadanos somos iguales y con el mismo derecho a la cultura.

No le pasó desapercibido el refinado acento que tenía su interlocutor. La entonación de sus palabras delataba que no era francés, pero marcaba muy bien las sílabas y cuidaba la pronunciación de los vocablos.

Mientras apagaba el cigarrillo en un cenicero plateado escondido entre las montañas de papeles que invadían la mesa, volvió a sonreír.

—Nicolette Aumont. No hace falta que te presentes.

La cara de la francesa se había quedado solidificada, como si fuera una estatua de mármol.

—No te extrañes de la información que manejamos. ¿Crees que es tan fácil venir a ver a un general soviético así, sin más? No; por medio de Pascal conocíamos tu misión. La tuya y la de otros camaradas que están llevando a cabo labores similares. Sois muchos los que estáis trabajando en cubierto para la verdadera causa en la que creéis. Desgraciadamente no tendremos noticias de todos ellos como las estamos teniendo de ti. A ver, cuéntame, ¿qué información me traes?

No era capaz de articular palabra. No entendía nada, o sí, entendía todo. Pascal jamás le dijo que él pasara información directamente a la Unión Soviética, y menos que anunciara su hipotética llegada a la vanguardia rusa.

—Vamos, Nicolette, como te puedes imaginar, tengo muchas cosas que hacer. Yo trabajo directamente a las órdenes del mariscal Georgi Zhukov, y si lo conocieras sabrías que es una persona muy exigente que ordena resultados continuos. Ha asegurado al camarada Stalin que llegaremos a Berlín en muy pocas semanas y todos estamos comprometidos con él para que cumpla su palabra.

—He conseguido esto.

Por fin había reaccionado. Se incorporó y sacó de su espalda, sujetos con un cordel —la mujer que la había cacheado en la puerta también los notó pero, al tratarse de papeles, no les dio importancia—, los expedientes que le dio Teresa. Alargó el brazo y se los entregó.

Fue examinando cada ficha, una a una. A partir de la cuarta o quinta, comenzó a asentir.

—Esto es muy interesante. ¿Dónde lo conseguiste?

—En Carinhall. La mansión que tiene Goering al norte de Berlín.

—Sé muy bien dónde está Carinhall —aseguró con rotundidad, levantando la mirada de los papeles que estaba analizando—. De momento no ha sido declarada objetivo estratégico.

Cuando terminó de ver los expedientes contempló las cuatro fotos. Se sonrió con una de ellas.

—Vaya conjunto de asesinos.

—Espero que sirvan para localizarlos cuando termine la guerra y someterlos a un juicio justo. Y, también, para mejorar nuestra posición negociadora.

—¿Posición negociadora? ¿De qué estás hablando?

—Me imagino que esas fotos, junto a otra información, podrán servir para que la Unión Soviética tenga una mejor situación a la hora de repartir Alemania.

Volvió a sonreír a la vez que se reclinaba en el sillón de cuero negro donde estaba sentado.

—Lástima que se haya celebrado ya el encuentro en Yalta.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicolette, sin explicarse la nueva actitud del general.

—Se nota que has estado aislada, te falta información. A principios de este mes de febrero se juntó en Yalta, en Crimea, el camarada Stalin con el presidente americano y el primer ministro inglés. Alemania ya está repartida, incluso Francia va a tener su trozo.

Nicolette sintió una decepción que captó su interlocutor.

—Pero no te preocupes, seguro que esta información nos vendrá a todos muy bien. Ninguno de estos criminales se podrá disfrazar de soldado raso para escapar de su pasado.

Se quedaron mirándose en silencio.

—¿Algo más, Nicolette?

Estaba demasiado reciente como para no decírselo. Entendió que la persona que tenía delante era una de las pocas que podría acabar con esa clase de desmanes.

—General, viniendo hacia aquí, he asistido al horroroso espectáculo de la violación de unas chicas.

Cogió un cigarrillo de la cajetilla y le volvió a ofrecer.

—Perdón, me habías dicho que no fumabas —recordó.

Exhaló un hálito vaporoso y se puso en pie. Miró a través del visillo de la ventana quedándose de espaldas a Nicolette.

—Mira, Nicolette, nuestros soldados llevan muchos meses, años en ocasiones, fuera de sus casas, hay cosas que no se les pueden pedir.

—General, pero no podemos consentir que se viole a mujeres indefensas.

—Estarían indefensas, pero eran alemanas.

—¡Qué más da de dónde sean!, eran unas chiquillas.

—Chiquillas alemanas en definitiva —el tono de voz se había elevado y ya no era el refinado acento francés del barrio Latino lo que salía por su boca—. No debes olvidar que los alemanes entraron en nuestras casas, nos robaron, nos saquearon, desde nuestra comida y nuestras obras de arte, hasta la vida de nuestros hijos. —Conforme hablaba, la cólera le iba enrojeciendo la cara—. Y lo que es peor, pisaron nuestra tierra. Eso nunca lo comprenderá un francés, pero para nosotros la madre tierra es nuestro valor primordial. Más todavía que nuestras madres, porque es la tierra quien nos da la vida; no te confundas, señorita burguesa, y ellos la patearon sin

piedad.

Los cuatro ojos de los dos interlocutores se cruzaban sin recatarse de mostrar el odio mutuo que acababa de nacer en ellos.

—Por eso, ha llegado la hora del opresor.

Nicolette se puso en pie.

—General, así se podrá ganar una guerra, pero no se ganará una revolución.

—Tú no sabes de qué manera se tiene que ganar una revolución. No sabes nada y, además, yo no voy a contradecir las órdenes del camarada Stalin.

Volvía a no entender lo que acababa de escuchar. Mezclaba el nombre del comandante supremo del estado soviético con la violación de las chicas.

—¿Qué tiene que ver con esto el camarada Stalin?

Los dos volvieron a mirarse fijamente.

—¿Me quieres decir que el camarada Stalin...?

No pudo continuar la frase. La cortó el general con un chillido.

—¡Soldado! —bramó en ruso.

En ese momento irrumpió un joven que estaba montando guardia en la puerta del general.

Ella lo miró por última vez. El desafiante poder de sus ojos provocó que el militar tuviera que desviar la mirada y moviera la cabeza huyendo hacia algún lugar indeterminado de la estancia.

—Te vamos a dar un cometido para el cual espero que nos seas útil. Y ahora déjame que siga trabajando.

Nicolette salió del despacho preguntándose si había merecido la pena el esfuerzo y el peligro que habían tenido que sortear para poder entregar el sobre al general. El suyo, el del pobre Antoine y el de Teresa. «¿Qué habrá sido de ella?», pensó al cruzar la puerta y salir al pasillo en compañía del soldado.

Habían pasado nueve días desde que consiguieron aquella comida adicional. La situación en el interior de la ambulancia se podía considerar crítica. El combustible estaba a punto de terminarse, de hecho Hans-Erich acababa de rellenar el depósito con la última lata —aunque lo habían intentado en varias ocasiones, no habían sido capaces de encontrar carburante. Había artículos, y los derivados del petróleo eran uno de ellos, que no se podían comprar ni con dinero—. Las provisiones prácticamente habían desaparecido. Solo quedaban unos dulces, dos kilos de salazones, un paquete de Tomaten Maggi y dos lechugas con los bordes de sus hojas ennegrecidos. Dados los pocos kilómetros que eran capaces de recorrer cada día —muchas de las carreteras que figuraban en los mapas que llevaba Günther estaban cortadas por haber sido destruidas durante las incursiones aéreas de las aviaciones americana y británica, viéndose obligados a tener que dar largos y complejos rodeos que no hacían sino dilatar las distancias y quemar un combustible que cada vez era máspreciado—, y ante la realidad que se avecinaba, todos decidieron imponer un racionamiento alimenticio en el que también entró, a pesar de las protestas de Erika, el pequeño Kurt. «¡Cómo se ve que no tienes hijos!», llegó a recriminar con dureza a Käthe.

Físicamente la situación no era mejor. Por las noches dormían con mucha dificultad. El frío provocaba que no pudieran descansar adecuadamente y el estruendo de las explosiones, lejanas y cercanas, llevaba al grupo a despertarse sobresaltado varias veces. Pero lo que más les afectaba era el miedo: el miedo a que alguien entrara por la noche, el miedo a que el vehículo pudiera ser objeto de secuestro o de pillaje, el miedo a que alguien los hubiera delatado y fueran detenidos y fusilados. El miedo era el sexto prófugo que se había afianzado en el interior del vehículo como un compañero molesto e incómodo; Kurt era el que peor lo estaba pasando. La mayoría del tiempo permanecía tumbado en la camilla y le tenían terminantemente prohibido salir al exterior, porque su madre seguía aventurando que si alguien les viera sería muy difícil justificar la presencia de un niño en una ambulancia perteneciente a la Cruz Roja Internacional. El pequeño había dejado de hablar y permanecía durante largos períodos de tiempo con los ojos abiertos mirando al techo como si quisiera buscar la explicación al porqué se encontraba en esa situación. Los dos cuentos de viñetas que su madre le había metido dentro del breve, prácticamente nulo, equipaje ya se los conocía de memoria y el único sentimiento que le provocaban a esas alturas del viaje era el de aburrimiento. Por su parte, las dos mujeres sufrían unas fuertes diarreas motivadas por el agua contaminada que habían ingerido de cualquiera de las fuentes en las que rellenaban los dos bidones que llevaban. Tampoco constituía novedad, el agua que salía tenía un color y un olor que

hacía presagiar su insalubridad. Era lógico, el campo estaba plagado de animales muertos que nadie enterraba ni incineraba. Para lo primero hacían falta manos que escaseaban, para lo segundo, combustible.

La suciedad y la falta de higiene conducía a las dos mujeres a una situación de irascibilidad continua. Erika y Käthe solamente se habían cambiado de ropa interior una vez y sabían que sus cuerpos expelían un olor similar al de las bestias en una cuadra. Ellas, acostumbradas al baño diario.

Pero si la situación logística, física y psíquica eran preocupantes, lo peor se encontraba en las relaciones entre los pasajeros. Los silencios se habían convertido en los mejores momentos del día. Desde hacía varias jornadas, cualquier cosa que dijera alguno de ellos servía para que se iniciara una nueva discusión que se cerraba de manera distinta según quien intervenía. Así, cualquier encorizada de Kurt se remataba con una bofetada que le propinaba su madre. La decisión de un nuevo desvío, del lugar donde pernoctar, la actitud ante cualquier control o incidencia que surgiera en el camino, la comida que correspondía, la hora del día para llevarla a cabo, todo, absolutamente todo, se había convertido en motivo de controversia en la que nunca imperaba la razón y sí la fuerza de las voces, en especial las de las dos mujeres. Ninguna de las dos hubiera podido imaginar con anterioridad el proceder de la otra, ni su actitud, ni su capacidad para chillar e insultar. Los dos hombres se habían portado con un lejano atisbo de cordura, quizá porque la formación militar les había dado una capacidad de sacrificio que nunca habían tenido sus mujeres.

La Austin no iba a ser una excepción. El cambio de la rueda delantera izquierda por culpa de un clavo que la perforó no constituyó problema alguno respecto a las dos contingencias graves. La primera fue la súbita parada que sufrió el motor. Hasta que Günther y Hans-Erich consiguieron encontrar la causa y desmontaron el carburador para limpiarlo de las partículas que lo habían obstruido, pasaron varias horas de incertidumbre, al igual que con la avería eléctrica, que obligó a que los dos hombres tuvieran que recordar los conocimientos de mecánica que adquirieron durante su juventud en las escuelas militares. Al final, el motor volvió a funcionar aunque solo con cinco cilindros a pleno rendimiento. Dos días y dos noches de parada forzosa sirvieron para que los ánimos se exacerbaran hasta el límite.

Pero el grupo volvía a tener estrella. Después de doce días en la ambulancia, y por lo que había calculado Günther, en ese 25 de febrero, domingo, la frontera suiza se encontraba a tan solo veinte kilómetros. Pero si hacía unos años con un buen vehículo se habría llegado en unos minutos, en ese momento podrían tardar horas en cubrir esa distancia, lo que representaba más minutos de funcionamiento de un motor que se estaba bebiendo los últimos sorbos de gasolina.

La última ciudad importante que habían dejado atrás había sido Ulm y estaban a punto de llegar a Ravensburg. Desde allí continuarían al lago Constanza y lo bordearían por su lado oriental penetrando así en el país helvético.

Como casi siempre, Hans-Erich era el que llevaba el vehículo. La ciudad de

Ravensburg era, como todas las que habían visto con anterioridad, otro conjunto de cenizas humosas a los pies de inmensas tramoyas que descubrían su esqueleto desnudo. Lo que en su día fueron majestuosos edificios ahora eran precarias estructuras a punto de caerse sobre sus propios escombros.

Orientados por la brújula que habían tenido la precaución de llevar consigo los dos militares, el conductor siguió siempre el rumbo sur que le marcaba la pequeña flecha metálica. Tuvieron que doblar a la derecha, ya que una calle se encontraba cortada por los restos de un Tiger II que se había quedado atravesado por alguna avería mecánica —el gran inconveniente de ese carro de combate—, o eso parecía porque no se apreciaba en su exterior signo alguno de violencia. En la siguiente calle intentó el giro a la izquierda para recuperar el rumbo que les llevaría al lago.

También estaban teniendo suerte con el tiempo. A pesar de las inclemencias del invierno de aquel año, más frío de lo habitual, no les había nevado en ningún momento, lo cual hubiera dificultado el avance de un vehículo tan pesado y tan poco preparado para los rigores de una carretera helada como era la ambulancia.

Al salir de la población, después de haberse cruzado con un grupo de mujeres que estaban rebuscando en las ruinas de una casa de planta baja, tomaron una carretera que, por lo que parecía, se encontraba en buen estado y que les llevaría a Tettnang, el último pueblo antes de las tan ansiadas aguas del Constanza.

Al enfilear una larga recta, Käthe y Hans-Erich, que viajaban en ese momento en el asiento delantero, distinguieron con nitidez un vehículo militar que se encontraba a un lado de la carretera. En el centro de la calzada alguien vestido de uniforme les hacía señas para que se detuvieran. Sin otra alternativa, Hans-Erich fue levantando el pie del acelerador y dejó que el vehículo fuera perdiendo velocidad. Cuando se encontraban a menos de cincuenta metros pudieron advertir que quien les hacía señales era un capitán de la SS, un Hauptsturmführer, al que identificaron por los tres cuadrados y los tres galones que lucía en su cuello. Hans-Erich y Käthe se fijaron que del asiento trasero del coche dos soldados estaban sacando a otro oficial que parecía encontrarse herido o enfermo. No había nadie más en la carretera ni casas a los lados, solo unas largas extensiones de tierra no cultivada.

—*Heil, Hitler!* —saludó el capitán.

—*Heil, Hitler!* —Devolvió el saludo el Major, convertido en fortuito médico y conductor.

—¿Adónde vais?

—Vamos a Tettnang, nos han llamado del hospital de Ravensburg para recoger a dos oficiales que se encuentran muy enfermos.

—¿Al hospital de Ravensburg? En Ravensburg no hay ningún hospital.

—Bueno, es uno de campaña. Se ha montado hace poco.

—Te digo que allí no hay ninguno —volvió a insistir el capitán de la SS.

Hans-Erich no contaba con esa respuesta. Al comprobar que su marido se quedaba unos instantes callado, sin saber qué decir, Käthe intervino:

—Oficial, la llamada que hemos recibido era de suma urgencia.

El capitán intentó mirar al interior del vehículo sin conseguir ver qué o quiénes se encontraban dentro. No lo dudó:

—¡Soldados! —chilló, llamando a los que lo acompañaban. Después, se dirigió a los ocupantes de la ambulancia—: Ustedes, ¡desciendan del vehículo! —ordenó, separándose mientras caminaba de espaldas.

Hans-Erich bajó la mano izquierda hacia el compartimento que se abría bajo el volante y lo que hizo fue sacar una Luger que disparó con un movimiento que tenía más que estudiado. Los otros soldados, que seguían cargando con el cuerpo del oficial herido, no pudieron repeler el ataque de Käthe cuando vació los ocho proyectiles del cargador de su Walther P38 desde su puesto de copiloto. La caída de los dos soldados provocó a su vez la del enfermo, que no pudo reaccionar ante el golpe. Hans-Erich se bajó del vehículo y, tras comprobar que el Hauptsturmführer estaba muerto, se acercó al otro grupo. Käthe había tenido buena puntería y ninguno de los dos se movía; sus cuerpos yacían en círculos formados por la sangre y que iban aumentando sus diámetros lentamente. El oficial herido que cargaban los soldados, un Untersturmführer, permanecía inconsciente. Parecía que se encontraba en coma porque no había experimentado reflejo alguno ante el golpe que se acababa de llevar; Hans-Erich comprobó que le quedaban todavía un par de balas en el cargador. Después de dirigir el cañón hacia la cabeza del alférez, apretó dos veces el gatillo. Tras la primera sacudida, la segunda bala tuvo sobre el cuerpo inerte del oficial el mismo efecto que si hubiera disparado a un saco.

El Major dio un paso atrás y levantó su brazo derecho.

—*Heil, Hitler!* —Fue el último saludo que les brindó.

Hasta que el vehículo no llegó a Tett nang nadie habló. El único murmullo que se apreciaba era el ahogado lloriqueo de Kurt, que se encontraba sobre su camilla girado hacia la almohada intentando en vano que nadie lo oyera. El temblor de sus hombros le delataba.

Después de atravesar la pequeña población llegaron, por fin, a distinguir la plácida superficie del lago Constanza, cuyas aguas formaban frontera natural con Suiza. La orilla sur era helvética mientras que la norte era alemana. Pero todavía les quedaba un último obstáculo. Al llegar a la ribera tenían que tomar la decisión de enfilar rumbo este y bordearlo por la ciudad de Bregenz, la última alemana —antes del *Anschluss* había sido austríaca— o rodearlo por su parte oeste, sin ciudades importantes que constituyeran una amenaza, aunque la distancia era un poco mayor.

El conductor detuvo la ambulancia.

—¿Por qué te paras? —preguntó Käthe.

—Porque no sé qué dirección tomar. Prefiero la carretera de la derecha, pero el camino es más largo.

—¿Tendremos gasolina? —quiso indagar Günther desde el interior.

—Querría creer que sí, pero no estoy seguro.

—Yo creo que deberíamos ir por Bregenz —opinó Erika, que hacía mucho tiempo que no decía nada.

—Nadie está preguntando tu opinión, Erika —reprendió Käthe.

—Yo digo lo que me da la gana.

—¡Silencio! —Reivindicó Hans-Erich—. Aunque no me gustan las ciudades grandes porque podemos pasar menos desapercibidos, vamos a ir por Bregenz porque el camino es más corto y no podemos arriesgarnos a quedarnos sin combustible.

La ambulancia giró a la izquierda y dos kilómetros después vieron a un hombre haciendo señas en el centro de la carretera. Con el dedo índice levantado, movía el brazo de izquierda a derecha.

En previsión de tener un encuentro como el anterior, Käthe fue preparándose y Günther también empuñó su arma, un modelo de Luger similar a la que tenía Hans-Erich; ninguno de los dos había abandonado el antiguo modelo de pistola para pasar a la Walther P38, más resistente que la primera. Igual que acababa de acontecer en el encuentro con el capitán de la SS, la ambulancia fue perdiendo velocidad hasta llegar a detenerse a la altura del hombre, un anciano próximo a los setenta años, por lo menos en apariencia.

—¿Qué ocurre?

—No pueden pasar —afirmó categórico el viejo, emitiendo una voz cavernosa—. Anoche hubo un bombardeo y el camino a Bregenz está cortado. ¿Tienen que ir allí?

—Sí, hemos recibido un aviso de urgencia.

—Pues tendrán que dar la vuelta por Ravensburg y desde allí seguir hasta Wangen para bajar hacia Bregenz.

—Pues nada, lo haremos así. Muchas gracias.

—Oiga, ¿tendrían sitio para mí? Es que me querría reunir con mi hija, que se quedó en Dornbirn y se encuentra sola.

—Lo siento, no podemos, vamos con prisa.

—Por favor, no me diga eso. Necesito ir a Dornbirn y ningún coche puede ir allí —suplicó el hombre con insistencia.

La angustia que reflejaba su rostro hacía evidente que no estaba fingiendo.

—De verdad, no insista, tenemos prohibido recoger a civiles.

A la vez que le dio el dato que se acababa de inventar, metió la marcha atrás y comenzó a realizar la maniobra de cambio de sentido.

Cuando del hombre solo se distinguía su silueta dibujada en el espejo retrovisor, Hans-Erich dijo:

—Bueno, ya no tenemos alternativa. Ahora a esperar que nos quede carburante para llegar a Schaffhausen.

Los cuatro adultos se encontraban al límite de sus fuerzas. La tensión había alcanzado unos niveles extremos. Ya no se podía pedir más. Los cuerpos no lo

aguantarían.

Cuando la ambulancia terminó de bordear la ciudad de Singen y divisaron a lo lejos la bandera que se izaba en el puesto aduanero, de tanto ansiarlo, ninguno de los cinco era capaz de creer lo que estaban viendo sus ojos. Todavía se percibían los últimos rayos de sol de ese día. Con el vehículo consumiendo las últimas gotas de carburante y los ocupantes, sus últimas energías, llegaron a la barrera de salida del país. Un soldado les dio el alto cuando se encontraban a escasos metros del suelo suizo.

—*Heil, Hitler!* —saludó, cuadrándose—. ¡Documentación!

Hans-Erich, que había reunido las de los cuatro, se las entregó para que las examinara.

—Un momento —concretó, mientras se dirigía a la caseta con los pasaportes y los visados.

La tensión en el interior era tan palpable que parecía que los corazones de los cuatro adultos formaban un cuarteto de percusión. Ninguno se atrevió a pronunciar palabra, temiendo que el más mínimo comentario pudiera provocar una discusión que acabara poniendo en peligro la salida de Alemania.

Al cabo de unos interminables minutos apareció, junto al soldado que les había recogido la documentación, un Untersturmführer de la SS que les dijo:

—Veo que son ustedes ciudadanos suizos y que tienen el visado en regla. ¿Qué es lo que han estado haciendo en nuestro país?

—Hemos venido atendiendo una petición de ayuda humanitaria que se había cursado a nuestra central en Ginebra.

El hombre asintió.

—Entiendo. Pueden pasar. *Heil, Hitler!*

Después de devolverles los papeles, de cuadrarse y de lanzar el saludo nazi, chascó los dedos con un sonido seco mientras miraba al soldado que se encontraba junto a la barrera. Con los dos brazos, este empujó hacia abajo el contrapeso y la gruesa barra de hierro se levantó al aire abriéndoles el camino de la libertad. Erika, que había permanecido junto a su marido en la parte trasera de la ambulancia, pero observándolo todo a través de los asientos delanteros, cogió fuerte la mano de Kurt y le susurró al oído:

—Hijo, estamos salvados.

Nada más pasar la ambulancia, la barrera volvió a su lugar y el Untersturmführer se quedó viendo cómo el vehículo se detenía veinte metros después, en la frontera suiza. Un aduanero se acercó y tras examinar la documentación, la misma que él acababa de tener en sus manos hacía unos instantes, les permitió el paso.

«Estos han sido más originales que ninguno —pensó con una tristeza no exenta de envidia—, han conseguido hasta una ambulancia». En los quince días que llevaba destinado en ese punto ya era el sexto vehículo que entraba en Suiza con el mismo tipo de documentación. «Pero nadie lo había hecho en una ambulancia y vestidos de médicos y enfermeras —consideró el sargento—. ¡Ay!, ¡quién tuviera una así!», suspiró.

Al grupo todo le parecía nuevo. No podían creer lo que estaban viendo. Edificios enteros, sin restos de incendios ni de derrumbamientos, con balcones atiborrados de flores multicolores y ventanas con cristales; coches limpios y funcionando con normalidad; calles recogidas y adornadas con banderas nacionales; incluso, aunque poca por la hora, también había gente paseando. Aquello no era un país en guerra, nada tenía que ver con lo que llevaban viendo Käthe y Hans-Erich en Berlín, o Erika y Günther cuando salían de Carinhall. Parecía la gran Alemania anterior al inicio de la guerra, la de finales de los años treinta. Había pasado mucho tiempo.

Les habían indicado en la frontera que nada más pasar Schaffhausen encontrarían un surtidor sin problemas de suministro. Después de llenar el depósito en una gasolinera Shell, que pagó Günther con unos billetes de francos suizos que llevaba, las dos mujeres entraron en una tienda que todavía no había cerrado y compraron comida para la cena de Kurt. La idea de buscar un alojamiento la habían desechado por una razón: desconfianza. ¿Quién se quedaría con la custodia de una caja llena de piezas de oro? Tampoco la querían sacar y provocar unas sospechas incómodas. No, llevaban ya muchas noches durmiendo en el interior de la ambulancia. A Kurt le habían dejado una de las dos camillas superiores que ocupaba a todas las horas del día y de la noche, mientras que las mujeres se tumbaban en las dos inferiores. Los hombres se alternaban en la otra superior, la que hacía pareja con la de Kurt, y en el asiento del copiloto.

Aunque ninguno de los cuatro llegara a insinuar la desconfianza que se tenían, quedó manifiesta cuando decidieron entrar a cenar en una hospedería que se encontraba en una pequeña población llamada Benken, situada nada más atravesar Schaffhausen. Decidieron que lo harían en parejas cruzadas, Käthe con Günther y Erika lo haría posteriormente en compañía de Hans-Erich, así la caja llena del oro que les iba a permitir financiar su exilio no se quedaría a solas con ninguna de las parejas.

Benken era el lugar al que habían ansiado llegar a pesar de desconocer su existencia. A cuatro kilómetros al sudeste de las cataratas del Rin, la ciudad suiza no pasaba de ser un conjunto de pequeñas viviendas unifamiliares y casas de un máximo de dos plantas alineadas en torno a una calle que lo atravesaba en diagonal. Habían estacionado la ambulancia en una plaza donde solamente se oía el leve rumor de una fuente como melodía de fondo.

Después de que regresaran Käthe y Günther, que habían tardado muy poco en

cenar, Erika y Hans-Erich entraron en el establecimiento, una casa con contraventanas verdes embellecida con vigas vistas que jalonaban la fachada. El semblante de la alemana había cambiado radicalmente. No sabía exactamente cuál era la razón por la que se encontraba tan contenta. Sería por encontrarse en un país nuevo y en paz, o por pensar que ya había pasado todo y que ahora solo restarían unos últimos trámites para huir definitivamente del infierno en el que se había convertido su mundo. Tal vez fuera porque se había quitado el odioso y humillante uniforme de enfermera de campaña, o incluso porque, por fin, había podido comprar leche para su hijo. Quizá fuera por la expectativa de cenar comida caliente en un restaurante.

El pequeño recinto tenía todo el sabor alpino que podía haber imaginado una persona que no conocía los Alpes: las paredes y el techo estaban decorados con listones de madera de pino, moteada de nudos, en los cuales habían pintado con detalle unos dibujos de bailes y banquetes; los manteles, correctamente planchados, a cuadros blancos y verdes; las jarras de porcelana con tapa metálica colgadas de las vigas que atravesaban la estancia y adornadas con dibujos alegóricos; en cualquier caso, lo último que parecía el pequeño restaurante era un lugar que se encontraba a escasos kilómetros de la frontera de un país que estaba en guerra contra el mundo.

—Buenas noches —les deseó en alemán un camarero bajito y calvo, vestido con una chaquetilla verde oliva abrochada con botones dorados, mostrándoles una sonrisa forzada y algo burlona—. ¿Van a cenar?

El restaurante se encontraba a la mitad de su capacidad, con cinco mesas libres todavía. Nada más entrar, Erika se fijó en una *fondue* de queso que humeaba en el centro de una mesa ocupada por una pareja en la que el hombre sacaría más de veinte años a la mujer.

Mientras seguían al camarero a la mesa que les iba a asignar, en un rincón cercano a una chimenea apagada, Erika le agarró de la chaqueta —también él había dejado la bata blanca de médico y se había puesto un traje gris de alpaca que le daba un porte distinguido— y requirió su atención.

—Hans-Erich, ¿por qué no lo pedimos?

—¿Pedimos el qué? —respondió sin haberse fijado en el plato del que se había encaprichado su eventual pareja.

—Eso, ese plato. ¿Qué es?

El hombre sonrió mientras llegaba a la mesa.

—¿Les parece bien aquí?

—Perfecto —aprobó él.

Cuando Erika iba a asir su silla para apartarla de la mesa y poder sentarse, Hans-Erich alargó el brazo, solícito, y la separó para que ella pudiera entrar, acercándola después.

—Gracias —le correspondió ella con una palabra y un gesto de gratitud. Hacía mucho tiempo que un hombre no le sujetaba la silla al sentarse.

Sin mediar palabra, los dos exploraron con la mirada el lugar, como queriendo buscar inspiración en la ornamentación para poder continuar con la conversación.

—¿Por qué habrán tardado estos tan poco en cenar? —se extrañó Erika mirando la mesa que tenían al lado y que se encontraba, por lo que pudo suponer, todavía con los restos de la cena.

—Ni idea. Pero lo que sí sé es que quiero cenar bien. Estoy harto de las sardinas en salazón, de los arenques en lata, del pan duro, del Scho-ka-kola y de los tomates medio verdes. Quiero cenar caliente y bien. Las dos cosas.

Erika sonrió. Se encontraba al borde de la felicidad. Nada podía ser mejor. Tanta tensión, tantos nervios y ahora se encontraba en un lugar encantador acompañada de un caballero que, además, se había sabido comportar como un hombre en los momentos más comprometidos. Se fijó en sus manos, sus fuertes y grandes manos, las mismas que hacía unas horas habían apretado con determinación el gatillo de una Luger, y lo miró descubriendo una sensación de seguridad en la cual no había reparado con anterioridad.

—¿Qué van a querer cenar los señores? —preguntó el camarero, que se acercó a la mesa con un pequeño bloc y un lápiz marrón medio despuntado.

—¿Qué nos recomienda?

Cuando la primera botella de Borgoña estaba a punto de terminarse en el restaurante solamente quedaba otra pareja. Erika no paraba de reír con las ocurrencias que le contaba Hans-Erich, y este, consciente de la situación, continuaba relatándole aventuras, más de la mitad inventadas, que le habían pasado durante los años de la guerra.

—¿Pedimos otra, *fondue*?

—¿Y por qué no otra botella? —replicó Erika.

—¿Y por qué no las dos cosas?

Con las caras ligeramente enrojecidas ambos soltaron una nueva carcajada.

—Oye, ¿qué tal se nos dará el español?, ¿sabes algo?

—¿Yo?, vamos, ni una palabra. Günther sabrá algo de cuando estuvo allí durante la guerra española. Alguna puta se lo enseñaría en la cama —imaginó, marcando una expresión de asco.

—Yo sí que no sé nada. Dicen que se parece al francés.

—¿Sabes francés? —preguntó Erika.

Hans-Erich se tomó un tiempo en responder, como si quisiera meditar sin prisas sus palabras. Al final, se decidió a hablar:

—Tampoco —confirmó, soltando una fuerte carcajada en la que enseñó toda su dentadura a una Erika a la que casi se le saltaban las lágrimas de la risotada. Los ojos de ambos irradiaban un resplandeciente brillo vítreo.

Ninguno recordaba haber pasado una cena tan divertida en toda su vida.

—Inglés, ese idioma no se me da mal. Estuve dos años estudiando humanidades en Oxford.

—Señores, tenemos que cerrar, son cerca de las diez de la noche —advirtió el camarero, algo violento por tener que interrumpir a dos clientes que nunca había visto y que no sabía si se podrían convertir en asiduos.

—Sí, sí. De acuerdo. Dígame lo que le debo —dijo él, entrecortado por la risa que le había provocado la reacción que había tenido Erika ante el chiste que le había contado de judíos y Hitler.

Al salir a la calle, Erika sintió deseos de pedir a Hans-Erich que la abrazara, que le permitiera cobijarse bajo sus fuertes brazos y que la agarrara con firmeza, o, ¿por qué no?, obligarlo a que la besara profundamente, tanto como si fuera la primera vez que tuviese entre sus brazos a una mujer, con el deseo reprimido de años de abstinencia, con la necesidad y la premura de contar con muy pocos minutos, como si iniciaran un viaje de infinita duración y del cual nunca se tuvieran que arrepentir por haber tenido una despedida triste y simple, sencilla y vulgar. No, eso no tendría que pasar. Ahora no tendría que estar esperándolos otra vez la apestosa ambulancia con el marido roncando y el niño tonto que seguro la reclamaría para cualquier bobería. No, a ella lo que le gustaría ahora sería entrar en la habitación cálida de un hotel perdido y, después de bucear en una bañera llena de espuma, meterse en unas sábanas limpias de raso con un hombre al que no le temblara el pulso por tener que matar si la ocasión lo requiriera.

Pero eso no podía ser, en unos instantes entrarían otra vez en la ambulancia y la circunstancial pareja se rompería. Pero la excitación que llevaba en su interior alguien la tendría que pagar.

—¿Me dejas que me ponga yo en los asientos delanteros? —insinuó a Hans-Erich.

—Claro, pero ¿no vas a estar peor?

—En absoluto, prefiero estar con Günther.

Era una trápala que ambos sabían. Lo que quería hacer ella con su marido era lo que no podía llevar a cabo con él.

Se despidieron en la puerta trasera. En el momento en que él introdujo la llave para abrir el portón, ella lo agarró por el cuello y clavó su boca en la de él.

—Por favor, Erika —alcanzó a decir cuando liberó su boca de la de la mujer, que acababa de transmitirle toda la esencia de la feminidad prohibida mezclada con el ácido aroma del vino y del queso.

Con respirar jadeante, se quedó a unos centímetros de ella.

—Tienes razón. Perdona —se excusó mientras se limpiaba con el dorso de la mano la saliva de Hans-Erich.

Esperó unos instantes a que la mujer se fuera calmando y fue en ese momento cuando abrió el portón. Nada más entrar, y molestos por la luz que provenía de una farola próxima, Kurt se removió en su camilla y Käthe en la suya.

Sin más contacto, Erika pasó hacia delante y llegó a los sillones del conductor y del acompañante, donde se encontraba Günther. Miró a la calle y comprobó que estaba desierta y que el restaurante acababa de apagar sus luces exteriores; la noche había caído definitivamente en Benken, la anhelada escala desconocida hasta ese día.

Avivada y húmeda, se acercó a su marido y, sin importarle que se pudieran enterar Hans-Erich o Käthe, o incluso Kurt, al que había visto bien dormido, le balbució:

—Günther, quiero hacer el amor.

El hombre, que se encontraba profundamente dormido, se rebulló en su asiento como si aquello hubiera sido un meneo más que da el viento a los laterales de la ambulancia cuando quiere jugar con ella.

—Günther, vamos —volvió a susurrar.

Ella puso la mano encima de su sexo y la movió intentando que se despertara como una vez le había dicho él que era la mejor manera de desperezar a un hombre.

Cuando abrió los ojos se encontró los labios de su mujer que se acercaban despacio a su boca. Se sobresaltó.

—Erika, ¿qué haces! —Gruñó todo lo bajo que pudo.

La mujer le tapó la boca con los dedos y se volvió a acercar para darle otro beso, esta vez en la nariz. Cuando se aseguró de que se había despertado, fue retirando poco a poco la mano y se apoderó de su boca con suavidad, incrementando paulatinamente la fuerza. Nunca había hecho el amor con un hombre utilizando el cuerpo de otro, pero era de noche y las sombras serían su mayor cómplice para que la imaginación pudiera moverse a su antojo por la cargada atmósfera de la ambulancia. Cuando notó la dureza de su miembro se subió el vestido y comenzó a bajarle los pantalones.

—Vamos —le suspiró al oído—, ¿no has dicho antes que cerca de Schaffhausen había unas cataratas? Demuestra que tú tienes más fuerza que ellas.

Günther había tenido suerte otra vez. Su juventud, así como el escaso alcohol que ingirió durante la cena con Käthe, le permitieron alcanzar de nuevo la plenitud del amor.

Hasta ese momento, el que fue Oberst de la Luftwaffe no había tenido relaciones con dos mujeres distintas en la misma noche.

El día amaneció con el cielo encapotado, amenazando lluvia. En silencio y rehuyéndose las miradas, llegaron a Berna y cruzaron el río Aar por uno de los numerosos puentes que atraviesan sus meandros, encaminando sus pasos hacia la Junkerngasse, donde aparcaron junto a una oficina del Banque Genevoise du Commerce. Un hombre joven y rubio, peinado con la raya en medio, de patillas excesivamente largas para el gusto de Käthe, que era la que llevaba la nota con la dirección, salió a recibirlos:

—Espero que hayan tenido buen viaje —dijo en alemán—. Ya me anunciaron su llegada. Usted debe de ser Hedwig König. ¿Me equivoco?

—No, está usted en lo cierto. Creo que vamos a necesitar ayuda. ¿Habría alguien que nos pudiera ayudar a descargar?

—¡Cómo no, *Frau König*!

Volvió a entrar en la oficina y al cabo de menos de un minuto salía por la puerta acompañado de un hombre uniformado con una pistola al cinto y de otro, mayor que él, vestido con traje.

Entraron en la ambulancia y cogieron entre los dos la caja que contenía los objetos de oro que habían aportado Günther y Erika, y que habían llevado estibada bajo una de las camillas, trincada con una cuerda para evitar que se moviera durante el trayecto.

Después de recoger el recibo, que se lo quedó Käthe tal y como habían acordado con anterioridad, hasta que les realizaran la correspondiente valoración, dejaron la ambulancia bien estacionada y los cinco se dirigieron a pie hacia el número 49 de la Marktgasse. Antes de comenzar a caminar, todos miraron por última vez al vehículo con una brizna de nostalgia.

El paseo fue una agradable experiencia. Resguardados del frío bajo los soportales, caminaron mirando los surtidos escaparates y contemplando los historiados relojes que tanto gustaron a Kurt desde el primer momento. Justo cuando pasaban por uno de ellos, un muñeco mecánico anunció la hora en punto y todo un carrusel de figuras metálicas articuladas comenzó un mágico desfile.

En el mismo portal pudieron leer adónde se dirigían: Centro Argentino de Emigración. Subieron los cinco en el ascensor y llamaron al timbre del segundo piso.

—Anuncie que ha llegado el matrimonio König y unos amigos —indicó autoritaria Käthe al mayordomo que les abrió la puerta.

Les hizo pasar a un gabinete que se encontraba lleno de cuadros y tapices, y los invitó a que se sentaran.

—Por favor, en unos minutos los atenderán. ¿Desean tomar algo los señores?

Nadie quiso nada.

Mientras esperaban en el silencio que parecía imponer la estancia, Erika recorría con la mirada todos los lienzos que colgaban de las paredes, tapizadas de una tela granate que le pareció horrorosa.

—Con tanto cuadro —susurró a Günther al oído—, esto parece una continuación de aquello.

Él sonrió y la cogió de la mano. Sin saber por qué, en ese momento se sintió culpable de lo que había sucedido nada más cruzar la frontera, antes de que ella y Hans-Erich volvieran de la cena. Desde la época de Alexandra, no había vuelto a ser infiel a Erika.

No tuvieron que pasar muchos minutos para que apareciera por la puerta de doble hoja que se encontraba al fondo del gabinete un hombre de pelo cano, bajito y algo rechoncho, que con una voz desagradablemente aguda se excusó:

—Perdonen que les haya hecho esperar. ¿Cuál de las dos es Hedwig? —preguntó el hombre, en perfecto alemán.

—Soy yo —respondió Käthe—. Ella es mi amiga Michaela.

El hombre se acercó y dio un beso en la mano a ambas mujeres. Después le presentaron a los maridos y a Kurt con su nuevo nombre de Otto. Todos sabían que estaban mintiendo.

—Por favor, siéntense. Imagino que se encontrarán cansados. ¿Les han ofrecido tomar algo?

Volvieron a declinar la nueva invitación.

—Bueno, no me he presentado, mi nombre es Benito Llambí. Dirijo este Centro. En colaboración con prohombres ilustres y destacados de la sociedad argentina estamos en disposición de prestar nuestra colaboración a personas como ustedes, que han sido capaces de arriesgar todo por la futura instauración del Cuarto Reich.

Los dos matrimonios se miraron disimuladamente entre sí. Mientras tanto, Kurt se había quedado embobado mirando el cuadro con el motivo mitológico de una mujer desnuda que se estaba bañando en una fuente rodeada de doncellas con vestidos de finas telas de color azul. Había descubierto una manera distinta de entretenerse.

—¿Han ido al banco ya?

—Sí —contestó Käthe—, nos han asegurado que realizarán la valoración en unos días.

Benito Llambí meneó la cabeza dubitativo.

—Será algo más porque el trabajo empieza a apretar. Ya saben ustedes cómo va la guerra.

—Nos gustaría que nos contara algo —pidió Günther—. Hace algunos días que no tenemos información y...

—¡Qué les voy a contar!, las cosas van de mal en peor. Los bombardeos aliados continúan. Hace unos días los cobardes ingleses lanzaron una brutal ofensiva aérea sobre Dresde. No se sabe cuántas decenas de miles de civiles pudieron morir. Esta gente ya no sabe qué hacer para aniquilar al gran país que es Alemania. Y para

mayores, el pasado viernes Turquía nos declaró la guerra.

—¿Ha declarado la guerra a Argentina? —preguntó asustado Hans-Erich.

—¡No, hombre!, a Alemania. Nosotros hemos roto, simbólicamente, entiéndanme, las relaciones con su gobierno y hay quien dice que hasta se podría declarar la guerra. Ya sabe usted, maniobras diplomáticas —se disculpó, lanzando una mirada suplicante al techo buscando la comprensión de sus invitados—. Como lo de los egipcios, que parece ser que también están a punto de ratificar la declaración de guerra. Bueno, no nos distraigamos —juntó las palmas de las manos al lanzar la advertencia—, por eso les decía yo que tendrán que tener un poco de paciencia. Ahora los técnicos que trabajan con los bancos suizos están muy ocupados. Son muchas las valoraciones que se están solicitando. Ya sabe. De momento, lo que tienen que encontrar es un hotel donde instalarse. Les recomiendo uno, muy próximo a nuestro centro. Son personas de confianza y se sentirán como en casa. En cuanto podamos les facilitaremos los visados que preparan en la Dirección Nacional de Migraciones. Son trámites, ya saben. —El timbre de la voz empezaba a causar entre los asistentes un inesperado cansancio anímico—. De momento les espero mañana aquí a las once. Le voy a pedir a una persona que les interesa conocer que venga y que hable con ustedes. Seguro que los tranquilizará.

Benito Llambí quiso cambiar de tema:

—¡Qué!, ¡chaval!, ¿te gusta Suiza?

El niño miró a su madre y no abrió la boca. Sus bofetadas dolían demasiado como para volver a recibir otra. Sabía que si estaba callado no le pasaría nada. En eso no tenía ninguna duda.

—Nuestro hijo es muy tímido, ¿sabe usted?

Al salir a la calle lo primero que hicieron fue dirigirse al hotel que les había sugerido el argentino.

Las dos mujeres iban andando delante de los dos hombres, junto a los que caminaba Kurt.

—¿Te has fijado en el acento tan raro que tenía ese hombre?

—Será porque es argentino.

—Seguro, Käthe. Por cierto, ¿qué vamos a hacer con el recibo del banco?

—¿Cómo que qué vamos a hacer? No entiendo lo que me quieres decir.

—Sí sabes lo que te quiero decir y, además, perfectamente —le aseguró Erika a su amiga mientras iban caminando como si no se inmutaran—. Tú tienes el recibo, el único recibo que hay de todo lo que hemos traído nosotros. Eso es lo que pasa.

El gesto de Erika no admitía dudas sobre la severidad de sus palabras.

—Te recuerdo, querida, que estáis aquí por mis contactos, no por tu dinero.

—Hemos llegado hasta aquí gracias a las dos cosas. Aunque, claro, ahora tú también tienes dinero.

—¿Y qué crees, que me voy a marchar?

Se hizo un breve silencio tras la pregunta lanzada por Käthe y que no encontró

respuesta en su interlocutora.

—No me fío de nada ni de nadie, *querida* —contestó Erika, enfatizando la última palabra pronunciada.

Al día siguiente, y tras haber estado deambulando de nuevo por las calles de Berna, los cinco se presentaron en el Centro a la hora que les había indicado Benito Llambí.

Cuando llevaban unos minutos esperando en la misma sala del día anterior, apareció Benito en compañía de dos hombres. Uno de ellos causó un impacto electrificante en las dos mujeres. Todos se pusieron en pie, incluso Erika y Käthe.

—Buenos días, ¿qué tal han descansado? —se interesó el anfitrión.

—Muy bien. Muy agradecidos por la recomendación del hotel —comentó Hans-Erich, que parecía haberse convertido en el líder del grupo.

—Miren, les voy a presentar a dos amigos: El señor Samuel Pomeranz es funcionario suizo y trabaja con nosotros.

Todos se estrecharon las manos con él, aunque las mujeres parecían más interesadas en el otro hombre.

—Y este es el señor Carlos Fuldner.

—Buenos días —pronunció en español, aun sabiendo que iba a causar extrañeza general. Después, continuó en alemán—: Tendrán que ir acostumbrándose al idioma, ya verán cómo les resulta muy fácil.

—¿Es usted español? —especuló Erika.

—No, señora, soy argentino. Nací en Buenos Aires —precisó también en alemán.

Carlos Fuldner estaba dotado de una belleza apabullante. Medía algo más del metro ochenta, y su pelo rubio y sus ojos azules le conferían un atractivo muy superior al de cualquier caballero alemán que hubieran conocido antes Erika o Käthe.

—Lo que ocurre es que mi familia es alemana, de hecho, mi nombre completo es Carlos Horst Fuldner —puntualizó, sonriendo y mostrando una dentadura perfecta.

Cuando dio la mano a Erika pareció que esta no la quería soltar. El detalle no pasó desapercibido para Benito Llambí:

—Bueno, vamos a sentarnos, tenemos que hablar.

Después de indicarles los asientos miró a Kurt y pensó que aquel no iba a ser el mejor lugar para que se quedara un niño, y menos tan pequeño.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

Kurt miró a su madre.

—Vamos, cariño —lo animó—, dile a este señor cómo te llamas.

—Me llamo Otto Humps.

—¡Caray!, di que sí —Benito miró a todos con complicidad guiñándoles un ojo, como si hubiera que maravillarse por la respuesta—, con nombre y apellido, eso que no falte. ¿Qué te parece si le digo a una de las guapas muchachas que trabajan aquí que te lleve a la cocina? Igual allí te pueden dar algún dulce. ¿Te gusta el Apfelstrudel?

El niño volvió a mirar a la madre sin saber qué responder.

—Otto, ¡qué buena idea! —suscribió Erika. Al igual que sucedía muchas veces, como si su hijo fuera mudo, habló por él—. Me parece fantástico. Seguro que le va a encantar.

Después de que una de las sirvientas del Centro se llevara a Kurt de la mano por el largo pasillo camino a la cocina, los siete adultos comenzaron la conversación que tantas ganas tenían de iniciar los dos matrimonios.

—Bueno —Hans-Erich retomó el hilo de la conversación—, estamos descuido escucharles.

—Bien, en primer lugar, les tenemos que transmitir nuestro mayor pesar por la evolución de la guerra. No sé si saben que tanto Turquía como Egipto acaban de declarar la guerra al Reich —los cuatro asintieron—. Y no vamos a poder solucionarlo, esa es la realidad. Por ello tenemos que buscarles el refugio adecuado. Además, me consta que hasta el último momento los cuatro han ofrecido lo mejor de sí mismos por el bien de su patria.

Todos entendieron que esa era una de las muchas frases hechas que tenía preparadas para la ocasión. Los invitados habían constatado que el don de gentes era una de las cualidades más destacables del germano-argentino.

—Afortunadamente —prosiguió Carlos Fuldner—, contamos con la ayuda de nuestros amigos los suizos —y diciendo estas palabras apoyó cariñosamente la mano sobre el muslo de Samuel Pomeranz que, como todos, le estaba escuchando atentamente— que siempre están donde se les precisa y saben la manera de ayudar a alguien que se encuentra en peligro.

Erika pensó en el dinero que ganarían todos con esas maniobras, en las que solo se necesitaban unos pocos contactos y un desparpajo como el que estaba demostrando el hombre que tenía delante.

—Miren, el proceso va a ser largo, y tienen que entender que las dificultades serán muy numerosas. ¡Qué más me gustaría que poder meterlos en un avión esta misma tarde rumbo a Morón! Pero no disponemos de aviones; además, el espacio aéreo ahora es muy peligroso. Puede ser que dentro de unas semanas la guerra haya tomado ya el giro definitivo, pero hoy es muy arriesgado subirse a una aeronave. —El argentino, mientras hablaba, miraba alternativamente a los invitados, que no se perdían detalle de lo que estaba diciendo, en especial las dos mujeres—. Por ello, lo que tienen que hacer es marcharse en barco. El Mediterráneo está limpio.

—Bueno —cortó Hans-Erich en una nueva demostración de seguridad que provocó que Erika llegara a pensar si aquello no estaba significando un cortejo solapado y público—, me han dicho que sus aguas están infestadas de minas flotantes.

—Alguna quedará —admitió, asintiendo con la cabeza—. Sin embargo, tampoco van a poder partir ya. Los aliados lo están limpiando. ¡Ya era hora de que hicieran algo positivo!

Carlos Fuldner miró a Hans-Erich y le pidió calladamente su aprobación para proseguir con su discurso.

—Para conseguir el visado de salida necesitamos la autorización de la Dirección Nacional de Migraciones de Buenos Aires para que ustedes puedan entrar en Argentina. Pero no se preocupen, sus pasaportes expedidos por la Cruz Roja Internacional van a resultar de mucha ayuda. Aquí estarán unos días. Tengo entendido que les están valorando algunos objetos de valor que traían con ustedes, ¿verdad?

—Sí, los llevamos ayer al banco que nos propusieron —confirmó Käthe.

—Bien. Estoy convencido de que los papeles llegarán a la vez que la peritación. Pueden ser quince días, tal vez tres semanas.

—¿Tanto? —se extrañó Erika, incómoda porque no podía imaginar que aquel hombre tan atractivo pudiera estar diciendo algo que no le gustara oír.

—Señora, estamos hablando de documentos que no son nada fáciles de conseguir. ¿Se han enterado de la última disposición de Himmler sobre los Consejos de Guerra Especiales? A sus jerarcas parece preocuparles mucho las deserciones. Creo que la aplicación de las resoluciones de esos consejos no es sumaria sino inmediata.

El silencio se apoderó del gabinete en el que se encontraban.

—Intentaremos que todo tarde lo menos posible —apuntó, entornando los ojos y moviendo levemente la cabeza.

—Se procurará que la valoración se lleve a cabo en pocos días —apostilló Samuel Pomeranz, que llevaba casi todo el tiempo callado, al igual que Benito Llambí.

—Lo más rápida y lo más favorable, no se olvide.

Erika se daba cuenta de que el único hombre que había allí era Hans-Erich, al margen de Carlos Fuldner, por supuesto. Günther, por el contrario, parecía un ser exánime. No opinaba, no intervenía ni por curiosidad, casi ni asentía. De no ser porque se mantenía con los ojos abiertos, parecería que se hubiera quedado dormido.

—Mientras llegan esos permisos estarán aquí, en Berna, es el lugar más seguro. Por supuesto, pueden moverse por todo el país, pueden hacer un poco de turismo —volvió a sonreír— y relajarse. Si no tienen efectivo, en el banco les pueden dar un adelanto a cuenta.

—No se preocupe por eso, Carlos.

—Claro, claro —respondió, asintiendo nuevamente y mostrando su satisfacción por cómo iban las explicaciones.

—Y después, ¿qué pasará? —preguntó Erika mirando fijamente a los ojos a Carlos Fuldner—. ¿Dónde cogeremos el barco?

—En Génova, ¡la tierra de Colón! —exclamó, a la vez que abría los brazos como si quisiera envolver a los cuatro, esperando que todos rieran su gracia.

Pero su broma no fue correspondida. Los dos matrimonios se miraron. Esta vez, para asombro de todos, fue Günther quien habló:

—Y en Génova, ¿quién se ocupará de nosotros?, ¿también el gobierno suizo?

—Una cosa les quería decir —Samuel Pomeranz lo miró con una seriedad esperable—, que quede bien claro que el gobierno suizo es ajeno a estas gestiones. ¿Entendido?

—Bien, pero no me está respondiendo a mi pregunta.

—No se preocupe, Oskar, no se preocupe —Carlos Fuldner quiso tranquilizar a Günther llamándole por el nombre que figuraba en el Pasaporte de la Cruz Roja Internacional—. De verdad, usted está en manos de amigos y no les vamos a abandonar ni aquí, ni en mi país, que espero sea pronto el de ustedes. En Génova trabajamos con otro tipo de colaboradores. Estén ustedes tranquilos. Créanme.

No se fiaban, pero no tenían más remedio que aceptar sus palabras, ya no podían volver atrás. Se encontraban en manos de desconocidos, algo que no gustaba a ninguno, pero en especial a Günther. En la lejana época de la academia, en Scheleissheim, siempre que subía a un avión era para pilotarlo él. Desde que Erika le propuso todo el plan, se había sentido como un copiloto que no confía en su compañero; pero no le quedaba más remedio que aceptar la situación. Después de lo que pasó con aquella criada española, y el escándalo de la desaparición de las fichas, ya nadie creía en él.

No tenía alternativa. Lo que se decidiera estaría bien. Y si el destino era un lugar más alejado que Argentina, mejor. Lo único que pudo hacer fue mirar a Käthe y recordar lo que pasó la noche que entraron en Suiza, mientras su mujer y Hans-Erich se embriagaban. «No estuvo mal hacer el amor otra vez —pensó—. Total, las dos veces no hubo luz ni casi palabras. Sí, aunque no fuera su piel, la segunda vez también fue con ella», concluyó con rotundidad y convencimiento.

Nicolette tenía una magnífica memoria para las fechas. Ese martes 20 de marzo se cumplía un mes del día en el que habló con el general cuyo nombre nunca supo.

Su ideología había sufrido un cambio por todo lo que había visto, y por la entrevista que tuvo con el militar ruso. El viaje que había realizado en el AMO con aquel desdentado conductor, los cuerpos de las chicas sobre el capó de un coche, eran recuerdos que se le aparecían por las noches como un sueño persistente del que no lograba librarse. Era cierto que ella también había matado junto a su hermano, su querido François, y a su primer novio, Thierry. Ellos también se aprovecharon de las debilidades de algunos pobres soldados, tímidos y solitarios, para arrebatárles la vida sin ningún derecho; incluso se dedicó durante las primeras semanas después de la liberación de Francia a atender las denuncias que llegaban sobre colaboracionistas. Localizó a mujeres y sobre todo hombres que luego serían juzgados por el Alto Tribunal de Justicia del Sena. Tras un juicio de dudosas garantías, muchos habían sido fusilados en el patio de la prisión de Fresnes. También ridiculizó y humilló cuanto pudo a las francesas que habían tenido relaciones con el ocupante, las «colaboracionistas horizontales», que generaban especial odio entre los franceses que habían perdido vidas próximas. Pero aquellas dos violaciones se repetían noche tras noche como una pesadilla que se hubiera acomodado en algún surco de su cerebro y estuviera dispuesta a instalarse allí para toda la eternidad. «¿Hubiera podido hacer algo para evitarlo?», esa era la persistente pregunta que se formulaba una y otra vez.

Sospechaba que esas pesadillas estaban motivadas no tanto por haber sido testigo de aquella brutalidad, como por la reacción del general ruso. En vez de reprobar los actos de sus soldados, o de prometerle algunos castigos —aunque fuera consciente de que nunca los fuera a aplicar—, los justificaba, como si las violaciones fueran una consecuencia lógica del alejamiento de los hogares. No, no lo podía entender. Ella llevaba sin tener relaciones desde finales del año anterior, cuando se despidió de Pascal, y entendía que su deber se encontraba muy por encima de sus necesidades físicas o afectivas.

La ciudad polaca de Legnica se hallaba a sesenta kilómetros al oeste de Wrocław, en la baja Silesia, próxima por tanto a Alemania. Según le habían contado, no se encontrarían a más de doscientos cincuenta kilómetros de Berlín. Allí, en lo que había sido un colegio y que milagrosamente había escapado de los bombardeos alemanes del inicio de la guerra, el Ejército Rojo había instalado un hospital de retaguardia. Después de recibir los primeros auxilios en el frente, las ambulancias colectivas trasladaban a los soldados allí para iniciar las recuperaciones necesarias que les permitieran regresar al campo de batalla cuanto antes.

Esa había sido la función que le propuso el general y que ella aceptó tan rápido

como pudo. No le quedaba más remedio. Primero, porque era lo que había querido, derrotar a Hitler uniéndose al ejército comunista; y segundo, porque la posibilidad de encontrar alguna vía de retorno a Francia, a París, era en ese momento impensable. Además imaginaba que la guerra vivía sus últimos días; el ejército soviético estaba muy cerca de Carinhall. Sin embargo, no era así. Ni mucho menos. A sus oídos había llegado la noticia del llamamiento a filas de la quinta del año 1929. Hitler estaba mandando a la guerra a niños de dieciséis años, por lo que, a pesar de las numerosas e incesantes bajas, el ejército alemán parecía que, como si fuera una estrella de mar, se regeneraba continuamente. También les habían dicho que Finlandia había declarado la guerra a Alemania y que los aliados ocupaban toda la orilla occidental del Rin. El cerco seguía cerrándose, pero la guerra no terminaba porque Berlín seguía resistiendo denodadamente. La capital del Reich parecía el indestructible caparazón de una gigantesca tortuga que, inmóvil, se niega a resquebrajarse.

El hospital se había montado sobre las plantas baja y primera del colegio; la segunda planta y la última funcionaban como almacén. Los pacientes estaban distribuidos en función de su gravedad. Así, en la primera planta se encontraban aquellos recién operados o los que se hallaban en fase terminal, mientras que en la planta baja se localizaban los convalecientes, los que a juicio de cualquier militar de alto rango podrían en breve regresar al campo del honor. La dotación estaba conformada por dos médicos y cuatro enfermeras, aunque ninguna de ellas tenía titulación. Cuando Nicolette llegó a Legnica tuvo que aprender un glosario nuevo que desconocía. A ella le habían enseñado ruso, pero un vocabulario muy reducido, el mínimo para poder expresar la comunicación más primaria. Ahora bien, cómo se decía yodo, aguja, mandíbula, codo, gangrena o amputación lo tuvo que aprender con la práctica. Algunas veces hablaba con los soldados y así aprendió otras palabras, tales como novia, boda, infancia o ilusión.

Inna Baranov había nacido en Ogre, un pueblecito cercano a Riga. No tendría más de veinte años y era una preciosa criatura rubia de ojos azules. Nicolette pensó que si algún día se pudiera asear en condiciones, ser atendida por un peluquero habilidoso y ponerse un vestido comprado en los Campos Elíseos, todo el mundo se enamoraría de su mirada y su porte, de sus elegantes andares y de su clase tan refinada. «Incluso hasta yo me enamoraría de ella», bromeó para sí. En cualquier otro lugar habría sido objeto de admiración y de deseo, pero no allí, donde los hombres formaban una amalgama de cuerpos lisiados. La esperanza era un concepto que en el hospital de Legnica tenía poca cabida.

Inna le enseñó a cambiar vendajes, poner inyecciones y curar heridas. En su precipitada huida, el ejército alemán, anterior inquilino del edificio, había dejado un buen número de *Verbandkasten* perfectamente equipados con todo tipo de instrumental quirúrgico como bisturís, pinzas hemostáticas, trocares, agujas e hilos de seda en abundancia; además de termómetros y jeringuillas, así como medicamentos alemanes: Vaseol, Aspirin, Praecutan o antisépticos como las cremas

Thiosept.

Aprendió rápido. Los pacientes eran seres callados, la mayoría jóvenes con la mirada perdida en el techo de la habitación como si quisieran descifrar la razón por la que se encontraban allí mirando los restos de pintura que quedaban y que todavía no se habían caído.

El primer día, cuando solamente llevaba unas horas, llegó una ambulancia con tres heridos. A dos de ellos les faltaba la pierna a partir de la rodilla, y al otro el brazo desde el codo. Unos torniquetes colocados por algún sanitario —probablemente con la misma capacidad profesional que ella— habían evitado que se desangraran por el camino. El doctor Ilya Buznikin, el más joven de los dos, los recibió y rápido tomó la decisión:

—Inna, al de la barba déjalo. Vamos con los otros dos.

Había dicho eso acercándose a su oído, aunque también lo pudo escuchar Nicolette, que llegaba precisamente empujando la camilla con el soldado nombrado y que se hallaba inconsciente.

Aquel día no supo qué quería decir aquello. Al poco tiempo lo aprendió. Los medios eran escasos, por tanto, había que economizar. Nunca pudo haber imaginado el significado exacto de aquella palabra, *economizar*.

A los dos días llegó uno de los personajes más siniestros que podía haber imaginado. Era el comisario político destacado en Legnica. Aunque su nombre era Yegor Romaschenko, cuando Inna se refería a él lo llamaba Cara Quemada, por las huellas que pervivían en su rostro. Contaban que había sido un héroe en la batalla de Stalingrado y, por el poder que exteriorizaba, nadie podría negarlo.

Lo vio bajarse de un GAZ 67 —el todoterreno que había diseñado y construido el Ejército Rojo en un tiempo récord inspirado en el Willys americano— y subir las escaleras como si llegara tarde a la cita más importante de su vida. El chófer y el soldado de compañía se quedaron fuera. Nicolette se encontraba atendiendo a un herido —recordaba perfectamente que le estaba cambiando el vendaje que le cubría toda la cara y que tapaba el ojo que había perdido por haberle estallado muy cerca el fuego de un Panzerschreck—. Su mirada le anunció su jerarquía.

—¿Dónde está el médico? —preguntó el corpulento militar, que tenía una cabeza redonda y adiposa, con un pelo corto y grasiento que le daba un aspecto repulsivo.

—Lo tienes al fondo —si Nicolette hubiera sabido hablar bien el ruso hubiera precisado... «al fondo de la galería».

Yegor miró donde le había indicado la nueva enfermera con un movimiento de cabeza y vislumbró, junto al armario donde guardaban los estupefacientes bajo llave, la silueta ya conocida del doctor Pisarev.

—No, ese no, el otro —dijo, despreciativo. Su voz sonaba como si proviniera de lo más profundo del subsuelo.

—¿El doctor Buznikin?

—Sí, ese, el más joven. Ese —refiriéndose al primero— no me vale. No se entera.

—Está operando en el quirófano de la primera planta —le especificó, señalando las escaleras.

Asintió con la cabeza. Antes de volver a andar, la miró de arriba abajo y farfulló:

—Tú eres nueva. ¿De dónde has salido?

—Soy francesa.

—¿Francesa?

No preguntó nada más. La respuesta a la redundancia ya la conocía. Le podía haber preguntado cómo había llegado hasta allí y la razón por la cual el general la había mandado al hospital, pero calló.

Nicolette lo vio subir con el mismo paso enérgico con el que había entrado en el edificio.

No habrían pasado más de cinco minutos cuando aparcaron junto a las escalinatas dos ambulancias de las grandes. Se bajaron los soldados que viajaban en el asiento del copiloto y se quedaron esperando en la entrada del antiguo colegio.

Al momento, oyó el sonido de varias pisadas fuertes que bajaban las escaleras. Eran el doctor Buznikin y la enfermera Inna Baranov siguiendo a Romaschenko que saltaba los escalones de dos en dos como si estuviera endemoniado.

—Doctor, o haces tú la selección, o la hago yo —vociferó en medio de la planta.

—Yegor, no hay ninguno, de verdad.

—¿Que no?, Ilya, no te creo. Es imposible que entre tantos no haya quince que estén para darles el alta. —Mientras hablaba caminaba entre las camillas y miraba a los enfermos sin fijarse en ninguno en particular.

—La semana pasada di el alta a seis.

—¡Que no! —repetía—, ¡que no! Hoy me llevo a quince como me llamo Yegor Romaschenko.

El otro doctor se acercó despacio hacia donde se encontraba su compañero, al igual que la enfermera que estaba con él, también rubia, y cuya filiación exacta no se conocía. Unos decían que era polaca, otros rusa, alguno especulaba que sería de alguna de las antiguas repúblicas bálticas. Ella nunca afirmaba ni desmentía y casi ni hablaba, pero era la más eficiente de todas.

—¿Qué es lo que pasa, Yegor? —preguntó el doctor Pisarev.

—Lo que pasa, y os lo digo a ti y a tu compañero, es que me tengo que llevar a quince gandules de estos. Me da igual cómo estén. Zhukov quiere efectivos en el campo de batalla, no hombres holgazaneando en hospitales, inspirando lástima. No vamos a cambiar el mundo lamentándonos en este escondite, no, así no acabaremos con el nazismo. Todos estos son un atajo de cobardes, y ya sabemos qué hay que hacer con los cobardes, y con quienes los encubren —al pronunciar esta última palabra miró despectivamente a los dos doctores—. Además, no hace falta que os recuerde lo que opina el camarada Stalin de los hospitales.

Para decir estas últimas palabras prefirió acercarse a la cara del doctor Ilya Buznikin y aprovechar para bajar el tono de voz, como si le quisiera concitar mediante una confidencia.

El joven médico sabía que no tenía alternativa alguna. Si Romaschenko se quería llevar a quince lo iba a hacer con certeza. Antes de que pudiera decir algo, el comisario político ya había empezado a moverse por la planta y a merodear entre medio de las camillas.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —espetó a un hombre al que la sábana le tapaba hasta el cuello.

—He perdido un brazo. El derecho —detalló.

—Un brazo, ¿nada más? Vamos, ¡en pie!

—Es que el doctor me ha dicho...

No le dejó terminar. Romaschenko se echó la mano al cinto y desenfundó su Tokarev TT 33. Se la apoyó en la frente y presionó con fuerza sobre la piel.

—¿Qué es lo que te ha dicho el doctor? —Nicolette se habría jugado en ese momento la vida a que los ojos del comisario político estaban irrigados de sangre.

El soldado no dijo nada. Mientras, su frente comenzó a adquirir un brillo pálido.

—¡Vamos!, ¡vago!, di qué es lo que te ha dicho el doctor, que lo queremos saber. Pero dilo en alto, que te oigamos todos —lo retó.

La respiración agitada del comisario político y el arma clavada en la frente fue lo que más marcó a Nicolette. La francesa no entendía todas las palabras que pronunciaba, vociferando, el hombre que acababa de conocer, pero el contexto la guiaba con demasiada nitidez.

Después de aquello, el soldado se incorporó de la camilla y ella comprobó con horror cómo se le había quedado marcada la circunferencia del cañón de la pistola entre las arrugas tempranas que le habían empezado a aparecer al joven soldado.

—¡Bravo, soldado, bravo! El camarada Stalin está orgulloso de ti —proclamó mirando a todos, sonriendo henchido de satisfacción por haber iniciado su macabro reclutamiento.

Con dificultad fueron incorporándose más soldados de las camillas ante las miradas impotentes de los dos doctores, de Inna, de la otra enfermera que nadie sabía cómo se llamaba, y de Nicolette. Esta aprovechó disimuladamente para dirigirse hacia uno de los extremos de la sala e intentar ausentarse de lo que la estaban obligando a presenciar.

—¡Vamos, soldados, vamos! —Arengaba Romaschenko—. ¡Vamos a acabar con el opresor, con quienes robaron nuestro pan, mataron a nuestras madres y pisaron nuestras tierras! ¡Vamos! —gritaba mientras giraba la cabeza con rápidas sacudidas de cuello similares a los latigazos de un domador de fieras.

O bien porque sus chillidos eran cada vez más fuertes, o tal vez por el efecto de la reverberación en las paredes desconchadas, lo cierto era que a Nicolette le parecía que se había puesto un altavoz en la boca y que la obediencia de los enfermos a su

actitud le estaba procurando una amplificación adicional a su voz. A más sumisión, más decibelios.

A pesar del número de enfermos que se habían ido levantando —uno de ellos era el chico a quien le acababa de cambiar el vendaje—, Romaschenko seguía buscando entre las camillas, como quien, hambriento todavía, quiere rebañar el último resto del plato.

—Y tú, ¿qué te pasa a ti? —preguntó a un soldado que tenía vendada la mano derecha.

—Fue una *Stielhandgranate*, camarada. Cuando me explotó, perdí mucha sangre y cuatro dedos.

Sacó la mano de debajo de la sábana y se la enseñó. Por la forma del vendaje se apreciaba la ausencia de los dedos. El joven no paraba de temblequear ostensiblemente y sus labios exangües eran el reflejo de su miedo.

Romaschenko lo miró callado, calibrando cuidadosamente las palabras que había oído. Después, asintió con la cabeza como dando la razón al muchacho y apiadándose, calladamente, de su infortunio. De hecho, se giró pareciendo que estaba conforme con su explicación.

Súbitamente, como si hubiera recibido una orden de ejecución fulminante, volvió a la camilla y agarró la sábana tirando de ella con fuerza y dejando al soldado sobre la cama con el pijama de franela marrón sucio y deshilachado. Después, lo agarró por los hombros y lo tiró al suelo. Nadie intentó mediar.

—¡Canalla!, ¡cretino! —tronó con todas sus fuerzas—, me has querido engañar, has querido engañar a tu patria. Todos aquí ofreciendo lo mejor que tienen y tú, ahí, escondido como un cobarde.

El soldado, que en la caída se había golpeado la cabeza, se encogió en el suelo. Romaschenko no se lo pensó dos veces. Volvió a sacar la pistola de la cartuchera y apuntó a la cabeza del enfermo. Apretó el gatillo pero el percutor emitió un sonido sordo. El fulminante de la bala había venido defectuoso. Contrariado, cargó de nuevo el arma —Romaschenko siempre la llevaba cargada— y repitió la misma operación.

Si antes las palabras de aquel hombre habían retumbado en toda la sala con una fuerza descomunal, el ruido seco de la detonación se asimiló, para Nicolette, al que tronaría en el mundo el día que este se extinguiese.

La francesa —que se había aferrado a la mano de un soldado a quien le faltaban las dos piernas y al que el doctor Buznikin había desestimado administrarle morfina por aquella idea de «economización» que tan rápido aprendió— se tapó la cara con sus dos manos como queriendo desaparecer de aquel desvarío inacabable.

Antes de marcharse, oyó al comisario político advertir a los dos médicos que en su pistola, y siempre que fuera al hospital, llevaría dos balas adicionales.

—Nunca sabe uno —les advirtió con la respiración agitada y a escasos centímetros de sus ojos— dónde está el enemigo.

Todo eso había ocurrido a los dos días de entrar en el hospital de Legnica. El proceso de reclutamiento que había llevado a cabo el comisario político había causado tal impacto que se presentaron más soldados voluntarios para retornar al frente que plazas tenían las dos ambulancias. A una buena parte de ellos, los que él designó sin dejarse aconsejar por los facultativos, los mandó de nuevo al hospital advirtiéndoles de que en unos días volvería y que esperaba que su salud hubiera evolucionado «muy favorablemente», remarcó.

Desde entonces, las visitas de Romaschenko se habían incrementado. Cada vez que llegaban las ambulancias siguiendo a su coche, los soldados solamente preguntaban cuántos vehículos eran y su tamaño. Así se hacían una vaga idea del número de reclutamientos.

Legnica era una ciudad bañada por tres ríos. Las aguas del Kaczawa, las de Czarna Woda y las del Wierzbiak pasaban bajo sus puentes, lo que confería a la urbe una personalidad muy singular. Nicolette dormía en una habitación que compartía con Inna, en un edificio contiguo al hospital. La mayoría de las noches no era capaz de conciliar el sueño. Pensaba que con veintidós años llevaba demasiada vida vivida y parecía que las fuerzas le empezaban a flaquear. Se asombraba al darse cuenta de que cada vez se acordara menos de Pascal, que había pasado de ser su referente inequívoco a un recuerdo difuso. Nicolette Aumont se encontraba vitalmente fatigada. Las cuidaba una anciana llamada Aneta Szymanowski, viuda y con un hijo que nunca volvió de España, adonde acudió guiado por sus ansias de libertad y que murió en Belchite «con honor», según le aseguró por carta el gobierno de la República española. Muchas noches les preparaba para cenar unos *pierogi legnickie*, un plato típico local, similar a unos raviolis de gran tamaño, aunque ahora, en tiempo de guerra, su interior contenía más aire que verduras y carne. La mujer había visto cómo su ciudad era invadida primero por los alemanes y después por el Ejército Rojo, y se preguntaba si algún día estaría habitada solo por polacos. Polacos, nada más que polacos.

Una de esas noches Nicolette se acordó de Teresa, aquella mujer que la ayudó a obtener la información que no sabía si habría valido para algo. Se preguntó si el esfuerzo y el peligro habían valido la pena. «Teresa, la nuera del republicano aquel de Madrid —pensaba, hasta con nostalgia, recordando los días que pasó en la capital de España hacía tan solo tres meses pero que ya le parecían tres vidas, en compañía de Jean-Claude—. ¿Qué habrá sido de ella?».

La guerra continuaba. Desde el 1 de septiembre de 1939 con la invasión de Polonia por parte del ejército alemán y, a los dos días, la posterior declaración de guerra de los gobiernos de Francia e Inglaterra, el conflicto no paraba. «Una guerra interminable que va a terminar con todos», pensó.

Erika miró el calendario. Era domingo día 1 de abril. Desde hacía unos meses, todos los días primero de mes recordaba cómo brindó su padre, sesenta y siete meses atrás, cuando oyeron por la radio que los soldados del Tercer Reich habían levantado las barreras de la frontera polaca en respuesta a un ataque que había infligido el ejército del país vecino: «Por nuestro Führer —gritó, cuando alzó la copa de Moët & Chandon—, por nuestro nacionalsocialismo». Como si fuera alguien ajeno a aquel grupo, ella recordaba las caras de alegría de su madre y de Ursula levantando las copas, chocándolas y derramando sobre la alfombra las burbujas que simbolizarían la victoria fulminante de la causa. También se veía a ella misma, feliz y radiante, esposa del que estaba llamado a ocupar el puesto de sucesor de Goering y, posteriormente, ¿por qué no de Hitler?, claro, ¿por qué no?, el entonces prometedor Hauptmann, héroe de la Legión Cóndor y poseedor de la *Spanienkreuz* en su versión de plata; el cielo pronto se le quedaría pequeño y su base de mando acabaría abarcando toda una Europa étnicamente limpia y racialmente pura. «Por los pedidos», pensaba ahora con resentimiento que era por lo que se le olvidó brindar a su padre, aunque seguro lo pensó.

Al principio, los días de Berna habían supuesto un soplo de tranquilidad para todos. La neutralidad del país les permitió la libre circulación en todo momento. Así, Erika y Käthe, que habían vivido los momentos más difíciles de su interesada amistad, experimentaron un acercamiento que satisfizo a ambas. Muchas mañanas, en compañía de Kurt, se marchaban a pasear, bajando por la Gerechtigkeitsgasse hasta llegar al río Aar y, después de cruzarlo por el Nydeggbücke, llegar al *Bärengraben*, donde al pequeño le encantaba tirar pan a los osos. Los soportales de las calles constituían verdaderos refugios donde mitigar los efectos del desapacible tiempo que acostumbraba imperar en la ciudad. Allí ambas volvieron a experimentar el impagable placer de ver escaparates atiborrados de todo tipo de objetos, como los que había en su ciudad antes de 1942, «como los de la *Kurfürstendamm*», recordaban las dos con nostalgia en más de una ocasión. Aquella tranquilidad que recobraron en la ciudad suiza constituyó casi un proceso curativo.

Berna vivía tan alejada de la guerra que nadie pensaba en ella. A Erika le recordaba la situación de Carinhall, donde el conflicto era algo de lo que se hablaba pero no se vivía, no se padecía, por hablar con mayor precisión. Pero, si allí algún bombardeo la devolvía a la realidad, en Berna los aviones no eran más que unos lejanos puntos inofensivos que se perdían más allá de las nubes.

Los paseos incluían una parada en cualquiera de los muchos cafés que tenía la histórica ciudad, donde entonaban sus cuerpos con alguna bebida caliente dentro de la amplia carta que les ofrecían. Las conversaciones entre ambas constituían uno de los

ingredientes más atractivos de su estancia. De lo que nunca hablaban, como si hubiera sido un tema tabú previamente negociado, era de maridos.

Por su parte, Günther y Hans-Erich mantenían una relación diferente. Entre ellos nunca se había declarado la aparente complicidad que demostraban sus mujeres, aunque se basara en la conveniencia. Como no podía ser de otra manera, su tema de conversación exclusivo era la guerra. Su evolución la seguían puntualmente a través de una radio de onda corta que habían solicitado a Benito Llambí, con la que sintonizaban las emisiones de la BBC aprovechando que en Suiza escuchar una emisora inglesa no era motivo para postrarse ante una guillotina, como sí sucedía en Alemania, donde se aplicaba la pena capital por semejante delito. A veces pasaban horas sentados en la habitación de los Ostertag escuchando las palabras del locutor inglés, siempre exaltado, como si fuera un mal actor sobreactuando.

—Eso es mentira —decía Günther lacónico, y sin parar de mover entre los dedos el pequeño cilindro de plata que contenía la cápsula de cianuro potásico que lo acompañaba desde su época de aviador en el Pas de Calais, cuando Hans-Erich le traducía las noticias que transmitía la emisora británica.

Hans-Erich lo miraba pero no lo contradecía, nunca lo hacía. Primero porque tenía razón, los dirigentes de todos los países utilizaban los medios de comunicación para manejar la información. Ellos, y en especial el eficaz doctor Goebbels, lo sabían muy bien. Además, iniciar una discusión sobre el alcance real de un bombardeo, sobre las bajas de cada ejército o los movimientos de tropas, era algo que, simple y llanamente, le daba pereza. Parecía que le diera igual. Ellos ya se habían retirado de la confrontación, se habían quitado los uniformes, aquellos a los que juraron fidelidad hasta el último aliento. Ya no había un Oberst y un Major. Ahora eran dos prófugos; carne de horca. Los dos iguales, al despreciable mismo nivel.

Preferían no frecuentar la calle. El primer día ya se cruzaron con alguna cara conocida y la situación fue muy embarazosa. No tardaron en darse cuenta de que la ciudad estaba llena de militares como ellos y a ninguno de los dos les resultaba cómodo, como imaginaron les sucedería a los demás, verse allí en circunstancias similares. Una vez que estuvieran en el destino, «si llegamos algún día —pensaba Günther con demasiada frecuencia—, ya se vería si establecían relación con ellos». En Berna, no; a menos de cien kilómetros de su país, no; categóricamente, no.

Desde el 24 de febrero, fecha en la que les levantaron la barrera de la frontera franqueándoles el camino de la libertad y del deshonor, hasta ese domingo 1 de abril habían transcurrido demasiadas jornadas. Cada dos o tres días se acercaban al Centro Argentino de Emigración donde Llambí les repetía siempre lo mismo:

—Paciencia, paciencia; no podemos tener más que paciencia.

—¿Podríamos ver al señor Fuldner? —preguntó Erika un día.

—¿A don Carlos?, como quiera, pero les va a repetir lo mismo que les estoy diciendo yo. Ahora él no se encuentra en la ciudad. En cuanto vuelva le mando un recado a su hotel.

A finales de marzo, Carlos Fuldner los citó en el Centro y los volvió a embaucar con sus palabras divagantes.

—Tienen que tener en cuenta que el norte de Italia es un lugar muy peligroso todavía. En Milán se siguen produciendo tiroteos, y los partisanos por un lado, los partidarios del Duce por otro, comandados por sus implacables y despiadadas Brigadas Negras, constituyen un serio peligro a la hora de moverse por las carreteras.

Era como el mundo al revés. Ahora se tildaba a los partidarios de Mussolini como personas «implacables» y «despiadadas», y hacía unos días eran «fieles seguidores». Parecía que Fuldner también se iba preparando para el nuevo escenario que se estaba estableciendo.

Todos sabían que llevaba razón, pero la ciudad de Berna se estaba empezando a convertir en un lugar asfixiante, diminuto y claustrofóbico. Las torres puntiagudas de muchos de sus edificios parecían convertirse en los extremos de las barras de una verja que apresa a los que se encuentran junto a ellas. Por muy hermosas que fueran sus doradas balconadas y las fachadas de los edificios, por mucho encanto que tuvieran las leves cuestas que conducían a la Kornhausplatz, donde todos los días Kurt se empeñaba en ir a ver la *Kindlifresserbrunnen* —una fuente que representa al ogro devorador de niños—, la sensación de angustia comenzaba a imperar en el ánimo de todo el grupo.

—Paciencia. Tienen que confiar en nosotros —repitió el germano-argentino Carlos Fuldner—, paciencia.

Berna, como Madrid, Lisboa u Orán, se había convertido en una ciudad de tránsito, de esperanza, una inmensa sala de espera de una estación de partida a la salvación.

Era la última hora de la tarde del miércoles 4 de abril. Nicolette se encontraba haciendo la cama que había dejado libre un soldado de artillería al que le había estallado uno de los lanzadores de un Katiuska. Al prender el fulminante, la explosión del cohete no hizo que el proyectil saliera disparado hacia el enemigo, sino que provocó el reventón del eyector produciéndole unos desgarros en los dos miembros superiores que se revelaron, dos días después de entrar en el hospital, incompatibles con la vida. Miraba por la ventana pensando que cada día el sol se escondía más tarde, cuando su cuerpo se estremeció al ver bajarse de un AMO que acababa de aparcar en la puerta a Yegor Romaschenko. Imaginó que las ambulancias llegarían de un momento a otro para ayudar a vaciar camas después de la última remesa de soldados heridos, mutilados la mayoría, recibida el día anterior.

Nada más entrar en la sala, después de salvar los escalones de la entrada con la velocidad habitual, como si para él el tiempo fuera un bien más finito y limitado que para los demás, buscó con la mirada a alguno de los facultativos. En ese momento, los dos se encontraban en el piso superior.

—Enfermera, ¿dónde están los médicos? —chilló, para hacer audible su voz desde los quince metros que les separaban a ambos.

—Arriba, camarada —lo guio señalando con el dedo índice de su mano derecha.

No contestó. Subió por las escaleras y Nicolette comenzó a dar una batida visual al estado de los enfermos e, inconscientemente, empezó a realizar su propio pronóstico. Aquello se había convertido en un macabro juego. Sentía lástima de ella misma al pensar así.

Pero esta vez se equivocó. Algo era distinto. Ni Romaschenko bajaba corriendo con el doctor Buznikin ni las ambulancias habían acudido a la puerta del hospital.

Después de muchos minutos, los dos bajaron tranquilamente charlando como nunca los había visto. Por un momento le asaltó la idea de que la guerra hubiera terminado, que Hitler hubiera planteado algún armisticio o rendición incondicional, o condicional, o que alguien hubiera sido capaz de encontrar una fórmula para detener la locura en que hacía mucho tiempo —«igual desde el primer día», pensó indeliberadamente— se había convertido esa guerra. Pero no. Enseguida supo qué era lo que sucedía y qué nueva sorpresa le tenía preparada el destino.

—Nicolette —solicitó Romaschenko en un tono que le pareció anormalmente sosegado y conciliador—, el Partido te tiene que pedir un nuevo sacrificio.

Aquello de utilizar al *Partido* le pareció un sustento vago, innecesario para una persona que había demostrado no tener la obligación de apoyarse en concepto alguno para llevar a cabo sus acciones.

—El doctor Buznikin y dos enfermeras de este hospital —continuó explicando

muy despacio y vocalizando pausadamente, consciente de que no tenía enfrente a una mujer que dominara el ruso— se tienen que trasladar al oeste. El cerco de Berlín se está estrechando y vamos a necesitar sanitarios más próximos al frente.

Si no fuera por la gravedad del momento, habría considerado las explicaciones algo cómicas, ya que el comisario político gesticulaba cuando hablaba como si fuera un mimo en una función infantil, moviendo los brazos y los dedos igual que si estuviera preparándose para realizar un truco de magia.

—Me complace anunciarles a los dos —miró alternativamente al doctor Ilya Buznikin y a Nicolette— que nuestras tropas han entrado hoy en Bratislava. Viena está a punto de caer. En el frente del oeste, con unos avances más lentos que los nuestros, ya han cruzado el Rin —se veía que disfrutaba remarcando la menor potencia y eficacia de las tropas que cubrían el flanco occidental del sitio de Berlín; sonreía socarronamente cuando decía eso—. A los dos les digo que la guerra es cuestión de días.

Romaschenko no parecía él. Su manera de hablar pretendía ser convincente, como si necesitara de las palabras para llevar a cabo sus planes.

—El doctor ha elegido a la enfermera Irina —fue en ese momento cuando la francesa, por exclusión, supo cómo se llamaba la compañera con quien llevaba conviviendo más de un mes en un incómodo silencio— y a ti para que lo acompañen. Por otro lado, sabemos que estuviste un tiempo en la ciudad de Templin y eso puede resultarnos de mucha utilidad. Incluso conoces Carinhall. ¿Qué me dices?

La pregunta era lo último que esperaba Nicolette. No entendía que el comisario político se quisiera valer de unos medios distintos a la propia capacidad de convencimiento de su pistola. Le preguntaba su opinión, a ella, que nada más llegar a Legnica tuvo que fregar arrodillada el suelo manchado por los restos sangrientos de un soldado que él había matado, y que había presenciado sus apariciones en el hospital y hasta los lloros de los jóvenes al levantarse para dirigirse a las ambulancias que los llevarían, con total seguridad, a la muerte. Aquella era la pregunta más absurda que había escuchado en su vida.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó la enfermera en perfecto ruso.

—¡Así me gusta, camarada! —voceó, aspirando por la nariz—. Inmediatamente. Nos vamos en mi coche.

Miró al reloj y después a los dos, lanzándoles una afirmación tajante:

—Dentro de diez minutos en la puerta, para que tengáis tiempo de recoger vuestras cosas.

Hacía mucho tiempo que Nicolette había dejado de tener «cosas». Las fichas de los soldados las había entregado, dinero ya no le quedaba —por un lado estaba el coste de la bicicleta, y el resto que le sobró lo fue consumiendo en el mercado negro de Legnica— y los objetos personales no pasaban del recuerdo de François y de las ganas de volver a París, a su Montmartre junto a sus padres, y esos deseos ocupaban un espacio muy grande en su corazón, pero nulo en su equipaje.

Abrazó a Inna y se desearon toda la suerte que se puede ansiar cuando todo lo que rodea es muerte y destrucción. Se puso el abrigo y dedicó una última mirada a la sala donde había escuchado los lamentos diurnos y los gimoteos nocturnos de los que contaban los días de vida que les restaban con los dedos de una mano. Si no era por la sangre que habían perdido, sería por las consecuencias de las quemaduras o por una septicemia, y si no, por Romaschenko, pero la muerte de aquellos hombres más que una alternativa se convertía en una certeza. Las únicas dudas eran el momento y el grado de dolor.

Cuando salió a la calle, ya a punto de anochecer, el doctor Buznikin y la enfermera Irina se encontraban junto al coche hablando con el comisario político. «Ellos sí tenían una maleta donde guardar alguna ropa, quizás alguna carta de amor», pensó con cierta tristeza Nicolette. Ella nunca había recibido ninguna, ni siquiera en la adolescencia. «¿Qué has hecho, Nicolette, cómo ha podido pasarte eso a ti?».

—Muy bien, ya estamos todos —presumió Romaschenko, con deleite, como si aquello hubiera sido una empresa difícil de conseguir y hubiera tenido que emplearse a fondo. Después, señaló al vehículo—. ¿Vamos?

Tras Irina, pasó Ilya Buznikin. Cuando fue a entrar Nicolette, la paró con su mano callosa y arrugada.

—¡Un momento!

De su tres cuartos negro sacó una pequeña pistola que guardaba en el bolsillo izquierdo. La francesa nunca había visto un arma como esa.

—Lleva esto contigo. Siempre —le aconsejó mirándola muy fijamente a los ojos mientras se le acercaba, sujetándola por el cañón y ofreciéndole la culata—. ¿Sabes utilizarla?

La mujer bajó la vista y la miró con desdén.

—Me imagino que como cualquier otra pistola.

—No lo dudes. Sea nazi o sea de los nuestros. Los soldados están muy alterados, ya me entiendes.

Cuando la fue a agarrar, Romaschenko pegó un pequeño tirón del arma hacia él, como si se hubiera arrepentido de habérsela entregado.

—Contra mí no, que yo me he portado, como dicen en este país, como un *dzentelmen* —le propuso, esbozando una sonrisa de galopo. Era la primera vez que le había visto esa mueca, que en su cara chamuscada resultaba como una caricatura macabra de la expresión de la picardía.

El coche abandonó el centro de Legnica con las últimas luces de la tarde.

El silencio que se había apoderado del interior del vehículo fue roto por el comisario político que viajaba en el asiento del copiloto, mientras que el médico y las

dos enfermeras se apiñaban en el trasero:

—¿Sabías que yo aprendí a tocar en el conservatorio con un piano de cola fabricado en esta ciudad? —preguntó a Nicolette mientras se volvía hacia ella. No hubo respuesta ni siquiera con un cruce furtivo de miradas—. Tienen fama —agregó sabiendo que sus palabras no eran ni siquiera escuchadas.

Se fijaron en que la ciudad no había sido muy castigada ni en los días de la *Blitzkrieg*, en los primeros momentos de la guerra, mientras callejeaban por algunas vías, la mayoría convertidas en cementerios de vehículos abandonados. Llegaron a un enorme edificio en el que se distinguía, a pesar de la hora, el señorial flameo de la bandera roja con la hoz y el martillo.

—¿Veis esa bandera? —Fanfarroneó mientras el conductor estacionaba el vehículo—. Dentro de muy poco habrá una como esa ondeando en lo más alto de la puerta de Brandeburgo.

Se bajó del coche no sin antes indicarles que el chófer tenía las instrucciones precisas del lugar al que tenían que llegar.

Le hubiera gustado mirar por la ventanilla trasera para ver cómo se podía perder de vista a un ser tan detestable como Yegor Romaschenko, pero no quiso darle ese gusto, «seguro que el muy cerdo se me ha quedado mirando», pensó, con todo el desprecio que podía haber acumulado hacia ese hombre desde que apareció en su vida.

Para llegar a la ciudad de Schwedt, situada en la margen izquierda del río Oder, tuvieron que pasar por Zielona Góra y subir hasta Chojna, atravesando las aguas del caudaloso río por un puente provisional que había construido un cuerpo de pontoneros soviético. Austero pero práctico, como todo lo que llevaba a cabo el Ejército Rojo.

El hospital de campaña era una carpa de diez metros de longitud pintada de camuflaje y situada en una zona boscosa a las afueras de la población. El chófer bajó del coche y se dirigió a un soldado que dormitaba junto a la puerta. Lo despertó con una palmada sorda.

—¿No sabes que dormirse en una guardia es motivo de fusilamiento? —Alcanzó a escuchar Nicolette, que había realizado todo el viaje en el asiento del copiloto desde que se bajó Romaschenko. El asco que le daba ocupar su sitio era menor que la incomodidad de tener que viajar tres personas en dos asientos.

El soldado pegó un respingo y agarró torpemente el Tokarev SVT que se le había caído al suelo.

—Traigo a un médico y dos enfermeras desde Polonia.

Intentando distinguir quién ocupaba el interior del vehículo, el adormilado militar agachó la cabeza para atisbar las caras de las personas que acababan de llegar.

—¿Que miras, enfermo? —le recriminó el conductor después de darle un cogotazo—. Como se te ocurra tocarlas ya sabes lo que te va a pasar.

Nicolette sí sabía lo que le pasaría. Una tarde se lo contó Inna. En eso sí podía

estar tranquila, una enfermera rusa militarizada era un ser intocable para el Ejército Rojo, una ejecución inminente para el que osara rozarle un pelo de la piel. Ella no lo era, pero, a esos efectos, iba a disfrutar de la misma categoría que si hubiera nacido en los callejones de Arbat.

—Yo voy a descansar un rato y mañana por la mañana me vuelvo a Legnica. ¿Dónde podemos dormir?

La camilla que le tocó a Nicolette le pareció especialmente angosta, a pesar de su cada vez más pequeño cuerpo. Una vez se acomodó en ella —el soldado de la entrada les había proporcionado una sábana que parecía limpia y una manta ligera—, la francesa intentó no hacerse preguntas. Ya estaba más que harta, cansada. «Otro lugar, otra cama, otra gente, otras incertidumbres, otros sonidos». A diferencia de lo que sucedía en Legnica, allí sí que se escuchaba en el silencio de la noche el continuo tamborileo del fuego de los morteros soviéticos 82-PM37, contestados por las detonaciones de los cuatro cañones de los Flakvierling 38.

Los días en Suiza terminaron súbitamente la mañana del 25 de abril. A muy primera hora llegó al hotel Benito Llambí y les anunció que tenían que dejar el país inmediatamente.

—Los partisanos tomaron ayer la ciudad de Milán, ya podemos llevarles a Génova. ¡Ya les queda menos! —remarcó, mostrando un rostro sonriente lleno de satisfacción.

Hacía unos días que el banco les había comunicado la valoración de las piezas de oro que llevaron consigo en su exilio, y la cifra supuso una buena noticia ya que no imaginaban que la cotización del oro pudiera alcanzar esos niveles. Después de abrir dos cuentas en francos suizos, una cada matrimonio, para disponer de los fondos mediante transferencia a cualquier lugar del mundo, las razones que los retenían en la capital suiza habían desaparecido.

Dos horas después los cinco subían a un Mercedes Benz de ocho plazas que les había procurado el director del Centro Argentino de Inmigración, con un conductor que había recibido las instrucciones de llevarlos a Génova. Entre las dos ciudades no habría más de trescientos kilómetros en línea recta, pero los Alpes suponían una barrera que se interponía entre los dos matrimonios y el destino final. Hasta llegar a la recién liberada Milán, desde donde les quedarían los últimos ciento veinte kilómetros sin desniveles significativos, tendrían que alcanzar a Italia por el lago de Como después de atravesar el paso de San Gottardo.

El viaje lo vivieron todos con angustia. Fue interminable, tanto por las innumerables curvas que tuvo que trazar el vehículo, como por las continuas paradas que solicitaba el pequeño Kurt, que pasó mareado todo el recorrido hasta agotar la paciencia de su madre. La reacción de Erika fue tan violenta, que hasta Käthe se compadeció de la situación del niño:

—¡Basta ya! —Llegó a gritar ante el violento comportamiento que mostraba con su propio hijo.

Después de arribar a Lucerna y bordear por el sur las aguas de su lago, llegaron al nevado paso de San Gottardo. Pernoctaron en tres habitaciones de un pequeño hotel de carretera que encontraron en la ciudad suiza de Biasca. Al día siguiente el recorrido fue más corto. Tras desayunar los seis —fue el único momento en que consiguieron arrancar al hermético conductor algunas palabras—, continuaron el viaje hasta Chiasso, el paso fronterizo con Italia, situado a muy pocos kilómetros de la ciudad de Como. Los pasaportes de la Cruz Roja Internacional constituyeron el perfecto salvoconducto para que los guardias italianos no les pusieran problemas. El conductor portaba documentación suiza.

La llegada a Génova fue inolvidable. Tras las últimas curvas se abrió ante ellos

todo el espectáculo de algo único, jamás imaginado: la intensa tonalidad azul del mar Mediterráneo en el mes de abril al atardecer, que constituyó un inmenso bálsamo para el grupo, en especial para Kurt que, ante la escasa paciencia que había demostrado su madre, había realizado una parte muy importante del viaje en brazos de Käthe.

Tras recorrer algunas avenidas, el vehículo pasó junto al puerto. No pudieron ocultar la desbordante excitación que les generó distinguir los inmensos barcos que permanecían atracados en sus muelles.

«¿Cuál de esos será?», pensó Erika, a quien le parecía que Europa era una abrasadora patata caliente de la que se quería desprender lo antes posible.

Tras ascender por unas últimas cuestas, el Mercedes los dejó en un chalé situado en la Via San Nazaro, en el este de la ciudad, una zona muy tranquila y alejada del centro de la población. La edificación era de dos plantas, pintada de blanco, con unas contraventanas que recordaban vagamente el color de los cercanos Alpes y estaba rodeada por un jardín muy bien cuidado. Aquella casa se adivinaba como uno de los lugares más plácidos que se pudieran imaginar para pasar una temporada.

Después de ayudarles a bajar las maletas con la ropa que habían comprado en Berna, el conductor les dio las últimas instrucciones. Durante todo el viaje no había mostrado ninguna expresión en su rostro; parecía un maniquí mecánico que conducía el vehículo siguiendo una rutina marcada en su cerebro. Erika jamás se había encontrado con alguien tan inexpresivo:

—Mañana por la mañana tienen que acudir a esta dirección —indicó con frialdad mientras entregaba un papel doblado a Käthe—, allí les darán más detalles. Pregunten por el padre Antonio. Está muy cerca de aquí. Esta noche espero que se arreglen con lo que tienen en el refrigerador.

Habían oído bien, parecía que se trataba de un sacerdote. Todos se extrañaron, menos Kurt, que deseoso de moverse, como si hubiera sido un pájaro enjaulado y enfermizo durante dos días, comenzó a corretear por la casa hasta el primer chillido de su madre.

La noche les sorprendió. No habían caído en la cuenta de que en esa época del año el sol se oculta antes en esa latitud. Decidieron acostarse, aunque Erika prefirió no marcharse a la cama. Por el recorrido que había realizado el Mercedes, entendió que el mar tenía que encontrarse muy próximo.

La arena sobre sus pies supuso un placer de difícil descripción. La calma que ofrecían las aguas, unido a lo estrellado del cielo, dibujaba una escena desconocida para quien se jactaba de haberlo visto casi todo. Se sentó en la playa y recostó su espalda en una pequeña embarcación de madera que dormía varada y escorada.

La sorprendió el frescor del amanecer. Miró el reloj y se extrañó de la hora que era. Se había quedado dormida con el placentero sonido del suave oleaje, que le pareció una nana que la retornaba a una época de su vida a la que jamás volvería. Se

limpió la arena que se había quedado escondida en los pliegues de su vestido y volvió a la casa. Cuando abrió la puerta, sigilosa, comprobó que todos seguían durmiendo. Parecía que nadie la había echado en falta. Ni Günther, cuya presencia se asimilaba a la de un ser invisible. Kurt parecía estar soñando por la cara de tranquilidad que ofrecía su pequeño rostro. Ella se quedó tumbada en el sofá del salón contemplando la recargada decoración de la casa que Fuldner les había procurado.

—Erika, Erika —la voz susurrante de Hans-Erich fue lo que la despertó, ya que se había vuelto a dormir.

Abrió los ojos con dificultad. Todavía continuaba en la playa.

—Erika, ¿qué haces aquí, en el sofá? ¿No te has acostado en la cama? —El tono del hombre, hablándole junto al oído, le resultó inusitadamente atractivo y excitante. Él desconocía que era uno de sus puntos erógenos.

—¿Qué hacen los demás? —La alemana escudriñó intencionadamente.

—Käthe está profundamente dormida, anoche se acostó agotada, y, al pasar por vuestro cuarto, he escuchado los ronquidos de tu marido. Supongo que Kurt también estará dormido —imaginó o deseó imaginarse.

No hubo mediación de palabras. Ella lo agarró por el cuello y atrajo hacia sí su cabeza perdiéndose en su boca como queriendo sorber todas las aguas del mar Mediterráneo, que había causado en ella un efecto afrodisíaco.

—Hans, Hans —gemía, susurrando.

El hombre —que desde la lejana noche en la que entraron en Suiza y pudo tener cerca, y solo para él, a la tan deseada Erika, no había parado, en la intimidad incómoda del cuarto de baño, de masturbarse pensando en ese momento— no perdió la oportunidad de tumbarse encima de ella y poner a trabajar unas manos que llevaban demasiado tiempo inactivas y deseosas de adentrarse en las inabarcables profundidades de una mujer nueva, con otro aroma, con otra iniciativa, con otra tersura de piel. Una nueva voz, un nuevo sabor.

Los chillidos de la mujer tuvieron que ser ahogados con la fuerte mano de Hans-Erich para evitar que despertara a toda Génova. Jadeantes, y con el regosto propio de quien ha gozado como nunca, él quedó tirado en la alfombra y ella en el mismo sofá donde al despertarse se había encontrado con el regalo más deseado, ese que nunca se espera.

Retomando la poca conciencia que le había dejado el momento con Erika, Hans-Erich se incorporó y contempló a la mujer. Se encontraba con el vestido subido más arriba de la cintura, con las bragas a la altura de los tobillos y los brazos caídos como si hubiera realizado el mayor esfuerzo de su vida y ahora solo fuera un montón de carne inerte y agotada. La miró y la encontró bella, salvajemente atractiva, con el pelo revuelto cubriéndola parte de la cara y los ojos. Se acercó y le dio un cálido beso en los labios.

—Vamos, Erika, que se van a despertar —el tono de su voz al mascullar era un elemento estimulante adicional para la alemana.

Ella le volvió a agarrar por el cuello.

Después de conseguir zafarse, sonriendo, repitió:

—Por favor, Erika, que no podemos otra vez, que se van a despertar de un momento a otro.

—Me da igual, me da igual —parecía que había perdido la razón.

Hans-Erich le bajó el vestido y la animó a que fuera al cuarto de baño.

Él se puso otra vez el pijama y se marchó a la cocina, que también se encontraba en la planta baja, a lavarse la boca y las manos en el grifo del fregadero. Notó el infinito placer de sentir cómo sus piernas le temblaban. Eso ya no le pasaba con Käthe.

Por fin, Erika pareció reaccionar y se incorporó un tanto desorientada. Nunca había estado tan excitada con un hombre y ahora sabía hasta dónde podía llegar en el amor. Se encontraba como si hubiera roto una barrera que hubiera levantado ella misma. Hans-Erich significaba otra dimensión humana, una manera sublime de alcanzar la felicidad durante el acto.

Ambos se quedaron extrañados cuando escucharon el ruido de la cerradura de la puerta de entrada. Cuando la mujer, cargada con dos bolsas que se intuían iban llenas de comida, cruzó el umbral de la puerta, los dos se encontraban con el mínimo decoro, el suficiente para que la mujer no pudiera sacar una conclusión errónea, en este caso, cierta.

—Buenos días —saludó en italiano al dirigirse a Erika, la primera persona con quien se encontró.

—Buenos días —contestó ella, entendiendo las palabras por el contexto.

—Usted debe de ser Michaela o Hedwig —la mujer continuó con el italiano.

Al ver la cara de incredulidad que mostraba, sonriendo, siguió hablando, pero ahora en un alemán bastante deficiente.

—Me han dicho que en la casa iba a encontrar a dos mujeres. Se llamarían Hedwig y Michaela. ¿No es así?

—Claro, esta es Michaela. Mi nombre es Roth.

Erika recordó los nombres falsos que figuraban en sus pasaportes. Se había olvidado de aquello. Hans-Erich, Roth, o como se llamara aquel con quien había hecho el amor como no se podía imaginar que se hacía, le había arrebatado casi hasta la memoria, perdiendo en cada sacudida una miríada de neuronas.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Tiziana, y me han encargado que todos los días venga por la mañana para hacerles la casa y prepararles la comida. ¿No han desayunado? —preguntó, después de ver a Hans-Erich vestido todavía con el pijama.

Si la italiana se pudiera arreglar y vestir con ropa adecuada parecería una dama de la alta sociedad, pero no era el caso. Llevaba el pelo recogido en un moño que la envejecía y la delgadez de su cuerpo le daba una apariencia ligeramente enfermiza. Aun así, tenía una cara agradable y su sonrisa irradiaba tranquilidad y confianza.

Media hora después, los cinco se encontraban tomando un desayuno muy completo que les había preparado la mujer, que incluía desde huevos fritos con beicon a unos pasteles cubiertos de miel. Ni Günther ni Käthe comentaron nada sobre el hambre compulsiva que invadía a Erika y Hans-Erich.

Sobre las once de la mañana, y mientras comentaban la exquisita organización que tenía montada Carlos Fuldner, llegaron a la dirección que les había indicado el día anterior el chófer que los había conducido desde Berna. El número 38 de Via Albaro se hallaba muy cerca de su casa. Según les indicó Tiziana, con su voz dulce y atiplada, solamente tenían que subir calle arriba para encontrarlo. Erika se sentía como si caminara a tres metros del suelo. No sabía si alguien se lo notaría pero le daba igual. Nada era como había imaginado hacía unos años. Todo había resultado distinto, y ni podía sospechar que iba a acabar casi prostituyéndose con un Major de la Luftwaffe para que mandaran a una sirvienta a un campo de trabajo, ni haciendo el amor con otro militar en una ciudad italiana cuyo nombre no oía desde su época de colegiala con coletas, cuando pertenecía, junto a su hermana, a la *Mädelbund*, la rama femenina de las juventudes hitlerianas.

El hombre que los recibió se identificó como un amigo del señor Llambí. De complexión fuerte y atlética, parecía que el anfitrión había sido deportista en su juventud. Superando con creces el metro ochenta, sus hombros eran anchos y se adivinaban firmes, incluso debajo del traje cruzado gris perla que se había puesto para recibirlos.

—Bienvenidos a la Delegación Argentina de Inmigración en Europa. Mi nombre es Héctor Pozanco y trabajo con *Herr* Reinhard Kops. ¿Qué tal han descansado? Rolf, el conductor, nos dijo que el viaje les resultó muy largo y que terminaron agotados.

En ese momento miró a Kurt.

—¿Qué tal, ya estás mejor?

Después de observar a su madre con recelo, el pequeño contestó que ya estaba bien.

Cuando apareció un sacerdote con sotana todos los presentes, aunque indecisos en los primeros instantes, se pusieron en pie.

—¡Ah!, les presento al padre Antonio —anunció Pozanco.

El sacerdote marcó una salutación con la cabeza que fue respondida por los dos matrimonios.

—Por favor —sugirió en italiano—, siéntense.

—El padre Antonio no sabe alemán pero, si me permiten, yo haré de traductor. Él es el párroco de la iglesia de Santa Mana della Piazza, aquí, en Génova. Todos los templos de la ciudad dependen del Excelentísimo y Reverendísimo arzobispo Giuseppe Siri.

Sin esperar respuesta, el sacerdote comenzó a hablarles muy despacio, con un tono melódico que remarcaba en cada palabra la sílaba tónica, como si fuera un profesor de prosodia. Y al no parar de mirarles a los ojos, les transmitía un sosiego y una paz insólitas. Para Erika y Käthe aquel era el prototipo de hombre latino, moreno con una abundante mata de pelo peinada hacia un lado, sonrisa seductora, educación exquisita y tono de voz cautivador. «Con traje a medida estaría guapísimo», pensaron las dos. Seguro que todos lamentaron no saber italiano para poder entenderle en su propio idioma.

—Nosotros —comenzó a decir el religioso— trabajamos en colaboración con este gran país que es Argentina y con todos los hombres de buena voluntad que, como ustedes, han luchado contra el comunismo. La Iglesia —prosiguió, después de que Héctor les tradujera— no puede permanecer al margen de esta ardua labor que todo el pueblo alemán ha llevado a cabo y está dispuesta, humildemente, a ayudarles.

Las afables palabras del padre Antonio eran seguidas con sumo interés por las dos parejas, sin desviar la mirada que todos tenían depositada en él y sin prestar ninguna atención visual al traductor. Los ojos del sacerdote, marrones y grandes, eran tan expresivos como vivaces. El religioso podía comunicar sin necesidad de hablar.

—El Ilustrísimo y Reverendísimo obispo Alois Hudal se ha convertido en el abanderado de esta nueva tarea, y todos estamos en consonancia con él para conseguir que ustedes puedan abandonar Europa y puedan vivir con la misma paz por la que han luchado.

Después de traducir la última frase, Héctor Pozanco apostilló un dato complementario:

—El obispo Alois Hudal, austríaco de nacimiento, es el rector de la iglesia de Santa Maria dell'Anima de Roma. Un hombre íntegro y valiente. Hasta que llegaron los americanos en mayo del año pasado, en su vehículo oficial se exhibía la bandera del nacionalsocialismo con el orgullo que le tiene que merecer a todo miembro del Partido. ¡Ojalá hubiera muchos hombres como él! —recalcó acompañándose de un movimiento de sus manos y mirando hacia el techo, como si deseara lanzar una plegaria.

—Ya saben ustedes los últimos acontecimientos —siguió diciendo el clérigo—. La mayoría de las ciudades alemanas han caído en las revanchistas manos aliadas. El Ejército Rojo está llevando a cabo todo tipo de atrocidades a su paso. Aunque Berlín se está defendiendo valerosamente de los bolcheviques y de los enemigos de la fe, el fin de la guerra es cuestión de días.

Volvió a intercalar una calculada pausa para que Héctor les tradujera.

—Nos tenemos que preparar para un período de ayuda cristiana. Tememos la represalia de los ganadores y su venganza. Por eso, todos en Roma estamos con ustedes y esta operación está auspiciada por la máxima autoridad.

No especificó ningún nombre, pero todos entendieron, una vez que escucharon la traducción del argentino, a quién se estaba refiriendo.

—Y nosotros, ¿cuándo nos vamos a marchar de aquí? —Quiso averiguar Günther en un alarde de iniciativa que sorprendió a los alemanes.

—Lo antes posible —respondió Héctor, rápido, como si hubiera estado esperando esa pregunta y su formulación se hubiera retrasado demasiado.

—¿Cuándo es lo antes posible? —sondeó Käthe.

—No lo podemos saber. Tenemos que hacernos con los visados de salida y entrada. Hay que recordar que, por las presiones de los aliados, Argentina declaró la guerra a Alemania el 27 del mes pasado. Todos sabemos que ha sido un gesto más testimonial que efectivo, pero nos dificulta la gestión de los papeles. Aun así, quizá, lo más difícil sea la obtención del billete para el barco. De todas formas —determinó Pozanco— aquí no les va a faltar de nada. Ya ven que don Carlos ha dispuesto que tengan una persona de servicio, y contamos con la ayuda del padre Antonio, que hará todo lo que esté en su mano para gestionarles los visados. *Herr* Reinhard Kops les procurará los pasajes para Buenos Aires. —El excapitán y miembro de la inteligencia militar nazi era el principal ayudante de Hudal en Génova, aunque su oficina operativa se encontraba ubicada en la romana via della Conciliazione, a escasos metros de la Ciudad del Vaticano.

Los cuatro asintieron, mientras que Kurt no paraba de mirar la sotana del padre Antonio. No estaba acostumbrado a ver a un hombre con un vestido negro. Además, ni a las mujeres había visto con faldas hasta los pies.

—De momento les voy a entregar una pequeña cantidad de liras por si las necesitan, pero les recomiendo que no salgan mucho a la calle. Génova es una ciudad segura, pero nunca se sabe. Si lo hacen —avisó, apuntando con su dedo índice al techo—, no olviden llevar consigo el pasaporte de la Cruz Roja Internacional. Pronto los llamaremos para comunicarles su fecha de salida.

La incertidumbre y el apagado ánimo de los dos matrimonios se reflejaba en sus rostros y ninguno de los cuatro hizo el más mínimo esfuerzo por disimular su estado.

—Paciencia —les pidió el padre Antonio, que intervino en la conversación intuyendo, por el contexto, cuál sería el pensamiento de los alemanes.

Lo que realmente sorprendió a todos, incluyendo al propio Héctor Pozanco, fue que lo pronunciara en alemán.

Cuando salieron a la calle, camino nuevamente de su chalé en la Via San Nazaro, Erika pensó que todo estaba resultando muy difícil. Según lo que le transmitió Käthe, lo de Berna y la salida hacia Argentina debía ser un trámite, un proceso simple y rápido, no un calvario burocrático.

Al trasladarse al hospital de campaña de Schwedt, Nicolette pensó que el calendario se había detenido, y que el tiempo había entrado en un bucle perenne donde las veinticuatro horas de cada jornada eran iguales las unas a las otras, desde que se levantaba hasta que llegaba la noche. La guerra no solo iba haciendo mella en su estado de ánimo sino también en su físico. Los anchos hombros que había desarrollado de la época en la que permaneció oculta en la Alta Saboya trabajando en el campo, labrando la tierra y cargando con sus frutos, eran ahora un recuerdo de otros tiempos en los que las ilusiones eran el motor de su vida. Ahora mostraba una delgadez estremecedora que disimulaba con la ropa.

La misión de aquel pequeño hospital era dar cobertura a los combatientes en un primer momento. Desde intentar cortar las hemorragias a la extracción de proyectiles. En ocasiones, su labor se ceñía a cerrar los ojos de los que ingresaban ya muertos. A los tres días de llegar se enteró de que uno de los pocos Focke-Wulf alemanes que todavía tenía piloto para tripularlo, combustible para volar y aeródromo para operar, una combinación cada vez más difícil de encontrar en la empequeñecida Luftwaffe, había alcanzado de lleno otra carpa similar con su única bomba de media tonelada.

Cuando los heridos eran estabilizados —una de las muchas imprecisiones que utilizaba el doctor Buznikin— llegaban ambulancias para trasladarlos a los hospitales de retaguardia: Chojna, Gryfino, Barlinek o Legnica. Algunos hombres parecían mercancías de ida y vuelta, menguando en cada viaje que realizaban.

Los pronósticos de Romaschenko se habían cumplido y Viena había caído en poder del Ejército Rojo, además, después de un día especialmente señalado para Estados Unidos de Norteamérica porque su presidente, Franklin Roosevelt, había fallecido. El mecanismo de sucesión había funcionado de forma automática y había pasado a desempeñar el papel de primer hombre de la nación su vicepresidente, Harry Truman. Alemania se había convertido en un inmenso y frágil armazón de fichas de dominó que caía por momentos. Los aliados habían tomado las ciudades de Essen y Hannover en el frente occidental, Leipzig y Nuremberg en el sur y hasta las tropas francesas habían recobrado su identidad liberando Stuttgart. El país se retraía cada nuevo amanecer y las bolsas de soldados alemanes cautivos pasaban a ser uno de los grandes problemas de los aliados —las rendiciones se contaban por cientos de miles—. Las tropas deshechas pugnaban por dirigirse al oeste con la esperanza de caer prisioneros en manos americanas o inglesas y evitar a las tropas comunistas, que contaban con una fama que las precedía. Los paisajes de lo que había sido la Gran Alemania no eran más que una sucesión de edificios arrasados, fábricas asoladas, vehículos incendiados y cadáveres vestidos con uniformes de distinto tipo.

Toda esa corriente de información sobre el estado de la guerra se la suministraba

casi a diario otro comisario político, Andrey Meleshin, un hombre diametralmente distinto a Yegor Romaschenko. Con una sólida formación intelectual, era licenciado en Historia del Arte y en Filosofía por el Lomonosovskii Universitet de Moscú, su manera de hablar y de dirigirse a los soldados nada tenía que ver con los iracundos modales del Cara Quemada, como decía la enfermera Inna. Todos los días aprovechaba el momento en que la tropa comía para, siguiendo los dictados de la estrategia diseñada por los ideólogos del Partido, hablarles de la lucha salvadora del comunismo sobre el nazismo y de cómo el pueblo trabajador estaba aplastando a los opresores de Europa. Los discursos que pronunciaba en el pequeño hospital de campaña parecían arengas cargadas de incontestable oratoria y una sutil y marcada persuasión. Nicolette se quedaba escuchándolo porque le gustaba cómo hablaba, aunque no tanto lo que decía. Andrey llegaba tarde. La doctrina comunista se había evaporado del océano de convicciones sobre el que la joven francesa había navegado muchos años. Había llegado a la determinación de que no había nada peor que conocer de cerca una ideología para acabar con ella. La idea de pretender cambiar el modelo de estado de Francia por un sistema comunista, su gran sueño de juventud, era algo que hoy ni se planteaba.

El día que Hitler cumplía cincuenta y seis años, el 20 de abril, Nicolette preguntó a Andrey si sabía qué había pasado.

—¿Cómo que qué ha pasado, Nicole?

—Sí, que si los alemanes han realizado algún comunicado.

—¿Estás preguntándote si se han rendido? —consideró muy resuelto—. No. La mente de Hitler no admite la capitulación. Ese hombre terminará sus días suicidándose.

—¿Tú crees? —le quiso rebatir—. ¿No querrá llegar a algún acuerdo para salvar su vida?

—No tiene ninguna alternativa para salvar su vida; y él lo sabe. Si no muere por heridas de guerra será porque acabe suicidándose. Claro que si consiguiéramos capturarlo prisionero se le procesaría. El tribunal tendría que condenarle a muerte. Si no fuera así, habría que condenar a muerte al tribunal.

Andrey Meleshin era un magnífico conversador. Nicolette se daba cuenta de que no solo le hablaba muy despacio sino que, además, buscaba las palabras más adecuadas para hacerse comprender de la forma más sencilla. En ocasiones, gesticulaba suavemente, como si sus manos fueran las de un alfarero que estuviera dando forma a una pieza en su taller de cerámica.

Aquella tarde en la que hablaron de Hitler se encontraban sentados a la puerta de la carpa, con el lejano sonido de las bombas de artillería como si fuera una mortuoria música de fondo; desgraciadamente, ya se habían acostumbrado. A pesar de los bombardeos, y quizá gracias a que la acogedora temperatura de la tarde anunciaba la llegada de la primavera, pareció que entre la pareja se creó un inesperado clima de complicidad.

Él le había procurado dos manzanas y ella se comió hasta las pepitas.

—¿Tienes familia?

—¡Sí! —A Andrey le extrañó la pregunta, pero respondió con naturalidad—. Tengo una hija. Espera, te la voy a enseñar.

Metió la mano derecha en el bolsillo que tenía el pantalón a la altura del muslo y extrajo de él una pequeña cartera medio rota. La abrió con cuidado y mostró orgulloso el contenido.

Era una foto que parecía estar tomada hacía siglos. Los negros se habían convertido en lúgubres tonalidades grises y el blanco en una mixtura de marfiles. Una mujer joven con un delantal llevaba en brazos a una niña que no tendría más de un año. Se intuía que ambas eran rubias.

—Es Anna. Acababa de cumplir dos años. Ella es su madre, Olga. Nos casamos antes de que naciera Anna. Bueno —pareció turbarse por lo que iba a decir—, nació a los tres meses de casarnos.

—Es muy guapa —aduló Nicolette en un cumplido forzado porque el tamaño de la foto impedía poder apreciar a la niña con detalle.

—Sí, sí que lo es. La foto se la hicieron poco antes de que me marchara al frente. Anna tiene ahora casi seis años.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con ellas?

—El día en que me apunté voluntario para la guerra. En julio hará cuatro años.

—¿Voluntario?

—Por supuesto, Nicolette, voluntario.

Durante unos segundos, se quedaron los dos sin hablar. La duda sobre la voluntariedad de la entrada en filas de Andrey pareció haber tensado la conversación.

—Y tú, ¿qué hacías antes de la guerra? —preguntó el ruso, retomando la charla.

—Nada —reconoció con prontitud—, estaba en el colegio. Llevo en esto mucho tiempo.

—¿Desde el catorce de junio? —aventuró.

—Sí, desde ahí. —Le extrañó que supiera la fecha exacta de la entrada de los nazis en París—. ¿Cómo sabías que fue ese día?

Andrey se sonrió. Tenía una boca preciosa, con unos labios finos y unos dientes sanos, quizás algo grandes, sin huecos.

—Te recuerdo, Nicolette, que yo era profesor. Daba clases en un colegio de Pushkino, una ciudad muy próxima a Moscú.

La francesa asintió. En ese momento aprovechó para formular la gran pregunta que nunca había tenido una respuesta adecuada.

—Pues ya que tú eras profesor me gustaría que me explicaras algo. ¿Por qué crees que Stalin negoció con Hitler?

El comisario político se incomodó notoriamente.

—Bueno, eso fue antes de la guerra.

—Sí, ya sé que antes de la guerra Mólotov viajaba a Berlín más que Goering a

París cuando quería conquistar Inglaterra. Pero te pregunto lo del reparto de Polonia. Cuéntame tu versión.

Nunca lo había visto así, aquel hombre tan seguro de sí mismo, con sus ideas perfectamente ordenadas, dotado de una gran inteligencia, se estaba poniendo nervioso como un adolescente en su primera cita.

Precipitadamente, miró el reloj.

—Lo siento, Nicolette, me gustaría mucho hablar contigo de todo esto pero tengo que marcharme.

Nunca más volvió a cruzar con Andrey Meleshin más que alguna palabra de salutación. Corta, de compromiso.

El último sábado del mes de abril comenzó muy temprano para Nicolette. Antes de que amaneciera escuchó, desde su camilla, un incesante ajetreo en el exterior de la carpa. Motores, personas corriendo y chillando, gritos, todo ello formaba una batahola que la despertó. Súbitamente se incorporó y se calzó las inseparables botas militares que le habían facilitado. Con ellas andaba fatal, le estaban muy grandes. Salió a la puerta. Acababa de llegar un nutrido grupo de militares dirigidos por un oficial.

Uno de sus ayudantes se acercó a ella.

—¿Cuántas personas atienden este hospital?

—El doctor Buznikin, otra compañera y yo.

—Bien, tendrás que acompañarnos. Hemos recibido orden de avanzar hacia el oeste para dar cobertura al flanco norte y necesito tener a alguien que sepa, por lo menos, hacer un torniquete. Vamos, sube a mi camión.

No le dio alternativa.

Nicolette se montó en la cabina del ZIS-5, entremedias del ayudante del oficial y el conductor. Encabezando el convoy iba un GAZ 67, similar al que Romaschenko llevaba en ocasiones, con el oficial que le había ordenado la incorporación al grupo, y tras ellos toda una caravana de camiones, la mayoría de ellos arrastrando piezas de artillería.

—No te preocupes —la quiso calmar el militar, cuando habían avanzado unos kilómetros—, ya no quedan más alemanes que los pocos que todavía no se han rendido en Berlín. Esto se acaba. Volvemos a casa.

Nicolette oyó esas palabras como la música más divina que hubieran podido escuchar sus oídos. «Volvemos a casa —recordaba en silencio las palabras del militar, que miraba ahora la carretera, ahora el plano doblado que llevaba sobre su regazo—. Volvemos a casa», repetía para sí con infinita alegría. Se acordó de los abrazos de su padre y de los besos de su madre.

Después de atravesar Angermünde, ya con la luz del sol iluminando sus caras de frente, se atrevió a preguntar adónde iban.

—¿Me lo puedes decir?

—¡Claro que te lo puedo decir! —sonrió el hombre, que para ese momento ya había encendido no menos de cuatro o cinco *mahorkas*—. Aunque me dijeras que eres una espía nazi no te creería. Por cierto, ¿de dónde eres?, ¿polaca?

—No, soy francesa.

—¿Francesa? —preguntó extrañado y girando hacia Nicolette su cara arrugada y sudada. Hacía muchos días que su rostro no había visto una hoja de afeitar ni su piel agua y jabón.

—Sí. —También sonrió ella. Vivía un arrebató de felicidad que había comenzado con las mágicas palabras que había escuchado hacía unos minutos.

—Bueno, da igual, estabas ahí curando a los camaradas heridos. Eres una camarada más. Vamos a Templin, a esperar instrucciones.

—¿Templin?

—¿Qué pasa? —se sorprendió—. ¿Lo conoces?

Se quedó pensando durante unos instantes. Si decía que lo conocía podía crear una susceptibilidad. No tenía sentido que una francesa dijera que había estado allí hacía unos meses, en una ciudad tan próxima a Berlín. «¿Qué hacías tú en tierra alemana?», podría haber sido la siguiente pregunta que le formulara el soviético. No quiso ni pensar en las consecuencias de una deducción precipitada del militar.

No, mejor daría una evasiva.

—No, no lo conozco. Sé que uno de los hombres que iba con Goering a París era de allí.

—¿Cómo?, ¿tuviste relación con algún alemán durante la ocupación de tu país?

—¡No! —Más que exclamar, chilló, como si le hubiera proferido el insulto más humillante del mundo—. Durante la ocupación de mi país yo ya estaba alistada al Partido Comunista Francés. Me lo contó un amigo que trabajaba en el Louvre.

La miró de medio lado y sonrió exhibiendo unos dientes marrones, a la vez que dio una calada.

—A todas las que tuvieron alguna relación con los alemanes yo les cortaría primero el pelo, y luego la cabeza. Mira, eso fue un buen invento francés. ¿No?

Nicolette intentó cambiar de tema.

—Cerca de allí está la mansión de Goering.

—Ya, Carinhall —lo nombró como si aquel lugar fuera un erial vacío, un simple dato en un mapa, una marca impersonal sobre un papel—, pero nos han dicho que no es objetivo militar. No creo que nos vaya a estar esperando el cerdo ese sentado sobre la montaña de oro que ha robado.

No dijo nada, siguió agitándose con el traqueteo del camión y pensó en lo que acababa de decir sobre el nulo interés estratégico actual de Carinhall. Hacía no tanto había supuesto un sacrificio ímprobo acercarse allí. La guerra era un fenómeno cambiante y los objetivos militares eran su máximo exponente.

Conforme fueron llegando a la plaza de Templin todos los ZIS-5 que componían

el convoy aparcaron en fila rodeando su perímetro. El oficial que la había sacado del hospital se bajó del vehículo que había abierto la columna y comenzó a dar órdenes a sus ayudantes. Nicolette se fijó en que uno de los grupos mostraba su alegría por lo que les acababan de decir. Mientras los demás comenzaban a estirar las piernas y a encender cigarrillos, los seleccionados se reunieron en uno de los laterales y comenzaron a entrar en las viviendas. Ella no les perdía de vista y comprobó, con horror, sus sospechas. Todo apuntaba a que los soldados aliados continuaban cebándose con la población civil.

Los chillidos de las mujeres en el interior de sus casas se oían desde donde se encontraba. Desgarradores, como si les estuvieran rompiendo el alma a jirones. Pensó en decírselo al oficial, o en meterse en una de las casas y vaciar el cargador de la pistola que le entregó Romaschenko en las entrepiernas de los soldados, o en las mujeres para que dejaran de sufrir, o en ella misma para lavar su conciencia. «¡Qué más da!», pensó con agotamiento.

Sin que nadie lo pudiera imaginar, una atronadora explosión provocó que todos giraran sus cabezas hacia el lugar de donde provenía el sonido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nicolette, con ansiedad, después de darse una carrera para alcanzar al hombre que había ido con ella en el camión.

—¿Esa explosión? —Ahora el que preguntaba era el militar, con una tranquilidad sorprendente—. Espera.

Echó mano del mapa, lo desdobló y sacó una brújula de su bolsillo. Lo giró para alinear las dos marcas del norte, la del papel y la de la punta magnética, y mostró una leve mueca de sonrisa. Levantó la mirada del plano y dijo:

—Carinhall. Acaban de volar Carinhall —aseveró. Después se dispuso a encender el cigarrillo que tenía entre los dedos—. Mira, es posible que hoy —sacó un pequeño papel doblado que resultó ser un calendario— sea un día que pase a la historia. Recuerda, hoy es 28 de abril de 1945.

Decir que aquella fue la peor noche que pasó Nicolette durante la guerra no sería del todo cierto. Habían sido tantas las malas noches que hacía mucho tiempo que había perdido la cuenta. Pero sí que fue, sin lugar a dudas, una de las que recordaría si algún día fuera capaz de contar a alguien su vida durante la guerra.

Permanecieron todo el día en Templin. Después de la explosión, se irguió una nube tupida de humo negro que no podía proceder de otro lugar que no fuera Carinhall. Alexey, que era así como se llamaba el hombre que le había precisado el origen de la explosión, le enseñó el plano y la ayudó a situarse con la brújula. No cabía duda alguna. La distancia entre los dos puntos era de quince kilómetros de tierra sin desniveles, por lo que la perceptibilidad era muy buena, sin obstáculos que entorpecieran una visión lineal.

Con el paso de las horas, la humareda se fue disolviendo en la atmósfera y por la tarde Carinhall había dejado de ser un punto identificable en el horizonte.

La deflagración no remedió la situación de las mujeres de Templin. Por grupos, como si fueran turnos de recreo, los soldados batieron la ciudad buscando dónde poder seguir humillando al país. Nicolette pasó todo el día sentada en el camión. Cerró la puerta e intentó aislarse del mundo que estaba viviendo. «¡Volvemos a casa! —las palabras de Alexey le venían continuamente a la memoria como si fuera un tiovivo sin freno—, ¡volvemos a casa!».

Recordó la noche que llegó a Templin, con Antoine, el día en que vieron llegar los dos camiones con la gente del servicio de la mansión y cómo buscaron a Teresa, la mujer del restaurador del Museo del Prado de Madrid. Madrid, la ciudad que visitó los últimos días de diciembre. Todo eran recuerdos; la francesa prefería refugiarse en su memoria e intentar evocar los escasos buenos momentos que vivió en los últimos meses: las charlas con la española en alemán, cuando le llevaba algo de comida y lo trascendental que se puso el día que apareció con las fichas de los militares de la Luftwaffe. Un servicio en la guerra que esperaba tuviera su repercusión en la posguerra.

—¡Eh! —golpeó en el cristal Alexey mientras masticaba—, ¿quieres un trozo de pan?

Había llegado la hora de la comida. El hombre ofrecía lo único que había para comer, señal de que el saqueo no había dado sus frutos. Las viviendas de Templin no tenían ya nada ni para ser salteadas, lo único de interés eran las mujeres asustadas.

Negó con la cabeza.

Alexey reía y miraba alternativamente a la francesa y al lugar de donde provenían los chillidos. Quiso interpretar lo que estaba pensando:

—Ellos también lo hicieron, no te vayas a pensar. Además, no solo se trata de

tener un rato de esparcimiento, lo que queremos es que nuestras raíces perduren para la eternidad. Mañana tiene que haber muchos alemanes con estos ojos —mientras decía esas palabras, se señaló la cara con los dedos índice y corazón—. Eso no sé si lo entenderá una francesa...

Volvió a mostrarle su dentadura parda y desapareció de su campo visual.

Se apoyó en el respaldo del asiento del camión y se arrellanó para intentar buscar una postura en la que poder descansar. Si hubiera comido algo lo habría vomitado. Quería dormirse y soñar, soñar con París y con su casa o, mejor todavía, con los veranos en Dinard, en casa del abuelo Grégoire. Olvidarse de todo y regresar a aquellos años en los que no paraba de reír y de meterse con los chicos, que decían que ella era igual de bruta que ellos. Lo consiguió parcialmente. Soñar no, pero sí consiguió dormir un tiempo. Le despertó otra vez Alexey al abrir la puerta del conductor.

—Ha dicho el oficial que mañana vamos a ir a Carinhall. Hemos recibido órdenes de que no quede nada allí.

Nicolette se encontraba desorientada. El sueño la había desubicado y no sabía muy bien qué le estaban diciendo. Su cara era una clara muestra de ello. Alexey lo notó rápido.

—¡Vamos, francesa! —exclamó, dando una desagradable palmada—, ¿me estás oyendo?

—Sí, Carinhall, mañana, que vamos a ir —balbuceó, todavía somnolienta.

—No, vamos a ir no, tú no vas a ir. Solo iré yo acompañado de un grupo de hombres. Tú te quedarás aquí.

La chica enarcó las cejas. No entendía por qué no podía ir.

—¿Por qué no puedo ir yo? —La contrariedad la terminó de despertar.

—Porque nadie me ha dicho que vengas.

Poder volver a Carinhall, quizá la última vez en su vida. Sí, seguro que sería la última vez en su vida. No quería perder la oportunidad de regresar y comprobar con sus propios ojos que aquella opulencia no era más que un funesto recuerdo.

—Quiero ir —proclamó, con desplante.

—¿Tú? ¿Por qué tanto interés?

—He oído hablar mucho de ese sitio. Además, podría ser peligroso. A ver, ¿quién lo ha volado? ¿Ha sido un cañón de los nuestros?

—¡Qué dices, nena! No. Por la forma de explotar, fue destruido desde dentro. Lo han debido dinamitar.

—¿Qué han hecho? —La francesa no había entendido la última palabra.

—¡Dinamitar! —vociferó el ruso, como si el problema de Nicolette más que de desconocimiento del idioma fuera de sordera—. Dinamitar.

Cerró los dos puños, los juntó y, con fuerza, abrió las palmas de la mano hacia arriba separándolas.

—¡Ah!, entiendo, pero quién, ¿nosotros?

—No, no creo. Posiblemente han sido los mismos alemanes. Siempre lo hacen. Al llegar a las ciudades nos hemos encontrado destruidos los edificios más importantes. Vacíos por dentro, solo con papeles y muebles quemados y, en muchas ocasiones, dinamitados.

—Entonces, ir allí será peligroso.

Alexey sonrió, como si hubiera escuchado un consejo maternal.

—A mí ya no me da miedo nada —afirmó el ruso, mientras se rascaba la nariz que era como una pelota de goma.

—Bueno, pero puedo ser de más ayuda allí que aquí. Si me quedo, ¿qué voy a hacer mañana? Si puedo ser útil a alguien, será más a vosotros que a los que estén en este pueblo. ¿No te parece?

Había conseguido lo más importante, que se lo empezara a plantear.

—Puedo ir con vosotros —prosiguió con la esperanza de que atendieran a su súplica— y, si me dais un arma, también puedo disparar. No será al primer alemán...

El militar soltó una carcajada estrepitosa e inesperada.

—Vaya con la enfermerita. Vaya, vaya...

Esta vez Nicolette preguntó con la mirada, alzando las cejas, y con un ligero movimiento de cabeza.

—Espera, voy a decírselo al oficial.

No tardó más de cinco minutos en volver.

—Que sí, mañana vendrás con nosotros, pero tienes que ir armada. ¿Vale?

Esa había sido la conversación que había mantenido con Alexey la tarde anterior. Después bajó a tomar un tazón de un caldo caliente que habían preparado y se sentó lo más alejada que pudo de donde se encontraban los soldados comentando las entradas a las casas. Todavía se podía escuchar algún lejano chillido que era acompañado de muestras de regocijo por parte del resto. A lo lejos, un acordeón interpretaba unos torpes compases de una sombría canción que se llamaba *Temnaya Noch*.

Al regresar al camión se sintió mal y tuvo que pararse a vomitar lo poco que había cenado. Su estómago empezaba a tener problemas graves de asimilación de alimentos.

Con las primeras luces de la mañana partieron de Templin. El pequeño convoy lo encabezaba un camión con diez hombres y un coche que conducía el propio Alexey. Junto a él se había sentado Nicolette. Antes de salir le habían entregado un fusil, un sólido Tokarev SVT, cuyo funcionamiento le explicaron en medio minuto.

—Muy fácil, enfermera. Tiras de aquí —hizo ademán de cargar el arma— y aprietas el gatillo. Te doy diez balas por si hubiera quedado algún nazi —le detalló el soldado que hizo de profesor ocasional.

Aunque ya había hecho ese mismo viaje en su primera visita a Carinhall, no recordaba nada de cómo era la carretera ni sus alrededores porque no pudo ver nada al ir en el interior del camión que llevó a todas las mujeres hasta la mansión. No pudo

evitar sentirse extraña al atravesar las verjas de entrada que se encontraban abiertas de par en par. Cuando enfilaron el Camino de los Castaños vieron a varios ancianos cargando con unos rollos que no fue capaz de adivinar qué podrían ser. Al cruzarse con otros dos, un hombre y una mujer que acarreaban una gran tela con dificultad, comprendió que el pillaje no daba respiro ni siquiera a los edificios dinamitados.

El corazón se le hizo un puño cuando el camión que los precedía entró en lo que había sido el patio principal y pudo ver el lugar donde aparcaron cuando llegó con aquellas mujeres para recoger las cortinas, los visillos, los manteles y los servicios de las mesas. El destrozo era prácticamente total. De todo el edificio, como si alguien hubiera querido rendir un homenaje póstumo a la grandeza que poseyó, solo permanecía en pie parte de la puerta principal. Sus cuatro columnas sostenían el friso que daba soporte a las figuras mitológicas que presidían, solemnes, la entrada del lugar donde el Reich celebraba los grandes encuentros de Estado. La única pieza que había quedado intacta era la figura del *Braunschweiger Löwe*. El resto lo formaban montones amorfos de escombros desperdigados por doquier, convirtiendo la mansión en un lugar irreconocible.

Los soldados se bajaron del camión, agachados, mirando en derredor, buscando algún indicio de presencia del enemigo. Al andar agachados arrastraban los gruesos abrigos que les habían dado como uniforme y que todavía se ponían, ya que a pesar de estar terminando el mes de abril, a primera hora de la mañana todavía se sentía el frío en los huesos.

Alexey salió del coche armado con su pistola.

—Tú quédate aquí dentro.

Nicolette le desobedeció y se apeó del vehículo. Pudo distinguir el lugar donde los soldados alemanes encendieron aquella pira la que quemaron papeles, y recordó aquel momento.

Los militares soviéticos se habían distribuido por la zona y, en un minuto, cada uno ya había atravesado las tres alas de las que constaba el edificio, caminando entre las ruinas.

Parecía que la zona estaba libre de alemanes. Alexey se tranquilizó.

—Aquí no hay nadie —concluyó, dirigiéndose a Nicolette.

Uno de sus soldados, que le había estado escuchando, soltó un chillido marcando una dirección con su dedo índice.

—¡Allí! —señaló un bulto que se movía entre la maleza. Se agachó y apuntó el arma.

El cuerpo se levantó. Era un anciano que tenía en su mano un objeto alargado.

—¡Tira eso!

El hombre no hizo caso de lo que le decía y Nicolette, que estaba observando la escena parapetada tras una puerta abierta del coche, entendió enseguida lo que sucedía.

—¡Tira eso! —ordenó ella, en alemán.

Al dejarlo caer se desenrolló y todos se dieron cuenta de lo que se trataba.

—¿Un cuadro? —se preguntó Alexey, extrañado.

El soldado se acercó a la carrera, sin apartar el fusil de la posición de disparo. Lo mismo hicieron Alexey y Nicolette.

Cuando llegaron a su lado, el hombre estaba temblando ostensiblemente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, jadeante, el soldado.

Nicolette le mandó callar con su mano.

—¿Qué haces aquí? —repitió ella, esta vez en alemán.

—Estaba cogiendo esto —contestó balbuceando, mientras se agachó para recoger del suelo el lienzo.

Se lo entregó a Alexey.

—¿Dónde estaba?

—Allí, en aquella parte —contestó temeroso el hombre que, aunque no entendió la pregunta del militar, se la imaginó.

El anciano señalaba hacia una zona próxima a uno de los lagos. Nicolette entendió que era el jardín trasero del edificio.

—Voy al coche, necesito la radio. Es posible que no se llevaran lo que habían robado y que todo esto esté lleno de cuadros.

Miró al viejo y lo apuntó con la pistola.

—Y tú, vamos, ¡fuera de aquí!

El hombre salió de allí como pudo y trastabilló camino de la entrada a la finca.

Mientras Alexey caminaba tranquilo hacia el coche, la francesa aprovechó para recrearse en las ruinas de Carinhall. Recordaba perfectamente el lugar por donde entró con aquellas mujeres para retirar las cortinas. Intentó rememorar el momento, así que pasó por los restos de la puerta principal y giró a su izquierda, tal y como hizo en aquella ocasión. Le vino a la mente con una claridad asombrosa el encuentro casual entre Teresa y ella, con aquella rubia como testigo.

La mañana había despuntado y la temperatura había subido sensiblemente. Veía a los soldados rastrear mientras Alexey hablaba a través de una radio de campaña de manivela que llevaba en el interior del vehículo.

Nicolette decidió dar una vuelta. Se alejó de los cascotes y se acercó a uno de los lagos, el que estaba más al sur. Desde lejos ya había visto a un grupo de soldados que jugaba al fútbol. Le sorprendió que lo pudieran estar haciendo porque no sabía que tuvieran un balón. Cuando se acercó más, pudo comprobar que realmente no estaban dándole patadas a una pelota. Notó que sus piernas empezaron a temblar. Era increíble, era infrahumano, no podía ser verdad lo que sus ojos le estaban diciendo.

Fue cuando se dio cuenta de que, por la falta de costumbre, había dejado el Tokarev dentro del coche, aunque aún llevaba consigo aquella pequeña pistola que le entregó Romaschenko. No se lo pensó dos veces y, frenética, se la sacó de debajo de los pantalones.

—¡Quietos! —chilló en francés, el primer idioma que le salió, apuntando

alternativamente a los tres que estaban jugando, moviendo la pistola como si esta fuera una manga de riego incontrolada.

A juzgar por su reacción, ninguno podía haber imaginado que aquella enfermera que los acompañaba fuera a estarles apuntando. Se miraron y, al ver la cara de la mujer, dejaron de sonreír. Uno de ellos, el de más edad, se agachó, cogió lo que estaban usando como balón y, sin mediar palabra, se dirigió hacia el lugar de donde lo habían encontrado.

Nicolette se preguntó a quién pertenecería aquella calavera.

La noticia no les sorprendió. El día que escucharon por la BBC el comunicado que informaba de que Hitler se había suicidado en el bunker que había mandado construir bajo su cancillería les pareció a todos algo natural, como si fuera una noticia más de las que emitía la radio. Se había especulado mucho sobre el final del Führer y la posibilidad del suicidio era la que más enteros había ganado hasta llegar a eclipsar cualquier otra opción. Nadie se imaginaba a Adolf Hitler sentado ante un tribunal militar, ante un consejo de guerra, o enfrentándose a la horca. Si las últimas palabras que pronunciaban la mayoría de los condenados antes de que el verdugo accionara la palanca que hacía desaparecer el suelo bajo sus pies eran «*Heil, Hitler!*», ¿qué diría él mismo en una situación similar? No, nadie barajaba otra alternativa distinta a la de quitarse la vida. Las únicas dudas provenían de las cuestiones complementarias: ¿dónde?, ¿qué día lo llevaría a cabo?, ¿de qué medio se valdría?, ¿en qué compañía?, ¿qué pasaría con su cuerpo? Esas eran las morbosas preguntas que todos tenían.

Días después, el general Alfred Jodl rubricó en Reims ante el comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas, el general americano Dwight David Eisenhower, la rendición incondicional del Tercer Reich.

—Apágala —mandó Günther a Hans-Erich, como si todavía quedara algún resto de jerarquía castrense entre ellos. Aquella mañana ninguno tuvo ganas de conectarla de nuevo.

Erika recordaba aquellos días en Génova como el principio de una nueva tortura. Su marido dejó de hablar completamente. Aquella arrolladora personalidad que se enamoró de su hermana y quiso para sí había dado un giro copernicano. Günther se había convertido en un pusilánime fracasado que se movía por la casa sin rumbo fijo; esperaba acontecimientos y se amparaba en el potencial de otros, sin ser capaz de tomar ninguna decisión. Sumido en la más absoluta desidia, se pasaba las horas mirando por la ventana al mar Mediterráneo. «La última vez que lo vi fue durante mi destino en la guerra de España», comentó un día. No leía nada, comía muy poco y consumía una botella de ginebra cada tres días, en vasos pequeños, a diminutos sorbos. Kurt llegó a confesar a Erika que le daba miedo su padre. La única que parecía apiadarse de su suerte era Käthe; Erika los veía sentados a media tarde en dos sillas paralelas contemplando las tonalidades del atardecer sobre un mar nuevo para todos. Ella lo había comentado con Hans-Erich nada más llegar, el mar Mediterráneo fue lo que más les sorprendió de la ciudad. Acostumbrados a las foscas y plúmbeas aguas del mar Báltico o del mar del Norte, las variedades matizadas de las aguas cálidas del Mediterráneo fueron lo que más ayudó a levantar su ánimo. Eso, el colorido del cielo, sobre todo el de los atardeceres en aquellos cortos pero intensos crepúsculos vespertinos que descubrieron al llegar y, por supuesto, su relación con

Hans-Erich.

A la tercera noche en Génova, después de cenar, Erika dijo a todos que no podía más, que se sentía como un animal enjaulado y que necesitaba volver a ver de cerca el mar.

—Te acompaño —comentó Hans-Erich—, puede ser peligroso.

Desde ese día, muchas noches salían los dos como si fueran una pareja de enamorados, sin consideración hacia sus cónyuges, sin importarles los comentarios que pudieran provocar. Günther se acostaba pronto y, a causa de la falta de actividad diurna, pasaba largas horas en vela contemplando el techo, con la misma mirada perdida que mostraba a su hijo cada vez que se le acercaba. Por su parte, Käthe había encontrado en la biblioteca del salón, junto a unos ejemplares de *Il Popolo d'Italia* ya históricos, unas novelas de amor en alemán editadas por Eher Verlag y se pasaba casi toda la noche leyéndolas. Cuando Hans-Erich regresaba de su paseo con Erika, Käthe estaba tan sumida en las historias de amores, traiciones y celos que contenían esos libros que ni siquiera le devolvía el saludo ni respondía cuando su marido le deseaba buenas noches.

La playa estaba a pocos metros de la casa, no más de doscientos. Tardaban cinco minutos en bajar la calle y sentir la arena bajo sus pies. Se descalzaban y caminaban hasta la orilla del mar, una orilla que no cambiaba por el efecto de las mareas. En el Mediterráneo, el mar siempre estaba esperándola en el mismo lugar. El Mediterráneo, «¿cómo es que no lo he conocido antes?», se reprochó.

Allí todo era novedoso, incluso hacer el amor en la playa, sobre la arena. Después, acompañados únicamente por el sonido del mar, se quedaban tumbados en la arena, semidesnudos, agotados, pero embargados por el placer. Se preguntaban cómo era posible que no se hubieran conocido antes. Erika nunca había vivido una experiencia tan intensa como esa.

El lunes 14 de mayo apareció Héctor Pozanco en su casa.

—Por favor —insistió a Hans-Erich, que fue quien lo atendió a requerimiento de Tiziana—, dentro de una hora los quiero ver en la sede de la delegación. Tenemos una noticia muy importante para ustedes. Si quieren, hoy puede ser su último día en Génova.

—Yo no voy, luego me contáis lo que os digan —comentó Günther cuando, exultante, se lo comunicó Hans-Erich—. Yo me quedo con Kurt.

Tres cuartos de hora después, Erika, Hans-Erich y Käthe subían por la Via San Nazaro para recibir, suponían, los visados de entrada en Argentina y los pasajes que habían pagado a precio muy alto. La organización no funcionaba solo por filantropía.

Cuando pasaron a la sala se encontraron, junto al padre Antonio, a un hombre vestido de paisano al que ninguno conocía. Habían oído hablar de él pero no sabían cómo sería el espía Reinhard Kops hasta que les fue presentado por Héctor Pozanco.

—¿Se encuentra mal su marido? —preguntó Héctor a Erika al darse cuenta de la ausencia de Günther.

—Ha pasado muy mala noche. Él, como todos, está muy nervioso esperando el momento.

—Lo entiendo —intervino por primera vez Reinhard Kops.

Se hizo un silencio que solo ayudó a incrementar el nerviosismo de los presentes.

—Bueno, las cosas no están resultando tan fáciles como nos esperábamos todos. —La gravedad del gesto de Kops indicó a los prófugos que podían estar a punto de escuchar malas noticias—. El valedor de todos nosotros en Argentina es Juan Domingo Perón, vicepresidente y ministro de la Guerra. Estamos seguros de que al presidente Farrell no le queda mucho tiempo para dejar el poder. Tengan en cuenta que Argentina no solo rompió relaciones diplomáticas con Alemania en enero del año pasado sino que, además, en el mes de marzo declaró institucionalmente la guerra. Esto ya lo sabían.

El alemán estaba abonando el camino. Su hablar era tan pausado que generaba cierta ansiedad en sus interlocutores. Vestía un traje color marfil, con un aparatoso pañuelo gamuzado asomando por el bolsillo de la chaqueta. Los zapatos marrones con bigoterías blancas los llevaba impecables. A ninguno de los huidos les infundió confianza. Parecía un corredor de apuestas amañadas, un mafioso calabrés, el hombre de confianza de un proxeneta. Mala calaña.

—Sí, lo sabemos. Fue el día veintisiete —matizó Hans-Erich.

—¡Exacto! —confirmó Pozanco.

—Por tanto, el otorgamiento de visados por parte del consulado argentino se está realizando con dificultades añadidas.

—Nuestros pasaportes no son alemanes sino que están expedidos por la Cruz Roja Internacional —recordó Erika.

—Por eso nos salvamos. Si no fuera así se habrían tenido que olvidar del asunto —confirmó Kops con la misma frialdad que había demostrado desde su llegada.

Hizo una pausa y continuó hablando.

—La cuestión es que hemos conseguido dos pasajes para el vapor de la compañía Dodero que parte esta noche rumbo a Buenos Aires.

—¿Dos? —Hans-Erich se levantó de la silla como si hubiera estado accionado por un resorte—, ¿cómo que dos?, ¿no ve que somos cinco? Hemos pagado cinco, ¿entiende?

—Cuando me refiero a dos, no estoy contando al pequeño, que lo tiene asegurado en cualquier caso —aclaró Reinhard Kops que parecía se esperaba la reacción—. Estoy hablando de que hoy partiría un matrimonio y, en unos días, tal vez semanas, el otro.

—Pero ¿cuánto tiempo podría ser? —preguntó Käthe mientras tiraba del brazo de su marido invitándole a que se volviera a sentar.

—No lo sabemos —terció Pozanco, intentando calmar los ánimos—. Conseguir

billete en un barco y que no haya problemas al llegar al puerto de destino es muy complicado. Tienen que hacerse idea. No todo se puede conseguir con dinero.

—¿Qué están diciendo los señores? —Quiso averiguar el padre Antonio, dirigiéndose a Héctor Pozanco.

El anfitrión le tradujo las inquietudes de los invitados mientras el sacerdote asentía con la misma imperturbabilidad que había mostrado desde el primer día.

—Entiendo. Veo que los señores no solo van a necesitar paciencia, sino también algo de resignación.

Erika, Käthe y Hans-Erich se miraron. El plan que les acababan de proponer no era lo que querían escuchar, pero la idea no era descabellada. Había que abandonar perentoriamente una Europa cuya capacidad de venganza era desconocida para todos, incluso para los propios aliados. Huir era la verdadera prioridad.

—También hay otra posibilidad —apuntó Reinhard Kops.

Los tres lo contemplaron interrogantes.

—Argentina no es la única alternativa. Puede haber otras.

Ninguno de ellos apartó la mirada de la cara del alemán; con los ojos le suplicaban que se explicara.

—¿Qué quiere decir? —Hans-Erich no comprendía qué estaba pasando.

—Lo que les estamos planteando es que una pareja tome hoy el barco rumbo a Argentina. La otra sería enviada a un lugar más próximo, pero igualmente seguro. No sé si son capaces de imaginárselo —la sonrisa suspicaz de Reinhard Kops al plantearles lo que para él parecía un juego, una adivinanza, fue algo que nunca olvidaría ninguno de los tres—, pero les voy a dar una pista: los cinco tendrán que aprender el mismo idioma...

A las diez de la noche, después de escuchar el pitido que emitió la chimenea de popa del vapor, Günther contempló con la mirada fija y el corazón encogido cómo el buque se separaba muy lentamente del suelo italiano, alejándose de él como si tuviera pereza de hacerlo. Argentina, un nuevo lugar, un nuevo acento para un idioma conocido pero ya olvidado, unas nuevas ocupaciones, una latitud donde el verano se convertía en invierno y las navidades se celebraban en la playa.

Günther parecía haber recobrado milagrosamente el habla y la capacidad de emocionarse. Cuando ascendió por la escalerilla que la compañía Doderó había dispuesto sobre el muelle genovés Molo Duca di Galliera sentía que había recuperado la ilusión por el futuro.

No había sido solo una buena determinación sino la mejor. Al regresar cabizbajos de la reunión en la Delegación Argentina de Inmigración en Europa, su mujer y los demás le contaron lo sucedido y le transmitieron su contrariedad: «Las cosas no están saliendo como estaban previstas», afirmó Erika mirando reprobadoramente a Käthe, notó Günther. Para sorpresa de todos fue él quien encontró la solución. Tras un cruce

de miradas, el silencio supuso la estampación de la firma en un contrato imaginario donde todas las partes acababan de prestar su conformidad.

La ciudad fue haciéndose cada vez más pequeña, alejándose en el horizonte, y las luces pasaron a convertirse en diminutas luciérnagas que salpicaban las montañas que un día les dieron la bienvenida. Kätthe se acercó y le agarró la mano. Él la tomó entre las suyas y la besó.

—Papá —preguntó el pequeño que, agarrado a la barandilla no se perdía detalle de todo lo que le rodeaba desde que habían subido a bordo.

—Dime, Kurt.

—¿Cuándo volveré a ver a mamá?

El final de la guerra había dejado a Nicolette un sabor de boca acre. Llevaba cinco días en París. Después de abandonar Templin, fue para seguir ejerciendo de enfermera a Berlín y desde allí pudo llegar finalmente a Francia.

Cuando llegó a Montmartre visitó a su madre, con la que no había mantenido ningún contacto desde que se marchó a Alemania con Antoine. La mujer, al verla, sufrió una lipotimia por la impresión. Nicolette nunca le contó dónde iba cuando se marchó a aquella misión, pero su madre pensó que jamás volvería a ver a su pequeña. Cuando se recuperó de la emoción, pudo percatarse del lamentable estado físico de su hija; su delgadez impresionaba incluso en aquel ambiente de alimentación deplorable y necesidad colectiva. París, como el resto de Europa, estaba habitada por cuerpos demacrados de piel cenicienta pegada a los huesos.

Mientras bajaba por la rue de Richelieu, Nicolette pensaba que el fin de la contienda no les había permitido ver la cara del verdadero enemigo, solo los rostros asustadizos y avergonzados de los soldados alemanes que imploraban piedad. Los altos cargos habían escapado de la justicia. El primero de todos, el mismísimo Adolf Hitler, se había suicidado en el bunker de su cancillería. El fundador del Tercer Reich, el orden que habría de durar mil años, logró burlarse de todos al lograr que su cuerpo no fuera encontrado. Durante esos días no se hablaba de otra cosa que del lugar donde se podría haber escondido Hitler, ya que no eran pocos los que pensaban que su suicidio había sido un montaje orquestado por su círculo más íntimo de colaboradores. Se había evitado la constatación de su defunción.

Pero otros habían caído en manos de los aliados. Nicolette pensó que exhibir la cabeza de Goering, el mariscal del Tercer Reich, les había venido de maravilla. Goering era uno de los oficiales del Reich más conocidos en el exterior, de él se conocía su afición al lujo y su pasión por mostrarse en público con variados y extravagantes uniformes. Sin embargo, Nicolette sabía que la lista de detenidos no era lo suficientemente larga y menos lo parecía al descubrirse el destino de todas las personas que se creía deportadas. El horror de los campos de concentración salió a la luz a la vez que los ejércitos aliados entraban en ellos para liberarlos.

En esos días París continuaba ocupada. Ahora no eran soldados alemanes los que paseaban por sus calles, sino militares americanos que se exhibían con francesas cogidas a sus brazos. Nicolette las miraba casi con el mismo asco que mostraba a las rubias que subían a los coches con los oficiales de la SS durante el período de 1942 a 1944, aquellos cuatro años en que tantos hicieron negocios con el invasor, los mismos que ahora se declaraban firmes defensores de la patria francesa. Nunca pudo imaginar

Nicolette que la Resistencia tuviera tantos miembros. Todos habían colaborado de una u otra manera con el movimiento. «Falacias», pensaba, con dolor. Sabía que el gran trabajo que tenían delante todos los franceses iba a ser aprender a convivir entre ellos e intentar olvidar el pasado de cada uno. El verdadero enemigo lo tenían en casa.

Para cruzar la rue Colbert tuvo que esperar a que pasara un Chevrolet luciendo las Barras y Estrellas en el guardabarros delantero izquierdo. En su interior y tras las ventanillas se intuía la presencia de varios oficiales.

Lo cierto era que tampoco podía maldecir mucho de los americanos. Si no hubiera sido por ellos no habría salido de Berlín, y además, gracias a su papel en la guerra, sumado al de los británicos y el de los soviéticos hubiera sido algo quimérico que Francia bebiera los vientos de la libertad. La doble hacha con el emblema de La Familia, El Trabajo y La Patria, el distintivo de la Francia de Vichy, no habría sido sustituida por la cruz de Lorena.

Era el segundo día que salía a la calle. En su casa le habían contado cómo se celebró la noticia de la firma en Reims de la capitulación alemana, y el júbilo desatado que se apoderó de cada rincón de la ciudad. «Hija mía, nadie se quedó en su casa —contaba su madre entre lágrimas—. Tu padre y yo quisimos ir a la plaza de la Ópera, pero no pudimos llegar porque no se podía dar un paso por la calle». La mujer recordaba con emoción aquellos días de primeros de mayo. Ella, como muchas otras francesas, había pasado los años de la ocupación saliendo a la calle luciendo vestidos, abrigos, bolsos y pañuelos de cabeza con la combinación de los colores nacionales como callada medida reivindicativa. Siempre pensó que los *boches* nunca harían nada a una mujer que vistiera, por ejemplo, un abrigo azul, un bolso rojo y un pañuelo blanco.

Nicolette no había dejado de pensar en una persona, en Teresa. No podía apartar de su mente una pregunta: ¿qué habría sido de la española? Cuando pensaba en ella siempre se acordaba del encuentro fortuito en un pasillo; Teresa llevaba una bandeja con una tetera. Ese era el último recuerdo que atesoraba de la mujer que puso en peligro su vida para que ella consiguiera lo que había ido a buscar.

París se había convertido, también, en un centro de informaciones. La mayoría de las familias europeas compartían la experiencia de haber perdido a un ser querido. A todo el mundo le faltaba alguien. Si no eran padres, eran maridos o hijos, cuando no hermanos o primos. Pocas familias se encontraban completas. Por ello, el flujo de noticias era continuo. En los edificios oficiales, en los destacamentos militares, en las cárceles, en las oficinas de la Cruz Roja Internacional, hasta en hoteles, cualquier lugar podía ser un buen punto para obtener el dato, la localización del ser querido.

Caminaba en dirección al Museo del Louvre. Quería ver a Phillipe. No sabía nada de él desde diciembre del año anterior y le apetecía charlar con un buen amigo.

Conforme entró por sus puertas y recorría sus pasillos pensaba en Pascal, en que todavía no lo había visto, en que no había hecho intención de buscarlo y en que no

tenía ninguna gana de encontrarse con él. Se lo imaginaba emborrachándose de vodka en la rue Grenelle con el embajador soviético, Sergei Bogomolov, de quien se comentaba que alguna vez se encontraba lúcido, bebiendo en los ombligos de las chicas de la Unión de Mujeres Francesas y haciendo negocios al frente del Banque du Nord, la entidad financiera controlada por los comunistas. Pascal significaba algo que ya no era primordial para Nicolette. La guerra le había abierto los ojos, sentía que había madurado, había descendido de los cielos del idealismo y se había dejado acunar por el pragmatismo. No, de momento en Francia no había que recurrir a una revolución de corte marxista-leninista.

—¡Phillipe!

—¡Nicole!

Ambos se fundieron en un abrazo.

—Siéntate, por favor.

Phillipe aprovechó para escrutar sin muchos miramientos el cuerpo de la francesa.

—Vaya, veo que donde has estado no te han dado muy bien de comer —imaginó, esbozando una sonrisa.

—No, la verdad es que siempre llegaba tarde al turno de las comidas —replicó Nicolette, entendiendo el comentario como una pequeña prueba de las complicidades que habían existido entre los dos amigos.

La volvió a contemplar sin decir nada. Con su blusa blanca de manga corta, su falda roja apenas por encima de la rodilla y sus piernas cruzadas, sujetando con el empeine las sandalias también blancas que se había calzado, la encontraba increíblemente atractiva.

—¿Qué tal te va con tu novia de Mataró?

—¿Nuria? Bien —respondió cortante, sin mucho entusiasmo—. Nos mandamos cartas a veces... No sé —se encogió de hombros, con cierta apatía—, esto de la distancia, ya sabes, no es bueno. ¿Y ahora qué vas a hacer?, ¿lo has pensado?

—Todavía no lo sé. Me imagino que la universidad comenzará después del verano, podría intentar estudiar. Pero aún no sé nada, Phillipe, he pasado de las muñecas a esto, y no sé muy bien lo que voy a hacer, todavía me encuentro... ¿desorientada?

Se volvió a registrar un silencio que incomodó a los dos.

—Bueno, ¿qué tal van las cosas en el museo?

—Buscando la normalidad. Queda mucho por hacer todavía, hay mucho que inventariar, mucho que transportar. Por cierto, ¿sabes quién nos está echando una mano? No te lo puedes imaginar. Luis. Luis Molero.

—Luis Molero —repitió Nicolette, dubitativa—, ¿quién es Luis Molero? Me suena muchísimo ese nombre.

—¿Será posible que no te acuerdes? El español que venía con Goering, el cojo.

—¡El marido de Teresa! —saltó de la silla como si la hubiera mordido un perro.

En su rostro se dibujó la mayor sonrisa que había podido mostrar su boca en

meses y juntó las palmas de las manos junto a su cara en señal de alegría.

—¡Sí!, de la chica aquella a la que querías buscar. ¿Te acuerdas?

—¿Dónde está? ¿Está con ella? Los quiero ver.

—No, está él solo. Vendrá esta tarde, está viviendo en una habitación alquilada por una señora que perdió a su único hijo en Dunkerque y lo trata como si fuera un hijo adoptivo.

—¿Sí?, ¿dónde está?, ¿cuál es su dirección?

Quince minutos después Nicolette subía los cinco pisos que había hasta llegar a la buhardilla que le había indicado Phillipe.

—¿Quién es usted? —Curioseó una señora bajita y gorda, con un mandil manchado y una escoba en la mano.

—¿Vive aquí Luis, Luis Molero?

La mujer la miró de arriba abajo.

—No, aquí no vive.

—¿Cómo que aquí no vive? Me lo acaba de decir Phillipe Dalmau, del Museo.

La señora se lo pensó durante unos instantes. No sabía quién era la mujer que preguntaba por él y todavía la corroía aquella inquietante sensación de desaliento, no tan lejana, al padecer los registros, las cobardes e interesadas delaciones, las invitaciones para acompañar al hombre de paisano con zapatos brunos que siempre viajaba en un coche negro llevándose a personas a las que luego nunca más se volvía a ver. No era tan fácil olvidar los recuerdos de las visitas de la Gestapo. Quizás aquella señora mofletuda nunca sería capaz de abandonarlos, si acaso, los arrinconaría. Al final, la mujer asintió.

—Pase. Voy a avisarlo.

Caminó hasta el fondo de un pasillo estrecho y débilmente iluminado y dio unos golpes en una de las puertas del final. La abrió una cuarta y cuchicheó algo que la francesa no pudo entender. Al cabo de unos minutos, Luis salió de su habitación. La primera imagen que Nicolette tuvo de él fue la de un hombre en camiseta sin mangas, sin afeitar y despeinado. Vestía unos pantalones desteñidos de esquiama y calzaba unas zapatillas de invierno muy viejas.

Luis la miró desconcertado y receloso. No recordaba conocer a la mujer tan pequeña que tenía delante, pero sus rasgos le eran vagamente familiares, no como si la hubiera conocido, sino más como si alguien le hubiera hablado con detalle de ella.

—¿Nicolette? —Fue la única palabra que salió de su boca.

La francesa, que se había sentado en una silla que había visto pegada a la pared, se puso en pie.

—Luis, ¿sabes quién soy? —le preguntó en francés, extrañada al ver que conocía su identidad.

El hombre se fue acercando como hipnotizado. Cuando llegó a su lado se abrazó a

ella y se perdió en un llanto desconsolado que no fue interrumpido por ninguna palabra. Al ver la escena, la dueña de la casa no pudo reprimir el llanto, y tanta emoción acabó por rendir a Nicolette, que acabó llorando.

Se separaron unos centímetros. Luis la miró fijamente a la cara. No podía creer lo que estaba viendo. Nicolette, aquella mujer para la que Teresa había robado aquellas fichas, y que tan orgullosa se sintió por ello, se encontraba en su casa, a escasa distancia de él.

—Luis —acertó a decir—, pero si yo a ti no te he visto nunca. ¿Cómo me puedes conocer?

—Nunca te había visto, pero mi mujer me habló de ti y te describió a la perfección. Si acaso, te imaginaba algo más...

—¿No tan delgada? —La francesa lo ayudó.

El hombre no dijo nada, solo era capaz de mostrar en su cara una mezcla de desconcierto y alegría.

Los tres se quedaron sin saber qué hacer.

—Nicolette, ¿me das unos minutos? —propuso el español.

El café Cannes se encontraba a pocos metros de la casa donde vivía Luis. Se había aseado y vestido con lo mejor que tenía. Entraron en el establecimiento donde un grupo de soldados americanos interrumpió la conversación para contemplar a la insólita pareja que formaban la francesa y el hombre que arrastraba la pierna con una naturalidad impropia para ser un lisiado de guerra, como podrían haber imaginado.

—Mi padre murió —ratificó Luis, en un francés muy bien construido, a la pregunta que le acababa de formular Nicolette después de que se sentaran a una mesa cercana a una ventana—. A primeros de marzo, una vez se hubo producido la evacuación de Carinhall, recibí una carta de la portera de la casa a través de la embajada española.

—Sí, la conocí cuando fui a ver a tu padre antes de las navidades del año pasado. Era una mujer joven con un niño.

—Pues de ella —corroboró el hombre—. Me decía que mi padre fue detenido otra vez por la policía y que lo condujeron a una prisión nueva que habían inaugurado el año anterior en el barrio de Carabanchel.

Luis no había probado el café que tenía delante. Sus ojos se encontraban hundidos dentro de sus cuencas y de su mirada emanaba una infinita tristeza.

Nicolette intuyó lo que había pasado y las consecuencias de la llegada de aquellos policías cuando estuvo con Jean-Claude.

—Cuando la llamaron por si se quería hacer cargo del cuerpo, la mujer no tuvo mejor ocurrencia —prosiguió Luis— que ir a una librería de la calle Echegaray y negociar con el librero la venta de todos los ejemplares que tenía mi padre para poder sufragar los gastos del entierro. Todos, Nicolette. «Todos» —enfaticó la última

palabra.

Ella lo escuchaba con los codos apoyados sobre la mesa. Le hubiera gustado agarrar sus manos para intentar procurarle el consuelo que él estaba solicitando calladamente, pero no se atrevió a hacerlo.

—Lo llevaron a la Almudena. Me decía en su carta que, aunque solo fue ella al entierro, mi padre había sido una persona muy querida y que doña Pura le ofreció una misa de difuntos en la iglesia de San Andrés.

Casi no pudo terminar estas últimas palabras. Avergonzado porque una mujer lo viera llorar, se tapó la cara con las dos manos y así permaneció un instante.

Nicolette rebuscó en su bolso y le ofreció un pañuelo. Cuando él lo desplegó no pudo por menos que aspirar el perfume que emanaba y le dio pena mancharlo con sus lágrimas.

Ella sabía que la siguiente pregunta podía ser mucho más dolorosa pero no tenía más remedio que lanzarla:

—¿Y Teresa?

Se terminó de secar las lágrimas y se quedó con el pañuelo arrebujado dentro de su mano derecha. Negó con la cabeza a la vez que encogió ligeramente los hombros.

—Nada. No sé nada. Cuando regresé a Carinhall me dijeron que se había vuelto a Madrid porque mi padre había enfermado. Yo no me lo creí y menos al averiguar que la noticia procedía de la mujer de Günther von Houten, a quien, por cierto, lo dieron por prófugo al día siguiente. No fueron los únicos casos de desertión. Aquellos días fueron un caos. A la desaparición de Teresa se unió el abandono de Carinhall. Todo lo que había en su interior no entraba en los trenes que se habilitaron y hubo que enterrar cosas de menor valor en los jardines, haciendo agujeros y zanjas en medio del campo para ocultar las pinturas enrolladas, ¡fíjate tú lo que estoy diciendo!, ¡enterrar pinturas! —Necesitaba manotear para completar la explicación y acompañaba sus palabras de unos movimientos algo atropellados con sus dos manos—. Nos dijeron que había sido una orden expresa de Goering. Antes de partir hubo que vaciar medio vagón para guardar los objetos personales de su mujer. Después comenzó otro calvario. Los trenes circulaban fatal. Había días enteros que nos quedábamos parados en una estación, dormíamos en los vagones pasando frío, hambre, sed y miedo, sobre todo miedo. No me podía creer que pudiera encontrarme en esas condiciones, junto a cuadros que costaban una fortuna. Nadie sabía nada —Luis miraba a Nicolette como si le estuviera pidiendo su opinión o una explicación de lo sucedido—, era la desorganización más absoluta. Por fin, después de pasar por infinidad de estaciones, llegamos a Berchtesgaden. Allí fue donde Hofer me dijo que me marchara, que en muy pocos días llegaría el ejército americano y que me presentara ante ellos como lo que era, un español ajeno a esa guerra. Nos dimos la mano y un abrazo, y nos deseamos suerte mutua. No sé qué habrá sido de él.

El café permanecía intacto. Le había relatado lo que pasó después, pero seguía sin responder a la pregunta que le había formulado la francesa.

—Luis, ¿y Teresa?

—No sé nada de ella —confesó con rapidez, sabiendo que tenía pendiente la respuesta—. La he buscado por todos los sitios y nadie sabe nada. Me han dicho que igual la llevaron a uno de esos campos, pero es imposible saber a cuál y dónde puede encontrarse ahora.

Se quedaron callados. Al escuchar la historia, Nicolette sufrió un repentino ataque de culpabilidad y pensó que ella había sido la indirecta responsable de la desaparición de su mujer y la causante de la detención de su padre.

—¿Pido otro café? Ese se habrá quedado helado —supuso Nicolette.

—No, gracias. No me apetece.

No hacía falta imaginar lo que comía, su delgadez también era extrema y las facciones de su cara se marcaban sobre los huesos.

Sin que nadie lo hubiera podido imaginar, ni siquiera él, envolvió las pequeñas manos de la francesa con las suyas y las apretó contra su pecho:

—Nicolette, sé lo que estás pensando, lo leo en tus ojos porque llevo toda mi vida intentando interpretar la mirada de los personajes retratados en los cuadros. Por eso te tengo que decir que una de las cosas que más ha enorgullecido a mi mujer en toda su vida fue colaborar contigo y conseguir aquellas fichas para ti. Se sintió útil al haber sido capaz de aportar algo a esta guerra. Y sé que si mi padre igual nos estuviera viendo desde algún lugar, estaría muy satisfecho también por haberte ayudado.

El camarero se acercó a la mesa y les preguntó si querían otro café. Al no obtener respuesta, optó por retirarse y recoger los restos de la consumición del grupo de soldados americanos que había ocupado tres mesas del fondo de la sala.

Aún tenían las manos cogidas y se miraban a los ojos. Los dos sabían que, aunque se acababan de conocer, llevaban mucho tiempo involucrados en la vida del otro.

—Luis, vamos a hacer una intentona más —arrancó a hablar Nicolette—. Mañana voy a enterarme de dónde pueden estar los registros de los prisioneros de esos campos e intentaremos averiguar algo. ¿Tienes una foto de ella?

Metió la mano dentro de la fina y raída chaqueta y extrajo una vieja cartera.

—Me la regaló ella —rememoró mientras se la daba.

Nicolette procuró no mirar a Luis y, con impasibilidad, la abrió buscando la cara de su mujer.

Teresa volvía a mirar a Nicolette con esos grandes ojos negros que tanto cautivaron a la francesa. Era una foto de estudio sacada hacía tiempo, seguro que antes de que fueran a Alemania. Ella esbozaba una sonrisa serena y relajada, parecía una actriz.

—Nicolette, sin ella no voy a volver a España. Yo no soy creyente, pero se lo he jurado a Dios —zanjó.

Al día siguiente volvieron a quedar en el Cannes. Luis la estaba esperando en la puerta.

—¿Por qué no has entrado?

—Es que no tengo dinero —contestó él sin ambages.

Nicolette, que vestía unos anchos pantalones de hilo color crema y una blusa de manga larga azul celeste cuya textura no impedía que se transparentara ligeramente el sujetador, sonrió y lo cogió por el brazo.

—Vamos dentro. Ya sabemos que lo que dan aquí tiene muy poco de café pero me apetece contarte tranquilamente de lo que me enteré ayer.

Se sentaron junto a un joven con barba de varios días que estaba leyendo un ejemplar de *L'Hummanité*, periódico que como todos los demás, salía a la luz con muy pocas páginas por culpa de la escasez de papel.

—El comunismo... —coligió Luis en bajo, mientras indicaba la posición del muchacho con un leve movimiento de cabeza—. Parece que sigue avanzando.

Nicolette no dijo nada, pero en su rostro se podía adivinar un desinterés que rayaba la indiferencia.

Después de pedirle un café al camarero, la francesa, que parecía muy animada, se dispuso a hablar:

—Luis, ayer por la tarde estuve haciendo unas averiguaciones. La mayoría de las mujeres españolas fueron deportadas a Ravensbrück, bastante cerca de Carinhall, pero normalmente iban allí las que estaban ligadas a actividades de la Resistencia. —Luis la escuchaba sin pestañear—. Parece que los archivos los tienen en las oficinas de la Cruz Roja Internacional.

—Ya estuve allí —la interrumpió Luis— y su nombre no aparece en ningún registro.

—Eso no quiere decir nada. Cada vez se sabe más, pero la confusión sigue siendo descomunal. Piensa que mandaban a los republicanos españoles presos a muchos otros campos de concentración, como a Dachau o Mauthausen. Muchos de los que se alistaron en el ejército francés tras el éxodo de vuestra guerra acabaron en este último campo.

—Sí, también me lo dijeron, pero no he sido capaz de conseguir ninguna información.

—Tenemos que intentar encontrar a alguien que haya estado allí y creo saber dónde lo haremos. ¿Has traído la foto?

—Siempre la llevo conmigo —respondió Luis.

El día era muy caluroso y, después de recorrer varios hoteles que funcionaban como centros provisionales de acogida para las personas que venían de campos de

concentración, la pareja se encontraba cansada y con el ánimo bastante decaído. Nicolette había llevado a Luis a muchos sitios para enseñar la foto de Teresa a cualquiera que tuviera, por muy remota que fuera, alguna posibilidad de haberla conocido. Pero seguían sin tener algún indicio sobre su paradero.

No tenían ganas de comer, por lo que decidieron no parar ni al mediodía. A esas horas llegaron al bulevar Raspail donde se levantaba el hotel Lutétia. El que fuera cuartel general de la Abwehr durante la ocupación se había convertido en un hospedaje provisional para los que regresaban de los campos, sobre todo del de Mauthausen. Antes de llegar al mostrador de la recepción del lujoso hotel, se quedaron parados, viendo un gran grupo de personas harapientas que vagabundeaban por el pasillo que se abría a su izquierda. Se producía un contraste que resultaba estremecedor. Un gendarme que fumaba un cigarrillo apoyado en el mostrador les preguntó que querían.

—Buscamos a alguna mujer que haya estado en Mauthausen.

—Casi todos han estado en Mauthausen. ¿Qué es lo que buscan exactamente?

—Mi amigo —prosiguió Nicolette mientras miraba en derredor— quiere enseñar la fotografía de su esposa a alguna mujer que haya podido estar allí para averiguar si la conoció.

—Vayan al comedor. A ver si alguien les puede ayudar.

Atravesaron el vestíbulo y llegaron a un pasillo que los condujo a una amplia estancia de cuyo techo acristalado colgaban cuatro arañas de cristal que brillaban rememorando un lujo pasado. Al fondo, a dos metros del suelo, había una balconada; Nicolette dedujo que serviría para acoger una pequeña orquesta que amenizaba las veladas de los nazis. Vieron a dos mujeres que estaban charlando. Tenían muy buen aspecto, pensó la francesa, demasiado como para haber llegado de un campo de concentración. Pensó que quizá se iba a equivocar al dirigirse a ellas para preguntarles, pero aun así lo intentaron.

—Perdón —Nicolette interrumpió la conversación de las mujeres y se fijó en una de ellas, una mujer rubia de media melena que estaba fumando un cigarrillo en una postura que le llamó la atención, estaba muy relajada, demasiado, como si en realidad estuviera esperando en un restaurante a que el *maître* le llevara la carta de vinos de la bodega más selecta—, ¿vosotras habéis venido de Mauthausen?

—Yo estuve en Mauthausen —respondió una morena que llevaba un escotado vestido de flores violetas—, mi amiga no ha salido de París en toda la guerra. Ha venido a verme. Mañana me voy a marchar a Toulon, si hay transporte, claro. ¿Qué quieres? ¿También eres una periodista americana haciéndote pasar por francesa, o eres de la OSS o del MI6?

Nicolette se sentó a su lado y pidió la foto a Luis.

—¿Me puedes decir cómo te llamas?

—Ella se llama Marie, yo Pascale —especificó secamente, haciéndoles ver que ese encuentro no era cómodo para ella.

—Pascale, soy francesa, y nosotros no somos periodistas —repuso, como si hubiera tenido que entender aquella apreciación como una ofensa— y menos de ningún servicio de inteligencia. Mi amigo es español y solo está buscando a su mujer. Mira a ver si la conoces.

—No creo, yo allí vi a muy poca gente pero dámela. A ver...

Cuando, escéptica, la cogió, se quedó mirándola durante unos instantes. La foto era antigua, pero la imagen tenía tanta nitidez que parecía tomada el día anterior. El corazón le dio un vuelco. No podía ser. Miró con inquietud al hombre y su gesto derrotado le dio lástima. Volvió a posar sus ojos sobre la foto. No había duda. Se fijó en ella con más detalle. A Pascale le pareció que las negras pupilas de la española le estaban hablando. Hablando e implorando. Ella entendió lo que le estaban pidiendo.

La devolvió con sequedad.

—No, no me suena de nada. Nunca he visto a esta mujer.

—¿Seguro? —inquirió Luis en un último esfuerzo, extrañado por la mirada de la mujer.

—No, ya te lo he dicho —corroboró sin mirar la foto—, nunca he visto a esa mujer —aseveró, realizando un último esfuerzo de mala actriz.

Nicolette y Luis se miraron. No tenían nada más que hacer allí.

—Gracias —dijo a la vez que se levantaba del sofá de terciopelo rojo en el que se habían sentado—, vamos a preguntar a otras personas.

Después de mostrar la fotografía a varios grupos más, la pareja abandonó el comedor del hotel. En ese momento, Marie le dijo a su compañera de manera tajante:

—La has conocido.

Su amiga se volvió, extrañada de que lo hubiera adivinado.

—¿Se ha notado?

—Yo sí lo he notado. Ellos, no sé.

Después de pedirle un cigarrillo, se recostó en el respaldo del sofá y expelió una fuerte espiración de humo gris. Instintivamente, estaba cogiendo fuerzas para hablar:

—Se llamaba Teresa y llegó casi al final. Para ellos era una *Rotsparien*. Entre tanta francesa, polaca y húngara, ella era la única española que había en nuestro barracón.

—¿También en el número uno?

La mujer morena asintió con la cabeza. Sus ojos comenzaron a empequeñecerse a la vez que con una fuerza desconocida irrumpió en su memoria el recuerdo de vivencias pasadas.

—Llegó en enero o febrero. Calculo que quedarían unos dos meses para la liberación. —Mientras hablaba, Pascale mantenía la mirada fija y sin pestañear en el cigarrillo que sostenía entre sus largos dedos—. Estaba aterrorizada y lo pasó muy mal. La chica era una mujer normal, no era como nosotras, vamos, que imagino que solo lo habría hecho con su marido, ya me entiendes. Fue durísimo para ella.

Marie la escuchaba con atención.

—Las que estábamos allí la intentábamos consolar como podíamos, pero era imposible, se pasaba todo el día llorando. No me extraña. Si esta profesión es un asco, en aquella barraca no te quiero ni contar.

—¿Hablabas francés?

—No, qué va, hablaba alemán y se entendía con alguna que también lo hablaba, aunque ya sabes que para eso poca falta hacen los idiomas.

Se quedó callada. Entre calada y calada, cerraba los párpados e intentaba que la respiración fuera pausándose. De repente le asaltó un recuerdo muy preciso que la acongojó como nunca antes en su vida.

—El peor momento —precisó a Marie mirándola fijamente a los ojos— fue cuando un día me lo contó.

—Que te contó, ¿qué?

—Que estaba...

Pascale se llevó la palma de su mano hacia el vientre y, situándola a unos centímetros de la cintura, marcó el ademán de acariciar un hipotético balón.

—Hubiera sido mejor que la hubieran metido en un *Gaswagen*, que le dijeran que la llevaban a Gusen, como a tantos otros...

No pudo seguir hablando. El nudo en la garganta había apretado demasiado y las palabras ya no podían fluir. Tampoco había mucho más que decir.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Marie al rato, una vez que su amiga apagara el cigarrillo con inusitada fuerza contra el cenicero de cristal.

Pascale no dijo nada. Solo se encogió de hombros. Si hubiera abierto la boca habría estallado en llanto. Esa fue su manera de evitarlo.

Después de haber enseñado la foto a todas las personas que deambulaban por el hotel Lutétia, Luis y Nicolette salieron a la calle y torcieron a su derecha.

—Seguiremos buscando. Yo te ayudaré.

Lo agarró del brazo y continuaron caminando por la rue de Sèvres dirección al bulevar Saint-Germain.

Se cruzaron con un grupo de soldados americanos que los miró:

—¡Eh! —chilló uno de ellos, en inglés—, ¿no quieres conocer a un hombre de verdad?

—¡Tu puta madre! —replicó Nicolette a voz en grito, en su mismo idioma, sin saber muy bien qué era lo que le había dicho el soldado aunque, por el contexto y la expresión de su cara, lo pudo interpretar.

Ambos grupos siguieron caminando. Al cabo de unos segundos, Luis le preguntó:

—¿Qué le has dicho a ese?

—Nada. Es que el pobre no recordaba la profesión de su madre —respondió sin dejar de mirar al frente.

—No sabía que supieras hablar inglés.

—Ni yo, Luis, ni yo —reafirmó Nicolette.

Epílogo

1981

Aunque el hombre estaba sentado delante del televisor, las imágenes que le pasaban por delante de los ojos no eran las de esa caravana que se veía en la pantalla, formada por un camión y una escolta motorizada de numerosos vehículos de policía que custodiaban aquella joya con tanto valor artístico, pero sobre todo simbólico. En ese momento, Luis no veía la carretera del aeropuerto de su querido y lejano Madrid, sino las curvas que precedían a la frontera de La Junquera, antes de ganar la población francesa de Le Perthus. El vuelo del helicóptero que custodiaba desde el cielo el *Guernica* nada tenía que ver con los picados de los Ju 87, de aquellos temibles Stukas que aterrorizaban solo con oírlos.

Todavía recordaba la conversación telefónica que había mantenido hacía ocho días con el ministro, que le invitaba personalmente:

—Se lo agradezco, señor ministro, pero creo que no debo acudir.

—Luis, por favor, reconsidérelo. Para el gobierno sería un honor que usted nos acompañara en la ceremonia que vamos a organizar en el Casón del Buen Retiro. Imagínese lo que para esta democracia significa el regreso del cuadro —a Luis le parecía que el ministro hablaba algo acelerado—. Entendemos que el *Guernica* en España representa la consolidación de la democracia y el fin de la transición. Además, no le oculto que la reciente dimisión de Paco hace dos días nos lleva a vivir momentos especialmente delicados para este gobierno.

—Lo sé. Créame que soy consciente de lo que me dice, pero, de verdad, no creo que lo pudiera soportar. El arte y la pintura han significado mucho para mí, pero, como sabrá, ya estoy jubilado y hoy prefiero ser espectador. Ya me tocó ser protagonista durante mucho tiempo.

—Por supuesto, Luis, por eso mismo hubiera deseado que estuviera con nosotros, me lo ha pedido expresamente el presidente Calvo Sotelo y sé que también se ha interesado Su Majestad. Por cierto, ¿es verdad que usted conoció a su abuelo?

El hombre sonrió al comprobar hasta dónde podía llegar la información que manejaba el Estado.

—Sí, efectivamente, tuve la oportunidad de saludarlo en Ginebra, a él y también a sus padres, don Juan y doña María de las Mercedes.

—Luis, no le quiero insistir más. Usted es de las pocas personas que sabe apreciar el regreso de un cuadro a su casa, pero respeto su decisión. En cualquier caso,

muchas gracias por atenderme y, si alguna vez necesita algo, ya sabe dónde tiene unos amigos agradecidos por todo lo que usted hizo.

No, no hubiera podido estar allí, hubiera significado un rimer de emociones que su corazón no habría sido capaz de soportar. En cualquier caso, no quería faltar a la palabra que dio hacía ya muchas décadas. Solo volvería a España acompañado de Teresa. Sin ella, el regreso no tenía sentido.

La locutora del canal de televisión francés explicaba cómo había sido la negociación con el MoMa neoyorquino mientras se mostraban imágenes de los operarios descargando la tela del Jumbo que lo había devuelto a España. Apareció en pantalla el ministro de Cultura, Iñigo Caveró, haciendo unas declaraciones a los periodistas que mostraban su extrañeza por lo inesperado del regreso, que se había adelantado unas semanas a la fecha que se barajaba como posible. El traslado del cuadro había estado envuelto en el misterio y el secreto. El ejecutivo quiso que, por razones de seguridad, el operativo fuera confidencial. Y lo fue; el cuadro llegó en las bodegas de un avión comercial sin que el pasaje tuviera idea de lo que se transportaba.

Al final, Caveró pronunció una frase que no pasó desapercibida para Luis, que, hundido en el sofá, no se perdía ni un plano ni una palabra:

—Hoy regresa el último exiliado.

Los ojos de Luis empequeñecieron hasta cerrarse con fuerza. Como pudo reprimió el llanto, y prefirió levantarse y apagar la televisión.

Luis Molero cumplió su palabra y no regresó a España. Siempre vivió con el recuerdo de Teresa, la única mujer con quien llegó a establecer un lenguaje propio. Tras colaborar en el Museo del Louvre como restaurador, pasó sus últimos años en la pequeña localidad francesa de Urdós, situada a escasos kilómetros de la salida del túnel de Canfranc. No supo encontrar un lugar más próximo a su memoria.

Nota del autor

Tres colores en Carinhall es una historia de ficción en la cual se entrecruzan personajes y lugares reales con otros imaginarios.

Para documentar históricamente la novela, entre otras me he servido de las siguientes fuentes bibliográficas divididas por áreas.

Para conocer la vida de París durante la ocupación alemana he tomado notas de la obra de Anthony Beevor y Artemis Cooper, *París después de la liberación: 1944-1949*, donde, al margen de otros temas de interés, se habla de las emboscadas que preparaban grupos juveniles comunistas del 18.º *arrondissement* enviando a muchachas de la agrupación a seducir a soldados enemigos por la zona de Pigalle y atraerlos hacia un callejón en el cual esperaban jóvenes camaradas varones que los agredían para después quitarles las armas.

En su libro *Las condesas de la Gestapo*, el escritor Cyril Eder cita al restaurante Inédy, en el 64 de la rue Longchamp, dirigido por la señora Ott, como uno de los lugares considerados por la Resistencia como guaridas de la Gestapo.

El mundo del espectáculo parisino antes y durante los primeros años de la década de los cuarenta se recoge con gran precisión en el libro de Eduardo Aunos *Biografía de París*.

En los sucesos ficticios que se relatan en el Pont Neuf hay que hacer dos pequeñas matizaciones. La barandilla no era una balaustrada sino un muro macizo de algo más de un metro de altura. La otra es que desde dicho puente, aunque se encuentra muy cerca, no se llega a distinguir Notre-Dame.

El hecho, comentado en la novela, de que muchas mujeres mostraban su callada pero activa reivindicación patriótica vistiendo ropas con los colores nacionales, tiene su mayor reflejo en un vestido estampado con múltiples banderas francesas que se conserva en Le Musée de l'Armée de París.

Cualquier persona que camine por el bulevar Raspail de París, al pasar por la fachada principal del hotel Lutétia, se encontrará con una placa que, descubierta el 21 de mayo de 1985, con motivo del cuarenta aniversario, recuerda que aquel lugar fue, entre abril y agosto del año 1945, centro de acogida de refugiados procedentes de campos de concentración nazis.

Respecto a los capítulos que suceden en España se ha recabado información de diversas fuentes. Así, para conocer datos sobre la radio en España y, en consecuencia, reseñas sociales de aquellos años, se han consultado los libros: *La radio en España, 1923-1995*, de Lorenzo Díaz, y *50 años de Radio Nacional de España*, de Juan Munsó Cabús. El magnífico trabajo de Arturo Colorado Castellary, *Éxodo y exilio del arte*, relata magistralmente el recorrido completo que realizaron los cuadros del Museo del Prado. Se complementó esta información con los datos obtenidos en el libro de Juan Antonio Gaya Nuño, *Historia del Museo del Prado*.

La información sobre la población reclusa, así como todo lo relacionado con los

penales de la época, ha sido obtenida de los siguientes libros: *Causa general*, Ministerio de Justicia; *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, de Cipriano Mera, y el *Libro blanco sobre las cárceles franquistas*, de Ángel Suárez y Equipo 36, estos últimos publicados en Ruedo Ibérico en París en el año 1976; también se han consultado diversos documentos del Archivo de la Guerra Civil de Salamanca. El libro *Toda España era una cárcel*, de Rodolfo y Daniel Serrano, recoge también algunas notas de interés que se han incluido.

Todas las referencias a leyes y disposiciones ministeriales a las que hace mención el personaje ficticio del comisario Julián Roderó son reales, así como el modelo del texto de la excarcelación de Mateo Molero.

Para reflejar la vida del país en aquellos años, al margen de otras fuentes, se han consultado los siguientes libros: *La Posguerra*, de Federico Bravo Morata; *Crónica de España* y *Crónica de Madrid*, ambas de Guillem Burrel i Floría; *Años de hierro*, de Pío Moa; *Historia de la iglesia en España 1931-1939*, de Gonzalo Redondo, y *La posición centrista durante la Segunda República*, de Jesús de Juana. Igualmente se ha recurrido al trabajo del periodista Ramón J. Campo en su libro *El oro de Canfranc*.

En el libro de José María Irujo, *La lista negra*, se dan detalles de hasta 104 personas relacionadas con el nazismo que vivieron en España hasta su muerte, entre ellos, Carlos Fuldner. Recordemos que personajes como el coronel de la SS Otto Skorzeny o León Degrelle, líder de los rexistas belgas, vivieron y murieron en España.

Indudablemente, la parte del libro que ha necesitado un mayor esfuerzo documental ha sido toda la relacionada con Goering y con el nazismo. Para describir la complicada personalidad del Reichsmarschall se han consultado los siguientes libros: *Göring*, de David Irving; *Goering, el mayor proceso de la historia*, breve pero interesante trabajo de Fritz Andler; *La reconstrucción de un Reich*, escrito por el propio mariscal del Reich (único libro que escribió); *Todos los hombres del Führer*, de Ferrán Gallego, y *Goering*, de Heinrich Fraenkel. Precisamente en este libro se describe la aterradora experiencia de Rose Valland —conservadora del museo parisino Jeu de Paume— cuando manifestó al autor que tan pronto como le fue permitida la entrada en Alemania, nada más terminar la guerra, se dirigió a Carinhall. Encontró el lugar en ruinas, incluido el mausoleo. Entre los escombros encontró una calavera que solo podía ser la de Carin. «La dejé caer y en mi condición de cristiana elevé una plegaria a *le bon Dieu*», manifestó a Fraenkel.

Quiero destacar especialmente el libro *Göring, mi marido*, escrito por su segunda mujer, Emmy Goering, en el que, entre otros puntos de interés, se cita el discurso que pronunció su esposo en Carinhall en la Nochebuena del año 1944 y que se transcribe íntegro en el capítulo 42.

Excepto los despachos del Alto Estado Mayor y las habitaciones de los matrimonios Molero y Von Houten, el resto de descripciones de Carinhall que se citan en la novela son fieles a la realidad que fue la mansión que construyó Goering

al norte de Berlín (coordenadas 53°00,5 N.; 13°38,3 E.) sobre una finca de 500 kilómetros cuadrados de extensión. Como elemento comparativo, recordemos que el Principado de Andorra cuenta con 450. Para conocer en detalle cómo era el palacio se ha obtenido información del libro de Volker Knopf y Stefan Martens, *Görings Reich, Selbstinszenierungen in Carinhall*. El recorrido que realizan las obras de arte a partir de la evacuación de Carinhall, y que Luis Molero relata a Nicolette en el capítulo 84, viene recogido detalladamente en el libro de Kenneth D. Alford, *Historias de Grandes Tesoros de la II Guerra Mundial*. La visita que realicé en el año 2008 a la Royal Academy of Arts de Londres, donde se celebraba una amplia exposición sobre la obra pictórica de Lucas Cranach, me resultó especialmente interesante para acercarme a la figura del pintor y a su obra, que, tal y como se recoge en la novela, era el preferido de Goering. El libro de Lynn H. Nicholas, *El saqueo de Europa*, describe con detalle el dispositivo de adquisición de objetos de arte por parte del Tercer Reich, mientras que en el trabajo de Robert M. Edsel *Rescuing Da Vinci* podemos profundizar en cómo se instrumentaba la logística de protección y traslado de obras de arte.

Para conocer cómo era la fuerza aérea nazi se han consultado las siguientes fuentes: *Luftwaffe*, de John Pimlott; *Luftwaffe Squadrons 1939-45*, de Michael Spilling; *Luftwaffe*, de Enrique Paniagua Pravia, y *La Legión Cóndor en la Guerra Civil*, del especialista en el tema Raúl Arias Ramos.

Resultaron de suma utilidad las visitas al National Air and Space Museum de Washington y al Imperial War Museum de Londres —donde se conservan modelos de V-1 y V-2 en perfecto estado—, así como al también londinense Science Museum, donde se pueden contemplar aviones tales como el Spitfire y el Hurricane.

En el trabajo de Francis Rusell *La guerra secreta, historias, tácticas, códigos y armas secretas de los espías*, se habla del sistema de navegación aérea *Knickebein*, así como del frustrado intento de *invasión* nazi de Estados Unidos por parte de ocho agentes alemanes que llegaron a Florida en el año 1942.

En el libro *Las mujeres de los nazis*, de Anna María Sigmund, se cuenta que, durante su matrimonio con el doctor Joseph Goebbels, Johanna María Magdalena Ritschel, *Magda*, tuvo seis hijos más tres abortos. Anteriormente había tenido un hijo fruto de su matrimonio con Günther Quant. Fue madre en total de cuatro hijas y tres hijos. A todos les puso nombres que llevaban la *H* por inicial. Días antes de la caída de Berlín, asesinó con veneno a los seis hijos que tuvo con Goebbels. En el momento de los filicidios contaban con edades comprendidas entre los trece años de Helga, la mayor, y los cinco de la pequeña Heidrun, *Heide*.

Para completar la parte alemana, se han consultado las *Obras Inmortales*, de William Shakespeare; el libro *Historia de los Juegos Olímpicos*, de Henry Bill; el documentado trabajo de Agustín Sáiz *Deutsche Soldaten* y el *Diccionario del Tercer Reich*, obra muy práctica de Gregorio Torres Gallego.

La dinámica de la contienda se ha seguido gracias a las consultas realizadas en la

Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial, de Arrigo Petaco; *1944-1945 Victoria en Europa*, de Julian Thompson y *Germany at War*, de George Forty.

La información sobre los campos de concentración ha sido obtenida del libro *La deportación*, editado por éditions Fédération Nationale des déportés et internés résistants et patriotes, y del libro biográfico de Alfonso Maeso, escrito por su sobrino nieto Ignacio Mata Maeso, titulado *Mauthausen. Memorias de un republicano español en el holocausto*, donde nos señala que el barracón número 1 de ese campo de concentración austríaco lo ocupaban mujeres a quienes se les obligaba a ejercer la prostitución en favor de los *kapos* —prisioneros que realizaban labores de carceleros— y de soldados alemanes empleados en el *KZ Lager*. Por otro lado, en el libro *Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen* —conviene señalar que Boix fue testigo en el proceso de Nuremberg del año 1946—, de Benito Bermejo, se describe la personalidad del comandante del campo, Franz Ziereis, y la importancia que tuvo la figura de Casimir Climent Sarrión que, trabajando en la oficina política del *KZ Lager*, se hizo con copia de multitud de fichas que pasaron por sus manos. El propio Boix también sacó material del campo ayudado por un grupo de prisioneros —recibían el nombre de *komandos*— que salían para reparar carreteras.

En el libro de Uki Goñi, *La auténtica Odessa, la fuga nazi a la Argentina de Perón*, se detalla con minuciosidad el entramado que organizaron desde Argentina para facilitar la fuga masiva de nazis, vía Berna y Génova, en la que estuvo involucrado, al margen de otros religiosos pertenecientes a la Comisión Pontificia para la Asistencia, el obispo de la iglesia romana de Santa Maria dell'Anima y miembro del partido nazi Alois Hudal. Estas maniobras comenzaron a funcionar a partir del año 1946 y no un año antes como se cita en la novela.

También se completó la documentación con la consulta de numerosos diarios de las épocas en las cuales se enmarca la novela, en especial el *ABC*, *El Debate* y *El País*.

Todos los personajes de *Tres colores en Carinhall* son ficticios excepto los siguientes:

Walter Hofer, adquiridor de la mayor parte de las obras que atesoró Carinhall y hombre de confianza de Goering en la materia; Karl Wilhelm Krause, guardaespaldas de Hitler; Robert Kropp, asistente personal de Goering —de hecho fue el hombre que este designó para que le acompañara durante los juicios de Nuremberg—; Carlos Fuldner, excapitán de la SS y principal organizador de la fuga de los nazis vía Berna-Génova; Samuel Pomeranz, funcionario suizo y miembro de la oficina organizadora de la fuga de nazis que Perón tenía en Berna; Benito Llambí, director del Centro Argentino de Emigración de Berna; Reinhard Kops, espía nazi y colaborador de Hudal en Génova; Marie-Madeleine Fourcade, activista de la Resistencia francesa que se vio obligada a huir a Inglaterra continuando desde allí la lucha contra el nazismo, su nombre en clave era Erizo; Fernando Álvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado; José Finat, Conde de Mayalde, director de la Dirección General de

Seguridad en el año 1940, e Iñigo Cavero, cuyas frases: «Con el regreso del Guernica termina la transición» y «Con el Guernica regresa el último exiliado» fueron pronunciadas en el año 1981 cuando era ministro de Cultura de la UCD.

A esta lista habría que sumar, lógicamente, al matrimonio Goering y a su hija Edda, así como las breves apariciones de Hitler y Goebbels.

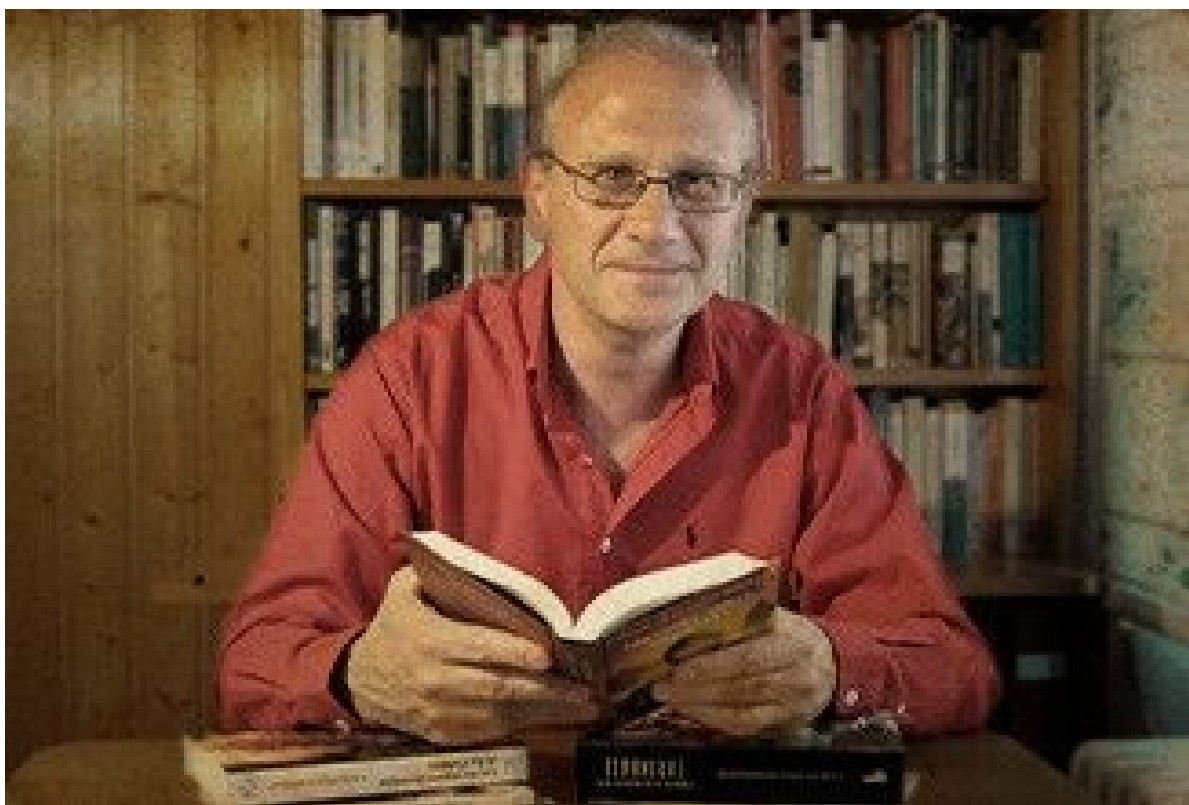
De todos ellos se ha realizado una interpretación libre de sus personalidades.

Se han alterado algunas fechas para facilitar la narrativa de la historia. Así, por ejemplo, y al margen de la ya comentada del inicio de la fuga de nazis a Argentina, la ciudad de Milán fue liberada por los partisanos el 25 de abril, y no el 24. La evacuación de Carinhall no fue dictada por Hitler el 28 de enero como se dice en el capítulo 60 sino justo al día siguiente del cumpleaños de Goering, el 13 de enero, fecha en la cual realizó la presentación en sociedad de la ampliación que tenía prevista para su mansión. De hecho, la evacuación de las mujeres y niños de Carinhall tuvo lugar en enero de 1945, y no en febrero, tal y como se cita. El cuadro de Lucas Cranach *Adán y Eva*, perteneciente en la actualidad al fondo pictórico del Mainfränkisches Museum de Würzburg, realmente estuvo colgado en la galería que se extendía junto al despacho del Reichsmarschall, aunque la forma de llegar allí no fue la que se señala en la novela.

Agradecimientos

Para poder escribir *Tres colores en Carinhall* se ha precisado también la ayuda de una serie de personas a las que quiero agradecer especialmente el tiempo que me han dedicado: Teniente General del Ejército del Aire (Res). Jorge Mora, con quien las charlas sobre aviación militar habrían sido eternas; mi amiga Aneta Lemler, que me ha hablado de Legnica con gran precisión, a pesar de no conocer la ciudad con la misma profundidad que Cracovia, donde nació; mi amiga Anna Kharikhanova, que me suministró numerosos detalles sobre Rusia, su país natal; los hermanos Sofía y Curro Bellosillo, cuyas aportaciones para el conocimiento de las sociedades alemana y francesa, así como las traducciones que les he solicitado, han resultado fundamentales para la comprensión del entorno histórico. A Sonia Plaza, Manuel Alemany y Christian Franch también por sus traducciones, a Noemí Domingo y Eduardo Gómez por sus informaciones sobre París, a Paco Núñez y Luis de Castro por los datos puntuales que me han facilitado sobre la historia de Madrid y a Vincenzo Carusi por la averiguación que le solicité sobre Génova. También quiero citar al *Centre des archives diplomatiques* de Nantes por facilitarme el nombre del embajador francés en España en diciembre de 1944. Por último y especialmente, quiero agradecer a todos los amigos que han colaborado en la obra leyendo los borradores y aportando sus siempre valoradas opiniones: José Antonio Arenal, Magdalena Cenjor, Rafael Cenjor, Javier Díaz, Eugenio González, Mónica Nadal, José Sánchez Maeso y Rosario Sánchez.

Este libro está dedicado a mis padres, luchadores hasta el límite de sus fuerzas. A ellos, y a todas las personas de su generación. *In memoriam*.



CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ (Madrid, 1959). Es licenciado en Ciencias Económicas.

Sus primeros pasos en la literatura los da escribiendo sus vivencias en los múltiples viajes que ha realizado, una de sus grandes pasiones junto al cine y al teatro.

En el año 2006 publica su primera novela, *Los impares de Sagasta*. También en ese año recibe un premio en el Certamen Internacional Camilo José Cela por su cuento *Semíramis*.

En el año 2007 vuelve a salir al mercado con una novela, *Los ascensores dormidos de La Habana*, libro que ha sido reeditado.

En los años 2009 y 2010 publica dos novelas cortas: *Franco morirá en Rodalquilar* y *La pasmosa herencia de José Belmonte*, dentro de la colección *Narradores almerienses*, siendo la primera vez que se permite la entrada en dicha colección de un escritor no nacido en la provincia.

En 2011 publicó, *Tres colores en Carinhall*. En el año 2012 resulta seleccionado como uno de los finalistas en el 10.º Certamen de relatos breves María Moliner con su escrito titulado *En una noche de tormenta*.

En octubre de 2012 vuelve a salir al mercado con la novela *Lágrimas sobre Gibraltar*, reimpresa en diciembre de 2012.

Regresa en el año 2014 con tres nuevos trabajos, los relatos *Un informe en Sevilla* y *En noches de luna llena*, dentro de libros colectivos, y con su quinta novela, *A las*

ocho en el Novelty.

La riqueza descriptiva, la fuerza de su narrativa y la precisión en la documentación son las características más relevantes de su prosa, así como la facilidad para atraer al lector al argumento que, sin darnos cuenta, ha forjado a nuestro alrededor.